Andrea M. Cañaveras

@letrasdepapel_

Nunca dejamos de ser nosotros



matchstories

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

PRÓLOGO

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

Créditos

NUNCA DEJAMOS DE SER NOSOTROS

Andrea Moreno Cañaveras

matchstories

Dedicado a todas las personas demasiado exigentes consigo mismas;
nos torturamos porque hemos errado y creemos que eso no está bien,
y en cambio, perdonamos lo imperdonable a los demás.
Las segundas oportunidades empiezan por nosotros, equivocarse es parte de existir y ser. No te quedes atascado en lo que pudo haber sido, date la oportunidad de descubrir todo lo que puede llegar a ser.
Para todas aquellas personas con demasiado miedo en el cuerpo;
tienes derecho a vivir, no te conformes con sobrevivir.

P. D.: recordadlo a diario.

«Cuando dos almas gemelas huyen, lo hacen siempre en la misma dirección, destinadas a encontrarse una y otra vez hasta que ambos sean capaces de aceptar el valor de una conexión especial y se queden a luchar contra viento y marea con el único objetivo de proteger todo aquello que son, lo que los une y lo que desean construir juntos».

PRÓLOGO

Lena. 24 de mayo de 2013

No puedo imaginar lo triste que debe de sentirse Noah ahora mismo, durante la misa y el entierro de su madre, Bárbara. No se ha separado ni un centímetro ni de mí ni de mi hermano Leo, no hemos permitido que se sintiera solo el día de su cumpleaños, a pesar de las circunstancias.

Fue un golpe tremendo para todos cuando Matt Sanders llegó a casa junto a su hijo, con los ojos hinchados y la mirada perdida. Mi madre lo hizo pasar enseguida al salón, preocupada, y le preguntó qué sucedía, pero el señor Sanders se quedó mudo. Fue su hijo quien dio la devastadora noticia que nos hizo temblar y preguntarnos en qué tipo de mundo vivimos.

Ella no tenía la culpa de que dos jóvenes borrachos y colocados no vieran las señales de la carretera y embistieran de frente el monovolumen de los Sanders, dejando destrozado el vehículo y sin una sola oportunidad de salvarse a la señora Sanders.

Bárbara no merecía irse, era un ángel, siempre estaba para todos y hoy, todos juntos, nos hemos despedido de ella y la hemos acompañado al nuevo hogar donde su cuerpo descansará a partir de ahora.

La vuelta ha sido pesada y angustiosa, pero aun así lo hemos hecho todos juntos. Mamá y papá han insistido en que tanto Matt como Noah se queden en casa hasta que se encuentren mejor. Así que mientras los adultos pasan al interior de la casa nosotros nos quedamos en el jardín tumbados en círculo, con las cabezas pegadas entre nosotros. Los tres tenemos la mirada perdida en el cielo, que se va oscureciendo poco a poco. De vez en cuando, Leo y yo nos miramos indecisos sin saber lo que se supone que debemos decir o hacer a partir de ahora. Aun así, nuestras manos siguen unidas.

—Noah... —lo llamo en un susurro mientras me giro con cautela para no estropear el vestido oscuro que me he puesto hoy.

Miro su cuerpo inmóvil. Noah sigue con las manos en los bolsillos de su chaqueta fina oscura. No me devuelve la mirada y me agobio, y miro a Leo para indicarle que me eche una mano.

—Ey, tío... —lo llama mi hermano en un susurro preocupado.

Ninguno de los dos obtenemos respuesta.

Decidimos dejar que el tiempo pase con calma, sobre todo porque Noah parece una bomba que puede explotar en cualquier momento. Ningún hijo debería quedarse sin madre con tan solo doce años.

Oprimo un poco su mano, y en ese momento gira su rostro lentamente hasta mí y se me parte el corazón al verlo tan vacío. Tiene los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida mientras que todo su cuerpo se mantiene rígido como una piedra, como lo ha estado desde hace tres días y medio.

Ninguno de los tres hemos aparecido por clase. Tanto Leo como yo nos negamos rotundamente a ir, no queríamos dejar a Noah solo en casa. Desde que los Sanders han sido nuestros vecinos no tengo ningún recuerdo en el que no hayamos estado si cualquiera de los tres lo necesitaba y esta vez no iba a ser diferente.

—Estamos aquí, Noah... —pronuncio con suavidad—. Estamos contigo, ¿sí? No vamos a dejarte solo en ningún momento.

—No te vas a librar de los Luna tan fácilmente —ríe Leo apenado.

El largo silencio se impone de nuevo, mi hermano y yo nos miramos tratando de descifrar qué podemos hacer para que nuestro amigo pueda encontrarse mejor, pero nada parece funcionar.

—¿Lo... lo prometéis? —tartamudea Noah con la voz rota, cortando el silencio.

Son unas pocas palabras más que ha pronunciado en estos días en los que creía que el accidente le había dejado totalmente mudo.

Sonrío con tristeza mientras acaricio el dorso de su mano con suavidad.

Soy capaz de prometerle a Noah Sanders bajarle la Luna del cielo si hace falta.

Me llevo una mano al pecho, cierro los párpados a conciencia e inspiro el aire fresco del jardín en el que llevamos horas tirados sobre el verde del césped.

—Yo, Lena Luna, prometo estar siempre a vuestro lado, pase lo que pase —pronuncio tratando de controlar las lágrimas que amenazan con salir y resbalar por mis mejillas.

Esta vez es Noah quien aprieta suavemente mi mano, que sigue entrelazada con la suya.

—Yo, Leo Luna, prometo estar siempre a vuestro lado, pase lo que pase —recita mi hermano con tono serio.

—Yo..., Noah Sanders, pro-prometo estar siempre a vuestro lado, pase lo que pase —culmina la promesa y estalla el llanto que lleva guardando durante días.

Levanto la cabeza en busca del azul de los ojos de Leo, que me miran cual corderito desorientado, y arrastro mi cuerpo hasta quedar

pegada a Noah, quien se tapa el rostro mientras se rompe en mil pedazos.

Mi hermano repite mi acción y se coloca al otro extremo de su mejor amigo y también del mío, los tres nos abrazamos fuerte mientras las lágrimas de cada uno brotan a su antojo, pero ninguno se separa del resto.

Siempre vamos a estar juntos.

Capítulo 1



Lena. 12 de septiembre de 2023

La música resuena en mis oídos. Lástima no llevar mis auriculares conmigo, podría dejar de escuchar el volumen tan alto de los de Leo. Giro la cabeza hacia él y me lo encuentro espatarrado de cualquier manera mientras duerme plácidamente.

Le doy un codazo, creyendo que de un golpe se despertará, pero soy yo la que me sobresalto al verlo tan tranquilo, casi roncando en una postura inhumana con las cervicales torcidas mientras se apoya en el cristal de la ventana.

Parece mentira que yo sea su hermana pequeña, está claro que soy su segunda madre. Bueno, es que mamá me encargó personalmente que vigilara de cerca las locuras que se le ocurrieran a Leo. Mis padres no están acostumbrados a tener lejos a su hijo favorito, por ello mamá, en una de las pocas llamadas de teléfono que hacemos durante sus descansos en el hospital, me insistió en que lo cuidase. Me pidió que me ocupara de que Leo se centrara

más en las clases que en las fiestas universitarias de cada jueves en los jardines de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Mis padres trabajan demasiado desde hace muchos años, apenas recuerdo la última vez que tuvimos unas vacaciones familiares. Ambos trabajan largos turnos en el hospital, y siempre ha sido muy normal que Leo y yo nos quedáramos solos en casa mientras papá y mamá atendían otras vidas que los necesitaban con mayor urgencia que las nuestras. Toda esa dinámica ha hecho que me sienta lejos de mis padres; comprendo que es por el trabajo, pero me hubiera gustado que las cosas hubieran sido diferentes.

Suspiro cansada y estiro los brazos sobre nuestras maletas, intentando que ninguna se caiga al suelo o, peor aún, que alguna de ellas reviente por todo lo que lleva en su interior. Prácticamente me he llevado toda mi habitación en dos enormes maletas que me van a acompañar, al menos, hasta Navidad. Tal vez bajemos de visita si da la casualidad de que podemos coincidir con mis padres o ver a los abuelos, todo dependerá del tiempo libre que la carrera de Bellas Artes y la de Arquitectura nos permitan tener.

Por ello nos estamos mudando al centro de Barcelona, a un acogedor piso de tres habitaciones que resulta perfecto para Leo y para mí. Agradecemos que la tía Lorena, la hermana pequeña de papá, nos haya permitido vivir este curso en uno de sus pisos mientras ella trabaja en el extranjero. Llevamos varios años viniendo a estudiar, pero ninguno de los dos nos habíamos planteado alquilar un piso o ni siquiera mirarlo, ya que ambos sabíamos que los alquileres por el centro son demasiado elevados.

Leo y yo ya nos conocemos perfectamente, somos hermanos y ya sé cuándo es mejor no cruzar palabra con él porque está de malhumor porque alguna de las chicas con las que habla ha decidido dejar de escribirle.

Es imposible aburrirse con mi hermano, es una caja de sorpresas, sin duda es el hijo con ideas de bombero. Siempre está dispuesto a ayudar en todo lo que sea necesario, tanto a mí como en casa o a sus amigos. Tengo suerte de tenerlo.

Próxima parada: Paseo de Gracia.

Suspiro aliviada, aliso las arrugas de mi vestido rosado y me muevo para ver cómo Leo sigue en la misma posición desde que prácticamente hemos subido al tren.

—Leo. —Lo zarandeo, ingenua por pensar que eso lo despertaría, y lo observo dormir tranquilo. «Mira, parece bueno y todo», digo para mis adentros. Estiro la mano y le arranco un auricular del oído.

—¿Qué coño haces? —su voz suena malhumorada cuando se sobresalta por la falta de reguetón en los oídos.

—Bienvenido a la Tierra de nuevo, hermanito. ¿Puedes mover tu culo gordo del asiento? La siguiente parada es la nuestra —digo poniéndome en pie.

Leo no pierde el tiempo en responderme al ver que estoy en lo cierto cuando el tren entra en la estación. Se levanta como un rayo y me ayuda a llevar nuestras maletas hasta la puerta del vagón, donde ya se ha acumulado la gente ansiosa por salir cuanto antes. Los entiendo, después de una hora aquí metida escuchando el reguetón de mi hermano y a la multitud de gente en el interior del tren, yo también estoy con una seria necesidad de bajarme de este cachivache.

Bajamos las maletas de una en una como si trabajáramos en cadena hasta que todas se encuentran en el andén. De un salto, Leo aterriza a mi lado y mira los letreros de la pared buscando la salida más cercana a nuestro destino. Yo no tengo ni la más remota idea de dónde se encuentra el piso, ya que de ello se encargó Leonardo con Noah. Cosa que no tiene ningún sentido si, en realidad, el piso

va a ser para los dos, no entiendo qué pinta el idiota de su amigo en esta ecuación.

Me quedaría muy filosófico decir que hace años que no veo al mejor amigo de mi hermano, pero mentiría descaradamente al obviar que ese tío pasa más tiempo en mi casa que en la suya. Durante la época de verano no tanto, ya que tanto él como mi hermano aprovechan para trabajar y de ese modo disponer de dinero suficiente para el siguiente año escolar. Normalmente, Noah suele venir los fines de semana a comer o cenar, depende del turno de trabajo de mis padres, y yo aprovecho para agradecer que mi amiga Marina viva a solo dos calles de mi casa, porque de ese modo podemos organizar un plan de chicas como vía de escape a cualquier encerrona. Es algo incómodo cuando nos cruzamos o propone alguna actividad para hacer los tres juntos, como solíamos hacer. Ya no me apetece, hace años que dejamos de hacerlo. En parte me alegro de estar aquí, así no tendré que huir cada vez que lo vea tratando de incluirme en el plan de ese día.

—¿Puedes ir más deprisa, Helena? Me pone nervioso que camines tan lento.

Exhalo, cansada de que siempre me haga la misma broma sin gracia que en cambio a él le resulta la mar de graciosa. Sigo sus pasos y recorro el andén en dirección contraria a donde se dirige la multitud que parece que quiera atravesarnos. Arrastro mis dos pesadas maletas hasta que llegamos al final del andén donde, milagrosamente, ha aparecido otra salida.

Bien, Leonardo.

Pasamos los tornos que nos dan paso a la salida directa a la calle y no me lo pienso dos veces cuando veo las escaleras mecánicas. Camino todo lo rápido que puedo y aun así mi hermano me adelanta y se planta unos escalones por encima de mí. En pocos segundos, el

barullo de la gente de la calle invade el ambiente, llegamos al final de las escaleras que nos dejan frente a la entrada gigante de lo que parece un ¿hotel? Observo el enorme edificio con puertas de cristal que dejan ver un amplio recibidor donde algunas personas hacen cola frente a un mostrador. Nos movemos unos pasos hacia nuestra derecha y nos encontramos con un par de cajeros que dan al exterior, una pequeña sonrisa se me instala en los labios cuando me doy cuenta de que el enorme edificio es un banco. Siempre me ha fascinado el estilo arquitectónico de los edificios de Barcelona, llamativos y únicos.

—Dime que el piso está cerca —suplico a mi hermano, agotada. No me apetece nada seguir cargando con las maletas bajo el sol abrasador del mediodía.

—No seas quejica, Lena, estamos a un par de calles.

—¡¿Un par de calles?! ¿Me quieres matar o qué? —exclamo indignada.

—A veces sí, pero no es algo personal —responde seco para, acto seguido, partirse la caja de risa él solo mientras lo miro con una expresión asqueada, negando con la cabeza.

—Ah, menos mal, me había asustado —resoplo irónica.

Caminamos unos minutos más con las maletas repiqueteando contra el suelo de adoquines cuadrados que tienen un símbolo en relieve de esta ciudad, el *panot*, una baldosa que reproduce una flor sencilla. Mi hermano ha sido muy gentil al reducir la velocidad de su paso para no dejarme atrás, cuando quiere es más bueno que el pan. Me río, aunque Leo no me oye a causa del ruido de los muchísimos coches que pasan por la calle por donde avanzamos a mi paso, y me fijo en la gran cantidad de taxis que dan vueltas hasta que alguien los hace parar para subirse. Esta es una de las calles

que conectan con Paseo de Gracia, supongo que por eso no paramos de esquivar turistas que van y vienen sin miramientos.

Tomo aire para intentar calmar los nervios que eso me produce mientras sigo caminando detrás de mi hermano, quien observa concentrado la numeración de los edificios. Atravesamos varios cruces en los que tenemos que prestar más atención a los coches que suben y bajan que a los semáforos. Todos ellos están rodeados de edificios de granito de estilo modernista con colores claros y muchos de ellos tienen toques florales típicos en el arte de esa época. Sé que por Barcelona se pueden seguir muchas rutas artísticas y la modernista es mi favorita por la mezcla entre lo clásico y lo moderno. Mis andares se tornan automáticos durante unos minutos hasta que se ven interrumpidos porque mi cuerpo se estampa contra algo duro.

Gruño molesta.

—Lena, estás empanada. —Sus brazos fuertes me apartan con suavidad del pecho contra el que me he estampado segundos antes.

—Perdón, perdón... —Me aparto lo más rápido que puedo.

Su cuerpo está junto a su maleta y una de las mías, agradezco enormemente que la lleve y no haya insistido en que cada uno cargue con sus pertenencias, porque de ser así me hubiera quedado en el tren. Mi hermano mira cómo recoloco los mechones de pelo detrás de mi oreja con un tic nervioso que he desarrollado en los últimos años. Si él hubiera seguido caminando, yo no me hubiera estampado contra él... Espera, espera, eso significa que...

—Ikea patrocina el *tour* de nuestra nueva humilde mansión. —Leo abre el portón enorme de un bloque de pisos. Me va a tener que recoger la mandíbula del suelo de la sorpresa por lo que ven mis ojos.

Sigo sus pasos y ambos arrastramos las maletas hasta el interior del edificio. Estoy alucinada con la gran entrada con el ascensor a un lado y con unas enormes escaleras que presiden la parte central, todo en un mármol blanco que me hace sentir como si fuera una princesa en un gran palacio. Por lo menos mamá podrá estar tranquila de que sus polluelos viven en un piso con guardia de seguridad y portero.

Podría enviarle un mensaje a papá, pero seguro que aún no ha terminado su turno, lo más seguro es que lo distraiga con mis tonterías. Puedo llamar a mamá más tarde cuando llegue a casa, pero no quiero incordiar, seguro que llegará agotada de trabajar y agradecerá no tener que hacer la cena para tantos. Sí, quizás lo mejor sea contárselo cuando llamen.

Mi hermano y un joven trajeado intercambian unas palabras mientras yo sigo embobada con el blanco mármol que decora todo el vestíbulo. Roberto, el portero, se presenta e insiste en que si necesitamos cualquier cosa podemos acudir a él; estaba al tanto de nuestra llegada y se ofrece a ayudarnos a meter las maletas en el ascensor.

Subimos a trompicones jugando a quién consigue llegar antes, Leo pulsa el tercer piso y, pocos segundos después, llegamos hasta el amplio rellano. Sigo sus pasos hasta la tercera puerta y me quedo con cada detalle: vamos a vivir en el tercero tercera de este enorme edificio.

—Venga, Lena, espabila que no tenemos todo el día —grita mi hermano, sacándome de mis pensamientos mientras yo observo cada rincón del rellano.

Leo siempre ha sido muy bromista y gracioso. Siempre consigue hacerme reír cuando trata de picarme con alguna de sus bromas sin sentido.

—¿Has abierto ya la puerta o puede contigo? —le vacilo volviéndome hacia él y comprobando que, efectivamente, la puerta está abierta.

—Pues claro, enana. Venga, no te quedes ahí fuera, hay una fiesta que tenemos que preparar. —Entorno los ojos harta de oírlo, no sé cuántas veces ha mencionado en la última semana el supuesto fiestón que tenemos que dar en los próximos días.

Arrastro mis maletas hasta el interior del piso, las suelto y me permito recorrerlo con calma sin necesidad de arrastrar los cuatro muertos que llevo en cada caja con ruedas. A pocos pasos, encuentro la primera puerta con lo que parece una especie de pequeño ropero. Después hay una puerta contigua donde se encuentra la cocina de tonos blancos con una encimera amplia y una pequeña mesa a su izquierda. Más adelante llego al salón, muy luminoso y con varios sofás de color grisáceo frente a un gran ventanal que parece dar a un balcón, y sonrío al pensar que es aquí donde voy a pintar mis trabajos de la universidad. Eso sí, habrá que buscar otra mesa, aunque sea plegable, porque juntar a uno de Arquitectura con alguien que está en su último año de Bellas Artes va a hacer que necesitemos espacio. La mesa de madera que preside la sala parece bastante grande, como para seis u ocho personas, quizás podamos organizarnos bien.

A mi derecha hay un pasillo, la primera puerta es uno de los baños de la casa y justo enfrente se encuentran dos habitaciones bastante completas, con escritorio y cama de matrimonio. Al final del pasillo está la habitación más grande de las tres que, por supuesto, no dudo ni un segundo que es la que mi hermano se ha adjudicado.

—¿Te gusta? ¿A que está bien? Noah y yo nos hemos encargado de amueblarla. —Sonríe triunfante observando el espacio.

«Noah y yo».

—No está nada mal... ¿Y Noah qué pinta en todo esto? —pregunto enarcando una ceja y observando cómo de pronto aumenta la inquietud de mi hermano. Esto no me gusta.

—Pues que posiblemente viva con nosotros, Lena... —deja caer sutilmente.

«¿Cómo?».

El tiempo se detiene.

—¡¿Qué?! ¿Y no se te ha ocurrido preguntarme si yo estaba conforme con ello? —espeto molesta. Angustiada, me friego la sien —. Sabes bien que no quiero ver a Noah, decidió marcharse... —pronuncio en un tono más bajo, como si mis propias palabras me pesaran más de lo habitual.

Una punzada de dolor en el pecho me impide acabar la frase, pero sé lo que iba a decir, y a pesar de que hayan pasado años, me sigue doliendo que yo no le importara lo más mínimo.

Joder, he venido para tener más tiempo para mí y no perderlo en ir y venir a casa porque no puedo soportar un año más de ese modo. Siento cómo la cabeza se me carga de pensamientos que vienen y van sin control, tan rápidos que no me da tiempo a rebatirlos. Frunzo el ceño y trato de calmar el escalofrío nervioso que me recorre el cuerpo.

Mi hermano consigue que me sienta idiota al ser consciente de que llevo años tratando de alejarme de Noah, y encima ha tenido la brillante idea de que vivamos todos juntos como si aquí no hubiera pasado nada.

No es la primera vez que mi hermano trata de arreglar las cosas.

—Vamos, Lena, a Noah Sanders lo conoces desde que llevas pañales, no me fastidies, no es lo mismo que meter un completo extraño en casa. Es mi mejor amigo y es de confianza... Ya sabes que necesita un lugar donde quedarse, está pasando una situación

algo delicada... Trabaja aquí al lado y le viene bien no estar solo, así puedo vigilaros a los dos. —Sus palabras hacen el amago de convencerme, pero no estoy segura de ello.

«¿Y no lo puedes vigilar en otro lugar?», pregunto para mis adentros, conteniendo la rabia que me recorre las venas. ¿Qué se supone que voy a hacer cuando lo vea? ¿Ignorarlo como hasta ahora? Sé que ahora mismo tiene una situación complicada. Aunque he tratado por todos los medios de apartarme de él, hay una pizca de preocupación en mi interior, pero nada más. En varias ocasiones he estado tentada de acercarme a él y preguntarle cómo se encuentra, pero no lo hice porque él dejó de preocuparse por mí hace mucho tiempo.

Siento las dudas invadiendo mi interior, ¿he hecho bien en aceptar la propuesta de Leo? Es cierto que me pilló por sorpresa y me hizo ilusión volar del nido con mi hermano. Porque más o menos la cosa era similar en casa: ya que mamá y papá casi siempre estaban de guardia en el hospital, parecía que vivíamos solos, salvo por las visitas de la abuela.

Me llevo la mano al pecho haciendo el amago de parar el descontrol que se acaba de generar dentro de mí. Noto que la temperatura de mi cuerpo se eleva tan rápido como el fuego, trago saliva con dificultad mientras cierro los ojos con fuerza, tratando de contener el pánico que se me acaba de instalar en el vientre y que hace que todo dé un giro de ciento ochenta grados.

Las mejillas se me enrojecen en pocos segundos y tengo que hacer un gran esfuerzo por mantener la calma cuando empiezo a sentir que los sudores fríos me recorren el torso. Leo me observa con detenimiento, sabe que estoy controlando lo que sea que pase por mi mente; en varias ocasiones he irrumpido en su habitación de madrugada, sollozando y suplicando que mi cabeza parara. Por eso

Leo me animó a venir con él, para no dejarme sola con mis pensamientos. Mi hermano no es psicólogo, pero es reconfortante encontrarlo siempre dispuesto a ayudar. Él solo escucha, pero, aunque sé que no acaba de comprender lo que me pasa, hace lo posible por hacerme sentir mejor.

En realidad, ni yo misma sé qué me ocurre para perder el control de manera tan rápida, pero me resulta muy complicado vivir en calma. Es como si todo me diera pánico, como si mi cuerpo se preparara para cualquier catástrofe que pudiera ocurrir, porque eso es exactamente lo que hace mi mente: inventa historias terroríficas con las que me deja muda y con ataques de pánico sin parar de darle vueltas a que eso ocurrirá. Soy yo combatiendo conmigo misma por ver a quién creo, a mí o la voz de mi cabeza que amenaza con desestabilizarme cada vez que puede.

No hace falta que sean historias elaboradas para conseguir que me asuste de verdad, sino que se generan imágenes desastrosas que creo que sucederán en cualquier momento. Como cuando entré a la habitación de Leo hace unas semanas y lo pillé viendo una película de zombis, y ahora creo que en cualquier momento nos invadirán y nos comerán. Pero como dice Carmen, mi psicóloga, son solo imágenes que mi cerebro recuerda o crea para someterme al pánico que me generan.

Noah... Noah prácticamente ha crecido con nosotros y supongo que antes que un extraño prefiero que venga él, ¿no? Y más ahora, que parece que ambos necesitamos el apoyo de Leo.

—Podrías haberme avisado...—mascullo, aunque sé que no puedo oponerme.

—Ya, ya, es que no sabía cómo decírtelo por si te lo tomabas mal...—se excusa dudoso.

—Ah, ¿y eso no es lo que ha ocurrido?

—Mira, Lena, no quiero discutir contigo, siento mucho no haberte avisado antes, sabía que te molestaría, pero no quería arriesgarme a que cambiaras de opinión y decidieras quedarte en casa, no quiero dejarte sola... Aunque te quedaras en casa no lo estarías, está mamá, está papá..., pero están trabajando la mayor parte del día. —Suspira cansado, se restriega el rostro con las manos y clava sus ojos oscuros en los míos—. Como disculpa puedes quedarte la habitación más grande, ¿vale? Noah y yo nos quedamos con estas dos —señala, con expresión de culpa, las dos habitaciones casi idénticas que se encuentran al principio del pasillo.

Sé que mi hermano tiene razón, sé que Noah no está pasando por un buen momento, ya que hace apenas unas semanas que nos despedimos del señor Sanders porque ingresó en una clínica de desintoxicación. Desde entonces su hijo ha estado más en mi casa que en la suya, y no lo culpo, porque entiendo que tal vez sienta que todo se le viene encima. Noah se está apoyando mucho en mi hermano y no seré yo quien le prive de seguir haciéndolo aquí.

—Está bien... —susurro exhausta, esbozando una pequeña sonrisa que pronto se me desdibuja.

Caigo en la cuenta de que voy a vivir con mi hermano y su mejor amigo con el que no me apetece cruzar ni media palabra. Me llevo una mano al pecho y, aprovechando que Leo se ha metido en su habitación, camino pasillo abajo tratando de controlar el huracán de pánico y recuerdos que recorre mi interior.

Sea como sea siempre volvemos a toparnos en el camino, él seguirá siendo amigo de Leo, porque mío dejó de serlo en el momento en que se fue cuando más lo necesitaba.

* * *

Agradezco que Carmen esté dispuesta a hacer sesiones por vía telemática, de esta forma no tengo que moverme de mi nueva morada para hablar con ella. Llevo más de veinte minutos contándole lo extraño e incómodo que ha sido rellenar la habitación hasta hacerla completamente mía. Ha sido entretenido pasarme horas colocando todas mis pertenencias en su nuevo lugar. Durante ese rato he podido concentrarme en el orden con la ropa en el armario y en los diferentes cajones de la cómoda, los diferentes materiales de dibujo sobre la mesa del escritorio, que está unida a varias estanterías donde ahora descansan los pocos libros que he podido traer para leer en las siguientes semanas...

—¿Te sientes mejor ahora que lo tienes todo ordenado? —pregunta Carmen al otro lado de la pantalla de mi iPad.

—Es extraño, supongo. —Me encojo de hombros dubitativa.

—Es completamente normal que durante unas semanas te sientas algo extraña al vivir en un nuevo lugar, pero puedes aprovechar para ordenar mentalmente las prioridades y necesidades que tienes ahora mismo. No importa si son pequeñas o muy profundas, podemos redactar una pequeña lista para tener más claros tus objetivos a corto y largo plazo, ¿qué te parece? Podemos comentarlas en la próxima sesión. —Esboza una sonrisa que contrasta con el verde agua de la pared de la consulta.

—¿Y si no sé qué necesito?

—Ay, Lena, tú y tus «nosés» —ríe negando con la cabeza—. Búscalos entonces, nadie nace sabiéndolo todo. Puedes empezar por algo pequeño a ver a dónde te lleva. Date un momento para pensar, tú misma me comentaste que te hacía ilusión mudarte al centro, busca los porqués de ello.

Asiento pensativa, rebuscando en mi interior por qué.

—Mi hermano. —Es lo primero que sé con seguridad, Carmen apunta en su cuaderno mi respuesta—. Y tendría más tiempo para mí...

—¿Para qué quieres más tiempo para ti? —Sonríe de medio lado.

«¿Por qué quiero más tiempo para mí?».

En casa ya tenía tiempo para mí, es cierto que los fines de semana mucho más, ya que de lunes a viernes pasaba todo el día en la universidad avanzando en los proyectos. Pero ahora ya no tengo que perder casi cuatro horas diarias en ir y venir a casa...

—Leer, mmm... —Observo mis pertenencias esparcidas por la habitación buscando respuestas en ellas.

—¿Sigues saliendo a correr? —Carmen enciende la bombilla sobre mi cabeza, y asiento a la pantalla—. Bien, ¿cómo te sentías?

—Bien, supongo... Me ayudaba a dormir del tirón por la noche, tal vez podría buscar algunos lugares para seguir haciéndolo.

—¿Ves como sí sabes, Lena? Solo hay que tomar aire y ordenar los pensamientos, los tuyos, no los que tu ego quiere hacerte creer. —Me señala a través de la pantalla

—Estoy en ello, Carmen. A veces es muy complicado y siento que en cualquier momento algo malo ocurrirá, pero trato de respirar y mantener la calma dentro de lo posible —expongo apenada por llevar años con esta situación.

—¿Te ha ocurrido últimamente?

—Sí...

—¿Por qué? ¿De qué tenías miedo, Lena? —Carmen me dedica una mirada rápida mientras vuelve a su cuaderno y me deja un pequeño espacio para pensar.

Trago saliva algo incómoda al recordar cómo ha reaccionado mi cuerpo esta mañana, inquieto cuando mi hermano ha anunciado que Noah vivirá con nosotros. Ha sido una sensación agridulce, años

atrás me hubiera encantado la idea, pero ¿ahora? No sé cómo reaccionaré cuando lo vea en casa, solo sé que quiero seguir manteniéndome al margen.

Él así lo quiso y así será.

—Mi hermano ha invitado a su mejor amigo a vivir con nosotros. Sé que lo está pasando mal ahora mismo, tiene una situación delicada con su padre porque acaba de ingresar en una clínica de desintoxicación... No sé cómo sentirme al respecto. —Suelto el aire que me estaba comprimiendo el pecho.

—¿Qué relación tienes con el amigo de tu hermano? —Pone el dedo justo en la llaga, me revuelvo algo incómoda sobre mi silla.

«¿Qué relación?».

Ninguna.

—Es el amigo de mi hermano —concluyo.

—Oh, ya veo... ¿Quieres hablar de ello? —Carmen observa mi rostro descompuesto mientras yo niego con la cabeza—. Cielo, en algún momento vamos a hablar de ello cuando tú te sientas preparada, ¿vale? Pero que sea más pronto que tarde, es la quinta o tal vez la sexta vez que lo mencionas sin pronunciar su nombre y empiezo a pensar que la raíz de lo que te ocurre está ligada directa o indirectamente con él. —Suspira y hace una pausa—. Retomando lo que estábamos hablando..., aprovecha tu nuevo día a día para crear el día a día que deseas. Te invito a probar cosas nuevas que te saquen de pasar las horas en casa viendo Netflix debajo de la manta, ya has visto que correr te sienta bien y te ayuda a dormir mejor. Te recomiendo que lo que desees incorporar a tu nuevo día a día sean cosas que te animen a salir de tu zona de confort, ¿sí? —Asiento de nuevo con la cabeza—. Termina esa lista de posibles cosas que puedes, al menos, probar y comentamos con cuáles te quedas en la próxima sesión. ¿Entendido?

—Sí, en resumen: salir de casa... —Sonrío vagamente.

—Tienes la posibilidad de crear la vida que tú deseas llevar, Lena, date la oportunidad de volver a hacer las cosas que te gustan, de probar cosas nuevas y de aceptar las cosas que nos da la vida. ¿Por qué no le plantas cara a lo que te da miedo, en vez de huir de ello?

Poco después le agradecí escucharme un día más y la videollamada se cortó y me dejó sumergida en lo que Carmen me ha propuesto hacer. Hace tiempo que soy consciente de que necesito que las cosas cambien, estoy agotada de estar pensando y teniendo miedo continuamente.

Tiene razón, esta es mi oportunidad de empezar de nuevo, al menos, de intentarlo.

Capítulo 2



Lena

Camino perezosa hasta la entrada del bloque, mosqueada con el mundo por haber hecho que me levante para una simple presentación de la clase de hoy. No estoy en contra del dibujo y mucho menos si es de carácter experimental, pero perder cuatro horas leyendo una presentación digital que nos podrían haber mandado al correo me revienta porque siento que no he hecho nada más que perder el tiempo. He aprovechado para reencontrarme con mi grupo de amigos e inaugurar oficialmente la nueva temporada de café con dónut de la cafetería de la facultad de Bellas Artes.

No nos hemos visto en todo el verano porque todos vivimos lejos de Barcelona. Me alegro de empezar el curso para poder pasar tiempo con ellos, sobre todo, escuchando cómo María se queja del profesorado y de que tengamos que seguir dibujando a modelos en pelotas, Clara aprovecha para leer siempre que puede o si no trabajando en los *fanarts* que tanto le gustan, a Guillem le han

rugido las tripas durante la clase, cosa que ha hecho que Adelf y yo no hayamos podido parar de reír por lo bajo, pero finalmente hemos cedido a venir a la cafetería a por sus famosos donuts y todos hemos aprovechado el aire fresco para despejarnos.

Unos minutos antes de entrar a clase, me cruzo con Marina, hoy nuestros horarios no encajan: ella tiene clase por la mañana y yo por la tarde. Aun así, nada me impide abrazarla como si no la hubiera visto en años.

—Me vas a aplastar, tía —se queja mi amiga mientras yo sigo rodeándola entre mis brazos y estrechándola contra mí.

—¿Qué tal la clase? ¿Ha sido aburrida? —pregunto con una sonrisa juguetona mientras deshago el agarre.

—Solo diré que lo único bueno de la asignatura es que no hay examen.

—¿Trabajo en grupo? —deduzco alzando una ceja.

—¿Tan predecibles son las clases? —pregunta mi amiga poniendo los ojos en blanco, presiona el botón para encender su pantalla y comprueba la hora—. Tía, me voy que no llego al tren.

—¿Tienes algún entrenamiento hoy?

—Sí, el primer entreno de la temporada de voleibol de la selección femenina del Tarragona Club —responde sin ganas.

—Menos mal que te encanta ese deporte, porque si no cualquiera diría que vas obligada. —Ambas reímos y nos despedimos con un abrazo.

Marina sortea las vías del tranvía para cruzar rápidamente y caminar hacia el metro mientras que yo entro al edificio Florensa y subo las escaleras con pesadez hasta llegar a la puerta abierta del aula dieciséis, donde lunes y martes tendremos clases teóricas.

* * *

Por si el calor arrasador no fuera suficiente, para colmo estoy sola en casa. Leo tiene clase hasta tarde y, según él, Noah dormía esta noche aquí, pero no veo ninguna evidencia de ello cuando entro a casa, ni maletas ni chaquetas de más en el ropero. Me obligo a mí misma a no estar pendiente de ninguno de esos detalles, me repito que debería darme igual que él esté aquí y eso hago cuando paso a toda velocidad por el pasillo con el pecho encogido y el pulso acelerado, pensando que tal vez pueda cruzarme con él en los próximos segundos.

Huyo con rapidez a mi habitación, enciendo la pantalla de mi móvil y gruño molesta al ver que son casi las seis de la tarde. Cierro la puerta detrás de mí y me dejo caer sobre la cama, y deslizo el dedo por la pantalla del móvil buscando algo con que entretenerme: si Instagram, si TikTok... Bufo frustrada al no encontrar nada que llame mi atención.

Tengo algunos mensajes de Marina donde se queja de la lentitud del transporte público y me cuenta que, por suerte, ha podido llegar bien de tiempo al primer entreno de la temporada. Agradezco mentalmente no tener que volver ahora mismo hasta mi casa. Solo de pensar en que tendría que coger el metro para poder llegar a la estación cuanto antes y subirme al próximo tren que tenga parada en Tarragona, me da algo.

Marina y yo llevamos juntas desde el primer día. Ambas estábamos igual de perdidas buscando la clase que nos tocaba, por casualidad hicimos el mismo viaje de vuelta a casa y, desde entonces, nos hemos hecho inseparables. Marina siempre es un apoyo cuando siento que todo se desmorona, y también lo es su madre Carmen, mi psicóloga desde hace un par de años.

Fue un acierto que nuestros caminos se cruzaran.

Mientras introducía las llaves en la cerradura del portón principal he oído música de fondo, lo que me ha hecho fruncir el ceño y mirar de lado a lado para buscar de dónde provenía esa melodía que se perdía entre la multitud que pasaba por ahí. Encontré unas enormes banderas coloridas a mi izquierda: BCN FITNESS LOW COST. Por unos instantes pasé por alto la que podría ser una señal para cambiar mi día a día. «¿Y si me apunto? No puede ser tan difícil, si tanta gente va a entrenar a un gimnasio, ¿no?», me repito ahora a mí misma una y otra vez tratando de convencerme de que tal vez esta sí sea una buena idea.

«Tienes la posibilidad de crear la vida que tú deseas llevar, Lena, date la oportunidad de volver a hacer las cosas que te gustan, de probar cosas nuevas y de aceptar las cosas que nos da la vida. ¿Por qué no le plantas cara a lo que te da miedo, en vez de huir de ello?». Las palabras de Carmen resuenan en mi interior y crean un mantra que me recuerda el cambio que necesito en mi día a día.

He tomado la decisión de que mi vida aquí será diferente a la que solía hacer en casa. Sé que necesito distraerme, buscar algo que me canse tanto que luego pueda descansar toda la noche. No puedo seguir encerrada, los muchos libros que leo buscando respuestas a qué me pasa dicen lo mismo: «si siempre haces lo mismo, siempre obtendrás el mismo resultado», y yo no quiero seguir encerrándome en mi habitación mientras batallo conmigo misma.

Suspiro y levanto el torso del colchón para sentarme sobre mi nueva cama.

—Venga, Lena, es hora de moverse —me digo a mí misma. No me lo pienso dos veces y rebusco en mi armario todo lo necesario:

- mochila
- botella de agua
- toalla

- ropa deportiva
- ganas
- móvil
- auriculares

Lo tengo todo en cuestión de minutos, la verdad es que jugaba con algo de ventaja, ya que la ropa deportiva la llevaba puesta con intención de salir a correr por la zona más tarde, con la excusa de vivir en un nuevo lugar del que empaparme de sus calles y salir de mi recién estrenada cueva. Este es un nuevo comienzo y no puedo seguir manteniendo las viejas rutinas de esconderme en mi cuarto con la cabeza parloteando y no salir porque estoy demasiado ocupada tratando de calmar la ansiedad que me aborda al pensar en todo. Probar algo nuevo me ayudará a tener la mente entretenida, y espero que el ejercicio canse mi cuerpo lo suficiente para dormir del tirón esta noche y no pasarme horas con los ojos como platos mirando al techo.

Cierro la puerta del piso con cuidado para no dar un portazo y bajo las escaleras animada. ¿Qué? Bajarlas no es lo mismo que subirlas. Llego hasta el rellano principal de la entrada dando brincos a lo Heidi, seguramente también tenga las mejillas enrojecidas, siempre me pasa.

—Buenos días, señorita —saluda el portero del edificio, que me abre la puerta con una gran sonrisa.

—Buenos días —respondo devolviéndole la sonrisa. No sabía que los chicos jóvenes y guapos trabajaban como porteros de edificios de pisos a los que sinceramente creo que mi hermano y yo no podríamos aspirar ni vendiendo órganos. Doy gracias a la tía Lorena una vez más.

El calor de septiembre me azota el rostro otra vez en el día de hoy, pero eso no me detiene. Miro a un lado del portón por el que

salgo y encuentro lo que parece un restaurante japonés, giro la cabeza y sonrío victoriosa.

¿Cómo puede ser que ayer no viera las banderas de la entrada con la publicidad del gimnasio?

Mis pasos se dirigen hasta la entrada del local. Me paro frente a la puerta de cristal que se desliza automáticamente y me deja pasar al interior, y bajo una pequeña rampa hasta llegar a un mostrador. No he empezado a ejercitar mi cuerpo y ya estoy sudando.

—¡Hola, buenas! ¿En qué podemos ayudarte? —Una chica pelirroja me pregunta con una enorme sonrisa de oreja a oreja.

—Me gustaría apuntarme —respondo en pocas palabras con una sonrisa nerviosa sin saber bien qué es lo que debería pedir, tal vez información, pero es demasiado tarde cuando la chica planta el papeleo frente a mí.

Después de varios minutos de firmarle autógrafos y rellenar mis datos, agradezco que la mujer me haya enseñado los precios antes de nada. La verdad es que no me lo pienso dos veces cuando veo que el precio es tan bajo, un gimnasio en mitad del centro de Barcelona y que valga menos de treinta euros está siendo mi fantasía favorita del día.

* * *

Estoy realmente agotada de haber trabajado todo el verano en la heladería de mi pueblo. No ha sido horrible, pero siento que he gastado toda mi batería social por una larga temporada. Mediar con mi cabeza a la vez que los clientes me pedían una tarrina de mango y chocolate ha sido horroroso, con todas mis fuerzas trataba de engancharme a lo que me pedían e intentaba pasar por alto lo que parloteaba mi mente, que no dejaba de repetirme que yo no valía ni

para rellenar cucuruchos. He aprendido a tener ataques de pánico sin que se me note en el rostro. Pero ya pasó, y lo bueno de que la tía Lorena nos deje el piso es que todo lo que he ganado este verano, que no es poco, puedo ahorrarlo para lo que quiera y necesite. Sobre todo, para material de clase que, al estudiar Bellas Artes, no es precisamente barato.

Media hora después sigo fascinada con la cantidad de máquinas y salas que hay en el gimnasio, que tiene hasta una media planta con césped artificial para poder estirar tranquilamente. Sonrío a la mujer que me enseña cada rincón del local y asiento contenta, sintiendo que hacer deporte se puede convertir en un buen *hobby.* Durante el verano he salido a correr varias veces por las urbanizaciones de mi pueblo, buscando una vía de escape a todo lo que sucedía en mi cabeza, y el gimnasio de allí era mucho más caro y no ofrecía ni un tercio de la maquinaria que tienen aquí. La mujer me muestra los vestuarios y sonríe victoriosa al haber hecho una nueva clienta. Después del *tour*, meto mis pertenencias en una taquilla cualquiera y salgo a la sala principal. Vale, hay una cosita importante que me he comido por el camino y no eran las barritas de chocolate de esta mañana.

No tengo ni puñetera idea de cómo usar estas máquinas, ni el peso que se supone que debo poner, si tengo que seguir una rutina, buscarme un entrenador...

—Sí que eres tonta, Lena, ¿no? —me vacilo a mí misma chasqueando la lengua. Subo las escaleras hasta el piso de arriba donde se encuentran las máquinas de *spinning* y cardio. Plan perfecto para hoy. Bueno, es lo único que puedo hacer ahora sin quedar como una imbécil o romper una máquina por no saber usarla.

Enciendo una de las elípticas frente al televisor que emite música aburrida de gimnasio. La música que se supone que alentaría a la gente a hacer más ejercicio, pero lo que hace es deprimir de lo monótona que llega a ser. No entiendo por qué suena música por todo el local y en la televisión aparecen las noticias.

Resoplo angustiada y todavía no he empezado. Me coloco los *earpods* en los oídos, dejo mi teléfono en la repisa y me subo a la máquina, que se pone en marcha en un instante. Tomo aire preparándome para el maratón de mi vida, pero este se ve interrumpido cuando distingo unos hombros anchos que reconozco a la perfección aproximarse a mí, con largas zancadas y una sonrisa hipnótica que hace que me aferre a la máquina con más fuerza para evitar escupir el corazón en ese preciso instante.

No estaba preparada para ello. Había salido para librarme de mí misma, de la clase de hoy y de los nervios que sentía al saber que en algún momento nuestros caminos iban a volver a cruzarse, como siempre.

—¿Es cierto lo que veo? Vaya, vaya... La pequeña Luci ha venido a verme —alardea antes de que pueda reproducir mi música.

¿Y ahora cómo salgo de aquí?

Capítulo 3



Lena

Estoy cansada y enfadada con la vida ahora mismo por quedarme sola ante el peligro. Alzo la vista para encontrarme con el chico de ojos verdes más alto que la torre de Pisa, vestido con camiseta y bermudas azul marino perfectamente conjuntadas: él espera impaciente mi respuesta con una sonrisa amplia que me ha pillado totalmente desprevenida. Sonrío con falsedad y clavo la mirada en su figura, asqueada por verme obligada a entablar una conversación con él.

«¿Qué hace aquí?».

«¿Cuándo ha llegado?».

Las preguntas me martillean la sien en busca de respuestas.

—Es Lena —gruño—, ¿cuántas veces te lo voy a tener que repetir? —rujo mosqueada. En los últimos años consigue sacarme de quicio en pocos segundos.

—No, no, no, es Luci, no me engañes, enana. ¿Qué haces aquí? No me digas que te has apuntado, porque de ser así tendremos que contratar seguridad extra para que no hagas arder el edificio —me vacila en mi cara como si fuera lo más divertido del mundo y ahora me replanteo por qué ayer por la tarde no le dije a Leo que el neandertal que tengo delante se fuese a vivir debajo de un puente, si es necesario. Además, vuelve a utilizar ese estúpido apodo...

¿Tendremos que contratar?

Ay, no.

Leo me dijo que Noah trabajaba por aquí cerca, pero lo que no me esperaba es que lo hiciera en el gimnasio de debajo de la que va a ser nuestra casa en los próximos meses. De haber sabido que él trabaja aquí, me hubiera replanteado seriamente si apuntarme o no. ¿Cómo pretendo salir de mi zona de confort si él anda cerca?

¿Cómo es posible que siga con la misma actitud de siempre?

Como si nada hubiera roto nuestra amistad.

¿Por qué no se da cuenta de que no me hace gracia verlo?

¿En serio?

Reprimo mi mal humor porque sigue siendo amigo de mi hermano y no me gustaría que esto afectara a mi relación con Leo.

Sé que no es un buen momento para hablar del tema, ni siquiera lo es para que crucemos unas palabras. A mí no me hace bien su presencia y a él se le nota más agotado de lo normal, supongo que lo de su padre le debe de estar afectando bastante. ¿A quién no? Nadie se imagina hacerse cargo de las responsabilidades del hogar siendo un adolescente y mucho menos que todo ello te explote en la cara.

Sus ojos siguen sobre los míos, me inquieta sentir su atención puesta sobre mí. Curvo los labios en una pequeña sonrisa por compromiso y respondo:

—Siempre es un placer verte, Noah —digo con ironía, esperando y deseando que se quite de mi vista lo antes posible.

Puedo ver un atisbo de esperanza en sus ojos, odio verlo.

—Es cierto, eso dicen todas —alardea de sí mismo, la verdad es que me parece asqueroso que lo haga—. Es broma, es broma, no arrugues el hocico, que te pones fea —arqueo una ceja al comprobar que este chico sigue cambiando de humor cada pocos segundos. No es algo nuevo en Noah, diría que es su sello personal sentir y vivir a la velocidad de la luz.

—No arrugo el hocico —respondo algo picada por su comentario.

—Sí, sí lo haces, desde pequeña lo haces. —Su tono convencido hace que yo me sienta insegura.

¿Desde pequeña, ha dicho?

Pongo los ojos en blanco fingiendo que su comentario no tiene ningún efecto sobre mí.

—Pues sí que te fijas en mí —vacilo sosteniéndole la mirada.

—Claro, ¿cómo te voy a dejar a cargo de tu hermano mayor? Nadie en su sano juicio que conozca bien a Leo haría eso, Luci. Me obligáis a ser la niñera de la casa. —Se apoya en la máquina en la que estoy subida y que no voy a usar hasta que no se aparte de mi vista.

—Puedes montar una guardería, como te rodeas de tantos bebés —digo a regañadientes por sus insistentes vaciles que no van a ninguna parte, ni siquiera me hacen gracia.

—Ahora estoy vigilando a una bebé un poco gruñona —trata de picarme.

—Pues no me vigiles —contesto arisca.

—Ahora eres uno de mis bebés...

Bufo molesta, no quiero ser nada de él, ni siquiera parte de ninguna broma sin sentido.

Clavo la mirada en el cielo raso de sus ojos, conteniendo mi rabia. Si vamos a convivir en el mismo piso creo que lo mejor será no pelear el primer día, porque, si no, se me va a hacer demasiado larga mi estancia en el piso. Prefiero estar aquí que en casa, allí estaría prácticamente sola, me entretendría haciendo tareas de la casa o adelantando trabajos o releyendo libros por cuarta vez. Mamá y papá trabajan mucho y tienen poco tiempo libre y entiendo que en ese tiempo quieran descansar, por ello hacía lo posible por quitarles trabajo con la esperanza de que quizás de esta forma pasarían tiempo conmigo.

—Noah —le advierto—, voy a hacer algo de ejercicio y a desconectar un poco, así que te agradecería que movieras tus piernecitas de atleta a otra parte. —Su sonrisa burlona se desdibuja del rostro al ver que no me está haciendo ni puñetera gracia encontrarlo aquí.

—No te alteres, Luci, que pierdes luz... Estoy en la sala de abajo, por si te da el venazo salvaje de probar las máquinas y dejar el cardio para después. —Me dedica una última sonrisa algo diferente a la que no presto mucha atención, porque internamente celebro que se esfume de mi vista.

Pongo en marcha la máquina mientras, inevitablemente, mis ojos siguen su espalda ancha y sus pasos largos mientras desaparece escaleras abajo.

Me pone muy nerviosa que siempre ande de gracieta en vez de tomarse las cosas un poco más en serio, así está mi hermano que en cuanto le das un poco de cuerda te roba la fiesta y claro, juntas al gracioso de Noah con el ligón de Leo y tienes el dúo dinámico que te robará el corazón.

Menos mal que soy la hermana y mi corazón está blindado, o más bien perdido en el tiempo. Haberlos visto rodeados de chicas

siempre me hace plantearme si yo sería capaz de volver a conectar de esa manera con otra persona. Hace años que no salgo con nadie de una manera seria, mi único novio fue Óscar en el instituto, y fue la primera vez que me sentí unida a alguien de una forma mucho más profunda y vulnerable. No estaba enamorada de aquel chico, pero sí me gustaba y tal vez cada día me gustaba más, y no pude evitar sentirme terriblemente mal cuando lo dejamos. Fue cosa de críos, aunque el rechazo que sentí en mi interior fue enorme, a pesar de entender que estuviera incómodo saliendo con la hermana pequeña de uno de sus mejores amigos. Tanto Leo como Noah siempre estaban al tanto de lo que ocurría entre nosotros. Al principio, pensé que sería cosa de unos días hasta que todos nos acostumbráramos. Sin embargo, la realidad fue que Leo aparecía en cada momento que Óscar y yo conseguíamos compartir. Era incómodo y lo mejor fue dejarlo ahí, quizás con el tiempo, cuando fuéramos más mayores, las cosas cambiarían. Mi hermano quiso cuidarme y tal vez pecó de hacerlo demasiado, en vez de dejarme a mí manejar lo que ocurriera con Óscar.

Leonardo siempre está ahí para mí cuando lo necesito. Será como será con los demás, pero conmigo es un buen hermano, un poco payaso y despistado, aunque hay momentos en los que parece estar iluminado y se comporta como un ángel caído del cielo.

El cambio al instituto nos revolucionó a todos, cada uno empezó a descubrir los caminos de la preadolescencia, chicas, chicos, grupos de amigos, salir por las tardes al parque, pero aun así seguíamos siendo un equipo.

Estábamos creciendo y eso era evidente. Mientras mi hermano, Noah, Óscar y Fede se convertían en los reyes del patio, yo disfrutaba de una de las esquinas de la pista que compartía con Violeta y Estefanía, donde teníamos las mejores vistas para ver el

partido de fútbol de los chicos. Noah y Leo hablaban prácticamente con todos los que estudiábamos allí, en cambio yo he sido muy reservada con mis cosas y eso Óscar lo sabía, siempre me decía que eso era lo que más le gustaba de mí.

«No te alteres, Luci, que pierdes luz», sus palabras resuenan en mi interior en bucle, hasta tal punto que me dificulta escuchar la música de mis auriculares, y hacen que demasiadas voces parloteen en mi cabeza.

Me enerva que me siga llamando de la misma manera en que lo hacía cuando éramos críos. Me molestaba que me llamara así y no por mi nombre, podía llamarme Len, Lena, Helena, Helen, pero no: Luci. Se negaba a explicarme por qué y alegaba que en el futuro me lo explicaría detenidamente. Diría que sigo esperando, pero hace años que salí de aquella parada de bus.

Trato de concentrarme en el movimiento de la elíptica cuando algo toca mi hombro, me sobresalto y giro el rostro rápidamente hasta divisar que solo es Leo agarrado de la cintura de una chica morena que también me sonríe. Bufo al revivir la misma película una y otra vez, mi hermano debe de haber salido pronto de clase o yo llevo mucho tiempo aquí subida.

Retiro uno de mis auriculares y me aparto, exhausta, de la máquina y agradeciendo que sean la excusa para bajarme de ese cacharro del diablo.

—¿Ya te has apuntado? Qué rápida, no has dejado que Noah despliegue sus encantos engatusadores para hacer nuevas clientas. —La sonrisa de mi hermano es amplia y la mía, inexistente.

Sabía que Noah trabaja como entrenador personal durante el año escolar mientras que en verano aprovechaba para hacerlo en el restaurante de los padres de Rubén. Lo sé porque tanto mi hermano como yo hemos trabajado allí. Ellos formaban parte del equipo de

camareros, mientras que yo me dedicaba a estar al otro lado de la terraza, detrás de la vitrina de helados, donde a pesar de vender productos fríos hacía un calor horroroso.

—Te equivocas, sí lo ha hecho... —Sonrío falsamente

—¿Noah Sanders? ¿Ella lo conoce? —¿Cómo? ¿Perdona?

La chica me observa detenidamente, estoy segura de que puede ver cómo me acaba de dejar de piedra con su intervención.

—Ella es mi hermana Helena, ya sabes que Noah... —se apresura a decir mi hermano antes de que a mí me dé un paro cardiaco. Frunzo el ceño al ver que Leo no termina la frase, pero ella parece entenderlo.

Me siento humillada ante la posibilidad de que me haya confundido con uno de los ligues de Noah, y río falsamente ante su comentario.

—Tienes razón, cariño, perdona. Encantada de conocerte, cuñada. —Enarco una ceja al escucharla llamarme como me ha llamado, sin quitarle el ojo de encima mientras se acomoda entre los brazos de mi hermano.

—Ella es Vania —responde Leo más rápido que yo.

—Encantada, Vania, yo... yo me voy a casa, tengo que preparar varias cosas para la clase de mañana —miento intentando escaquearme como puedo.

—¿Qué te iba a decir, Lena? ¿Te acuerdas de la fiesta que íbamos a dar para inaugurar el piso...? —Fulmino con la mirada a mi hermano, sé lo que va a decir, odio lo que va a decir —. Pues es esta noche, ponte guapa, que te traigo lo mejorcito de la Universidad Politécnica de Barcelona. —Me anima sonriente junto a su nueva novia—. ¿Te parece bien? —pregunta con un tono de voz mucho más cercano, ha debido de ver que mi cara es un cuadro.

¿Una fiesta?

¿Hoy?

¿Hay una fiesta, hoy, en el piso?

Cierro los párpados con fuerza controlando la situación en mi interior, me siento muy vulnerable ahora mismo y no paro de repetirme que quizás no ha sido buena idea venir aquí. Si no lo hubiera hecho, ahora mismo podría encerrarme en mi habitación sin necesidad de lidiar con todos los escenarios maquiavélicos que genera mi mente alrededor de sus palabras.

No me importa que mi hermano quiera montar una fiesta para inaugurar el piso, lleva días repitiéndolo como un disco rayado, con lo cual he podido prepararme mentalmente. Agradezco que tenga en cuenta mi opinión, ya sabe que en estos temas somos muy diferentes y que lo más probable es que me quede en mi habitación viendo una película.

—Qué bien, Leo, pues voy a prepararme —miento descaradamente otra vez, sabiendo que mi hermano comprende perfectamente que a mí no me apetece el plan, pero que respeto que quieran festejar vivir en el centro.

—Esa es la actitud *moon* —vitorea mi hermano.

—Soy Lena Luna, pero la actitud *moon* la tenéis Sanders y tú —contesto poniendo los ojos en blanco.

La actitud *moon* fue creada por mi hermano y Noah Sanders, no es más que cambiar nuestro apellido al inglés para que suene más internacional, según Leo, pero a mí me sigue pareciendo una estupidez. Es solo una máscara más que nos ponemos para hacernos fuertes y no mostrarnos tan vulnerables como quisiéramos, por si acaso nos hacen daño. A Leo le da miedo comprometerse demasiado y que luego no sea real, por ello sus novias duran pocos meses y Noah... Solía pensar que él era diferente, pero desde que entró al instituto siempre ha tenido chicas detrás de él, y desde que

murió su madre es imposible no ver que necesita cariño. Noah lo busca en todas partes y muchas veces no le ha salido bien la jugada. Me importa un bledo si ahora está con alguien o si no lo está, pero quiere estar..., siempre es un círculo vicioso del que yo salí hace años.

—¿Has visto qué maja es mi hermana? —le pregunta Leo a la chica mientras yo me quito de en medio. Les sonrío vagamente y bajo las escaleras a toda prisa y de mal humor, recojo mis pertenencias del vestuario y salgo del gimnasio tan rápido como mis cortas piernas me lo permiten.

Por unos segundos pongo en duda si realmente quiero o no quiero participar en la fiesta de esta noche. Me agobia la gente, no suelo beber alcohol y, como ha dicho mi hermano, ha invitado a la gente de su facultad, así que mis posibilidades de entablar una conversación con alguien se reducen a tres: mi hermano, quien va a estar más pendiente de que todo el mundo lo pase bien; Noah, con quien no estoy preparada para tener una conversación más larga que la que hemos intercambiado esta tarde, y Vania, la nueva amiga íntima de mi hermano.

Creo que la mejor opción será película y manta, por hoy ya he salido suficiente de mi zona de confort.

Lista de prioridades y necesidades de Lena Luna:

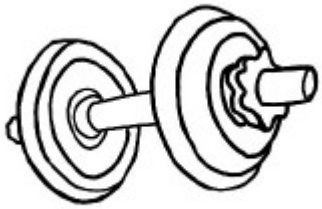
- Pasar más tiempo con mi hermano.
- Buscar actividades que me saquen de mi zona de confort, como apuntarme al gimnasio. Esto evitará que me quede encerrada en mi cuarto viendo Netflix cada día y me ayudará a cansar mi cuerpo para caer rendida y dormir toda la noche.

- ¿Y si vuelvo a escribir? Me sentaba muy bien plasmar mis pensamientos sobre el papel, quizás pueda poner orden en mi interior.

Dejo el bolígrafo al lado del cuaderno de notas donde apunto todo lo relacionado con las sesiones de terapia y suspiro curvando mis labios hasta formar una sonrisa satisfecha conmigo misma.

Es un comienzo, una nueva oportunidad.

Capítulo 4



Noah

Después de tres horas de entrenos en el gimnasio necesito un respiro, he agradecido que el señor Martínez no empezase hoy con el temario de la clase de Edificación. Sigo con el chip de verano, a pesar de que me he pasado la mayor parte trabajando en el restaurante de los padres de Rubén, un viejo amigo del instituto que me ofreció el puesto de camarero al que le he cogido mucho cariño en este tiempo.

Esta es la primera noche en tres meses que no tengo que preocuparme por descansar lo suficiente para rendir al día siguiente, hoy solo quiero acostarme y dormir tranquilamente. Sin embargo, no estoy nada tranquilo desde el momento en que Lena ha entrado al gimnasio con sus mallas color púrpura y su pelo largo recogido en una coleta alta; me ha pillado totalmente por sorpresa. Sabía que tarde o temprano nos íbamos a cruzar, pero no imaginé que eso podría pasar antes de lo planeado.

—¿No va a salir verdad? —pregunta Leo al ver que su hermana no ha salido de su habitación desde que hemos llegado del gimnasio. Lena nunca ha sido muy fiestera, así que imagino que eso no ha cambiado.

Niego con la cabeza y observo cómo su expresión se torna preocupada al instante. Leo siempre está atento a lo que sea que le ocurra a su hermana pequeña. La adora. Puedo leer en su mirada cómo se está debatiendo entre anular la fiesta o seguir con el plan acordado.

A mí, al igual que a Lena, no me hace especial ilusión estar hasta las tantas de la madrugada bebiendo y bailando de un lado para el otro sin parar. No puedo evitar pensar en mi padre y en cómo debe de estar en la clínica, porque, según me dijo la psicóloga que lleva su caso, las primeras semanas son las más duras del tratamiento. Estoy preocupado por él, tiene que ponerse bien, es lo único que deseo ahora mismo. Así que no, no me apetece beber, se me revuelven las tripas cada vez que me llevo una bebida con algo de alcohol a los labios. Las imágenes de mi padre demacrado por culpa de ese vicio hacen tanta mella en mí que ya no recuerdo la última vez que bebí un trago de cerveza.

—Imagino que ya lo sabía, ¿no? Mira que a veces puedes ser despistado. —Enarco una ceja sintiéndome el niñero de mi niñero.

—¿Por quién me tomas, Noah? Pues claro que lo sabía, llevo toda la semana repitiéndolo sin parar, me ha enviado un mensaje hace un rato diciendo que nos divirtamos esta noche —expone algo inquieto, es evidente que le sabe mal.

—No te preocupes, tío, está todo bien, tú preocupado por lo que pueda pasarle y ella respetando que te gusten más las fiestas que el chocolate. —Consigo que mi amigo esboce una sonrisa mientras le doy un par de palmadas suaves en el hombro.

—¿Y tú? ¿Cómo te encuentras? —pregunta mi amigo, lo que hace que yo también curve mis labios hasta formar una sonrisa de medio lado.

—Estoy bien —respondo cada vez que me lo pregunta, no quiero arrastrarlo a sentirse mal por mí, así que respiro hondo—. Vamos a pasarlo bien esta noche —digo finalmente.

Tal vez ver a nuestros compañeros de clase, hablar un poco con la gente y escuchar algo de música me ayude a despejarme un poco de todo lo que me invade ahora mismo.

Lena.

La situación con Lena es algo complicada, apenas nos dirigimos la palabra. Muchas veces intento que se una a su hermano y a mí para hacer algún plan, pero siempre se niega y no puedo evitar sentirme culpable.

No negaré que la echo mucho de menos, pero es mejor que sea así, ahora mismo no puedo estar ni siquiera pendiente de mí mismo, y mucho menos puedo prometer estar al lado de los que me rodean. Leo me mandó callar en cuanto expresé mi malestar y me repitió hasta la saciedad que él no iba a ir a ninguna parte, que era hora de que él estuviera para mí, para lo que yo necesitara. Se lo agradezco. Leo tiene un corazón que no le cabe en el pecho.

El timbre me saca de mis pensamientos y vuelvo la vista hacia el recibidor, donde él ya camina hacia la puerta para abrir a los primeros en llegar a la fiesta. Mi amigo se ha encargado de poner un par de altavoces por el salón en los que pretende poner su *playlist* de reguetón. Solo espero que la insonorización sea excelente para no molestar a ningún vecino.

* * *

Un par de horas después me siento agotado de haber saludado a todos los que han venido con bolsas de hielo, cerveza y demás que me he encargado personalmente de ordenar en la cocina por el bien del espacio, y porque el salón me empezaba a agobiar demasiado.

La música sigue sonando a través de las paredes, así que dormir tranquilamente no debe ser posible e imagino que Lena seguirá despierta dibujando o leyendo.

¿Le seguirá gustando leer tanto como antes?

Recuerdo las tardes en las que Leo se empeñaba en jugar a la Play mientras Lena y yo pasábamos las páginas de los libros de fantasía que solíamos compartir.

Alguien toca a la puerta de la cocina. Frunzo el ceño y muevo los pies hasta acercarme al pomo y girarlo con suavidad, tirando de la blanca madera hasta que el espacio me permite ver quién hay al otro lado.

Sonrío algo cansado y abro del todo dejando que pase al interior de mi guarida secreta. Cierro tras ella mientras oigo el repiqueteo de sus botas altas, que hacen que sus piernas sean kilométricas.

—Aquí estás. —Su cuerpo se acerca a mí, desliza las manos por mi nuca para atraerme más a ella y al sabor cereza del tabaco que fuma.

—¿Me estabas buscando? —pregunto alzando una ceja.

—Quería ver que estabas bien —dice en un tono preocupado.

—Sandy, estoy bien... Agotado, pero bien. —Sonrío al comprobar que aún quedan cosas bonitas entre nosotros.

—¿Quieres venir a casa? —pregunta deslizando sensualmente las yemas de sus dedos por mis brazos.

Su propuesta no me pilla por sorpresa, se ha vuelto habitual entre nosotros. Sé que está preocupada por mí, con todo lo de mi padre, el nuevo curso y las facturas médicas que me causarán un buen

dolor de cabeza hasta que pueda cobrar la beca universitaria en diciembre. Sonrío de medio lado, sintiendo el vacío en la forma en la que la miro, y me sabe mal porque antes podía sentir el cosquilleo que me provocaba que me acariciara sutilmente con las uñas. Pero desde hace un tiempo todo aquello que solía sentir con Sandy se está desvaneciendo con el paso de los días, y me culpo por no poder estar más para ella. Tal vez por ello sienta que la chispa se apaga poco a poco o quizás ya es hora de dejar de intentar que las cosas funcionen cuando no es así.

—Te agradezco que te preocupes por mí, Sandy, pero esta noche prefiero descansar aquí. Tengo maletas aún por deshacer y mañana tendré que ayudar a Leo a recoger el desmadre que estáis montando en el salón —pronuncio mientras las palmas de mis manos recorren sus curvas de manera automática, sin que, una vez más, me sonroje por ello ni sonría juguetón.

—¿Quieres que me quede? Puedo distraerte, si eso es lo que necesitas. —Sus enormes ojos azules me miran con intensidad.

—Estaré bien.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Su cuerpo gana altura cuando se pone de puntillas, su boca se acerca peligrosamente a la mía y, en un acto reflejo, me giro suavemente y recibo sus labios sobre la mejilla. Sandy vuelve sobre sus talones con la mirada confusa y me dedica una sonrisa algo vacía antes de rodearme y salir por la puerta.

Se ha molestado.

Otra vez.

Suspiro al ver cómo la puerta se cierra tras ella. Siento no corresponderle como esperaba, pero no tengo ánimos ni ganas para ello. Eso parece ser lo que me sucede cada vez que estoy con Sandy.

Vuelvo sobre mis pasos a lo que estaba haciendo antes de que me interrumpieran y cierro el sándwich de pollo con lechuga que dejo sobre un plato de color azulado. Después de un día tan largo como el de hoy, no tengo ganas de comer nada más, tengo el estómago cerrado por completo.

Pero hay una sola cosa que quiero hacer antes de ir a dormir, una cosa que lleva paseándose por mi mente desde que la fiesta ha empezado. Salgo de la cocina con calma y doy gracias porque la puerta del salón esté cerrada. Sigo andando hasta llegar al pasillo donde los ojos se me van a la luz que se cuela bajo la puerta del último dormitorio, el de Lena.

Aprieto con fuerza el borde del plato que tengo en las manos y sigo avanzando hasta llegar a la puerta que parece separar dos mundos. Siento cómo la respiración se me acelera y el cosquilleo se instala en mi vientre, estoy acostumbrado a sentirlo cada vez que la veo.

Alzo la mano y toco la puerta con suavidad, oigo el crujido de la silla y unos pequeños pasos que se acercan hasta la puerta. El pomo gira y alcanzo a ver su oscuro pelo caerle sobre los hombros, vestida con un pijama de gatitos muy graciosos que contrasta con su cara de pocos amigos.

—¿Qué ha roto mi hermano? —pregunta poniendo los ojos en blanco.

Ha abierto la puerta tan rápido que no me ha dado tiempo a repasar la conversación que planeaba que tendríamos. Esperaba un «qué tal, Noah, qué ocurre», pero parece que no eran sus planes.

—Un par de corazones, pero estará bien —respondo algo nervioso.

He crecido con la mujer que ahora me observa alzando una ceja y sigo poniéndome nervioso cada vez que hablo con ella. ¿Cómo

puede ser? Cuando éramos más jóvenes recuerdo que pasábamos horas enteras hablando por teléfono, y cuando me quedaba a dormir en su casa siempre salía de la habitación de Leo para ir a la suya, solo por estar un rato más con ella. Entonces me ponía nervioso, pero al cabo del rato aquella sensación se transformaba, se me enrojecían las mejillas y me sentaba a escucharla hablar de lo que fuera que se le ocurriera en ese momento.

—¿Has venido solo para informarme de ello? —pregunta dejando caer los ojos sobre el plato que sostengo entre las manos.

—Te he traído algo de comer, no sabía si habías cenado y quería... esto... ten. —Le ofrezco el plato, que se tambalea sutilmente.

Como una ráfaga sus dedos chocan con los míos y me dejan atontado por unos segundos. Lena coge el plato con suavidad. Observa el pollo que sobresale por fuera del sándwich y esconde su sonrisa con la cabeza gacha y su larga melena como cortina.

—¿Te gusta? Puedo hacerlo de otra cosa, si lo prefieres —digo rascándome la nuca.

—Está bien así, gracias —dice con la mirada fija en el plato.

Está evitándome.

Una vez más.

—¿Puedo pasar? —Las palabras me atropellan antes de poder procesarlas y me siento como si estuviera pisando el borde del precipicio.

No debería haberlo pedido, la duda se hace presente en su mirada y yo me siento imbécil por haber preguntado, sabiendo lo que ocurre si me acerco demasiado a ella.

¿Ella querría que yo viniera a ver cómo estaba?

No lo sé y lo más seguro es que la respuesta sea negativa, dado que cada vez que propongo que todos nos veamos ella se las ingenia para buscar cualquier alternativa a venir con nosotros.

Sé que es por mí.

Es culpa mía que exista una enorme brecha entre nosotros.

Lena parece debatirse consigo misma entre dejarme entrar o no y, finalmente, retrocede unos pasos hacia atrás abriendo la puerta por completo e invitándome a pasar al interior de su cuarto.

Capítulo 5



Lena

Un escalofrío recorre mi cuerpo al recordar cómo esta situación se asemeja a las muchas vividas cuando éramos más pequeños. Todo mi interior se ha familiarizado enseguida al encontrarlo en mi puerta con mi cena entre las manos y expresión dubitativa, aparte de cansada. Mientras mordisqueo los últimos bocados del sándwich, me pregunto si está bien haberlo dejado pasar, es algo extraño de explicar. Por una parte, es evidente que extraño el tiempo que pasábamos juntos, pero por otra... no dejo de pensar en cómo él se distanció de la noche a la mañana sin avisar.

La distancia que hay entre nosotros se creó cuando Noah desapareció de la faz de la tierra, ni mi hermano ni yo sabíamos dónde podría estar. Me preocupé muchísimo y me enfadé tanto que ya no quise saber a dónde se había ido ni porque no contestaba a los mensajes. Su padre sabía dónde estaba, todos acabaron sabiendo el lugar exacto donde Noah Sanders se encontraba menos

yo, porque nadie quería alterarme en mi estado. En aquella época me estaba recuperando de un ingreso en el hospital por unas terribles migrañas que no remitían con ninguna medicación. Fueron momentos muy duros en los que lo eché de menos como a nadie y en los que no paraba de repetirme y recordar el juramento que nos hicimos en aquel jardín después de la muerte de su madre: «Yo..., Noah Sanders, prometo estar siempre a vuestro lado, pase lo que pase».

No estuvo a mi lado, se fue cuando más lo necesitaba.

Me ha dejado sin palabras verlo en mi puerta, mucho más sabiendo que en el salón de casa hay una fiesta y que Sanders no se pierde una desde los dieciséis años, y por ende, mi hermano tampoco. Por ello se me hace raro que haya querido entrar en mi habitación para verme comer mientras ideo algunas propuestas de proyectos para este año.

—No te creía capaz de saltarte una fiesta —digo incrédula al ver cómo Noah se ha tirado en plancha sobre mi cama.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí, Luci. —Su respuesta es escueta. Enarco una ceja al ver cómo se acomoda entre las almohadas de mi cama.

Camino unos pocos pasos hasta llegar a mi silla, en la que me encontraba minutos atrás haciendo y deshaciendo ideas creativas que son una maravilla y podrían funcionar tan bien, aunque a la vez sé perfectamente que no voy a llevarlas a cabo porque no son lo suficientemente buenas, así que me conformo con volver a escribir en un cuaderno que me he comprado de vuelta a casa en el bazar de la esquina. Me ha sorprendido gratamente encontrar material de arte de buena marca a muy bajo precio, así que no solo he cogido un cuaderno, sino también algunas pinturas pequeñas y pinceles con los que podré pintar en varios lienzos con forma redonda que me

han llamado muchísimo la atención. El nuevo material lo he colocado en las estanterías aún medio vacías a cada lado de la mesa.

«Hay muchas cosas que no sabes de mí, Luci». Lo que sé es que no estaba cuando más necesitaba sus abrazos y sus «todo irá bien, estoy contigo», pienso para mis adentros mientras se me tensa la mandíbula. Me doy un par de segundos para tratar de deshacer el malestar en mí.

—Sé que mi hermano estará muy enfadado contigo por dejarle solo en su gran noche —pronuncio con calma.

—Lo superará.

Suspiro sin saber muy bien qué emoción es la que se está gestando en mi interior y observo el cuerpo de Noah tumbado boca abajo sobre el colchón; ahora mismo, no hay mucha diferencia entre él y una estrella de mar. Frunzo el ceño al preguntarme qué demonios ha debido de pasar ahí afuera como para que Noah quiera entrar en mi habitación.

Siempre ha habido una parte de mí que esperaba que Noah volviera a llamarme, a escribirme un «buenos días», a ofrecerme su hombro cada vez que lo necesito... Me molesta que haya partes de mí dispuestas a seguir esperando que todo vuelva a ser como antes.

—Oye, Luci... —Su voz ronca inunda la estancia de nuevo y ahogo un gruñido, molesta.

—Es Lena, parece mentira que me conozcas de toda la vida. —Giro sobre la silla y le doy la espalda, asqueada con la misma broma de siempre.

—Te conozco de toda la vida y hace mucho que no hablamos, ¿no crees? —pregunta inocente.

Como si no supiera el porqué de sus palabras, frunzo el ceño para controlar el malestar que me genera que a día de hoy no sea capaz de entender por qué se acabó nuestra amistad.

¿Qué pretende?

Que vayamos a vivir bajo el mismo techo no significa que debamos relacionarnos.

—Desde que yo estaba en tercero, en el instituto —respondo seca.

—¿Te acuerdas? —La ilusión tiñe su tono.

—Sí, salías con mi amiga Violeta.

—La rubia de ojos saltones, es verdad, ¿cómo está? —pregunta con toda normalidad acomodándose en el colchón.

—Pues no lo sé, dejó de hablarme después de que decidieras romper con ella. —Violeta era un poco tonta por pillarse de chicos que siempre le rompían el corazón, pero me dolió que mandara a la mierda nuestra amistad por culpa de Noah.

El silencio cae entre nosotros. Es cierto, hacía muchísimo tiempo que no hablábamos, dejé de ir detrás de Noah cuando vi que para él era más importante salir de fiesta o cualquier otra cosa. He pasado mucho tiempo queriendo que las cosas cambiasen entre nosotros, me planteé llamarlo en innumerables ocasiones, pero no lo hice. Meses después apareció de nuevo en casa dejándome anonadada, como si nada hubiera ocurrido. Pero ocurrieron cosas... Me acuerdo de aquellos primeros instantes cuando volví a verlo..., creí que me estrecharía entre sus brazos mientras yo hundía el rostro en su pecho. Me sentí estúpida cuando me saludó con la mano y me dijo que le gustaba mi nuevo corte de pelo para luego irse por ahí con mi hermano.

Dolió no entender lo que ocurría. Y mentiría si dijera que hoy en día no sigue doliendo. Me coloco los mechones de pelo detrás de las orejas de nuevo, he perdido la cuenta de cuántas veces lo he hecho.

—Joder... ¿fue culpa mía? —un silencio amargo responde a su pregunta—. Lo siento mucho, Luci, no pensé que pudiera afectarte.

Bueno, es que no debería, eran cosas dife...

—No te preocupes, es agua pasada —respondo cortante. No necesito explicaciones, ya no. Giro el rostro y me encuentro su mirada preocupada, culpable, nerviosa—. Violeta siempre me quitaba el móvil en clase para hablar contigo o estar en Instagram, ¿qué podía pedir de alguien que me quería para grabar tiktoks? —Algo en mi me incita a calmar su malestar y ahora mismo odio ese instinto.

—Aun así... No debí ser el causante de que te dejaran de lado. —Contengo la oleada emocional que se gesta en mi interior al oírlo.

A Violeta le sentó tan mal que Noah la rechazara en el último momento, que se encargó personalmente de que ninguna de nosotras tuviéramos una buena imagen de él. Conmigo no pudo conseguirlo, así que me quedé sin amigas.

Le agradezco mentalmente que se disculpe, como si una de las piezas perdidas encajara de nuevo en el rompecabezas. Pero me da rabia que sea ahora y que no fuera capaz de hacerlo en su momento.

El silencio vuelve a inundar toda la estancia y nos engulle por completo. Siento su mirada intensa clavada sobre mí y, en un acto reflejo, agacho la cabeza y vuelvo a la pantalla de mi iPad. Los minutos pasan y los murmullos al otro lado del piso se van disipando poco a poco; pues va a ser verdad que se ha acabado la fiesta. Una pequeña sonrisa aparece en mi rostro escondida entre los mechones de pelo que acarician mis mejillas.

—¿Qué tal la universidad? —Su pregunta me descoloca y me gusta a partes iguales. Giro la silla de nuevo con mi iPad en la mano dibujando conejitos en Procreate, ¿a quién no le gustan los conejitos? Me acomodo sobre la silla para poder seguir dibujando dispuesta a seguir conversando con él.

Echaba de menos hablar con Noah y ahora mismo me decanto entre disfrutar de volver a hacerlo u odiar lo mucho que lo echo de menos.

—Aburrida, como siempre, a veces siento que no sé para qué voy si sigo haciendo lo mismo que hacía en bachillerato. —Me encojo de hombros.

—Piensa que es el último año, concéntrate en disfrutar y nada más. —Su cuerpo recostado hacia un lado para verme ocupa toda la cama.

Noah es alto, es jodidamente alto, creo que es el chico más alto que conozco, con cabello oscuro y despeinado y con unos ojos verdes parecidos a los míos. Multitud de pecas han invadido su rostro y me pregunto si su espalda tam...

—¿Tú qué tal? —le devuelvo la pregunta, incómoda con mis pensamientos.

—¿Te quieres creer que me han mandado tres trabajos largos solo en el día de hoy? Porque yo no quiero hacerlos. —Ríe sincero.

A Noah se le siguen formando dos tiernos hoyuelos a ambos lados de la sonrisa. Ladeo rápidamente la cabeza mientras trato de despejar los pensamientos que se forman a mi alrededor sobre su tierna risa que inunda la estancia, porque no quiero que lo haga. Y ahí está: el efecto Sanders, te hace sentir en casa y protegida con sus cálidos abrazos dispuesto a escucharte siempre. Cuando mi mundo se venía abajo, no necesitaba otra cosa que no fuera él.

—Tendrás que hacerlos, si no ¿quién va a diseñar mi futura casa? Porque no se la voy a encargar a Leo, no quiero que me encuentren enterrada entre escombros porque mi mansión no ha aguantado el peso —parloteo menos tensa porque estoy concentrada en mi pantalla, río ante mis palabras y su risa persigue la mía, como solía pasar años atrás.

—Oh, Luci, ese será mi mayor trabajo. —Alza las manos en el aire como si pudiera imaginar la maravilla de construcción que diseñará.

—¿Por qué me llamas Luci? —Alzo la vista y clavo los ojos en su pelo desordenado y sus labios finos.

Noah levanta la vista con una pequeña sonrisa vacilona que consigue que mis mejillas se sonrojen bajo sus ojos esmeralda.

—No estás preparada para saberlo —dice finalmente.

—¿Así que hay una razón para ello? —concluyo pensativa alzando una ceja y tratando de ceñirme a solo saber por qué me llama de esta forma.

—Luci, yo no hago nada por hacer, ya deberías saberlo. —Su sonrisa burlona aparece en su rostro, pero no me permito derretirme con ella.

Y volvemos a donde estábamos años atrás y la rabia se me cuela bajo la piel, no quiero estar aquí, no quiero hablar con él, no necesito que nada entre nosotros vuelva a repetirse, porque no puedo soportarlo otra vez. Hago lo que tengo que hacer. Alejarlo de mí antes de que vuelva a desaparecer sin despedirse.

—¿Entonces fue intencionado que te olvidaras de mí de la noche a la mañana? —Esa soy yo, Lena Luna, borrando la sonrisa de la persona que apagó la mía durante muchos años.

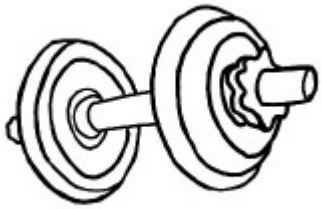
El rostro de Noah se pone serio, se rasca la nuca nervioso y mueve su cuerpo de manera incómoda hasta quedar de pie frente a la puerta. Parece dolido, quizás lo esté.

—Buenas noches, Helena. —Su voz corta de un plumazo mi sed de venganza. Noah sale de la habitación y cierra la puerta con calma, oigo sus pasos alejarse hasta que, pocos segundos después, se escucha el crujir de la madera de su habitación.

Suelto el aire contenido hasta ahora, mi pecho sube y baja con rapidez. Toda la vida pidiéndole que me llame por mi nombre y el día

que lo hace siento que cada letra me desgarra por dentro y, de repente, extraño el falso nombre que me puso. Y es que, aunque no tuviera ningún sentido, me gustaba porque solo él me llamaba así.

Capítulo 6



Noah

Días después sigo sintiéndome el mayor capullo de la historia y cruzarme constantemente con ella en cada rincón de casa no ha ayudado en nada, así que salir al gimnasio ha sido mi única vía de escape hasta que la he visto entre las máquinas, mirando a los lados, desorientada. Por unos instantes he valorado la posibilidad de acercarme, pero recordé sus afiladas palabras del otro día y mis pies no se atrevieron a llegar hasta ella.

¿En qué estaba pensando?

¿Qué pretendía conseguir con acercarme a ella?

¿No podía aguantar un día más sin caer en la tentación de estar cerca?

Saber que siempre está al otro lado del pasillo hace que por alguna extraña razón no deje de pensar en qué estará haciendo o qué proyecto ha ideado, pero tan rápido como llegan esos pensamientos, cambian y me repiten que todo esto pasa porque soy

un cobarde, un cobarde que no es suficiente para algo tan grande como ella.

No paro de preguntarme «¿qué hago aquí?, ¿por qué he venido?».

Pero me quedo mudo, porque sé que ahora mismo no quiero estar solo en mi casa esperando a que mi padre mejore, no quiero seguir viendo el recuerdo de mi madre cuando lo único que quiero en esta vida es volver a abrazarla.

Leo está siendo un gran apoyo, cuando me propuso vivir con ellos lo primero que pensé fue en Lena. Podría ser una buena ocasión para volver a llevarnos bien, por lo menos para poder decir más de tres frases seguidas sin que ninguno de los dos decida marcharse porque ya no puede soportar más la incomodidad.

Necesito despejarme y a la vez necesito trabajar, estoy cursando asignaturas de primero, segundo, tercero y cuarto. Es mi cuarto año y no sabría definir en qué curso estoy porque estoy repitiendo varias asignaturas de otros años; esta carrera no se aprueba en cinco años, es mentira, como muy pronto puedes hacerla en seis o incluso siete. La cantidad de trabajos es tan gigantesca que confío plenamente en que me dé tiempo a llegar a todo gracias a estar aquí. Vivir encima del lugar de trabajo es perfecto, no perderé tiempo en ir y venir. De aquí a la facultad tardo alrededor de media hora y de mi habitación a la suya solo hay ocho pasos.

Me revuelvo incómodo sobre el colchón buscando una posición cómoda donde cerrar los ojos y dormir, lo único que necesito es olvidarme de todo durante unas horas. El otro día tuve la pequeña esperanza de volver a compartir unos minutos en su compañía, fueron pocos y la situación no acabó bien, pero a pesar de todo, agradezco saber algunos detalles sobre la mujer que es ahora. Pude ver que sigue leyendo, vi los libros en su estantería, y sigue

concentrándose mejor cuando tiene las manos ocupadas, me percaté de ello cuando hablaba mientras sus manos estaban sobre la pantalla. Aunque salí mal parado de la conversación, me sirvió para ver las consecuencias de haberme alejado de ella; todo lo que toco se desmorona y no iba a permitir que eso le ocurriese a ella.

Cierro los ojos con fuerza y suspiro derrotado, porque mi mente va y viene tan rápido que no puedo siquiera hacer el amago de dormir.

¿Qué quiero?

Lena siempre ha sido la respuesta a esta pregunta y soy consciente de que lo va a seguir siendo por mucho que yo trate de poner distancia por miedo a no ser lo que ella necesita. No todo es tan fácil en esta vida, y yo estoy demasiado hundido en el pozo como para arrastrarla conmigo.

Eso en el caso de que Lena quisiera estar cerca de mí, pero creo no es así y lo entiendo. Perdí toda su confianza, su afecto, su cariño, su apoyo, sus abrazos, sus ojos verdes de madrugada..., la perdí a ella.

Y vernos a diario solo va a ser el recordatorio constante de que no merezco tenerla en mi vida. Solo un idiota como yo la dejaría sola cuando su salud empeoró y tuvo que vivir momentos tan duros; ni un mensaje, ni una despedida, ni una explicación de por qué necesité marcharme a Estados Unidos.

¿Qué debo hacer? ¿Hago como si yo no viviera aquí? ¿O hago como si ella no estuviera iluminando cada rincón de esta casa sin saberlo?

¿Y Leo? Jamás he podido confesarle lo jodidamente mal que me siento al ver que cada día la brecha entre su hermana y yo es más profunda. Le partiría el corazón y nos metería de cabeza a los tres

en una situación incómoda que parece que tanto Lena como yo tratamos de evitar a toda costa.

Ahora solo soy el mejor amigo de Leonardo, con recuerdos en común con su hermana pequeña.

Suspiro derrotado, angustiado, herido, molesto y mil adjetivos que me resulta imposible enumerar.

Prefiero estar aquí de esta manera que en cualquier otra parte del mundo con tal de saber que ella está cerca. Era esto o compartir piso con Sandy, una de las muchas viviendas que sus padres alquilan a estudiantes, menos a su hija y su ¿novio? No veía de ninguna de las maneras compartir tanto tiempo con alguien con quien ahora mismo solo sé sentirme culpable por no sentir todo lo que sentía tiempo atrás.

Todo me parece difuso y enredado, solo consigo sentirme mal, encerrándome en mi habitación porque no tengo ánimos para salir a pasear, coger un libro o echar unas partidas a la PlayStation que Leo ha podido traerse desde su casa.

Lo que aprendí en todo este tiempo es que no puedes buscar lo que deseas si no eres capaz de encontrar las piezas que te conforman.

Quizás por ello cuando miré hacia atrás ya no vi su sonrisa.

—Joder, Leo... —Un gemido ahogado me saca del bucle de mi mente.

Giro mi rostro hacia la pared sintiendo asco y solo puedo pensar en que si las cosas hubieran ido diferente ahora podría refugiarme en la habitación de Lena, viéndola concentrada dibujando, y me ahorraría escuchar como mi mejor amigo... Es que no quiero ni imaginarlo.

Me encantaría salir de mi habitación y volver a entrar en la suya, pero esta vez no dejarla hablar, no dejarle que afile sus cuchillos con

mi cuerpo. No. La estrecharía contra mi pecho, la abrazaría tanto, besaría su sien una y otra vez para decirle en susurros que siempre he estado a su lado a pesar de haber huido como un cobarde.

—Joder, Vania...—Todas mis fantasías se caen de golpe.

Arrugo el hocico como Lena y me pongo en pie en pocos segundos, abro la puerta de la habitación y salgo al pasillo que nos conecta a los tres, como los recuerdos. Avanzo hasta la puerta con firmeza y no me lo pienso más, alargo el brazo hasta el pomo para abrir la fría madera. Salgo y cierro detrás de mí.

—Joder... —bufo molesto buscando la cajetilla de tabaco que se esconde en mi bolsillo del pantalón. Busco mis llaves por los bolsillos y suspiro aliviado al tenerlas conmigo. No sé por qué sigo fumando, es un vicio por el que me dejé llevar porque aliviaba de alguna manera mi ansiedad y ahora ya no podría soltarlo ni aunque quisiera.

Bajo de dos en dos las escaleras, sintiendo cómo me alejo de todo aquello que me aprieta el cuello. Un par de minutos después estoy saliendo por el portón del edificio. Y es ahí cuando me siento aún mucho más gilipollas por hacer las cosas sin pensar. Porque cuando Luci entra en mi mente no sale, lo sé porque se metió cuando solo quería decirle sí cuando me preguntaba si quería jugar a mamás y papás cuando ella tenía cinco años y unas adorables coletas en el cabello. Lo supe cuando me invadió la alegría al enterarme de que quería estudiar Bellas Artes justo en la universidad más cercana a la mía. Joder, lo sé cada vez que sus ojos verdes brillan como la misma Luna.

Lo sé y no puedo hacer nada porque ahora solo es la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Día 2 de entreno de Lena Luna

A partir de ahora quiero apuntar mis avances en el cuaderno, de esta forma evitaré responderle con un «no sé» a Carmen cuando me pregunte por ellos. No es que no sepa, es que mi cuerpo entra en un bloqueo mental que no me deja llegar a las respuestas con facilidad.

Han sido cuarenta y cinco minutos de cardio en una de las cintas de correr que ha quedado vacía en la planta baja, justo debajo de un par de televisores de plasma colgados de la pared con las noticias en directo.

45 minutos caminando

Ritmo: 4 km/h

Inclinación: 11,5 cm

Capítulo 7



Lena

Llevo once días yendo en metro a diario y ya estoy agobiada.

¿Cómo puede ser que se acumule tanta gente a la vez?

Tenemos la suerte de que nuestra facultad está en la última parada de la línea verde, de ese modo siempre que volvemos a casa podemos sentarnos en los asientos del metro, como ahora. Hemos conseguido ocupar dos bancos de asientos entre todos.

—Madre mía, María, ¿era necesario traerte esa enorme carpeta? —le pregunto entre risas.

—Muy graciosa, Lena —me responde con cara de pocos amigos.

Todos intentamos aguantar la risa floja que asoma a nuestros labios, ninguno más ha traído la enorme carpeta incómoda de transportar, solo María, y ¿para qué? No hemos necesitado nada de material para la clase de hoy.

El vagón se va llenando poco a poco a medida que el metro avanza en su recorrido; Guillem y Adelf ya están preparados para

salir en la próxima parada.

—Nos vemos mañana —dice Guillem al despedirse.

—¿Hay que traer algo mañana? —pregunta Adelf, desviando los ojos hasta María.

—Ya lo traigo yo, no os preocupéis —responde María, con lo que consigue que Clara alce la vista.

Esta se levanta a la velocidad de la luz cuando el vagón para y sale detrás de los chicos al andén. Río por lo bajo y consigo que mi amiga me fulmine para poco después escucharla hablar sobre lo ilusionada que está por volver a montar a caballo este sábado.

En poco menos de media hora, el calor me abrasa la piel a cada paso que doy sobre el asfalto. Segunda quincena de septiembre y solo anhelo que llegue ya el otoño, la brisa fresquita y poder ponerme el kilo y medio de sudaderas que me he traído. Llevo algo más de una semana viviendo aquí y estoy comprobando que las horas que antes perdía en el tren ahora las puedo utilizar para organizarme mejor el tiempo; para poder abarcar todo lo de la universidad, leer, realizar pequeños encargos de obras... Hasta me he quedado sin cosas por hacer y he podido disfrutar de ver una película sin el remordimiento de que me estoy evadiendo de mis responsabilidades. Hoy no ha sido tan aburrido como la semana pasada, ya tenemos algunos proyectos en los que podemos ir avanzando y eso es lo que más me gusta, crear proyectos y materializarlos es mi parte favorita de la carrera.

Ha sido todo un detalle entrar en la cocina y ver preparados un par de platos de arroz con pollo con un pósit que pone «para Lena», nada más. La duda se instala en mi pecho, ¿esto ha sido cosa de Leo? ¿O de Noah? El olor a recién hecho provoca que mis tripas pidan alimento. Pero el rugir de mi estómago queda en un segundo plano cuando mi móvil suena, y sin pensar, lo saco del bolsillo, la

pantalla se enciende avisando de que tengo nuevos mensajes de mamá.

> Hola cariño, papá y yo os echamos
> de menos.
> ¿Por qué no venís a comer este fin
> de semana?

No abro la conversación para no sentirme obligada a responder de inmediato. Bloqueo la pantalla y dejo el móvil sobre la encimera oscura y fría donde descansan los platos con lo que parece ser mi comida.

Respiro hondo manteniendo la calma y repitiendo las palabras que Carmen siempre me dice: «No tienes por qué resolverlo todo a la vez». Es cierto que desde que trato de separar las situaciones parece más sencillo afrontarlas.

Primero de todo, llevo horas sin probar bocado y tener hambre me pone de los nervios, así que lo mejor será sentarse a comer mientras me pregunto si mi hermano ha aprendido a cocinar de la noche a la mañana, porque de no ser así, aparecerán los pinchazos en el pecho, dando paso a sentir el remordimiento de que tal vez he sido demasiado brusca con Noah. Y no quiero volver a pasarme horas preguntándome si soy mala persona por seguir manteniendo las distancias con él. No negaré que verlo el otro día en mi habitación me hizo plantearme querer acercarme de nuevo a él..., pero sé que no es lo que quiere, de lo contrario no seguiríamos en esta incómoda situación.

Lo mejor es dejar las cosas tal como están.

Me tomo unos minutos para contestar a mamá, le digo que estamos bien y que tengo bastante trabajo que avanzar durante el fin de semana, así que bajaré en otra ocasión.

No contesta.

Mamá suele escribirme durante el descanso en el hospital y sé, por experiencia, que una vez que vuelve al trabajo se olvida del móvil y de todo lo que deba hacer al volver a casa. Es normal, no la culpo, mamá es enfermera y papá es cirujano, lo que significa que ambos deben prestar mucha atención a las vidas que llegan al hospital, quedando así la mía y la de mi hermano en un segundo plano.

En pocos minutos he engullido la comida que han dejado para mí. Después de fregar los platos y dejarlos en su respectivo lugar, cojo mi mochila, que sigue en la entrada, y me la llevo al hombro a mi habitación.

Al entrar de nuevo en la estancia no puedo evitar recordar la figura de Noah acomodándose sobre mis sábanas, se preocupó por si había cenado, vino a ver cómo estaba...

Él solo quería hablar un poco, huir de la fiesta quizás, y yo destruí toda oportunidad de que las cosas volvieran a parecerse a las de antes por miedo a que volviera a desaparecer y sentirme más desorientada de lo que ya estoy.

Después de un largo rato sigo con la cabeza enterrada en el proyecto de dibujo que nos han mandado hacer. Debo hacer un mapa conceptual y desarrollarlo gráficamente, pero ¿de qué? No paro de preguntármelo una y otra vez. Frustrada, a la espera de que alguna buena idea se cuele en mi cabecita, deslizo la mano para coger mi móvil, lo desbloqueo con facilidad y me cuelo en Instagram con intención de postear algo, pero siempre me abruma esa sensación de buscar lo que les pueda gustar a los demás.

¿Un poema?

¿Una ilustración?

¿Una foto bonita?

¿Un amanecer o un atardecer?

Cómo odio eso, de verdad.

Miro la hora de reojo, me sorprendo al ver que son más de las seis de la tarde. Retiro la pantalla de mi vista y clavo mis ojos en la estantería que poco a poco está más colorida, preguntándome si es necesario bajar a hacer ejercicio o volver a la rutina de quedarme bajo las mantas y no salir.

No, no lo es, pero algo en mí tiene la necesidad de decirle a Noah...

Que...

Que...

Que no tengo ni idea de qué decirle.... Pero bajo al gimnasio.

Suspiro, cansada de darle tantas vueltas a lo mismo. Sé que, si no paro, irá a peor.

Necesito una válvula de escape y la necesito cuanto antes.

Ha sido cuestión de minutos vestirme y prepararme lo necesario para hacer ejercicio y bajar al *gym,* la bolsa la tenía preparada del otro día. Me ha resultado fácil bajar hasta aquí, dejar mis pertenencias en mi taquilla del vestuario. Pero no he reparado en una pequeña cosa, y ahora que estoy medio empanada viendo cómo la gente a mi alrededor utiliza las máquinas, me doy cuenta de que llevo días viniendo y aún no sé cómo funcionan porque me he limitado a poner en marcha la cinta y la elíptica.

Muevo mi cuerpo y me siento incómoda bajo las miradas masculinas que siguen mis pasos de un lado a otro, ¿tanto se me nota que no tengo ni idea de esto? Bufo angustiada buscando soluciones rápidas. Veo que lo mejor es quedarme plantada junto a una máquina ocupada, donde observo detenidamente el chico que la está usando y me quedo con cada detalle de su movimiento. Pocos segundos después, se desenreda de la polea y se levanta del asiento retirando su toalla, sus ojos oscuros se encuentran con los míos y

me dedica una sonrisa amplia que le devuelvo con gusto. Es alto, pero creo que no tanto como Noah Sanders, su piel sudada es de color miel y combina a la perfección con el dorado de su cabello algo alborotado.

Coloco mi toalla sobre el asiento y alzo la vista hasta el agarre que cuelga, con mis manos lo tomo y me dispongo a bajarlo.

—No vas a poder, chica nueva —dice la voz masculina del chico que me observa sonriente.

—¿Y qué hago para poder? —pregunto frustrada.

—Pues poner mucho menos peso que ciento veinte kilos, eso seguro —abro los ojos como platos, observo sus brazos robustos y fornidos—. ¿Quieres que te ayude? —ofrece amablemente, debe de haber visto que estaba a punto de tirarme de los pelos.

Arroja sus pertenencias al suelo, estira su brazo hasta donde tengo mi agarre y tira de ellas haciendo que me suelte. Mueve un pequeño palito metálico entre lo que parecen unos ladrillitos negros numerados que me imagino que será el peso, o el nivel de idiota que debo de parecer.

—Gracias, llevo poco aquí y como que... —trato de excusarme

—No tienes mucha idea —ríe amable—. Estás de suerte, ojos claros, puedo ser tu entrenador hoy. —Su mirada oscura me recorre de arriba abajo, provocando que mis mejillas se tiñen de un suave rojizo.

Ahogo una sonrisa nerviosa y asiento levemente cuando él me indica con un gesto que tome asiento. Su cuerpo se posiciona detrás de mí, la piel se me eriza en un segundo, los ojos se me van a la forma en la que inclina su torso detrás de mí, quedando a escasos centímetros de mi cuello. Desde aquí puedo sentir su respiración rozar mi piel, su sonrisa se torna hacia mí al darse cuenta de que me

he quedado algo embobada en él, sus labios se mueven preparados para hablar.

Pero no lo hacen, sus ojos se elevan sobre mí.

—No hará falta, Mario, yo me encargo. —Me sobresalto al sentir un escalofrío que me recorre la espina dorsal al sentir su grave voz.

Me quedo totalmente paralizada al escucharle.

—Oh, no es ninguna molestia, Sanders, de verdad —parece rebatirle al chico de muchas pecas en el rostro.

—¿Ves aquel chico rubio del fondo? —Noah señala a alguien en la sala, sigo petrificada en el mismo lugar, la vergüenza me paraliza por completo al ver que mi hermano se encuentra al otro lado de la sala —. Es su hermano y me ha pedido que le eche una mano con los entrenos, ¿verdad, Luci? —Su tono serio e inquebrantable me recorre la piel cuando sus ojos verde agua se posan sobre mí.

Mario.

El chico que hoy lleva bermudas azules a juego con la camiseta se llama Mario. Su mandíbula se tensa al escuchar las palabras ¿amables? de Noah. Lo primero que se me pasa por la cabeza es si ellos se conocen, por la batalla de miradas que han cruzado parece que sí.

—Ha sido un placer, Luci —me sonríe Mario, mientras posa la palma de su mano en mi hombro.

Su tacto es cálido y reconfortante, al contrario que la situación de encontrarme en mitad de dos hombres que parecen gritarse con la mirada. Me estremezco incómoda en mi asiento, le devuelvo la sonrisa antes de agachar el mentón y resguardarme entre el pelo que cuelga sobre mi rostro. En un acto reflejo, me recojo los mechones detrás de las orejas con intención de salir de la tensión que se acaba de acumular entre tres personas.

Tres personas y mi hermano, quien nos observa a través del cristal desde la zona de pesas.

—Oh, no, no, para ti se llama Helena —dice tajante Noah.

¿Pero quién se ha creído? Mario no ha hecho nada malo como para que le hable de esta forma, solo estaba tratando de orientarme un poco para el entreno de hoy.

¿Qué más le da que me llame como quiera?

¿Por qué todo lo que tenga que ver con Noah Sanders se hace tan complicado?

No logro comprenderlo.

—Gracias... ¿Mario? Por la ayuda —me apresuro a responder en su dirección.

La situación me recuerda a las muchas veces que en el instituto los chicos se acercaban a hablarme por cualquier cosa, y de la nada, aparecía mi hermano o Noah para tratar de salvarme de una situación en apuros que no existía.

El chico sonríe levemente antes de quitarse del medio. Nos deja solos, rodeados de maquinaria y, en su mayoría, de hombres sudorosos que hacen ruidos extraños al levantar mucho peso.

—No era necesario que hicieras eso —reprocho molesta, sus ojos sorprendidos ante mi respuesta se tiñen de culpa.

Frunce los labios y puedo ver en él la culpabilidad colándose en su mirada.

—Lo sé, Luci... No era mi intención incomodarte, es solo que te he visto entrar en la sala de máquinas como pollo sin cabeza... —ríe apenado—, cómo comprenderás, no podía dejar que nada ni nadie que no fuera yo te ayudara con el entreno de hoy. —Lo está diciendo por quedar bien, me digo a mí misma, convenciéndome para no aferrarme a sus bonitas palabras que no vienen a cuento.

Alzo una ceja mientras Noah apoya su brazo sobre la máquina, esperando una respuesta por mi parte. Antes solía seguirle el juego, pero aquello solo hizo que me apegara aún más a él de lo que debía.

—Entonces, ¿mi hermano no te ha pedido que me ayudes? —pregunto cruzándome de brazos.

La expresión de Noah cambia, sus mejillas se tornan de un leve rosado, al igual que las mías. Se gira para ver que mi hermano sigue concentrado en su ejercicio antes de volver la vista hacía mí, algo nervioso. Se coloca la mano en la nuca.

Caigo en la cuenta de que solo ha sido una excusa para hacer que Mario se fuera.

«¿Por qué inventa excusas para estar aquí conmigo?».

La pregunta me martillea en la mente.

Nuestras miradas algo vergonzosas chocan de nuevo, de una manera distinta.

No me he negado a que me ayude a no romper ninguna máquina y él sabe que me he dado cuenta de que ha buscado una excusa para pasar un rato conmigo.

De la misma forma que solía hacer unos años atrás.

—Jalón al pecho será el primer ejercicio que hagas cuando entrenes espalda, ¿entendido? —dice Noah, rompiendo el silencio, mientras sus piernas se mueven fuera de mi vista. Sé que está detrás de mí, puedo oler la vainilla de su colonia y sentir el calor que emana de su cuerpo incluso desde la distancia—. Siéntate, Luci, vas a hacer primero una serie sin peso para aprender cómo hacerlo bien.

«Luci», y sonrío de espaldas a él.

—¿Vuelvo a ser Luci? Qué honor —bromeo escondiendo la pizca de ilusión que ha aparecido en mi interior.

Tal vez sea un escudo para protegerme de algo que pueda hacerme daño, es mejor así, solo tengo que esconderme bajo una

máscara. A día de hoy no hay ninguna Lena que mostrar al mundo porque el mundo la engulló y ahora solo queda la carátula bajo la que me escondo.

—Si no me haces caso volverás a ser Helena. Coge el agarre y siéntate —me indica en un tono un pelín más amable—. Te voy a enseñar la rutina del día para espalda y bíceps, ¿entendido?

Le hago caso a todas las indicaciones que me da respecto al ejercicio. Lo hago calladita y atenta a todo lo que dice porque me siento algo perdida y desorientada.

Y él parece saberlo.

¿Cómo se sentirá Noah con lo de su padre?

¿También se siente perdido?

—Noah —lo llamo armándome de valor.

—Dime, ¿te has hecho daño? ¿Necesitas menos peso? —Sus ojos preocupados se abren por completo analizando cuál pudiera ser el problema que ha hecho que lo llame.

—Yo también tuve la culpa de rodearme de chicas que solo me buscaban para saber de ti. —Clavo los ojos en los suyos, su rostro parece destensarse.

Una leve sonrisa fugaz aparece en sus labios, asiente suavemente y con un gesto me anima a realizar el ejercicio.

Día 3 de entreno

Espalda — Bíceps

- Jalón polea (3x12)

Sin peso, el ejercicio parecía demasiado sencillo. Como Noah ha depositado demasiada fe en mí para soportar setenta kilos de golpe,

no puedo hacer otra cosa que concentrarme en hacer el movimiento correctamente con pánico a lesionarme.

—Eso es..., poco a poco —me dice cada vez que bajo y subo el peso, lo que me hace sentir demasiado observada.

Agotada, dejo que la propia polea eleve el agarre mientras yo me dejo caer en el asiento jadeando.

—Tenemos que trabajar ese fondo, Luci. —Noah niega con la cabeza con una sonrisa en los labios.

«Tenemos que» es lo único que se escucha dentro de mí. No puedo parar de reproducirlo en mi interior.

- Remo en máquina (3x14)

Echaba de menos a Noah, sí, lo admito, pero nunca antes me había fijado tanto en la forma de sus anchos brazos, cómo se unen a su espalda, donde se pierden varios de sus lunares. Es hipnótico, pero se vuelve raro en cuanto se da cuenta de lo empanada que me he quedado viendo cómo sus brazos iban y venían en la máquina.

—¿Así estaré yo? —pregunto vergonzosa mientras señalo con la mirada sus brazos bien tonificados.

Noah sigue mi mirada hasta los contornos de sus brazos, sus ojos vuelven a mí con un ápice de juego en ellos. Como solía ser.

—Uy, Lena, si los quieres..., es que te gustan. —Noah empieza a posar de todas las formas posibles y saca cada músculo de su cuerpo a pasear.

Niego con la sien sin poder dejar de sonreír.

Echaba de menos pasar tiempo con él.

- Curl martillo (3x14)

Noah tiene que explicar cuatro veces por qué se llama martillo: es porque el movimiento del ejercicio es parecido al gesto de levantar un martillo, pero en este caso con mancuernas.

—¿Lo ves? Así debes hacerlo para no lesionarte —me dice mientras realiza el ejercicio lentamente para que pueda quedarme con cada detalle.

Clavo los ojos en el espejo y procuro hacer correctamente el movimiento, pero todo se va al traste en cuanto Noah se coloca detrás de mí y las yemas de sus dedos me rozan los brazos para ayudarme a seguir el movimiento. Ahora él es el único que cuenta las repeticiones, porque yo me he quedado completamente en blanco.

—Vamos, Luci, concéntrate —me repite incontables veces.

Hasta hoy, tenerlo cerca nunca había hecho que no pudiera apartar la mirada de sus movimientos.

- Curl araña (3x12)

Es entretenido ver a Noah realizar el ejercicio completamente de cara al asiento rojizo que puedes acomodar como banco para los ejercicios con mancuernas, supongo, porque están todos frente al espejo alargado como si esta fuera la zona de pesas.

Siento vergüenza al seguir las indicaciones, y se me pasa por la cabeza la posibilidad de que se acabe de inventar el ejercicio solo para ponerme en esa posición tan extraña. Sin embargo, Noah me repite tantas veces que el ejercicio existe y que es así, que acabo creyéndole.

—Esa es mi hermana —la voz de Leo me anima.

—Tu hermana es un poco lenta —le responde Noah Sanders.

Automáticamente levanto el torso y me cargo la serie de repeticiones, pero me da exactamente igual. Al ver a mi hermano y su mejor amigo reírse de mí, los fulmino con la mirada y los castigo con mi silencio.

Yo también me río cuando ninguno de los dos me mira.

- Remo al mentón (3x12)

A estas alturas del entreno ya no dispongo de ningún tipo de energía que me ayude a acabar con el último ejercicio, así que pido dejarlo para otro día, pero Noah hace lo imposible para que lo haga y me promete que solo será un esfuerzo chiquitito. Sin embargo, acaba siendo enorme cuando veo que se coloca frente a mí, con la mirada gacha sin perder de vista la barra que alzo y bajo con suavidad, mientras yo clavo los ojos en su cabello oscuro y ondulado, que combina con el oscuro de la tinta de sus tatuajes del brazo izquierdo.

—Te tatuaste —comento.

—Varias veces —me responde esbozando una sonrisa.

Me pregunto si bajo la ropa esconderá alguno más que no haya visto.

—Venga, enana, acaba ya, que tengo hambre —me reprocha mi hermano, quien se ha unido a nosotros cuando ha terminado su entreno.

¿En qué momento hemos acabado así?

Llevo años tratando de alejarme para evitar que me hieran de nuevo y ahora me encuentro haciendo exactamente lo que no quería

hacer, y todo ha ocurrido de la manera más sencilla y natural posible.

Ni siquiera me he percatado de que podría haber dicho que no.

Capítulo 8



Lena

Arrastro mi cuerpo detrás de mi hermano y Noah. Aunque vivimos prácticamente encima del gimnasio, la vuelta a casa se me está haciendo eterna. Sanders parece alegre y habla con Leo animadamente de algo que no logro escuchar bien, aunque tampoco he tenido las ganas de unirme a ellos. Estoy agotada del todo después de que se haya propuesto machacarme físicamente durante lo que me ha parecido una eternidad, no tengo fuerzas ni para pensar en qué cenar o si mañana debo llevar algo de material a clase. De todo esto solo hay una cosa de la que me alegro profundamente: estoy tan cansada que mi mente no habla, no me relata cuentos terroríficos porque, igual que yo, no tiene fuerza para nada más que arrastrarse hasta la cama.

Agradezco la ayuda que Noah me ha dado hoy en el gimnasio. Sin él, quizás el gimnasio estaría en llamas o habría hecho un agujero en el suelo o vete a saber qué.

Me he sentido protegida.

Mario estaba en la entrada cuando hemos salido. Me he despedido con un par de besos en las mejillas de manera educada bajo la atenta mirada seria de mi hermano, al que parece que no le gusta que tenga un nuevo amigo.

Mi cerebro procesa el entreno de hoy repetidas veces y en todas ellas aparece la voz amable de Noah, pendiente de mí, como cuando me enseñó a cocinar crepes con chocolate. He sentido cómo si toda su atención estuviera en mí, prácticamente no he abierto la boca para responderle a lo que me decía; no porque lo estuviera ignorando o marcando distancias, simplemente estaba demasiado ocupada sobrellevando la situación, controlando que mi mente no parloteara para poder concentrarme en lo que él me indicaba. Quiero creer que esto ha sido algo puntual, a pesar de haberlo disfrutado.

No quiero que se convierta en rutina y que un día dejemos de hacerlo de nuevo.

El pasado no se borra de un plumazo, las heridas siguen presentes y tal vez volver a estar cerca los tres las abra de nuevo.

—Me habéis recordado a cuando solíamos pasar tiempo juntos. —Mi hermano me saca de mi trance, pero no estoy preparada para abrir ese melón.

Hoy no.

—Ha sido agradable pasar un rato los tres, ¿no crees, Luci? —Es la tercera vez que Noah intenta añadirme a la conversación, esa en la que no quiero participar.

Respondo con una sonrisa leve y me encamino hacia mi habitación.

Unos brazos fuertes me cogen por la cintura impidiendo que avance en mi camino. El pecho se me contrae al sentir su tacto

sobre la piel, lo recordaba exactamente así, electrizante.

—¿No vas a contestarme? —Su voz grave se torna más suave y se enreda en mi pelo.

Mi hermano cae en el sofá absorbido por su móvil mientras Noah empieza a soltarme. El corazón me late con fuerza y siento cómo tiembla cada parte de mi cuerpo; a cada segundo que pasa su tacto me quema la piel y la cabeza me vuela a la velocidad de la luz.

Necesito que me suelte.

Necesito que lo haga ya.

—Ha estado bien —respondo incómoda, no giro el rostro, pero mi cuerpo avanza. Me deshago de sus manos grandes y cálidas, que se posaban sobre mi cintura y que han aflojado su agarre, dejándome ir.

Camino rápidamente hasta entrar en mi habitación. Apoyo mi mejilla suavemente sobre la madera, y es entonces cuando el verde de sus ojos se encuentra con el mío al otro lado del pasillo, haciéndome sentir culpable.

Cierro la puerta suavemente y corto la visión.

—Joder... —susurro mientras dejo escapar el dolor en el pecho.

Ese malestar solo significa ansiedad retenida, acumulada y que acaba de explotar para arrasar con lo que sea que haga ahora mismo; terror o recuerdos del pasado que machacan tus neuronas y buscan cómo parar la maldita voz en tu cabeza.

Toc, toc.

Paralizada, alzo la vista hacia la oscura madera, y no necesito preguntar quién es porque sé perfectamente quién está al otro lado de la puerta. No quiero que lo sea, no puede serlo, no lo necesito. Lo que necesito es que no vuelva a ser él. No después de la tarde de hoy.

Necesito procesar por qué no me he negado ante su propuesta.

No tenía que hacer otra cosa que mantener las distancias.

Abro la puerta despacio, sintiendo cómo el tiempo corre, y nosotros ya no somos los mismos que éramos.

—Luci..., ¿necesitas que te prepare algo? —Su preocupación es latente en cada sílaba que pronuncia.

¿Por qué ahora se preocupa por mí? No lo ha hecho en todos estos años.

Solo quiero que me deje en paz.

—Estoy bien, Noah.

«Y una mierda», responde mi interior en una sacudida en la boca del estómago.

No, no lo estoy, necesito que se vaya, necesito aire, necesito salir, necesito encerrarme bajo las mantas y ahogarme en mí misma hasta que el reloj marque un nuevo día.

—¿Seguro? —Ladea la cabeza, analizando mi expresión.

—Segurísimo... Estoy agotada del entreno —miento a medias, porque las mentiras a medias parecen verdades.

—Descansa esta noche, ¿vale? Si te encuentras mal me... me avisas. —Su voz preocupada se cuela entre sus palabras.

La madera cruje. Nuestras miradas vuelven a colisionar como dos meteoros sin rumbo. Noah espera pacientemente, y trago saliva con dificultad.

—Gracias por el entreno, Noah. Estoy bien, buenas noches —digo tratando de calmar su insistencia.

—No frunzas el ceño, Luci. Estás bonita incluso cuando estás molesta. —Y ahí está el Noah que cuidaba de mí cada vez que lo necesitaba.

¿Piensa que soy bonita?

Ojo, que yo también cuidaba de él, mucho, muchísimo. Le daba todos los consejos que existen sobre chicas, y le preparaba sopa

cuando enfermaba. Leonardo no se atrevía a visitarle porque pensaba que enfermaría también, pero yo iba con una sonrisa de oreja a oreja y una rica sopa calentita que mamá me ayudaba a cocinar.

El silencio se apodera de nosotros, puedo ver en su mirada cómo busca con desespero cualquier cosa para quedarse aquí o para que yo lo acompañe a cenar. Pero hoy no puedo más con mi alma, me pesa el cuerpo y solo quiero tumbarme en mi cama y dejar que pasen las horas.

—Eh... Buenas noches, Luci —dice con tristeza.

—Buenas noches, Noah —digo con el corazón en un puño.

Se me clava en el pecho su rostro preocupado por mí. No tiene por qué hacerlo, ya no somos amigos, ya no tiene la obligación de venir a socorrerme cuando cree que no sé salir de dondequiera que esté. Sé que se da cuenta de que no estoy bien, en innumerables ocasiones mi hermano me ha contado que Noah está preocupado por mí, porque no me ve con el mismo brillo que antes. Es cierto, ya no brillo, me cansé de brillar por y para los demás, se me agotaron las energías. Aunque el tiempo haya pasado, sé que Noah puede leerme con toda facilidad.

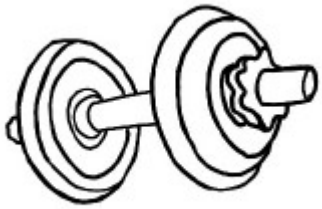
Me llevo la mano al pecho, justo encima del corazón, y me recuerdo a mí misma que esta vez no pasará. No va a ser así, porque no va a existir nada más que una convivencia entre Noah y yo.

No quiero saber qué ha colocado en sus estanterías, no quiero saber si escucha trap o si le sigue gustando el pop, no quiero que me traiga helado, no quiero que me mire porque si no yo lo miraré.

No, joder.

No quiero que este imbécil me vuelva a partir el corazón.

Capítulo 9



Noah

¿Cómo puede ser que la suave risa de Sandy se haya vuelto tan chillona?

Después de dos días insistiendo por activa y por pasiva, he acabado accediendo. Sandy puede llegar a ser realmente intensa cuando quiere algo. Cuando nos conocimos era una de las cosas que más me llamaban la atención de ella, hasta que aquello se volvió en mi contra.

No tenía ningunas ganas de tener una cena de parejitas esta noche y me culpo por ello, pero a la vez me siento algo desorientado. Es cierto que desde el otro día Sandy está molesta porque últimamente no tengo ganas de pasar tiempo con ella, no quiero fiestas y mucho menos me apetece intimar. Supongo que por eso semanas atrás nuestra relación volvió a explotar.

Muevo el trozo de carne que aún queda en mi plato. No me apetece estar aquí, mucho menos que Sandy se tome la libertad de

tener su mano sobre la mía durante toda la cena, me hace sentir muy incómodo. Desde que tuvimos la última pelea, no hemos vuelto a quedar.

Quizás toda la situación con mi padre, con Sandy, la carrera, tanta fiesta innecesaria, sentir a Lena lejos y ver que nada de lo que hago sale bien me esté pasando factura ahora mismo.

Un sinfín de imágenes se me pasan por la mente y lo único en que no puedo dejar de pensar es en los ojos tristes que nos han deseado que lo pasemos bien esta noche antes de refugiarse de nuevo en su habitación.

Es como si me hubiera quedado clavado en ella.

La verdad es que hace tiempo que lo hice.

—Qué bien la cena de parejitas ¿no crees, cariño? —Su aliento a vino busca mi respuesta y frunzo el ceño mientras clavo la mirada en mi plato. Lamento no responder, pero no sé qué es lo que espera de mí, de nosotros.

—Tenemos que hacerlo más veces —salta Vania dándole la razón a su amiga.

¿Por qué Sandy hace como si estuviéramos bien?

¿Es que no ve que nuestra relación no va a ninguna parte?

Lena sigue en su habitación y es muy posible que no pueda dormir por las risas alborotadas de las dos chicas que tal vez se han pasado un poco con la botella de vino que han traído.

—Y una mierda —rujo dejándome arrastrar por el malestar que me genera no poder dejar de pensar ni un solo segundo.

—¿Estás molesto, cariño? Si quieres podemos acabar de cenar en tu...

—En tu casa, Sandy —Clavo los ojos llenos de desesperación sobre los suyos. Necesito aire, necesito espacio para pensar en qué hacer, y encontrarme a Sandy siempre pegada a mí no ayuda.

—Noah —sus mejillas se sonrojan, se relame los labios clavándome su mirada afilada—, vamos a mi casa si quieres...

La rabia aumenta en mi interior.

—No, la que se va a su casa eres tú, Sandy...

Sabe que no me apetecen estos planes, sabe que ahora mismo no estoy bien y lo que menos me apetece es aparentar estarlo. La realidad es que terminamos hace semanas y no quiero que esta cena sea un incentivo para volver a salir, pero la conozco y sé que es eso lo que busca con estos planes, pasando por alto qué necesito yo con tal de salirse con la suya.

—Noah, tranquilo, solo estamos cenando. —Leo intenta apaciguar las aguas en la mesa.

—Pues que os aproveche, conmigo no contéis para la próxima vez. —Me pongo en pie de un movimiento rápido y brusco y salgo del salón.

—Cariño, ¿qué ocurre? —Sus tacones corren detrás de mí.

—Sandy... —Contengo la rabia todo lo que puedo, me encantaría mandarla a la mierda, pero no lo hago, porque la respeto—. No me llames «cariño», por favor... Déjalo estar. —Intento ser lo más educado posible, a ver si de este modo ella puede entenderlo mejor.

Tenía intención de irme a mi habitación, pero no quiero volver a escuchar cómo tienen sexo al otro lado de la pared en poco menos de una hora.

Ahora mismo no sé lo que estoy diciendo y mucho menos lo que hago, solo sé que algo en mí no anda bien: ya no disfruto de estas comidas, no disfruto de las fiestas ni de beber, ya no disfruto del Noah que solía ser. Estoy confuso y algo desorientado porque no sé lo que hacer a continuación, y no hablo de esta estúpida cena. Hablo de mí, de mi futuro, de mi padre, de Leo y ella... ¿Qué pasa con Lena?

Hace tiempo que lo bonito que solíamos tener Sandy y yo se evaporó entre mentiras. Estoy agotado de sentir que mi vida no es mía. Le agradecí tanto a ella como a sus padres que se ofreciesen a ayudar económicamente para el tratamiento de mi padre. Aún no sé cómo pude escaquearme de aceptarlo, imagino que su padre entendió que no quería aprovecharme de su hija ni de ellos. Pero cada vez que puede Sandy vuelve a insistir en que la oferta sigue en pie, pero aceptarla significaría estar muy en deuda con ella y su familia, y ya me siento de esta forma porque su padre me ayudó a encontrar un buen centro de rehabilitación.

Siempre he tenido la esperanza de que las cosas mejoraran con el tiempo, pero ahora que estoy viviendo con los hermanos Luna sé que lo de Sandy debería terminar.

Antes miraba sus ojos y podía sentir las mariposas, pero ahora por más que mire no siento nada más que un vacío enorme. Palpo los bolsillos de mis pantalones comprobando que la cajetilla de cigarros va conmigo y aprieto los labios sintiéndome el mayor egoísta del mundo. La esquivo hasta llegar a mi bolsa de deporte, que está tirada en el suelo del recibidor, la cojo tan veloz como puedo y me apresuro a abrir la puerta del piso para buscar aire.

Camino con grandes zancadas una vez que he bajado las escaleras de mala gana y me voy, me voy donde sé que no entrará. Me da igual que acabe de venir de allí, pero he estado tan pendiente de Lena en mi hora libre que hoy no he entrenado.

Lena.

Solo hay una cosa que tengo claro que quiero desde el primer día que vi las coletas de pelo largo que Lena lucía cada día. Lo único que tengo claro es de lo que más huyo. Porque sé que con Lena las cosas no pueden volver hacia atrás y que si algo se rompe nos resquebrajará a todos. Y me temo que ya rompí suficiente.

Abro el portón del edificio con una mano mientras la otra ya prepara el mechero para encender el cigarro que mis labios sujetan. Una vez que la puerta se cierra detrás de mí, acerco mis manos al mechero, mis dedos se deslizan con rapidez haciendo saltar la llama para el tabaco.

El humo sale por mi boca y se desvanece en la nada. Sé que debería buscar ayuda profesional para no sentirme desorientado con mi día a día, pero no puedo malgastar el dinero que me hace falta para mi padre. Puedo esperar unos meses más antes de plantearme buscar a un profesional que me resuelva lo que me está pasando. De momento, ese puesto lo ocupa Leo, él está muy orgulloso de ello, ya que no es solo a mí a quien le ofrece ayuda cuando es necesario.

Mamá estaba atenta continuamente a todo lo que me ocurría, siempre me ayudaba a sentirme mejor. Desde que ella no está, parece que solo sé hacerme pequeño ante cualquier situación. Recuerdo lo insistente que se ponía para que siempre me llevara bien con los vecinos, los Luna. Mamá siempre se empeñaba en que debía hablar más seriamente con Lena.

Lo entendí años después, cuando daba igual qué hiciera o a quién besara, ella siempre aparecía en todas partes.

Empecé a salir con Sandy el curso anterior. Es muy graciosa cuando quiere, pero su manera intensa de vivir la relación me marea demasiado; no se puede estar increíble con alguien y a los dos días discutir a rabiar. Habrá parejas que sean de esta forma y salgan a flote, pero yo no estoy hecho para enredarme, lo supe cuando me ardía el pecho al besarla y saber que no confiaba en ella, después de que me engañara en repetidas ocasiones.

Lena jamás me hubiera engañado.

Ninguna tiene punto de comparación con ella.

Aunque ella no parezca saberlo.

Entro de nuevo en el gimnasio y agradezco que la chica que está de guardia hoy esté enredada con unos clientes, porque así no tengo que parar a saludar. Ahora mismo no quiero hablar, quiero olvidarme de mí, de Sandy, de la estúpida cena, pero jamás de Lena.

Capítulo 10



Lena

Trato de hacer el menor ruido posible para poder escuchar los murmullos que provienen del salón. Mi cuerpo ha reaccionado en el mismo instante en el que he escuchado la voz de Noah más irritada de lo normal. Lo que he podido descubrir desde mi guarida es que tenían una cena de parejas, Leo con Vania y Noah con una tal Sandy. Debe de ser la supuesta novia de Noah. Sé que hace tiempo que sale con una chica de la universidad, pero jamás la he visto. La curiosidad invade mi cuerpo y cedo ante ella: abro la puerta sigilosamente y camino aún con mi ropa de deporte puesta, porque al llegar del gimnasio me he tirado en la cama sin más esperando a que el planeta decida cambiar de día, pero algo en su voz ha hecho que me levante.

Procuro que las personas del salón no me oigan. Parecen algo desconcertados, aunque una de ellas suene desesperada. Llego hasta su puerta y toco suavemente la madera.

—Noah..., ¿estás bien? —susurro a la oscura madera.

Pego la oreja a la puerta, pero no oigo nada, ni ruidos ni pasos ni su respiración controlada. Frunzo el ceño al no encontrarlo en su habitación cuando abro la puerta poco a poco.

No está aquí.

Sus pertenencias están esparcidas por toda la estancia, con papeleo sobre la mesa, la cama algo deshecha y parte de su ropa acumulada en la silla del escritorio. Su maleta sigue abierta de par en par en el suelo, creo que Noah no ha conseguido deshacerla del todo aún.

La puerta que se ha oído cerrarse no ha sido la de su habitación, ha sido la de casa.

Mis piernas se activan solas y salgo de la habitación de Noah. Al abrir la puerta que da al salón me encuentro una escena de lo más horrible y cómica a la vez: una rubia llora desconsoladamente en el sofá mientras en la butaca frente a ella mi hermano sostiene por la cintura a Vania mientras se besuquean.

No logro comprender cómo es posible, pero no me importa.

¿Dónde está Noah?

Mi corazón no deja de preguntarlo una y otra vez.

No intento controlarlo porque yo, al igual que él, también siento la necesidad de saber que está bien.

Camino hasta la puerta, pero no está en el rellano. Me asomo por las escaleras y vislumbro como si una ráfaga de viento se llevara su sombra, no lo veo bien. Cuando quiero darme cuenta mis pies siguen la sombra que segundos antes bajaba las escaleras, hasta que llego al vestíbulo y salgo por el portón que se acaba de cerrar casi en mis narices.

Asomo la cabeza por el portón y observo a cada una de las personas que caminan, no tardo ni dos segundos en reconocer su

figura. Salgo tras él con cuidado. «Solo quiero asegurarme de que está bien», me digo a mí misma.

«¿Por qué quieres asegurarte?».

Me lo pregunto constantemente sin reparar en las respuestas, porque no las quiero, no me interesan.

Noah entra de nuevo en el gimnasio como si esta fuera una cueva donde esconderse. Entro tras él y saludo con una pequeña sonrisa a la mujer que ayer me atendió. Diría que son más de las diez de la noche, ¿qué hace aquí? Sé que el gimnasio está abierto las veinticuatro horas del día, pero yo no vendría a esta hora.

«¿Y dónde estás ahora?», me pregunto a mí misma.

Entro a la sala de máquinas y miro a los lados, buscando su pelo despeinado y su mirada seguramente cabreada. Busco por toda la sala dónde podría estar sin reparar en las miradas de los hombres que entrenan. Debo de parecer una loca, pero me da exactamente igual.

No lo encuentro.

A pesar de estar molesta con su presencia, sigue habiendo algo en mi interior que no me deja estar tranquila sí sé que a Noah le pasa algo. Es cierto que en los últimos tiempos, con todo el tema de su padre, he tenido un ojo puesto en él, en la distancia. Necesitaba saber que él estaba bien, porque si no fuese así... tal vez hablaría con mi hermano o quizás me atrevería a hablar yo con él.

Mis ojos chocan con una mirada oscura e intensa a la que acompaña una sonrisa que parece ampliarse cuando se percata de que lo estoy mirando. Por un momento creo que se acercará a mí y entablaremos una conversación normal sin distracciones, pero Mario se queda dónde está y me saluda con un suave gesto con la mano. Le devuelvo el saludo de manera rápida y vuelvo a mi tarea de buscar a Noah entre el sonido de las pesas y la música de radio.

Una pequeña duda se me clava en el pecho. ¿Y si la sombra no era él? ¿Y si he perseguido una sombra que no existe? Tal vez era un vecino o cualquier hombre que paseaba. Me aborda la incertidumbre y no sé cómo justificarme a mí misma por haber bajado tras sus talones desesperada por saber si estaba bien o necesitaba ayuda.

—Dime que no te he despertado, Luci... —Es él, y siento que vuelvo a respirar cuando su voz inunda mi pecho.

Un escalofrío me recorre todo el cuerpo al escucharlo tan vulnerable. Me permito sumergirme en su aroma, sintiendo que mis músculos se tensan en un instante al darme cuenta que he salido de casa siguiendo un instinto que he tardado años en callar y encerrar en lo más hondo de mi ser.

—No estaba dormida. —Giraría sobre mis talones, pero Noah es más rápido y estampa su cuerpo detrás de mí haciendo explotar la jaula que tanto me ha costado construir. Todo sale por los aires, los recuerdos, las ganas, su mirada, las risas, las peleas sin sentido, los lloros, los anhelos, la furia que me recorría las venas.

Todo explota en el mismo instante en el que él busca cobijo en mi sien y yo me veo envuelta de nuevo en el hogar que juré no volver a pisar.

—Menos mal, porque no me perdonaría despertarte de esa manera. —Su voz rota de alguna forma me atrapa, no me muevo.

No sirve de nada que el cerebro emita una alerta de huida, porque mi cuerpo quiere quedarse entre sus cálidos brazos, que siguen dándome paz cada vez que me atrapan.

—¿Estás bien? —pregunto algo dudosa de mis acciones.

—Contigo sí que quiero estar bien, Luci —dice sincero.

Siento cómo el corazón se me ablanda, su sinceridad me atrapa por completo y no puedo dejar de mirar sus grandes ojos que me

observan auténticos y vulnerables. Este es el Noah con quien pasaba las horas hablando y riendo. Sigue aquí.

—¿Algún día me dirás el porqué de Luci? —pregunto alzando los brazos y posándolos suavemente a su alrededor.

—Solamente cuando sea el momento de hacerlo. —Su dedo índice da unos golpecitos en mi nariz de manera juguetona.

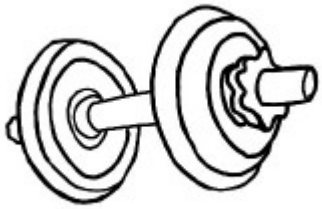
La sonrisa de Noah no se ensancha, es pequeña pero es de verdad.

—¿Vienes a entrenar un sábado a las diez de la noche? No sabía que fueras tan rarito.

—Más rarita es la chica que me va a acompañar. —Me guiña un ojo, porque sabe que no me iré hasta verlo bien.

Le doy un suave manotazo sobre el hombro por inercia. Pocos segundos después me percato de que vivir cerca de él y querer alejarme no va a ser tarea fácil, empezando porque he salido a buscarle antes de pararme a pensar.

Capítulo 11



Noah

Verla ha hecho que las dudas se disipen. Se ha ofrecido a hacer de *spotter* y no creo que, si la barra cae sobre mi pecho, Lena vaya a ser capaz de levantar noventa kilos.

Día 356 de entreno de Noah Sanders
Rutina de tríceps

- Press de banca (3x12)

—¿Qué? ¿Impresionada? —digo levantando mi torso hasta quedar sentado sobre el banco mientras ella rodea la barra para quedar frente a mí. Tengo el vello de punta al sentirla tan cerca. El corazón me late con fuerza, como si estuviera más vivo.

—Sigues siendo un creído —pronuncia mientras pone los ojos en blanco.

Me encanta picarla.

«Sigues siendo un creído». ¿Sigue acordándose de mí?

- Press inclinado con mancuernas (3x12)

Lena observa pacientemente cada uno de mis movimientos mientras se mantiene cerca de mí para hacerme sentir acompañado. Pienso en abrir la boca y darle las gracias por bajar a ver cómo estaba, pero no es necesario. A veces, las palabras sobran porque los actos tienen mucho más peso.

—Estás disfrutando de ser hoy la entrenadora, no me lo niegues, Luci —le digo mientras elevo una última vez las pesas antes de dejarlas en el suelo con suavidad.

—Como entrenadora no te he dado permiso para desconcentrarte. —Se cruza de brazos frente a mí, fingiendo indignación.

—Oh, es cierto... No me vas a castigar, ¿verdad? No olvides que soy tu alumno favorito —la chincho atrayéndola a mi terreno.

—Tendrás que hacer doce repeticiones más.

Esa es la respuesta que buscaba. Alargo los brazos hasta que las palmas de mis manos se posicionan bajo sus axilas rápidamente.

—¿Lista? —pregunto con una sonrisa reluciente.

No dejo que Lena lo piense mucho y la elevo en el aire. Me sorprende no recibir pataleos ni súplicas para que la baje. Repito la acción doce veces sin poder dejar de sonreír, sintiendo cómo se acumula el calor en nuestras mejillas. Luci no pronuncia palabra, la timidez la invade por completo.

Lena siempre ha sido muy inocente, es lo que siempre me ha gustado de ella.

- Extensión de tríceps por encima de la cabeza (3x12)

Casi se me sale el corazón del pecho cuando me pregunta si me encuentro bien. Veo la preocupación en sus ojos y no puedo evitar dejar la serie a medias y girar hasta quedar frente a ella.

No me está preguntando si me encuentro cansado, me pregunta si lo que sea que ha ocurrido en el salón ha hecho que me sienta mal.

Lo único que pienso es en la suerte que tuve de salir de allí antes de que las cosas fueran a más, en cualquier sentido.

—¿Seguro que te encuentras bien, Noah? Estás muy callado para ser alguien que no lo hace ni debajo del agua. —Apoya la mejilla suavemente sobre la estructura metálica donde se encuentran las poleas.

El pecho me late con fuerza al sentir cómo crece poco a poco la pequeña esperanza de volver a ser los de antes, al latido no le importan los demás, no le importa qué tiempo haga o qué año sea, ella sigue consiguiendo acelerarlo sin rozar mi piel.

—Estoy concentrado, Luci, como tú —digo con una pequeña sonrisa juguetona.

—¿Como yo? —pregunta confusa

—Sí, como tú, concentrada en cada uno de mis movimientos. —Se sonroja y esconde el rostro entre los mechones. Vuelvo a mi ejercicio con una sonrisa que no me cabe en el rostro.

- Extensión de tríceps en polea con cuerda (3x14)

Luci parece cansada, pero, a pesar de llevar más de una hora en el gimnasio, en ningún momento dice que se va a casa o que

necesita un respiro, nada. Simplemente se queda a mi lado, contando mis repeticiones y atendiendo a mis escuetas explicaciones sobre los ejercicios que voy a realizar y rezo para que otro día necesite que se lo vuelva a mostrar.

—Luci...

—Dime.

—Gracias.

—¿Gracias por qué? —pregunta aún con las mejillas sonrojadas mientras coloca dos mechones de pelo detrás de las orejas.

No puedo evitar sonreír.

En ese instante sé que da igual cuánto me haya alejado de ella, siempre hay algo que me hace acercarme de nuevo. Comprendo que lo que siento por Lena va mucho más allá de un simple enamoramiento, es pura magia que te envuelve, es sentirse en casa.

—Gracias por ser tú, Luci —pronuncio sabiendo que no puedo seguir navegando a contracorriente.

Y en este momento, sé que seguir huyendo de lo que siento ya no puede ser una opción.

* * *

Daría lo que fuera por volver a repetir este entreno, verla a mi lado mirándome tan descaradamente y a la vez tan indiferente me ha vuelto loco por completo y en el buen sentido, ¡joder! Sigue llevando esas mallas, hoy de color verde botella a conjunto con el top, y una chaqueta ajustada que deja ver cada una de sus curvas, que volverían completamente loco a cualquier hombre en su sano juicio.

Bien.

Pues soy ese hombre y ojalá serlo cada día por el resto de mi vida, si eso significa que ella está cerca.

Sigo con la sonrisa en mis labios cuando volvemos a casa, repitiendo una y otra vez que ella ha venido a buscarme, que quería saber que estaba bien. Lo ha hecho, algo en ella aún me aprecia, aún me conoce, sabe perfectamente que la necesitaba. La he visto en la sala de máquinas buscando a un lado y a otro, y he sabido al instante que yo era la razón por la cual ella se encontraba allí. El corazón se me quería salir del pecho y ponerse a bailar una puñetera sardana solo porque ella estaba allí, por mí.

Le importo.

De alguna manera le importo, aunque sea un poco.

Esta ha sido la señal que necesitaba para saber que tengo que dejar de dar palos de ciego y quedarme. Esta vez soy yo el que debe buscarla una y otra vez hasta que se vuelva a abrir conmigo. No me importa si tardo años en conseguir que volvamos a ser lo que éramos antes de que el mundo nos hiciera crecer.

Hace años que Lena cambió de una forma tan radical y a la vez tan natural, como si un día fuera rosa y al siguiente de un verde caqui. No supe en qué momento pasó, tan solo sé que un día me giré para verla y sus ojos ya no brillaban como lo hacían normalmente, su sonrisa apenas aparecía y ella ya no pasaba tiempo con sus amigas; la veía en el patio del instituto con una manzana leyendo cualquier libro que le resultara interesante. Días después Lena ingresó en el hospital por un fuerte dolor de cabeza que nos tenía asustados a todos. Migraña crónica.

A los pocos días de que ella ingresara en el hospital, me fui a la otra punta del mundo porque todo se me hacía cuesta arriba. Nada tenía sentido y mirara donde mirara extrañaba a mi madre.

Aún sigo echando mucho de menos sentirla cerca.

Abro la puerta del piso haciendo el menor ruido posible y ambos entramos. Dejo las llaves en el pequeño recibidor y suelto un suspiro

agotado al ver que sus pasos rápidos desaparecen por el pasillo. Sin embargo, al alzar la mirada dos segundos me encuentro con mi amplia sonrisa en el espejo.

Cómo la echaba de menos.

—¡Aaaaaah! —su grito me desconcierta por completo y me muevo rápido hasta llegar al pasillo. Me topo con los ojos como platos de Leo, que asoma su rubia cabeza por la puerta de su habitación.

—¿Tú quién eres? —Tanto Leo como yo paramos en seco al oír su voz adormilada.

¿Pero qué cojones?

Sandy no se ha ido a casa.

—Pero ¿qué hace Sandy aquí? —pregunto molesto

—Le dije que podría esperar en tu habitación, no paraba de llorar y suplicaba hablar contigo. No sabía qué hacer, tío, y pensé que podríais hablar más tranquilos... Lo siento, tendría que haber estado atento en vez de embobarme tanto con Vania... —Mi amigo se frota las sienes y da un par de pasos hacia delante cerrando la puerta detrás de él.

Con lo bien que iba todo.

Capítulo 12



Lena

Entro a mi habitación y lo primero que me encuentro es un gran bulto bajo mis sábanas. Me acerco con sigilo hasta retirarlas con suavidad y me encuentro a la chica rubia de antes, que ha dejado sus pañuelos esparcidos por mi cama deshecha en la cual ha decidido meterse. Estoy en *shock* ahora mismo, no entiendo si esto es algún tipo de broma, pero no tiene ninguna gracia. Aunque por el aspecto desesperado de la chica, no parece serlo.

—¿Cómo que quién soy? ¿Qué haces aquí? —pregunto incrédula.

—Sandy, la novia de Noah. —Esas palabras me atraviesan más de lo normal—. Así que ya sabes, guarra, ya puedes irte a casa porque esta noche va a dormir conmigo. —Me fulmina con la mirada.

¿Acabo de escuchar lo que acabo de escuchar?

Estoy completamente en blanco, no sé por qué la novia de Noah está sollozando en mi cama en vez de en la suya.

Oigo pasos sigilosos detrás de mí.

Noah y Leo susurran al otro lado del pasillo.

¿Por qué no viene a sacar a su novia de mi cama?

—A mí me da igual de quién seas novia —camino hasta el colchón para acercarme a ella—, pero te has colado en mi habitación a moquearme y mancharme la almohada en vez de hacerlo en la de tu noviecito. Hazme un favor y sal de mi cama, ¿quieres? —pregunto conteniendo mi creciente mal humor.

—¿Estáis juntos?

Bufo al oírla preguntármelo tan desesperada.

Sus ojos azulados me miran vidriosos y muy tristes, por unos instantes siento compasión por ella.

«Calma ante los problemas», repito las palabras de Carmen como un mantra. Me permito cerrar los ojos unos segundos y respiro, manteniendo la ira que se empieza a acumular en mi vientre.

¿Noah?

Giro sobre mis talones y veo que sigue en el mismo lugar junto a mi hermano. Ambos tienen los ojos muy abiertos, pero ninguno de los dos mueve sus pies hasta aquí.

¿Por qué no viene?

Gruño alterada al ver que ninguno tiene intención de moverse de su posición.

No entiendo esta situación. Si esta chica alega ser su novia, aquí hay algo que se me escapa. Mi instinto grita que busque respuestas a esta incertidumbre, pero es tarde y estoy agotada, lo único que quiero es dormir y sacar a la rubia de mi cuarto.

—Desde luego, lista no eres —gruño con condescendencia—. Sandy, ¿verdad? —pregunto sabiendo que sí lo es. Ella asiente algo aturdida—. Bien, soy Lena, la hermana pequeña de Leo, ahora mismo estás en mi cama dejando tu maquillaje y tus pañuelos llenos

de mocos sobre mis sábanas. —Me cruzo de brazos esperando que entienda que quiero que salga de mi habitación.

Tarda unos instantes en procesar la nueva información que llega a su cerebro. Su mirada viaja a mi almohada, sus manos se mueven rápidas para agarrar los pañuelos que previamente había tirado sobre mi cama.

No tarda ni cinco segundos en recogerlos todos.

Con un gesto le indico la papelera que se encuentra bajo la mesa. Ella asiente, se sorbe la nariz mientras se pone en pie y deja todos los pañuelos en el cubo. Se da la vuelta, avergonzada y se agacha para calzarse unas botas más altas que un escalón. Su altura se eleva unos centímetros y camina hacía la puerta.

—No sabía que Leo tuviera una hermana... —Su tono avergonzado sale en un susurro—. Pensaba que esta era la habitación de Noah —confiesa.

¿Esperaba a Noah?

Frunzo el ceño sin entender el porqué de todo esto y miro a ambos lados de mi habitación, preguntándome si realmente parecería la habitación del chico con el que me he embobado mientras le veía entrenar.

—Yo... —Se levanta de golpe de la cama—. Disculpa, pensaba que era de su nueva novia y...

—Y te has vuelto loca con eso, ¿no? —digo en un tono comprensivo.

Su expresión se destensa y puedo ver cómo su mirada se tiñe de vergüenza mientras yo puedo evitar verme reflejada en ella.

¿Nueva novia? ¿Es que ellos no están juntos?

—Sí... Esto, lo siento...

Se aproxima a la puerta y le hago un gesto indicando que no importa antes de que salga al pasillo, dejándome llena de dudas

sobre Noah y esta chica.

¿Son pareja?

No estoy segura de la respuesta, pero hay algo entre ellos, eso está claro; un pinchazo me atraviesa el pecho deseando que la respuesta sea que no. Agito la cabeza para quitar ese pensamiento de mi mente, pero es misión fallida porque esa pregunta se repite una y otra vez en mi cabeza.

Me siento una completa idiota ahora mismo. Vengo de pasar el rato con Noah en el gimnasio viendo cómo entrenaba porque estaba preocupada por él, por si se sentía mal o le habían hecho daño, cualquier cosa era el pretexto para salir en su busca y asegurarme de que nada malo le ocurría.

Caigo en la cuenta de que lo más seguro es que se haya molestado con su novia, vete a saber por qué y por eso ha salido disparado del piso.

Tal vez yendo a buscarlo me he metido en medio de una disputa que no me corresponde, pero no lo sé, igual que no sé si esta chica es realmente su pareja o no.

¿Y si ha visto que he salido a buscar a Noah y se ha molestado?

Ladeo mi cabeza tratando de quitarme esos pensamientos. Justo entonces, Leo llega hasta mí y posa una mano sobre mi hombro, me dedica una mirada protectora y asiento no muy convencida.

—Dime que no ha roto nada —dice aterrado.

—Nada que no pueda echar a la lavadora —respondo intentando suavizar su expresión.

Mi hermano me atrapa entre sus brazos y me estrecha contra él y sé que se siente culpable. Le devuelvo el abrazo mientras apoyo mi mejilla sobre su pecho sintiendo cómo el corazón late rápido.

—Noah... —dice Sandy con un sollozo desde el otro lado del pasillo.

—No, Sandy, te has pasado tres pueblos, ¿qué pretendías con esto? Te dije que te fueras a casa. —La voz fuerte de Noah atraviesa el piso.

Se nota que no está contento, su voz parece cansada, después del entreno que se ha pegado, y son más de las once de la noche, así que cara de muchos amigos no tiene. Sin pronunciar otra palabra acompaña a la chica hasta el rellano, con paso firme y en silencio.

Minutos después Noah aparece por el pasillo. Me mira cabizbajo, supongo que avergonzado por lo que acaba de pasar.

—¿Quién se supone que es esa chica? —pregunto mirando a uno y a otro en busca de respuestas.

Leo se rasca la nuca y para evitar mirarme clava los ojos en su amigo. Deslizo la mirada hasta Noah y se me encoge el alma al verlo ido, como si no estuviera aquí.

Tienen que aprender que, si no están preparados para tener algo de verdad con alguien, no deben ilusionarlas, porque luego aparecen con los ojos llenos de desesperación, la misma desesperación que tenía la tal Sandy en el azul de los ojos.

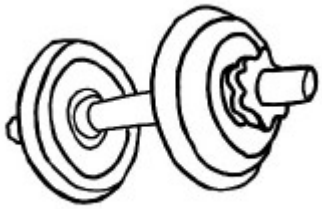
Suspiro agotada por hoy.

Me rindo.

Me apoyo sobre la puerta deshaciéndome del agarre de Leo y este entiende que necesito mi espacio. Deja un suave beso sobre mi sien y camina decidido hacia Noah, quien sigue perdido en la nada, y por unos segundos valoro la idea de acercarme a él, pero no lo hago. Ahora mismo necesito tranquilidad.

Por primera vez en varias largas semanas, el sueño me visita antes de las doce de la noche.

Capítulo 13



Noah

Sus pasos me siguen con rapidez, camino de espaldas a ella hacia la puerta del piso para que pueda irse. Tengo el pecho encogido y sigo con la mirada pérdida, mi cuerpo se encuentra bloqueado ahora mismo como si no fuera capaz de procesar la emoción que se gesta en mi interior.

Estoy parado frente a la puerta. Su cabello dorado como el mismo sol aparece en mi campo de visión porque ella detiene sus pasos. Completamente paralizado, miro a Sandy y me pregunto una y otra vez qué nos ha pasado para llegar al punto de no tener ni un ápice de lo que solía sentir al verla. Mi mente no procesa bien lo que está pasando.

—Noah... —dice Sandy con un sollozo desde el otro lado del pasillo.

—No, Sandy, te has pasado tres pueblos, ¿qué pretendías con esto? Te dije que te fueras a casa.

Estoy tan confundido que ni siquiera sé lo que siento ahora mismo, es como si mi cuerpo no reaccionara. Mi respiración se acelera, y siento que mi pecho se aprieta, pero me quedo quieto, sin saber qué hacer.

¿Por qué mi cuerpo está reaccionando así?

¿Por qué todo lo que quiero es irme y esconderme, pero no puedo moverme?

Me asusta no sentir nada, o tal vez lo siento todo, pero es como si fuera un torbellino que me arrastra. Lo único que quiero es salir de aquí, pero no puedo hacerle eso, no después de que su familia me ayudara tanto.

No puedo apartar la mirada de ella, no puedo apartarme de la tormenta que está sucediendo dentro de mí. Mis emociones no funcionan, o no sé cómo manejarlas. Me aterra que, si digo algo, si abro la boca, me vaya a romper por completo. La idea de hablar, de enfrentarla, me paraliza aún más. Me siento fuera de mí, como si estuviera mirando esta escena desde fuera, incapaz de tomar el control.

—¿Y si vamos a mi casa y lo solucionamos? —pregunta posando sus dedos sobre mi brazo.

¿En serio me está preguntando esto? ¿Es que no le importa lo que acaba de pasar?

Me molesta mirar el azul cielo de sus ojos y que ya no me transmitan la inmensidad del mar. Necesito descansar, estoy agotado de las clases, de trabajar y de pensar en cómo debe de estar mi padre, pero esos pensamientos van seguidos del recuerdo de que mi padre no estaría recibiendo ayuda de no ser por la chica que tengo frente a mí.

No quiero ir a su casa.

No quiero acabar enredado entre sus piernas.

—Vete a casa, Sandy. —Le hago un gesto indicando la puerta, solo quiero que se marche.

—¿Me tengo que preocupar? —Se cruza de brazos frente a mí, fulminándome con la mirada llena de maquillaje corrido que la hace parecer un panda.

Sinceramente, no entiendo su pregunta.

—¿De qué, Sandy? —Pongo los ojos en blanco al ver cómo ella esboza una sonrisa cuando le hablo de ese modo.

—No me gusta que vivas con mujeres que no soy yo, creo que eso no le viene bien a nuestra relación... —dice como si nunca hubiera roto un plato.

¿Eso es lo que me está diciendo?

¿De verdad?

Razón no le falta, pero la cuestión es si a mí me hace bien la relación que tenemos.

Lena aparece en mi mente como una ráfaga de aire.

¿Qué pensará de mí?

Me aterra que esto suponga un paso hacia atrás entre nosotros porque, de ser así, demostraría que mi cabeza tiene razón; no soy lo suficientemente bueno para ella.

—Es la hermana pequeña de Leo y no se va a ir a ninguna parte —pronuncio cansado.

Sandy ya no solloza, sus ojos se abren mientras me observa, busca cualquier hilo del que tirar, cualquier cosa que me haga reaccionar y ceder ante lo que ella quiere. Duele que después de todo este tiempo no se pare a pensar en que tal vez estoy más preocupado por mi padre que por pensar que al otro lado del pasillo vive una mujer.

—Noah... —Trata de acercarse a mí, pero mis pies retroceden. Su expresión se contrae por mucho que esté aguantando el tipo—. Está

bien, estaba esperándote para hablar porque estoy preocupada por ti, desde hace semanas estás raro... Solo quería que esta noche saliéramos por ahí y nos olvidáramos de todo. Me perdonaste por acostarme con Luis..., no puedes seguir haciéndote el mártir.

Su indiferencia por saber lo que puedo estar sintiendo estas semanas me abofetea de nuevo. Suspiro exhausto, me niego a repetir una vez más que no quiero salir de fiesta.

No estoy ausente porque decidiera acostarse con un amigo de su primo, lo estoy porque necesito centrarme en mi padre, en todos los trámites que debo hacer, el trabajo...

—Puedes llamar a Luis para salir de fiesta esta noche, yo me quedaré en casa descansando de un largo día de clases y trabajo, mañana madrugo. —Estiro el brazo para abrir la puerta.

No la miro cuando sus tacones de aguja cruzan al rellano, no me importa si las medias de hoy son color burdeos, no quiero saber de qué color es su ropa interior...

Cierro la puerta detrás de ella, que me fulmina con la mirada.

Capítulo 14



Lena

Ruedo una vez más sobre el colchón sin poder conciliar el sueño. Hace unos minutos que le he enviado un mensaje de emergencia a mi hermano, rezando para que esté despierto un jueves de madrugada.

Llevo horas sin poder pegar ojo, la cabeza no para de parlotear jugando con escenarios catastróficos de mi incierto futuro.

¿Qué voy a hacer?

Antes de que pueda seguir encogiéndome en mí misma, la puerta se abre poco a poco dejando paso al somnoliento rostro de Leo, que bosteza y pasa al interior mientras cierra tras de sí.

—¿Otra vez pesadillas? —susurra rascándose levemente el torso moreno y desnudo.

No sé cómo puede dormir así, si yo hasta en verano necesito taparme hasta el cuello.

Asiento y me incorporo en la cama hasta quedar sentada con las piernas estiradas sobre el colchón. Llevo horas con los ojos como platos y no consigo conciliar el sueño, ya he salido dos veces a por un vaso de leche y no quiero una tercera.

—Ven aquí, enana. —Abre sus brazos a mí mientras se sienta a mi lado.

Me entierro en su pecho y él me estrecha contra sí. No lloro porque no estoy triste, estoy agotada de tanto pensar a cada rato. Siento que ya no tengo el control ni de mi vida ni de mí misma.

—¿Crees que todo irá bien? —Busco darle validación a cualquier cosa que no sea yo.

Lo pregunto por fin, después de días viendo cómo Noah ha decidido aislarse del mundo; solo me ha saludado con expresión cansada cuando nos hemos cruzado. No había ni rastro de la chispa que Sanders siempre desprende.

Llevo días martirizándome con que lo que le ocurre es conmigo.

Sé que hace días llamó a la clínica para preguntar por su padre, pero la psicóloga aún no ha dado el visto bueno para que pueda hablar con él.

No para de trabajar todas las horas que puede, lo sé porque los días que he bajado al gimnasio con la esperanza de pasar un rato con él ha sido imposible porque lo encuentro siempre ocupado entrenando a otros clientes. Lo saludé desde la distancia, porque no quería molestarlo, y lo único que me ha devuelto son pequeñas sonrisas.

Noah Sanders me preocupa.

No me gusta verlo de esta forma, como si no fuera el tío más gracioso que conozco, como si solo fuera un autómata.

—¿Te refieres a nosotros? —No contesto, sabe perfectamente a qué me refiero. Suspira mientras me acaricia la cabeza—. Todo irá

bien, Noah necesita algo de tiempo...

—¿Matt está bien? —susurro, presa del pánico.

—Sí, solo que aún no le permiten comunicación con el exterior —expone mi hermano mientras sigue acariciando mi sien.

—¿Crees que se pondrá bien?

—Es Matt Sanders, se pondrá bien —me asegura Leo antes de echarme un vistazo enarcando una ceja—. Estás muy preguntona, ¿no? ¿Por qué no me cuentas qué te ronda por esa cabecita tuya?

—No sé, Leo...

—¿Cómo que no sabes, hermanita?

—No sé qué voy a hacer...

—¿Con la carrera te refieres? —Desvía sus ojos hasta los míos, asiento apenada—. Es completamente normal que te sientas así, Lena, llevas años queriendo estudiar Bellas Artes y ahora estás a un paso de terminar, pero eso no significa que tengas que hacer algo diferente a lo que te gusta, puedes seguir haciendo encargos, ¿no?

—Supongo que sí. —Me encojo de hombros.

El silencio nos vuelve a interrumpir, pero ninguno de los dos nos movemos de nuestro lugar. Sé que mi hermano no se irá hasta que me vea mejor y ahora solo logro aferrarme a él como a un flotador salvavidas.

Pero hay una cosa que no para de rondarme.

—Leo...

—Mmm.

Inspiro hondo y me armo de valor para decir lo que quiero decir.

—¿Tú sabes... si ha pasado algo entre Noah y la chica del otro día? Me refiero a que desde entonces Noah está ausente... —me apresuro a aclarar.

—Es muy probable... —susurra.

—¿Cómo que es muy probable? —inquiero.

Me deshago de su agarre y busco su mirada esperando que me aclare su respuesta.

«Es muy probable».

¿Eso es un sí?

—¿No se llevan bien? —susurro tratando de esconder mi leve preocupación.

—Tienen una relación algo intermitente... —contesta apenado.

—¿Crees que él está bien con... eso? —susurro.

—¿Tú qué crees, Lena? —me pregunta mi hermano en un suspiro.

—Creo que el Noah Sanders que vive con nosotros no es el que solía ser...

—Lo sé, hermanita, necesita tiempo y espacio... ¿Por qué no hablas con él? Tal vez tú puedas entenderlo mejor que yo.

Sé que Leo quiere que volvamos a llevarnos todos bien, y yo creo que también empiezo a quererlo. La propuesta de mi hermano no es casualidad, las palabras que he utilizado son a las que recurro para tratar de explicar lo que me ocurre. La de veces que le he repetido que siento que ya no soy la que solía ser.

Leo solo ha sumado uno más uno.

Asiento con una sonrisa de medio lado. Con un gesto rápido mi hermano me pregunta «¿estás mejor?». Vuelvo a asentir forzando una sonrisa. Leo se levanta poco a poco, está agotado y yo he interrumpido su descanso.

Me besa la coronilla mientras me agarra las mejillas con las manos, una de ellas se despega de mi piel y cierro los ojos con fuerza sabiendo lo que viene después. Sus dedos se enredan en mi cabello y los agita con rapidez, despeinándome por completo antes de dar un par de zancadas y salir por la puerta.

Con un acto mecánico, peino mi cabello con los dedos y me llevo detrás de las orejas los mechones que han quedado sobre mi rostro.

Capítulo 15



Lena

Carmen y yo llevamos media hora comentando la lista de prioridades y necesidades que he encontrado en estas últimas semanas.

- Pasar más tiempo con mi hermano.
- Actividades que me saquen de mi zona de confort.
- Escribir.

A Carmen le han parecido muy buenos puntos de partida, aunque el último no lo haya puesto en práctica de manera seria, simplemente apunto las rutinas que Noah me enseña.

—La escritura terapéutica te ayudará a poner orden en tu interior, no hace falta que te sientas presionada a escribir grandes relatos, escribe lo que necesites soltar..., que sea algo intuitivo e íntimo —me explica Carmen con una sonrisa.

—Lo haré —pronuncio asintiendo con la cabeza.

Tengo ganas de volver a escribir, sé que me ayudará a sentirme mejor.

—¿Te sientes bien haciendo ejercicio? —Alza la vista al otro lado de la pantalla—. Ya sabes a qué me refiero, Lena, ¿crees que lo estás haciendo de una manera sana?

Tardo unos segundos en procesar sus preguntas.

Unos segundos durante los que multitud de imágenes vienen a mí.

Agradezco tener esa confianza con la madre de Marina que me permite tomarme unos minutos para buscar las respuestas. Ella insiste en que debo hacerlo para que mi respuesta automática no sea un «no sé»; sí que lo sé, simplemente debo pararme a tirar del hilo hasta llegar a las respuestas.

En la mayoría de las imágenes veo a Noah sonriendo, concentrado, el tono de su voz pendiente de que yo siga las instrucciones de manera correcta, sus mejillas sonrojadas, mi hermano al otro lado del espejo con los ojos brillantes de emoción por vernos entablar una conversación estable y buena.

—Me gusta no hacerlo sola, me ayuda a no pensar —respondo preparada.

—¿Quieres contarme un poco más? —insiste ella.

Después de varios meses de terapia, Carmen ya sabe distinguir cuándo la dirección de nuestra conversación tiene que ver con Noah. Bueno, ella aún no sabe su nombre, pero sabe que existe.

—Noah me enseña las rutinas de entreno...—La mujer al otro lado me mira y me da todo el tiempo del mundo para que yo procese que voy a hablar de él en alto. Es el momento—. Es el mejor amigo de mi hermano, vive con nosotros desde hace poco menos de dos meses... —expongo algo dudosa.

—Me alegro de que la relación entre vosotros mejore, ¿has hablado con él sobre lo que sientes? —pregunta ella

—No...

—¿Necesitas hacerlo?

¿Necesito hablar con Noah?

Es cierto que todo el rencor acumulado por años poco a poco va disminuyendo, a medida que él y yo tenemos momentos en los que simplemente somos nosotros.

Recuerdo las palabras de mi hermano la otra noche.

«Podrías hablar con él».

—Es complicado... —susurro sintiendo cómo la angustia se instala en mi pecho.

—No hay nada imposible de arreglar, Lena, tú tienes la llave para decidir qué deseas alimentar: el odio y el rencor o la tranquilidad y el perdón. ¿Ha ocurrido algo desde que vivís todos juntos?

—Discutimos las primeras semanas... Bueno, no discutimos, estábamos en mi habitación hablando como si nada hubiera sucedido y... —coloco los mechones de pelo tras mis orejas— lo fastidié. Me enfadó muchísimo que la primera conversación que duró más de tres frases fuera totalmente normal, como si yo nunca hubiera estado enferma y no me hubiera dejado sola. —Las lágrimas amenazan con salir.

Carmen aguarda unos segundos. Con un suave ladeo de la cabeza me anima a seguir, a sacar todo lo que llevo tiempo guardando, y así lo hago, rompo en un sollozo y me llevo las manos a mis mejillas para limpiar cada lágrima que me resbala por la piel.

—¿Seguís peleados? —pregunta buscando hilar la historia.

—Días después lo arreglamos y me ayudó con la rutina. —Me sorbo la nariz y frunzo los labios.

—¿Hablasteis de lo que sentisteis con esa conversación? —Niego con la cabeza—. ¿Necesitas hacerlo, Lena?

—Necesito que... que sepa que me dolió que me dejara sola cuando más lo necesitaba. —Contengo las lágrimas, tratando de pasar por alto mi respiración agitada mientras clavo la mirada en Carmen.

—Ha aparecido una nueva cosa que añadir a la lista, ¿no crees? —Sonríe dulce y yo asiento.

Vuelve la vista a su cuaderno para seguir apuntando notas y bajo la vista al mío, que espera abierto por mi lista de prioridades y necesidades. Mis dedos atrapan el bolígrafo que acompaña el cuaderno pequeño y oscuro que compré en la universidad el curso pasado.

¿Debo apuntarlo?

La duda se me clava en el pecho.

—¿Y si no tengo claro que quiera hacerlo? —me apresuro a decir.

—¿Qué te hace dudar? —indaga.

—Hay partes de mí que siguen enfadadas con él porque nunca han tenido respuesta... Llevo años tratando de que él no me importe, alejándome todo lo que puedo porque parece que es eso lo que él estaba haciendo conmigo hasta ahora. Me descoloca totalmente que volvamos a llevarnos bien, como si nada hubiera ocurrido, aunque sé que mi hermano está contento, porque al final los tres hemos crecido juntos. Pero es eso, hemos sido siempre buenos amigos, adoraba a Noah Sanders de una manera que las palabras se me quedan cortas... Dolió horrores sentir que no me quería en su vida...

—¿Y ahora? ¿Crees que él quiere que formes parte de su vida?

—Tal vez..., o tal vez solo sea mi imaginación porque lo echo de menos. —Suspiro como si lo que acabara de admitir me hubiera

quitado un peso de encima.

—¿Y no crees que ese es motivo suficiente como para intentarlo? —Sonríe negando con la cabeza—. Las personas somos diferentes, cada uno tenemos nuestras cuestiones internas, nuestros tiempos y nuestra forma de procesar información. Pero, Lena, si sientes la necesidad de hablar con él y expresar lo que sientes, te animo a hacerlo porque saldrás de dudas, podrás saber los detalles de todo lo que os une y os separa. Podéis volver a ser buenos amigos, pero, por favor, no sigas esperando respuestas, sal a buscarlas, ¿de acuerdo? —Su sonrisa se ensancha tanto que me anima a mí también a sonreír.

La sesión dura unos minutos más durante los que Carmen me felicita por finalmente hablar del tema que había sido tabú desde la primera sesión. Se alegra mucho de que poco a poco me esté abriendo, pero lo que consigue emocionarme es que me agradezca ser mi confidente.

Yo le agradezco que sea mi guía en este camino difuso.

Al colgar la videollamada mis dedos vuelven a coger el bolígrafo negro de punta fina que me encanta utilizar para escribir y anotar en los libros. La tinta se desliza por el blanco del papel de esbozos.

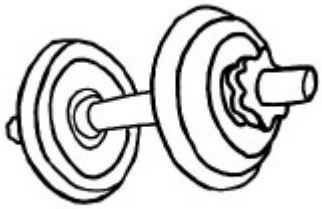
Lista de prioridades y necesidades de Lena Luna

- Pasar más tiempo con mi hermano.
- Buscar actividades que me saquen de mi zona de confort, como apuntarme al gimnasio. Esto evitará que me quede encerrada en mi cuarto viendo Netflix cada día y me ayudará a cansar mi cuerpo hasta caer rendida y dormir toda la noche.

- ¿Y si vuelvo a escribir? Me sentaba muy bien plasmar mis pensamientos sobre el papel, quizás pueda poner orden en mi interior.
- Aprender a dar segundas oportunidades.
- Hablar con Noah Sanders y expresar todo lo que llevo años guardando acerca de que nuestra amistad desapareciera.
- Arreglar la relación con Noah.

Tres nuevas prioridades se han añadido a mi lista.

Capítulo 16



Noah

He perdido la cuenta de los días que han pasado desde que Sandy se equivocó de habitación. He estado de un humor de perros. Me molestó mucho no me permitieran comunicarme con mi padre, cuando ya lleva tres meses en la clínica. Solo quería saber si todo iba bien, si necesitaba que le llevara algo o cualquier cosa que me hiciera saber cómo se encontraba.

Las clases este año son realmente aburridas, me paso las horas apuntando todo lo que los profesores recitan por pura práctica, pero tanto Leo como yo sabemos de antemano que es importante hacerlo para descubrir todas las posibles preguntas de los exámenes.

Los entrenos han ido bien, no tenía energía para hacer mis bromas de siempre o estar más presente, así que en estas semanas me he limitado a existir y hacer lo que se supone que debo hacer.

Pero hay una cosa que me mata.

Lena y su mirada preocupada cada vez que nos cruzamos.

Desde aquel día no he podido pronunciar palabra alguna con ella.

Lo más seguro es que esté enfadada conmigo.

Le debo una disculpa.

Durante los dos entrenos no he parado de darle vueltas a la insistente necesidad de verla, de cruzar algunas palabras que podrían incluso hacer que acabásemos riendo. Pero nuestros horarios no han coincidido y no he podido encontrar un hueco libre donde poder acompañarla a entrenar o prepararle algo de cena por si se le había pasado la hora.

Y siento no haberlo hecho.

Necesitaba resguardarme del mundo por unos días.

A veces, tengo estos bajones en los que no quiero involucrar a nadie de mi entorno por miedo a que pueda ser borde o hacer y decir algo que pueda herir a los demás simplemente porque yo no me encuentro bien.

Ahora me siento mejor.

Pero sigo sin estar bien.

Es como si el mecanismo interno de mi cuerpo no funcionase: a veces, pega un chispazo y arranca durante unos segundos, me deja encallado en algún recuerdo y tardo días en aceptar que ya pasó.

Camino de vuelta a casa sabiendo que son más de las once de la mañana y Lena debe de estar en clase. Tardo pocos minutos en subir las escaleras hasta llegar al piso. Aunque Leo no tardará en llegar de hacer la compra, me temo que por ahora estaré solo. Dejo mis llaves en el cuenco del recibidor sin prestar mucha atención.

El corazón se me para cuando llega de su habitación el sonido de una música suave.

Está aquí.

Ella está aquí.

Todo mi interior grita que me acerque y que tire del único hilo que con certeza sé a dónde quiero que me lleve.

Las piernas se ponen en marcha hasta ella, llego a su puerta abierta de par en par y la veo de espaldas a mí, sentada en su silla, metida en un papel gigante que ocupa más que su mesa. Viste un pantalón corto que hace que sus piernas se vean aún más largas y sonrío al saber que la camiseta ancha y destartalada que lleva es de su hermano. Seguro que se la regaló para que la utilizase cuando pinta.

Su expresión se concentra en el fino trazo que hace sobre el papel con lo que parece ser una cera como las que nos daban de pequeños en el colegio. Espero paciente para no interrumpirla y tomo aire mientras veo cómo su mano se levanta con suavidad dando por finalizada su intervención en el papel.

Es el momento.

Alzo la mano inseguro y toco suavemente la puerta, lo que hace que su cabecita brillante se alce hacia mí.

—Te debo algo —digo en un susurro avergonzado—. ¿Puedo pasar? —Contengo la oleada de nervios que recorren mis venas.

—¿Qué necesitas? —Su voz es dulce y tímida.

«A ti, Luci».

Estaba seguro de que la encontraría molesta o con el ceño fruncido sin querer abrirme la puerta, pero me encuentro lo contrario: se la ve relajada, tranquila, serena como el mar a primera hora del día.

¿Y si solo era una mala pasada que mi cabeza estaba tratando de hacerme creer?

Desde que la mente me habla tanto ya no sé qué es real y qué no.

Tal vez la oportunidad de arreglarnos aún es posible, ¿no?

—Disculparme contigo. Siento mucho lo que ocurrió con Sandy... y... de veras que siento mucho haberme quedado paralizado. Escuché su voz y me quedé tan bloqueado que solo esperaba oír un estruendo de sus gritos o un ataque de celos, me quedé encerrado en mí mismo... Lo siento de verdad, Lena —me disculpo sincero y cabizbajo conteniendo la vergüenza que se instala en mi interior.

—Gracias, Noah. Por las disculpas, digo. —La pequeña sonrisa que se dibuja en su rostro es suficiente para calmar todo mi interior —. Pero deberías hablar con esa chica, ¿sabes? —Sus ojos se elevan hasta la altura de los míos y yo asiento.

Porque tiene razón.

Hay algo que ya no funciona.

Me aterra que tanto ella como su familia retiren su ayuda tan rápidamente como la ofrecieron si saben que algo no anda bien, y no puedo hacerle eso a mi padre.

—¿Hay algo que pueda hacer para arreglar la situación? —me apresuro a preguntar antes de que me invite a marcharme.

Sus ojos se pasean por mí mientras analiza qué respuesta darme.

Siempre lo ha hecho cuando no tiene las cosas claras, se da unos segundos antes de lanzarse a la piscina.

—Bueno, hay algo... Déjalo..., es una tontería, no te preocupes —se apresura a cortar la posibilidad que podría unirnos, aunque sea un rato.

—Sea lo que sea, si puedo ayudar... —ofrezco decidido.

Sea lo que sea lo haré.

—¿Seguro? —duda ella, alzando una ceja.

—Siempre voy a ayudarte en lo que necesites, Luci. —Lo prometí antes de aprender lo que era una promesa.

Sus mejillas enrojecen levemente y consiguen que me sienta un puñetero héroe al verla con su pequeña sonrisa tímida sobre los

labios rosados, carnosos y perfectos que sigo queriendo besar desde hace mucho tiempo.

Capítulo 17



Lena

Sigo las líneas que crean sus enormes brazos cuando señala el papeleo sobre la mesa o teclea concentrado en su portátil, no consigo saber cómo demonios se las ingenia para que el proyecto que tengo que realizar parezca sencillo. Se muestra tranquilo ante la pantalla. Ha ido a buscar sus gafas para no dañarse la vista, no sabía que las utilizara.

No le quedan mal, le hacen parecer más inteligente de lo que ya es.

Y más atractivo...

Debemos hacer diseños de varios edificios y construir maquetas de ellos simulando su posición en la ciudad. Me gustan las manualidades, aunque cuando las hago confío en el factor sorpresa porque, no sé cómo, siempre me las ingenio para cagarla y arreglarlo diciendo que es un error artístico.

Noah no ha dudado ni un solo segundo en ofrecerme su ayuda. Enseguida ha salido disparado para buscar su portátil y cuaderno de notas y ha regresado con las manos cargadas, porque también arrastraba una silla del salón para poder sentarse a mi lado.

Sus disculpas han sido tiernas y sinceras, justo lo que yo necesito de Noah Sanders.

Hoy tiene mucho mejor aspecto que los días pasados, en los que parecía un robot programado para atender sus tareas y nada más.

Mi hermano tenía razón, necesita un tiempo para él.

Si una cosa sé de Noah es que a veces se atasca en sí mismo y no funciona ni hacia delante ni hacia atrás, pero siempre encuentra la forma de volver a aparecer. Bien, la situación de nuestra relación no es tan sencilla.

¿O solo soy yo la que la veo complicada?

—¿Estos son los diseños? —me pregunta cogiendo algunos de los papeles mientras los observa con detenimiento.

Trato de descifrar lo que puede llegar a pensar de mis garabatos feos y desordenados. Lo más seguro es que no sean buenos y no funcionen correctamente como edificios de una ciudad.

—Sí..., son algunos bocetos —pronuncio avergonzada por si mi trabajo no es suficientemente bueno.

Noah clava la inmensidad de sus ojos sobre mí, las mejillas se enrojecen suavemente bajo la maraña de sensaciones que me hace sentir.

—¿Cómo que algunos bocetos, Luci? ¿Me estás vacilando? Pero si son muy buenas ideas. —Se rasca la nuca tímido—. Ya sabía que dibujas bien, pero ostras, parece que has mejorado muchísimo en los últimos años. —Sus palabras son como un abrazo, como siempre solían ser.

No puedo negar que extrañaba que me abrazara sin ni siquiera tocarme.

Pero que lo haga hoy no significa que mañana vuelva a desaparecer.

Noah siempre ha tenido palabras amables para todas mis ideas descabelladas que no entendía ni yo.

—Esto..., gracias. —Aparto la mirada nerviosa escondiendo la sonrisa que se forma en mis labios—. ¿Entonces con qué puedo hacer las maquetas? —pregunto desviando la atención y con suerte sus ojos de mí.

—Podemos hacerlas con cartón pluma, cartón normal, algunos plásticos reciclados...

—¿Cómo que podemos? —Alzo una ceja sin entender.

—Me has pedido ayuda, Luci..., no recuerdo la última vez que lo hiciste, así que no voy a perder la oportunidad de hacer bien mi trabajo, sobre todo si es contigo. —Su tono sincero se cuela a través de todos los poros de mi piel.

No soy capaz de responder porque me abruman los recuerdos y mi mente no deja de repetir que volverá a suceder una vez más, porque no hay dos sin tres, y Noah y yo... No hay un Noah y yo.

Trato de reprimir los pensamientos y de concentrarme en todo lo que podría salir bien. Respiro hondo entendiendo que son solo miedos y no realidades, tal y como me ha enseñado Carmen.

Tardo dos segundos en ser consciente de que tengo una sonrisa en el rostro, una sonrisa que no tapo porque no soy capaz de responderle a lo que me ha dicho. Mis dedos recogen los mechones de pelo que me caen a los lados de la cara, los escondo tras mis orejas dejando a la vista que en el fondo deseaba pedirle ayuda.

El tiempo avanza rápido y nosotros no hablamos de nosotros, hablamos de la universidad, de la clase innecesaria que nos hacen

cursar en el grado, de la suerte que tengo con mis horarios. Y, efectivamente, la tengo: esta mañana mi cara ha sido un poema al recibir una notificación del profesor a través del campus virtual avisándonos de que quedaba anulada la clase de hoy. Pues empezamos bien el curso. Pero esto es el pan de cada día, no me ha sorprendido en absoluto, pero sí lo ha hecho que Noah llegase con una disculpa sincera en sus labios.

Se debió de sentir mal aquella noche en la que me hundí en mi colchón con la esperanza de que los pensamientos cesaran y no dejaran de recordarme que con Noah siempre es el mismo círculo vicioso.

Pero entiendo que la situación le sobrepasara. Por suerte no hice otra cosa que entender a Sandy y ella misma vio que era hora de marcharse.

Comprendo que Noah últimamente va más lento con todo, no puedo imaginar las miles de sensaciones que debe de sentir en su interior con todo lo que tiene que afrontar a diario. No quiero convertirme en un aspecto más con el que debe lidiar.

El sonido de la puerta me sobresalta, estaba tan absorta en mí que me he quedado empanada mirando los papeles. Reviso a mi izquierda si Noah se ha dado cuenta de ello, pero parece que no.

Oigo pasos acercarse hasta mi puerta después de que el sonido de varias bolsas choque con el frío mármol de la cocina.

Giro hacia donde aparece mi hermano, que ha llegado apenas hace unos minutos. Se asoma para controlar que está todo bien y me dedica una sonrisa dulce antes de percatarse de que Noah está aquí.

Abro los ojos como platos de golpe cayendo en la cuenta de que...

—Noah —lo llamo.

—Mmm —emite ese sonido mientras sigue concentrado.

—¿No tienes clase hoy? —Su rostro se gira hacia mí con los ojos muy abiertos y vuelve la vista deprisa a la pantalla.

—Voy bien de tiempo, ahora dentro de un rato salgo para allá. —Me alivia saber que no soy la responsable de que se pierda clases—. ¿Te veo luego en el gimnasio? —Su pregunta me pilla de improvisto mientras levantaba de nuevo los muros entre nosotros, pero una pizca de él se cuela hasta mí.

—¿Me ayudarás con el entreno? —balbuceo finalmente y sus ojos se iluminan de tal manera que las farolas de la calle le tendrían envidia. La línea de sus labios se curva mostrando su sonrisa perfecta.

—Te echaba mucho de menos, Luci —dice con los ojos puestos en los míos.

Llevo años esperando oír estas palabras que me envuelven entre sus brazos, los recuerdos de miles de noches hablando hasta las tantas, los secretos entre nosotros, nuestra manera de comunicarnos... nosotros, nos echo de menos a nosotros.

—¿Sí? —La inercia de validarlo me ha ganado la carrera.

—Te echo de menos —afirma con ansia buscando respuestas en mí.

Sus ojos se fijan en los míos y yo aguanto por no volver a perderme en los suyos, controlando que el corazón no se me derrita tanto al escucharle.

Joder, claro que lo echo de menos, cada día.

—Vamos, Sanders, ya sabes cómo es el señor García, si llegamos tarde no nos dejará entrar en clase. —La voz de Leo explota la burbuja que habíamos creado en pocos segundos.

De nuevo, la cruda realidad.

—No seas brasas, Leo. —Le hace un gesto con la mano para que mi hermano desaparezca y sorprendentemente es efectivo, gira su rostro hacia mí—. Te veo después, Luci.

Y con eso, antes de que pueda procesarlo, se levanta de la silla. Le hago un gesto para que no se preocupe, yo llevaré su silla de vuelta al salón.

Pero no se mueve del sitio, sus dedos se alzan frente a mí. No me sobresalto al volver a sentir su piel sobre la mía, retira un mechón de mi pelo largo detrás de la oreja de la forma más delicada que jamás ha hecho.

—Noah —qué bien sabe su nombre en mis labios—, te veo luego... en el gimnasio —susurro antes de que se encamine hacia la puerta y los ojos le brillen aún más.

Me recuerda a cuando reíamos sin parar a cualquier edad mientras Leo se enfurruñaba y se quejaba de que estábamos demasiado cerca, y era cierto, pero parece que era solo a mí a quien le importaba.

Al llegar a la puerta, me dedica una sonrisa tierna que le saca los hoyuelos, lo que hace que me muerda la lengua al pensar que sigue teniendo la sonrisa más bonita que yo haya visto.

Le devuelvo la sonrisa con las mejillas enrojecidas y no se va, no se mueve. Una mano fuerte se estira, le agarra de la camiseta en un puño y tira de él hasta que desaparece de mi vista dejándome el corazón blandito y calentito por saber que me ha echado de menos.

«Yo también te he echado de menos, Noah».

Pero sigo temiendo volver a encariñarme contigo y que tú te vuelvas a ir.

Por la noche escribo aquello que sentía cuando nos teníamos a centímetros y todo parecía encajar, necesito ponerle palabras a eso que navega sin rumbo por mi interior:

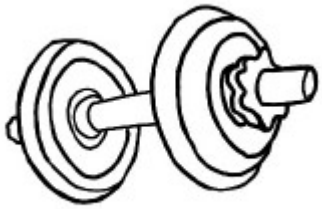
Cuando estás a mi lado, el tiempo se detiene.
El aire parece más ligero, el sol más brillante.
Cada palabra tuya es una melodía suave,
y tu risa, el eco que llena mis vacíos.

En tu mirada encuentro un refugio,
un rincón donde el mundo se hace pequeño,
donde los miedos se disipan como niebla
y lo imposible se vuelve algo cercano.

Es en tus gestos, en cada instante compartido,
donde siento que soy única.
Como si, en tu presencia, el universo
hubiera decidido ponerme en el centro.

Tu cercanía es como un abrazo sin manos,
una calma que fluye sin pedir nada,
y al estar a tu lado, siento que soy especial,
como si todo en mí brillara solo por ser tu compañía.

Capítulo 18



Noah

La semana no parece acabar nunca cuando un jueves por la mañana nos encontramos Leo y yo, por suerte, sentados en un par de asientos del metro, el cual a medida que las paradas avanzan se va llenando aún más.

Esta mañana no tenía ningún entrenamiento previsto, así que habría agradecido enormemente poder dormir un poco más, pero no ha sido así. Mi cuerpo ya está acostumbrado a no dormir más de cinco horas seguidas, así que he hecho lo mejor que podría haber hecho: ordenar todos mis apuntes, fotocopias y prácticas de la universidad que descansaban revueltas sobre la mesa de mi pequeño escritorio. Me ha sentado bien saber que tengo mis estudios bajo control, gracias al orden he podido encontrar la práctica que realizaremos hoy.

Hoy me he levantado de buen humor.

Estaba desayunando con Leo cuando Lena ha salido de casa rápidamente porque el tiempo se le había echado encima, no le ha dado tiempo a desayunar ni a hablar con nosotros más que un «buenos días, me voy, que no llego», el cual nos ha pillado de improviso.

Debe de haberse dormido tarde.

Anoche escuché sus pasos hacia la cocina sobre las cuatro y media de la madrugada. Pensé que tendría alguna pesadilla que le impedía descansar bien, pero sus pasos no acabaron en la cocina, lo hicieron en el salón. Esta mañana nos hemos encontrado parte del salón empapelado de dibujos gigantes, pruebas de *collage* y una enorme nota diciendo «lo siento».

Mi amigo y yo hemos decidido desayunar en la cocina para no manchar ni mover ni tan siquiera un milímetro sus trabajos.

Leo lleva algo extraño los últimos días, no ha pronunciado palabra sobre qué puede ser lo que ronde por su mente.

Desde el momento en que nos encontró a Lena y a mí en su habitación algo en él ha cambiado, no está molesto, quizás sorprendido de que de nuevo su hermana pequeña y yo nos llevemos bien, aunque él ha sido siempre el primero que intentaba volver a reunirnos; era mi mejor amiga. Sé que durante este tiempo ha debido de sentirse muy dividido. Él también se enfadó conmigo cuando me fui, diría que discutimos bastante, pero la verdad era que yo aceptaba que me sermoneara con lo de que había actuado mal. Sabía que tenía razón, y por ello se ha pasado años repitiéndome que podría intentar acercarme a hablar con Lena sobre aquello que abrió una brecha entre los dos.

En todo este tiempo no me atreví.

Pensé en que cualquier persona era mejor compañía que la que yo podía ofrecerle, más cuando sabía que las cosas en mi vida eran

demasiado desastre para arrastrar a los hermanos Luna con ellas.

«Te echo de menos, Luci», le dije en un susurro mientras su hermano estaba al otro lado de la puerta. Ella me sonrió, pero no respondió. Necesita tiempo, me digo a mí mismo. Todos necesitamos tiempo para volver a poner las cosas en su lugar cuando nuestro mundo se viene abajo.

—¿Han ido bien los entrenos de ayer? ¿A qué hora volviste? —Su voz suena entre la gente del metro y evita que me hunda entre mis pensamientos.

—Sí, como siempre... Tuve que sustituir un entreno de Mario —contesto devolviéndole la mirada.

En este momento, Leo me observa pensativo, con los ojos entrecerrados. Como su hermana cuando no ve las cosas claras.

Son casi las doce del mediodía y la línea tres de metro está llena de estudiantes que van y vienen, ninguno con una sonrisa en el rostro, al igual que Leo, al que no le hace ninguna gracia la clase de Edificación de hoy.

—¿Puedo preguntarte algo? —dice, algo serio.

Sea lo que sea que le ronde por la mente, necesita expresarlo.

—Claro, cuéntame lo que perturba tu mente —bromeo, y consigo que mi amigo esboce una pequeña sonrisa de lado.

—No quiero que suene raro... Es solo que el otro día me extrañó encontrarte en la habitación de mi hermana. Sé que desde que estamos aquí poco a poco habláis más y te juro que me hace feliz que arregléis vuestras diferencias... —hace una pausa para tomar aire—, pero como amigo tuyo y como hermano mayor de Lena solo quiero asegurarme de que esta vez no volverá a suceder...

Mi sonrisa se desvanece en el aire al entender que lo que le ha estado rondando por la mente ha sido en parte lo mismo que a mí.

Me gusta que con Leo podamos decirnos las cosas tal y como son, al fin y al cabo, de eso trata una amistad.

Quiero a Lena.

Aprecio mucho a los hermanos Luna, son parte de mi familia y parte de mí.

Sé que hice mal en acobardarme y en haberme refugiado en ello durante años, eligiendo la distancia. Tuve que ganarme la confianza de Leo una vez que volví de Estados Unidos.

—No quiero volver a meter la pata... —son las palabras que consigo encontrar.

—Confío en ti, Sanders. No eres una mala persona, tampoco lo eras cuando las cosas se torcieron..., quizás podrías hablar con ella —propone mi amigo con un tono suave entre el murmuro de la gente en el vagón.

—¿Lo pasó mal? —Es por lo que más he llegado a torturarme en este tiempo.

—Desde entonces ella ya no es la misma —confirma su hermano con tristeza—, por eso necesito saber que, si estás dispuesto a arreglar las cosas, lo vas a hacer de verdad. No quiero volver a ver a mi hermana preguntarse si ella es una mala persona o si no fue suficiente para ser tu amiga.

Asiento aceptando los golpes que me da esta conversación. Leo tiene razón. Tal vez deba hablar con Lena, aclarar qué ocurrió cuando a ella la ingresaron en el hospital. Debo hacerlo, lo tengo claro porque cuanto más tiempo paso con la chica de pelo brillante, más ganas tengo de hablar con ella hasta las tantas de la noche, de prepararle algo de cenar si se le ha pasado la hora, de ayudarla con sus entrenos mientras la hago reír...

—¿La ayudaste bien? —Su voz resuena más cercana.

—Creo que sí... Tiene que hacer el diseño de unos buenos edificios, ¿te puedes creer que le han pedido construir una maqueta? —le pregunto incrédulo con la intención de acabar de destensar el ambiente.

—Eso a ti se te da bien. —Su voz se apaga a cada palabra que sale de su boca.

—Y a ti, Leo, a ti también se te da bien. Tal vez tu hermana necesite más ayuda con el proyecto, ¿no crees? —propongo.

—Claro, hacemos la maqueta los tres como cuando éramos pequeños, ¿no?

—En el fondo no eres tan mal hermano. —Su puño se estampa en mi hombro y ambos reímos.

Minutos después el tren permanece parado en Palau Reial, se supone que el metro debería ir rápido, pero no es el caso y parece que nunca lo es. Leo, espatarrado a mi lado, no para de deslizar el dedo por la pantalla mirando fotos y vídeos en Instagram a los que no les presta mucha atención.

¿Entonces para qué lo mira?

Niego con la cabeza.

¿Quiero arreglar las cosas con Lena?

Ha llegado un punto en que necesito hacerlo.

En pocos minutos nos encontramos saliendo de la boca del metro de Zona Universitaria, y caminamos unos metros de la Diagonal hasta dar con el edificio principal de la facultad de Arquitectura.

—Leo —lo llamo sin pensar mucho, este gira sobre sus talones para verme—, ¿te parece bien si mañana por la tarde nos quedamos en la facultad?

—No tenemos clase. —Frunce el ceño sin comprender.

—Tu hermana tampoco, podríamos ayudarla con el proyecto en la sala de estudios, que no habrá mucha gente. ¿Qué te parece la

idea? —Sonrío de medio lado viendo cómo mi amigo entrecierra de nuevo los ojos, analizando la situación.

Leo se abalanza sobre mí a la velocidad de la luz y me abraza con una sonrisa en los labios. Da algunas palmadas efusivas sobre mi hombro para plantarse frente a mí aún con su mano sobre mi hombro.

—Es una muy buena idea, Noah Sanders, ya era hora de que hicieras funcionar esa cabeza hueca que tienes —me vacila mi amigo, a lo que yo respondo empujándolo con suavidad mientras ambos reímos.

—Noah... —Esa voz me distrae, giro sobre mí sabiendo de quién proviene—. Me alegro de verte sonriendo, últimamente me tenías preocupada —dice Sandy extendiendo los brazos a mi alrededor.

Sus palabras me recuerdan a la Sandy de la que me pillé en un principio y solo por sentir una pizca de lo que solía ser le rodeo los hombros con el brazo y le dedico una pequeña sonrisa de lado.

—¿Qué te parece si hacemos algo mañana por la noche? —me pregunta algo dudosa—. Lo que te apetezca —me aclara rápidamente.

Lo que me apetezca...

—Tendré que mirar mi apretada agenda... —me hago el interesante, y Sandy sonríe dulcemente.

Es un sí a su propuesta.

Trato de concentrarme en la muestra de cariño que acaba de ofrecerme. Se lo agradezco, no muchas veces se muestra de esta manera, como ella dice, «débil». A mí no me parece de alguien debilucho, al contrario, me parece un comportamiento de alguien inteligente que solo quiere aportar un granito de arena para ayudar a que otra persona se sienta mejor.

Trato de concentrarme solo en eso, evadiéndome de la sensación de que algo sigue sin andar bien.

Capítulo 19



Lena

—No me puedo creer que se la hayas colado —comenta María, negando con la cabeza.

—Optimización del tiempo, queridos —respondo entre risas.

Llevamos un buen rato en la cafetería de la universidad, hemos decidido quedarnos a comer para aprovechar y estar juntos más allá de las clases. Nos hemos adueñado de un par de mesas de la terraza, donde todos nos hemos sentado alrededor mientras unos comen de su táper mientras otros han optado por comprar algo de comida.

Hemos conseguido reunirnos todos.

Es el único día en que coincidimos con Marina. No en clase, pero sí con el horario, así que hemos aprovechado para ponernos todos al día.

Mientras los demás comentan acerca de las presentaciones de proyectos que hemos tenido hoy, Marina y yo tenemos nuestra

propia conversación.

—¿Tú qué opinas? —me pregunta mi amiga.

—Creo que no debería tener opinión acerca de si quieres abrirte un perfil en Tinder. Solo te pido una cosa —hago una pausa mientras guío mis palabras con mi dedo índice—, ten cuidado, la de depravados que debe de haber en esa app.

—Lo dice la que vive con dos buenorros en casa —sonríe maliciosa.

—Eh, no te pases, que uno de ellos es mi hermano —me defiendo.

—¿Y el otro? ¿Cómo se llamaba?

—Noah.

—Noah —repite ella.

—Noah Sanders —concreto.

—Tiene nombre de protagonista de novela de salseo, ¿no crees? —no puedo evitar reírme ante las ocurrencias de mi amiga.

Mi móvil suena e interrumpe la conversación, pero Marina no necesita mis respuestas para tomar sus propias decisiones, así que aprovecha que atiendo la llamada para abrir la app que previamente ya se había instalado.

—Dime —respondo.

—Hermanita, hermanita, ¿dónde estás? —pregunta mi hermano con tono gracioso al otro lado de la línea.

—De fiesta —bromeo aguantando la risa floja que me sale.

—¿Sin mí? Qué poca vergüenza —me recrimina—. Escucha, ¿por qué no vienes a la facultad de Arquitectura? Tengo que decirte unas cosas.

—¿Y no me las puedes decir por teléfono? —frunzo el ceño al no entender el misterio detrás de sus palabras.

—Mmm, no —dice finalmente.

—Estaré allí en un rato, acabo de comer y cruzo la calle —cedo observando cómo mi amiga sigue configurando su nuevo perfil de Tinder.

Me despido de mi hermano con un simple «hasta luego». Que me pida ir a su facultad me ha pillado por sorpresa, pocas veces he estado, debo decir que tiene muchos menos edificios que la facultad de Bellas Artes.

Tengo curiosidad, así que no tardo en recoger mi táper y despedirme de los demás, que ya se van retirando para volver a sus casas. Ninguno de nosotros vivimos en el centro. Bueno, ahora yo soy la única que no tiene que ir con prisas por si pierde el tren, cosa que ha hecho Marina en cuando se ha percatado de la hora.

Camino hasta la entrada principal del edificio, donde me quedo de piedra al encontrarme una cara familiar al otro lado de la calle, apoyado sobre el muro de ladrillos que abre un pasillo hasta la entrada de la facultad de Arquitectura.

Él me ve, lo sé porque me sonríe de oreja a oreja y consigue que me derrita un poco más en el día de hoy.

¿Qué hace aquí?

La pregunta salta en mi interior de un lado a otro mientras me repito a mí misma que solo somos amigos, como siempre lo hemos sido, ¿no?

Se me hacen eternos los segundos que tarda el semáforo en cambiar a verde para que pueda cruzar y llegar hasta él, que me espera con su camisa azulada y sus vaqueros cortos.

—¿Vas a casa? —le pregunto alzando la vista hasta sus ojos brillantes.

—Te estaba esperando, Luci. —Su sonrisa se ensancha aún más.

—¿A mí? ¿Por qué? —Trato de esconder el vuelco que me da el corazón.

—Siempre te espero para entrar o salir del metro —se sincera.

—Así que no es casualidad cuando nos encontramos. —Alzo una ceja, divertida al oír su confesión.

Ya me parecía a mí que, en mis tres años de carrera, Noah y yo habíamos coincidido demasiado en las escaleras del metro, pero no me había parado a pensar que lo hiciera a propósito para pasar unos minutos conmigo mientras esperábamos a Leo para ir a la estación de Sants y de ahí, coger un tren hasta casa. Creía que a mi hermano le pesaba demasiado el culo como para seguirle el ritmo a Noah, pero parece que no es el caso.

Esbozo una sonrisa tímida sintiendo que cada una de sus palabras me acaricia el pelo. Asiento algo vergonzosa y Noah ríe suavemente. Joder, cómo extrañaba oírlo reír. Caminamos en silencio mientras entiendo que él debe de estar involucrado en el motivo de que me haya llamado mi hermano. No me entero del camino que hacemos porque estoy demasiado absorta en reproducir su risa en mi mente una y otra vez, como si fuera mi *playlist* favorita. Eso y la curiosidad me han invadido al fijarme mucho más en sus brazos, concretamente en el izquierdo, donde la tinta oscura recorre su piel. No consigo ver de qué se trata, solo distingo algo con alas que parece una mariposa, pero no lo es. Me muerdo el labio inferior llena de curiosidad por ver y seguir con mis dedos la tinta de su piel.

«Pero ¿qué te pasa, Lena?», me pregunto a mí misma sin poder despegar la vista de Noah.

La entrada a su facultad tiene un estilo clásico, con un gran vestíbulo donde hay varias esculturas expuestas. Bajamos un par de escalones atravesando la estancia y nos encaminamos por un pasillo algo estrecho hasta llegar a lo que parece una tienda de materiales, y sonrío al ver que la facultad de Bellas Artes no es la única que dispone de una. A mano derecha, aparece una puerta de lo que

parece una sala de estudios llena de gente trabajando en las diferentes mesas de la estancia. No hay apenas ruido y eso me gusta. Observo que no es muy grande, pero sí lo suficiente como para unos veinticinco alumnos que trabajan entre estanterías de libros y mesas altas con enchufes de sobra.

—Buenas tardes, hermanita. —La voz risueña de Leo invade el silencio y lo rompe por completo.

Camino varios pasos hasta llegar a una de las enormes mesas.

—Sí que vas a deshora, Leo —río mientras dejo mi bolsa sobre la mesa—. ¿Me vas a contar por qué me haces venir aquí con este calor? Me has jodido un sueño con Zac Efron —bromeo, acusándolo con mi dedo índice.

—Noah y yo somos mucho más guapos que ese tío. —Me señala con el dedo y bostezo ante sus palabras.

—Sí, sí, ya y yo soy Madonna, claro —respondo sentándome en una de las sillas alrededor de la mesa—. ¿Qué os pasa? —pregunto alzando una ceja al ver que sus sonrisas divertidas no se borran—. ¿Qué estáis tramando, par de descerebrados? —les pregunto de nuevo al ver que no obtengo respuestas, solo risas entre ellos.

Sonrío algo tímida y me permito sentirme bien con ellos. No son extraños, son parte de mi familia, a pesar de que en los últimos años nos hayamos distanciado un poco.

—¿Así tratas a los chicos guapos? —La voz de Noah se cuela bajo mi piel; su sonrisa es sencilla, a diferencia de la de mi hermano, que es exagerada.

—Que yo sepa, estoy hablando con vosotros —le contesto en el mismo tono irónico y divertido que él, consiguiendo que sus labios se curven aún más ensanchando su bonita sonrisa.

«Lena».

«¿Qué?».

«No vayas por ahí porque sabes lo que pasa».

Trago saliva intentando que desaparezcan los pensamientos para poder concentrarme en lo que hablan, en vivir el presente, como Carmen siempre me anima a hacer. Pero no puedo, hace años que me cuesta horrores escuchar con claridad sin que mi cabeza hable y hable sin cesar. Mi pecho sube y baja con respiraciones pesadas y me siento cansada por no hacer otra cosa que combatir contra mí.

—¿Te apetece, Luci? —Su voz me arranca de mis fantasmas y me trae de vuelta al presente

—Perdona... —Ladeo la cabeza intentando recordar algo que hayan dicho, pero es inútil—. ¿Qué se supone que debe apetecerme? —pregunto vulnerable, sintiendo la culpa en mi cuerpo por no poder vivir aquí en vez de vagar entre otros tiempos.

Siento cómo mi hermano me observa confuso por mi intervención, yo también lo estaría si no fuera yo, pero no dice nada sobre ello. Después de mucho tiempo parece haberse acostumbrado a que conecte y desconecte del mundo, con el matiz de que no lo hago por gusto. Noah en cambio me mira compasivo y preocupado, como si pudiera ver lo que ocurre en realidad.

—Te hemos traído aquí para ayudarte con tu proyecto, ya que, si lo necesitamos, tenemos la tienda de materiales. ¿Qué te parece si te ayudamos a construir la maqueta? —pregunta Noah dulcemente, pasando por alto mi lapsus cerebral.

Proceso lentamente sus palabras mirándolos por inercia. La sonrisa aparece en mi rostro y por lógica, mi mente y mi corazón repiten que no me ilusione demasiado rápido. Y me fastidia tener que darle la razón a la mente, pero es cierto: cuántas veces quise que volviéramos a ser un equipo, cuántas veces anhelé que él me mirara otra vez... Perdí la cuenta, al igual que la esperanza, y esto solo parece una prueba más para comprobar si me he hecho lo

suficientemente fuerte como para superarlo. A veces, no es una pareja quien te hace sentir que se te rompe el alma, los amigos también pueden romperte el corazón de una manera inexplicable.

—¿Qué? ¿También os apetece encargaros de la cena? —pregunto sonriente.

No digo sí, pero no puedo decirles no.

Leo se prepara para debatir, pero la mano de Noah tapa su boca en un segundo. Me sonríe y yo gasto toda mi energía en no derretirme demasiado porque estemos hoy aquí.

Sonrío mientras saco mi iPad, donde tengo todo lo necesario para el proyecto. Observo la enorme mesa llena de maderas, cartón pluma, silicona y el resto de los materiales para hacer las maquetas.

También tengo que decir que estudiar Bellas Artes y que te manden hacer una maqueta de Arquitectura tiene su gracia, solo hasta cierto punto. Por suerte, dispongo de dos futuros arquitectos siempre dispuestos a echarme una mano.

—Enséñame esos diseños perfectos que has hecho —dice Leo con tono divertido, y río ante la reverencia desastrosa que acaba de hacerme.

Le tiendo los papeles con los diversos bocetos y pongo el diseño 3D de los edificios en el iPad tal y como Noah me explicó, pero la verdad es que son una basura porque no se parecen en nada a los bocetos. Si ya lo digo yo, estoy hecha para el trabajo tradicional, no para el digital, para eso soy una patata al cuadrado.

Se burlan de mi trabajo y yo me uno a sus risas porque no hay por dónde cogerlo. Luego, los tres nos ponemos manos a la obra para empezar a cortar las piezas de cartón pluma e ir construyendo poco a poco el edificio. Leo parece más que contento con ello, no para de hacernos bromas, de reír y, sobre todo, no para de achucharme o despeinarme el pelo de un modo cariñoso.

Lo disfruto.

Estoy aquí y me permito disfrutar del tiempo con ellos antes de que la vida decida separarnos de nuevo.

El tiempo pasa entre risas, codazos y chistes muy pero que muy malos por parte de mi hermano. Río tímida con todo ello y noto que Noah me observa constantemente y hace que en más de una ocasión quiera huir y esconderme lejos.

Una de las muchas canciones de Bad Bunny arrasa con el ambiente que habíamos creado. Leo busca en sus bolsillos, saca su teléfono y sin pensarlo desliza su dedo en la pantalla sin perder esa sonrisa suya.

—Hola —contesta una vez que tiene el móvil en su oreja—. Mmm... —tanto Noah como yo seguimos construyendo mi maqueta —, todo bien, la verdad, el piso es una pasada, podéis venir a verlo, nos haría ilusión. —Leo posa los ojos sobre mí.

La voz de mi madre suena al otro lado de la línea. Durante estas semanas fuera de casa no he recibido ninguna llamada de mamá o papá, salvo mensajes cortos en días puntuales. Sé que están demasiado ocupados con el trabajo, pero a mí también me gustaría que me llamaran para saber cómo estoy.

Mis padres siempre han esperado que tanto Leo como yo siguiéramos sus pasos y nos convirtiéramos en médicos, pero entre que Leo es algo dramático para las heridas y que yo lo soy aún más, porque solo con ver sangre me mareo, creo que, la verdad, no seríamos buenos médicos. La población lo agradecerá.

—Estamos haciendo una maqueta... Mmm..., sí, los tres... Pues igual que hace dos semanas, mamá. —El pinchazo en el pecho es inevitable, trago saliva nerviosa.

¿Mamá llamó a Leo hace dos semanas?

—¿Estás bien? —Un codazo suave de Noah me saca de donde quiera que estuviera. Miro sus ojos enormes teñidos de preocupación—. Luci, puedes hablar conmigo si lo necesitas. —«La cosa es que quiero hablar contigo, Noah, pero no quiero depender de ti, no otra vez», pero en vez de decírselo solo asiento levemente.

—Sí, sí, Noah está en el piso... Sí, nos cuidamos mutuamente... Claro, mamá, yo se lo digo, un beso. —El móvil se aleja del rostro de Leo y este deja el teléfono sobre la mesa.

—Mi madre te manda besos y abrazos. —Y construir la maqueta se convierte en un partido de *ping-pong*.

—Pues gracias... supongo. —Noah sonríe algo incómodo.

No puedo evitar que esa llamada desate algo en mi interior, al igual que en el de Noah, porque él no podrá recibir una llamada de su madre para saber cómo está y la mía me da la sensación de que solo vive y se desvive por mi hermano.

—Insiste en que vengas a comer pronto —añade mi hermano.

Noah asiente sin prestar mucha atención a lo que Leo le dice y yo siento cómo una oleada de pensamientos intrusivos me abofetea sin cesar. ¿Mamá ha preguntado por mí? La pregunta se repite una y otra vez haciendo que mi pecho suba y baje cada vez con más rapidez. Paro de recortar el cartón y me llevo una mano al pecho con la intención de que la presión disminuya.

Noto la mirada intensa de Noah siguiendo cada uno de mis movimientos.

Trago saliva y trato de contener el huracán que sé que puedo desatar.

—¿Mamá ha preguntado por mí? —La ansiedad se apodera de cada rincón de mi cuerpo, clavo la mirada en mi hermano, quien palidece en segundos.

—Ha sido una llamada rápida... Ha preguntado por los tres, Lena. —Leo intenta suavizar el tema.

Claro que ha sido una llamada rápida, siempre lo son, rápidas y escasas. Aun así, le ha dado tiempo a preguntar por Noah antes que por mí.

—Me gustaría que mamá me llamara alguna vez —suspiro cansada.

Las piezas que sostenían las manos de Noah caen en la mesa, verlo me saca de mi mundo por completo y solo puedo fijar los ojos sobre él, preguntarme si está bien. Siento cómo todo se oscurece y no logro querer saber nada que no sea su bienestar.

Porque lo único que deseo es que él esté bien. Parece tan absorto en sí mismo que me da miedo que se pierda, porque si lo hace, me perderé yo también.

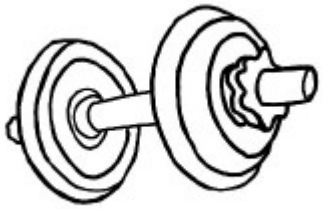
—Lo...siento, Helena. —Su voz se rompe y me hace sentir culpable.

Noah sale de la sala antes de que pueda articular palabra, siento que el alma se me cae al suelo al verlo afectado.

Abro los ojos como platos al entender que han sido mis palabras las que le han arrancado la sonrisa del rostro.

Leo me mira atónito y la culpa me invade por completo al ver cómo su cuerpo inquieto sale de la sala de estudios.

Capítulo 20



Noah

Salgo de la sala sintiendo que el cuerpo me asfixia. Sus palabras me han sentado como una patada en los huevos después de haberme sacado las entrañas y haberlas pisoteado. Y duele porque esas inocentes palabras me han arrasado por completo en un segundo.

Echo tanto de menos a mi madre que cualquier cosa me recuerda a ella.

Nos estábamos divirtiendo los tres tranquilamente, haciendo algo que a todos nos gusta y nos entretiene, pero parece que la vida no me da ninguna tregua. Yo no creo ni en casualidades ni en Dios ni en ningún universo que me provee de todo lo que deseo, porque si así fuera, mi madre estaría viva y yo seguiría haciendo bizcochos de limón con ella cada domingo mientras mi padre ve las noticias, pero me temo que esa historia murió con ella.

Después de aquello ya no hubo más bizcochos de limón. Mamá se fue y papá no volvió a ser el mismo; al principio trataba de llevarlo lo

mejor posible, pero pronto esa fachada cayó al igual que él, y con los años la situación no mejoró. Estuvo de baja mucho tiempo por depresión y aprendí que buscar trabajo con dieciséis años era complicado, pero de alguna forma debía llevar dinero a casa para ayudar en lo que hiciera falta. Parecía que todo iba mejorando hasta que decidí irme a Estados Unidos a buscar a mi abuela, a mis tíos o algún familiar de mamá. Buscaba a mi madre en cada esquina, solo quería volver al lugar donde yo nací, visitar a mi familia y que me hablaran de lo alegre que era mi madre. Tardé demasiado en volver y cuando lo hice me encontré a papá entre botellas de vino y whisky. Después de mucho tiempo tratando de ayudarlo a mantenerse sobrio lo convencí de que necesitaba ayuda.

A día de hoy mi padre lleva unos tres meses en un centro de desintoxicación.

He trabajado durante todo el verano para poder pagar su tratamiento y me temo que voy a tener que seguir trabajando todo lo que pueda y más para asegurarme de que mi padre reciba toda la ayuda necesaria.

Sé lo que siente Lena cada vez que se siente abandonada por sus padres, lo sé porque yo también lo he vivido, pero ni ella es culpable de mi abandono ni yo del suyo. La entiendo, no puedo enfadarme con ella y eso me revienta muchísimo porque estoy dolido y no sé cómo sanarme. No me refiero a sus inocentes palabras, me refiero a mí, porque nada parece servir para que me sienta mejor.

No soy capaz de encontrar emociones positivas en mi interior, es como si mi cuerpo hubiera dejado de procesarlas. En cambio, la tristeza, la ansiedad, el enfado y todas las negativas las siento muy pero que muy intensas.

Los pensamientos me ahogan en cuanto cierro la puerta del baño. Dejo caer mi peso sobre la pared hasta que quedo sentado sobre el

suelo y me hundo en el recuerdo de mamá y papá, en cada vez que le he prohibido hablar de ello a Leo y cada vez que he dejado a Lena acariciarme la cabeza hasta calmarme por echar de menos a la familia que solíamos ser.

El sonido de la puerta me saca de mí por completo. Sigo con el rostro hundido entre las manos y no me giro cuando escucho la puerta abrirse y cerrarse detrás de unos pasos indecisos. No me hace falta preguntar quién es porque mi cuerpo entero parece hechizado cuando está cerca.

—Noah...

Su voz insegura, suave, delicada, frágil y a la vez fuerte atraviesa las paredes que nos esconden. La visión de sus deportivas se cuela entre los huecos de mis dedos.

—Noah, siento mucho lo que he dicho... —Su voz resuena más cerca.

—Yo también lo siento... —digo en un susurro.

Su piel me roza y me hace temblar, su olor cada vez está más cerca, puedo sentir el calor que emana de su cuerpo acelerado porque el mío funciona de la misma forma. Retiro las manos de mi rostro y me la encuentro sentada frente a mí con sus tejanos claros y ese top de flores que realza sus curvas.

—No quería pagarla contigo, Noah... Tú no... Tú no tienes la culpa de que mis padres no me quieran lo suficiente, tendría que haber pensado mis palabras antes de decir nada. —Su voz entrecortada y nerviosa sigue siendo mi favorita. Frunzo el ceño molesto con la idea de que ella piense eso de sí misma.

—No digas eso, Luci. —Me parte el alma que crea que eso es cierto.

—Es la verdad, Noah, la única razón por la que mis padres no me quieren es porque no soy suficiente, lo tengo asumido. —Cada una

de sus palabras me rompe un poco más.

—No, no, no, Luci, eso no es así. —El verde de sus ojos conoce el verde de los míos a la perfección y quiero creer que ambos lo sentimos.

Me duele que piense eso, sus padres no son los más atentos del mundo, pero la quieren. Aunque no dispongan de mucho tiempo para ellos siempre buscan la manera de hacerles saber que están, pero se me destroza el alma escucharla decir que no es suficiente.

Ella es mucho más que suficiente.

Estas cuatro paredes nos esconden del mundo, de lo que creemos real y de lo que nos hace creer la mente que lo es. Alargo mi brazo hasta llegar a su cintura y tiro de ella en un gesto suave y rápido haciendo que caiga sobre mi pecho.

Me destenso en el mismo momento en que su olor me inunda y su cabello cae alrededor de mi rostro, mientras su piel pálida se pega contra la mía. Lena no hace ningún amago de escaparse de mi agarre, su cuerpo se acomoda tranquilo sobre mí.

Es este instante compruebo de nuevo que ella siempre está, de alguna manera no se ha alejado del todo, de alguna forma siempre está para mí. Y yo... Yo tal vez no he estado todo lo que me hubiera gustado estar con ella cuando lo ha necesitado.

Pero eso ya pasó y no puedo hacer otra cosa que aceptar el pasado, no quiero caer de nuevo en perderme entre tiempos que no me pertenecen. Y es que ella me trae de vuelta al hoy de una manera inexplicable que hace que me llame aún más la atención.

Su sollozo ahogado borra mi mente por completo, como si solo pudiera concentrarme en ella, en su rostro escondiéndose en mi pecho. Por nada en este maldito mundo quisiera que ella derramara lágrimas, pero la vida no es perfecta y yo estoy aquí para ella, no

me voy a ir a ninguna parte porque el único lugar que he anhelado todos estos años ha sido ella.

Mis brazos la rodean con suavidad fundiéndonos en un abrazo. Su cuerpo encaja perfectamente con el mío, como si fuéramos dos piezas de puzle.

—Luci... —La yema de mis dedos acaricia suavemente su brazo hasta posarse sobre su mano, que a la vez esta posada sobre el corazón—. ¿Qué te pone triste, Luci? Cuéntamelo..., porque me mata sentirte así. —Aprieto suavemente su mano en señal de que estoy con ella.

Se me acumula todo en el pecho y sé que no puedo seguir negando y reprimiendo lo que siento por ella, no puedo alejarme cada vez que estemos cerca, ya no puedo seguir haciéndolo.

—Todo, Noah, todo está mal...

Se me encoge el pecho al ver cómo toda ella se rompe en pedazos frente a mí.

—¿Yo también? —pregunto en un susurro suave.

—No tendría que estar aquí, Noah, lo sabes... —Su cuerpo está sobre mí y a la vez la siento tan lejos.

—Soy yo, Luci, llevamos juntos desde pequeños, puedes confiar en mí...

—No puedo, Noah... —Sus sollozos contenidos me matan.

—Dime por qué, Luci —suplico con un hilo de voz.

Su respiración agitada es pesada, puedo sentirla contra mi pecho. Su rostro sigue apoyado sobre mí, y con cada una de las lágrimas que derrama me siento más culpable, confuso. Han pasado tantas cosas en tan pocos minutos que solo puedo concentrarme en acunar su cuerpo hasta que las lágrimas cesen y pueda respirar tranquila. Porque sé que los ataques de ansiedad descontrolados no vienen

solos. Estoy aquí y no voy a permitir que la arrasen como lo hicieron conmigo.

—Porque... no me quedan fuerzas para ver cómo te vas otra vez. —Lena consigue dejarme completamente petrificado.

Las lágrimas amenazan con escapárseme y unirse a las de Luci, pero las contengo. Siento cómo la oleada de culpabilidad me consume y me envuelve con tal fuerza que me siento el ser más miserable del mundo en este momento.

Lo hice.

La dejé sola cuando Leonardo y yo cruzamos el umbral del instituto, cuando cambiamos las tardes de juegos inocentes en las que íbamos tras los coches de juguete y nos perdíamos cazando monstruos en los rincones de la infancia, por tardes de fiestas, cigarrillos, alcohol barato y chicas que no sabían de qué hablábamos cuando lo hacíamos. Quería que jugáramos con ella, y ver cómo rogaba nuestra atención me destrozaba por dentro, le daba igual que solo fuésemos ella y yo, como siempre, enfrentándonos al vacío de nuestro mundo, cazando luciérnagas o monstruos imaginarios. Pero me fui con Leo y los demás, buscando nuevos vicios, buscando nuevas formas de evadirnos.

Sin ella.

Lena nunca me dio la espalda. Siempre estuvo allí, como un faro, esperando que la viera, esperando que la necesitara. Siempre pude contar con ella, pedirle consejo sobre las chicas, hablarle de mis locuras con su hermano, como si en algún punto esas conversaciones pudieran salvarme. Y luego me convencí de que, si salía con sus amigas, si estaba más cerca de ellas, de alguna manera me acercaría más a Lena, pero solo logré alejarla. La arrastré a un rincón donde no debía estar, rodeada de esas chicas vacías que solo la hicieron sentirse más sola. Y yo no hice nada para

evitarlo. No la llamé, no le escribí, no pregunté más por ella. Me quedé atrapado en mi propia miseria. Dejé que se aislara, sabiendo lo que sufría en su casa, y lo peor de todo, lo permití.

Ahora pretendo regresar a su vida, después de idas y venidas sin sentido, y la busco en cada rincón. Porque siempre estuvo a mi lado. Siempre estuvo allí, callada, tras de mí, esperando, como una sombra constante.

Y ahora ella llora en mi hombro, la chica que siempre estuvo en el fondo de mis recuerdos, a la que dejé tirada cuando sentí el mundo demasiado grande para mí.

Jamás debí hacerlo.

Porque aquella niña, la que me pedía que cazáramos luciérnagas, sigue siendo la misma. La misma chica de cabello castaño que ahora llora por mi culpa, apoyada sobre mi pecho, como si nosotros fuésemos la última razón por la que aún le queda algo de esperanza. Y me destroza, porque sé que, a pesar de todo lo que he hecho, aún está aquí, llorando porque un día me fui y tiene miedo de que vuelva a hacerlo.

—Estoy aquí, Luci —digo intentando que sus sollozos cesen.

Los minutos transcurren lentos, densos, como un peso que se extiende entre los dos, y solo puedo observar cómo sus lágrimas se disipan, desvaneciéndose poco a poco en la calma de su respiración. Su pecho asciende y desciende con una suavidad cada vez más constante, más tranquila, mientras su brazo sigue reposando sobre mi pecho, y nuestras manos permanecen unidas, como un ancla invisible que nos ata en este instante suspendido.

Por un breve momento, me invade la idea de que se ha quedado dormida, agotada por la tormenta interna que lleva consigo. Cada tarde, se encierra entre sus sábanas, como si el mundo pudiera desaparecer tras las paredes de su habitación.

Sigue una rutina similar a la que mantenía en su casa, pero ahora se fuerza a salir, a moverse, a ir al gimnasio, como si en ese esfuerzo físico pudiera encontrar algo de alivio, alguna fuga de lo que la consume. Mi dedo recorre con suavidad la línea de su mano, mientras dejo que su aroma a flores me envuelva. Ese aroma que, de alguna manera, me recuerda que está aquí de nuevo, a mi lado. Casi sin quererlo, una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Surge sin avisar, como un leve consuelo ante la constante incertidumbre que nos rodea.

—Yo... No sé dónde estoy... —La vulnerabilidad con la que habla me atrapa.

—Estás aquí, Lena, estás conmigo —digo en un leve susurro enredado en su pelo.

—¿Y si te vas? —pregunta aterrada.

—Esta vez te llevaré conmigo, porque no pienso volver a dejarte tirada cuando lo que más me apetece es estar cerca de ti, de tus dibujos, de tu risa incontrolable... Yo tampoco tengo fuerzas para volver a marcharme, para dejar que la distancia se coma todo lo que somos. No puedo, Lena... —lo digo en voz alta para ambos.

Para que ella sepa que no tengo intención de volver a dejarla.

Y para mí, para no acobardarme en el camino.

Es hora de dejar de ser un cobarde ante lo que pueda ocurrir, estoy cansado de dar palos de ciego por negarme a lo que me pide el corazón. Es hora de ser fiel a mí mismo.

El rojo de sus mejillas se intensifica.

Sus ojos se mueven nerviosos y vergonzosos de un lado a otro.

—¿Me llevarás al gimnasio? —Su voz risueña vuelve a ella, que gira la mirada hacía mí.

Las chispas aparecen a nuestro alrededor.

Giro suavemente el rostro. Escasos centímetros separan sus labios de los míos y ella parece saberlo. Bajo la mirada hasta ellos y me lleno de ganas de besarla aquí mientras nos escondemos del mundo, conteniendo el oleaje de sentimientos que ella crea en mí, y alzo la vista hasta el verde brilloso de su mirada.

Mis labios se curvan en una pequeña sonrisa al mismo tiempo que la suya florece y me quedaría a vivir en la comisura de sus labios para verla sonreír cada día.

—Te llevo donde tú me pidas, Luci —susurro entre sus mechones de pelo lacio.

Es la respuesta que necesita, a pesar de que esta noche he accedido a quedar con Sandy. No sé qué haremos, pero la verdad es que no me apetece salir.

El tiempo parece detenerse.

No hay necesidad de palabras ni de gestos.

Nos quedamos ahí, mirándonos, atrapados en un instante que no sabemos cómo explicar. Quizás «perdidos» no sea la palabra precisa; tal vez más bien encontrados, el uno en el otro. Algo en nuestra conexión se resiste a desvanecerse. Sin importar cuánto tratemos de alejarnos, siempre hay algo que nos atrae de vuelta, algo invisible pero indestructible que nos une, como si estuviéramos atados por un hilo que, aunque invisible, nunca se rompe. Con ella no vale eso de ir y volver. No merece que yo haya sido el vaivén constante de su vida. Ella merece algo más sólido, más estable. Pero el pasado ya no lo puedo cambiar.

Solo me queda el presente, este segundo, este ahora. No puedo seguir aferrándome a la culpa, encasillarme en el papel de víctima, porque eso no nos llevará a ningún lado. Leo siempre me repite que debo concentrarme en lo que sí puedo hacer, en lo que está al

alcance de mi mano en este preciso instante. Y eso es lo que voy a hacer a partir de hoy.

Estoy aquí.

Ella está aquí.

Tan cerca de mí que no puedo evitar que mis ojos caigan sobre sus labios, rojos y tentadores, hinchándome de deseos que ya no puedo disimular. Es distinto a las veces anteriores, a esas en las que nos acercábamos con miedo a ser demasiado, con esa sensación de que en cualquier momento alguien debía irse. No es esa clase de momento. Hoy no hay despedidas, hoy no hay pánico. Hoy es solo un «estoy aquí», cargado de ganas, porque me he cansado de perderme en vidas que no me pertenecen, en fantasmas del pasado que me han arrastrado demasiado tiempo.

El Noah de siete años ya lo sabía. La historia trataba de salvar a la chica que correteaba a nuestro alrededor y amarla con tal intensidad que no quepa nada más que amor. Lo supe cuando era un crío. Lo supe durante todos esos años en los que huí como un cobarde de algo tan grande como ella. Lo sé ahora, porque ya no me importa lo que suceda fuera de estas cuatro paredes. Solo importa ella, su respiración tranquila, el sonido suave de su cuerpo contra el mío, nuestras manos entrelazadas, su cabello brillante bajo la luz tenue, sus labios rosados, que son la única realidad que quiero tocar.

Solo importamos nosotros, aunque tengamos que reescribir nuestra historia una y otra vez, porque lo único que quiero es que sea nuestra.

Tres golpes en la puerta nos arrancan de este hechizo.

Lena se levanta de un salto. Sus mejillas están teñidas de un rojo que no puedo leer y sus ojos evitan los míos, clavados en el suelo como si las palabras no pudieran salir. La puerta se abre, y aparece el rubio de mi amigo, observando con una expresión que delata su

preocupación. Hago el mismo gesto que Lena y me pongo de pie, aturdido, como si la realidad hubiera regresado de golpe y me empujara hacia fuera de esta burbuja de tiempo que acabamos de crear.

¿Lena también lo habrá sentido así?

No me mira. Su mirada vaga por cualquier cosa que no sea yo.

«No lo ha sentido», me respondo en silencio, como si esa certeza amarga fuera la única verdad que ahora puedo abrazar.

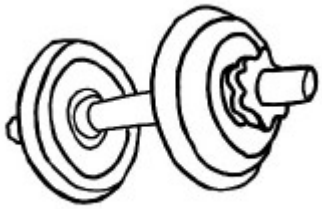
—Yo tengo que marcharme... He quedado con Sandy. —Mi amigo asiente mientras que su hermana pequeña no dice nada más.

Avanzo hasta la puerta. Leo retrocede unos pasos y me deja el espacio suficiente para que pueda huir de nuevo, porque ahora mismo estoy aterrado por haber sentido la profundidad de su ser sobre mi pecho, su olor a flores y su respiración contra mi piel.

¿Ahora cómo demonios me presento a mi cita con Sandy?

Se me han quitado las ganas.

Capítulo 21



Noah

No puedo creer que Sandy haya logrado convencerme de salir esta noche. Estoy completamente agotado, tanto física como mentalmente, desde que salí del baño de la facultad. Mi mente sigue dando vueltas, atrapada en un torbellino de pensamientos que no consigo calmar.

¿Qué ha pasado ahí dentro? ¿Qué ha sido todo eso?

La chica rubia que se mueve frente a mí, eligiendo qué ponerse para salir al centro, se encuentra absorta en lo que parece ser una de las decisiones más trascendentales de su vida: ¿vestir de azul para hacer juego conmigo o de rojo carmín para deslumbrar a todos? En otro tiempo, no habría dudado ni un segundo. Habría dado unos cuantos pasos hacia ella y la habría abrazado, arrojándome sobre ella con la impaciencia de quien lleva meses esperando. Pero hoy... Hoy no tengo ganas de eso. De hecho, me

siento tan incómodo que lo único que quiero es que se vista cuanto antes.

Me siento como si estuviera traicionando algo profundo dentro de mí, como si estuviera combatiendo una necesidad visceral que nunca termina de apagarse. Y no, no me refiero a la típica tontería de ponerme tonto con ella, hablo de haberme llenado de una urgencia palpable por besar a la hermana pequeña de mi mejor amigo. Un deseo que no se apaga, que permanece imparable, sea cual sea el lugar en el que me encuentre. Llevo años lidiando con él, sabiendo que está ahí, que siempre ha estado ahí, pero ahora... al mirarla, tan radiante, tan viva, tan inteligente e impertinente como siempre, no puedo evitarlo.

¿Cómo podría no perder la cabeza por ella?

—¿Qué te vas a poner esta noche, cielo? —me pregunta Sandy, mientras permanece desnuda frente al armario, sacando con desdén varios modelos de ropa que podría ponerse.

—Supongo que la camisa azul estará bien —me encojo de hombros, un gesto que apenas puedo controlar.

—Oh, ¡puedo ponerme el vestido ajustado azul marino! —exclama sacando la percha del armario con una sonrisa juguetona—. Así todos sabrán que tú y yo estamos mejor que nunca.

Mi expresión no cambia al escucharla pronunciar semejante mentira.

¿Qué necesidad hay de que los demás sepan que estamos juntos?

—¿Es realmente necesario salir? —pregunto, agotado tras una semana entera de trabajo y clases.

Estos días han sido un sube y baja constantemente que me ha dejado desorientado, pensativo, recordando cómo la forma del cuerpo de Lena encaja a la perfección en el mío. Ella sigue creyendo que no es suficiente y estoy dispuesto a recordarle cada día, a cada

momento, que está equivocada. Es una enorme galaxia llena de estrellas que brillan tanto como su pelo lacio, que le llega por la cintura. Jamás se lo había dejado crecer tan largo, pero admito que le queda demasiado bien. Haga lo que haga en su cabello se ve precioso.

—¿Cómo que si es necesario? Claro que sí, amor. Es muy importante que nos vean bien, que nos vean juntos —me responde, como si fuera la cosa más natural del mundo, mientras coloca su ropa sobre la cama—. Además, vienen todos los chicos.

—¿Y tus amigas no vienen? —pregunto, aparentemente tranquilo, sin saber que acabo de activar una bomba de relojería.

—¿Para qué quieres que vengan mis amigas, Noah? Estás saliendo conmigo, no con ellas. Ya sé que Laura te cae muy bien, pero no quiero ver cómo te sonríe tiernamente mientras maquinan separarnos, como siempre, ¿sabes? No deberías tener amigas. —Su tono se vuelve tajante y su voz lleva una pizca de amargura.

—¿Y tú sí puedes tener amigos? —Alzo una ceja, sintiéndome estúpido por estar teniendo esta conversación.

—Claro que sí, cariño, no pasa nada. Fede, Miguel, Carlos... —me responde con una sonrisa tensa, como si la contradicción no tuviera peso.

—¿Esos no son los mismos con los que te has acostado? —inquiero, lanzando la pregunta sin pensarlo mucho, lo que provoca que sus ojos me fulminen de inmediato.

—Mira, Noah, si no quieres intentarlo, vete a la mierda, ¿me oyes? Estoy haciendo todo lo posible para que estemos bien y para que todos vean que nuestra relación está intacta. Pero pon un poquito de tu parte, ¿vale? Porque estoy cansada de tirar del carro. —Suspira con frustración, clavando los ojos en los míos—. Debería darte vergüenza ser mi novio. Estoy aquí, delante de ti, sin un solo

centímetro de ropa puesta, y ni siquiera se te pasa por la cabeza... empotrarme mejor que al armario. Tal vez no eres tan hombre como yo creía.

¿Y si tiene razón? La pregunta me atraviesa como un relámpago.

Ella suspira y, de repente, una sonrisa enorme, maliciosa, se dibuja en su rostro. No entiendo de dónde viene, ni por qué, pero en medio de la discusión, me siento atrapado. Este tira y afloja, esta constante sensación de estar atrapado, me está destrozando.

—En fin... No te preocupes, mis padres han decidido regalarnos uno de los pisos en Sarriá, podemos mudarnos la semana que viene y pasar la Navidad juntos —dice mientras sus largas piernas se mueven hacia mí con una sensualidad casi palpable. A mí me da lo mismo si se pone el vestido azul o si ese día decide no ponerse ropa interior. Lo único que me importa es el peso de sus palabras.

¿Y si yo no quiero vivir con ella?

—Sandy, tal vez es demasiado precipitado... —Intento encontrar una salida, aunque mis palabras se sienten como el eco de un intento de evasión.

—¿Precipitado? ¡Somos la pareja perfecta, Noah! Necesitamos intimidad, y qué mejor que papá nos regale un piso —exclama con una sonrisa eufórica, pero en cuanto ve mi rostro palidecer, la sonrisa se desvanece y deja un vacío gélido entre nosotros.

¿Vivir con ella? ¿Un piso para los dos? ¿Que sus padres quieran cubrir las facturas médicas de mi padre? ¿Qué será lo siguiente que querrán? ¿Una boda? ¿Un nieto? El aire se me hace espeso, el pecho se me oprime y siento que las palabras se me atragantan.

—¿Qué pasa, Noah? ¿Te vas a quedar callado otra vez? ¿En serio? Es una gran noticia y ni siquiera eres capaz de dar las gracias por lo que hago por ti.

—No lo veo... —Mi voz sale baja, quebrada.

—¿El qué no ves? —responde, sus ojos ahora están ardiendo con impaciencia, como si mis palabras fueran un obstáculo que debe ser derribado.

«Lo nuestro», pienso, y de repente, es como si un voltaje eléctrico me atravesara, arrancándome el aliento. En ese instante, el mundo se detiene por un segundo, pero la tensión en el aire me aplasta.

—Creo que es demasiado precipitado que vivamos juntos. —Mi voz tiembla, y aunque intento mantenerla firme, cada palabra parece escapar de mí como un susurro angustiado, como si no pudiera sostener el peso de lo que implican. Necesito salir de aquí. Necesito aire, un respiro que calme esta sensación de ahogo, como si cada palabra que pronuncio fuera una nueva cadena que me arrastra.

Me levanto de un salto como si un impulso de supervivencia me empujara a escapar. Agradezco lo que hace por mí, pero no la necesito. Ya no quiero seguir siendo una pieza en este juego, no quiero que siga aprovechando cada instante para enredarme más en sus redes, para empujarme a entrar en una jaula de la que sé con una certeza aterradora que no podré salir.

Mis pasos son automáticos, pero no soy consciente de lo que estoy haciendo hasta que abro la puerta. Libera la frustración en un grito tan afilado que me congela en seco.

—Si sales por esa puerta, ni se te ocurra volver a buscarme, Noah Sanders. Sales, y nuestra relación termina aquí. Te lo juro, te lo digo de verdad. —Su voz resuena como un eco de desesperación, como una amenaza cargada de veneno que se instala en mi pecho.

Y en ese instante, todo se aclara.

Lo veo con una claridad casi dolorosa, como si un velo se levantara de mis ojos.

Lo tengo claro: no puedo quedarme.

No quiero quedarme.
Sin más, doy el paso, cruzo la puerta y la dejo atrás.
La relación se termina en ese mismo instante.

Capítulo 22



Lena

¿Qué había ocurrido allí?

¿Por qué me sentía tan acelerada desde que estuve tan cerca de Noah?

¿Por qué todo lo que tiene que ver con él se ha vuelto tan intenso?

Aquella tarde necesité ordenar mis pensamientos. Cogí mi cuaderno mientras me acomodaba en la silla de mi escritorio y moví el bolígrafo entre mis dedos. Cerré los párpados con fuerza, recordando cada una de las sensaciones que sentí cerca de su pecho.

Me dejé llevar:

Estuve tan cerca, tan cerca de rozar tus labios, que el aire se llenó de promesas calladas, de un deseo que flotaba entre nosotros, como una melodía que no logramos cantar.

Tus ojos me miraban con una intensidad que me desarmaba, y mi corazón latía, errático, como si supiera que en ese momento podía cambiar todo lo que creíamos saber.

Fue un suspiro el que nos detuvo, un pequeño instante en el que el mundo volvió a su lugar, pero en mi pecho quedó la huella de lo que casi fue, como un fuego que aún quema sin ser tocado.

Aún siento tus manos cerca, como si el roce estuviera guardado en una memoria secreta, y la promesa de un beso no dicho se esconde entre tus palabras y mi silencio.

Pero algo ha cambiado, y aunque no llegamos a besarnos, ese casi me ha dejado una marca, un susurro que me dice que estamos más cerca de lo que pensábamos, como si ese beso fuera solo cuestión de tiempo.

* * *

Mario ha insistido en que hoy sería mi acompañante en el entrenamiento. No me ha dado tiempo a oponerme, a pesar de que he repetido varias veces que hoy no tengo ganas de romperme la cabeza con una rutina. He bajado al gimnasio con mi hermano, y, como era de esperar, en cuanto ha puesto un pie en la sala, se ha ido directo a saludar a los que parecen ser sus compañeros. Mientras tanto, yo me he quedo aquí, deambulando por el lugar con la mente dispersa, preguntándome por qué no me voy a casa.

Mi plan original era ir a la planta de arriba, subirme a la elíptica y perderme en la monotonía de los pedales si las cintas estaban ocupadas, pero antes de que pudiera dar un paso hacia las escaleras, el chico moreno de ojos intensos me ha detenido. Su mirada, cálida pero desafiante, me ha invitado a probar algunas máquinas nuevas, a cambiar un poco la rutina del día. Y de alguna manera, su insistencia ha logrado convencerme. Me he dejado llevar,

sin saber muy bien qué busco, o si realmente tengo la cabeza en este entrenamiento o simplemente he dejado que la distracción me envuelva.

Es curioso cómo a veces, un pequeño gesto puede desencadenar una serie de pensamientos sin sentido. Mario parece aprovecharse de que hoy no tengo a Noah Sanders para que me acompañe y me guíe en el entreno.

Y, al instante, una imagen se cruza en mi mente.

Noah. Hoy, precisamente hoy, tiene una cita con Sandy.

Puede que en este preciso instante la esté besando.

Ese pensamiento me hace sentir una punzada en el estómago, como si una corriente eléctrica me atravesara, y me hace sentir vulnerable.

Mi mente no deja de recordarme ese detalle.

De alguna manera, me siento estúpida por haberlo pensado, incluso si solo fue por una fracción de segundo.

¿De verdad pensaste que te iba a besar a escondidas en el baño?

Mi respiración se acelera solo de pensarlo, porque el recuerdo de su tacto, de la calidez de su piel, de su perfume a vainilla y de recuerdos compartidos me atrapó sin que pudiera evitarlo. Es como si, por un momento, todo se detuviera y la imagen de Noah, tan cercano, tan real, se quedara grabada en mi mente.

Noah es... Noah es increíble. Atractivo, inteligente, fuerte. Siempre he admirado nuestra amistad, esa complicidad que compartimos, pero jamás había considerado lo que sucedería si sus labios rozaran los míos. Es extraño, porque nunca me había detenido a pensar en eso antes. Tal vez porque siempre fue tan natural que estuviéramos juntos, sin más, sin ninguna complicación. Pero ahora, esa imagen se me cuela entre los pensamientos y lo desordena todo.

Sé que no descubriré cómo saben sus labios, porque, al fin y al cabo, él ha ido a casa de su novia. Y yo me quedo aquí, atrapada en esta extraña sensación, entre la confusión y el deseo que ha surgido en esas cuatro paredes que nos escondían del mundo.

¿Por qué me siento así?

Noah solo es un amigo de toda la vida.

¿Significa eso que le he perdonado?

No.

Pero todo mi ser desea hacerlo.

—¿Qué te apetece entrenar hoy, ojos claros? —pregunta Mario juguetón, y consigue que mis mejillas se tornen más rojizas.

—¿Qué propones? —digo sin tener idea.

—Una cena tú y yo, un pícnic cerca de la orilla del mar viendo cómo el sol se esconde, ¿qué me dices? —Su sonrisa se amplía y me deja anonadada con su propuesta.

¿Está bromeando?

¿Lo dice en serio?

—¿Me estás pidiendo una cita? —pregunto vergonzosa.

—Solo si tú quieres que sea una cita. —Avanza unos pasos hasta llegar a mí.

La planta intermedia donde la gente suele calentar antes de entrenar está completamente vacía, salvo por nosotros, que estamos demasiado cerca.

¿Una cita con Mario?

El rubor sube por mis mejillas y ahogo una sonrisa al sentir que le gusto a alguien, que la Lena que soy es suficiente para hacer sonreír a la persona que me observa con una expresión juguetona esperando mi respuesta.

Una respuesta que no sé si dar.

Hace unas horas estaba recostada en el pecho de Noah con la mirada perdida en su boca, suplicando que se acercara un poco más a la comisura de mis labios para saber lo que es sentir su respiración chocar contra la mía.

¿Cómo voy a aceptar ir a una cita con Mario?

—Puedo pedirle permiso a tu hermano, si es necesario. —Sus dedos encuentran los míos.

Los enreda buscando la manera de encajar nuestras manos. Su tacto es suave e incómodo.

No conozco suficiente al chico de ojos profundos como para sentir las cosquillas que hoy he sentido con Noah.

Ahí está el problema.

Mario no es Noah.

—Luci, ¿estás lista para el entreno de piernas? —En la milésima de segundo que mi oído capta su voz, deshago el agarre de Mario para girar sobre mis talones.

¿Qué hace Noah aquí? ¿No tenía una cita con su novia? ¿Habrán vuelto a pelear?

Estoy en *shock* ahora mismo.

—Sanders, no te esperábamos hoy por aquí —dice Mario con retintín.

—¿Cómo iba a dejar sola a mi alumna favorita? —Sus pasos se acercan a nosotros. Mejor dicho, a mí.

Se me encoge el pecho al sentirlo tan cerca. ¿Soy su alumna favorita?

—No te preocupes, Noah, por hoy me encargo yo, ¿cierto, ojos claros? —Mario trata de llamar mi atención, pero tengo los ojos puestos en el chico de ojos verdes.

¿En qué momento se han convertido en David Bustamante y Álex Casademunt?

Me he perdido.

Ambos esperan expectantes a saber cuál es mi decisión.

Pero algo me impide buscar respuestas dentro de mí, estoy completamente bloqueada y absorta en mí misma. Siento como si las paredes se movieran a mi alrededor, la boca se me seca enseguida y los sudores fríos empiezan a descender por mi espalda.

¿Qué se supone que debo decir?

Cierro los ojos con fuerza, noto los talones débiles como si no aguantarán el peso.

Algo borroso se acerca a mí justo en el momento en que mi cuerpo decide caer hacia delante.

No he abierto la boca.

Mi cuerpo ha hecho lo posible por acercarse a él.

—Eh, eh, eh, tranquila, estoy contigo, no te preocupes —dice Noah sosteniéndome por la cintura.

—Estoy bien... —digo en un susurro.

—Lo sé, Luci, solo es la cabeza, que a veces da muchas vueltas. —Me ayuda a sentarme sobre un gran cajón de madera que descansa sobre el césped artificial y me sonríe sincero.

—Puedo ir a buscar lo que necesites, Lena. —Mario trata de conseguir mi atención a toda costa, y giro la cabeza hasta dar con sus ojos oscuros.

La cosa no es que pueda hacerlo..., es si yo quiero que Mario, el chico que acaba de pedirme una cita, lo haga.

—Gracias, Mario... No te preocupes por mí, Noah sabe cuidarme —digo sabiendo que esas palabras son ciertas.

Mario asiente y se acerca a mí para depositar un beso sobre mi mejilla, como si tuviéramos toda la confianza del mundo, pero solo lo hace para poner celoso a Noah, quien ahoga un gruñido mientras lo fulmina con la mirada hasta que desaparece de su vista.

¿Noah Sanders está celoso?

Capítulo 23



Lena

Noah y yo hemos estado un largo rato sentados en el cajón de madera con las espaldas apoyadas sobre la pared. No ha pronunciado palabra alguna sobre si Mario estaba tratando de coquetear conmigo o de si su cita se ha torcido tanto como para presentarse en el gimnasio, se ha limitado a estar pendiente de si mi respiración volvía a la normalidad.

Ha sido como si él supiera por qué casi me desplomo al suelo.

Su reacción ha sido instantánea. Me ha sostenido hasta sentarme y aún me sigue agarrando la cintura.

—¿Mejor? —susurra con sus ojos puestos sobre mí.

—Sí... —logro decir abrumada por la cercanía.

—Te sentará bien entrenar, te ayudará a apagar esa cabecita parlanchina —afirma mientras se pone en pie. Su brazo se estira hasta abrir la palma de su mano para ofrecerme ayuda para bajar.

¿Cómo sabe lo que necesito?

Es cierto que Sanders me conoce demasiado bien, pero hay una parte muy reciente de mí, de la que no tiene ni idea, porque yo no me he permitido mostrársela hasta que hemos empezado a vivir juntos, y la idea de seguir escondiéndome cada vez pierde más fuerza.

—¿Y a ti? —pregunto tomándole la mano para ponerme en pie.

Mi pregunta parece pillarle por sorpresa, puedo ver cómo su mandíbula se tensa y cómo, por unos segundos, su mirada se vacía.

—A mí también me viene bien entrenar, me ayuda a no pensar en nada que no lleve un conjunto morado de gimnasio. —Me guiña un ojo con una sonrisa de lado.

Tira de mí con suavidad hasta que el espejo nos devuelve el reflejo de ambos. Con un gesto me indica que le dé unos segundos. Asiento vulnerable y veo cómo se mueve de aquí allá buscando un par de elevadores y diferentes mancuernas rusas de un solo agarre que coloca meticulosamente a un lado.

Día 5 de entreno de Lena Luna

Piernas

- Sentadilla (4x8)

Soy incapaz de articular palabra cuando Noah termina de explicar cómo haría el ejercicio. Me comenta que podría hacerlo de diferentes maneras, con máquina, barra o directamente con mancuernas.

Coloco los pies en las diferentes plataformas que elevan mi altura, las dos están colocadas formando una uve. Noah me acerca una mancuerna de seis kilos, mis manos la agarran con fuerza, y él camina hasta quedar detrás de mí. Por inercia clavo los ojos en el reflejo de su figura en el espejo.

—Cuando quieras, Luci. Poco a poco y si ves que no puedes, paras, ¿sí? Yo te ayudo desde aquí —dice moviendo su cabeza para que pueda ver su cara en el espejo.

¿Ayudarme a qué?

¿A conseguir que me dé algo al sentirlo tan cerca?

Porque eso es lo que creo que pretende con este entreno.

Hago las repeticiones con calma, cambiando en cada serie la mancuerna por una que tenga un par de kilos más que la anterior. Las primeras repeticiones son fáciles, pero en cuanto sus dedos rozan mi piel para guiarme en el movimiento pierdo la noción del tiempo, ya no sé qué repetición es, si me falta el aire o si el corazón me late tan fuerte que no logro escuchar ni la música del local.

¿Qué me pasa?

—Eso es, Luci, una más —dice con la palma de sus manos bajo mis brazos impulsándome hacia arriba.

No respondo.

Si respondo, tal vez me dé algo.

- Extensiones de cuádriceps (3x12)

Aun con el peso que Noah ha decido ponerme en la máquina, me siento en una nube de la que tengo terror a caerme y darme de bruces. Mi cuerpo sigue asimilando nuestro momento en el cuarto de baño mientras ahora mismo me deleito al ver a Sanders hacer el ejercicio, mientras me explica cómo funciona la máquina. Está atento a cada movimiento que hago, por pequeño que sea, porque él también se ha dado cuenta de que me he quedado muda.

Me siento algo extraña, hacía mucho tiempo que no sentía que podía estar aquí realmente. Es como si algo me llevara a acercarme

a él después de nuestra conversación de hace unas horas. Pero hay cosas que se me escapan.

No puedo evitar preguntarme si depositar toda su atención en mí hace que él huya de lo que sea que le haya traído aquí. Me gusta entrenar con Noah, me siento arropada y acompañada, pero bien es cierto que hoy él no debería estar aquí. Es su tarde libre de esta semana, lo sé por el calendario que ha colgado en la puerta de la cocina donde apunta los entrenos y las clases en color rojo. En azul aparecen las clases de Leo y yo cogí un bolígrafo rosa para apuntar las mías y las entregas de encargos y proyectos.

Él tenía una cita hoy.

Y ha acabado aquí.

—¿Cómo has dicho que se llama este ejercicio? —pregunto tomándome un momento antes de seguir.

—Extensiones de cuádriceps, y si no espabilas, nos van a dar las tantas aquí —me vacila tan natural.

Sonrío, divertida, y procedo a realizar el ejercicio con calma, siguiendo al pie de la letra todas las indicaciones de Noah. La tensión que siento se va disipando poco a poco, y, cuando finalmente termino mi serie, bajo del asiento con un leve temblor en las piernas. La fatiga me invade, pero lo que realmente me consume es el cúmulo de sensaciones que se agolpan en mi pecho.

Noah toma asiento de nuevo, ajustando el peso de la máquina con una precisión que demuestra su experiencia. Me quedo cerca, solo lo bastante alejada como para que sus largas piernas no puedan rozarme, pero sin atreverme a dar un paso atrás. La proximidad me inquieta, y, sin embargo, no puedo evitar observarlo con detenimiento. Cada línea de sus músculos, cada movimiento que hace, llama mi atención de manera incontrolable. Lo miro con una

mezcla de fascinación y desconcierto, como si estuviera tratando de desentrañar algún enigma que se me escapa.

Una corriente eléctrica recorre mi piel y me hace estremecer, y es en ese preciso instante cuando la imagen de lo ocurrido hace apenas una hora regresa a mi mente con toda su intensidad. Recuerdo con una claridad angustiante cómo, sin previo aviso, sus manos habían encajado sobre mi cuerpo de manera tan natural, tan sencilla, que me resultó casi aterrador. El roce de su piel y las caricias suaves pero intensas siguen ardiendo en mi memoria.

«Estoy aquí, Luci».

La presión en mi pecho se vuelve insoportable, y no puedo evitar convertirme en el ser más vulnerable en la faz de la tierra. De alguna forma, he sucumbido a esa fragilidad que tanto temía, la que nunca había querido mostrarle a nadie, y mucho menos a él. He hecho precisamente lo que juré que jamás haría.

¿O sí?

Al final, lo he dicho. He pronunciado en voz alta lo que durante años había intentado ignorar, lo que había tratado de minimizar hasta convertirlo en un irrelevante «no me importa» que me repetía con falsedad. Le he confesado lo que realmente siento, de la forma más sencilla, casi casual, como si no tuviera la magnitud que en realidad tiene.

En ese mismo instante, cuando me di cuenta de lo que había dicho, supe que algo había cambiado irremediablemente entre nosotros. Que la distancia que había tardado años en construir, esa que me protegía y me mantenía a salvo, ahora se desvanecía ante mis propios ojos. Sabía que, si decidía ir tras él, esa barrera caería, se iría al traste todo lo que había logrado mantener en pie.

Ahora, mientras entrenamos juntos, el murmullo de las conversaciones ajenas, el sonido metálico de las pesas al ser

levantadas y la música de fondo parecen ir y venir como una marea. Es como si, al abrir la boca y decir lo que sentía, hubiera abierto una puerta que no sé si quiero seguir atravesando. La sensación de haberlo hecho, de haberle dicho que no quiero que se vaya, me atormenta.

No me ha faltado más que besarle los labios, esos labios que estaban tan cerca de los míos, tan cerca que podría alcanzarlos con un simple paso, con un simple suspiro. Y aunque lo rechace, la verdad es que ojalá lo hubiera hecho. Ojalá hubiese tenido el valor, o la inconsciencia, de ceder a esa necesidad que me consume por dentro.

Sé que un lazo invisible pero palpable nos envuelve de una manera que no logro comprender; no quiero hacerlo, aunque mi mente no deje de dar vueltas en torno a ello. Hemos intentado cortarlo, huir de él, pero ahí está, persistente, como una sombra que se niega a desvanecerse. Y sé, con la certeza aterradora de quien ha vivido suficiente para entender las señales del destino, que siempre estará ahí, que siempre nos arrastrará, sin importar lo que hagamos.

—Dime que ya hemos terminado por hoy —digo en una súplica ahogada.

—Este es el segundo ejercicio, Luci, ¿cómo vamos a irnos si acabamos de empezar? —Sonríe y yo hago todo lo posible para que las piernas no me flaqueen.

—¿Cómo? —Abro los ojos como platos al ver que no es ninguna broma.

Agacho el mentón cansada, pensando en que tendré que aguantar el entreno como sea. Tengo que hacerlo, si no mi cuerpo se cansará con nada y soy demasiado activa. Solía ser activa, mejor dicho, un culo inquieto. Siempre estaba en movimiento, necesitaba hacer cosas, daba igual si pequeñas o grandes, pero necesitaba

entretener mi mente con las cosas alucinantes que veía ocurrir en la vida.

—Si quieres vamos poco a poco...

—No, no, es solo que... Me encuentro un poco cansada —me sincero, apartando la mirada de sus ojos intensos.

Trato de buscar alguna señal en su expresión, alguna que me dé una pista de por qué está aquí y no con su novia. ¿Es que prefiere pasar un rato conmigo? ¿O solo trata de distraerse?

—Podemos dejarlo para mañana, de verdad, Luci, no me importa —me asegura con tono dulce mientras su cuerpo se acerca lentamente a mí.

Su mirada me busca insistentemente, como un faro que intenta atravesar la niebla de mis pensamientos. No puedo evitarlo. Al final, cedo, y mi vista se encuentra con la suya. Desde allí, él me observa desde las alturas, una figura que se eleva por encima de mí, con su cuerpo imponente, sacándome fácilmente una cabeza. Algo en su postura, en su manera de mirarme, me resulta intensamente cercano y distante al mismo tiempo, como si fuera un punto de referencia en medio de un océano de confusión.

Las emociones que sacuden mi interior son como una manada de elefantes desorientados y arrasan todo a su paso sin rumbo ni orden. No sé lo que siento. Son tantas cosas, y a la vez son tan lejanas y ajenas a lo que soy, que me pierdo tratando de comprender qué es lo que realmente sucede en mi interior. En lugar de claridad, solo encuentro caos.

Y allí me quedo, suspendida en el aire, atrapada en una espiral de pensamientos y sentimientos que se desplazan sin descanso. Estoy colgada de mí misma, como si fuera la única cuerda que me mantiene atada a la realidad, pero sin saber si esa cuerda es suficiente para no desplomarme.

El chico que me mira, con esa preocupación evidente en los ojos, podría ser el refugio al que me aferro, el único al que confiaría mi vida en un momento de absoluta desesperación.

Lo que sea que esté ocurriendo dentro de mí no es sencillo. Y, sin embargo, en el fondo, en lo más profundo de mi ser, algo me dice que esta tormenta no se calmará hasta que no encuentre una respuesta que, tal vez, no quiero descubrir.

—¿Cuál es el siguiente ejercicio? —Me armo de valor y muestro mi mejor sonrisa, que consigue que el rostro de Noah se destense.

Sus labios se curvan y le asoma una bonita sonrisa al rostro. El lunar cerca de la comisura de sus labios se acentúa, dejando ver sus tiernos hoyuelos, se repeina los mechones de pelo ondulado que le caían sobre el rostro.

—Prensa. —Señala la máquina que se encuentra frente a nosotros.

- Prensa (3x12)

—Prensa —repito observando la máquina con detenimiento como si pudiera descubrir cómo funciona con solo mirarla.

—Te gustará, es sencillo —me asegura acercándose a la máquina.

Diez minutos después estoy sentada sobre el asiento, atendiendo a todas las explicaciones que Noah hace sobre este nuevo ejercicio, en el que no puedo apoyar las piernas completamente rectas porque si el peso cede podría quedarme sin ellas.

Qué bien.

Hago la primera serie del ejercicio concentrándome en todos los pequeños detalles y bajo la activa y atenta mirada de Noah Sanders, lo que me pone nerviosa. A él se le ve tranquilo y sereno, con una

sonrisa que no le ha podido quitar nadie desde que salimos del cuarto de baño en busca de Leo, quien parecía entretenerse montando uno de los edificios de la maqueta. No pude evitar preguntarme si la idea de que me ayudaran fue de Noah. Una parte de mí desea que haya sido así.

—Noah —balbuceo pensativa.

—Dime, princesa. —Ruedo los ojos y escondo la sonrisa que nace en mis labios.

«Princesa».

¿Cómo se supone que debo sentirme al respecto?

Porque el corazón se me va a salir del pecho con tanto latido acelerado.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Eso ya es una pregunta, Luci. —Sonríe divertido mientras yo tiro de la palanca para hacer que mi asiento pare y pueda bajar de la máquina, con suerte, sin marearme. Hoy apenas he comido y no creo que pueda aguantar bien el entreno.

Con la comida no tengo punto intermedio, hay días en los que no puedo parar de comer cualquier cosa que pille y no tengo nada de hambre; en cambio, hay otros días que ver cualquier alimento me da ganas de vomitar.

—¿Puedo o no? —bufo picada por su vacilada.

—Luci, tú puedes hacerme lo que quieras. —Mi cuerpo se estremece al instante al oírle dedicarme esas palabras tan... tan íntimas.

Mis mejillas se tornan rojizas, giro mi cuerpo para tratar de esconder el efecto que han causado en mi cuerpo y contengo mi corazón desbocado, que parece listo para correr un maratón. Tomo aire mientras cierro los ojos, buscando paz, pero solo puedo

acordarme del sube y baja de su pecho contra mi mejilla mientras veo cómo el ejercicio parece fácil cuando él lo realiza.

—¿Ha sido idea tuya... —escupo borrando esos pensamientos— lo de ayudarme con la maqueta mi hermano y tú? —Giro sobre mis talones y mis ojos caen en su pecho cuando me doy cuenta de que está a escasos centímetros de mí. ¿Por qué está tan cerca? ¿Por qué las líneas de sus brazos han cambiado tanto? ¿Y por qué ahora me gustan más?

Parece dudar de su respuesta. Me hace un gesto indicándome que es mi turno, tomo asiento de nuevo. Su largo brazo se estira hasta la parte donde se encuentran los ladrillos de metal que indican el peso como una polea y aparta por unos instantes sus ojos de mí, y de golpe me siento pequeña y desprotegida.

«¿Qué ocurre, Lena?», me pregunto una y otra vez sin entender por qué. De repente, aparecen tantos detalles de Noah de los que no me había percatado antes: ¿por qué tenerlo cerca hace que me tiemblen las piernas? ¿Quería que me besara?

—Tu hermano lleva unos días algo extraño, ¿no crees? —Frunzo el ceño mientras cambiamos de posición en la máquina.

Observa cómo repito el ejercicio una y otra vez mientras pienso en su pregunta.

Es cierto, desde el día en que nos encontró a Noah y a mí en mi habitación parece más observador. Sé que solo está tratando de protegerme y tal vez le sorprendió vernos juntos después de tanto tiempo.

—He pensado que podríamos ayudarte ambos con ello, así podíamos estar los tres juntos...

—Como antes —termino su frase, esbozando una pequeña sonrisa al darme cuenta de algo.

Yo he ido a buscarlo porque necesitaba saber que estaba bien y a la vez, Noah estaba tratando de hacer lo mismo con Leo y conmigo. Sonrío como solía hacerlo cuando él estaba cerca. Puede que esta sea una segunda oportunidad; si consigo apaciguar la mente, cuando pienso en ello tengo la sensación de que, no sé por qué, Noah me da paz.

De manera inconsciente nos buscamos cuando algo no anda bien, como si el otro fuera nuestro refugio.

El corazón late con fuerza y me da energía para aguantar el entreno de hoy.

Noah sigue con sus ojos fijos en mí y sin saber qué decir le dedico la mejor de mis sonrisas. Él ríe y niega con su cabeza con sus mejillas sonrojadas.

Y paramos el mundo de nuevo.

* * *

Esta noche vuelvo a escribir poemas en mi cuaderno antes de ir a dormir. Necesito plasmar aquello a lo que no logro encontrarle la lógica, la forma en la que nuestros cuerpos encajan a la perfección, la magia que existe en la sencilla manera de hacernos reír y el sorprendente silencio en mi interior cuando solo me concentro en él.

A veces, la chispa no la veo venir,
está oculta en el rincón de un instante fugaz,
donde el tiempo se dobla y el aire se torna
pesado, ligero, y el mundo se acurruca.

Es una mirada que no es nueva,
pero sí lo es el modo en que nos miramos,

cuando las palabras que siempre han vivido
se abren y se llenan de otros significados.

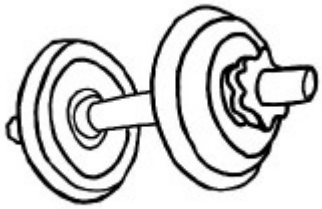
Es como un roce suave, casi un olvido.
Una sonrisa que se posa en el borde de mi alma.
Y, de pronto, me doy cuenta de que todo ha cambiado.
Sin necesidad de grandes gestos ni promesas.

Porque te conozco desde siempre,
pero nunca me había encontrado realmente contigo,
hasta que, de pronto, al cruzar la mirada,
el aire se llena de una verdad que no sabía.

No es amor, no es solo amistad.
Es un idioma nuevo entre dos que siempre se han hablado,
un lugar donde lo que soy se une
con lo que siempre supe que podía ser.

Y ahí, en ese cruce de miradas y silencios,
la chispa salta, incandescente.
Un relámpago que ilumina sin quemar.
Un secreto compartido entre dos almas viejas,
que, de repente, se sienten jóvenes otra vez.

Capítulo 24



Noah

Son demasiados días los que llevo dándole vueltas a todo. La discusión con Sandy no me dolió, pero sí me abrió los ojos para preguntarme qué hacía allí; hace tiempo que debería haberme dado una respuesta a esa pregunta.

Fue un error esperar para tratar de encontrar soluciones que nunca llegaron.

Hoy todo se me agarrota en el pecho y no me deja atender al señor García en clase. Hace rato que he dejado de tomar notas como un autómata, porque he empezado a divagar y a mezclar mis apuntes de edificación con lo que mi cabeza parlotea.

Desvío la mirada hasta encontrarme a mi mejor amigo concentrado en pasar las historias de Instagram sin mucha emoción.

Es evidente que está aburrido.

Le doy un codazo suave que le hace reaccionar y con un gesto le indico que salgamos. Sonríe como si le estuviera salvando la vida.

Ambos recogemos en silencio, nos ponemos en pie rápidamente y salimos por una de las puertas del aula sin armar escándalo.

Tal vez tengamos suerte y el señor García ni se haya dado cuenta.

Con trescientos alumnos en un aula enorme es fácil escabullirse.

—Se me hacen eternas estas clases —suspira mi amigo cansado mientras caminamos por el pasillo.

—Llega un punto en que no te enteras de nada de lo que está diciendo —corroboro la postura de Leo mientras sigo sus pasos.

—¿Un café?

—Doble —respondo con una sonrisa tensa.

Diez minutos después nos encontramos removiendo las tazas de café con la cucharita mientras respiramos el aire fresco del día. Hemos decidido salir a una de las mesas de la terraza de la facultad, si Lena ahora mismo saliera de su universidad, la veríamos desde aquí.

Lena.

Todo lo que pienso desemboca en ella.

—Como sigas removiendo el café va a salir volando —bromea Leo mientras me observa un tanto preocupado.

—¿Y vas a salir tras él si empieza a volar? —respondo dejando la cucharita sobre el pequeño plato que acompaña la taza.

—No, porque mi mejor amigo no se siente bien y busca pretextos o distracciones para retrasar el momento de contarme qué le ocurre.

Que Leo me conozca tan bien a veces da miedo.

—Estoy algo agotado de todo —explico apenado—. Es que no hay nada que parezca salir bien.

—Permíteme que discrepe contigo. Lena y tú volvéis a llevaros bien —me recuerda.

Ahí está la cosa.

Que haga lo que haga, piense lo piense todo me lleva de vuelta a Lena.

Y no precisamente de una forma fraternal.

—Solo la ayudo con los entrenos...—le quito importancia.

—Ya, y en los últimos años, ¿cuándo ha aceptado mi hermana tu ayuda? —Enarca una ceja mientras espera que yo piense en la respuesta. «Ninguna», me respondo—. Es un avance, Noah, no le quites importancia, las cosas no se arreglan en un día, y si vosotros dos queréis seguir siendo amigos..., os quedan muchas conversaciones sinceras para volver a confiar el uno en el otro —expone Leo antes de darle un sorbo a su taza.

Tiene razón, menos en la parte de querer seguir siendo amigos.

Si quiero volver a entrar en su vida debo hacerlo bien, tengo que ganarme su confianza de nuevo. No quiero esperar más. No puedo.

—Hablaré con ella —respondo decidido.

—Irá bien, Noah, hemos crecido juntos... Ella lo entenderá —me asegura mi amigo con una sonrisa sincera—. Ahora cuéntame qué tal la no cita de la semana pasada, porque en estos días la rubia no se te ha acercado ni un segundo.

—Discutimos.

—¿Y cuándo no? —Leo niega con la cabeza—. ¿Qué era esta vez? ¿Se molestó otra vez por no aceptar que sus padres paguen el tratamiento de tu padre o porque no quieres salir de fiesta...?

—Porque no quiero mudarme con ella a un piso que nos regalan sus padres en Sarriá —balbuceo molesto.

Mi amigo me mira atónito.

Entrecierra los ojos pensativo mientras analiza mi expresión de malestar con la situación. Sé que debería estar más desanimado por discutir con mi novia, pero no lo estoy. Ya son demasiadas las veces

que me he sentado a tomar un café con Leo porque Sandy y yo hemos peleado.

—¿Me estás vacilando? —pregunta incrédulo, a lo que yo niego con la cabeza—. A ver, Noah, por mí y por mi hermana no lo hagas, si tú quieres mudarte, puedes hacerlo.

—Hemos terminado —aclaro.

—¿Cómo? Tío, me tienes muy perdido en tu historia de amor —me reprocha mi amigo.

—Le dije que era muy pronto para vivir juntos y más si era un piso de su familia. ¿Voy a vivir de prestado? No, gracias. —Suspiro, agotado de estar siempre en la misma situación—. Me dijo que podríamos hacer lo que yo quisiera...

—Vale, la parte de las guarradas te la saltas —me pide Leo.

—No hubo guarradas —digo con sequedad.

—¿No?

—No, Leo, me dio exactamente igual que se pasara media hora cambiándose de ropa frente a mí, hasta me dijo que no era lo suficientemente hombre por no..., bueno, ya sabes... Para que luego me saliera con lo del piso. Necesitaba aire porque sentí que no pintaba nada allí —admito tenso— y dijo que si salía por la puerta nuestra relación había terminado.

—Y saliste... —Leo termina de encajar la última pieza del puzle.

No hace falta que asienta para que mi mejor amigo corrobore que ha dado en el clavo, estoy cansado de contarle este tipo de situaciones con Sandy, y estoy harto de vivirlas. ¿Cómo puede ser que un día estés arriba y al siguiente caigas en picado, así son todas las relaciones? Porque yo no quiero que nos pase eso a Lena y a mí.

¿Lena?

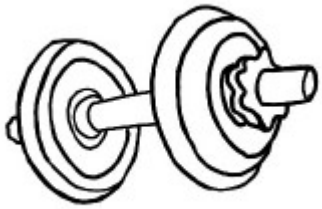
—Bueno, tío..., piensa que tienes la oportunidad de estar contigo mismo...

Tiene razón de nuevo, pero ¿y si no siento que sea lo correcto? Es decir, no sé qué es lo correcto y lo que no para mí. Solo hay una cosa, unos ojos verdes esmeralda que sí tengo claro que quiero ver cada día cuando se entrecierran porque su sonrisa aparece de oreja a oreja.

Ella es lo único que a día de hoy siento como algo agradable y positivo, como si la necesitara cerca para que ambos sonriamos. Fue en ella en quien pensé cuando atravesé la puerta de la habitación de Sandy.

Lena es la respuesta.

Capítulo 25



Noah

He estado sumido en una profunda indecisión durante los últimos días, dándole vueltas a la manera más apropiada de abordar este tema con Lena. He considerado que tal vez, mientras entrenamos podría ser un momento oportuno, pero a su vez no puedo evitar pensar que ese no es el lugar más adecuado para intentar reparar una relación que ha sufrido en los últimos años. Tampoco logro definir con exactitud lo que deseo expresar; siento la necesidad de contarle con detalle todo lo que me llevó a desaparecer del mapa, pero el temor de que no logre que me comprenda o, peor aún, que reviva los resentimientos acumulados por tantos años, me paraliza.

Tanto Lena como yo hemos dejado de ser los que éramos, pero cuando estamos juntos parece como si el tiempo nunca hubiera pasado, como si nuestras almas, a pesar de todo, permanecieran intactas.

Me reconforta ver cómo, aun así, hemos logrado pasar más tiempo los tres juntos en los últimos días. Los momentos compartidos, aunque cotidianos, han sido significativos: los desayunos, las compras, el ir y venir de las clases, e incluso el simple hecho de vivir bajo el mismo techo, cada uno inmerso en su proyecto, pero al mismo tiempo compartiendo esa cercanía tan peculiar que solo surge de la rutina compartida. Siento que ha llegado el momento de acabar con esa distancia que nos separa, de desmantelar los muros invisibles que, aunque no siempre se ven, nos mantienen apartados.

Estoy agotado de continuar alejándome por el miedo irracional a no ser suficiente, sin ni siquiera intentarlo. Y lo más frustrante de todo es que sé que mi amor por Lena supera cualquier intento de explicarlo con palabras. Cada vez que en estos días la veía interactuar con Mario, notaba cómo algo dentro de mí se retorcía. La observaba conversar con él, a menudo más tiempo del que me hubiera gustado. Aquel día, viéndolos de la mano, me sentí como si el fuego recorriera mis venas de forma incontrolable.

Me acerqué a ellos dispuesto a estar con Lena.

No puedo seguir mirando hacia otro lado, ignorando lo que está sucediendo entre nosotros. No puedo seguir mintiéndome a mí mismo. El dolor de verlos muy juntos ha resucitado en mí un sentimiento amargo, similar al que experimenté cuando Lena salía con Óscar, pero esta vez la sensación es más intensa. Porque sé que no puedo seguir huyendo. El amor que siento por Lena no se desvanece con el paso del tiempo; al contrario, cada vez que la veo las chispas de aquel sentimiento perdido resurgen intactas, como si nada hubiera cambiado.

Desde que nos mudamos al piso mis pensamientos se han vuelto más caóticos, atrapados entre mi padre, la carrera, el trabajo y esos

recuerdos de mi madre enseñándome a hacer postres dulces, aquellos que solíamos llevar a la casa de los hermanos Luna. Todo eso me envuelve, me asfixia, pero al mismo tiempo me recuerda que todo lo que siento por Lena sigue vivo, y ya no puedo seguir ignorándolo.

No puedo seguir así.

Quiero que las cosas cambien y voy a hacer que cambien ahora mismo.

No puedo hacer como que no se me para el alma cada vez que sus ojos caen sobre mí sin que ella parezca darse cuenta.

¿Y si la incomodo?

¿Y si lo mejor para ambos es llevarnos bien, pero en la distancia?

Me voy a volver loco entre tantas dudas.

Me dan ganas de entrar en su habitación y... y... y no sé qué hacer, pero quiero verla, abrazarla, sentirla cerca, que me hable, que me cuente su día a día.

No lo sé, pero algo, necesito algo de ella, la necesito a ella al completo.

Adoro cada momento que hemos tenido en estas últimas semanas. He estado haciendo mis famosas tortitas de avena que tanto le gustan, le brillan los ojos en cuanto entra en la cocina y a mí se me sale el corazón del pecho cuando desayuna a mi lado. Esos tontos «que vaya bien el entreno» que nos hemos dedicado cada vez que tenía varias sesiones programadas con diferentes clientes, los «buenas noches, Noah», los «te veo en el metro», y los «¿todo bien?» me llenan de esperanza, pero todo mi interior me pide más, necesito más de ella.

Comprendo que estamos construyendo de nuevo nuestra amistad y eso lleva tiempo. Tal vez estoy algo nervioso porque la realidad es

que no quiero que la meta sea que seamos amigos, quiero que lo seamos y a la vez seamos mucho más que eso.

Me levanto de un salto de la cama sintiendo cómo la bombilla sobre mí se enciende.

Joder, eso es. Sin pensarlo, abro la puerta de mi habitación y camino pasillo abajo hasta la suya. El corazón se me acelera cuando ya no hay más espacio que caminar y toco suavemente la madera. Oigo un suspiro al otro lado y no puedo evitar caer en que tal vez la he despertado de su siesta. Es cierto que en los últimos días la he visto más activa, aprovecha más el tiempo en el gimnasio y gracias a Dios en la despensa se nota que comemos tres en esta casa. Sé de primera mano que cuando las cosas no andan bien es complicado tener ganas para lo más básico como comer, lavarse los dientes o ni siquiera peinarse.

La puerta se abre con lentitud, y su brillante mirada se asoma por un pequeño hueco. Su pelo perfectamente peinado en una trenza le cuelga por encima del hombro, y aún lleva la ropa de esta mañana, lo que me alivia porque significa que no la he despertado.

Sus ojos parecen esconderse de algo, pero no estoy dispuesto a que lo hagan, no puedo ver cómo sigue pasando el tiempo y lo roto entre nosotros no sana de ninguna de las maneras en las que lo he intentado.

—Dime. —El tono dulce de su voz me arrastra fuera de mi mente.

—No, dime tú —respondo ágil. Lena frunce el ceño sin entender mi respuesta.

—Noah, has llamado a mi puerta, ¿qué quieres? —pregunta tímida.

—¿Puedo pasar? —pregunto preso del pánico.

—¿Para qué quieres pasar? —Alza una ceja, analizando mis intenciones.

Sus ojos implacables se clavan en los míos con una intensidad que me desarma por completo. En este preciso instante me siento como un cordero extraviado en la inmensidad de un monte desconocido, vulnerable y perdido. Trago con dificultad el nudo de nervios que se instala en mi pecho, cada respiración se me hace más densa. A pesar de todo, le sostengo la mirada, esa que tiene el poder de desbordarme.

Estoy a punto de decir algo, pero un suspiro suave casi desesperado escapa de sus labios y me interrumpe. Inmediatamente me siento incómodo, como si algo en el aire cambiara. Se mueve un poco y me deja espacio para pasar a su cuarto, un lugar que parece haber sido hecho solo para ella, un refugio alejado del mundo.

Un destello de ilusión cruza mi rostro y sin querer, mis labios se curvan en una pequeña sonrisa. Empiezo a caminar hacia allí, pero con cuidado, como si cada paso me acercara más a lo desconocido, a ese sitio donde lo real y lo que deseo se mezclan. Cuando cierra la puerta detrás de mí siento su mirada pesada en mi espalda. Siempre me llega con la misma intensidad, como un eco que nunca deja de afectarme.

Su efecto sobre mí es inmediato: un escalofrío me recorre el cuerpo como si su sola presencia pudiera derribar todas mis barreras. Es la misma sensación que sentí desde el primer momento que la vi y aunque intente resistirme sé que una vez más caeré bajo su hechizo.

—Me vas a gastar de tanto mirarme. —Me giro para verla con sus brazos cruzados esperando a que diga a qué he venido.

«He venido a por ti, Luci».

—Más quisieras. —Ahoga una risa apartando su vista de mí.

—Eso es cierto —busco conectar con ella, pero su cuerpo se mueve inquieto.

Lena toma asiento sobre las mantas moradas y ahora soy yo el que me doy el lujo de poder observarla con detenimiento, su cabeza gacha esconde su rostro. Mi cuerpo se mueve antes de que pueda procesarlo y busca su cercanía. Tomo asiento sobre el colchón, no muy cerca, pero tampoco lejos, porque ahora que parece que estoy dispuesto a dar el paso no pienso irme sin intentarlo.

—¿Puedes dejar de sonreír tanto? Solo te he abierto la puerta. —Me descoloca por completo, pero si no se ha girado para verme.

¿Cómo sabe que estoy sonriendo como un idiota?

—Perdona por alegrarme de que me abrieras la puerta. —Alzo la vista y me encuentro con sus ojos de dragón grandes y brillantes posados sobre mí.

—Era dejarte pasar o aguantar que te pasees como un alma en pena —ríe. Espera... ¿se está riendo de mí?

—¿Acaso has estado observándome?

—¿Alguna vez no lo he hecho?

Joder, el corazón me bombea fuertemente contra el pecho.

Ninguno de los dos dice una palabra, el silencio entre nosotros se convierte en un lenguaje propio que se entiende sin necesidad de hablar. Nuestras miradas se cruzan con tanta intensidad que no hace falta decir nada más. No necesitamos palabras porque Lena y yo nos entendemos de una forma que va más allá de lo que se puede decir, como si nuestras almas hablaran un idioma secreto y perfecto.

En esos momentos hay algo mágico en el aire, una chispa que parece detener el tiempo. Es como si cuando estamos juntos, el mundo dejara de girar y nos diese el espacio para ser realmente nosotros. Aunque a veces nos dejamos llevar por lo liviano del momento, sé que esto no es un juego. No estoy aquí solo para ver qué pasa. He venido con la intención de ganar esta partida, con la

certeza de que ya no puedo quedarme esperando más tiempo. El momento ha llegado y no voy a esperar ni un minuto más.

—¿Cuáles han sido tus conclusiones, señorita Luna? —Hasta su apellido es sexi, joder, pero vamos a dejarlo ahí, teniendo en cuenta que mi mejor amigo tiene el mismo.

—¿Sobre qué necesitas consejo, Noah? —pregunta arqueando una ceja.

—Sobre ti, Luci. Si es sobre ti, siempre necesito más. —Ella sabe que con respuestas rápidas se me va la lengua.

Lo sabe.

Y ahora mismo es lo más excitante de estar aquí.

Ella sabe cómo funciono y sabe usarlo.

Una sonrisa cargada de ganas se forma en la comisura de mis labios.

—Estamos bien, Noah. —La palma de su mano se posa sobre mi muslo y enciende cada centímetro de mi cuerpo.

—Luci..., me temo que observas fatal. —Ahora soy yo el que río.

—¿Perdona?

—No, Luci, perdóname a mí por tardar tanto en venir. —La sonrisa no desaparece de mi rostro y aun así siento que mis palabras son de verdad.

Ojalá hubiera llegado antes. Ojalá hubiera tenido el valor de hacerlo cada vez que el deseo de acercarme se apoderaba de mí, cada vez que la urgencia de hablar me devoraba por dentro.

La miro y puedo ver en ella cómo se debate entre pensamientos que solo ella conoce, el silencio se hace presente entre nosotros y no puedo evitar sentir que tal vez no debería haber venido, tal vez no tendría que haber dicho nada. La desesperación se cuela bajo mi piel y observo cada uno de sus detalles, la forma en la que se

muerde el labio inferior, cómo se peina los mechones de cabello detrás de la oreja...

La distancia entre nosotros me pincha el corazón con el temor de que lo que pasó sea irreversible. Me porté mal, me equivoqué pensando en que hacía lo mejor para ambos. Pero estoy cansado de huir, cada vez es más complicado hacerlo porque me quedo prendado de su existencia y no puedo pensar en otra cosa que buscar pretextos para pasar un rato más a su lado.

—Debí hacerlo hace años... —admito en voz alta por primera vez sintiendo el peso de mis palabras.

La duda se apodera de su mirada brillante y pura, y provoca inseguridad en mi pecho. Tal vez no haya sido buena idea plantarme en su habitación y declarar que quiero más que una amistad con ella.

—Me dolió horrores necesitarte y no encontrarte a mi lado... ¿Por qué ahora, Noah? —Toda ella busca respuestas en mí.

El tiempo se detiene, suspendido en un instante que parece ser solo mío. El mundo desaparece en un silencio total y lo único que oigo es el fuerte latido de mi corazón, que va a romperme en mil pedazos.

Es ahora o nunca. Quiero que las cosas cambien y para ello no puedo seguir sentado esperando a que todo caiga del cielo. No sé si voy a poder, si voy a encontrar la fuerza para seguir adelante, o si me voy a asustar y volver atrás a esconderme de nuevo en mi zona de confort.

Durante años me ha dolido no tenerla cerca, he estado atormentado por la distancia entre nosotros y me he lamentado por haber roto nuestra amistad especial. Pero ya no más. Hoy he decidido que no voy a dejar que esa angustia siga dominando mi vida. El tiempo perdido ya no importa, lo que cuenta es este

momento en el que parece que nuestros ojos hablan más que nosotros.

—Porque lo que más quiero en este mundo está frente a mí, interrogándome, sin saber que tiene el poder de acelerarme el alma con solo mirarme —escupo de golpe sin darme la oportunidad de echarme para atrás.

Su rostro se petrifica frente a mí.

Su mirada se nubla y se emborrona. Se levanta de golpe y me da la espalda mientras busca aire y pone distancia entre nosotros. Otra vez no, por favor. Me levantaría de un salto e iría tras ella solo para plantarle un beso en esos labios rosados que tantas noches me han tenido sediento.

Pero no lo hago.

Porque necesita espacio, necesita aire y yo la necesito a ella.

Pero, por encima de todo, la quiero bien, quiero que ella se encuentre bien.

Joder.

Es que tampoco sé qué demonios se supone que tengo que hacer ahora mismo.

Observo su cuerpo inquieto moverse de un lado a otro ante mi vista y yo me contengo para no atraparla entre mis brazos y hundirme en su olor a flores.

—Noah... —susurra por fin.

Gira sobre sus talones y se queda frente a mí, con el rostro descompuesto y lágrimas en las mejillas. Mataría al que la ha hecho llorar, pero estoy harto de morir sin intentarlo.

—Dime, Luci... Dímelo. —Las conexiones especiales no van en una sola dirección, van en ambas direcciones.

Como la nuestra.

Me acojo con fuerza a la esperanza de haber estado enamorado toda la vida de la mujer a la que le brilla el pelo y que no puede soportar verme marchar de nuevo. Porque yo tampoco puedo soportar irme otra vez sin intentar ser algo más que dos personas con recuerdos en común.

—Necesito que seas claro conmigo, Noah. —La intensidad de sus ojos nos envuelve por completo.

Claridad, ella necesita claridad y yo estoy harto de no ser claro con ella. Veo la duda atravesar el verde que tanto me acelera el alma y esta vez no puedo quedarme mudo como todas las otras veces que a lo largo de los años he intentado acercarme más a ella. Porque no sabía cómo hacerlo de la forma más respetuosa posible, no sabía qué debía decirle, si tenía que invitarla a salir o declararme.

Me pongo en pie en segundos, los mismos segundos que tarda mi cuerpo en fundirse con el suyo. Mis brazos la rodean y de inmediato su rostro se hunde en mi pecho. Sigue sollozando, pero no es la única a la que le resbalan lágrimas por las mejillas.

Porque estoy aquí y no pienso irme a ninguna parte.

Porque ahora tengo las pelotas suficientes como para haber vuelto a ella y quedarme.

—Podemos volver a ser nosotros, como lo fuimos años atrás. —No le estoy pidiendo salir, no me estoy declarando, no puedo hacer todo eso sin lo más importante: reconstruirnos.

El corazón me bombea fuerte, pero no tan fuerte como lo que ella me hace sentir.

—No me quedan fuerzas para... —Su voz ahogada choca contra mí.

Bajo mi mentón, mis dedos recorren suavemente la curva de su cuello hasta llegar a su cabeza, y con delicadeza acaricio la trenza despeinada que cuelga deshecha y que, aun así, se ve realmente

bonita en ella. La suavidad de su cabello entre mis dedos me enamora, y con un gesto lento lleno de una ternura deposito un beso en su coronilla.

Lo hago para calmarla, para disipar las sombras que la inquietan, pero también para calmarme a mí mismo, como si en ese simple acto pudiera encontrar la serenidad que tanto necesito. Es un gesto íntimo que se debate entre la necesidad de protegerla y el deseo de encontrarme en paz, aunque solo sea por unos instantes.

—Déjame enseñarte la verdad de mis palabras —le pido en un susurro enredado en su pelo.

Es una promesa.

Capítulo 26



Lena

Siento que todo mi interior se ha roto en mil pedazos, ha estallado y me ha dejado completamente muda.

¿Realmente está diciendo lo que creo? ¿Cómo puede ser? Estoy tan confundida que no logro entender bien sus palabras, o tal vez solo quiero que digan algo diferente, algo más claro. No entiendo por qué todo parece volverse más intenso cuando se trata de nosotros, como si el peso de lo que estamos viviendo aumentara, como si las emociones que había guardado se desbordaran sin poder evitarlo.

¿Y si el problema soy yo? ¿Y si he estado aferrándome a algo que no va a durar?

Decir que sí sería arriesgar todo lo que he construido, derribar los muros que con tanto esfuerzo he levantado. Dejarlo entrar de nuevo significa volver a exponerse, abrir puertas a algo que podría irse tan rápido como llegó. Y sé, con dolor, que no estoy lista para perderlo

otra vez. Pero también sé que haría cualquier cosa por mantener lo que hemos creado, lo que nos une, aunque eso signifique enfrontar mis miedos y dudas más profundas.

¿Y si todo esto es solo una fantasía mía?

¿Y si estoy imaginando algo que nunca fue real?

¿Y si él se cansa de mí?

Las preguntas no dejan de dar vueltas, como una tormenta en mi cabeza. La duda me acompaña y mis pensamientos me torturan y me hacen sentir que todo esto es solo una película que mi mente proyecta para hacerme sufrir.

Juraría que Noah Sanders trataba de decirme que... No, no puede ser. ¿Cómo podría gustarle a alguien como él? ¿Y él... él me gusta? ¿Es posible? Es una contradicción imposible de procesar. Pero él está con Sandy, ¿o no? Todo esto se vuelve un laberinto de confusión que no sé cómo desentrañar.

Esta no es la conversación que había planeado tener cuando decidí que finalmente era hora de arreglar lo que parecía irreparable entre nosotros. Lo que en mi mente había sido un acto de valentía, ahora se ha convertido en un caos emocional que ni yo misma soy capaz de comprender, al mismo tiempo una nueva pregunta aparece.

¿Y ahora qué le cuento a Carmen sobre todo esto?

Si ni siquiera sé cómo ordenarlo en mi propia mente.

Me aferro a su pecho con la desesperación de alguien que teme perder el último vestigio de lo que alguna vez fue. Es como si me estuviera desinflando lentamente, como un ancla que se hunde en el abismo de mis propios miedos. Me siento débil y vacía, como si no quedara nada de mí misma que pudiera ofrecerle.

Las palabras que me ha dicho resuenan dentro de mí, reverberando como un eco interminable que martillea cada rincón de

mi mente. Yo también quiero decirle que lo quiero, que siempre lo he querido, que esas palabras han estado guardadas en lo más profundo de mí, esperando el momento adecuado para salir. Pero no encuentro el valor para pronunciarlas. El miedo a que todo esto no sea real, a que tan solo sea un juego o a pensar en que le dejaré entrar de nuevo a mi vida para verlo marchar después me consume por dentro.

De repente, su cuerpo se separa unos centímetros del mío, como un suave recordatorio de que el contacto no es eterno, y me obliga a alzar la vista, a mirar sus ojos con una vulnerabilidad que no puedo esconder. Ya no soy la única prisionera de las lágrimas que brotan de nuestros ojos.

Intento pensar, poner orden en todo el caos emocional que me asfixia. Las distancias que había creado entre nosotros, esas murallas que construí con tanto empeño, ahora se deshacen a nuestro alrededor porque nos hemos acercado demasiado.

—Luci...—Su voz suave me llama.

—¿Qué hago yo ahora, Noah...? —pregunto inmersa en mí misma.

—¿Qué quieres hacer? —Sus dedos acarician mis brazos y bajan hasta entrelazarse con facilidad con mis manos.

La calma que sale de sus ojos me llega de una forma que no puedo explicar, como si su mirada pudiera aplacar todo el lío de pensamientos en mi cabeza. Mi respiración se hace más tranquila, como siempre que Noah está cerca, como si su presencia fuera justo lo que mi alma necesita para relajarse.

Solo con mirarlo a los ojos siento que quiero cuidar de él para siempre, protegerlo de todo lo que pueda dañarlo. Pero algo ha cambiado. Esta vez no puedo perderme en todo lo que siento por él. En segundos, un torbellino de emociones me invade, y me siento

atrapada entre lo que fui, lo que soy y lo que podría ser. Ya no sé quién soy ni qué está pasando realmente. Noah sigue siendo el mismo chico con el que siempre quise hablar, con el que compartí tantas cosas. Pero ahora todo parece raro, como si estuviera atrapada entre un sueño, una pesadilla y la realidad, sabiendo que el tiempo nos separará otra vez.

¿Y si no quiero separarme de Noah? ¿Y si ninguno de los dos quiere hacerlo?

La duda me consume, me llena de inseguridad, y mi corazón lleno de miedo se me queda atrincherado en la garganta, impidiéndome respirar bien. Me siento atrapada. Es mi turno de decidir qué hacer, pero necesito tiempo para encontrarme a mí misma y saber qué es lo que necesito y deseo, porque desde que me perdí solo sigo la corriente de lo que se supone que debo hacer en vez de sentir que deseo algo con todas mis fuerzas.

De repente, el sonido del móvil me saca de mi propia cabeza. La vibración me recuerda que Mario me espera abajo para entrenar. Pero en este momento no puedo conectar con nada de lo que me rodea, porque solo me pregunto: ¿cómo sigo con todo lo que siento dentro de mí?

—Yo... he quedado, debería..., eh... Debería prepararme. —Huyo de su agarre, de sus ojos y de su rostro petrificado.

Noah me mira con una mezcla de confusión y decepción, como si no pudiera entender bien lo que está pasando entre nosotros. Y, en el fondo, sé que no podía ser de otra manera. Aunque los dos queramos recuperar el tiempo perdido, no podemos simplemente olvidar todo lo que ha pasado ni actuar como si nada hubiera cambiado. Hay algo en todo esto que hace imposible que volvamos a ser los mismos de antes.

—Oh... ¿Estás bien? —Su voz se precipita, cargada de preocupación, como si el peso de sus propias palabras lo hubiese dejado sin aire—. Siento mucho haber venido y soltarte eso... —Da un paso atrás, apartando la mirada con una incómoda franqueza, como si al hacer ese pequeño gesto de distancia buscara restablecer el equilibrio entre nosotros, como si su incomodidad pudiera ser un refugio temporal para las emociones que no sabe cómo manejar.

Está claro que la tensión entre nosotros se siente fuerte e inevitable. Por más que intente aliviar la situación, las palabras siguen colgando en el aire, como ecos que no se pueden borrar. Lo que podría haber sido una conversación fácil se ha convertido en un terreno lleno de silencios, dudas y cosas que no nos decimos.

—Está bien, Noah... —digo en un susurro aún inmersa en sus palabras—. Debo bajar... Mario me está esperando. —Me siento muy mal al decir esto justamente ahora.

No me sorprende lo que leo en sus ojos: lo que me devuelve su mirada es pura decepción, una decepción silenciosa que me cala hondo porque, en este instante crucial, soy incapaz de ofrecerle una respuesta clara, pese a que he sido yo quien le ha exigido eso mismo. Este silencio entre nosotros se vuelve un peso insoportable, pero sé que no puedo irme así sin más y dejarle atrapado en sus propias suposiciones. No quiero que malinterprete lo que tengo con Mario, no quiero que arrastre esa sombra de duda que ya ha comenzado a cernirse sobre nosotros. Pero ¿por qué tendría que malinterpretarlo?

La pregunta resuena en mi mente sin cesar, un eco vacío que solo incrementa la confusión que se apodera de mí. Siento que ahora mismo soy un verdadero caos, un cúmulo de contradicciones que no logro entender ni gestionar.

¿Qué está ocurriendo?

Jamás me había sentido tan nerviosa, tan fuera de control, por simplemente hablar con Noah. Cada palabra, cada silencio, se siente como un campo minado, como si una ligera chispa pudiera hacer explotar todo lo que hemos sido, todo lo que podríamos haber sido. La ansiedad me consume, y no puedo evitar preguntarme si este nudo en mi pecho es el reflejo de algo mucho más profundo, algo que hasta ahora había evitado confrontar.

—No sabía que te llevabas bien con Mario... —Su tono de voz es seco y su rostro ha cambiado por completo.

Noah sigue aquí, frente a mí y yo acabo de presenciar cómo acaba de encerrarse en sí mismo tras la máscara de que todo está bien cuando todo parece volátil, y no comprendo por qué.

Noah y yo solo estamos tratando de volver a ser amigos, ¿no?

¿Acaso quiero que seamos más?

—Nos hemos cruzado varias veces en el gimnasio... —Me cruzo de brazos, buscando cualquier otro lugar donde posar mi vista insegura.

Puedo ver el dolor en su rostro, esa pequeña grieta en él que intenta esconder, pero que es inevitable percibir. Esa imagen me duele como una cuchillada, y de repente, me siento terriblemente culpable por haber estado hablando con Mario estas últimas semanas. La verdad es que no ha sido nada importante, solo algo puntual, coincidencias de horarios y la necesidad de alguien que me ayudara con la rutina. Mario es simpático, bromista, y me siento cómoda con él. Pero sé que eso no es lo que realmente importa.

Noah sigue ahí, inmóvil, con los ojos fijos en los míos, pero perdidos en algún otro lugar. La tensión en el aire es palpable. Siento culpa y una incomodidad que no debería tener, porque sé que no estoy haciendo nada malo. Mario es solo un compañero de gimnasio, alguien con quien entreno.

Durante años, esperé su regreso, con la esperanza de que Noah le diera sentido a mi vida. Todo ese tiempo solo pude esperar, como si mi existencia dependiera de la suya, como si sin él, nada tuviera importancia. Y ahora, aquí está, frente a mí, y aunque no quiero ser yo quien se aleje, no puedo evitar querer huir. No puedo decir que Mario me espera, cuando lo que realmente quiero es quedarme con Noah, olvidarme del mundo y concentrarnos solo en nosotros.

Pero incluso ahora, desde que Mario y yo comenzamos a acercarnos, una culpa me consume, como una sombra que no se va. Mi mente sigue volviendo a Noah, incluso cuando estoy con Mario. Al principio traté de convencerme de que solo era costumbre, que me había acostumbrado a entrenar con Noah y que mi atracción hacia él no era más que eso. Me repetí una y otra vez que no había nada más, que no debía darle importancia a lo que sentía.

Pero después de lo que acaba de decirme, ya no sé qué es lo correcto. Todo se ha vuelto confuso y siento que pierdo el juicio. No sé si estoy buscando excusas, tratando de justificarme o si tan solo estoy ignorando lo que mi corazón lleva demasiado tiempo callando.

—¿Se porta bien contigo? —Su pregunta me descuadra por completo.

¿Está celoso?

¿Noah Sanders está celoso otra vez? La pregunta resuena en mi mente con una intensidad que me desconcierta. Si él supiera que en cada chico con el que me cruzo, en cada rostro que aparece, siempre lo encuentro a él. Como una sombra persistente, su imagen se proyecta sobre todos los demás, sin importar cuántas veces intente disiparla. De alguna forma, aunque me rodeen otros, es su presencia la que define mi espacio, su ausencia la que deja un vacío que nadie más parece llenar. Y, sin embargo, aquí está, frente a mí, mostrando una vulnerabilidad que jamás imaginé ver en él.

—Sí... Es muy atento, supongo... —Me encojo de hombros confusa.

—Y...

Su expresión cambia, como si su malestar fuera el mismo que el mío. Sus dedos se mueven nerviosos, dando golpecitos suaves en el aire, como si intentaran aferrarse a algo que aún no entiende. Su mirada, fija y ansiosa, sigue buscando respuestas, como si cada segundo de silencio lo estuviera consumiendo, como si necesitara saberlo todo para encajar las piezas de un rompecabezas que se le escapa.

Conozco a Noah, lo he observado en demasiadas ocasiones, y sé que, si yo no le digo nada, él no preguntará, aunque la curiosidad lo devore por dentro. Siempre ha sido así, respetuoso hasta el extremo, incluso cuando su propio deseo de saber parece más fuerte que cualquier otra cosa. Es incapaz de invadir la privacidad de los demás, aunque eso signifique quedar atrapado en la incertidumbre.

No puedo permitir que esa incertidumbre lo devore. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras veo cómo esa sombra de duda se cierne sobre él, porque si hay algo que sé con certeza es que su silencio es un reflejo de su respeto, no de su indiferencia. Y aunque quiera que todo se resuelva por sí solo, la realidad es que me toca a mí ofrecerle la claridad que necesita, antes de que ese abismo de duda lo consuma por completo.

—No estamos saliendo, si eso es lo que te preguntas —me apresuro a responder. Mi voz temblorosa, aunque firme, corta el aire entre nosotros. Un silencio se establece, denso y pesado, mientras ambos quedamos sumidos en una mirada entrelazada, absortos en la incomodidad y la confusión que se filtra entre nuestros pensamientos.

—Noah..., necesito algo de tiempo —susurro, y esas palabras me saben a confesión, a vulnerabilidad, como si al pronunciarlas estuviera abriendo una puerta que no sé si debería atravesar.

Necesito tiempo.

Tiempo para recomponerme, para reconstruir las piezas rotas y volver a confiar, para que todo encaje en su lugar de alguna manera, sin forzar las circunstancias, sin que las sombras del pasado nos sigan.

Soy yo la que, casi sin quererlo, derrumba los pocos muros que quedaban entre nosotros. Mis pasos son decididos, como si un imán invisible me guiara hacia él, atrayéndome de una manera que no puedo ni quiero evitar. Mi cuerpo se acerca al suyo con una necesidad incontrolable, con una urgencia que me empuja a ceder ante los deseos que nacen en lo más profundo de mi ser. No me resisto, tan solo cedo. Lo abrazo con una rendición que no había conocido en todo este tiempo, busco refugio en su pecho, como si por un breve instante el mundo pudiera detenerse.

Sus brazos, fuertes y firmes, me rodean por la espalda, apretándome más contra él, como si quisiera fundirse en un solo ser y hacer desaparecer todas las dudas que nos separan. El tiempo se desvanece en el aire que hay entre nosotros. No existe. No importa que Mario siga esperándome en el gimnasio, con la paciencia de quien no sabe lo que está por venir. No importa que Leo pueda vernos en este instante, ni que las consecuencias de este abrazo no sean las que esperábamos.

—Tenemos toda la vida, Luci. —Sus dedos acarician suavemente mi mejilla y traen consigo una paz que no sabía que necesitaba, relajándome por completo, despojándome de todo aquello que había estado cargando, como si con un simple gesto de él pudiera disipar todas mis tormentas internas.

De repente, consigo algo que no me había permitido desde hacía mucho tiempo: me dejo querer. Me dejo cuidar. Me dejo llevar por lo que me dicta el corazón, sin cuestionarlo, sin resistirme. Y el mío, desde siempre, ha sido el fan número uno de Noah. Jamás ha dejado de serlo.

¿Es este el nuevo comienzo para nosotros? ¿Es este el primer paso hacia una realidad distinta, una que nos permita dejar atrás los temores y las sombras y, sencillamente, ser lo que, quizás, siempre debimos ser?

La pregunta queda suspendida en el aire, como una promesa aún por cumplir.

* * *

Carmen lleva tres cuartos de hora preguntándome acerca de mis avances en la relación con Noah y no he sabido qué responderle. Me quedé muy descolocada con la conversación que tuvimos ayer, esperaba que la primera vez que volviéramos a abrirnos las cosas quedaran claras entre nosotros.

Me refiero a nuestra amistad.

Quería que habláramos de lo que le hizo irse y lo que me hizo a mí querer olvidarlo, pero me pilló tan de sorpresa que no supe manejar la situación. El miedo también apareció y no me atreví a buscar las respuestas que necesitaba.

Le he explicado a la mujer pelirroja de la pantalla que no sé qué es lo que ocurre últimamente entre nosotros. Ya no lo veo con los mismos ojos. Es como si, de repente, lo viera mucho más atractivo de lo que es; es algo extraño e incontrolable.

—¿No lo tienes claro? —pregunta Carmen.

—No sé qué está pasando, Carmen —admito con desespero.

—Está claro que ambos estáis de acuerdo en dar una segunda oportunidad a vuestra relación. No importa lo que tuvieras planeado en tu mente, Lena, al final el objetivo es arreglarlo por parte de los dos. Claro que es importante todo lo que pretendías decir porque necesitas expresarlo, lo que trato de explicarte es que te debes darte tiempo... El primer paso es estar de acuerdo ambos para poner fin a vuestras diferencias. Esto puedes tacharlo de la lista de cosas pendientes de hacer. Bien, lo siguiente es trabajar en la confianza del uno en el otro para que podáis sentaros y hablar las cosas con tranquilidad, sin necesidad de sentir pánico, ¿me entiendes? —me explica con dulzura.

—Entonces, ¿qué hago? —pregunto un tanto desesperada por no tener respuestas claras.

—Enamorarte del proceso, abrazar la incertidumbre y aprender a confiar —concluye con sabiduría.

No entiendo sus palabras de manera lógica, pero mi interior parece que sí lo hace, como si quisiera empezar a trazar un camino... y hace tiempo que nada despertaba mi interior tanto como lo que provoca Noah en mí.

Necesito escribirlo varias veces hasta que comprendo que no todo debe solucionarse a la vez y de la misma forma.

Dejo que el viento acaricie mi rostro,
que la niebla se enrede en mis pasos inciertos.
Y aprendo a caminar sin certezas,
con las manos vacías, pero el alma llena de preguntas.

La incertidumbre, esa amiga silenciosa,
me susurra al oído su dulce melodía,
y aunque en mi pecho tiembla el miedo,

me permito escucharla.
Me permito sentirla.

No hay promesas claras, ni rutas trazadas.
Solo el eco suave de lo que podría ser.
Y en la distancia, un horizonte sin forma,
pero también sin límites.

Aprendo a soltar lo que no puedo controlar.
A confiar en la vida.
En la vida que fluye, que se despliega
sin mapas ni destinos fijos.
Solo con el ritmo del corazón.

Porque hay belleza en el caos,
en la neblina que cubre lo que no sé.
Y en cada paso incierto
descubro la fuerza que habita en mi vulnerabilidad.

Aprendo a abrazar mi incertidumbre.
A no temerle al vacío de lo desconocido.
A encontrar paz en la espera.
A confiar en lo que está por venir.
Será suficiente, será justo.
Será el momento que he estado buscando
en la curva de cada duda,
en el silencio de cada paso hacia lo incierto.

Y así, con la incertidumbre a mis espaldas,
apuesto por confiar,

por confiar en mí misma.
En lo que soy,
en lo que todavía puedo ser.

Capítulo 27



Lena

La conclusión a la que he llegado tras la sesión de terapia es que necesito tiempo para encontrar las respuestas a las incertidumbres que me acechan. Debo «abrazar la incertidumbre y aprender a confiar», como me dijo Carmen, y en ello llevo trabajando varios días. Es un proceso que exige paciencia y una dosis considerable de autocomprensión.

—¿Qué os parece esto, se entiende? —pregunta Adelf señalando lo que lleva más de una hora creando con meticulosa dedicación.

La clase de hoy ha sido diferente, más libre y experimental, como nos sugirió la profesora para el ejercicio. Hemos estado trabajando en algo visual relacionado con nuestros proyectos personales, usando imágenes que nos inspiraran o tuvieran significado para nosotros. La idea era experimentar sin restricciones.

El grupo se ha acomodado en el suelo, rodeado de libros que la profesora nos ha indicado como referencia. Nos hemos ido turnando

para hojearlos, arrancando de cuajo aquellas imágenes que nos llamaban la atención, como si despojar la imagen de su contexto inicial fuera un acto liberador. Confieso que he arrancado muchas más de las que realmente he utilizado.

María, Guillem, Clara, Adelf y yo nos hemos adueñado de dos tablones gigantes, que funcionan como mesas improvisadas para trabajar. Cada uno está inmerso en su propio proceso creativo: Adelf con sus manchas de pintura, Guillem con sus retratos, Clara sumida en su teatro de sombras, María registrando el movimiento. Yo, por mi parte, me concentro en explorar los ruidos, las voces que nacen en mi cabeza, como base para un proyecto artístico personal.

—Me parece más interesante que no se entienda —explico, observando las manchas de pintura que cubren las imágenes con una mezcla de desconcierto y fascinación.

Los demás asienten y cada uno regresa a su propia narrativa. Yo sigo colocando y descolocando los elementos sobre la pared: recorto, pego y despego, hasta que, finalmente, algo me llama la atención. Me detengo un instante, absorta en el caos ordenado que he creado.

—Es interesante —susurra una voz a mi espalda. Mi mano, casi sin quererlo, se va al pecho, y giro sobre mis talones para encontrarme con una sonrisa amplia y contagiosa.

—Me han dejado pasar —me aclara, con una mezcla de timidez y determinación.

Estoy en estado de *shock*. Había visto en ocasiones a gente que traía a algún acompañante a clase, como una curiosidad por ver lo que sucedía en un taller de Bellas Artes, pero jamás habría imaginado que Noah Sanders podría plantarse en una de mis clases. Mi corazón da un brinco al verlo, y no puedo evitar sentir que me atraganto con la emoción.

Mis amigos observan la escena desde sus posiciones, callados, pero con una curiosidad palpable.

—¿Qué haces aquí, Noah? —pregunto, los ojos desmesuradamente abiertos, incapaz de ocultar mi sorpresa.

—Venir a buscarte —responde, con una calma que contrasta con el torbellino que siento en mi interior.

—¿A mí? ¿Por qué? —Mi voz tiembla ligeramente, como si no pudiera comprender del todo la situación.

—Porque me apetece pasar un rato contigo, Lena, y pensé que sorprenderte sería una buena forma de proponértelo, ¿no crees? —Puedo ver en sus ojos la leve duda que se cuela, como si estuviera evaluando cada palabra, cada gesto.

Ha venido a buscarme, a estar conmigo.

No necesito pensarlo demasiado, la respuesta surge por sí sola. Quiero pasar un rato con él, quiero saber cómo van sus clases, cómo se siente con respecto a la situación de su padre, ya que aún no le han permitido hablar directamente con Matt, y el vacío en su mirada es evidente.

—Aún me queda una hora y media de clase... —digo, en un intento de disculparme.

—Oh, no te preocupes, no te molesto —balbucea, un tanto avergonzado por la situación.

—¿Quieres quedarte? Después de clase podemos ir a dar una vuelta —le ofrezco rápidamente, antes de que pueda dar un paso atrás.

—¿Quieres que me quede? —masculla.

—Chicos —llamo la atención de mis amigos y me acerco hasta la mesa que compartimos, y con un gesto le indico a Noah que se aproxime—, os presento a Noah Sanders, el futuro arquitecto que diseñará mi casa. —Sonrío y rozo con los dedos lo que es sentirse

feliz—. Ellos son María, Clara, Guillem y Adelf. —Señalo a cada uno de ellos, y todos sonríen y saludan a Noah.

Su sonrisa se ensancha frente a mí de una forma tan natural que me sorprende. Mientras aparto los mechones de cabello que me caen sobre el rostro, una tímida sonrisa también se dibuja en mis labios. Le hago un gesto para que se acerque, como si mis manos pudieran cerrar el espacio que nos separa. En mi cabeza, las ideas desordenadas se mezclan con la incertidumbre, como una danza caótica que, de alguna forma, tiene sentido. No sé si lo que estoy creando tendrá forma, pero lo único que importa ahora es estar aquí, con él, compartiendo este momento.

A pesar de eso, no puedo evitar esconder la carga de mis pensamientos cada vez que mis ojos lo miran. Estamos a finales de octubre, pero el calor sigue presente todo el día. Lleva unos tejanos oscuros y una camiseta blanca básica, pero que resalta su figura, y me atrapa cada vez más.

Últimamente me pasa mucho: me quedo mirando los pequeños detalles de Noah o me quedo en blanco cuando me pregunta sobre mis clases, como si, de repente, no encontrara las palabras. Antes lo miraba como a alguien a quien conocía completamente, pero ahora lo veo con una intensidad nueva. Lo veo de una manera distinta: como al chico que lleva el peso del mundo, que siempre tiene que ser fuerte y no dejar que los demás vean sus debilidades, pero que sigue sonriendo, como si eso fuera suficiente para ocultar lo que realmente siente.

Sé que algo en sus palabras, gestos o en su presencia ha despertado en mí una corriente constante. Pienso en él sin parar y recuerdo cada momento, cada conversación, cada mirada. No hay un solo instante en el que su nombre, sus ojos o los tatuajes que adornan su piel no se deslicen por mi mente, como si estuvieran allí

todo el tiempo. Y aunque lo intento, no puedo evitar que su presencia se vuelva cada vez más constante, como una melodía que no para de sonar en mi cabeza.

—¿Te gusta? —Su voz me saca de mis adentros, abro los ojos como platos avergonzada porque Noah se ha dado cuenta de que estaba recorriendo su figura con la mirada una vez más.

Está sentado en un taburete y me mira algo tímido mientras yo sigo con mis imágenes en la pared. Sus mejillas han enrojecido un poco y sus labios forman una pequeña sonrisa. Me señala uno de sus tatuajes con el dedo índice.

Él sabe que lo estaba devorando con la mirada y a mí me encanta que lo sepa.

—El de la calavera —empiezo a decir mientras doy varios pasos hacia él. No presto atención a mi vergüenza ni a mi cabeza y alargo los brazos hasta su hombro. Paso los dedos sobre la tinta de su piel por inercia, como si fuéramos dos imanes que no se pueden separar. Una calavera, un sol y una polilla—. ¿Tiene significado?

Parecía ensimismado conmigo, y sonrío al darme cuenta de lo cerca que estamos el uno del otro. Noah siempre ha sido muy nervioso, por ello me sorprende la tranquilidad con la que me está mirando, como si pudiera descifrarme.

Él puede descifrarme.

—La polilla simboliza la magia, el sol sería el principio y la calavera el fin. Por cómo lo miras interpreto que sí te gusta. —La sonrisa en sus labios se ensancha.

—¿Y si no me gustara? ¿Qué harías? —Alzo una ceja para hacerme la interesante.

—Me arrancaría la piel, Luci —afirma convencido.

Lo dice tan seguro de sí mismo que le creo, aunque jamás le pediría que se deshiciera de ninguna parte que lo formase a él.

Ambos sabemos que no le estaba preguntando por su tatuaje, le preguntaba por nosotros.

—¿Por mí? —susurro, buscando confirmación.

—Por ti hago existente lo inexistente. —Su mirada es tan intensa ahora que me siento hipnotizada.

Mis mejillas enrojecen de tal manera que me obligan a apartar la mirada de él para volver a la tinta de su piel. Mis dedos se deslizan por su brazo un poco más hasta que el contacto con su piel se desdibuja. Siento las miradas de mis amigos sobre nosotros.

* * *

Después de una larga hora nos encontramos caminando por los caminos de tierra del parque de la Ciutadella, mi favorito de toda Barcelona. Es un parque natural, tiene grandes zonas de césped donde la gente se tumba a tomar el sol y charlar, hay algunas casetas de comida y un lago presidido por unas grandes escaleras con figuras de piedra de estilo clásico. Lo mejor es que hay barcas en el lago y se pueden alquilar para dar un paseo por el agua. Está cerca del Arco del Triunfo, a un par de paradas de metro desde casa.

—¿Aquí te parece bien? —Me señala una zona de césped bajo la sombra de un árbol, y asiento con una ilusión que esta vez no quiero ahogar.

Aliso suavemente el tejido azulado de mi vestido adornado con flores, un gesto casi instintivo para acomodar la tela que se arruga levemente con el viento. Respiro aliviada al haber podido dejar en clase los pesados materiales de la universidad, evitando así cargar con la ansiedad de llevarlos en esta... ¿cita? No sé si llamarlo así, pero la palabra resuena en mi mente con una mezcla de nervios y expectación.

Noah ajusta con un ligero movimiento su camiseta, cuya sencillez contrasta con sus vaqueros oscuros y holgados que caen con gracia sobre sus piernas, delineando su figura de una manera que no puedo evitar admirar. Con un gesto distraído, dejo caer mi mochila al suelo y saco de ella una chaqueta morada, tan grande que parece envolverme por completo. La extiendo sobre el césped húmedo, y observo cómo Noah replica mis movimientos, como si, en silencio, nos encontráramos sincronizados en todo. En cuestión de segundos, desato mis deportivas azules, las dejo a un lado, y, tras un breve suspiro, tomo asiento sobre la tela, mientras mis ojos se detienen en su figura, que también se deja caer hacia atrás, boca arriba. La vista de su cuerpo en reposo, extendido sobre la hierba, desencadena en mí el deseo irrefrenable de tumbarme a su lado, de sentir su proximidad.

Como si leyera mis pensamientos, Noah abre sus brazos, invitándome a acercarme. No hace falta más, no hace falta preguntar.

Sí.

Sí quiero.

Aunque un miedo sutil recorre mi cuerpo, mi corazón ya ha tomado la decisión, y antes de que la razón pueda frenarlo, mis músculos ceden y me desplomo hacia él. Apoyo la mejilla lentamente sobre su pecho y siento el latir de su corazón resonando bajo mi rostro. Me acomodo a su lado, como si cada centímetro de su cuerpo fuera un espacio que ya conociera: familiar, cálido, lleno de una certeza que hace que mi espalda se erice de emoción. Un escalofrío me recorre la columna cuando sus brazos me envuelven, sujetándome con la fuerza tranquila de quien ha aprendido a proteger sin reclamar.

El ruido del mundo se desvanece, como si el tiempo se detuviera, y el latido de su corazón se convierte en mi ancla, en la melodía que calma cualquier turbulencia. La presión que antes oprimía mi pecho desaparece, dejando espacio para una paz profunda y serena. Respiro hondo y el suave aroma a vainilla que emana de su piel me envuelve, como un abrazo invisible que calma mis pensamientos.

Cierro los ojos y me dejo arrullar por el sonido de sus latidos, por la seguridad de su cercanía. En sus brazos, me siento en casa, como si el mundo entero se redujera a este instante, a este rincón de calma que compartimos.

Con Noah a mi lado, me siento protegida, como siempre lo he estado. Y en este preciso momento, me permito disfrutar del silencio que nos rodea, de los minutos robados al reloj, de la suavidad de su tacto. Sus dedos se deslizan lentamente por mi cabello largo, acariciándolo con ternura, y yo, sin reservas, me dejo querer. Me dejo llevar, me dejo cuidar, como nunca antes me había permitido.

—Tus amigos parecen majos. —Noah rompe el silencio.

—Lo son, tengo suerte de haberlos conocido, aunque a veces me de miedo involucrarme demasiado con la gente. —Sonrío apenada.

—¿Tienes miedo de que se marchen? —¿De qué no tengo miedo? Si veo una película de zombis y estoy medio año aterrada por si entran en mi casa a devorarme.

—Sí... —susurro.

Tengo pánico a que la gente de mi alrededor me deje de querer por no ser suficiente para ellos. He vivido demasiadas veces esta situación: conozco a gente simpática con la que me llevo bien y de la nada todos son amigos menos yo. Eso duele y mucho, porque no comprendo qué es lo que ocurre, qué es lo que está mal. ¿El error soy yo?

No quiero volver a pasar por ello, por eso no profundizo demasiado en la relación con mis amigos, porque ellos, al igual que los demás, también se marcharán y yo solo me protejo para que su marcha no me duela demasiado.

—¿Estás bien con ellos? Me refiero a si disfrutas... —Su voz es suave mientras sigue enredando sus dedos en mi pelo suelto.

—Sí, estoy a gusto en su compañía.

Me siento plena con ellos. Pocas veces me siento así, pero con ellos es imposible no estar bien, porque con cualquier tontería te sacan una sonrisa de oreja a oreja. Por primera vez después de mucho tiempo, estoy tranquila con los amigos que tengo y puedo concentrarme en lo que hacemos antes que pensar en que me dejarán de lado. Siento que todos juntos formamos una familia y me llena el alma sentir que pertenezco a todo aquello que somos.

—Me alegro mucho de ello, Luci, alguien como tú no merece estar sola. Permítete disfrutar de las personas que te rodean. No estamos aquí para siempre, por eso no podemos perder el tiempo por miedo a lo que pueda suceder. —Tiene razón, y me pregunto si se referirá a su madre—. Eres más que suficiente, Luci, para ti, para mí, para Leo, para tus padres, para tus amigos y para quién sea que te cruces en el camino. —¿Soy suficiente para él? El corazón me da un traspié.

—Mis padres...

—No olvides lo feliz que hiciste a tu madre cuando te apuntaste a las clases de baile o cómo tu padre te traía libros cada semana... A lo que me refiero, Luci, es que estamos en un punto en el que debemos tomar nuestras propias decisiones como adultos. Tus padres, a pesar de ser médicos y querer que tanto Leo como tu siguierais sus pasos, os apoyan en todo lo que hagáis. —Sus

palabras dan justo en el corazón, ojalá mamá y papá me lo mostrasen más.

—¿Aunque no lo entiendan? —Una lágrima resbala por mi mejilla.

—Aunque no lo entiendan, Luci. Si no ¿cómo sabían tus padres exactamente qué pinturas o qué libro querías? —Levanto el rostro pensativa. Noah esboza una sonrisa y caigo en la cuenta...

—Porque eres un chivato.

—Me adoras. —Ambos estallamos en carcajadas.

Tengo el corazón calentito, echaba de menos a Noah, y ahora mismo agradezco poder reír y llorar enredada entre sus brazos sintiéndome en casa. Él siempre me devuelve esa sensación de volver a mi lugar favorito.

—Si no te vas, me pienso eso de que te adoro. —Creía que sería una broma, pero no lo es y él también lo sabe.

Son de esas pequeñas coletillas que salen sin previo aviso: parecen bromas o tonterías sin importancia, pero la verdad es que son la forma más inconsciente que tenemos los humanos de pedir lo que necesitamos sin pedirlo.

Necesito oírlo tantas veces como sean necesarias para creerlo.

—Te lo prometo, Luci... Aquella vez necesitaba hacerlo... —Sus ojos se tiñen de una tristeza que me encantaría poder arrancarle.

Su expresión se torna algo apagada y veo que a él, al igual que a mí, este tema hace que le arda el pecho.Ninguno de los dos quiere ver sufrir al otro y mucho menos ser el causante de ello.

Nunca hemos hablado de ese viaje, porque cuando él volvió yo ya no era la misma. Y no pensé que la vida nos brindaría tiempo para hablarlo. ¿Y si es el momento de arreglarlo?

—¿Puedo preguntarte por qué te fuiste? —susurro, el miedo a la respuesta ahoga mi voz. ¿Y si, en realidad, Noah deseaba alejarse de mí?

Él cierra los ojos por un momento, como si se estuviera preparando para enfrentar sus propios recuerdos. Su respuesta llega despacio, cargada de un dolor que no intenta ocultar.

—Porque echaba de menos a mi madre. Echaba de menos sus bizcochos de limón, las cenas tranquilas con mis padres... Sentía que los recuerdos se me desvanecían, y sabía que tenía que hacer algo para preservarlos. —Su mirada se pierde en el horizonte, como si buscara respuestas en el vasto cielo que nos rodea—. Me fui a Estados Unidos a buscar a mi abuela, a mis tíos... Solo intentaba seguir conectado de alguna forma con mi madre..., pero no los encontré, Luci. Me di cuenta de que solo era un crío de dieciocho años con los ahorros contados, y que había olvidado hasta el sabor de mi tierra natal. Eso me rompió aún más. Me encontré frente a un abismo de vacío, sin saber quién era ni hacia dónde se dirigía mi vida... —Su voz vacila, y puedo ver cómo el peso de esas palabras lo aplasta—. No puedo hacer nada para conseguir volver a abrazarla, escuchar sus consejos, tener sus besos de buenas noches en la coronilla...

Mi cuerpo reacciona sin pensar y me aferro a él, abrazándolo con toda la fuerza que soy capaz de reunir, como si de alguna manera pudiera apaciguar su dolor e incluso aliviar el mío. En el silencio que sigue, siento cómo su dolor me atraviesa, como si se colara en cada rincón de mi ser, y por primera vez, me doy cuenta de lo profundamente marcado que está por todo lo que ha vivido.

—No encontré nada, Luci. —Sus palabras me llegan como un golpe seco—. Perdí mis ahorros y, cuando volví, mi padre... No pude evitar pensar que fui yo quien provocó esa situación. Es culpa mía que mi padre esté así. —El silencio nos envuelve como una manta pesada, y por un momento, el tiempo parece detenerse.

Lo abrazo más fuerte, sin decir nada, sintiendo que su dolor también me afecta, que lo siento en cada parte de mí. Me siento pequeña y tonta, por no haber entendido antes lo que pasaba por su cabeza cuando se fue. No pensé ni por un segundo en que tal vez necesitaba ese tiempo, ese viaje, para encontrar algo que ni yo podía entender en ese momento. Y ni siquiera me di cuenta de que tal vez tenía que ver con la ausencia que llevaba consigo.

Mientras sus palabras siguen dando vueltas en mi cabeza, siento cómo la culpa me punza, como si algo se clavara en mi pecho. Todo tiene sentido ahora, y me doy cuenta de que fui yo quien se dejó llevar por el egoísmo de su ausencia, quien se sintió ofendida sin pensar en las razones que lo impulsaron a irse. Estaba tan atrapada en mi propio dolor, tan sumida en mis pensamientos, que no vi más allá de lo que mi mente quería creer. No vi el sufrimiento que llevaba dentro. Ahora, al mirarlo, al abrazarlo, me doy cuenta de lo equivocada que estaba.

—Siento mucho que no encontrarás lo que buscabas, Noah... Yo... estaba tan hundida porque te marchaste sin avisar, de la noche a la mañana desapareciste y nadie sabía dónde podías estar, ni siquiera yo sabía dónde te escondías... pensé que ya no te importaba.

—Eso no es cierto, Luci, siempre me has importado mucho más de lo que tú te imaginas, pero necesitaba buscar apoyo y fui a la otra punta del mundo para darme cuenta de que dejaba a mi padre solo, a Leo, a ti y... nunca me perdonaré que eso ocurriera. —Su cuerpo se tensa bajo el mío y todas mis alarmas saltan.

No puedo verlo así.

Necesito mover cielo y tierra para que él esté bien.

—Me duele que no te apoyaras en mí si era lo que necesitabas o que... de un día para otro ya no existiera nada entre nosotros, aquello me destrozó... Yo esperaba tus mensajes porque te fuiste

cuando llevaba pocos días ingresada en el hospital por una terrible migraña, ¿te acuerdas de mis dolores de cabeza? —Noah asiente—. Se volvieron crónicos. Me sentí sola, me desorienté por completo, era contigo con quien mis problemas dejaban de ser enormes porque me ayudabas a comprender que nada era tan grande como el mundo entero. Te fuiste y todo... fue a peor —me sincero apenada con el corazón en un puño.

Jamás habíamos tenido la oportunidad de hablar y no pienso dejar pasar la ocasión de arreglar las cosas que necesito para poder avanzar. No puedo evitar caer en que he pasado demasiado tiempo deseando que esto ocurriera.

—Lo siento de verdad, Luci... No respondí tus mensajes porque no sabía cómo afrontar decirte adiós, porque no sabía si nos volveríamos a ver, era como si me desgarraran por dentro. Podría haberte llamado mientras estaba fuera, podría haberte escrito, incluso mandado fotografías de las calles más antiguas de la ciudad y no lo hice porque tenía miedo... de haber jodido nuestra amistad. Pensé que, si yo hacía como si nada, tal vez si volvía todo podría seguir como antes. Pero no fue así, Luci... Ha sido duro verte huir de mí y de tu hermano cada vez que podías, vi lo que yo había provocado al dejar de preguntar si la cabeza te ardía tanto como la mía, tal vez he tardado demasiado en volver a ti y lo siento de verdad... Lo hago ahora porque estoy listo para quedarme a tu lado.

Un pinchazo en el pecho me obliga a llevar la palma de mi mano sobre el lugar donde la angustia se me atasca. Estoy en *shock* mientras escucho lo que llevo años preguntándome. No tenía nada que ver conmigo, sino con él mismo.

Hacer como si nada hubiera ocurrido es propio de Noah. Cuando su madre falleció él se pasaba los días tratando de actuar como si aquel horrible accidente no hubiera sucedido, como si solo hubiera

sido una pesadilla. Ninguno quiso hundirlo más de lo que debía de sentirse y, a cambio, le ofrecimos nuestra compañía y tiempo para distraerlo de todo aquello.

Después Noah empezó a comportarse de ese modo con todo lo que le rodeaba. Por miedo a enfrentarse a la realidad, vivía en un mundo que trataba de sostener autosugestionándose con mentiras que no le hacían ningún bien.

—¿Te acordaste de mí? —susurro con un hilo de voz.

—No había día en que no pasaras por mi mente. Te eché de menos cada minuto que estuvimos separados. Yo... me asusté. Luci, entré en pánico cuando vi que todo era demasiado para mí...

—Noah... —Giro mi rostro hasta que nuestras miradas se cruzan. Mis dedos suben hasta su mejilla, le dedico una sonrisa triste entre algunas lágrimas que me resbalan por las mejillas—. Ya pasó, no te martirices más, no sirve de nada, estamos aquí y ahora. —Su sonrisa triste me llega al corazón.

Sus brazos me sostienen con fuerza y me atraen más hacia él, fundiéndonos en un abrazo. El perdón nos envuelve por completo. No trató de alejarse de mí, él solo buscaba una forma de conectar con su madre.

Me equivoqué.

«Las personas nos equivocamos», la voz de Leo resuena en mi interior.

—¿Podrás perdonarme? —pregunto contra su pecho.

—¿Perdonarte? —responde confuso.

—¿Podrás perdonarme porque pensé que me abandonabas? —Mi voz se rompe y deja paso a un sollozo que cruje hasta la médula.

—Odio haberme ido cuando tú más me necesitabas. Te prometo que, aunque nos separen kilómetros, Luci, yo siempre voy a estar a tu lado. —Sus palabras en mi oído son como un mantra—. Te pido

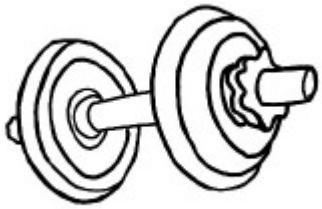
perdón por marcharme, me acobardé, no podía volver a ver cómo perdía un ser querido. —Su voz rota provoca que me aferre con más fuerza a su pecho.

—Quiero perdonarte..., pero necesito tiempo para volver a confiar en ti —pronuncio sintiendo cómo sus dedos acarician mi espalda.

Hemos parado el tiempo, el parque ha dejado de importar porque lo único que necesito es que él esté bien.

Miro a Noah y solo quiero cuidarlo toda la vida, asegurarme de que nada vuelve a arrebatarle la sonrisa.

Capítulo 28



Noah

Me sentí aliviado cuando finalmente pude confesarle la verdad sobre aquel viaje. Sin embargo, el dolor que se apoderó de mí al ver en sus ojos que creía que la había abandonado fue indescriptible. La angustia de comprender que, en su mente, mi partida significaba un rechazo definitivo, me devastó. En ese momento, entendí que, aunque no dejé de pensar en ella ni un solo instante, tal vez había fallado al no hacer más cuando volví de aquel viaje. Usé mi frialdad como táctica de defensa para evitar arrastrarla a mi oscuridad, y el silencio desgarrador e incómodo se fue interponiendo entre nosotros.

Todo me sobrepasaba, como si las circunstancias me aplastaran: el dolor de extrañar a mi madre, la tensión en casa, las facturas, las dificultades con Leo... Y, a pesar de todos esos esfuerzos por mantenerme distraído, nada conseguía arrancarla de mi mente. ¿Podría haber hecho más? Lo sé, lo siento, y aunque ahora sea tarde

para cambiarlo, solo me queda aprender del pasado, abrazar sus lecciones y seguir adelante.

Es asombroso cómo nos quedamos atrapados en los bucles de nuestras propias inseguridades. Ahora mismo, estoy sumergido en la memoria de aquella tarde con Lena, reviviendo cada instante, cada gesto. Han pasado ya varios días, y, sin embargo, sus palabras siguen clavadas en mi mente, como un eco persistente. No dejo de pensar en que ella cree que aislándose del mundo y protegiéndose del dolor ajeno, encontrará paz. Mi impulso inmediato es abrazarla, sostenerla, hacerle entender que esa no es la solución, que está equivocada. Pero ¿quién soy yo para decirle eso? Si yo mismo me paso la vida intentando complacer a los demás, cargando con los problemas ajenos, haciendo todo lo posible por mantener a la gente cerca de mí, por no perderme en la soledad de la indiferencia. Me convierto en el salvavidas de los demás, porque esa es mi manera de asegurarme de que no se vayan, de que siempre haya alguien a mi lado. Pero ¿realmente estoy ayudando o, en realidad, me estoy protegiendo a mí mismo? ¿De qué me sirve tener a todos cerca si no soy capaz de entender lo que realmente necesito para sanar?

Me alegra saber que Lena ha encontrado apoyo en los amigos que ha conocido en la facultad. Me sentí muy agradecido de poder conocerlos en persona y ver cómo trabajan en clase. Fue genial el momento en que Lena decidió ir a su taquilla a guardar todo el material, porque aproveché para intercambiar el número con su amigo Guillem. Tengo una idea en mente y sé que a Lena le haría mucha ilusión que sus amigos estuvieran cuando la lleve a cabo.

Se apoyó en mí y me permitió vislumbrar, una vez más, los tormentos que se agolpan en su interior. Fue entonces cuando le recordé que, a pesar de las distancias que a veces nos parecen insalvables, sus padres siempre están ahí para ella. Leo y Lena

tienen la fortuna de contar con ese apoyo incondicional, un amor que, aunque no siempre se exprese con palabras, se manifiesta en cada momento que comparten, en cada instante que logran robarle al tiempo para estar juntos. No es que les sobre, pero hacen todo lo posible para estar presentes en las vidas de sus hijos y darles lo que necesitan.

Comprendo a Luci más de lo que ella misma cree: sé que, aunque sabe que puede contar con ellos, siente esa distancia invisible que la hace sentirse apartada, como si nunca fuera suficiente. Pero es precisamente en esos momentos de fragilidad donde decidí que no podía dejarla hundirse de nuevo en la falsa creencia de que no es lo suficientemente valiosa, que no merece ese amor que tiene a su alrededor. Porque, en realidad, ella es más que suficiente para todos los que la rodean, más de lo que su corazón le permite ver. Y, de alguna manera, siento que he sido afortunado, que la vida me ha dado la oportunidad de ser una de esas personas a las que puede recurrir, una de las que, quizás, le recuerdan, aunque sea por un instante, que nunca estuvo sola. Y por ello, me siento profundamente agradecido.

En los últimos días, hemos coincidido en los entrenamientos de manera más frecuente, cuando logro adelantar mis sesiones y puedo estar disponible justo cuando Lena baja al gimnasio. A veces, incluso entrenamos junto a Leo, quien se ha mostrado contento de verdad al ver que Lena y yo estamos resolviendo nuestras diferencias. Durante ese tiempo, Mario, en un gesto que no pasó desapercibido, se ha visto en la obligación de limitarse a saludarnos de manera cordial, sin más interacción. No iba a permitir que se interpusiera en el tiempo que comparto con Luci y, afortunadamente, no he tenido que hacer nada más que mantener la cortesía. Ha sido él quien, de manera palpable, ha buscado excusas para evitar unirse a nuestros

entrenamientos, eludiendo cualquier implicación más profunda en los momentos que, al fin y al cabo, son solo para Lena y para mí.

Algunos días, Lena y yo hablamos un rato antes de dormir, otros días desayunamos juntos, venimos o vamos en metro y de alguna forma siento que ambos estamos abriendo la puerta de nuevo. No es mucho rato ni tampoco mucha conversación, pero volver a sentirla cerca me llena el alma. Comprendo que en dos días la confianza no vuelve, por eso estoy tratando de darle su espacio para que sea ella la que se acerque cuando así lo quiera y lo sienta.

Ver a algunos de mis compañeros salir de clase antes de la hora me saca de mi mente, y frunzo el ceño sin entender por qué. A ver, la clase es de todo menos divertida, la verdad, pero estamos trabajando en nuestros proyectos personales. La idea de nuestro proyecto es reurbanizar una zona antigua de la manera más eco que se pueda, y digo nuestro porque Leo se encarga de acomodar los planos sobre la mesa, Fede y Lucas se encargan de diseñar los edificios que tendrá la zona y yo me encargo del documento y la maqueta 3D. En resumen, un fiestón.

Se suponía que esta clase iba a ser para avanzar los proyectos, pero al señor Márquez le ha dado por ponernos una presentación bastante larga de no sé qué, mentiría si digo que estoy prestando atención. Porque la verdad es que sigo pensando en Lena, porque hay algo que me ronda la cabeza, y sé que no voy a parar hasta dar con ello.

—Pss —intento llamar la atención de Leo con un codazo suave.

—¿Salimos? —Su pregunta parece una súplica.

Pongo los ojos en blanco al ver que no ha esperado a que respondiera y que ya se ha echado la mochila a la espalda. Me mira esperando que me mueva, y ahogo un suspiro y cojo mi maleta para

salir de clase tras él, no sin que antes el profesor nos dedique una mirada fulminante.

Qué suerte que firmemos la asistencia en cuanto entramos a clase.

—Anda que esperas a que responda —le recrimino con un puñetazo suave sobre su hombro en cuanto salimos al pasillo.

—Noah, hay situaciones en la vida en las que uno debe liderar a los demás —Leo responde filosófico.

—Pues si te siguen a ti, van listos... —digo sarcástico.

—¿Qué quieres decir? —Para en seco frente a mí enarcando una ceja.

—Tengo una idea. —Trato de desviar la conversación.

—No me cambies de tema —me amenaza con su dedo índice.

—¿Qué te parece si le organizamos un cumpleaños sorpresa a tu hermana? —balbuceo nervioso, Leo me mira pensativo—. Dentro de un par de semanas es su cumpleaños. Te acuerdas, ¿verdad?

—Lo que me sorprende es que te acuerdes tú.

—Son muchos años con vosotros dos, como para no acordarme si te pasas todo el mes anterior anunciándolo —río mientras reanudamos nuestros pasos hasta la cafetería.

Me acuerdo de cuando Leo cumplió los dieciséis años y convenció a sus padres de hacer una fiesta enorme en su jardín con piscina. La fiesta fue bien, pero en unas horas la mitad de los invitados estaban algo borrachos mientras que a Leo nadie lograba apagarle las pilas: corría de un lado a otro tratando de ligar con las chicas, saltaba de cabeza en la piscina, venía a nuestro encuentro a intercambiar dos frases y volvía a empezar. Se pasó toda la tarde así.

En pocos minutos llegamos y nos hacemos con una de las mesas del fondo donde estaremos más tranquilos.

—¿Qué tienes pensado? A mi hermana no le gustan las fiestas —Su dedo índice me acusa de nuevo.

Aún recuerdo el único día que accedió a salir con su hermano y conmigo cuando ella apenas tenía dieciséis años. Nada más entrar a la discoteca, le dio tal ataque de agobio que tuvimos que salir de allí y plantarnos en la orilla del mar para que se tranquilizara. Aquel día Lena nos confesó que le daban pánico las aglomeraciones de gente.

—No me digas, no me había dado cuenta. —Ambos reímos—. He estado pensando en una cena.

—¿Los tres? Eso está hecho —responde animado.

—Podríamos invitar a sus amigos... Lena me contó que tiene un grupo de buenos amigos en la universidad. —Los nervios me devoran por dentro.

—¿Los conoces? —interroga.

—Podemos conocerlos..., ¿qué te parece la idea? —Lo incluyo en el plan para que no se sienta apartado.

No sé cómo le sentaría saber que he conocido a los amigos de su hermana antes que él, así que no lo menciono, aunque tampoco le miento: apenas conozco a esos chicos y creo que conocerlos mejor junto a mi mejor amigo es un buen plan.

—Me gusta que vuelvas a llevarte bien con Lena. —Su respuesta me deja perplejo.

¿Eso es un sí? ¿Le ha gustado la idea para Lena? ¿Le parece bien conocer a sus amigos?

—Yo me encargo —me apresuro a decir.

Quiero demasiado a mi amigo, pero no quiero que la pequeña reunión se convierta en un desfase. Además quiero ser yo quien le organice una bonita sorpresa a Lena por su veintiún cumpleaños, porque hace años que no lo hago y no quiero perderme la oportunidad de hacerla feliz en un día especial.

Cumple veintiuno y es toda una mujer.

—¿De qué te vas a encargar? Si es una fiesta me apunto. —Me sobresalto al oír la voz de Vania detrás de mí.

—No, cariño, mi hermana lo que menos quiere es una fiesta en su cumpleaños —responde Leo antes de estampar la boca sobre Vania.

—Eso suena a plan aburrido. —Y sin que nadie la invite, Sandy toma asiento frente a mí con una sonrisa.

Capítulo 29



Lena

Han transcurrido varios días desde entonces, y aunque todo parece marchar razonablemente bien, el cúmulo abrumador de trabajo que me han asignado para estas semanas se ha convertido en un verdadero desafío. Tanto es así que la cantidad de tareas no cabe en mi habitación, y he tenido que adaptarme a un rincón del salón. Un rincón que, por cierto, no está solo ocupado por mí, sino que Noah y Leo parecen estar afrontando el mismo problema, y compartimos el espacio de manera algo caótica. A pesar de todo, me siento agradecida de no tener que cargar con todos esos papeles y proyectos hasta casa, lo cual, en cierta medida, alivia la carga.

Tras casi tres meses de convivencia en el piso, hemos establecido una serie de rutinas que, de alguna manera, me dan estabilidad. Me resulta reconfortante, por ejemplo, que mi hermano se encargue de poner el despertador para levantarse justo a tiempo, lo que nos permite compartir el desayuno, un momento que también

compartimos con Noah, siempre en un ambiente tranquilo y agradable. Los entrenamientos también se han convertido en una costumbre. Aunque a veces nuestras rutinas no coinciden, cada vez que terminamos un ejercicio, buscamos cualquier excusa para entablar una conversación. Además, Leo y Noah han sido una enorme ayuda con las maquetas que entregué hace unas semanas; sin ellos, no habría alcanzado el primer excelente del curso, lo cual, en cierta manera, me llena de orgullo.

Pero lo que realmente me ha cautivado en todo este tiempo ha sido observar cómo Noah, de manera sutil pero firme, ha comenzado a acercarse a mí. No de la manera en que lo hacía antes, sino con un interés auténtico, como si realmente quisiera saber cómo me siento, o simplemente para dejarme claro que desea pasar más tiempo conmigo. Y lo cierto es que, por más que intente resistirme, ya no puedo seguir negándome a esa cercanía. Me muero por volver a trasnochar, por disfrutar de esas horas que, cuando estamos juntos, parecen volar.

Acabamos de adentrarnos en noviembre, y aquí estoy, aún aferrada a mi ropa veraniega. Llevo puesto mi vestido de flores favorito, con un suéter encima, porque, como siempre, soy extremadamente friolera y no tengo intención de sucumbir a un resfriado en mitad del cuatrimestre, especialmente cuando tengo proyectos y entregas acechando. Sin embargo, me niego a renunciar a la paleta de colores vivos que me caracteriza.

—Eso está chulo. —Escucho una voz que me sobresalta tanto que casi dejo escapar el aliento. Instintivamente, me llevo una mano al pecho, tratando de calmar mi corazón que, de tan violento que late, parece querer escaparse de mi pecho.

—¡Noah, me quieres matar de un infarto, admítelo! —le digo, indignada por su aparición sorpresa, mientras trato de controlar mi

acelerada respiración.

—¿Cómo voy a querer yo eso, Luci? Lo que no quiero es que sigas con la cabeza enterrada en tanto papeleo sin descanso —responde, con su tono implacablemente tranquilo. Desvío la mirada hacia él, y veo que se ha sentado en la silla contigua a la mía—. Desde que llegué de trabajar, no te has movido de la mesa. Han pasado horas, Luci.

Sus palabras me hacen detenerme un momento, y un ligero remordimiento se cuela en mi pecho. He estado tan absorta en la vorágine de entregas y plazos que ni siquiera me he dado cuenta de cuánto tiempo he pasado atrapada en ese espacio reducido de papel y tinta.

—¿Qué te parece si descansas un rato? —dice, y sus dedos rozan mi piel con tal suavidad que un escalofrío me recorre el cuerpo. Su tono, bajo y dulce, tiene un poder hipnótico. En un instante, me encuentro completamente atrapada en su presencia.

Y es que, si soy honesta conmigo misma, he estado haciéndome esa misma pregunta una y otra vez durante las últimas semanas: ¿qué está ocurriendo entre Noah y yo? Siempre he tenido esa idea platónica de que él era simplemente el amigo de mi hermano, pero ahora todo parece desdibujarse. Ya no solo lo veo como eso, no. Ahora busco más. Cada gesto, cada palabra, cada roce..., todo lo que tiene que ver con él me consume, me absorbe. Y no puedo evitarlo.

—Eso suena a que tienes un plan, dime que lo tienes —suplico, agotada de tanto dibujar líneas y más líneas, con la vista ardiendo por el esfuerzo.

—El plan es rescatar a la princesa de las garras de la universidad —responde, su sonrisa ahora es claramente juguetona, algo seductora.

—Me gustan las historias con dragones —sonrío, sintiendo cómo mi corazón comienza a latir con una suavidad nueva.

—Bien, pues para ello debemos salir de la cueva —dice, señalando la habitación que hemos compartido como refugio durante tanto tiempo—. Prepárate, vamos a salir un rato, así nos despejamos un poco.

Se frota el rostro con una mano, mostrándome una pizca de cansancio que, sorprendentemente, se refleja también en mí. Él, al igual que yo, parece haber llegado al límite de sus fuerzas. Y aunque estoy agotada, algo dentro de mí se despierta ante la simple idea de abandonar este confinamiento, de dejar atrás las sombras del trabajo y los proyectos por un rato, para hacer algo... distinto.

Se ha pasado parte de la mañana con varios entrenos para luego salir pitando a clase, ha debido de llegar hace un par de horas o así, creo. No estoy segura, llevo todo el día con la cabeza enterrada en el proyecto de artes gráficas que debemos entregar a final de cuatrimestre, es decir, en mes y medio, y no tengo ni idea de qué es lo que voy a hacer.

—¿A dónde me llevas? —Solía preguntárselo cada vez que Noah descubría un nuevo rincón, un sitio al que parecía necesitar llevarme antes que a nadie.

—A Marte —responde con una sonrisa tan amplia que me resulta imposible no sucumbir ante ella.

El simple sonido de su juego de palabras me ruboriza instantáneamente. Mis mejillas se tiñen de un rojo cálido, mientras muerdo mi labio inferior, ahogando una sonrisa que, de todas formas, acaba surgiendo en mis labios. Agacho la cabeza y me refugio entre los mechones de mi cabello, incapaz de sostener su mirada. ¿Cómo se supone que debo interpretar su respuesta? Conozco a Noah lo suficiente como para saber que no está jugando,

pero algo en su mirada, algo en la intensidad con la que me observa, me hace cuestionarme si hay algo más en sus palabras.

—Yo también voy a Marte... —Mi voz emerge suavemente desde lo más profundo de mi ser.

Es solo un juego de palabras, un juego que, en realidad, no lo es.

¿Lo dirá en serio o simplemente ha sido una casualidad, un juego de palabras? Sus ojos, que brillan con la intensidad de un verde que recuerda a las aguas más claras del mar, se encienden con una chispa juguetona, y su sonrisa se ensancha aún más, como si todo el universo se hubiera alineado con ese simple gesto.

Mientras lo observo, el torbellino de emociones que se desata en mi interior es incontenible, una mezcla de caos y calma, de inquietud y serenidad. Todo se amotina y se disuelve con una rapidez vertiginosa. Sin embargo, en medio de ese torbellino, la presencia de Noah me envuelve con una paz inesperada, un refugio apacible que contrasta con el tumulto que sacude mi mente. Incluso cuando mis responsabilidades y proyectos amenazan con consumir mi energía hasta la última gota, su cercanía se convierte en el ancla que me mantiene firme. Él crea un lugar donde el mundo, con su agobiante peso, se desvanece y lo único que existe es el espacio que compartimos.

Noah se pone en pie y yo lo sigo, imitando sus movimientos como un reflejo automático. En silencio, cruzamos el recibidor, y sus dedos se deslizan hacia el cuenco de las llaves. Toma las suyas con naturalidad mientras yo permanezco tras él, con la mente embotada y los sentidos agudizados, como si, en ese instante, no importara nada más. Ni el clima exterior, ni la temperatura que podría aguardarnos en la calle, ni el lugar en que he dejado mi móvil, ni la hora en que todo esto ocurre. Lo único que me importa es seguirlo,

dejarme guiar por él, como las luciérnagas que se sienten atraídas irremediablemente por la luz, sin pensarlo, sin dudarlo.

Siempre me han fascinado esas criaturas tan pequeñas, pero tan intensamente brillantes. Únicas en su existencia efímera, atrapadas en su propio resplandor.

Era inevitable que Noah dijera algo, lo sabía. Tras horas de estar sentada en la mesa del salón, atrapada por un mar de papeles y proyectos, agotada mentalmente hasta el punto de sentir que mis pensamientos ya no pueden más, era cuestión de tiempo que interrumpiera este bucle de productividad sin alma. Mis ideas creativas se han agotado, y me siento demasiado cansada para siquiera intentar encontrar nuevas soluciones. Estoy tan drenada que no me importa debatir sobre si debo o no bajar por las escaleras.

Tan solo sigo sus pasos y me dejo llevar sin preguntar, sin resistir.

¿Adónde iremos esta vez?

Caminamos sin prisa y sin dirección fija por la calle compartiendo un silencio cómodo, ese que se instala cuando dos personas se entienden sin necesidad de palabras. Creo que ambos necesitábamos despejarnos, escapar, aunque fuera por un momento, de la presión y las exigencias que nos ahogan. No puedo comprender cómo es posible que en la universidad nos inunden con tantas tareas, y que las clases, a menudo, sean una mera formalidad vacía de contenido realmente valioso.

De repente, Noah se detiene en medio de la calle. Giro sobre mis talones para mirarlo, y veo que hay un pasillo de piedra que se abre ante nosotros. Él me sonríe y no puedo evitar acercarme más a él, sintiendo cómo mi corazón late con fuerza, acelerado por la cercanía. En ese preciso instante, todo lo demás se desvanece. El bullicio de la calle, la rutina, los pensamientos, todo pierde significado. Lo único que importa es este momento, este espacio

donde somos solo nosotros, donde las palabras sobran y la conexión es más profunda que cualquier conversación.

—Allí estaremos tranquilos. —Sus palabras flotan en el aire como una promesa, y aunque me atrevería a decir que siempre estoy tranquila cuando estoy con Noah, me limito a asentir en silencio y seguirle el paso por el pasillo.

A ambos lados de las paredes cuelgan fotos y carteles que no logro procesar, como si el cansancio que tengo encima me hubiese adormecido los sentidos. Más allá, al fondo, se vislumbra la luz natural, acompañada por los ecos dispersos de voces infantiles, risas y el bullicio alegre de niños jugando. Podría detenerme a reflexionar sobre el lugar en el que nos encontramos, pero entonces siento la suave presión de sus dedos deslizándose entre los míos, y me vuelvo para ver cómo nuestras manos se entrelazan de forma casi inconsciente, como si siempre hubieran pertenecido la una a la otra. Alzo la vista hacia él, buscando su expresión, pero su rostro está concentrado, absorto en el paisaje ante nosotros: un jardín natural, presidido por una gran fuente y rodeado por grupos de niños que corren, gritan y juegan al balón.

Es extraño cómo nuestras manos parecen encajar con tal sencillez, como si estuvieran hechas a la medida exacta, talladas con precisión. En ese pequeño gesto siento que algo dentro de nosotros, algo que había permanecido guardado, comienza a reconstruirse, a transformarse. Y, sin embargo, esta vez es diferente. Me doy cuenta de que ya no somos solo amigos. Todo a nuestro alrededor se ha vuelto más intenso, más profundo, y, aunque nos conocemos desde siempre, estoy descubriendo a un Noah Sanders que aún no había conocido, y que, de algún modo, ya me ha conquistado.

—¿Cuál es tu concepto de «tranquilos»? —le pregunto, intentando suavizar el peso que ha traído su afirmación. La duda, aunque ligera,

también lleva consigo una sonrisa traviesa.

—Cualquier cosa que tenga que ver contigo me da tranquilidad, Luci —responde, y en sus palabras hay una sinceridad tan profunda que casi me cuesta procesarla. Sus ojos me recorren con una intensidad que podría derretirme y, por un instante, juraría que se encienden con una chispa interna que recorre mi propio cuerpo.

Es como estar al borde de un precipicio envuelto en una niebla espesa, donde no hay forma de ver lo que hay debajo. No sé si caeré en picado, si el camino seguirá o si, simplemente, Noah me sostendrá hasta el final, pase lo que pase.

Cruzamos el jardín hasta llegar a un rincón apartado con varios escalones de piedra. Ambos nos sentamos en el muro, con la ciudad a nuestras espaldas. Observo a Noah y lo veo nervioso. Mueve repetidamente una pierna sobre la otra, como si intentara calmar algún tipo de ansiedad interna. Su mirada está fija en un punto distante, como si no estuviera realmente aquí.

Me pregunto, en silencio, si esa misma desconexión es lo que me ocurre a mí cuando mi mente me atrapa, cuando mis pensamientos se desbocan y me alejan de la realidad.

¿Es ese el reflejo de lo que él ve de mí cuando mi cabeza se sumerge en la maraña de mis preocupaciones?

—Noah. —Un pequeño codazo en el brazo lo hace reaccionar, y niega con la cabeza como si pudiera quitarse los pensamientos de la mente—. ¿Estás bien? Si pasa algo..., me tienes aquí. —Nuestras miradas se cruzan una vez más, pero sus ojos no brillan, están algo apagados.

¿Es porque todo parece diferente? ¿Le incomoda que nos estemos acercando demasiado? ¿Es que no me ve como yo le veo?

—Cosas mías, no te preocupes... —Su voz se ha tornado insegura e inquieta.

Me preocupa, siempre lo ha hecho, incluso en los años en los que he tratado de poner cielo y tierra entre nosotros. Ese tiempo se ha desvanecido por completo, porque ahora Noah enciende algo inexplicable en mí, como si con él todo cobrara sentido.

Me acerco más, apoyo mi cabeza sobre su hombro y deslizo mis dedos sobre su brazo inquieto. El tacto de su piel se siente como en casa y parece que a Noah le produce algo similar, porque su tic nervioso desaparece bajo mis suaves caricias.

—Puedes contar conmigo ¿vale? —le digo en un susurro al oír que suspira cansado.

—He tenido un mal día en la universidad... A veces todo se me hace cuesta arriba y si le sumas que Sandy... —Mi pecho se contrae al oír su nombre.

—¿La chica de la otra vez? —pregunto, a sabiendas de que es ella.

—Sí... Se empeña en que estemos juntos cuando nuestra relación ha terminado, ¿sabes? Entiendo que quizás no está pasando un buen momento y no quiero ser quien se lo haga pasar mal, pero hacer como si nada hubiera roto nuestra relación me descoloca por completo. —Frunzo el ceño al escuchar su voz rota.

Me detengo al procesar lo que me dice. Sandy y él han estado juntos, eso lo había deducido por lo que he visto hasta ahora, lo que no me había parado a pensar es que lo que pasó aquel día en casa después de la cena de parejitas no fuera algo aislado de la rutina.

Noah siendo Noah, anteponiendo el bienestar de los demás al suyo propio.

—¿Y vuestra relación...? —La pregunta me brota de los labios antes de que pueda procesarla.

—Nuestra relación acabó definitivamente hace un mes más o menos, no podía seguir así. No hay relación, Luci, al menos no

debería haberla después de lo que ocurrió —se apresura a contestar, y asiento no muy segura de sus palabras—. Sandy y yo salimos durante un tiempo, todo parecía ir bien hasta que descubrí que se acostaba con otro tío ... Y la perdoné, siempre la he perdonado, hasta que he llegado al punto de no sentir nada cuando ella está cerca —suspira frustrado.

Su cuerpo vuelve a estar inquieto y me preocupa que Noah arrastre toda esta historia. Las dos veces que he visto a esa chica me ha quedado claro que no acaba de estar del todo bien, pero no me imaginé que la historia fuera de esta manera. Creía que Sandy podría ser una de las chicas con las que Noah se había enrollado y ya está, pero estaba equivocada. Tal y como lo veo ahora mismo, está preocupado por hacer daño a alguien que le ha hecho daño a él, ¿cómo puede anteponer a los demás antes que él mismo?

—Siento mucho que hayas pasado por esto, Noah... Alguien como tú se merece que lo quieran bien, no a medias. —Mis dedos suben por su nuca y se enredan en su pelo tratando de calmar el alboroto de su interior.

—No sé qué es que te quieran bien, Luci... Mi madre se fue demasiado pronto como para enseñármelo, solo tenía doce años. Mi padre... Mi padre se hundió en un pozo sin fondo al perderla. —Sorbe por la nariz, conteniendo las lágrimas que amenazan con salir de sus ojos.

—Noah, está bien, ¿me oyes? Mi hermano te adora y yo... Yo no he dejado de quererte nunca. Tal vez no sea el momento idóneo para decirlo, pero no puedo dejar que creas que no sabes lo que es querer bien. Es respeto, confianza, comunicación, valor, tiempo de calidad, sinceridad, mirar a la otra persona... y querer cuidarla toda la vida. Y tú sabes hacerlo mejor que nadie: cuidas de ti, de tu

padre, de Leo, de mí... —Mi cuerpo está completamente enganchado a él y no quiero separarme.

Lo quiero.

Lo quiero libre.

Lo quiero feliz.

Él se merece el mundo entero.

Noah me estrecha más hacia él. Su sonrisa tierna aparece en su rostro, sus ojos están puestos en mis labios, y consigue que tiemble bajo el tacto de sus dedos sobre mi espalda. En este momento no existe nada más que nosotros, es como si él me recordara quién soy sin hacer nada más que estar a mi lado.

—Y con Sandy... las cosas a veces tardan en colocarse en su lugar. A veces las personas nos damos cuenta de lo mucho que nos duele que alguien se marche cuando ya lo ha hecho. Tal vez ella esté en esa fase...

—¿Y qué puedo hacer para ayudarla? —Frunzo el ceño confusa.

—¿Y qué puedes hacer para ayudarte a ti, Noah? Hay situaciones en que debemos elegir si nos salvamos o nos perdemos tratando de salvar a otros. —Su cabeza se apoya sobre la mía, siento su peso sobre mí.

Ojalá poder quitarle todo lo que le atormenta de un plumazo, porque me mata verlo sufrir, pero me rompe el corazón que esté dispuesto a perderse por ayudar a quien le destruye.

Joder, Noah, te entiendo... Yo también daría lo que fuera porque tú estuvieras bien.

—¿Y si ya es muy tarde para no perderme? ¿Y si...?

—Noah. —Mis manos sujetan su rostro y le obligan a mirarme. Estamos tan cerca, sus labios están a pocos centímetros de los míos, siento el corazón bailar con fuerza, la respiración de Noah contra la mía, los niños correteando entre gritos, sus ojos que se clavan en los

míos. Me estremezco con el tacto de sus dedos, que aterrizan sobre mis mejillas.

Su mirada me incita a acortar la poca distancia que nos separa, esos escasos centímetros que separan sus labios de los míos y que ahora mismo deseo con todas mis fuerzas que dejen de existir.

—¿Luci...?

Sí, por favor, sí...

—Tu novia es muy guapa. —La voz de un niño interrumpe abruptamente el momento que compartíamos, sacándonos del delicado hechizo que se había tejido entre nosotros.

Tanto Noah como yo giramos al unísono, buscando el origen de esa voz que, como un rayo, corta el aire cargado de tensión. Un instante. ¿Íbamos a besarnos? Mi corazón late con tal fuerza que siento que se me va a escapar del pecho, desbordando cada latido con una energía descontrolada. Las manos de Noah, que antes descansaban sobre mi cuerpo, descienden lentamente para enlazarse con las mías, como si, al hacerlo, tratara de reconectar lo que casi hemos perdido.

El niño, que debe de tener alrededor de siete u ocho años, nos observa con una sonrisa abierta, ajeno a la burbuja que acaba de hacer explotar. Sus ojos inocentes y curiosos parecen percatarse de algo que ni siquiera nosotros mismos nos atrevíamos a reconocer, lo que estamos construyendo, lo que se está fraguando entre nosotros; es algo más profundo y enigmático de lo que las palabras pueden capturar.

Noah y yo ya no somos los mismos. El tiempo ha borrado las barreras que alguna vez nos separaron y ha deshecho los límites que el pasado nos puso. Siempre hubo una línea invisible, un espacio donde el «nosotros» no podía cruzar, pero ahora, en este momento, esa barrera ya no existe. Sin las restricciones de antes, sin las capas

que una vez nos cubrieron, parece que, finalmente, podemos ser lo que en realidad queremos ser. Y en medio de todo esto, siento que por fin somos libres de definirnos a nuestra manera.

—Gracias, chaval —responde Noah con una sonrisa. Su tono relajado logra que el niño se aleje y se pierda entre las risas y el bullicio a su alrededor.

¿Está él de acuerdo con que sea su novia? ¿Cómo ha sucedido esto? Las preguntas se agolpan en mi mente como un torrente incontenible, pero no logro darles forma. El caos de mis pensamientos se disuelve en el mismo instante en que siento las fuertes manos de Noah rodeando mi cintura, atrayéndome hacia él, devolviéndome al presente con la firmeza de su toque.

Bajo la mirada, refugiándome entre los mechones de cabello que me caen en cascada a ambos lados del rostro y que me permiten esconder las emociones que invaden mi pecho. Sonrío nerviosa, con una mezcla de incertidumbre y emoción, porque a pesar de las dudas que aún acechan en mi mente, una corriente cálida de ilusión se apodera de mí, inundándome por completo. Me pregunto si realmente estamos acercándonos, si hemos derribado, por fin, todos esos muros invisibles que nos separaban. Pero, por ahora, la sensación de estar aquí, con él, sin barreras, me parece la respuesta más cercana a todo lo que alguna vez soñé.

Mi teléfono suena y corta el silencio. Leo me está llamando. Deslizo el dedo por la pantalla y descuelgo.

—Dime. —Pego el móvil a mi oído mientras Noah me observa con una sonrisa traviesa.

—¿Puedo hacer hueco en la mesa del salón? Tengo que desplegar unos planos. —Abro los ojos como platos y me giro hacia Noah, quien se sobresalta pensando que algo malo ocurre.

—Leonardo Luna, estate quieto, no muevas nada, voy enseguida. —Cuelgo, poniéndome en pie dispuesta a llegar a casa cuanto antes.

Ruedo los ojos clamando paciencia y rezando para que mi hermano me haga caso.

Capítulo 30



Lena

Los murmullos de la cocina me desconcentran de la lectura del libro que tengo entre manos. Frunzo el ceño distraída, busco de dónde provienen esas voces conocidas y trato de oír lo que pasa al otro lado de la pared, concretamente de la cocina.

—Vamos, Noah... —anima mi hermano.

—No, Leo, de verdad que no me apetece.

La curiosidad se cuela por mi piel. ¿Qué no le apetece?

Me muevo sin hacer ruido y me acerco hasta la puerta entreabierta de la cocina. Consigo asomar la vista la suficiente para verlos a los dos.

—Es un sitio nuevo que han abierto en el centro, no podemos perdernos la oportunidad, Vania insiste en ir a la inauguración esta noche. —¿Leo intenta convencerlo de ir algún sitio? Me imagino que será alguna discoteca o algo por el estilo.

Me sorprende que Noah se niegue a un plan como este, especialmente cuando solía ser lo contrario: los dos siempre estaban dispuestos a lanzarse a cualquier aventura juntos. Sin embargo, es cierto que desde que estamos aquí las salidas nocturnas han quedado en segundo plano. No ha habido ni rastro de esos planes impulsivos que tanto solían compartir.

No he tenido muchas oportunidades para hablar con Vania, pero, por lo que he observado, parece ser la que incita a Leo a salir a menudo, quizás más de lo que yo consideraría saludable. Leo es suficientemente mayor para saber lo que le conviene. Aunque respeto sus decisiones, no puedo evitar preocuparme de que vuelva a caer en esa rutina insostenible de salir de fiesta dos o tres veces por semana.

Tal vez soy yo quien no les ve la gracia a esas noches interminables, a perderme en multitudes donde el único recuerdo tangible es el olor a sudor de alguien bailando demasiado cerca. Pero claro, ¿quién soy yo para cuestionar lo que otros disfrutan? Al final, ¿qué sentido tiene salir de fiesta, si no es para huir de la rutina o para encontrar algo efímero que nos haga sentir vivos por un par de horas?

—Pues que lo disfrutes, estoy reventado de tanto trabajo. Además..., qué casualidad que Sandy lleve días insistiendo en que salgamos de fiesta, ¿no crees? —Noah es escueto, pero tiene razón. Está reventado, se le nota en la cara y en la voz, pero lo de Sandy me pilla por sorpresa... ¿Siguen hablando?

Un escalofrío me recorre la espina dorsal y mi mente empieza a jugar a hacerme sentir pequeña e insuficiente de nuevo. Ladeo la cabeza tratando de ahuyentar esos pensamientos intrusivos. No logro entender su dinámica. Hace apenas unos días, Noah me contó que habían puesto fin a su relación de manera definitiva. Entonces,

¿por qué siguen en contacto? Es cierto que me mencionó que ella sigue insistiendo en que retomen lo que alguna vez tuvieron, pero... Espera, espera, espera. ¿Por qué me importa tanto si él sigue hablando con ella? Tal vez la respuesta resida en el hecho de que, en dos ocasiones ya, sus labios estuvieron tan cerca de los míos que la distancia entre ellos parecía casi inexistente.

—¿Por eso se ha tomado la libertad de sentarse con nosotros en la cafetería en la última semana? Ya veo... Bueno, tío, hazme un favor, échale un vistazo a Lena, ¿vale? —pide Leo.

¿Cómo es posible?

Aún no logro comprender el comportamiento de Sandy. Si no están juntos, ¿por qué sigue persiguiéndolo?

Sé que soy perfectamente capaz de cuidarme por mí misma, no necesito un niñero. Pero, si ese niñero resulta ser Noah, entonces quizás me lo piense... Aunque, en este preciso momento, me siento como un rompecabezas cuyas piezas parecen no encajar, sobre todo cuando se trata de entender la relación de Sandy. Mario dice que le doy demasiada importancia a todo y que debería relajarme un poco más. No sé si lo dice en referencia al entrenamiento —porque, efectivamente, me tomo mi tiempo para hacer los ejercicios bien— o si realmente me ve de esa manera, como alguien que se ahoga en los detalles. Pero, en parte, tiene razón. Desde que los ataques de pánico se han vuelto frecuentes, me obsesiono con los detalles, analizando todo lo que importa y lo que no. Mi mente no me da tregua: salta de un tema a otro sin dejarme espacio para refutar lo que pienso, ni siquiera para asimilarlo. Según Carmen, he estado haciendo grandes avances en mis ejercicios para estar más presente, en el «aquí y ahora», pero a veces siento que mi cabeza sigue siendo un torbellino descontrolado.

—Claro, tío. —Noah se gira para ver a Leo, pero sus ojos se clavan en mí. Ahogo un grito y me escondo para que no me vean—. Mejor díselo a ella, no parece que le entusiasme la idea —ríe nervioso.

Mis mejillas se tornan rojizas y en un instante hago el amago de moverme, pero Leo me lo impide agarrándome suavemente del brazo antes de que pueda esconderme avergonzada.

—¿Qué haces espiándonos, enana? —Leo me mira buscando respuestas con una ceja en lo alto. Me aguanto la risa que me provoca verlo así—. ¿Y ahora te ríes? Muy mal, Lena —responde vacilante.

—Anda, vete ya, que si no la fiesta no podrá empezar sin el rey —le animo con un gesto señalando la puerta.

—¿Ves, Noah? Mi hermana entiende el peso de ser el rey de la fiesta —espeta.

—Sí, Leo, sí. Vania lleva un rato esperándote abajo —le recuerda Noah, cosa que mi hermano ha olvidado por completo, por la cara que pone.

—Pórtate bien, hermanita. —Deposita un beso sobre mi cabeza, la sonrisa se dibuja en mi rostro—. Tú, pórtate bien. —Señala con su dedo índice a Noah.

—Tira ya si no quieres que te saque a rastras —le contesta Noah riendo y negando con la cabeza.

Dos minutos después, la calma y la paz vuelven a reinar en casa. Me he quedado ensimismada viendo la puerta desde que Leo ha cruzado por ella. Me ha dado un beso en la cabeza, como solía hacer cuando éramos más pequeños. Echaba de menos sentir cerca a mi hermano. Muchas veces siento que el pegamento de todo lo que nos une es Noah.

—Vístete, que nos vamos. —Noah me observa desde el marco de la puerta de la cocina con solo unas bermudas negras.

¿Cómo puede ser que solo vista unas bermudas negras las cuales no puedo dejar de observar? Cada vez que lo veo de esta forma consigue que se me suban los colores y sustituye el airecillo fresco por una oleada de calor en mi interior.

—¿Cuál es el plan? —respondo colorada al ver que se acerca a mí.

Después de estas semanas ya me he acostumbrado a que Noah y yo salgamos a cualquier parte a hacer cualquier cosa, los planes improvisados son mis favoritos. Me gusta que poco a poco vayamos cogiendo la confianza suficiente para... diría que volver a ser amigos, pero creo que esta vez hay mucho más en juego de lo que puedo ser consciente.

—Entreno. —Su voz choca contra mí.

—Noah, te has pasado la mañana entrenando a la gente ¿y tienes ganas de volver al gimnasio? —pregunto incrédula ante su propuesta.

—Tú misma lo has dicho, Luci, he entrenado a gente, pero no he hecho mi entreno y hoy vamos a hacerlo juntos. —Sé que no quería que sonará así pero no puedo evitar que mis mejillas se tornen rojizas.

—El entreno... —me apresuro a aclarar.

—Claro, Luci, ¿qué si no? —Su tono juguetón y su sonrisa traviesa me gustan.

Me gusta él.

Me gusta Noah Sanders.

* * *

Ha pasado un buen rato tratando de convencerme de que entrenar un sábado por la tarde es el mejor plan del mundo, argumentando que, dado que no suele haber mucha gente, es la ocasión perfecta para entrenar en paz. He encontrado increíblemente tierno ver cómo se esforzaba por hacerme decir que sí, cuando en realidad no necesitaba decir más. Desde el primer momento en que me lo propuso, sabía que iba a acompañarlo.

Agradezco profundamente que Noah y yo estemos bien. Lo que sea que surja entre nosotros, pido a la vida con todo mi ser que sea algo bueno, que sea para bien.

Llevamos un buen rato entrenando espalda en el gimnasio. Noah ha hecho una apuesta tonta, asegurando que mis ejercicios favoritos son los de pierna, pero se equivoca. Los días en que entreno espalda y tríceps me siento como Hulk, como si todo mi cuerpo estuviera lleno de fuerza.

Mario ha aparecido por un momento para saludarnos, y luego ha seguido con su rutina. Supongo que esperaba entrenar conmigo hoy, pero como siempre cuando vengo acompañada de Noah, él se aparta. Me resulta curioso cómo cambia su actitud dependiendo de con quién esté. Es extraño ver cómo se transforma, como si se sintiera desplazado. Nadie quiere sentirse como una segunda opción, pero la situación me parece rara, sobre todo porque siempre he considerado a Mario mi amigo.

Lo cierto es que Noah y yo no hemos parado de reír mientras nos turnamos las máquinas. Él lanza bromas y cuenta chistes pésimos, pero no puedo evitar reírme. Es muy tierno ver cómo se esfuerza por sacarme una risa. Alega que últimamente estamos tan sumidos en las tareas de la carrera que no tenemos tiempo para divertirnos, pero lo cierto es que no se ha ido de fiesta con Leo hoy. Me embarga una curiosidad inquietante: ¿y si se ha quedado por mí?

No, no puede ser. Lo más probable es que se haya quedado porque, como le dijo a mi hermano, está agotado. Pero si realmente está cansado, ¿por qué hemos bajado a entrenar juntos?

—Noah.

—Dime, Luci.

—¿Por qué no has ido con mi hermano? —pregunto mientras levanto mancuernas por encima de mi cabeza.

—No me apetece salir de fiesta... Hace tiempo que no me apetece salir en esos ambientes, Luci, simplemente Leo es mi amigo y... —Para de hablar de golpe y no entiendo lo que ocurre hasta que lo veo a través del cristal. Mejor dicho, la veo a través del espejo.

—Noooah, aquí estás, —Bajo las mancuernas y las dejo en el suelo con cuidado.

Me quedo de piedra al ver su melena rubia acercarse a nosotros, Mejor dicho, a él. Entrecierro los ojos pensativa mientras observo lo maquillada que viene esta chica al gimnasio.

¿La ha llamado Noah? No, no puede ser. ¿Por qué está aquí? ¿A qué viene? Siento como si la maraña de preguntas se me enredase en el pecho.

—¿Qué haces aquí? —le pregunta Noah incrédulo.

—Vengo a verte, Vania me ha dicho que no ibas a salir y he pensado en hacerte una visita, ¿no es genial? —Es increíble cómo acabo de pasar a un segundo o tercer plano, o incluso a uno inexistente.

¿Piensa entrenar con nosotros? ¿No ve que estoy aquí?

—Estoy ocupado, Sandy —responde haciendo lo posible por mantener la compostura.

La rubia lo observa con una intensidad desconcertante, con los ojos fijos en Noah durante un largo rato antes de desviar la mirada hacia mí. Su mirada me recorre de arriba abajo, como si intentara

desentrañar cada rincón de mi ser. Hay algo en su actitud, una fuerza inexplicable, casi como si estuviera midiendo cada uno de mis movimientos, evaluándome. El fulgor de su mirada parece desafiarme, como si cada centella que emana de sus ojos fuera una declaración de guerra silenciosa. No sé qué pretende exactamente, pero no tengo la menor intención de adentrarme en los juegos mentales a los que solían jugar mis amigas en el instituto, esos que se basan en la competencia velada y en las rivalidades sin sentido. No tengo tiempo para eso, ni ganas.

—No sé con qué —responde ella seca, posando todo su peso sobre una pierna con su brazo en jarra como toda una modelo—. He venido a estar contigo, Noah. —Y eso me sienta como un jarro de agua fría.

Tendrá morro, la tía.

No soy quién para interponerme en su conversación, aunque debo admitir que ganas no me faltan. No logro comprender qué es lo que ha hecho que esta chica se comporte de esa manera, ¿acaso no se da cuenta de que el mundo no se reduce solo a su pequeño círculo? Si yo tuviera una melena rubia que se desliza como la seda o unas piernas interminables que realzan mi figura, tal vez también caminaría con esa misma seguridad arrogante que ella exhibe. Pero, lamentablemente, no tengo ninguno de esos atributos. Y, a pesar de eso, me pregunto si su actitud tiene alguna base sólida más allá de la apariencia, si hay algo más que la belleza superficial que le otorga esa confianza tan evidentemente presuntuosa.

—Estoy ayudando a Lena con la rutina. —¿Ahora soy la excusa?

Dejo escapar un suspiro exasperado, con el cuerpo agotado de tanto intentar calmarme mientras me agacho para recoger las mancuernas. Con la mirada fija en el suelo, comienzo la siguiente serie, pero mi mente no puede despejarse completamente. El ruido

de la conversación que se desarrolla a mis espaldas no hace sino aumentar mi frustración, y me esfuerzo por encontrar un espacio mental donde ordenar mis pensamientos. ¿Por qué me molesta tanto su presencia? Primero, de manera indiscutible, porque sé que esa chica ha sido una fuente de sufrimiento para Noah, y me basta con observar la expresión de angustia en su rostro para darme cuenta de que, en este mismo instante, está provocándole otro mal trago. Pero lo que más me irrita es la ironía de que, además, esté entrenando conmigo. ¿Cómo puede ser que esta situación, que debiera ser una oportunidad para concentrarnos en lo que estamos haciendo, se vea empañada por la incomodidad que ella genera?

—Vale, pero que no moleste en nuestro entreno. —Casi se me cae una mancuerna al ver cómo le acaricia la mejilla a Noah.

El malestar se extiende en mi pecho como una sombra implacable, una sensación que no puedo controlar y que me consume poco a poco. Me asusta, más que la incomodidad en sí, el miedo a que esta sensación me empuje a actuar impulsivamente, a que los celos, esos monstruos invisibles, tomen el control. Sí, lo admito, estoy celosa, porque desearía ser yo quien le sostuviera el rostro a Noah, no ella. Me consume el dolor de verlo tan concentrado en ella, como si mi presencia fuera una mera distracción. Y yo... me siento ridícula, insignificante.

Pero entonces, las dudas empiezan a nublar aún más mis pensamientos. ¿Y si todo lo que me ha dicho ha sido una mentira? ¿Y si, en realidad, ellos siguen siendo algo, algo que yo no comprendo del todo? ¿Y si solo soy una distracción pasajera para él, un entretenimiento en medio de algo que no se atreve a dejar atrás? Las preguntas se arremolinan en mi mente, una tras otra, ahogándome en su incerteza.

—Sandy, si quieres entrenar hazlo. Yo estoy con Lena, en un entreno privado, ¿entiendes? —responde antes de que siga hundiéndome en el pozo de no saber qué hago aquí.

—Vale, vale, es trabajo, lo pillo —refunfuña Sandy, poniendo los ojos en blanco.

Giro sobre mis talones, clavando la mirada en ella con la intensidad de una flecha que atraviesa el aire. Ella parece darse cuenta, pues no avanza hacia él, y dedicándome una sonrisa forzada, se disuelve en la penumbra de las máquinas como un suspiro, dejando tras de sí solo un rastro fugaz de su presencia.

El silencio cae de nuevo sobre nosotros, pesado e implacable, y en mi mente se suceden imágenes repetidas, como un ciclo interminable de lo que acaba de ocurrir. Me siento atónita ante la irracionalidad de la situación: ¿cómo es posible que ella irrumpa de esa manera, sin el más mínimo cuidado ni respeto por los límites, como si todo le estuviera permitido? Su actitud, tan descarada y sin reservas, me desconcierta. No logro entender cómo puede actuar de esa forma, sin siquiera detenerse a considerar las consecuencias de sus acciones.

Lo que más me asusta, sin embargo, es lo que me ha llevado a quedarme aquí, a su lado, presenciando esta escena, cuando mi instinto me grita que quizás he cometido un error al ver la posibilidad de que todo esto sea un juego.

—Lo siento, Lena, de haber sabido que iba a venir nos hubiéramos quedado en casa. —Su mirada sincera busca la mía. Está inquieto y nervioso.

¿Es cierto lo que dice? Mi mente no para de zumbar, un murmullo incesante que me impide pensar con claridad. Ladeo la cabeza, como si intentara deshacerme de las voces que me acosan, buscando un respiro, un breve segundo de calma. Alzo la vista y me

encuentro con el rostro de Noah, tan descompuesto, tan claramente perturbado, inquieto, como si el propio peso de la duda lo estuviera aplastando.

¿Debo creerle?

¿Es que lo que realmente quiero es creerle?

—Te creo, Noah, solo ha bastado verte la cara de espanto al verla. ¿Qué te parece si acabamos de entrenar y vamos a casa a ver una peli? Ahí no se puede colar para acercarse demasiado a ti.

—Así que ha sido eso por lo que has fruncido el ceño. —Su tono juguetón me hace reír—. La pequeña Luci está celosilla, vaya, vaya. —Sus dedos me buscan las cosquillas a los lados de mi torso y yo me retuerzo de risa.

Estaba celosa, estoy celosa y ahora que los dos hemos llegado hasta aquí no quiero sentir que nadie que no seamos Noah y yo pueda fastidiar lo que sea que estemos construyendo.

—¿Yo? No sé de qué me hablas, Noah, ¿de qué voy a estar celosa? —bromeo.

Desvío la mirada de un lado a otro sintiendo un cosquilleo en mi interior, y mis mejillas automáticamente se tornan rojizas de la vergüenza. La sonrisa de Noah aparece en su rostro ensanchándose más a cada segundo que pasa mientras no me quita el ojo de encima. Me quedo paralizada durante un momento cuando su cuerpo se inclina sobre el mío, el corazón me trepa por la garganta y estoy a punto de escupirlo cuando me doy cuenta de que nos encontramos demasiado cerca el uno del otro. Abro mis labios por inercia, como si estuviera esperando a que los suyos aterrizaran sobre ellos. Me siento tan hipnotizada ahora mismo que no puedo pensar en otra cosa que no sea su olor a vainilla. Cierro los ojos y me concentro en sentir el calor de su cuerpo frente a mí.

—Tal vez quieras robarme un beso —dice en un susurro acercando su voz. Noah Sanders consigue erizar la piel con seis palabras al oído.

¿Quiero?

No puedo pensar en otra cosa que no sea acortar la distancia que existe entre nosotros, pero él no lo hace, así que yo tampoco.

—¿Solo uno? Sería una pérdida de tiempo, ¿no crees? —Puedo sentir su respiración, pero estoy demasiado distraída en ver cómo se ensancha su sonrisa.

Ladea la cabeza procesando mis palabras. Sigo con la mirada fija en cómo sus labios se relamen lentamente hasta cambiar su expresión por una mucho más traviesa que provoca que la temperatura de mi cuerpo se eleve.

—Solo tú puedes robarme entero. —Con cinco palabras acaba de crear una ola de deseo en mi interior.

Siento el calor en mis mejillas y un cosquilleo en la boca del estómago, y no sé qué es más sexi, lo que me ha dicho o que me haya dicho eso y se haya puesto a levantar pesas mientras me mira juguetón a través del espejo. Me muerdo el labio inferior escondiendo mi sonrisa.

Madre mía.

¿En qué momento estoy tonteando con el hombre que ha reinado en todas mis fantasías adolescentes?

—Noooah, ¿puedes enseñarme cómo funciona la máquina del fondo, porfi? —Sandy vuelve a aparecer de la nada y nos arrebata la sonrisa a ambos.

Era demasiado perfecto para ser real.

El cuerpo de Noah se ha tensado por completo, su incomodidad es palpable y busca mi aprobación a través del cristal. Le hago un gesto sutil, señalándole que no me importa, que no quiero que se

sienta mal. Por lo que me contó, ha atravesado situaciones difíciles con esta chica, pero lo que no logro entender es por qué ella actúa como si todavía estuvieran juntos. Noah me asegura que será solo un momento y yo asiento intentando aferrarme a la esperanza de que así sea.

La verdad es que sí me siento mal. Como si estuviera fuera de lugar.

Noah ha dejado las mancuernas a un lado y ahora camina hacia Sandy, acercándose para explicarle cómo funciona una de las máquinas. Yo me quedo aquí, frente al espejo, sumida en pensamientos que no consigo ordenar.

Sandy es increíblemente guapa, y yo... soy simplemente normal.

Sandy tiene el cabello rubio y los ojos azules, y yo soy castaña con ojos verdes.

Sandy es mayor que yo.

Yo estaba entrenando con Noah, pero ahora él está ayudando a Sandy con la máquina, mientras yo me quedo sola, observando desde el reflejo en el espejo.

Menudo entrenamiento más agridulce.

—Parece que el entrenador ha abandonado a su clienta más guapa. —La voz de Mario, cargada de una cierta ironía, me hace reaccionar al instante.

Le devuelvo una sonrisa vacía a través del cristal, consciente de que ha acertado demasiado al usar esa palabra. «Guapa». Algo en su tono despierta una incomodidad que no puedo disimular. Ahora mismo me siento como una espectadora de mi propia vida mirando cómo todo parece moverse sin que yo pueda intervenir. Hurgar en la herida no ayuda y, sin embargo, aquí estoy, sintiendo cómo esa palabra se clava un poco más profundo.

—Menos mal que no le pago —respondo con un intento de ligereza, tratando de recomponerme mientras tomo nuevamente las mancuernas para completar una última serie bajo la mirada atenta de Mario.

—No te preocupes, chiquilla, ya seguimos nosotros con el entrenamiento —dice él, con esa sonrisa pícara que logra ruborizarme, a pesar de que trato de mantener la calma. Asiento, algo nerviosa, sin saber exactamente por qué su actitud me descoloca tanto.

No sé cómo abordar esta situación. No tengo ni idea de qué hacer o qué decir. Pero creo que lo mejor será seguir entrenando con Mario, al menos de esta forma podré distraerme y evitar ver cómo Sandy aprovecha cada pequeño detalle para acercarse más a Noah.

«Lena, deja de mirarlos», me repito a mí misma, como un mantra interno.

La realidad es que Noah Sanders y yo no somos nada más que amigos, y lo que ocurre entre él y Sandy está fuera de mi control. De nuevo, ha sido solo mi mente y sus trucos, haciéndome creer que existía algo donde no había nada. Sandy y Noah siguen siendo algo, de alguna manera, aunque no sé si se trata de algo real o de una ilusión que no acabo de comprender. Lo que sé es que no quiero entrometerme, especialmente cuando no tengo ni la más mínima idea de lo que es real y lo que no.

Acabo por irme a casa antes que Noah, con el pecho encogido y sintiéndome realmente desorientada. Busco ayuda en el bolígrafo y papel y dejo que lo que siento se plasme en el papel.

A veces me miro y me pierdo en el reflejo.
Un rostro ajeno, una silueta quebrada.
El eco de mis dudas retumbando en silencio,

y el peso de mi alma, tan frágil, tan callada.

El mundo brilla en colores que no toco.
Mientras, ellos danzan, imponentes, al sol;
y yo, entre sombras, me ahogo en el sofoco,
preguntándome si alguna vez seré como ellos,
o si soy, en verdad, de alguna forma mejor.

En sus ojos veo lo que no alcanzo,
en sus pasos, el ritmo que nunca sigo.
Y me pierdo buscando mi propio abrazo
en el laberinto de mi ser roto, herido.
Con cada comparación, con cada suspiro.

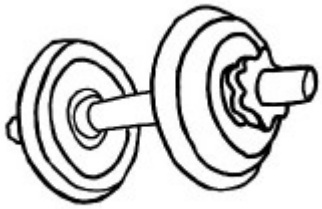
Me miro en su luz, pero soy sombra fugaz.
Me pierdo en el brillo que no es mío.
Y cada vez siento más que no soy capaz
de ser suficiente, de ser como ellos,
de ser nada más que una sombra perdida en el río.

Soy una línea difusa, una huella a medias,
entre todos ellos, una voz apagada;
y en mi pecho, la eterna duda que me quema:
¿seré suficiente si me pierdo en su mirada?
¿O soy solo un eco, que nunca se acaba?

Pero al final, entre el ruido y el quebranto,
aprendo que no soy menos por no ser igual,
que ser yo misma es mi único encanto,
aunque en el camino siempre encuentre un umbral

donde la duda se disuelve en un susurro final.

Capítulo 31



Noah

He perdido la cuenta de los días en los que Sandy ha aparecido en el gimnasio, interrumpiendo mi rutina con una presencia que, aunque sutil, se vuelve cada vez más difícil de ignorar. He intentado explicarle en varias ocasiones que estoy trabajando, que no puedo distraerme, pero no hay forma de que lo entienda. A menudo, me he visto obligado a disculparme con los clientes, pues Sandy, sin otra ocupación aparente, se dedica a instalarse a mi lado, haciendo que mi trabajo se convierta en una incomodidad constante.

Claro que, si soy honesto, lo que ella hace no es entrenar. En realidad, parece más una espectadora, una vigilante que no deja de observar cada uno de mis movimientos. Tal vez debería haberlo notado desde el primer día, cuando irrumpió en medio de una sesión agradable que estaba teniendo con Lena, o al día siguiente o incluso el siguiente... Su presencia, que en un principio parecía inofensiva, se ha convertido en una distracción que no puedo evitar. Y aunque

trato de seguir con mi trabajo como si nada, no puedo dejar de preguntarme por qué sigue apareciendo, ni cómo he llegado a sentirme tan incómodo con algo tan simple como su mirada fija sobre mí.

Parece que estamos atrapados en un bucle interminable, como si estuviéramos viviendo en el Día de la Marmota. Hoy es solo otro de esos días en los que nos encontramos entrenando Lena, Leo y yo. No sé en qué momento exacto Leo desapareció con Vania, pero cuando me di cuenta ya estaba Mario preguntándole a Luci si quería hacerle de *spotter* en algunos ejercicios. Intenté persuadirla para que se quedara, pero ella solo me repitió, de manera escueta y con una ligera molestia en la voz, que no pasaba nada. Y, sinceramente, no la culpo: claro que pasa, y mucho. Yo solo quería entrenar escuchando las carcajadas de Lena mientras le contaba mis chistes horribles, pero ahora estoy distraído, contando las torpes repeticiones de Sandy con las poleas, y me niego a volver a explicarle, por quinta vez, cómo hacer el ejercicio correctamente para evitar una lesión.

Estoy agotado, y el sonido de la risa de Lena al otro lado de la sala, mientras conversa con Mario, no hace más que intensificar mi frustración. No es que no me alegre por ella, pero... estábamos avanzando, ¿o qué digo? Estábamos a punto de besarnos hace apenas unas semanas, y ahora todo esto se siente tan distante, tan lejano. Joder..., si pudiera volver atrás, detener ese momento, tomar su rostro entre mis manos y estampar su boca contra la mía, no dudaría ni un segundo. Pero no puedo, y lo único que me queda es observar cómo ella se aleja, riendo con otro, mientras yo me quedo aquí, atrapado en mis propios pensamientos, contando repeticiones que no significan nada.

—Noah. —No reacciono a su voz, reacciono porque las manos de Sandy me tocan el brazo—. ¿Estás bien, amor? —me pregunta sonriente apoyándose sobre mí.

Sandy muchas veces no da en el clavo, pero tiene razón: ¿yo estoy bien? Definitivamente no lo estoy, estoy viendo cómo la mujer a la que quiero está pasando un tiempo agradable con otro hombre que no soy yo. Claro que puede hacerlo, pero no puedo evitar sentir que la culpa de que eso haya pasado es mía. Entiendo que hoy haya preferido quitarse del medio a quedarse con nosotros. No la culpo, al contrario, me culpo a mí por empujarla a distanciarnos de nuevo.

Porque en los últimos días no hemos compartido tiempo juntos. Lo intenté varias veces, pero Lena estaba muy ocupada con las entregas de sus proyectos. No insistí demasiado porque quiero que dé lo mejor de ella con cada cosa que haga. Pero empiezo a pensar que tal vez esté enfadada conmigo por toda esta situación. Y, de nuevo, estoy arruinando algo bueno de mi vida.

—¿Cómo es que hemos acabado entrenando juntos, Sandy? —balbuceo con la mirada perdida.

—¿A qué viene esa pregunta? Entrenamos juntos como siempre lo hemos hecho. —Frunzo el ceño al oír su respuesta.

¿Como siempre?

Hace una semana que Sandy se ha apuntado al gimnasio.

Me agota que siempre pase lo mismo, no sé cómo siempre consigue que acabemos estando juntos en cualquier lugar, estoy cansado de permanecer en sitios donde ya no soy yo.

Estoy incómodo, hace meses que eso es lo único que siento cuando Sandy aparece. No quiero ser borde ni maleducado con ella porque su familia me ayudó a encontrar una solución con mi padre y de alguna manera siento que estoy en deuda con ella. Suerte que me negué rotundamente a aceptar el dinero que me ofrecían para

pagar lo que mi padre necesitara. Era como una sentencia de muerte, sabía que si accedía a ello me quedaría con Sandy para el resto de mis días.

Es mi padre y eso es solo asunto mío. Les agradecí la recomendación y que me orientaran un poco sobre dónde pedir ayuda, nada más.

—Disculpa, Sandy —digo con los ojos puestos en Lena.

Mi cuerpo se aparta de ella en un segundo y avanzo entre las máquinas hasta casi la entrada de la sala donde se encuentra la máquina de remo en la que Lena está subida concentrada en hacer el ejercicio correctamente, tal como yo le aconsejé para evitar lesiones.

Mario la anima a seguir con algunas repeticiones más y estoy a punto de decirle que no fuerce su cuerpo si no puede, pero es ella la que deja lentamente los agarres de la máquina mientras suspira agotada.

Sonrió al verla sudada, algo despeinada y sin ningún tipo de vergüenza; es preciosa, siempre lo ha sido y tengo claro que cada día lo es mucho más.

Sus ojos se posan en mí y una pequeña sonrisa de lado aparece en su rostro. No sé descifrar si está molesta o no, yo en su lugar sí lo estaría, así que imagino que debajo de esa capa de «no pasa nada» ocurren demasiadas cosas.

—¿Ya te vas? —pregunta frunciendo el ceño—. ¿No tienes un entreno más tarde? —Mi sonrisa se ensancha al ver que recuerda mis horarios de trabajo.

No suelen ser regulares y durante las semanas organizo los entrenos de los clientes del gimnasio, y me sorprende la forma en que Lena está atenta a ello, incluso más que yo.

—Efectivamente, Luci, más tarde tengo un entreno. Me he acercado a ver qué tal vas. —Apoyo mi cuerpo sobre la máquina, ignorando por completo la presencia de Mario.

—Pues conmigo como entrenador va increíble, ¿no crees, Luci? —Alzo una ceja controlando un pinchazo en mi interior. ¿Cómo se atreve? Este tío me está vacilando, solo yo la puedo llamar de esa forma porque solo yo sé por qué lo hago. Y no me da la gana que se ría de algo especial entre nosotros. Me armo de valor para contestarle.

—Para poder llamarme así tienes que saber por qué y me temo que eso es solo cosa de Noah. —Frunce los labios como si algo ocurriera.

Es evidente que algo ocurre.

Mario nos observa con detenimiento mientras yo sigo tratando de descifrar si Lena está molesta conmigo. Lo más normal es que lo esté.

—Lo ha dicho ella, no yo..., eh —digo algo vacilante a Mario, al que parece no hacerle mucha gracia, pero Lena ríe y con eso yo ya he ganado.

—¿Ya has acabado el entreno con mi prima? —me pregunta Mario algo molesto. Veo cómo Lena frunce el ceño sin entender, Mario no ha debido de decirle que ellos dos son familia.

Ahora entiendo por qué Sandy se ha apuntado al gimnasio después de que innumerables veces me dijera que es una tontería pasar el tiempo aquí sudando.

—Claro, y ahora vengo a robar a Lena —digo convencido de mis palabras.

—Noah, estamos ocupados..., ya sabes —dice él con un gesto que no logro entender.

—¿Pero este no era el último ejercicio, Mario? —pregunta ella algo confusa y divertida.

—Sí, pero... tenía pensado invitarte a tomar algo después de entrenar..., si te apetece. —¿Mario le está pidiendo una cita a mi Luci? Tendrá huevos el tío.

—¿Es una cita romántica? —le sonríe ella.

Pero, pero, pero.

¿Qué está pasando aquí? Los celos me inundan por completo y estoy haciendo un sobreesfuerzo para mantener la boca cerrada porque por mucho que entre Luci y yo se esté creando algo, no somos pareja. Ella es libre de hacer lo que desee. Aunque eso me esté destrozando por dentro ahora mismo, igual que cuando éramos adolescentes y decidió empezar a salir con Óscar. Verla reír de la mano de otro hombre que no sea yo me enfurece demasiado. Es cierto que yo he hecho lo mismo intentando olvidarla o conformándome con la chica con la que salía, pero aquello no duraba más de un par de semanas cuando volvía a ver a Lena o simplemente cuando todo lo que vivía me recordaba a ella.

Pero ya no somos aquellos que solíamos ser, así que me niego a darle la espalda una vez más a lo que me dicta el alma.

—Claro, cielo, una cita romántica, ¿te apetece? —Mario se acerca más a ella obviando mi presencia.

—Oh, si es romántica, debes pedírselo a mi hermano. —Exploto de la risa al oír la respuesta de Lena. La cara de Mario es un cuadro de Picasso ahora mismo—. ¿Y tú? ¿A qué has venido? A ver mis increíbles músculos después de hacer remo, ¿verdad, Noah? —Lena me está vacilando y me encantan su sonrisa juguetona y su tranquilidad cuando somos dos hombres luchando por una mujer, pero en esta situación Mario no es mi amigo y esto no es ninguna canción.

Por un momento he creído que iba a irse con él, se me ha encogido el pecho y todo, pero me lo merezco por haber dejado de lado nuestro tiempo juntos.

—¿Qué te parece si te enseño el funcionamiento de una máquina nueva? —Pongo mi mejor tono persuasivo, rezando para que diga que sí.

Lena parece entender mis intenciones de sacarla de ahí y después de darse cuenta de que Mario ha omitido una pequeña información, ya no está tan segura de quedarse con él.

—Creo que es la mejor forma de acabar el entreno de hoy. —Su sonrisa tan sexi me vuelve loco.

Mario mira atónito lo que acaba de suceder. Lena baja del asiento, que está bastante alto, le ofrezco mi mano para que pueda apoyarse en mí para bajar y de un salto la tengo a mi lado.

—Gracias por acompañarme en el entreno, Mario. No sabía que Sandy era tu prima —puntualiza.

—Hasta luego, tío —me despido de él con una sonrisa que no me cabe en el rostro.

Luci sigue mis pasos hasta la planta de arriba. En realidad, no hay una nueva máquina que probar, solo quiero disculparme. Caminamos en silencio hasta llegar a los baños.

No tardamos mucho en llegar, solo subimos dos tramos cortos de escaleras y llegamos a la zona de cardio a la derecha. La atravesamos en un par de pasos hasta llegar a nuestro destino.

—No sabía que hubiera una nueva máquina en el cuarto de baño. —Su cuerpo se apoya sobre el marco de la puerta mientras me observa detenidamente.

—Siento mucho haberte dejado a medias con los entrenos estos días... No es mi intención pasar tiempo con Sandy, es solo que...

—Que no sabes decir que no. —Nuestras miradas se cruzan.

—Sus padres me ayudaron a encontrar el mejor centro de desintoxicación para mi padre —susurro.

—¿Y por ello te sigues llevando bien con ella? —pregunta alzando una ceja como si estuviera encajando las piezas—. No me digas que también te ofrecieron dinero. —Abre los ojos como platos al oírse a sí misma.

—Lo hicieron...

—Dime que no lo aceptaste, Noah —suplica con todo su cuerpo.

—No lo hice, Luci, aceptarlo me hubiera condenado a pasar el resto de mi vida con una chica a la que por más que le expliques cómo hacer un ejercicio correctamente siempre va a buscar la postura perfecta para sacar culo.

—Noah... —Niega con la cabeza, esbozando una pequeña sonrisa por mi comentario—. No le debes nada a esa chica, no lo olvides. A la única persona que le debes tu tiempo es a ti mismo, inviértelo donde el corazón te lo pida. —Sus palabras se tornan susurros como si me pidiera algo entre líneas.

«En ti, Lena». «A tu lado».

Ella conoce cada rincón de mí. Asiento ante sus palabras y ella chasquea la lengua contra su paladar mientras niega con la cabeza sin quitarme el ojo de encima.

—Por cierto, Noah... Un poco raro que Mario no me dijera que Sandy es su prima, ¿no crees? —Me gusta cómo piensa esta chica, sobre todo porque al aparecer haber tenido a Mario detrás de ella todos estos días ha sido demasiada casualidad.

—Sí lo es..., pero te he robado para recordarte que tú vas primero en mi lista de prioridades y no voy a permitir que nos vuelvan a separar en nuestros entrenos. —Mis manos aterrizan a ambos lados de su rostro.

Sus ojos brillan y estoy seguro de que los míos también, si la miro a ella.

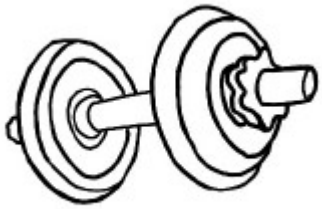
—¿Y qué vas a hacer? ¿Esposarme a ti? —pregunta juguetona.

—Eso suena muy, pero que muy tentador, Luci. —La de miles de imágenes que pasan por mi mente de ella, yo y unas esposas...

Sus mejillas se enrojecen mientras aparta la mirada nerviosa. Normalmente Luci lleva el cabello suelto y a veces esconde su bonito rostro tras él, pero hoy se ha recogido la melena y eso deja al descubierto la dulce sonrisa que se le dibuja en los labios.

Le quedan apenas unos días para sus veintiún años y siento que cada día que pasa ella se siente mejor, cada vez brilla más, sonríe más, habla más y yo me alegro tanto de que sea así. Pienso en ello mientras me quedo colgado en el filo de su sonrisa.

Capítulo 32



Noah

¡Hoy es el día! ¡Hoy es el día!

Ahora entiendo por qué Leo se emociona tanto cada vez que su cumpleaños se acerca. El nerviosismo y la ilusión me invaden con un cosquilleo que recorre todo mi cuerpo. Estoy ultimando los detalles, una última pincelada antes de que todo esté listo para la gran sorpresa. No puedo evitar sonreír mientras miro la sala que Leo y yo hemos alquilado para esta ocasión tan especial: un lugar privado donde podemos disfrutar de una cena tranquila y celebrarlo a lo grande, sin preocupaciones.

Las últimas semanas han sido un caos con la organización de todo esto. Aunque ha sido un desafío, también ha sido muy divertido. Desde recorrer un montón de bares y restaurantes buscando salas privadas hasta decidir que lo mejor era este restaurante pequeño con un espacio reservado solo para nosotros. Sabía que sería perfecto para Lena, ya que no le gustan los sitios con demasiada

gente. Así que se me ocurrió alquilar esta sala íntima, con su propia pista de baile solo para nosotros.

Mientras reviso el lugar, me doy cuenta de que todo está en su sitio. La mesa presidencial está impecable, los cubiertos y platos perfectamente alineados, listos para la cena. No voy a mentir, no he estado solo en la organización, y estoy superagradecido por la ayuda de los demás. Los amigos de Lena han sido clave en todo esto, y me alegra haberme integrado en su círculo. He aprendido mucho sobre ella y sus amigos, aunque aún no los conozco a todos tan a fondo como me gustaría. Pero hacerlos parte de esta celebración ha sido una excelente idea.

Me siento afortunado de haber contactado con Guillem, que sin pensarlo se encargó de difundir el plan entre sus amigos. Gracias a él, hoy estamos todos aquí para darle una sorpresa a Lena. Y lo mejor es que todos están emocionados por ella. Leo se ha asegurado de hablar con cada uno, agradeciéndoles que hayan venido y haciéndolos sentirse bienvenidos.

Hay algo, sin embargo, que no cuadra del todo: Vania. Ella no parece encajar con el resto. Mientras todos estamos sumidos en la emoción, ella está tirada en el sofá del fondo, mirando su teléfono sin siquiera levantar la vista cuando Leo se acerca. Me incomoda un poco su actitud, pero decido no darle mucha importancia. Hoy es el día de Lena, no de los problemas ajenos.

Vuelvo a centrarme en la celebración. Nos costó encontrar el lugar perfecto, pero el Bar de Gracia fue la elección ideal. La sala no es grande, y genera un ambiente muy acogedor. El comedor principal tiene unas treinta mesas, pero nosotros cenaremos en una zona apartada, lejos de la gente, para que Lena se sienta más a gusto. Estoy satisfecho de ver que todo está tal como lo imaginé: la mesa perfectamente puesta, otra mesa con los regalos de Lena, las

paredes decoradas con flecos metálicos lilas que combinan con los globos que marcan sus veintiún años. Lena no suele ser tan intensa como Leo cuando se trata de cumpleaños. De hecho, desde hace un tiempo decidió que el diecinueve de noviembre fuera solo un día más. Pero este año, aprovechando que vivo con los Luna, no podía dejar pasar la oportunidad de celebrarlo con ella.

—Lena acaba de salir de casa —anuncia Leo, señalando la pantalla de su móvil con una sonrisa cómplice dando nuestro pistoletazo de salida.

En ese instante, todos nos movemos a toda velocidad, mientras las risas nerviosas se mezclan con miradas cómplices. Apagamos las luces, creando una atmósfera de pura expectación, y nos quedamos en un silencio cargado de tensión. Cada uno toma su lugar, esperando el momento exacto en que Lena entre por la puerta. Sabemos que la distancia entre el bar y el piso no es mucha, apenas nueve minutos caminando, así que puede aparecer en cualquier momento.

Los nervios me recorren de pies a cabeza, el tiempo parece alargarse y lo único que quiero es que, cuando Lena cruce esa puerta, se sienta única y especial, como la reina que es. La emoción se palpa en el aire, todos estamos a la espera de ese momento en el que la puerta se abra. Cada segundo se siente eterno, y deseo ver cómo su sonrisa se ensancha al vernos a todos aquí, reunidos por ella.

Capítulo 33



Lena

Camino con cautela por la calle, cada paso calculado para evitar caerme con los tacones que decidí ponerme hoy, y que, sinceramente, ya me estoy arrepintiendo de haber elegido. Leo ha insistido tanto en que esta es una cena de gala que, después de rebuscar entre mi armario, me decidí por un vestido de un solo tirante color crudo que cae hasta mis tobillos, con pequeñas manchas marrones, como si fuera el pelaje de una vaca. A juego, unas sandalias doradas con cuña, para darle un toque brillante y algo de gracia al conjunto.

Por suerte, el restaurante que Leo me pasó está cerca de casa, así que no tengo que lidiar con la angustia de tomar un taxi o, mucho peor, el metro.

En menos de lo que me imagino, llego al local, que destaca por su pequeña terraza iluminada que adorna la acera. Al cruzar la puerta, me encuentro con un pasillo iluminado al detalle, con una alfombra

granate que resalta su color. Todo está tan bien cuidado que el lugar tiene un aire elegante, pero a la vez acogedor. Alzo la vista buscando a Leo o Noah, pero no veo ni rastro de ellos.

Frunzo el ceño, algo confundida, y reviso la hora en mi teléfono, comprobando que no he llegado ni antes ni después de lo acordado. Todo parece estar en orden, pero algo no cuadra. Tal vez llegué demasiado temprano y ellos aún no están aquí.

Probablemente mi cara refleja todo lo que siento, porque un hombre se acerca con una sonrisa educada, como si hubiera notado mi desconcierto.

—Buenas noches, señorita, ¿en qué podemos ayudarle? —me pregunta en un tono suave.

—Buenas noches, una reserva a nombre de Helena Luna. —Es lo primero que se me ocurre contestarle porque se supone que al entrar me encontraría con mi hermano.

El hombre me observa y se da cuenta de mis dudas, supongo que por eso me sonríe educado y gira sobre sus talones en dirección al pasillo del fondo.

—Sígame, señorita Luna, esperemos que pase una maravillosa velada. —Me hace un gesto para que siga sus pasos.

Sonrío algo desconcertada y me limito a asentir mientras sigo al que parece ser el *maître.* Caminamos por el pasillo donde se encuentran los baños y al fondo hay una puerta blanca. El hombre no se separa de mí, estira su brazo hacia el pomo de la puerta y la abre dejando paso a una sala completamente a oscuras.

Un segundo después las luces me sobresaltan junto con los gritos al unísono de «feliz cumpleaños, Lena» de todos los presentes. Me quedo en *shock* al ver a mis amigos en la sala, a Leo agarrando por la cintura a Vania y a Noah sonriente. En el preciso instante en el que mi mirada choca con la suya, la sonrisa se dibuja en mis labios.

No me da tiempo de avanzar, porque Clara ya se ha abalanzado a abrazarme, seguida de María y Marina. Adelf y Guillem también se han acercado. Miran la escena desde la distancia y giro mi rostro hacia ellos.

—¿No vais a abrazarme? Qué poca vergüenza —los pico entre risas.

Ellos dos intercambian una mirada rápida y se acercan a nosotros a unirse a nuestro abrazo. El corazón me bombea con fuerza y la sonrisa se me va a salir del rostro de tanto ensancharla.

Mis amigos están aquí, mi hermano está aquí y Noah está aquí. No necesito más, porque mamá ha llamado hace apenas un rato antes de salir de casa para felicitarme y preguntar por mí. Todo junto es el mejor regalo de cumpleaños y lo agradezco de corazón.

—Hermanita. —Mis amigos se hacen a un lado, dándole paso a mi hermano, que no tarda en estrecharme contra su pecho.

Mis brazos, más cortos que los suyos, rodean su cintura mientras Leo me atrae mucho más a él y permito que lo haga mientras respiro su colonia, dejándome querer. Deposita un beso en mi sien mientras ahogo las lágrimas que comienzan a brotar de mis ojos. Una mano se posa sobre mi hombro y me dedica una sonrisa de lado a lado.

—Feliz cumpleaños, cuñada. —Vania y su afán de seguir llamándome cuñada. Sonrío de medio lado, agradeciendo su felicitación.

Vania se separa de mí y yo alzo la vista en su busca, porque todo esto ha tenido que ser obra de él. Noah me observa algo nervioso y soy yo la que camino varios pasos hacia él para fundirme contra su pecho. Lo abrazo y siento la vainilla envolverme por completo.

—Feliz cumpleaños, Luci —susurra en mi oído provocándome un escalofrío en todo el cuerpo. Ahogo un gritito de felicidad cuando

sus brazos me rodean la cintura y me atraen más a él.

El murmullo de mis amigos me devuelve a la realidad, levanto la cabeza de su pecho suavemente y me encuentro con sus ojos brillantes iluminando el cielo entero. Nos sonreímos algo tímidos y giro sobre mis talones para ver a los demás con lágrimas de felicidad en mis mejillas.

—Gracias por estar a mi lado esta noche —les agradezco con el corazón en un puño mirándolos a todos mientras me dedican la mejor de sus sonrisas.

—¿Cómo nos vamos a perder un fiestón? —pregunta María emocionada.

—Si es que, de verdad, Lena, parece que no nos conozcas. —Clara niega con la cabeza.

—¿Me estáis diciendo que habéis venido por el alcohol y no a celebrar mi cumpleaños? —increpo haciéndome la indignada.

—Mejor aún —responde Adelf.

—Hemos traído un superregalo —grita Marina para, acto seguido, empezar a bailotear de manera graciosa.

Todos en la sala nos reímos a carcajadas, incluso Leo y Noah miran la escena atentos a lo que los locos de mis amigos puedan llegar a decir o hacer.

Los quiero, tengo mucha suerte de haberme cruzado con ellos.

—¿Y no me lo vais a enseñar? —pregunto enarcando una ceja y mirando en cada rincón de la sala para tratar de encontrarlo.

—Dáselo, Guillem —le dice Clara.

Guillem coge algo en la barra de atrás que no logro ver porque los demás han seguido sus pasos y están haciendo barrera para que yo no pueda ver nada.

—¿Estás lista, Lena? —pregunta Marina con una sonrisa de oreja a oreja.

No me dejan responder porque todos ellos giran sobre sus talones a la vez y dejan ver cómo sostienen un gran ramo de ¡libros! Dios, cómo adoro a esta gente.

* * *

El tiempo pasa volando entre risas. Hemos cenado como un rayo viendo cómo Leo entablaba conversación con cada uno de mis amigos, ha sido un regalazo verlo interesarse por mi entorno. Noah ha estado atento a mí durante toda la velada y Vania, bueno, ella sigue metida en su teléfono. Entiendo que es la novia de mi hermano, pero si no le apetecía venir no había ningún problema.

María no ha dudado en compincharse con Guillem para poner música en la sala, y entre todos no han parado hasta que me he levantado de mi sitio para bailar con ellos. Algunos camareros que nos han servido la cena han retirado la mesa muy amablemente hacia un lado dejando la sala mucho más despejada para que podamos movernos a gusto por el espacio. Y eso es lo que estamos haciendo, cantar canciones a pleno pulmón, moviéndonos de un lado a otro con cuidado de no tirarnos la bebida encima.

—¡No me puedo creer que Lena Luna esté bailando con un cubata en la mano, esto se merece una buena foto! —alza la voz Clara mientras levanta su móvil para hacer un selfi de grupo.

Río al verme tal y como Clara me ha descrito. No estoy borracha, pero sí me siento achispada, como si no tuviera pelos en la lengua. Todos nos juntamos más para salir en el encuadre de la foto y mi amiga presiona el botón.

—Otra, otra, que salgo despeinada —se apresura a decir María mientras recoloca los largos mechones de su pelo sobre uno de sus hombros.

Guillem y Adelf niegan con la cabeza entre risas y esperamos a que nuestra amiga se alise el vestido que lleva para volver a recolocarse para la fotografía. Esta vez me sitúo al lado de Marina, que me pasa el brazo por los hombros.

Está feliz, y yo también lo estoy.

Seguimos moviéndonos de un lado a otro al ritmo de la música como si el tiempo se detuviera y pudiéramos danzar toda la noche. Como una ráfaga de viento fresco, Noah aparece en mi campo de visión con su camisa clara y sus vaqueros negros que tan bien le quedan.

A Noah Sanders le sienta bien el color negro.

—Noaah —lo llamo animada, le hago un gesto para que se acerque a mí.

—¿La pequeña Luci está demasiado contentilla? —bromea entre risas y yo me embobo con él.

—Ríe más, Noah, por favor —le pido embelesada con él.

—Uy, Luci, creo que no deberías beber más. —Hace el amago de quitarme la copa que sostengo sobre la mano, pero con un movimiento rápido me la llevo a los labios y me la bebo entera—. Estás loca, Lena —dice aguantando la risa y negando con la cabeza de lado a lado.

—¿Cómo has dicho que estoy? —pregunto juguetona y algo acalorada. Noah intensifica su mirada sobre mí y sonríe.

—Estás increíble, Luci, como las estrellas en el cielo. —Su voz ronca atraviesa todos los poros de mi piel y me hace querer acortar la distancia que nos separa.

Me acerco a él sintiendo su calor y el reconfortante aroma a vainilla que emana de su piel, mientras el latido de su pecho resuena en mis oídos, un refugio que sigo reconociendo muy a mi pesar. Pero justo cuando mis sentidos se embriagan con su cercanía, la puerta

se abre. Voces y cuerpos apelotonados rompen el espacio propio que habíamos creado.

¿Qué está pasando?

Me detengo de golpe completamente paralizada. Los susurros se convierten en un estruendo ensordecedor, y el alboroto me envuelve por completo. La multitud se agolpa en la barra, gritando y pidiendo bebidas, como si estuviéramos en una fiesta descontrolada. El ambiente se carga, de repente, como si estuviera impregnado de nerviosismo. Las luces brillantes me ciegan, cada destello me atraviesa como un rayo, dejándome sin aliento.

No soporto las grandes fiestas, siempre me han incomodado, y aún más cuando la gente se apiña de tal forma que parece que te van a engullir. Es como si el aire se hubiera vuelto denso, como si respirar fuera un esfuerzo en vano, como si una presión invisible me aplastara el pecho. Cada vez que intento tomar aire, siento que no es suficiente, como si mis pulmones no pudieran llenar de nuevo el espacio. La sensación empeora, y mi cuerpo empieza a temblar, no de frío, sino de esa fiebre interna que crece sin control. Los escalofríos me recorren la espalda, pegajosos, constantes, como si mi piel tratara de escapar del caos que la rodea.

Busco con desesperación a Noah con la esperanza de encontrar esa presencia que me calma, que me hace sentir menos perdida en medio de todo esto. Pero lo único que veo son personas bailando, riendo, cantando, como si vivieran en otro mundo, uno donde no hay espacio para mi ansiedad, donde mi incomodidad no cuenta. Mi cabeza da vueltas, escaneando la multitud buscando su rostro entre las sombras de la sala, pero no hay nada. Solo más gente y ruido. Mi corazón late rápido, aunque mi cuerpo sigue ahí clavado al suelo. Mis piernas parecen pegadas a él. Me siento como si no pudiera

moverme, como si estuviera atrapada en un espacio ajeno, incapaz de encontrar mi lugar.

Cada segundo que pasa me siento más pequeña e insignificante. La multitud sigue empujando poco a poco y me arrastra en su corriente, mientras yo me quedo ahí parada, sin poder encontrar respuestas. Mi presencia se va desvaneciendo entre las luces brillantes, como si fuera solo una sombra perdida. La sensación de no saber qué ocurre se intensifica, y me pregunto cómo he llegado hasta aquí, cómo lo que debería ser una celebración se ha convertido en una prisión donde las luces y las sombras consiguen que se me oprima el pecho un poco más.

Camino todo lo rápido que puedo, desesperada entre la multitud para llegar cuanto antes a la puerta y poder respirar. Siento que las paredes se oscurecen y que la estancia cada vez es más pequeña, todo gira y no consigo encontrar a mis amigos, ni a Leo ni a Noah.

Salgo por la puerta, abandonando la sala, y camino pasillo abajo en *shock*, confusa por lo que está pasando.

¿De dónde ha salido toda esta gente?

¿Quiénes son?

—¿Ya te vas, cumpleañera? Con lo mona que estás, anda, entra y disfruta de la fiesta. —Se me hiela la sangre en cuanto su voz pita en mis oídos.

¿Qué hace ella aquí?

—¿Vuelves a intentar que Noah te haga un poco de caso? Vaya, qué original por tu parte —rujo molesta, y su ceño se frunce.

—A mí por lo menos Noah me mira como la mujer que soy, es inevitable que vuelva a mí una y otra vez, lo tengo loquito... —Da un paso hacia delante enfrentándome con su mirada afilada—. Sé una buena hermana y no te entrometas.

Me quedo totalmente paralizada mientras veo cómo Sandy camina pasillo abajo para entrar en la sala. Millones de preguntas me abofetean: ¿ha sido ella quien ha montado una fiesta? ¿Lo ha hecho por estar con Noah? ¿Noah lo sabe? ¿Cómo se atreve a hablarme de esta forma? Me da rabia que en el fondo tenga razón, hasta ella ha visto que Noah solo me ve como una hermana pequeña.

«Una hermana pequeña a la que casi besa».

Todo me da vueltas ahora mismo y no comprendo qué es lo que está ocurriendo. ¿Por qué insiste tanto en apartarme de él? Si no están juntos, ¿qué hace comportándose así? Está claro que sigue pillada por él, aunque por lo que me explicó Noah no sé si enamorada sería el sentimiento que ella tiene. ¿Qué le he hecho yo? Si Noah no quiere hacerle caso es asunto suyo, no mío, yo no soy la culpable de que a Noah no le duren las novias.

¿O sí?

Camino fuera del establecimiento con la mirada perdida en el suelo en busca de refugio, un banco, la acera, mi casa o lo que sea me basta para poder recobrar el aliento. Porque no aguantaré mucho más reprimiendo la ansiedad que me corre por las venas. Si algo he aprendido sobre este trastorno es que los ataques de pánico no vienen solos y yo ahora mismo no puedo distinguir si mi respiración acelerada está sufriendo el segundo o el tercero.

Camino algo desorientada por la calle sin rumbo, ni chaqueta ni bolso ni móvil, nada más que mi ansiedad y yo.

La calle donde se encuentra el local es peatonal y ahora mismo lo agradezco, porque con el mareo que llevo encima no sé ni por dónde camino. Por suerte en esta calle hay bancos en los que puedo sentarme.

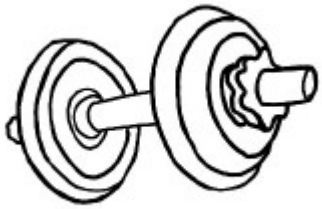
Como el que veo a unos metros de donde estoy.

No tardo en llegar a una mesa de madera con bancos a ambos lados.

No me lo pienso y me dejo caer sobre uno de ellos dejando que mi cuerpo expulse las lágrimas de angustia al haberme visto atrapada entre la multitud y la rabia que siento ahora mismo al verla otra vez a ella. Me ha fastidiado el cumpleaños, ¿por qué? Para llamar la atención de un hombre, ¿en serio? Se supone que estamos en el siglo veintiuno, cómo es posible que esa chica no se pare a pensar ni por un segundo que tal vez yo salga herida por sus artimañas.

«Feliz cumpleaños, Lena», me digo a mí misma.

Capítulo 34



Noah

La multitud de gente apelotonada dentro de la sala no me deja alcanzar a Lena. He visto el destello del vestido color crema que tan bien le queda salir por la puerta. Los ojos se me van de un lado a otro buscando una explicación a lo que está ocurriendo. Quiero ir detrás de ella, porque sé que no debe de estar bien, sé lo mucho que la agobian las multitudes de gente.

Diviso a Leo mirar en todas direcciones hasta que da conmigo, y me hago hueco entre la gente para llegar a él.

—¿Qué está pasando, tío? —le pregunto confuso e irritado porque todo el trabajo de semanas se esté yendo a la mierda.

—No lo sé, la gente ha salido de la nada. ¿Dónde está mi hermana? —Leo pregunta preocupado.

—Ha salido fuera, voy a por ella —digo decidido a ir a buscarla.

—¿A por mí, cariño? —El corazón se me para en seco y giro mi rostro hasta dar con la rubia que ríe maliciosa.

Ha sido ella.

A su lado, Vania ríe con ella y ahora entiendo qué es lo que acaba de pasar.

La ira se cuela por mis venas y miro atónito a Leo, el cual me mira como si pudiera leerme la mente.

—¿Qué haces aquí, Sandy? Es una celebración privada —digo molesto mientras doy un paso hacia atrás, separándome todo lo que puedo y más de esta mujer.

Yo preocupado por hacerle daño y ella...

—¿Privada? Oh, vamos, Noah ¿cuándo una fiesta tuya ha sido privada? —Su risa perversa me pone los pelos de punta.

—Vamos, chicos, esto es mucho mejor que la fiesta de cumpleaños aburrida. —Me giro sorprendido. Los ojos de Leo parece que vayan a salirse de las cuencas, tanto él como yo nos hemos quedado sin palabras al oír tal cosa salir de la boca de Vania.

Ahora todo me cuadra.

Vania y Sandy han tenido que ver en todo esto.

—¿Has sido tú? —La voz de mi amigo, fuera de sí, se escucha a través de la música que resuena en la sala.

—Leo, cariño, no me digas que esto no es mucho mejor que un aburrido cumpleaños. Sandy y yo pensamos que...

—Que sería mejor anteponer lo que vosotras queráis a que mi hermana pueda celebrar su cumpleaños tranquila. —El cabreo de mi amigo aumenta, y frunce el ceño enfadado con una y otra.

Esto ha llegado demasiado lejos y no puedo evitar sentir que parte de la culpa es mía. La presión sobre mi pecho aparece y me corta la voz por completo.

—Habéis llegado demasiado lejos con todo esto, sois demasiado egoístas como para pararos a pensar en que esta era la celebración de mi hermana. —Leo eleva la voz por encima de la música, las

personas a nuestro alrededor se giran para mirarnos mientras el volumen de la música baja considerablemente—. ¿Dónde está mi hermana? Seguro que enfrentándose a un ataque de pánico por vuestra culpa. —Suspira agotado, y seguidamente clava los ojos en Sandy—. Te has pasado. Si quieres estar con Noah, hablas con él, pero no metas a mi hermana en tus juegos de adolescente desesperada. —La gente abuchea a nuestro alrededor—. Oh, Vania, si no sabes respetar los límites familiares es que no sabes formar parte de mi familia, hemos terminado. —Y con esto mi amigo cruza una mirada conmigo y yo asiento.

Leo sale del centro de la sala donde ellas se han quedado atónitas con lo sucedido. ¿Qué esperaban? Observo cómo Vania está aguantando las lágrimas mientras Sandy clava sus ojos de cachorrito sobre los míos.

—No entiendo a qué vienes, Sandy... —digo decepcionado sin intención de escuchar su respuesta—. Tú misma dijiste bien claro que habíamos terminado.

Sigo los pasos de mi amigo, recojo mi chaqueta del perchero y se me para el alma al ver que la de Lena sigue aquí junto con su bolso. Lo cojo tan rápido como puedo, porque Leo ya me espera en la puerta, y salimos pasillo abajo con la intención de buscar a Lena.

—¿Ha salido sin nada? —pregunta Leo preocupado al ver que llevo las pertenencias de su hermana.

—Parece que sí, estará cerca... —digo en alto, tratando de calmar su preocupación y autoconvencerme de que ella está bien.

Ellas han ideado todo esto. Mira que al saber que Vania era amiga de Sandy, dudé de sus verdaderas intenciones con mi amigo. He observado cómo su rostro se ha descompuesto en cuanto que Leo le ha dicho que su relación acababa ahí, no dudo en que ella le gustara de verdad y estuviera saliendo con Leo porque lo quiere, pero haber

elegido a Sandy esta noche ha hecho que perdiera cualquier oportunidad de un futuro con mi amigo.

La noche de hoy no era nuestra, era de Lena por su veintiún cumpleaños, no era una oportunidad para salir de fiesta o pillar una borrachera.

Porque no me apetece, y lo que es más importante, a Lena le ponen muy nerviosa las aglomeraciones de gente, las luces parpadeantes y la música a todo trapo. Paro en seco cuando noto que varios trabajadores del local nos miran caminar hacia fuera, giro sobre mis talones y me acerco a la pequeña barra que reina en la entrada.

—Muchas gracias por la cena excelente y el trato inmejorable. —Sonrío educado al *maître*—. No teníamos planeado montar una gran fiesta con tanta gente, no somos los responsables de ello —le explico preocupado y de manera acelerada.

—Oh, disculpe señor, vino una chica rubia y dijo que venían de parte suya a la fiesta. —Contengo mi enfado—. Se lo haré saber a mi jefe para que no haya problemas, disculpen lo sucedido.

—Sin duda, volveremos —me despido con una amable sonrisa, tranquilizando al hombre.

Camino hasta la salida del local, Leo junto con los amigos de Lena me miran preocupados. Parece que María y Clara están tratando de llamar a Lena una y otra vez, pero al verme con sus cosas en la mano creo que entienden que eso no servirá.

—Tiene que estar cerca —digo alto y claro ganándome la atención de todos.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —nos pregunta Guillem algo serio.

—Pues que vuelvo a estar soltero, tío, y claro... Se ha corrido la voz. —Leo intenta bromear con lo sucedido, pero tanto él como yo sabemos que nos acaban de dar un golpe bajo.

Con nosotros, métete todo lo que quieras, pero no toques a nuestra familia. Lena es nuestro punto débil, tanto Leo como yo siempre la hemos cuidado en el colegio, en el instituto e incluso cuando cursamos bachillerato seguíamos manteniendo a raya a cualquiera que la viera como un blanco fácil con quien meterse. Los adolescentes pueden llegar a ser muy crueles y no estábamos dispuestos a dejar que apagaran su luz.

—Chicos, acabo de preguntar en aquella terraza si han visto a Lena... Dicen que hace poco más de diez minutos ha pasado una chica hacía allí. —Marina señala la calle contigua a esta.

Tiene sentido lo que dice, porque por aquella zona no pasan coches. ¿Y si le ha pasado algo? No, no, no, no me lo perdonaría en la vida. Ella tiene que estar bien. Esta noche encuentro a Lena como me llamo Noah Sanders, porque sin confirmar que ella está bien no voy a dormir ni mucho menos a irme a casa, y más sabiendo que la última vez que pasó algo parecido, Leo y yo tardamos horas en encontrarla.

Era una de las muchas veces que tanto Leo como yo salimos a tomar unas copas un sábado por la noche. Acompañamos a Lena hasta el lugar donde había quedado con su grupo de amigas, era la primera vez que salía de fiesta con su gente. A la media hora de dejarla junto a sus amigas en la entrada de la discoteca, el móvil de Leo empezó a sonar montones de veces. Ambos salimos de la cola para entrar a otro antro y volvimos al lugar donde la habíamos dejado en un principio.

Buscamos a sus amigas.

Leo llamaba cada dos segundos a su hermana, pero esta no contestaba.

En pocos minutos entramos gracias a que conocíamos a uno de los guardas de la puerta, le comentamos la situación y nos dejó

pasar enseguida.

Una vez dentro, recuerdo la bofetada de olor a sudor y colonia.

Todo el mundo se movía de un lado a otro, bebiendo de sus copas y gritando al son de la música.

Buscamos entre la multitud, preguntamos a todos los camareros y bármanes de la sala, incluso a la gente que bailaba alegre.

Nadie la había visto.

Íbamos con nuestro teléfono en mano con una fotografía de Lena, por si alguien la había visto, hasta que dimos con un chico de gafas que bailaba con sus amigos.

—Espera, espera, espera, yo ese abrigo lo he visto antes, déjame ver —nos pidió el chico— ¿Eric, esta no es la chica con la que te has cruzado antes? —le preguntó a su amigo.

Leo y yo intercambiamos una mirada diciéndonos «ya está, la tenemos».

—Sí, oye, mira que he intentado ser caballero y acompañarla fuera a por un poco de aire, pero ha querido seguir atrincherada en la pared del fondo. —El amigo nos señala una parte del antro medio escondida.

Era una zona un poco más alta que el resto del local, alrededor de unas escaleras que llevaban a un balcón interior donde todavía había más gente.

Con una mirada rápida agradecimos a los chicos y nos pusimos en marcha.

Lena estaba allí.

Escondida detrás de la escalera metálica, lloraba desconsoladamente por los nervios de sentir que la multitud le oprimía el pecho.

Leo no la regañó por no contestar al móvil. Cogió sus pertenencias y con mi ayuda levantamos a Lena del suelo. No nos

soltó la mano hasta que la dejamos en su habitación.

Estaba aterrada.

Pero hoy somos siete personas buscando a Lena.

—Vamos, no puede haber ido muy lejos —insisto decidido, adelantando mi paso para comprobar cuanto antes si eso es cierto.

Lena, aguanta, estoy en camino y traigo refuerzos.

En cuanto he visto el pelo rubio perfectamente repeinado en una coleta con un postizo mal enganchado he sabido que todo era idea de ella, ¿cómo puede ser tan cruel? Me avergüenzo de que Sandy me haya atraído en algún momento de mi vida.

¿Es que nunca va a parar? ¿No ha visto que ya no soy el mismo?

Esto ha sido pasarse de la raya, ni siquiera ha pensado en que podría cargarse la relación de su mejor amiga con Leo. ¿Qué quiere conseguir con todo esto? ¿Que esta noche acabe en su cama? Pues cuando era yo el que andaba tras ella, Sandy bien que le hacía caso a cualquiera menos a mí. ¿Qué leches hace ahora marcando un territorio que no es suyo? No soy ningún perro y mi territorio es mío y yo decido con quién quiero compartirlo.

Camino a paso rápido mirando a los lados de la calle buscando algo, una pista, un destello de sus zapatos brillantes, algo que nos ayude a encontrarla. El miedo a que pueda pasarle algo me oprime el pecho, lo que dificulta que mi respiración funcione con normalidad. Leo y Marina no parecen estar mucho mejor que yo, se paran en cada terraza a preguntarle a la gente si han visto a Lena; Clara y María buscan en Google Maps lugares cercanos donde podría estar, Guillem y Adelf acompañan a Leo y Marina para abarcar el máximo número de personas posibles que la hayan visto.

Me muevo desesperado observando cada rincón de las calles que cruzamos. La culpa me consume por dentro, me arrepiento tanto de

haber salido con la chica que ha sido capaz de joderle la noche a la mujer que quiero.

Llegamos a la calle Consell de Cent, una calle relativamente nueva porque ahora es peatonal. Suspiro agotado por la culpa aprovechando que los demás se han quedado atrás. Camino desesperado hasta el centro del cruce entre varias calles y escudriño cada rincón hasta que el corazón vuelve a bombear con normalidad.

Cojo el teléfono a la velocidad de la luz y llamo a Leo.

—Está aquí —digo en cuanto descuelga el teléfono. Me llevo la mano al pecho tratando de relajar mi respiración acelerada—. ¿Puedes pasar por el supermercado veinticuatro horas y coger un par de magdalenas de chocolate y unas velas? Lena no ha pedido un deseo aún. —Los ojos los tengo puestos en ella, no me ve porque está sentada dándome la espalda con la cabeza enterrada entre las manos.

Debe de estar tratando de controlar la ansiedad.

—Dame dos minutos y estamos allí. —Leo suspira aliviado.

Le envió la dirección en tiempo real para que sepan dónde estamos. Y digo «estamos» porque mi cuerpo ha empezado a caminar hacia ella como si fuéramos dos imanes que se atraen a pesar de la distancia que se interpone entre ellos.

Te encontré, Helena Luna, y no sabes lo feliz que eso me hace.

Capítulo 35



Lena

Sigo con el rostro enterrado entre las manos. Cierro los ojos con fuerza tratando de concentrarme lo máximo que pueda en volver a respirar con normalidad. Pero no puedo evitar pensar en que estoy sola en mitad de la nada, ni siquiera sé a dónde he venido o si me he alejado demasiado del local. Los pensamientos intrusivos me acribillan y me dejan presa de todos ellos. Se difumina el ruido de los coches y el murmullo de la gente que cena animadamente en las terrazas.

¿Qué le he hecho a Sandy para que me trate de esta forma?

¿De dónde ha salido toda esa gente?

¿Noah tiene algo que ver con todo esto?

¿Sandy y Noah siguen hablando?

Tengo miedo.

Siento el temblor que me recorre todo el cuerpo.

¿Por qué Sandy ruega la atención de Noah?

¿De verdad que su relación ha acabado?

¿Y si no ha acabado?

¿Dónde me deja eso a mí?

Siento los efectos del alcohol por las venas, tal vez por ello la imagen de Noah no se borra de mi mente, ni las palabras de la rubia ni lo idiota que me siento porque Noah Sanders me llame la atención de una manera diferente hasta ahora.

—Helena Luna, ¿qué te tengo dicho sobre salir sin avisar? Cualquier día me vas a matar de un susto. —Alzo mi rostro lleno de lágrimas, presa de mi mente, y clavo los ojos en Leo, quien se ha sentado a mi lado.

No lo pienso y me abalanzo sobre su pecho implorando que haga algo, cualquier cosa para que mi cabeza pare de hablar. Leo me rodea entre sus brazos y yo me dejo acunar. Mi hermano tiene suerte de que no me guste maquillarme, si no ahora tendría la camisa llena de lágrimas y pintura.

—Lena, estamos contigo. —La voz es distinta y tengo que mover mi rostro hasta que los veo a todos alrededor de la mesa con cara preocupada—. Puedes contar con nosotros si lo necesitas —me asegura Guillem.

Y son todos ellos los que me traen de vuelta a la realidad. Miro a todos y cada uno de ellos y les dedico una sonrisa apagada, agradeciendo que estén aquí, hasta que mis ojos se topan con mi color verde favorito. Ahogo una exclamación cuando veo que sus manos no están vacías.

La sonrisa poco a poco va apareciendo cuando miro a cada una de las personas que me rodean; todos sonríen, algunos siguen con expresión preocupada, pero están aquí. El corazón se me calma en cuanto siento la familiaridad de los míos: Marina me dedica una de sus sonrisas triunfantes antes de tomar asiento a mi lado y

entrelazar nuestras manos, Guillem, Adelf y Clara miran expectantes a Noah desde el otro lado de la mesa. María ha decidido sentarse sobre la mesa para tener la mejor perspectiva para grabar el momento. Mi hermano me pasa su brazo por encima de los hombros y le hace una señal a su amigo para que avance, y este da un par de pasos.

Noah sostiene una magdalena con una vela en cada mano. Veintiún años.

—Sé que no eres de las que les gusta que le canten, pero... —Noah deja las magdalenas delante de mí y yo parpadeo incrédula— no puedes irte a dormir sin pedir un deseo.

Solía ser tradición comprarle magdalenas de chocolate al cumpleañero hasta que mi hermano y Noah entraron en el mundo del *fitness* y el chocolate desapareció de nuestras dietas. Bueno, solo de la de Noah, mi hermano sigue robando los botes de Nocilla para comérselos él solito y a mí me siguen encantando las magdalenas de chocolate.

—Vamos, hermanita, feliz cumpleaños. —Leo me anima a soplar las velas.

Un deseo.

Todo se me amontona en la mente y, por unos instantes, pienso en pedir claridad acerca de Noah, pedir que Sandy lo deje en paz, pedir pasar más tiempo con mi hermano..., pero todo eso serían deseos para los demás y yo quiero uno mío. Un deseo por y para mí.

Tardo unos segundos en saber a la perfección qué deseo quiero pedir.

«Aprender a ser feliz».

Con un soplido apago ambas velas y todos a mi alrededor aplauden y vitorean. El primer paso para aprender a ser feliz es rodearte de personas que te hacen sonreír, personas que te

conectan al momento presente, que te ayuden a crecer y que, sobre todo, estén cuando tú caigas.

Todos ellos están esta noche aquí, por mí, celebrando mi cumpleaños, a pesar de lo que ha ocurrido en aquella sala.

—Gracias por venir a buscarme —les digo con una sonrisa entre lágrimas.

Miro confusa a mi hermano en cuanto me percato de que falta Vania aquí. Leo me observa tratando de descifrar lo que pienso.

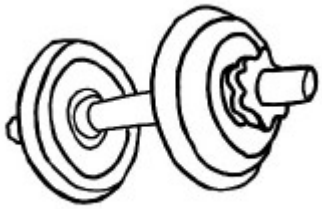
—¿Y Vania? —le pregunto aprovechando que mis amigos conversan animadamente con Noah. Leo clava los ojos en mí. No está contento, es más, lo encuentro algo apenado.

—Ya no es tu cuñada. —Sonríe de medio lado intentando ocultar su malestar.

Lo atraigo a mí y ahora soy yo la que lo envuelve entre mis brazos. No llora, solo tiene la mirada algo perdida y el brillo algo apagado. Pero Leo Luna o como dice él, Leo Moon, puede con todo lo que se interponga en su camino. Yo creo en él.

—Menos mal, Leo... A la próxima novia que tengas le vas a decir claramente —separo su cuerpo del mío para que pueda mirarme bien— que a mí no me llame cuñada, no quiero sentirme vieja antes de tiempo. —Consigo que Leo esboce una sonrisa divertida mientras niega con la cabeza.

Capítulo 36



Noah

Hace rato que hemos vuelto a casa. El día de hoy no ha acabado de salir como yo tenía previsto y siento que es culpa mía. Sea como fuere, salir de aquella jaula era lo mejor que podríamos haber hecho. Cuando vi a Lena escapar de la sala tuve la necesidad de ir tras ella, no dejarla sola en ningún momento, y mi mundo se vino abajo cuando vi que a ella se le venía abajo el suyo.

Sus amigos son buena gente y me alegro de haber compartido unas risas con ellos. Leo no le dijo a Lena que lo que ocurrió fue obra de Vania y Sandy, y yo tampoco lo mencioné cuando volvimos a casa. No es ni será un secreto, pero no quiero que Lena piense que lo ocurrido fue algo en su contra, me partiría el corazón que volviera a sentir que algo suyo se vuelve a romper por mi culpa.

Joder..., tal vez sea cierto, tal vez destruyo todo lo que toco.

Agito mi cabeza intentando borrar esos pensamientos de la mente porque no me hacen ningún bien. Respiro algo nervioso frente a la

puerta de Lena, sé que está despierta porque he oído sus pasos volver a su habitación. Aprovecho que mi mejor amigo está durmiendo a pierna suelta, porque sus ronquidos parecen atravesar las paredes.

Giro sobre mis talones una vez más, asegurándome que nuestra invitada de hoy, Marina, sigue durmiendo en el sofá. Se sentó un minuto al llegar de la celebración y aún no ha cambiado de posición.

Hemos llegado a casa cerca de las doce y media después de asegurarnos de que todos los demás podían volver bien a las suyas. No me parece que haya pasado mucho rato desde que hemos llegado, pero cuando observo el reloj me quedo perplejo al ver que prácticamente son las tres de la mañana.

Aún me quedan tres cosas por hacer antes de que vuelva a salir el sol.

Toco suavemente la puerta mientras echo un vistazo rápido a la bolsa que cuelga de mis dedos. La puerta se abre suavemente y me deja ver que no soy el único que sigue vestido de gala. Lena apoya su mejilla sobre la puerta, una pequeña sonrisa tímida se dibuja en sus labios rosados.

—Me has copiado. —Su voz juguetona sale en un susurro suave —. ¿Desde cuando vas descalzo por casa? —Río ante su pregunta totalmente inesperada.

—Es una nueva tendencia muy cómoda —defiendo con una sonrisa burlona.

—Ya veo... ¿y a qué debo tu visita?

—Tengo un regalo. —Señalo la bolsa que sostengo entre mis dedos.

—¿Un regalo? ¿Para mí? —Cuatro palabras hacen encender constelaciones en su mirada.

—¿Para quién iba a ser? —bromeo.

Extiendo mi brazo señalando la bolsa roja que cuelga de mis dedos, y no puedo dejar de mirarla: cómo la emoción la invade, cómo su sonrisa se ensancha, cómo brilla aún mucho más. Observo su rostro, sus ojos algo enrojecidos e hinchados delatan que ha estado llorando en algún momento desde que hemos llegado. Me recrimino a mí mismo no haberla escuchado para poder venir a acunarla hasta calmarla. Siento que no está bien del todo y me da miedo ser el culpable de ello.

—Pasa. —Abre un poco más la puerta, invitándome a entrar.

—Si vengo con un regalo, me dejas entrar —digo mientras avanzo hasta el interior. Lena cierra detrás de mí—. Interesante información, puede que me sirva más adelante —bromeo tomando asiento sobre el colchón.

—Si no hay regalo, no entras —afirma Lena tomando asiento a mi lado.

—Oh, menos mal que traigo un par de ellos —le vacilo.

Nuestras miradas se cruzan y deja de existir todo lo demás, solo estamos nosotros envueltos en los ojos brillantes de Luci. Su sonrisa se torna más sincera y consigue que el corazón se me ponga blandito al verla tan única, tan natural, tan ella que me encanta.

—¿Me has traído dos regalos? —me pregunta tiernamente.

—¿Qué tal si lo descubres tú misma? —Sonrío satisfecho al haber ayudado a que ella brille un poco más esta noche.

Lena no se lo piensa dos veces y coge con suavidad la bolsa. Nuestros dedos se rozan más de lo normal, sus mejillas se enrojecen y yo no puedo apartar los ojos de ella. Mete la mano en el interior y parece que encuentra uno de los regalos; lo saca con delicadeza y acerco mi mano para ayudarla a retirar la bolsa sobre la cama y que pueda abrirlo.

Lena me observa unos segundos antes de clavar la mirada sobre el paquete que tiene sobre el regazo, sonríe curiosa y vuelve a alzar la vista hasta mí.

—¿En serio, Noah? ¿Lo has envuelto en papel de periódico? —se mofa, y a mí me encanta que me pique.

—Es un envoltorio muy original —digo en un tono divertido, lo que hace que ambos estallemos en risas—. Vamos, ábrelo.

Lena asiente, rasga el papel de diario y enarca una ceja cuando se encuentra con papel de burbujas. Lo desenreda con delicadeza hasta que para en seco y observa con detenimiento antes de coger el regalo entre los dedos.

Es una bola de cristal, pero no una cualquiera, sino una que lleva algo especial, una casita de madera en la montaña. Luci la agita con cuidado y ambos nos quedamos atrapados viendo cómo nieva en su interior.

Giro para ver cómo sonríe a los pequeños copos de nieve que caen en su interior, se le forman unos perfectos hoyuelos a cada extremo de sus labios aún rojizos que no puedo parar de mirar.

Es como si el invierno se congelara en su mirada, y cada milímetro de su rostro parece un suspiro en movimiento. No puedo evitar perderme en esa imagen que me provoca una necesidad incontrolable de acercarme, de robarle un beso que descongele el invierno que habita en mí.

—Es preciosa, Noah. —Su sonrisa me acelera el corazón.

—De pequeña, decías que cuando fueras mayor irías a vivir a una casa en las montañas, ¿te acuerdas? —pregunto recordando su vocecita repetirlo una y otra vez. Lena gira su rostro y nuestras miradas conectan una vez más.

—Me sorprende que tú te acuerdes de ello —se sincera.

—Si viene de ti, te prometo que me acuerdo. —Y es cierto, porque soy muy despistado con la mayoría de las áreas de mi vida, pero lo que ella me dice siempre se me queda—. Aún hay otra cosa. —Le señalo la bolsa que descansa entre nosotros.

Luci se levanta en dirección a la pequeña estantería donde se encuentran sus libros, y frunzo el ceño pensativo, porque juraría que la última vez que entré aquí había muchos menos. La delicadeza con la que deja la bola sobre la madera me atrapa. Una vez la coloca, gira sobre sus talones para volver a la cama y abrir el otro regalo. Sigue tratando cada detalle de la vida con suma delicadeza y respeto, lo hace tan inconscientemente que sigue llamándome la atención como el primer día. Su inocencia es lo que más me gusta de ella.

Tarda dos segundos en cogerlo de la bolsa y rasgar el papel, esta vez sin que haya papel de burbujas de por medio. Luci mira la caja y creo que la caja la mira a ella.

—¿Te gusta? —pregunto algo dudoso al no ver reacción.

—¿Sabes el tiempo que llevo buscando lucecitas para mi habitación? —Se gira hacia mí sin creerlo.

—Pero estas no son lucecitas normales, Luci —puntualizo.

—¿Y cómo son? —Me observa curiosa.

—Son especiales. —«Porque son para ti», me digo a mí mismo.

—¿Especiales? —Sus ojos grandes se vuelven dos luceros.

—Sí, como tú. —Sus mejillas enrojecen.

Ninguno de los dos apartamos la mirada del otro, es como si estuviéramos en una burbuja, como si nada más existiera, solo nosotros. Nuestras bocas están tan cerca que tan solo unos milímetros me separan de seguir cuerdo. Sigue siendo la misma sensación que aparecía en el pecho cuando me quedaba a dormir en

su casa y me escapaba de la habitación de Leo para ir en su busca y trasnochar escuchando los sueños que le rondaban por la mente.

Luci abre la caja sacando parte del cable con lucecitas que se encuentra en su interior.

—¿Son...?

—Luciérnagas —sonrío.

—Como las que cazábamos de pequeños. —Lo dice con tanta ternura e ilusión que siento cómo se ablanda aún más mi corazón—. Es precioso Noah. —Me pilla de improvisto que su mano se pose sobre la mía—. Gracias, de verdad... Por esto y por la cena, aunque no haya salido del todo bien, supongo. —Una sonrisa apenada aparece en su rostro.

—Siento que la noche no acabara como había planeado.

—¿Qué dices, Noah? Soplé las velas rodeada de las personas que me quieren, es lo único que quería hacer hoy. —Y por estas cosas estoy enamorado de Luci—. Además... al ver cierta melena rubia al salir... —Enarca una ceja divertida.

—¿La viste? —pregunto preocupado.

—Como para no verla, Noah. Fue muy simpática, la verdad —dice sarcástica—. No estoy molesta, ¿vale? Al menos, no contigo —me asegura intentando que me calme. Debe de estar viendo la culpa, el pánico y el miedo en mi rostro—. Bueno, un poco sí, pero que hayas venido a buscarme sin cantarme cumpleaños feliz lo compensa... Es solo que no entiendo por qué hace esto, ¿no sería más fácil hablar contigo?

—Sí, pero eso no sería propio de Sandy... Siento mucho que la noche se torciera, Luci, de veras. Cuando te vi salir de la sala se me vino el mundo encima. —Entrelazo mis dedos con los suyos.

—La noche no ha terminado, Noah —susurra.

Sus palabras consiguen encender cada ápice de mi cuerpo.

—¿Tienes planes para esta noche, Luci? —le pregunto divertido y aliviado de que lo de hoy no haya desembocado en una discusión.

—Se podría decir que sí. —Alzo una ceja curioso.

—¿Tienes una cita con Netflix? —le pregunto cuando su cuerpo se mueve para dejar las luces sobre la mesa.

—Mejor aún.

—¿Qué puede ser mejor que una cita con Netflix?

—Una contigo. —El corazón me da un vuelco al oírla, me mira tímida desde el otro extremo de la habitación.

«Una cita contigo».

Sus palabras son la señal para levantarme de golpe de la cama, con los ojos puestos en ella, en la forma en que sonríe a medida que mi cuerpo se acerca al suyo. Con una suave mirada pido permiso sintiendo cómo poco a poco las ansias de acercarla aún más a mí me atrapan. Ella asiente, y su mirada brilla aún más entre la oscuridad de la estancia.

Es nuestro momento.

Siento el peso de todos los años que he deseado hacer esto y no permito que pase ni un segundo más: rodeo su cintura con mi brazo para atraerla hacía mí, su respiración choca contra la mía y acerco mis labios hasta rozar los suyos. En una fracción de segundo pierdo la noción del tiempo, lo único que siento es el poder que ella tiene sobre mí. Sus manos se entrelazan en mi nuca y un leve impulso de sus dedos hace que pierda el control por completo.

Luci tarda unos instantes en reaccionar, como si el universo a su alrededor hubiera quedado congelado y únicamente existiéramos nosotros. Ella entreabre su boca ligeramente, un gesto que me incita a aproximarme más. En ese momento, nuestros labios se unen, y es como si una chispa encendiera una llama que había permanecido latente durante años.

Su lengua acaricia la mía con una delicadeza que me hace cuestionarme si, al igual que yo, ella también había estado ansiando este instante. Existe una conexión tangible entre nosotros, una energía que circula y nos envuelve, haciéndonos olvidar todo lo demás. Nuestros besos se vuelven más intensos con cada embestida de mis caderas sobre las suyas y hacen que nuestros cuerpos se fundan en uno solo.

No sé cuánto rato pasa hasta que su sonrisa vergonzosa interrumpe nuestro interminable beso. Sus mejillas están en pleno incendio y yo... yo ahora mismo no puedo pensar con claridad, lo único que puedo hacer es clavar la mirada en ella, sus mejillas rojizas, su respiración acelerada.

Toda ella es perfecta.

—¿Qué te parece si nos cambiamos y nos ponemos ropa más cómoda para ver una peli? —susurra contra mis labios.

Sin poder resistirme vuelvo a besarla una vez más llenándome de su olor a flores. Sus caderas buscan pegarse aún más a mí y yo me dejo llevar por sus dedos enredados en mi nuca tirando más de mí.

—Dame dos minutos y me tienes aquí, Luci —susurro sobre sus labios, y me desenredo de su cuerpo sintiéndome desnudo sin el sabor de sus labios sobre los míos. Camino hacia la puerta pensando que cuanto antes llegue a mi habitación, antes me podré cambiar y volver a por más besos de Luci—. ¿Te apetecen palomitas? —Me giro para verla aún anonadada por lo que acaba de ocurrir.

—Sería pecado no comer palomitas con una película —logra pronunciar llevándose los dedos a sus labios hinchados.

—Pecado es no haberte besado antes, Luci. —Observo cómo su piel se ruboriza de la manera más sexi que jamás haya visto.

Besarla me ha dejado más loco por ella de lo que estaba.

Capítulo 37



Lena

—Luci, te estás quedando dormida, ¿quieres que lo dejemos para otro día? —Los susurros de Noah en mi oído hacen que un escalofrío me recorra el cuerpo.

Llevamos bastante rato viendo una película a la que no estoy prestando atención porque solo pienso en formas de acercar mi cuerpo al suyo. Estamos sentados en mi cama con la espalda apoyada sobre la pared, uno al lado del otro.

Es de madrugada y, a pesar de tener sueño, no dejo de reproducir en mi mente lo que ha pasado esta noche.

Era real, todo lo que sentía que estaba sucediendo con Noah era verdad. No ha hecho falta darle más vueltas a lo que nos estaba ocurriendo, a todas esas sensaciones nuevas que estaba sintiendo con él... Mi cuerpo lo ha entendido perfectamente en cuanto nos hemos acercado tanto que no podía parar de pensar: ¿a qué sabrán sus labios?

Tengo una sonrisa que no me cabe en la cara, ha conseguido que me deje de importar todo lo que ha ocurrido esta noche, la semana pasada... Solo importamos nosotros.

Sus dedos se mueven bajo la manta hasta tocar mi muslo. Me despierta por completo su tacto, y él parece saberlo porque deja la palma de su mano sobre mí, acariciándome lentamente.

Es la primera noche en años que me siento tan presente que no tengo que batallar conmigo misma por dormir.

—Noah... —digo remolona. Él me mira sin entender aún, con una sonrisa puesta en su rostro—. ¿Puedo...? —Señalo su pecho tímida esperando que pille por donde voy.

Su sonrisa se ensancha y su brazo se eleva en el aire dejando vía libre hasta él. Acomodo mi cuerpo y me recuesto sobre él, que me rodea por la cintura mientras yo estiro el brazo alrededor de la suya.

Su tacto hoy es diferente a como lo ha sido siempre, es más dulce, más cercano, más para mí...

—No tienes ni que preguntarlo, Luci. —Su voz grave despierta mariposas en mi interior.

Nos quedamos así todo lo que queda de película, yo concentrada en escuchar los latidos de su corazón y él acariciando mi espalda hasta enredar sus dedos en mi cabello.

—¿Qué está pasando, Noah? —pregunto con una pequeña sonrisa.

Noah me mira, tumbado boca arriba y con los brazos abiertos, preparado para que nuestras figuras encajen una vez más.

—No puedo seguir escondiendo que estoy enamorado de ti, de tu pelo brillante y tus luciérnagas desde que te vi por primera vez con tus dos coletas y una sonrisa de oreja a oreja mientras nos abriste la puerta a mi familia y a mí aquel día. —Su mirada se vuelve intensa.

Una vez más, experimento una sensación de ardor en mis mejillas, acompañada de un calor que se intensifica cuando mi mirada se enfrenta a la suya. No consigo apartar la vista, y cada palabra que pronuncia parece resonar en lo más profundo de mi ser. Es como si su voz no solo alcanzara mis oídos, sino también mi alma, generando algo que no había comprendido hasta el momento. Él me observa de una forma que nunca antes había notado, como si cada milímetro de su existencia estuviera concentrado en mí, como si siempre hubiera estado presente, pero yo nunca lo hubiese percibido hasta este momento.

El interrogante brota en mi pensamiento, como un susurro que no logro acallar: ¿ha estado Noah Sanders enamorado de mí durante todo este tiempo? Esta duda me impacta con una fuerza inesperada y, aunque mi corazón rehúsa considerar la posibilidad, una parte de mí reconoce que siempre ha habido algo, una conexión invisible que nos unía de manera inexplicable. Siempre supe que nuestra relación era única, algo que superaba los límites de lo habitual, algo que no se encuentra con frecuencia. Sin embargo, en este momento exacto, mientras él me observa con esa mirada penetrante que me hace sentir vulnerable y protegida al mismo tiempo, empiezo a comprender el motivo.

Porque no se trataba solo de coincidencias.

Había algo más profundo.

Algo predeterminado.

Como una conexión que ha permanecido oculta, esperando el momento oportuno para salir a la luz.

Nos hemos cruzado con miles de personas, he reído con un montón de ellas, pero siempre sentí que nuestra historia era diferente. Tal vez no fue casualidad que nuestras vidas se cruzasen

tantas veces sin planearlo. Daba igual lo mucho que quisiéramos alejarnos, siempre había algo que nos hacía volver a cruzarnos.

Ahora todo tiene sentido.

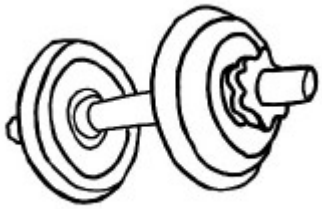
Noah no es solo alguien más, no es solo una cara conocida, es el mayor misterio que jamás he conocido; de alguna forma siempre he estado dispuesta a resolverlo. Mientras me mira siento algo dentro de mí: este momento es solo el principio de algo mucho más grande, algo que hemos estado construyendo sin saberlo.

—¿Te quedas conmigo esta noche? —susurro acomodándome en su pecho.

No recibo respuesta. Ladeo la cabeza hasta dar con el rostro de Noah descansando, sus ojos cerrados y la respiración tranquila bajo mi peso. Sonrío y vuelvo a acomodarme sobre él, y su cuerpo reacciona rodeándome con sus fuertes brazos.

«Buenas noches, Noah Sanders».

Capítulo 38



Noah

Sé que llevo un largo rato ya despierto, pero no quiero abrir los ojos, porque eso significará que esta noche ha terminado y tanto Lena como yo debemos volver a la vida real.

¿Lo que ocurrió anoche es de verdad?

Me muevo perezoso, con cuidado de no despertarla. Hemos dormido pocas horas, así que imagino que Lena necesita descansar, porque los sábados y domingos aprovecha para recuperar las horas de sueño que ha perdido durante la semana.

El ruido de tazas y platos provoca que abra los ojos de par en par.

Mierda.

Leo o Marina deben de estar despiertos.

¿Ahora cómo salgo de aquí sin que me vean?

Las preguntas se repiten en mi mente y no me dejan percatarme de que la chica castaña a la que besé la noche anterior ha abierto los ojos y me observa con detenimiento.

—Buenos días... —susurra vergonzosa.

Giro la cabeza, y con los brazos que aún la rodean la atraigo más hacia mi pecho, como si me estuviera aferrando a su cuerpo como única vía de escape. Deposito un suave beso sobre su coronilla, lo que provoca que sus mejillas se sonrojen.

—Buenos días, Luci, ¿has dormido bien? —susurro intentando concentrarme en ella.

—Eres una buena almohada. —Esboza una pequeña sonrisa preciosa que contagia la mía, pero rápidamente se esconde—. ¿Qué pasa, Noah Sanders? —Levanta el torso para verme mejor.

Todas las inseguridades que arrastra acaban de teñir el verde de sus ojos de un tono mucho más oscuro.

Trago saliva con dificultad, y me recuesto sobre el colchón con la espalda sobre la pared. Lena hace lo mismo a mi lado, dejando una leve distancia entre nosotros.

No.

Me niego a que vuelvan a abrirse brechas entre nosotros.

Mis dedos se mueven sobre la tela hasta encontrar los suyos, la palma de su mano me recibe algo dudosa, pero acepta, y nuestras manos se unen de la forma más sencilla e intensa posible.

—¿Te arrepientes? —susurra con la voz rota.

Me giro hacia ella de manera rápida.

—De lo único de lo que me arrepiento es de no haberlo hecho antes, Lena —susurro tratando de calmar su miedo.

Puedo ver cómo el aire vuelve a entrar y salir en ella con normalidad, su expresión se serena y vuelve la vista hacia la puerta cerrada. De nuevo nos encontramos en una habitación, escondidos de todo lo que sucede al otro lado de la madera.

Las voces al otro lado del piso traspasan las paredes, y ambos nos quedamos en silencio, cayendo en la cuenta de la única cosa en

la que no pensamos anoche.

¿Cómo vamos a salir por esa puerta?

¿Cómo se tomaría Leo el hecho de haber dormido abrazado a su hermana pequeña?

—Están despiertos... —susurra aún con la mirada fija.

—Hace rato que lo están —corroboro.

—¿Qué... qué vamos a hacer? —pregunta indecisa, devolviéndome la mirada.

—Voy a salir hacia la cocina, ¿vale? Dentro de un rato ven... —Lena asiente ante mis instrucciones.

Puedo ver cómo la incertidumbre se cuela por cada poro de su piel y no puedo permitir que nos quedemos con un sabor agridulce.

Las pocas horas que he pasado abrazado a ella no me han pesado, no me han dejado pensar en nada más que no sea en la forma en la que su cuerpo parece encajar a la perfección con el mío.

Dormir a su lado me ha ayudado a descansar de verdad, a abrir los ojos por la mañana sin sentir que sigo acumulando el cansancio de los días anteriores, como me pasa día sí y día también. Menos hoy.

A su lado siento que el nudo que me ata el pecho pierde fuerza poco a poco, como si las cosas no fueran tan inmensas si las miro a través de sus ojos.

Los minutos pasan y yo no puedo desengancharme de su mirada.

—Luci..., me ha encantado pasar la noche contigo. Voy a ir a la cocina a hacer una ronda de tortitas de avena, ¿vale? —Acerco mis labios hasta ella.

El suave tacto de sus labios húmedos sobre los míos solo me genera más ganas de no salir de esta habitación, de enredarme entre las sábanas y sus piernas y quedarme a vivir en este refugio de por vida.

Un suave beso sobre sus labios es lo único que faltaba para sustituir el miedo por el calor de ser querido y cuidado por ella. Sus músculos se han relajado y su expresión se ha tornado más dulce y cercana.

Con una pequeña sonrisa de despedida deshago el agarre y bajo del colchón, en tres pasos llego a la puerta. Desvío la mirada hasta ella, que sigue en la misma posición sin quitarme el ojo de encima y le guiño un ojo, sabiendo que eso solo hará que su sonrisa se intensifique aún más.

Giro el pomo de la puerta con delicadeza y abro un poco. Observo si alguien se encuentra en el pasillo, pero no es así, así que salgo despacio y cierro detrás de mí. Avanzo por el pasillo hasta llegar a mi habitación, me cuelo rápidamente y suspiro dejando ir la presión que ahora mismo siento.

Ha sido despegarme de ella y todo el peso que arrastraba a diario ha vuelto a posarse sobre mis hombros.

¿Y ahora qué?

Es lo único que me pregunto una y otra vez.

¿Cómo voy a explicarle a mi mejor amigo que estoy enamorado de su hermana?

* * *

Un rato después camino hasta llegar a la puerta abierta de la habitación de Lena. Sobre mis manos sostengo un plato con varias tortitas con sirope de arce que tanto le gustan.

Las he cocinado por y para ella.

He aprovechado que mi mejor amigo se ha metido en la ducha para poder cocinar tranquilo sin tener que responder a preguntas incómodas que ahora mismo no sabría cómo abordar.

Camino hasta el interior de la estancia y frunzo el ceño al no encontrarla aquí, juraría que la he escuchado hablar hace unos pocos segundos.

Dejo el plato con cuidado sobre la cama para que sea lo primero que Lena vea al entrar.

—Eso tiene buena pinta. —Me quedo petrificado al escuchar una voz que no reconozco salir de la nada, y giro la vista para ver si hay alguien detrás, pero no es el caso—. Sobre la mesa —me dicen. Hago caso y desvío la mirada hasta encontrarme una mujer pelirroja saludándome en la pantalla.

Me acerco unos pasos, preguntándome quién puede ser la mujer, pero no recuerdo a ningún familiar pelirrojo de los Luna.

—Déjame que lo adivine..., Noah Sanders, ¿verdad? —¿Cómo demonios sabe mi nombre?

—Puede que lo sea, perdone, ¿usted es...? —pregunto algo desconcertado.

—Carmen, la madre de Marina y la terapeuta de Lena —dice aliviando el susto que me ha pegado.

No tenía ni idea de que Lena estaba recibiendo sesiones de terapia, su hermano no me había comentado nada al respecto. Imagino que será para que si alguien se entera de que está yendo a terapia sea por boca de ella y no por otros.

Espera un momento.

¿Por qué Carmen sabe mi nombre?

¿Es que Lena le ha hablado de mí?

¿Es que sabe que fui un capullo cuando me fui?

—Me alegro de conocerla... —Me rasco la nuca nervioso—. Espero y deseo que sepa de mí por buenas referencias —digo finalmente tragándome mi incertidumbre.

La mujer sonríe al otro lado de la pantalla, pero no responde. Sus ojos se desvían hacia un lado y por inercia yo también lo hago. Casi se me cae el alma al suelo cuando me topo con Lena, con el ceño fruncido y las manos en jarras sobre las caderas. Me muerdo el labio inferior al recordar el tacto de mis dedos sobre ellas.

—¿Qué estás haciendo aquí, Noah? —pregunta desviando la mirada a la pantalla y luego a mí.

—Te ha preparado unas tortitas que tienen pinta de estar deliciosas —responde Carmen por mí, y le señalo el plato sobre la cama.

Lena avanza hasta él y lo coge observando cómo el sirope de arce baña cada tortita, exactamente como a ella le gusta. Sus ojos me miran y esboza una pequeña sonrisa.

—Gracias, Noah, no tenías por qué...

—Quería tener un bonito detalle contigo, para que sepas que estoy aquí, ¿vale? —pronuncio con el corazón en la mano. Sus mejillas enrojecen y no puedo evitar ensanchar aún más mi sonrisa.

Es como si el tiempo se detuviera y solo existiéramos nosotros y un plato enorme de tortitas.

—Lena, ¿qué te parece si Noah nos acompaña en la sesión de hoy? De ese modo podéis disfrutar de unas deliciosas tortitas juntos, ¿qué os parece? —propone Carmen haciendo que las preguntas vuelvan a abordarme.

¿Por qué Carmen me invita a participar en la sesión?

¿Es que Lena ha hablado de nosotros?

¿No se sentía bien conmigo?

Es evidente que Lena ha pasado años huyendo de mí, al igual que yo he huido de la estampida de elefantes que ella suscita en mi corazón.

¿Ahora estamos bien?

¿Necesitamos una sesión de terapia juntos?

¿Cómo es recibir terapia?

¿A mi padre le está ayudando a encontrarse mejor?

Tanto Carmen como yo desviamos la mirada a la chica, que no les quita ojo a las tortitas. Lena esconde su mirada detrás de los mechones de pelo que caen sobre su rostro. Puedo sentir cómo la incertidumbre la aborda, y digo incertidumbre porque sé perfectamente que está tratando de buscar una respuesta que no llega a esa pregunta.

—Luci..., no es obligatorio, solo me quedaré si tú te sientes bien con ello... —le digo dubitativo.

Su mirada se cruza con la mía y juro que Lena tiene la mirada más intensa que jamás haya visto. En sus ojos siempre pasan miles de cosas a la vez, tal vez por ello me encante, nunca sabes por dónde va a salir porque ella siempre está con la cabeza en mil lugares a la vez. Ojalá eso no la abrumara tanto.

—¿Quieres quedarte? —susurra.

—Si puedo hacer algo por ayudarte, estaré encantado de hacerlo, Lena... Lo haré si es lo que tú quieres que haga —le aseguro con una sonrisa tierna.

—Pues venga, tomad asiento e hincadle el diente a ese plato antes de que vaya y os lo quite de las manos. —La voz de Carmen rompe el espacio que habíamos creado.

Lena no le discute.

Deja el plato sobre la mesa de madera frente a la cámara, ambos podemos ver cómo la mujer pelirroja no deja de mirar nuestro desayuno. Escondo mi pequeña sonrisa nerviosa y camino unos pasos hasta la puerta, cerrándola despacio.

Al girar sobre mis talones me encuentro de nuevo los enormes ojos de Lena observándome, pendiente de cada movimiento que

hago.

—Pensaba que te ibas... —susurra.

Tuerzo levemente mi expresión y vuelvo a acercarme a la mesa. Arrastro una de las pequeñas cajoneras que hay al lado de la cama y la dejo frente a la mesa, cerca de ella. Un minuto más tarde estoy sentado en su mesita de noche viendo cómo Lena disfruta de la primera tortita mientras la mujer al otro lado de la pantalla nos sonríe con dulzura.

Respiro tranquilo.

—Por cierto, Lena, feliz cumpleaños. —Carmen sonríe—. ¿Qué tal la noche?

Se me tensa la mandíbula en un instante.

¿Hablará de nosotros?

¿Mencionará su fiesta de cumpleaños?

¿Necesitará desahogarse?

¿Se siente bien después de esta noche?

¿Cómo se sentirá respecto a nuestro beso?

¿Lo habrá deseado tanto como yo?

Me restriego el rostro tratando de evaporar todos los pensamientos que vienen a mi mente, y unos leves toques sobre el brazo me hacen volver a la realidad. Lena mueve el plato hasta que queda entre ambos, y con una mirada me ofrece una de las tortitas del plato. Esbozo una pequeña sonrisa al darme cuenta de que Lena es la clave para solucionar cada enredo que me rodea.

—Interesante —responde finalmente.

—Interesante —repite Carmen apuntando en su cuaderno—. ¿Y tú, Noah? ¿Cómo crees que fue la noche?

Me tomo unos segundos para procesar la pregunta, busco dentro de mí la respuesta y, por sorpresa, encuentro la respuesta en la punta de la lengua.

—Esperada —respondo con los ojos puestos en Lena, cuyas mejillas se vuelven un par de tonos más rojizos.

—Me alegro de que la noche fuera bien. ¿Cómo te sentiste, Lena?

—Presente —responde al instante, antes de hacer una pausa—. Fue una sorpresa que se torció a medianoche y se volvió a arreglar poco después —expone.

—¿Cómo te sientes respecto a que no todo saliera perfecto? —pregunta Carmen.

—Humana. —Su respuesta me deja completamente perplejo.

Sé que Lena se ha vuelto muy perfeccionista, siempre ha sido muy crítica consigo misma: los demás a su alrededor podían errar, pero ella no se permitía equivocarse y aprender. No pretendía ser la mejor en lo que se propusiera, no deseaba llamar la atención, simplemente no quería que sus errores tuvieran consecuencias en los demás.

Me limité a acompañar a Lena durante la sesión, me sentí agradecido cuando me permitió quedarme con ella y ser oyente de sus confesiones con Carmen. Sé que no dijo nada fuera de lo normal porque yo estaba allí, no explicó qué había ocurrido entre nosotros la noche anterior, pero algo en Carmen y en su forma de guiar la sesión me hizo pensar que tal vez esa mujer sabía algo acerca de lo que nos estaba ocurriendo.

No interrumpí.

—He estado escribiendo —dijo Lena.

—Oh, eso es fantástico. ¿Cómo te sientes con ello? ¿Te ayuda? —pregunta Carmen con una sonrisa.

—Escribir me está ayudando a poner orden al descontrol que a veces siento en mi interior, llevo pocas semanas haciéndolo y no lo hago a diario..., solo cuando siento que necesito plasmarlo en papel. Me siento mejor desde que lo hago... Más en paz conmigo misma —

se expresa con naturalidad ante la cámara, tanto su terapeuta como yo estamos absortos en los pequeños avances que ella misma nota.

—Me alegra oír eso, Lena, estás utilizando la escritura terapéutica como herramienta para sentirte mejor, y se te ve mejor... Felicidades, estás haciendo grandes avances, seguro que Noah también está orgulloso de ello, ¿verdad? —La pelota cae en mi tejado.

—No dudaba en que Lena necesitaba el arte como medio para ser, desde pequeña todos hemos visto el vínculo tan especial que ha creado con ello, es parte de su esencia... —Sonrío a la pantalla intentando controlar que mis mejillas no se vuelvan demasiado rojizas.

—¿Quieres leer algo, Noah? —su pregunta me pilla por sorpresa, su mirada es tan sincera que me engancho a ella de nuevo. Asiento suavemente.

La sesión queda en silencio.

Lena coge un cuaderno oscuro y lo abre, pasa las páginas con suavidad buscando aquello que desea enseñarme.

Sus escritos son como su diario personal y se me derrite el alma cuando esboza una sonrisa al llegar a una página en concreto. Me tiende el cuaderno con una seguridad arrolladora que envidio.

Lo tomo con cuidado de no perder la página y bajo la mirada hasta las páginas blancas donde bailan estrofas en tinta negra:

Un beso robado dulce y breve,
como un suspiro que mi alma conmueve.
Lo ansiaba en silencio, sin darme cuenta,
y al rozar tus labios, la espera me enfrenta.

El tiempo pasó, y creí haberlo olvidado,

pero al tocarte, pude hallarlo.
Ese beso tan profundo
despierta en mí todo lo que había callado.

Fue más que un roce, fue un reencuentro.
Un susurro al alma.
Me recordó lo que guardaba en secreto,
y cuán grande ha sido mi amor en silencio.

Leo y releo los versos escritos sobre el papel.

¿Ha escrito sobre nosotros?

Lena me devuelve la ilusión que un día perdí cuando la yema de mis dedos acaricia nuestros momentos. ¿Cómo puede ser tan creativa y dulce?

Me dan ganas de atrapar su rostro y fundirnos de nuevo en besos.

Lo único que pienso es la forma en que ambos hemos estado huyendo de aquello especial que nos une. Lo hicimos en silencio, pero lo que no sabíamos es que hemos pasado años huyendo en la misma dirección encontrándonos en cada esquina.

Minutos más tarde solo sonrío cada vez que Lena llega a una respuesta sobre ella que antes no tenía. Mientras la terapia avanza y yo sigo absorto entre las páginas que me ha tendido.

Soy yo el que se siente acompañado al verme tan reflejado en ella, hasta que empiezo a preguntarme cómo, de nuevo, voy a salir por la puerta de su habitación después de quedarme colgado aún más en su frescura.

Capítulo 39



Lena

Cierro la puerta detrás de mí y dejo las bolsas en el suelo sintiendo cómo el frío me ha calado los huesos, ¿cómo puede ser? Hace un par de semanas hacía calor y no era necesario que me vistiera con tantas capas de ropa, parezco una cebolla.

Me encanta el invierno.

El mismo invierno nevado que se refleja en la bola de cristal que Noah me regaló.

Desabotono mi chaqueta de cuadros y me la quito con suavidad, dejando que el calor de la calefacción del piso llegue a todos los poros de mi piel. Soy muy friolera y en cuanto bajan las temperaturas un poco ya me encuentro congelada. Me llevo los dedos a la nariz y compruebo que sigue fría como el hielo. Busco mi reflejo en el espejo y, efectivamente, parezco Rudolf.

Suspiro cansada por la clase de hoy. Me encanta experimentar con materiales nuevos, pero odio que las propias clases nos quiten

tiempo de avanzar en nuestros proyectos. He ido cargada con toneladas de papeles y colores para, al final, no utilizar nada.

No estoy molesta, al contrario, estoy acostumbrada.

Esta dinámica suele pasar más de lo que cabría esperar.

—Hace calor, ¿verdad, hermanita? —pregunta Leo apoyado en el quicio de la puerta de la cocina.

—Es impresionante, parece que estemos en las Bahamas. —Pongo los ojos en blanco siguiéndole el juego.

Me agacho a coger el par de bolsas, pero mi acción se ve interrumpida: las dos bolsas se alzan en el aire y agradezco que mi hermano esté tan metido en su móvil, porque de ese modo no puede ver cómo todo mi ser se relaja en cuanto Noah Sanders entra en mi campo de visión.

Viste con un chándal gris y azul, imagino que vendrá o se irá al gimnasio. Rezo por que la respuesta correcta sea la primera.

—¿Dónde te lo dejo? —me pregunta señalando el par de bolsas que carga.

Tardo unos segundos en procesar lo que me está diciendo. Giro sobre mis talones y echo un vistazo rápido al salón. Planos enormes ocupan la gran mesa, en la esquina del salón se encuentra mi carrito de material que Leo me trajo hace unos días para organizar todo lo necesario para trabajar en mis proyectos y encargos.

—Diría en el salón, pero parece ocupado —respondo volviendo a Noah.

Al posar la vista sobre él siento que el mundo se detiene, como si su mirada pudiera atravesarme y descubrir todos mis secretos. Es una mezcla extraña de nervios y una calma inexplicable, como si su mirada tuviera el poder de llenar vacíos que ni yo sabía que existían en mí. Cuando nuestras miradas se cruzan, todo lo demás desaparece, y es como si, por un momento, el universo fuera

nuestro. Nunca antes había sentido algo así, como si cada mirada fuera un susurro de algo más grande, algo que va más allá de lo que puedo entender. En estos días he podido ver cómo, poco a poco, ese algo está creciendo dentro de mí, de una manera suave pero profunda que cobra todo el sentido cuando me encuentro, de nuevo, hechizada por su mirada intensa. Es como si en esos pequeños instantes él pudiera leer mis pensamientos, saber lo que siento sin necesidad de palabras, y no puedo hacer otra cosa que dejar ir todos esos sentimientos recortados y reprimidos que yo sentía cuando él estaba cerca. Todos ellos vuelan a nuestro alrededor como miles de luciérnagas dando luz en medio de la oscuridad.

—Leo y yo hemos ido a buscar una buena solución a ese problema —explica esbozando la mejor de sus sonrisas.

Busco con la mirada a mi hermano, quien la despega de su móvil y me señala el salón con un suave gesto con la cabeza.

Frunzo los labios sintiendo que la intriga me inunda y no puedo resistirme a acercarme hasta el salón. Al asomarme por la puerta puedo ver la parte que quedaba escondida desde el pasillo.

El corazón se me enternece en un instante.

¿Cómo puede ser que consigan emocionarme con una mesa plegable?

—Así podremos trabajar todos juntos —celebra Leo con una sonrisa de oreja a oreja.

Estoy demasiado emocionada como para articular palabra. Giro sobre mí rápidamente y me abalanzo sobre el pecho de mi hermano mayor, que me recibe con los brazos abiertos y me estrecha contra él.

Es solo una mesa.

Hacía años que no me emocionaba por algo tan pequeño y, a la vez, tan grande.

—Gracias —susurro escondida bajo su agarre.

—¿Y a mí no me das las gracias? Que fue idea mía —inquiere Noah haciéndose el ofendido.

Me despego de mi hermano en el mismo momento en que Noah Sanders deja las bolsas sobre mi nueva mesa de trabajo. Me mira algo indeciso, pero finalmente abre sus brazos y repito la acción; me abalanzo sobre él inundándome de su aroma, y sus brazos fuertes me rodean por los hombros con una suavidad tan propia de Sanders.

Cada vez que lo abrazo siento cómo el rencor abandona mi cuerpo y es sustituido por un nuevo sentimiento genuino y fuerte que crece desde el interior. Aún no logro determinar qué puede ser con certeza, pero sé que es bueno, porque desde que me siento de esta forma sonrío más.

Mi móvil suena en el bolsillo del pantalón. Noah me suelta y por unos momentos me siento perdida sin el tacto de su piel sobre la mía. Mis dedos cazan mi teléfono y miro quién me llama.

Llamada entrante de mamá.

Trago saliva nerviosa y deslizo el dedo por la pantalla. Activo el altavoz.

—Hola, mamá —respondo enseguida.

Mamá no suele llamar mucho por la falta de tiempo libre, pero sí nos envía mensajes de vez en cuando para ver cómo estamos. La última vez que recibimos una llamada de mi madre metí la pata con Noah y, a su vez, estuvimos a punto de besarnos.

Ahora no dudo que, si mi hermano no hubiera entrado, nos hubiéramos besado aquel día.

—¿Cómo está la artista de la familia? —pregunta mi madre al otro lado de la línea.

No se equivoca.

En una familia de médicos habían nacido una artista y un arquitecto.

—Pues acabo de llegar al piso, he tenido clase esta tarde y vengo agotada —expongo con calma.

—Me alegro de que ya estés en casa y puedas descansar tranquila, espero que estés durmiendo mejor. —¿Es que mamá sabe que no dormía bien?

—Sí, mamá...

—Nos aseguramos de cuidar bien de Lena, mamá —responde Leo.

—No me digas que me has puesto en altavoz. Hola, chicos, ¿estas por ahí, Noah? —pregunta mamá. Por inercia desvío la mirada hacia el chico de ojos verdes.

—Sí, Carlota, estoy aquí cuidando de sus hijos, vamos a tener que hablar acerca de mis horas extras como niñero —bromea Sanders ganándose un codazo de su amigo.

—Eso, Noah, tú cuida bien de mis polluelos, aunque eso también te incluye a ti... ¿Cómo te encuentras? —Nuestras miradas se cruzan y sé que debe de ser complicado para él responder con positividad a esa pregunta.

—Sigo esperando a poder hablar con mi padre, según me comentó la psicóloga hace unas semanas, el tratamiento va bien... Necesita tiempo —explica Noah mientras mi hermano y yo intercambiamos una mirada preguntándonos si el otro sabía esa información.

Parece que ninguno de los dos lo sabía.

—Tu padre se va a poner bien, te lo aseguro, Noah... ¿Por qué no venís a comer este fin de semana? Jaco puede encender la barbacoa —propone mi madre con entusiasmo.

Los tres nos miramos entre nosotros, somos conscientes de que desde que estamos aquí ninguno ha vuelto a Tarragona. Es cierto que entre semana es mucho más fácil estar en el piso, pero los fines de semana poco a poco se han convertido en pasar las horas del día avanzando proyectos.

—Ostras, mamá, nos pillas a finales del primer cuatrimestre, si vieras el salón del piso entenderías nuestra situación... —empieza a excusarse Leo.

—Han tenido que traerme una mesa plegable para que yo pueda trabajar, Zipi y Zape me han robado hasta el último rincón del salón —me quejo.

—Eso es un no, ¿verdad? —pregunta mi madre en un tono ¿triste?

Echo de menos estar en casa y ver a mamá y papá, pero no nos ponemos de acuerdo con cuándo nos va bien bajar a visitarlos. Este es el primer fin de semana de diciembre y, a pesar de que esta semana ha sido algo extraña por el puente, estamos hasta las cejas de trabajo. Incluso Noah debe hacer malabares con los entrenos para poder llegar a todo.

—En cuanto acabemos le prometo que los visitaremos —responde Noah viendo que Leo y yo no lo hacemos.

Siento echar siempre de menos a mis padres y que cuando pueden estar, aunque sea un rato pequeño, yo esté demasiado ocupada con la universidad.

—¿Decís que el salón está abarrotado? —pregunta mamá.

—Sí, mamá, al completo, hasta la televisión ha sido tapada por mis dibujos —respondo.

—¿Qué os parece si Jacobo y yo pedimos un día libre y nos acercamos a haceros una pequeña visita? —Sonrío por inercia.

¿Mamá y papá aquí?

Pues claro que quiero que mis padres vengan a ver el piso y cómo nos organizamos, me encantaría contarle a mamá que me he apuntado al gimnasio de abajo donde Leo entrena y Noah trabaja. Me gustaría preguntarle sobre qué significa sentir cosquilleos en el cuerpo cada vez que Sanders me mira.

Echo de menos a mis padres.

—Eso sería una muy buena idea, mamá, podéis venir el domingo, ¿qué os parece? —me apresuro a contestar sintiendo la ilusión corretear por mi interior.

—Menos mal, hija mía, ya pensaba que no nos echabais de menos —reprocha mi madre con suavidad.

—Os echo mucho de menos, mamá —digo atragantándome con mi propia voz.

De repente, las lágrimas se me atrincheran en los ojos y siento un nudo en el pecho.

—Y nosotros a ti, flor, ¿quién si no va a hacer que mi casa huela a óleo y aguarrás? —Tanto Leo como Noah ríen mientras yo esbozo una pequeña sonrisa tímida—. Chicos, os dejo, que me llaman de planta. Os quiero muchísimo, cuidaos mutuamente como siempre lo habéis hecho, el domingo estaremos allí, un beso para todos.

La llamada se corta.

Los tres nos miramos entre nosotros antes de girar sobre nuestros talones y observar que el salón parece un campo de batalla. Si mamá y papá vienen a comer, tendremos que limpiar, organizar y, por supuesto, quitar de en medio nuestros proyectos.

—Hoy vamos a cenar tranquilos en la cocina y ya mañana vemos cómo organizamos todo esto —señala Leo tratando de disipar la tarea principal de la semana: limpiar, recoger y ordenar.

Tanto Noah como yo asentimos ante su propuesta. No me quejaré, hoy estoy realmente cansada, creo que me voy a ir

directamente a la cama a recargar las pilas. Me giro para encaminarme por el pasillo.

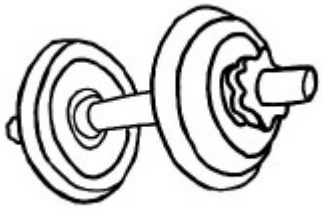
El corazón me late con fuerza al sentir de nuevo su tacto sobre mi cintura.

—La cocina está por el otro lado, Luci, venga... Cocinamos algo rico y luego a descansar —susurra Noah detrás de mí.

Su cuerpo está pegado al mío, puedo sentir el calor que emana de él, y la respiración se me entrecorta con la fuerza de cada latido.

Ay, madre mía, espero que mi hermano no esté detrás de nosotros.

Capítulo 40



Noah

Después de habernos pasado dos días intensos limpiando y organizando cada rincón del piso estamos exhaustos, ha sido gracioso ver cómo hemos quitado los trastos del comedor para cinco minutos después volver a colocarlos en el mismo lugar. Ninguno de los tres tiene espacio suficiente en su habitación para poder trabajar tranquilamente.

Lena es la que disfruta de la habitación que se ha convertido en mi favorita, siempre busco la forma de entrar cuando sé que ella está allí. Aun así, la sala también se ha convertido en parte de su estudio: varios lienzos apoyados sobre la estantería y enormes papeles se encuentran en cada rincón, estoy seguro de que cada semana hay más.

Acomodo mi sudadera negra y palpo los bolsillos de mis tejanos azul oscuro en busca de mi cartera y de la cajetilla de cigarros. A mi lado Leo se repeina sus ondas rubias que le caen a cada lado de la

cabeza; si se sigue dejando crecer el pelo, en poco tiempo lo tendrá igual de largo que yo cuando era pequeño. Me acuerdo de que mi madre solía hacerme un moño igual que el de Lena.

«Te echo de menos, mamá».

Siento un pinchazo en el pecho, como cada vez que pienso en ella.

Creo que jamás superaré que se fuera tan pronto.

El sonido del timbre atraviesa la estancia.

Oímos los pasos de Lena corretear hasta nosotros, y Leo contesta por el telefonillo cuando Roberto, el portero, indica que nuestra visita ha llegado.

Estoy nervioso.

He comido, cenado, desayunado, merendado y pasado días enteros en casa de los Luna, conozco a Carlota y Jacobo desde que era un crío, pero hoy todo parece distinto.

Sigo siendo el mejor amigo de Leo.

No tengo ninguna idea de qué es lo que somos Lena y yo, en las últimas semanas hemos compartido tiempo juntos y con su hermano, pero no hemos tenido muchos momentos a solas que nos permitieran estar como en la noche en su cumpleaños.

No quiero que eso se convierta en cosa de una sola noche.

Estoy angustiado, llevo días estándolo y no solo con la visita de los padres de Lena y Leo, sino con no poder mover ficha porque mi mejor amigo anda cerca. No he hablado con él acerca de lo que pasó con Lena, no sabe que besé a su hermana ni mucho menos se imagina que estoy enamorado de ella.

Lena también parece haberse dado cuenta de que, hagamos lo que hagamos, Leo siempre está en medio o anda cerca.

Ninguno de los dos hemos hablado sobre ello, no hemos tenido ni el tiempo ni la ocasión para hacerlo, y empiezo a preocuparme de

que Lena pueda llegar a pensar que ha dejado de interesarme, porque no es así.

La puerta se abre dando paso a Carlota, con un abrigo de piel sintética y su melena rubia perfectamente peinada en ondas. Su sonrisa amplia reina en su rostro, es evidente que echaba de menos a sus hijos. Su primera víctima es su primogénito, a quien estrecha contra ella como si la vida le fuera en ello.

Jacobo entra pocos pasos detrás de su mujer. Me dedica una sonrisa y me estrecha la mano con un apretón suave y me da un par de palmadas en la espalda. Después, sus ojos se desvían hasta la princesa de la casa. Lena sonríe tímida y es su padre quien la atrapa entre sus brazos.

En ese preciso momento me siento ajeno a lo que ocurre a mi alrededor.

Me alegro de que los Luna puedan disfrutar de sus padres, pero yo no puedo evitar preguntarme qué estará haciendo el mío, si me echará tanto de menos como yo a él, si se acuerda de mamá. Y vuelven esos pensamientos: si mamá no hubiera salido tarde de trabajar aquella noche, podría haber vuelto antes a casa y tal vez la panda de borrachos no hubiera embestido su coche.

Noto la cabeza pesada.

Algo tira suavemente de mí para que me acerque, abre uno de sus brazos y me ofrece cobijo junto a mi amigo. Carlota es lo más cerca de mi madre que puedo estar ahora mismo. Le devuelvo el abrazo agradeciendo internamente que las madres siempre tengan ese sexto sentido que las avisa de cuando algo va mal.

—Mis niños, pero qué guapos están —afirma Carlota abrazándonos con más fuerza.

—Papá, suéltame —pide Lena al otro lado.

Seguro que su padre la ha cogido en volandas como siempre ha hecho.

—Vamos, mamá, suéltanos, que se nos va romper la espalda —se queja mi amigo.

Su madre nos suelta, deshaciendo así el que ha sido mi refugio por unos segundos. Nos mira con los ojos azules enormes que mi amigo ha heredado de ella. Lena, en cambio, es una fotocopia de su padre.

Los hermanos les muestran el piso poco a poco. Yo retrocedo unos pasos con la excusa de ver cómo va la comida y les dejo pasar unos minutos en familia.

Nunca sabes cuándo serán los últimos.

La vida se ha encargado de enseñármelo.

* * *

Hemos comido los cinco en la mesa del salón, rodeados de papeles enormes incluso colgados del techo. Sus padres se han quedado pasmados en cuanto han visto que el piso se ha convertido en un gran estudio compartido en el cual nos peleamos por hacernos con la mesa grande que preside la estancia.

Tanto Carlota como Jacobo no han dejado de preguntarnos qué tal las clases, el transporte público, si estamos descansando más que en casa, si nos hemos peleado por las tareas domésticas y un sinfín de cuestiones a las que me he limitado a dar respuestas cortas mientras dejaba que tanto Leo como Lena se explayaran contándoles todo lujo de detalles a sus padres.

Todos estaban tan absortos en diferentes conversaciones que nadie, excepto ella, se ha percatado de que me he quedado embobado con su pelo recogido en dos largas trenzas. Hacía años

que no se lo peinaba así. No lleva ninguna ropa fuera de lo común, pero el vestido de cuadros ajustado que combina con su jersey de color claro hace que sus curvas resalten aún más.

Lena es preciosa, no necesita emperifollarse para serlo, no necesita dos kilos de maquillaje ni repeinarse el cabello cada día. Ella es sencilla, viste con un estilo tan propio que es imposible que nadie se le asemeje; eso me encanta en ella, tiene la facilidad de ser tan única que no se da cuenta de ello.

Puedo ver su sonrisa de oreja a oreja. Está feliz con la visita de sus padres, a pesar de que muchas veces se siente insuficiente porque ella necesita más de su entorno. Esa inseguridad hoy ha desaparecido del mapa, ha elegido dejar a su hermano mayor charlando con sus padres para venir a la cocina y acompañarme a lavar, secar y ordenar platos.

Ninguno de los dos ha abierto la boca más que para dedicarnos una sonrisa tímida y un par de gestos para coordinarnos en la tarea.

Yo friego los platos, Lena los seca y los apila para más tarde colocar cada objeto en su lugar.

—¿Estás bien, Noah? —pregunta unos minutos después.

Giro para verla y dedicarle una pequeña sonrisa.

—Estoy algo cansado de toda la semana... —balbuceo pasándole un plato.

—No te preocupes por los platos, si lo necesitas puedes ir a descansar, mis padres lo entenderán —deja el plato seco sobre la pila.

—Me lo estás diciendo porque solo quedan dos platos por fregar, ¿verdad, Luci? —busco en ella la pequeña risa que sale entre los dientes.

Me encanta escucharla reír.

—No está bien acusar a la gente sin pruebas concluyentes —responde escondiendo el rostro.

—Lena...

Desde donde estamos escuchamos la conversación de padre e hijo en el salón, pero no logro entender de qué hablan porque mi mente solo puede pensar en ella y en su forma tan delicada de posar un plato sobre otro.

—Dime, Noah. —Nuestras miradas chocan, sus mejillas vuelven a sonrojarse cuando se percata de que me he acercado más a ella.

No existe la distancia entre nosotros, es tan hipnótico mirarla que solo puedo concentrarme en sus largas pestañas mientras abre y cierra los ojos, y en sus labios ligeramente entreabiertos y de color rosado que tantas ganas tengo de volver a rozar.

—¿Has pensado en ello? —pregunto a escasos centímetros de ella.

Nuestros besos a las tantas de la madrugada.

Lena parece entender a la perfección a lo que me refiero, porque su mirada se intensifica aún más, como si lo estuviera reviviendo una y otra vez en su interior.

—No he dejado de hacerlo... —responde con la respiración entrecortada.

No me detengo a explicarle que desde la noche del diecinueve de noviembre no he hecho otra cosa que recordar cada centímetro de su cuerpo pegado al mío, el sabor de sus labios explotando en mi boca. Apoyo un par de dedos bajo su barbilla y tiro de ella suavemente haciendo que alce la mirada hasta mí.

—¿Tú...? —susurra.

—No sales de mi mente, Luci —susurro cerca de su boca.

—Hazme recordar —pide en un suspiro ahogado.

Desvío la mirada unos instantes para comprobar que nadie está en la puerta de la cocina antes de volver a los suyos, que me observan expectantes. Sus labios rosados se abren aún más pidiéndome a gritos que me acerque a calmarlos. Mis dedos viajan de su barbilla hasta su mejilla suave y hecha a la medida.

Toda ella parece estar hecha para volverme loco en un solo instante.

Todo se desvanece a nuestro alrededor cuando finalmente sus labios rozan los míos. Un beso tan suave, tan lleno de una dulzura casi infinita, que siento que el tiempo se detiene por completo. Ninguno tiene prisa por despegarse del otro, solo existe el suave latir de nuestros corazones al unísono, cada segundo a su lado es un regalo. Cierro los ojos, perdiéndome por completo en el momento, sintiendo cómo cada caricia de su boca sobre la mía me dice más de mil palabras.

El ruido de unos pasos acercándose a la cocina nos hace reaccionar. La suelto tan rápido como puedo y nos separamos al instante. Volvemos la mirada al fregadero y ambos reanudamos la tarea con la vista fija en lo que hacemos, pero estoy seguro de que este beso se repite una y otra vez en nuestro interior.

—Mamá y papá se marchan ya —anuncia Leo apoyado sobre el quicio de la puerta.

El corazón me late tan fuerte que creo que se me va a salir del pecho.

Capítulo 41



Lena

Sigo con la mirada perdida sobre mi bebida de chocolate que descansa sobre una de las mesas de la terraza de la universidad. Mis amigos hablan sobre algo de lo que no logro enterarme porque todo mi cuerpo sigue reproduciendo todas y cada una de las sensaciones que Noah consigue crear en mí con un sencillo y rápido beso.

Llevaba días pensando que tal vez Noah no deseaba más besos o ya no me veía de la misma forma en la que me vio aquella noche.

Todos esos fantasmas desaparecieron en el mismo instante en el que Noah admitió que no había dejado de pensar en ello.

Yo tampoco.

—Ha sido un coñazo de clase. —María rompe mi pequeño universo y me devuelve a la cruda realidad.

—¿Cuándo no lo es? —pregunta Clara, y todos asentimos mostrando nuestro acuerdo.

La clase ha durado menos de una hora, lo que quiere decir que las tres horas restantes podemos avanzar en los proyectos o irnos a casa. Como siempre que ocurre esto, aprovechamos para bajar a la cafetería y tomar algo tranquilamente.

A no ser que el día salga lluvioso y tengamos que refugiarnos en el interior del edificio, solemos coger una mesa en la terraza donde nos dé el aire. No es muy grande, pero tiene las suficientes mesas para que cada mediodía se llene de estudiantes con una cerveza en la mano.

Mis amigos siguen conversando acerca del proyecto de dibujo que tenemos que realizar y algunos compañeros de clase se unen a la mesa. Pierdo completamente la noción del tiempo volviendo de nuevo a la forma en que mi cuerpo se siente completamente atraído por Noah. He crecido a su lado durante años, me ha visto crecer y convertirme en la Lena que soy a día de hoy, aunque yo siga buscando las piezas que me faltan. Pero parece que ahora todo ha cambiado, y que lo que empezó siendo un intento de volver a construir nuestra relación ahora... no sabría determinar qué es lo que ocurre exactamente.

Noah Sanders me gusta y cada día que pasa me gusta más, eso lo tengo claro. Pero lo que no logro saber con certeza es qué significa todo esto, ¿es un paso para ser algo más? ¿Simplemente es algo temporal, un calentón, o es algo que lleva cociéndose durante años? Necesito respuestas y el poco tiempo que conseguimos estar juntos a solas no nos da para más de dos frases seguidas, porque mi hermano entra en escena y Noah y yo ya no sabemos cómo seguir con normalidad.

Ninguno de los dos ha dicho nada.

No sé cómo reaccionaría mi hermano al saber que su amigo y yo nos gustamos. La última vez que ocurrió, Leo no tuvo otra idea

mejor que ser mi escolta personal cada momento que yo pasaba con Óscar. Era incómodo y aquello fastidió lo que fuera que podríamos haber sido.

No quiero que vuelva a ocurrir.

—Lena —miro a Guillem que está plantado a mi derecha—, ¿vamos?

Por encima de su hombro puedo ver las escaleras que van hacia la recepción de la facultad. Los demás están entrando, por lo que yo debo de haberme quedado en trance. No me apetece entrar de nuevo en clase para no hacer nada, y lo que puedo hacer allí lo puedo hacer aquí mientras Leo y Noah salen de clase.

—Me quedo aquí mejor, no me apetece volver a subir... Nos vemos mañana. —Él asiente no muy convencido.

—¿Todo bien, Lena? —me pregunta como siempre.

—Todo perfecto —sonrío.

—Nos vemos mañana. —Se despide con un gesto y se encamina hasta el interior del edificio.

Saco mi iPad en busca de ideas, paletas de colores o cualquier cosa que me inspire para idear el siguiente proyecto: debemos crear una serie de carteles que reivindiquen algo, pero no me vienen ideas a la cabeza acerca de qué puede tratarse.

La vibración de mi móvil me saca de mi bloqueo artístico. Sin pensar, rebusco en el interior del bolsillo de la sudadera que llevo hoy, una completamente negra con una polilla bordada en la parte izquierda del pecho que no huele a mí, pero sí huele a Noah. Está mañana ha sido muy persuasivo tratando de convencerme de que me abrigue un poco más porque no quiere que en pleno diciembre pille un resfriado. Y tiene razón, ya refresca mucho más y tal vez llevar manga corta con estas temperaturas no es mi mejor idea del año. Se quitó la sudadera frente a mí dejándome anonadada y me

retiró con suavidad la mochila de los hombros. Me puso la sudadera por encima de la ropa y yo solo podía concentrarme en el tacto de su piel por mi cuerpo.

Desbloqueo la pantalla de mi móvil y entro en WhatsApp, porque tengo un mensaje de un número desconocido.

Luci, ¿tienes planes para esta
Navidad?

Sonrío al instante al saber que es él quien me escribe. Hace años que no intercambiamos mensajes. Borré su contacto de mi agenda al terminar secundaria, cuando Noah se marchó a Estados Unidos mientras yo seguía en el hospital. Un pinchazo en el pecho me recuerda la culpa por haberme enfadado con él cuando solo necesitaba estar más cerca de su madre. Agito mi rostro antes de que mi cabeza pueda ir más rápido que yo y tecleo mi respuesta.

No tengo planes para esta Navidad,
Noah Sanders

Y no mentía, podría volver a casa y estar con la familia estas fiestas, pero no me apetece celebrar Navidad el día que no lo es porque ellos deben trabajar. Tal vez es un pensamiento egoísta, pero es la verdad, y ahora mismo no necesito encerrarme en esa espiral de autocompasión que no me lleva a otra cosa que a sentirme algo apartada.

Solo tú puedes llamarme de esa forma y que
suene tan sexi, pero no me mientas, Luci, sí
tienes planes para esta Navidad

Y con pocas palabras en un mensaje de texto, Noah es capaz de sonrojarme y hacerme sonreír como una tonta a una pantalla.

¿Sí? ¿Cuáles son, Sanders?

Conmigo

Que yo sepa, no me has ofrecido ningún plan
para esas fechas

Eso lo podemos arreglar, ¿estás en clase,
pequeña Luci?

¿Qué estarás tramando, Noah? Estoy
en la cafetería con mi Cacaolat

Espero unos segundos, pero no veo que esté en línea. No puedo evitar desanimarme al no obtener respuesta por su parte, pero intento concentrarme en que Noah está en clase, le habré pillado ocupado... Pero ha sido él quien me ha escrito.

Deslizo mis dedos por la pantalla y agrego su contacto a mi agenda de nuevo. Vuelvo al chat por si me ha respondido, pero no ha sido así. En cambio, me fijo en que ahora sale su foto de perfil, la amplío para verla mejor y se me para el corazón al ver el torso de Noah de espaldas a la cámara. Los diferentes azules del agua del mar que lo rodean lo hacen más irresistible de lo que ya es.

—No pensaba que fueras de esas que cotillean los perfiles de la gente.

Emito un grito sobresaltada y me llevo la mano al corazón, intentando que no se me salga del pecho.

—Noah, no hagas eso... Cualquier día me provocas un paro cardiaco —digo intentando recuperar la respiración otra vez.

A este chico le encanta asustarme.

Él toma asiento frente a mí mientras se ríe por mi reacción dramática y yo caigo en la cuenta de por qué no me ha contestado al mensaje: estaba viniendo hasta mi facultad.

No puedo evitar reacomodarme en mi silla atrapada por la alegría que siento cuando él está cerca, es como si volviera a la edad del

pavo y todo me hiciera gracia.

—Me gustaría que eso sucediera en otras condiciones. —Su voz seductora y su mirada traviesa provocan un incendio en todo mi interior.

—¿Vienes hasta aquí para admitirlo? —Enarco una ceja mientras me muerdo el labio inferior viendo cómo Noah se arregla el cabello de la forma más sexi posible.

—¿Admitir el qué, Luci? No sé de qué me estás hablando —me vacila con una sonrisa tan irresistible en sus labios que no puedo evitar clavar la mirada.

Desde el otro día no puedo parar de repetir en mi mente nuestros besos, las caricias suaves por debajo de la manta y la sensación de tranquilidad al dormir profundamente del tirón sintiendo su cuerpo cerca del mío. Fue la primera noche en mucho tiempo en la que no me desperté a las tantas y no pude volver a dormir.

—Pues lo que me acabas de insinuar —le digo indignada.

—No sé, Luci, yo he venido aquí a proponerte un plan, no sé qué estás diciendo. —Se ríe porque me estaba haciendo el lío y yo estaba cayendo en él.

—Te escucho. —Sonrío al verlo tan desvergonzado conmigo.

Estoy descubriendo un nuevo Noah y da la casualidad de que es con el que llevo fantaseando desde pequeña. Aunque empiezo a creer que estoy equivocada, y que nada es casualidad.

—Qué amable por tu parte, ¿podrías dejar de morderte el labio? Me distraes y no puedo concentrarme en otra cosa que no sea querer acercarme a saborearlo otra vez. —Agacho la mirada y escondo mi sonrisa como puedo, ahora tengo un incendio en mi interior y en mis mejillas.

La calidez de sus dedos llega a mi barbilla y con un suave movimiento me levanta la vista para que una vez más nuestras

miradas explosionen.

—¿Te apetece que pasemos las navidades juntos? —Ahí está su dulce propuesta envuelta en ilusión—. Hay un lugar al que siempre he querido llevarte.

Abro los ojos sorprendida de que haya venido hasta aquí a proponerme pasar unos días juntos fuera de nuestro día a día.

—Solo puedo aceptar tu invitación si...

—Mmm... No me dejes así, Luci —me anima a seguir la frase.

—Si puedo llevar tus sudaderas calentitas. —La sonrisa en su rostro se ensancha a más no poder y ríe negando con la cabeza.

—Y yo pensando que iba a ser más difícil convencerte. —Noah ríe y a mí me parece que suena precioso.

—¿Y mi hermano? —pregunto dubitativa.

Ambos nos quedamos pensativos, buscando respuesta a esta situación que tarde o temprano tendremos que afrontar. ¿Qué le diríamos a mi hermano? ¿Cómo se lo tomaría? No lo sé y no saber es lo que más nerviosa me pone.

—¿Quieres que venga tu hermano? —pregunta despacio.

—Me refiero a que..., si pasamos las navidades solos..., ¿qué se supone que voy a decirle? —aclaro algo angustiada.

—No tengo respuesta a esa pregunta porque yo tampoco tengo ni idea de cómo decirle a mi mejor amigo que estoy completamente enamorado de ti... Me apetece pasar tiempo contigo, a solas, sin interrupciones que me obliguen a despegar los labios de los tuyos... ¿Qué te apetece a ti, Lena?

—Estar contigo... a solas —contesto al instante.

Noah Sanders sonríe y prometo que el mundo se llena de luz.

—Vamos a organizar esas vacaciones juntos y luego ya veremos qué hacemos, empecemos por lo que sí sabemos —continúa repitiendo las palabras de Carmen.

Asiento esbozando una pequeña sonrisa.

Este momento es nuestro.

Ambos necesitamos respuestas y esta es la ocasión perfecta para no tener que pensar en nada más que soltar lo que sentimos, dejarlo libre, dejarlo ser.

Nos quedamos en la terraza de la universidad de Bellas Artes, refugiados del viento por lo alto que es el edificio principal, que hace que la cafetería quede algo escondida, con el sonido del tranvía que pasa por la calle y la gente que habla animada a nuestro alrededor. Pero eso no tiene tanta importancia como que Noah se ha plantado aquí para decirme que quiere pasar su Navidad conmigo y después de eso no se ha ido. Se ha queda frente a mí, va a por un par de cafés mientras me pregunta sobre mi día, qué tal las clases y él me cuenta que no ha podido resistirse a la idea de verme antes del entreno de hoy.

Consigue que me sienta tranquila y a salvo incluso de mi propia mente, no puedo evitar pensar que es así por alguna razón que se nos escapa de las manos. Pero no lo pensaré ahora, porque sus dedos de ambas manos se entrelazan con los míos mientras intercambiamos sonrisas y anécdotas; no hay nada que pensar, solo respirar y vivir el momento.

Entreno de Lena Luna y Noah Sanders

Piernas

Llevo toda la tarde con Noah, la cabeza no me habla, no tengo el cuerpo tenso y me siento en paz. Llevamos unos veinte minutos calentando para el entreno de hoy, el cual creo que viene fuerte por la sonrisilla maquiavélica del chico de ojos verdes.

Esa sonrisa ha aparecido en cuanto mi hermano ha decidido salir a saludar a unos conocidos con los que suele entrenar.

Volvemos a quedarnos solos.

Ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que no sea aprovechar los minutos a su lado.

—¿Preparada para el entreno de hoy? Te aseguro que mañana te vas a levantar con agujetas —dice en un tono tan sexi que hace que se me erice la piel.

—¿Qué tal si entrenamos tranquilamente? —debato con la esperanza de no volver a casa arrastrando los pies.

—Oh no, Luci, ese no es el plan de hoy —ríe por lo bajo.

—El plan es agotarme hasta que seas tú quien tengas que llevarme a la cama, ¿verdad? —Enarco una ceja, divertida.

—¿Ves, Lena? Todo son ventajas. —Ambos reímos—. El primer ejercicio ya lo conoces, prensa, ¿te acuerdas dónde está la máquina?

Por unos instantes recapitulo todos nuestros entrenos hasta que doy con la respuesta.

—Arriba, al final de la sala —respondo señalando las escaleras que nos llevan a la planta de arriba.

- Prensa (4x14)

Noah me explica que el día de piernas de hoy es más intenso que el último que hicimos. Al principio pienso que tal vez está bromeando, pero en cuanto dice que hoy en lugar de diez repeticiones haremos catorce en cuatro tandas, mi cara es un poema.

—Noah... —susurro como puedo mientras empujo la plataforma —, no puedo más...

No responde.

Su cuerpo se mueve poco a poco hasta llegar a mi lado. Con una de sus manos ayuda a empujar el asiento donde yo me encuentro y así me da los últimos empujones para terminar la serie.

Primer ejercicio y estoy agotada.

—Lena —su rostro se acerca al mío sin previo aviso—, es tremendamente sexi escuchar mi nombre salir de tu boca.

Si ya me encontraba jadeando ahora mismo el aire que entra y sale de mis pulmones va tan rápido que se me entrecorta la voz.

—Noah... —pincho.

Observo cómo la sonrisa traviesa le ocupa el rostro, una chispa de desafío brilla en sus ojos. Acabo de entrar en su juego, acabo de picarlo, y eso me encanta. Hay algo en su mirada, en la forma en que sus labios se curvan de manera tan juguetona, que me hace saber que ha conseguido lo que quería.

—Dime, princesa. —Sonríe juguetón.

—¿Cuál es el siguiente ejercicio? —Me acerco al filo de sus labios.

Sus ojos bajan hasta fijarse en mi boca. No puedo pensar, pero esta vez no siento ningún tipo de pánico, sino un cosquilleo cálido que se hace más grande cada vez que le tengo cerca.

Esta vez, soy yo quien inicia el juego.

—Uno nuevo en el que te voy a ayudar con mucho gusto. —Se relame los labios.

—Eres un cochino. —Le doy un suave manotazo sobre el hombro y vergonzosa me bajo del asiento, rodeándolo.

- Hip thrust (3x12)

—El peso de esta barra de aquí caerá sobre tus caderas, lo único que debes hacer es subir y bajar. Si no puedes, estoy aquí para ayudarte, ¿vale? —explica Noah antes de liberar la palanca y dejar suavemente el peso sobre mis caderas.

Obedezco todas las instrucciones que Noah va repitiendo como un disco rayado, y en la última repetición soy yo la que tira de la palanca de la máquina para dejar arriba la barra. Con suavidad me dejo caer sobre la parte acolchada para la espalda sintiendo cómo un hormigueo ardiente trepa por mis glúteos.

—¿Lo notas?

—No sé a qué te refieres, pero creo que sí —consigo decir antes de que Noah vuelva a poner el peso de la barra sobre mí—. Eh, eh, eh, te toca a ti —me quejo.

Salgo como puedo del interior de la máquina, que casi me deja coja, y cambio la posición con Noah, que se cuela con facilidad hasta ponerse en posición con las caderas en alto. Suelto la palanca y veo cómo Sanders controla el peso sin necesidad de aferrarse a la barra como si la vida le fuera en ello. Con facilidad, sube y baja la barra.

—¿Has visto? Soy todo un profesional —alardea de sí mismo.

—Un creído también —le vacilo, y ambos estallamos en carcajadas.

- Glúteos en máquina (3x12)

Noah está sentado en la máquina de glúteos, lo veo abrir y cerrar las piernas como si no le costara hacerlo. Me ha asegurado que lo que queda de entreno son ejercicios fáciles. Llevo unos minutos deleitándome con su presencia, está totalmente concentrado en hacer el ejercicio perfecto.

—Noah Sanders —lo llamo consiguiendo que me devuelva la mirada al instante—, ¿es necesario llevar gorra para entrenar? ¿Te da algún tipo de poder especial? Porque de ser así, yo también quiero —bromeo.

Noah baja del asiento con una sonrisa que no le cabe en el rostro y con un suave gesto me indica que es mi turno. Escalo por un lado de la máquina y me dejo caer sobre el asiento rojo con vistas increíbles a la pared blanca de la planta de arriba del gimnasio.

Posiciono los pies en las plataformas y tomo aire preparándome para hacer la serie cuando mi visión se ve reducida porque tengo algo sobre la cabeza.

Llevo la supergorra de Noah Sanders.

—Quiero que hagas la serie perfecta, eh, ahora no tienes excusa —susurra cerca de mi oído.

Madre mía.

¿En qué momento he pasado de no hablar a querer tontear con Noah Sanders?

Levanto la palanca y siento cómo mis piernas se abren por la fuerza de la máquina. Cierro y abro doce veces más, con precisión y sintiendo cómo con cada repetición me arden los muslos.

—Pues va a ser verdad que la gorra tiene superpoderes, lo has hecho perfecto, Luci. —La palma de su mano se posa con suavidad sobre uno de mis muslos después de bajar la palanca.

El calor me recorre hasta llegar a mi entrepierna y tengo que desviar los ojos por vergüenza.

- Extensión de cuádriceps (3x14)

El último ejercicio de hoy ya lo conozco, por ello vamos mucho más rápido que con los anteriores. Los minutos avanzan y en menos de veinte minutos Noah debe atender a un cliente con un entreno privado.

No quiero que el tiempo pase.

—Y hasta aquí el mejor entreno de tu vida. —Noah hace una reverencia.

Este chico consigue hacerme reír con cada tontería que hace. Siempre lo ha hecho, es como si conociera la forma ideal de provocarme una sonrisa.

—¿Eso significa que te vas? —pronuncio con una sonrisa apenada.

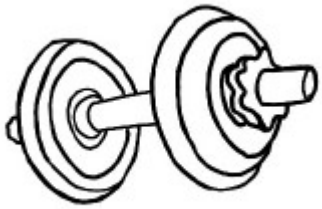
Noah se gira, busca algo con la mirada, pero hace rato que estamos solos en la planta de arriba. Vuelve su mirada a mí mientras bajo del asiento y camino hacia él.

Busco su pecho mientras él abre los brazos para atraparme entre ellos, la vainilla siempre está presente y el miedo ya no aparece. Ya no le temo a lo que pueda pasar si estoy cerca de él. Es algo indescriptible, no hago nada que no soliese hacer años atrás con él, pero ahora todo parece diferente, más sincero, más real, más nosotros.

Su nariz choca con la mía, alzo los ojos hasta poder ver los suyos, pero automáticamente cierro los párpados para sentir cada una de las sensaciones que me provoca volver a tener sus labios sobre los míos.

Un beso dulce para acabar un entreno intenso es la mejor manera de volver a casa.

Capítulo 42



Noah

Tras unos días algo ajetreados, hemos decidido ver una película en el salón. Lena se ha pasado la mayor parte de la película dormida sobre el pecho de su hermano y yo me he pasado la película entera viendo cómo poco a poco se iba acurrucando y cogiendo el sueño.

No es tarde, pero Lena lleva toda la semana de entregas; me imagino que lo único que quiere es descansar tranquilamente, pero aun así ha insistido en acompañarnos.

—Hermanita —susurra Leo mientras zarandea suavemente a Lena —. Se ha quedado frita. —Sonríe en mi dirección.

—Ha tenido entregas durante toda la semana, déjala que descanse —le digo desde el sillón donde estoy sentado bajo una manta de cuadros.

—Noah, no puedo tomarte en serio así vestido —niega con la cabeza.

—¿Qué tiene de malo? —rebato.

—Pareces un abuelo, vas con la bata hasta las rodillas, las zapatillas de estar por casa y te has adueñado de la manta de cuadros —describe.

—Pues la mar de sexi estoy —repongo indignado.

—Mi hermano tiene razón... —susurra Lena aún perezosa y medio dormida.

Sus ojos se abren lentamente, pero no se despega de su hermano en ningún momento. Ojalá sentirla dormida y serena de nuevo sobre mi pecho mientras peino sus mechones de pelo rebeldes y enredados.

Estoy deseando que lleguen las vacaciones de Navidad, sé perfectamente a qué sitio quiero llevarla.

—Oh, vamos, Lena, aún sigues medio dormida y no eres consciente de que mi bata marca un antes y un después en esta casa.

—Claro que soy consciente, Noah, ya no podré mirarte igual —dice con seriedad.

Sonrío al darme cuenta de que no se refiere a la bata y aspecto de abuelo mayor.

Cuando te enamoras de alguien de la forma más auténtica posible, te das cuenta de que no sabes cómo ha ocurrido, como una corriente suave pero imparable que se cuela en cada rincón de tu vida. Una simple chispa que enciende algo dentro de ti, algo que crece con cada mirada, con cada palabra compartida, hasta que te resulta imposible imaginar un día sin esa persona.

Es entonces cuando te das cuenta de que ya no sabes cómo mirar de otra forma a esa persona que te roba el aliento. Ya no la ves como antes, no puedes. Cada gesto suyo, cada risa, cada movimiento se graba en tu memoria de una forma tan intensa que, por más que intentes apartar la mirada, no puedes. Esa persona ha

ocupado un lugar en ti que ya no podría ser llenado por nada ni nadie más. El mundo se vuelve más pequeño cuando estás cerca de ella y más grande cuando está lejos. Las pequeñas cosas tienen un significado diferente y todo lo que haces parece tener más color, más sabor, más emoción.

Ese rostro, esa voz, esos ojos que, sin decir nada, te lo dicen todo. Es ahí cuando te das cuenta de que el amor no necesita explicaciones, no necesita preguntas. Simplemente llega, se queda, y cambia todo a su alrededor. Como una nueva forma de ver el mundo. Como un susurro que, en silencio, te recuerda que no hay nada más real que todo lo que se desata en tu interior cuando cruzáis miradas. Lena me enseñó a sentirlo todo con solo escuchar su risa.

—Ya queda poco para volver a casa y descansar —dice Leo, acomodándose junto a su hermana.

En ese preciso instante, nuestras miradas se vuelven a cruzar recordándonos que nuestro plan para las siguientes semanas sigue siendo un secreto para todos los que nos rodean. Lena se acomoda sobre el sofá algo incómoda antes de clavar los ojos sobre su hermano. Recoge sus piernas sobre el sofá, sus calcetines de colores buscan cobijo cerca de ella.

—Mis amigos han propuesto una salida para estas navidades... Llevamos meses con tantos trabajos que hemos decidido pasar unas vacaciones juntos —miente tratando de mantener la calma.

No me siento orgulloso de saber que miente, no me gustan las mentiras, pero ninguno de los dos ha encontrado mejor explicación que excusarnos con otros planes.

—Oh, Lena, eso es fantástico, ya era hora que disfrutaras de hacer excursiones con tus amigos. —Leo le sonríe antes de volverse

hacia mí. Mierda—. Parece que esta Navidad es para nosotros, Sanders.

Trago saliva con dificultad.

—Me encantaría, Leo, pero tengo que seguir trabajando. —Por increíble que parezca, no miento—. Tenía pensado quedarme aquí... Ahora mismo no me apetece volver a mi casa sin mi padre. Sé que puedo quedarme en la vuestra, pero no quiero ser una molestia y la verdad es que prefiero estar unos días a mi aire.

Mi mejor amigo asiente no muy convencido, pero mis palabras son ciertas: no me apetece volver a la rutina navideña cuando no estoy cerca de mi padre para poder disfrutarla con él. Seguiré trabajando durante las navidades, pero eso no me va a impedir pasar tiempo a solas con Lena.

—Os habéis compinchado para dejarme solo estas navidades, eh. Muy mal, tendré que llamar a Rubén a ver si le apetece montar una fiesta en casa —mi amigo se hace el indignado.

«Ni te imaginas lo compinchados que estamos Lena y yo», pienso.

Ninguno de los tres nos movemos del lugar cuando Leo propone que veamos alguna miniserie en Netflix mientras llega la hora de preparar la cena. Lena vuelve a acomodarse sobre su pecho mientras yo me hundo en mi sillón sintiéndome el peor amigo de la historia por mentir al que ha sido mi hermano desde que tengo uso de razón.

Lena me mira de reojo comprobando que todo está bien. Ella también se siente mal, y le dedico una pequeña sonrisa para tranquilizarla.

Es oficial: Lena y yo vamos a pasar las navidades juntos y solos.

Capítulo 43



Lena

Llevo toda la semana enterrada entre trabajos y entregas de la universidad. No es difícil aprobar Bellas Artes, lo realmente complicado es lograr hacer todos los trabajos a tiempo. Noah y mi hermano han ocupado el salón al completo con sus maquetas y planos más grandes que mi habitación, y me he visto en la obligación de cederles la mesa plegable, porque parecían necesitarla mucho más que yo. En estos días me he sentido como la protagonista de mi propia novela cada vez que Noah encontraba unos minutos para colarse en mi habitación, el tiempo justo para entrar a hurtadillas, besarme hasta que me temblara el alma, cruzar un par de frases antes de marcharse a seguir trabajando, sin levantar sospechas.

Mi tiempo en el gimnasio esta semana ha disminuido bastante, ahora intento levantarme más temprano y entrenar por la mañana,

pero solo lo intento, porque el cansancio acumulado me está pasando factura.

Hoy ha sido el último día de clase antes de las vacaciones de Navidad y no he podido evitar volver al piso con una sonrisa de oreja a oreja, intrigada por lo que está por venir. Me he despedido de mis amigos por unas semanas, cada uno tenemos planes diferentes porque vivimos en distintas partes de Cataluña y eso nos dificulta vernos a diario fuera de la universidad.

He aprovechado el descanso de media mañana para contarle a Marina acerca de mis planes para esta Navidad, y sus ojos han hecho chiribitas en cuanto he admitido que entre el mejor amigo de mi hermano y yo saltan chispas que aún no sabemos bien cómo manejar. Necesitamos tiempo para comprender la intimidad que ahora compartimos a diario, esas ganas de buscarnos sin parar, de inventar cualquier pretexto para hablar...

Mi amiga ha estado de acuerdo en que nos irán bien unos días los dos solos, ver qué ocurre, cómo nos comportamos cuando no hay nadie a nuestro alrededor... Tal vez es lo que necesite para dar rienda suelta a todo lo que he estado sintiendo estos últimos meses. Marina guardará el secreto acerca de mi aventura navideña, mientras, yo mantendré en secreto sus aventuras con los chicos.

¿Qué ha pasado con Noah?

Quizás Noah Sanders me ha gustado siempre, y es ahora cuando siento que me estoy enamorando de cada uno de sus rincones. Es inevitable percatarse de que ya no lo veo de la misma forma que antes, tal vez siempre he querido que fuéramos algo más especial que amigos. No hemos tenido mucho tiempo para pasarlo juntos y eso me ha llenado de preguntas y dudas algunas noches. He decidido tomarlo como motivación para hacer que los días fueran algo más rápidos, pero mi cabeza parece no estar de acuerdo y,

cada vez que cuento los días que faltan para las vacaciones, me atormenta la idea de que todo puede fastidiarse en cualquier momento.

Leo estuvo algo desanimado después de su ruptura con Vania, estuvo algunos días más ausente, pero pronto mejoró y volvió a ser el graciosillo del piso. Mi hermano no me ha contado qué es lo que pasó la noche de mi cumpleaños, y Noah tampoco me ha dado muchos detalles, pero no es difícil deducir qué pasó en realidad. Ninguno de los dos ha vuelto a mencionar a Sandy ni a Vania, es algo extraño dado que comparten clases en la universidad.

Y ahora Noah y yo ¿estamos juntos?

—¿Seguro que no quieres venir a casa? Mamá dice que podemos celebrar la Navidad el veintiocho. —Leo vuelve a girarse hacia mí para intentar convencerme una vez más.

—¿El día de los Santos Inocentes? —Río ante la propuesta—. Estaré bien, y sabes que tengo planes con las chicas —miento a medias.

Leo suspira al ver que no cedo y arrastra las maletas por el recibidor antes de salir por la puerta. Noah y yo le seguimos, pero ahora mismo no hay mucha diferencia entre nosotros y un paso de Semana Santa.

Mi hermano abre la puerta apenado, son las primeras navidades que no pasaremos juntos. Siento que solo él vaya a casa. Mamá me llamó hace unos días para comentarme que papá y ella estarán de guardia la mayoría de los días, aproveché para comentarle que había surgido ir con mis amigas a alguna parte y mi madre se alegró de que saliera, pero no me sentí mejor por mi hermano.

Siento que, de alguna forma, estoy traicionando su confianza.

—Ten cuidado, hermanita —dice frente a mí justo antes de depositar un beso en mi frente.

—Tío, nos vemos en unas semanas. —Mi hermano y Noah se funden en un abrazo.

Los tres tendremos unas navidades diferentes, yo no estaré en casa con mi familia, Noah no estará en casa con su padre, ya que Matt sigue en la clínica, y Leo... Leo ha dicho que aprovechará mi ausencia para montar una fiesta en casa, yo que pensaba que estaría triste por no pasar estos días con su hermana.

—Dale un beso a mamá y papá de mi parte, ¿vale? —Leo asiente mientras cierra la puerta detrás de él.

Noah y yo nos quedamos con la vista clavada en la puerta frente a nosotros, y un cosquilleo me recorre todo el cuerpo.

Ya está.

Oficialmente estamos en vacaciones de Navidad.

—Luci. —Noah gira su torso para mirarme. Viste un chándal azul marino que me encanta. Elevo la vista hasta que nuestros ojos conectan y me sonríe provocando que mis mejillas se sonrojen una vez más—. Es nuestro momento. —El corazón me da un vuelco al oírle decir lo mismo que pasa por mi mente.

Guardo los mechones que caen sobre mi rostro detrás de las orejas, nerviosa por todo lo que pueda suceder en estas dos semanas de vacaciones. Noah no ha querido decirme a dónde vamos a ir, ha querido que sea una sorpresa, y siento una enorme ilusión al saber que durante las siguientes semanas voy a poder prestar toda mi atención y tiempo al chico que me observa con una sonrisa traviesa.

—Es nuestro momento, Noah Sanders —afirmo con voz tímida.

Ahora comprendo por qué la vida nos separó: debía enseñarnos a valorar todo lo que somos y lo que podemos llegar a ser juntos sin que dependamos de ello. Ahora entiendo por qué sentí que se me

rompió el alma cuando él se marchó, porque de alguna forma yo ya estaba enamorada de él.

—Prepara la maleta, nos vamos hoy mismo, porque no puedo aguantar una noche más sin decirte a dónde vamos —admite acercándose peligrosamente a mí.

—¿A dónde vamos, Noah? —pregunto curiosa en un susurro.

—Buen intento, Luci, pero vas a necesitar trabajar en tus tácticas de persuasión si quieres que te lo diga. —Sus brazos se enredan en mi cintura haciendo que mi cuerpo quede totalmente pegado a él.

Acerco mi rostro al suyo, quedando a escasos centímetros, y al alzar la vista, me encuentro con su mirada fija en mis labios. Un calor sube por mi cuello y, sin poder evitarlo, me ruborizo por completo. Mi corazón late con fuerza, y cada fibra de mi ser parece estar sintonizada con la tensión palpable en el aire.

Me acerco un poquito más, el espacio entre nosotros desaparece, y siento su respiración entrecortada rozando mi piel. En ese preciso momento, tengo la sensación de que podría quedarme a vivir en el precipicio de su cuerpo, justo ahí, donde la tentación y el deseo se mezclan con el temor a caer. Y, sin embargo, algo en mi interior me empuja a seguir adelante, como si no pudiera escapar de todo lo que me provoca el simple roce de su piel, su cercanía.

Es algo tan nuevo y, al mismo tiempo, tan familiar. Como si, en algún rincón olvidado de mi memoria, siempre hubiera estado destinada a sentirme de esta forma con él. Cada vez que sus ojos me miran, cada vez que su voz susurra algo que me toca el alma, me doy cuenta de que hay piezas de mí que he perdido con el tiempo y que, ahora, Noah está recuperando sin darse cuenta. Todos esos pequeños detalles que él recuerda de mí, esos momentos que parecen insignificantes, son las piezas perdidas que me forman. Con él, empiezo a recordar cosas de mí misma que ni siquiera sabía que

había olvidado. Es como si, al estar junto a él, todo mi ser volviera a encajar, como si siempre hubiera sido él la pieza que faltaba.

—¿A dónde me quieres llevar? —susurro juguetona.

—Eso está mucho mejor, Luci. —Se relame los labios aún con la mirada clavada en los míos—. Haz la maleta y te enseño a dónde vamos. —Su voz grave y sexi me convence por completo y asiento mientras Noah desenreda sus brazos de mi cuerpo. Camino hasta mi habitación dando saltitos de alegría, sabiendo que mi maleta lleva días preparada.

«Es nuestro momento».

Le puse ese título a un poema días atrás.

La vida danza en giros inciertos, como olas que abrazan y separan, caminos que se cruzan, que se desvanecen, como estrellas fugaces en el cielo de la espera.

Tantas veces la distancia nos ha probado, nos ha arrancado, nos ha dejado atrás, pero el alma sabe que no hay adiós eterno, que siempre, de alguna forma, volverás.

Nos separaron las horas, los destinos, el tiempo nos enseñó la paciencia del viento, pero algo en el fondo, un susurro callado, me decía que este amor no sería en vano.

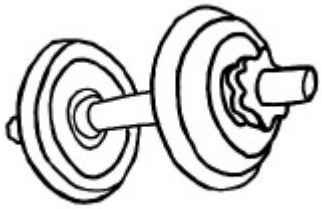
Ahora, aquí, el destino nos regala el espacio perfecto para ser lo que somos, sin máscaras ni miedos, solo tú y yo, en este instante, en este suelo, en este sueño.

Es nuestro momento, ese que tanto esperé, después de la tormenta, después del sol, donde las piezas encajan, donde somos completos, donde ya no hay prisas, solo nosotros dos.

Que la vida sepa que, aunque fue largo el camino, el reencuentro vale cada segundo vivido, porque no hay nada más cierto, ni más hermoso, que estar finalmente aquí, juntos, siendo lo que somos.

Es nuestro momento, y el alma lo sabe: en este instante, donde el amor florece, nos pertenecemos, para siempre, en el universo.

Capítulo 44



Noah

Pensaba que Lena tardaría mucho más en hacer la maleta para estos días, pero creo que ella, al igual que yo, la tenía lista para cuando el tiempo nos diera nuestro momento. La paga extra de Navidad me ha dado un buen alivio que no esperaba, he podido hacer frente a las facturas médicas de mi padre para este y un par de meses más. En cuanto tengo el dinero suficiente pago por adelantado para asegurarme de que mi padre pueda recibir el tratamiento antes de que surjan nuevos gastos. Pero estas vacaciones puedo respirar tranquilo. Ha sido idea mía que salgamos del centro y me alegro de poder regalarle una experiencia maravillosa que sé que le va a encantar.

Estoy nervioso, tanto que el corazón me va a mil y la cabeza me está mostrando todas las cosas que podrían salir mal en este viaje. Tengo miedo, y bastante, de cagarla con Lena. Ha costado años que volviéramos a construir nuestra relación y ahora que está ocurriendo

lo que llevo anhelando desde que era un crío no quiero que se vaya al traste por nada del mundo. Soy consciente de que en su día hice mal en tratar de alejarme como un cobarde en vez de quedarme y acompañarla en sus días más duros. Por suerte, desde entonces Lena no ha vuelto a padecer un dolor de cabeza tan intenso durante tantos días.

En estos meses he comprendido la importancia de no remar contracorriente, porque no encajamos en puzles y vidas que no están hechos para nosotros. Tomar la decisión de apostar por lo que siento por Lena me ha llenado de un sinfín de emociones, sensaciones y momentos positivos a su lado. Debo seguir ganándome su confianza día tras día, demostrando que estoy aquí y que esta vez no pienso huir a ninguna parte si no es a su lado.

Han pasado demasiadas cosas que no me han dado ni un respiro, entre los clientes del gimnasio, la universidad y los intentos de Sandy por entablar una conversación conmigo. No hago más que repetirle que las cosas terminaron porque así lo decidió ella, a pesar de que yo ya lo había decidido mucho antes. Después del cumpleaños de Lena tanto mi mejor amigo como yo no pensamos en cómo quedarían las cosas con ellas, y nos quedamos perplejos cuando, el otro día, ambas decidieron tomarse la libertad de sentarse con nosotros en la cafetería como si nada hubiera ocurrido.

Vania trató de disculparse con Leo y mi amigo aceptó sus disculpas, pero aquello no iba a ser una segunda oportunidad. Fue la primera vez que lo vi decidido en lo que a chicas se refiere.

Yo me mantuve callado, con la mirada en mi café sin responder a ninguno de los intentos de Sandy por acercarse a mí. No siento nada al verla prometer que me quiere, no hago más que repetirle que pase página, que podemos ser amigos, pero yo ya no quiero tener nada que ver con ella. No puedo retirarle el saludo de la noche a la

mañana porque sé de lo que es capaz y no me gustaría que provocase que partes de mi vida se vinieran abajo: conseguí mi trabajo gracias a su primo Mario, su padre se encargó personalmente de encontrar la mejor clínica de desintoxicación, la madre de Sandy siempre me abrió la puerta de casa si necesitaba quedarme allí, sus padres nos ofrecieron un piso... Me reconforta la idea de que fue ella la que decidió romper finalmente conmigo para no sentirme tan desagradecido con su familia.

Agito la cabeza para quitar de en medio esos pensamientos. Miro el volante, hace tiempo que no conduzco, porque mi coche estaba aparcado en mi casa, pero pude convencer a Jacobo, el padre de los hermanos Luna, para que me lo trajera cuando decidieron hacernos una visita. El señor Luna accedió al instante y yo agradecí tener mi coche listo para la escapada de hoy.

Estoy aparcado en la esquina de nuestra calle y espero a que Lena baje del piso, porque ha salido corriendo al darse cuenta de que se había dejado su móvil cargando en su habitación. La emoción ha podido con ella.

Los minutos que paso esperándola se me hacen eternos y ya no sé dónde fijar la vista sin que mi cabeza hable de más. Llevo semanas preparando este plan en secreto. Tal vez de alguna forma le he dado una pista de a dónde vamos, pero creo que no se ha dado cuenta, y sé que le encantará.

El sonido de la puerta del copiloto abriéndose me trae de vuelta al presente. Lena ocupa el asiento mientras me enseña su móvil junto con su cargador y sonrío al verla tan natural y llena de vida.

—¿Podemos irnos ya, princesa? —pregunto poniendo en marcha el motor.

—¿Princesa? No me pega, Noah, prefiero Luci... Aunque no quieras decirme qué significa. —La miro fascinado por su respuesta.

Es el momento de que ella sepa por qué la llamo de esta forma tan especial.

—¿Esta es otra de tus tácticas de persuasión? —Enarco una ceja, divertido, y ella ríe.

—No sé de qué me hablas, Noah, yo he venido aquí para irnos a algún lugar. —Ella repite mi forma habitual de bromear y lo hace incluso mejor que yo—. Por cierto, ¿a dónde vamos? —La sonrisa le ocupa el rostro.

—Ya lo verás. Ponte cómoda, en un par de horitas estaremos allí.

Compruebo los retrovisores y salimos del aparcamiento.

Después de un buen rato saliendo del centro de Barcelona, conduzco en dirección Tarragona. Lena observa cada sitio por donde pasamos, su rostro prácticamente está pegado a la ventanilla mientras yo la observo con una sonrisa en los labios cada vez que la carretera me lo permite. Minutos más tarde ya sé por qué apoyaba la cabeza en la ventana: Luci no ha durado ni media hora despierta. Río al verla tan tranquila dormida. Debe de estar agotada porque en las últimas semanas casi no ha bajado al gimnasio por falta de tiempo y ganas. Ambos hemos tenido unos días con mucho estrés, café y horas sin dormir, pero ha sido muy agradable no ser el único que camina a la cocina a por un vaso de leche a las cuatro de la mañana.

Aprovecho para sacar un cigarro de la cajetilla que descansa sobre el posavasos y bajo la ventanilla. Me llevo el cigarro a los labios mientras rebusco el mechero, que no encuentro.

Mierda.

He debido de dejarlo en el recibidor.

Atrapo de nuevo el cigarro y lo tiro sobre la cajetilla, devolviendo toda la atención a la carretera.

Decido no molestarla durante el viaje. Cuando entro a la zona de aparcamiento y dejo el coche en una esquina, siento que apenas ha pasado tiempo.

Antes de llegar hasta aquí hemos pasado por una especie de masía enorme donde llevan toda la organización de las diferentes estancias del lugar. La entrega de llaves ha sido más lenta de lo que me hubiera gustado, aunque Lena seguía dormida en el coche y no he visto necesario despertarla hasta estar frente a nuestro destino. Apago el motor y giro mi rostro para mirarla. Desabrocho mi cinturón y luego el suyo.

Salgo del coche cerrando la puerta con cuidado para no sobresaltarla y rodeo el vehículo hasta su puerta. La abro con cuidado y me quedo pasmado al verla tan en paz y tan preciosa. El corazón me late con fuerza cuando estoy cerca de ella, no por nervios, sino por ser consciente de que todo lo que tenga que ver con Luci es importante. Sostengo su cuerpo con cuidado de que no se caiga y la zarandeo suavemente para que se despierte.

—Luci... Luci, ya hemos llegado, no querrás perderte dónde estamos. —Mis palabras hacen efecto inmediato.

Lena abre los ojos al instante e intenta moverse de manera rápida, y la sostengo antes de que ella, aún medio adormilada, se caiga al suelo. Parpadea observando el lugar y camina un par de pasos con la mirada fija en lo que será nuestra casita los próximos días. No una casa cualquiera, una en la montaña, rodeada de verde a pesar del frío de diciembre. Una casa de madera en lo alto de una zona arbolada con unas cristaleras enormes que, sin duda, nos darán unas vistas magníficas de las montañas.

—Una casita en la montaña... —Se gira para mirarme, tiene los ojos vidriosos y brillan como las estrellas—. Me encantas, Noah... —

Y con ello arranca sus pasos hasta mí y, pillándome desprevenido, me envuelve entre sus brazos.

La rodeo y la atraigo mucho más hacia mí, sintiendo algo que hace años que no siento: el calor de un hogar. Es algo que siempre he sabido, que Luci olía a casa, a ese calorcito de la familia.

—Interpreto que te ha gustado la sorpresa —digo juguetón.

—Gustarme se queda corto —responde emocionada.

—A mí me encantas tú, Luci. —Siento su cuerpo estremecerse bajo el mío y sonrío.

—No sabía que eras tan romántico. —Se despega levemente de mí para poder mirarnos a los ojos.

—¿Ah, sí? —digo algo travieso—. Entonces puedo hacer esto. —Tiro de su cintura hasta que su cuerpo vuelve a estar pegado al mío.

Apoyo mi peso sobre el lateral del coche, disfrutando del privilegio de tenerla cerca, tal y como siempre había soñado. Ella ríe de una manera tan tierna, tan auténtica, que me hace sonreír. Mi mano asciende lentamente hasta su mejilla, acariciándola con suavidad, mientras mis ojos se pierden en cada detalle de su rostro delicado. Las yemas de mis dedos recorren con ternura el suave contorno de sus labios rosados, provocando que Lena ahogue un suave gemido cerca de mi boca.

—También eres malo... —Su susurro capta toda mi atención.

—¿Cómo de malo?

—Lo bastante como para provocar que el corazón me vaya a mil cada vez que me tocas... —susurra.

—¿Y eso es ser mala persona? —pregunto divertido.

—Si me matas de ganas..., sí. —Su mirada se intensifica.

Me relamo los labios, un hambre insaciable de besarla me recorre bajo la piel, pero me contengo un poco más, disfrutando de verla derretirse entre mis brazos. El calor sube por mi cuerpo y una oleada

de deseo me envuelve, trayendo consigo un único pensamiento: *nuestro momento*. Con otras personas, llegar hasta aquí me hacía sentir pequeño, inseguro, vulnerable a lo que un beso podría desatar. Pero con Lena... es diferente. Con ella, me siento en casa, seguro, y sé que a su lado nada puede dañarme, ella siempre ha sido mi refugio.

Acerco mis labios a los suyos, los rozo suavemente, saboreando la dulce sensación de caminar por la cuerda floja, sabiendo que ninguno de los dos dejará que el otro caiga. Nuestros labios se funden en un beso lleno de nervios, de ilusión y, sobre todo, de deseo. La atraigo hacia mí, sintiendo su cuerpo completamente contra el mío, como si de alguna manera todo encajara en este instante.

Los minutos se desvanecen mientras las estrellas nos observan, testigos de cómo todo cobra sentido cuando se trata de un *nosotros*.

Ella consigue despertar mi yo más auténtico, aquel que creía haber perdido, mostrándome que a veces el amor tiene el poder de devolvernos lo que nunca supimos que faltaba.

* * *

Llevamos unas cuantas horas muy tranquilos en esta enorme casa entre árboles. Para subir a ella hay una escalera de madera donde cada mañana nos dejarán una cesta con el desayuno. La cabaña donde nos alojamos es una de las doce que componen la zona, todas ellas disponen de una zona natural privada para poder hacer rutas cortas de senderismo entre la naturaleza. Antes de acomodarnos, Lena y yo decidimos hacer una pequeña ruta alrededor y estuvimos dando vueltas en círculos porque no había manera de encontrar la cabaña, suerte que llevábamos algo de

comida y agua por si lo necesitábamos. Todo lo pudimos comprar en la tiendita al lado de la masía central donde se hacen las reservas.

Después de horas caminando, finalmente encontramos el camino de vuelta. Fue un día agotador, pero la sonrisa de Luci nunca se desvaneció de su rostro, y yo no dejaba de robarle cada beso que podía. Es la primera vez que paso tanto tiempo a solas con ella. Claro, ya hemos estado juntos antes, pero nunca tan libremente después de habernos besado.

Sin embargo, hay fantasmas que siguen acechando en mi mente, recordándome lo que temo: meter la pata, que las cosas se tornen difíciles entre nosotros. Todo está en juego, lo que fuimos, lo que somos ahora, y todo lo que podemos llegar a ser si logramos superar lo que nos asusta.

Ahora que sé que vamos a pasar las noches juntos, no dejo de pensar en algo que me persigue desde hace tiempo. Desde que mi madre murió, la mayoría de las noches apenas descanso, solo unas cinco o seis horas, si acaso. Mi cuerpo ya se ha acostumbrado a ello, incluso a dormir a ratos, no más de dos o tres horas seguidas. A veces, duermo dos, me desvelo una, y luego logro dormir tres más.

Me pregunto si ella consigue dormir la noche entera o todos los días se levanta a por un vaso de leche porque se ha desvelado y se encuentra demasiado despierta como para volver a la cama. Recuerdo cuando Leo me contó que había noches en que su hermana lo llamaba desesperada porque el pánico la engullía por completo.

Si puedo hacer algo para que ella jamás se vuelva a sentir de esa forma, lo haré.

—¿En qué piensas, Noah? —El cálido tacto de su mano me trae de vuelta al ahora.

Observo los trozos de pizza aún calientes que descansan en mi plato mientras Lena, con su cabello largo y suelto, me mira buscando respuestas.

—En qué tengo una cosa para ti —digo tratando de ocultar la maraña de pensamientos que ocupa mi mente.

—Ohh... Yo también tengo algo para ti. —Sus dedos me acarician suavemente y yo sonrío algo travieso.

—¿Qué me has traído, Luci? No puedes dejarme intrigado —digo moviendo mi silla para acercarme a ella mientras dejo mi mano sobre su muslo. Toda ella se estremece bajo mi tacto y eso hace que me muerda el labio aguantando las ganas de hacer que su cuerpo se estremezca una y otra vez.

—Los géminis no podéis aguantar sin información.

—Obviamente no, somos curiosos por naturaleza.

—Sí, Noah, pero creo que tu curiosidad va más allá... —Sus palabras me dejan pensativo, pero tiene razón, con ella no es solo curiosidad, es querer de verdad, como nunca antes lo había hecho.

—¿Y la tuya no? —Las palabras llenas de dudas me atropellan.

Lena deja su porción de pizza en el plato mientras suspira algo derrotada. Su falta de respuesta me está poniendo de los nervios, porque si ella no tiene una curiosidad que va más allá de lo normal conmigo, no sé qué hacemos aquí. Pero por otro lado veo nuestra conexión, siempre la he visto, mejor dicho, y...

—Es algo complicado de definir, Noah... Hace tiempo que me cuesta saber la verdad de las cosas. Antes podría decirte que la pizza es mi comida favorita, pero ahora... no lo sé, igual que no sé qué hacer el año que viene o qué es lo que se supone que nos está pasando. —Sus ojos confusos se posan sobre los míos y siento el pecho latir con fuerza—. Algo nos pasa que nos empuja a estar más unidos que nunca..., pero luego está mi cabeza que dice que eso no

es así, que no estoy preparada para todo esto, y siento que me estoy volviendo loca.

—Eh, Luci, tranquila. —Intento tranquilizar la carrerilla de pensamientos que ha soltado en menos de veinte segundos—. Comprendo tu respuesta, la cabeza a veces es demasiado injusta con nosotros y nos hace creer cosas que no son o que no existen.

—Sí, Noah, hasta ahí llego, pero... ¿cómo hago que pare? —suplica.

—No para nunca. —Me acerco a ella viendo lo frágil que se vuelve en pocos segundos, sabiendo que en cualquier momento puede explotar.

—Haz que pare, Noah. —Siento a Lena romperse entre mis brazos —. Por favor... —suplica ahogando un sollozo. A esto es a lo que debía de referirse su hermano, y se me encoge el alma al verla tan vulnerable, víctima de sí misma.

—Estás aquí, Luci, no estás en el futuro, no tienes que resolver todo lo que ocurre en tu mente ahora mismo. Y sobre lo que nos está pasando, respíralo, no es ningún problema. Déjame ayudarte con un poco de claridad.

Pongo mis manos sobre sus mejillas, y acerco su rostro al mío, sus ojos verdes se clavan en mi boca, eso no dura mucho más que unos segundos porque es ella la que acorta la distancia llevando sus manos detrás de mi nuca para profundizar el beso.

—¿Más tranquila? —pregunto en un susurro cuando nuestros labios se separan—. Porque tengo una idea para esta noche. —Mi sonrisa traviesa reina en mi rostro.

La mano de Lena se estampa contra mi brazo, intentando darme un manotazo. No puedo evitar reír al entender la razón detrás de su gesto. Luci se ha puesto tan roja como un tomate, y eso solo aumenta mi diversión.

Me encanta llevarla al límite de su timidez, es fascinante observar cómo se vuelve tan inocente y vergonzosa. Siempre ha sido así, y no quiero que cambie, pero no puedo evitar sentir una fuerte tentación de descubrir lo que se oculta bajo esa capa de dulzura que la envuelve.

—No seas guarro, Noah —espeta tapándose la cara entre sus manos.

—Contigo no puedo ser otra cosa que un caballero, Luci —admito ganándome su sonrisa tímida—. Pero tengo algo pensado para hoy, necesitaremos abrigo. —Señalo el perchero de la entrada de la cabaña.

Los ataques de ansiedad surgen así, de la nada, en el momento en el que más tranquilos estamos: a mí me han invadido las dudas acerca de qué piensa ella de nosotros y Luci se ha enredado a batallar con su cabeza. No está loca, no estamos locos.

—Pero no iremos si no te sientes bien —le aseguro sereno.

—Estaba escuchándote y de un momento a otro estaba batallando conmigo misma..., perdona.

—No me pidas perdón por ello, no es culpa tuya. Cuando sea el momento hablaremos de lo que sea que nos esté pasando, pero por ahora, disfrutemos del tiempo juntos. —Sonrío mostrando mi apoyo.

Muchas veces las cosas que nos dice nuestra mente no tienen ni pies ni cabeza y, aun así, consiguen que pasemos días aterrados. La solución no es batallar con las voces, es entender que no son nuestra voz.

Aceptar que no tenemos el control de lo que vendrá nos obliga a confiar directamente en la vida y en nosotros mismos. Pensar demasiado no nos salvará de nada de lo que vaya a ocurrir.

Capítulo 45



Lena

—Sí, mamá, estoy bien, el sitio es precioso —digo con una sonrisa mientras pego el teléfono a mi oreja.

—Nos alegramos mucho de que disfrutes con tus amigas, hija. Cualquier cosa, ya sabes que puedes pasarte por casa, sentimos mucho no poder celebrar Navidad en su día, mamá y yo tenemos guardias nocturnas —vuelve a explicar papá—. Te queremos, Lena, y echamos mucho de menos encontrarnos el salón lleno de pinturas y caballetes. —Se me encoge el corazón.

—Yo también os quiero muchísimo, nos veremos pronto —digo tratando de que las lágrimas que se acumulan en mis ojos no caigan.

—Ay, Lena, casi se me olvidaba, ¿te acuerdas de Mari, mi compañera de trabajo? —interviene mamá.

—Sí, ¿qué pasa con ella?

—Me ha preguntado si la pintura de los perros que pintaste el año pasado está en venta —anuncia emocionada.

Abro los ojos como platos ante la noticia inesperada. Tardé semanas en retratar varios perros jugando en la hierba, pero mamá se acuerda de ese cuadro. Y no solo eso, papá y mamá echan de menos encontrar mis pinturas por todo el salón, y yo los echo de menos a ellos.

—Pero le he dicho que no, porque la pintura la hemos colgado en el salón, sobre el sofá, y queda estupenda, Lena, estás hecha una gran artista. Le he comentado que sueles hacer encargos personalizados, ¿te parece bien si le mando tu correo? Así lo habláis vosotras —me cuenta.

—Claro, mamá, no sabía que lo habíais colgado. —La emoción se cuela hasta lo más hondo.

—No solo ese, chiquitina, el de los pájaros lo hemos puesto en la entrada, el dibujo de las flores lo hemos llevado a enmarcar y lo tenemos en nuestra habitación, el del río se lo hemos llevado a la abuela para que lo ponga en el salón, ¿qué más hemos colgado? —le pregunta papá a mamá.

—Pues el dibujo de la mujer que hiciste en secundaria lo tenemos en la cocina, el de los árboles en el pasillo y, al lado, papá está colgando todos los paisajes pequeños que hiciste, por toda la casa. —Ríe y a mí se me amplía la sonrisa aún más—. Bueno, cielo, ya lo verás cuando vengas, pásalo bien y abrígate.

—Sí, mamá, os quiero mucho.

—Y nosotros a ti, chiquitina.

Sostengo el teléfono viendo cómo la llamada termina. Noah tenía razón, mis padres me quieren tal como soy a pesar de que estén muy ocupados. Me río imaginando a mamá y papá rediseñando nuestra casa con todos mis dibujos enmarcados y mis pinturas en la

pared, tendrán que comprar otra casa porque no van a caber todas. Sonrío a mi reflejo en el cristal y observo el hermoso paisaje entre montañas con el mar muy al fondo.

Es de noche y las temperaturas han bajado significativamente ya que nos encontramos en la montaña. Prades es precioso lo mires por donde lo mires, siempre me ha gustado este lugar, pero no había tenido la oportunidad de pasar aquí unos días. Noah ha acertado de pleno con el destino para nuestras vacaciones, sobre todo con las vistas desde la terraza de la cabaña, ya que desde aquí se ve gran parte de Tarragona iluminada, las montañas que nos rodean, y si alzo un poco la vista, incluso el mar en el horizonte. No estamos lejos de casa, en realidad, porque vivimos en Tarragona cerca de la estación de tren y a la orilla del mar.

Sigo algo alterada después de nuestra conversación durante la cena, no sé en qué momento se me ha venido todo abajo, he empezado a sentir miedo al escuchar la voz de mi cabeza parlotear sin parar.

¿Y si meto la pata? ¿Qué significa este viaje? ¿Qué somos?

Suplicarle a Noah que hiciera algo no estaba entre mis planes, pero no ha hecho preguntas y en el mismo instante en que sus labios han rozado los míos, todos mis sentidos se han concentrado en él y en el poder que tiene de atraparme completamente.

Las luces de la terraza se apagan de golpe y me giro para ver qué ocurre. Me encuentro a Noah con su chaqueta oscura viniendo hacia mí con una sonrisa en los labios.

Sus labios saben a casa.

Si Noah está cerca, yo estoy a salvo.

—Las vistas son... —dice observando el horizonte.

—Mágicas —termino su frase dejándome llevar por el lugar.

Noah ha apagado todas las luces de la cabaña. Me da algo de reparo la oscuridad, no voy a mentir, porque es la oportunidad perfecta para que mi interior decida hacerme creer que entre las sombras hay alguien observando fijamente. Pero hoy no me enredo en esa espiral de pánico porque la mano de Noah me arraiga al presente.

—Tenemos que bajar —me explica Noah.

—Pero con linterna, ¿no? —respondo dudosa, a lo que él niega con la cabeza—. ¿Encendemos alguna luz, entonces? O una vela o algo...

—Te prometo que hay luz a donde vamos. —Sus ojos se intensifican sobre mí y yo asiento confiando en su palabra y en él.

Sigo sus pasos y rodeamos la terraza hasta llegar a las escaleras. Noah no me suelta la mano y está atento a todos y cada uno de mis lentos movimientos. Con lo patosa que soy no quiero salir rodando escaleras abajo, así que bajo los escalones con calma de uno en uno mientras con mi mano libre me agarro a la barandilla como si no hubiera un mañana.

Un par de minutos después la barandilla se acaba y llegamos al suelo mientras nos ilumina el reflejo de la Luna. Sigo los pasos de Sanders mientras entramos en uno de los senderos que se inician desde esta cabaña, miro a un lado y a otro mientras avanzamos poco a poco. Las plantas cada vez son más altas y el camino se hace algo estrecho, no puedo evitar sentir una pizca de pánico al no ver nada claro en el paisaje, pero confío en Noah. Mi pensamiento se ve interrumpido porque sus pasos han parado y yo acabo de estamparme contra su espalda. Pego mi cuerpo más a él, horrorizada por si sale un oso de la nada y nos cena de un bocado.

—¿Dónde estamos, Noah? No se ve nada... —Me tiembla la voz presa del pánico.

Su cuerpo gira en la oscuridad y sus brazos me rodean con firmeza la cintura dándome seguridad.

—Tenemos que estar en silencio unos minutos —me susurra al oído y asiento no muy convencida.

Me acomodo en su pecho, cierro los ojos tratando de acallar las voces en mi interior y me concentro en el sube y baja de su pecho, cómo se hincha y se deshincha. No sé cuánto rato nos pasamos así, pero a cada segundo que pasa me siento más segura entre sus brazos. Sé que en su pecho puedo estar a salvo.

—Luci... —susurra en mi oído muy suavemente—. No hagas ruido, que las espantas. —Su comentario me crea una gran curiosidad.

Mi cuerpo viaja en el tiempo y siento como si esto ya lo hubiéramos vivido. Abro los ojos con cautela y solo me hace falta ver un destello de luz envolvernos para saber que estamos en la entrada del bosque. Muevo mi cuerpo lentamente, fascinada por las luces que se encienden y alzan el vuelo a nuestro alrededor.

—Son muchas más de las que veíamos en casa —susurro alzando la palma de mi mano en el aire.

—Las luciérnagas son más fáciles de ver en zonas naturales, como esta... —seguimos hablando en susurros.

Me quedo fascinada cuando una luciérnaga brillante se posa sobre mí. Intento no mover la mano para que esté a gusto sobre mi piel y su luz ilumina parte de mi rostro con su toque verdoso. También ilumina el de Noah, que eleva su mano para colocarla justo debajo de la mía.

Nuestras miradas chocan a la luz de las luciérnagas que nos envuelven, igual que hace quince años mientras jugábamos en la entrada del bosque del jardín de Noah. El corazón se me ablanda un poco más mientras admiro su feliz sonrisa, con la luciérnaga todavía posada en mí.

Tal vez siempre hemos sido así... Quizás las fantasías no eran más que los brotes de lo que ha explotado en mi interior inundándome de lo mucho que adoro a Noah.

—Pequeña Luci..., te presento a una Luci aún más pequeña. —El verde brillante de sus ojos me hace sentir como si pudiera ver dentro de mí.

«Una Luci aún más pequeña».

Ahogo un grito cuando caigo en la cuenta de sus palabras. No me llama Luci de Lucía por chincharme, me llama Luci de luciérnaga. El alma me da un vuelco al darme cuenta de que Noah me llama así desde que tengo uso de razón, porque sabe que adoro a estos pequeños insectos capaces de brillar entre tanta oscuridad.

Como nosotros.

Tal vez vivamos con miedo a que la oscuridad nos engulla por completo, pero siempre vamos a encontrar la manera de que nuestra alma no se apague, porque eso es lo que nos hace brillar.

—Luciérnaga... —Mi sonrisa se ensancha a más no poder—, ¿por qué, Noah? —susurro conteniendo la oleada de luciérnagas que él crea en mí.

—Porque no importa lo difícil que sea, Luci, tú siempre brillas, incluso cuando no hay nada que iluminar, siempre sonríes, bailas e incluso cantas en la ducha. —Ambos reímos bajito para no espantar la luz a nuestro alrededor.

—Noah... ¿me espías en la ducha? —Alzo una ceja aguantándome la risa.

—¿Te digo algo bonito y eso es en lo que te fijas? —Sonríe divertido—. No te espío, pero sí te oigo desde mi habitación, no sabía que cantabas...

—¿Tan horrible es?

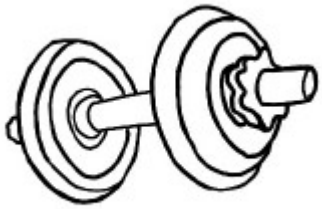
—Menos mal que lo has dicho tú y no yo —suspira aliviado.

Sonrío dejándome llevar por el momento. Está claro que Noah Sanders y yo estamos conectados de alguna manera indescriptible, como si mi dedo meñique tuviera un hilo rojo que me ata a él.

—Brillo porque solo tú puedes verlo, Noah, y no soy la única aquí que brilla. Míranos, rodeados de luciérnagas que nos iluminan en la oscuridad... Yo nunca he brillado sola, lo sé porque siempre que la oscuridad acecha me das la mano para salvarme de ella, no podría brillar si tú no estuvieras cerca... —Siento cómo el corazón bailotea en mi interior y a la vez siento la calma que me transmite.

Nuestras miradas se entrelazan al ver que la luciérnaga que previamente descansaba en mi mano alza el vuelo junto a las demás y nos envuelven con su luz del mismo verde que nuestros ojos.

Capítulo 46



Noah

Hemos vuelto a la cabaña de la mano sin parar de reír en ningún momento. Después de lo que nos hemos dicho delante de todas esas luciérnagas que parecían atentas a nosotros, no puedo dejar de pensar en que ha sido mágico que uno de nuestros recuerdos de la infancia nos haya unido mucho más en el presente.

Esa es la clave de vivir, estar aquí y ahora. Es tentador perderse entre tiempos que no nos pertenecen por miedo a perder algo que queremos. Como yo con ella, durante mucho tiempo he tenido pánico a perderla porque veía como algo en ella se apagaba y se alejaba. Pero ahora he comprendido que, de alguna forma, nos ayudamos el uno al otro a mantenernos presentes, siempre lo hemos hecho a pesar de no habernos dado cuenta.

Me encuentro en ella y ojalá Luci sienta lo mismo y se encuentre en mí.

No sé por qué, pero sé que sí, que el camino sigue con ella, porque si no es así, no hay camino.

—¡Vamos, Noah, te pesa el culo! —me grita Lena desde la terraza observando cómo me he quedado embobado en las escaleras.

Río ante su comentario y agilizo el paso hasta llegar hasta la entrada a la cabaña. Luci se ha movido divertida cuando me quedaban pocos pasos para llegar hasta ella. Sonrío al verla tan juguetona, sin prejuicios, hacía mucho tiempo que no la veía así de libre y me encanta, disfruto viendo la felicidad que emana de ella.

—¿A dónde vas, Luciérnaga? —Enarco una ceja, viendo cómo entra en la cabaña rápidamente.

—No me pillas, Noah Sanders. —Me saca la lengua burlonamente.

No lo pienso dos veces y entro en su juego, en dos zancadas me encuentro en el interior del salón. Veo cómo ella sale corriendo pasillo abajo y me permito darle unos segundos de ventaja mientras me quito la chaqueta y la cuelgo sobre el perchero. Me descalzo y clavo los ojos en la cabellera castaña que me espía a pocos metros.

—Voy a por ti, Luci —declaro.

—Qué poético, ¿no? —se burla de mí, encendiendo mi lado juguetón.

—Soy un romántico empedernido, ya lo irás viendo. —Camino con una sonrisa traviesa entre mis labios mientras la escucho gritar.

Llego al pasillo y sé perfectamente dónde está, en la única habitación que se encuentra con la puerta cerrada, la del final de todo. Camino con cautela hasta llegar a la madera que nos separa, oigo cómo ahoga su risa nerviosa y toco en la puerta sin obtener respuesta alguna.

Alargo mi brazo hasta el pomo y lo hago girar, la madera cruje al abrirla y busco con la mirada dónde puede estar. Oigo su risa, pero no la veo. Doy un par de pasos acercándome a la enorme cama que

preside la estancia y paro en seco cuando noto algo enorme aterrizar sobre mi espalda. Luci. Con un rápido movimiento caemos sobre la cama entre risas, su cuerpo está a escasos centímetros, sus labios llaman toda mi atención y no puedo evitar acercarme hasta fundirme en ellos.

Yo pensaba darle un beso tierno entre risas, pero Lena enreda sus brazos a mi alrededor hasta que mi cuerpo queda boca arriba, en un solo segundo Lena me descoloca por completo cuando se sienta a horcajadas en mi cintura. Mis mejillas se encienden cuando Lena vuelve a por mis labios con hambre, mis dedos se cuelan por el borde de la cintura de su pantalón y tiro de ella para pegarla aún más a mí. Siento el calor donde nuestros cuerpos chocan. Luci jadea entre mis labios, en pocos segundos giro nuestra postura para colocarme entre sus piernas y veo el brillo que emana de su mirada. Me quedo hipnotizado por completo.

—Noah... —Que jadee mi nombre me vuelve completamente loco. Sus manos se posan sobre mi pecho y sus ojos se clavan en los míos.

—Me vuelves loco, Luciérnaga. —Es lo único cuerdo que logro decir. Su sonrisa lo ocupa todo y sus dedos se cuelan por el interior de mi sudadera.

Traza pequeños senderos por mi pecho mientras nuestras respiraciones aceleradas se acompasan, estoy embobado con cada trazo que recorre sobre mi piel.

—Vuélveme loca, Noah, más de lo que ya estoy. —Su tono sexi me sacude el cuerpo por completo.

Sus ojos me suplican más y yo solo la necesito a ella como el aire para respirar. Sus manos toman la iniciativa y sube mi sudadera hasta poder quitarla de en medio, observo sus ojos llenos de deseo

admirando cada parte de mí y creo que ella no se ha dado cuenta de que me tiene anonadado con cada movimiento que hace.

—¿Puedo...? —pregunto algo desconcertado por la situación.

—¿Tú quieres...? —Las dudas aparecen en sus ojos y no voy a permitir que estén ahí mucho más.

—Llevo años deseando que este momento se haga realidad. —Mi voz grave hace que sus ojos vuelvan a llenarse de ganas.

Mi boca vuelve a visitar la suya con ganas de más y esta vez soy yo el que cuelo las manos bajo su sudadera. Luci gime en mi boca y no puedo pensar en otra cosa que escucharla con detenimiento una y otra vez. Sus manos tiran del borde de su ropa y la ayudo a retirar la tela que nos separa, me quedo sin palabras al ver su piel contrastar con el azul eléctrico de su sujetador. La última vez que vi a Lena en bikini tenía dieciséis años y ahora... ahora es toda una preciosa mujer.

—Quítate eso —me ordena señalando mis pantalones, sonrío complaciente y obedezco.

Lena aprovecha para dejar sus piernas desnudas ante mi mirada y no puedo hacer otra cosa que devorarla con los ojos. Ella parece saberlo, porque se ruboriza por completo.

Me coloco de nuevo entre sus piernas completamente hechizado por las curvas de su cuerpo. Sus brazos tapan parte de su figura y frunzo el ceño a esta censura de lo bella que es.

—Eres preciosa —le susurro al oído—. Enséñame lo mucho que brillas, Luciérnaga —le pido mientras rozo su nariz con la mía.

Beso sus labios húmedos iniciando un sendero de besos hasta su cuello y sintiendo cómo toda ella se estremece al tacto de mi boca sobre su piel. Sigo depositando suaves besos por su clavícula mientras disfruto de su respiración entrecortada, alzo la vista para comprobar que Luci disfruta y vuelvo a mi tarea posando los labios

sobre uno de sus pechos para luego repetir la acción sobre el otro. Lena levanta su torso dándome permiso, y mis dedos se cuelan por su espalda y desabrochan el sujetador. No dejo que las dudas vuelvan a colarse en su mirada y vuelvo a estampar los labios sobre los suyos manteniéndola concentrada en lo que estamos haciendo.

Retiro con delicadeza lo que queda de su ropa interior y la admiro al completo. Me repito una y otra vez que esto es real. La de veces que he fantaseado con ser mucho más de lo que éramos y ahora parece haberse cumplido.

Lena gime cuando beso su intimidad, sus manos agarran con fuerza las sábanas mientras yo disfruto de saborear el paraíso.

—Noah... —gime una y otra vez haciendo complicado que me concentre en mi tarea.

Sus manos se enredan en mi pelo y me atraen mucho más hacia ella, haciéndome saber que lo está disfrutando. Sus muslos tiemblan y sus dedos se clavan en mi piel.

—Joder, Noah... —explota inundando la habitación de mi nombre.

Me quedo fascinado al verla explotar de placer, su cuerpo se agarrota mientras el deseo se cuela por todos los poros de su piel.

—Eres la jodida obra de arte más perfecta que he visto en mi vida. —Sus mejillas arden y sonrío con malicia—. Espero que lo hayas disfrutado, Luci, porque eso es solo el comienzo de todo lo que vamos a hacer esta noche —rujo hambriento de más al ver sus ojos en blanco envueltos en placer.

Esta noche, ninguno de los dos se despierta en medio de la oscuridad. La quietud en la habitación es tan profunda que no existe el tiempo, lo único que se escucha son nuestras respiraciones calmadas. Luci duerme plácidamente, sin pesadillas que la asalten, y yo me quedo junto a ella, envuelto en la misma paz que siento cada vez que estamos cerca. Me duermo abrazándola, su pequeño cuerpo

apoyado contra mi pecho, sintiendo cómo el latido de su corazón se sincroniza con el mío. Hay algo tan perfecto en ese momento que no puedo evitar pensar que, de algún modo, con ella a mi lado, todo finalmente cobra sentido.

No importa lo que pase fuera de ese cuarto, en ese instante solo existimos nosotros dos, entrelazados de una forma que no necesita explicación.

Cuando siento que el sueño comienza a apoderarse de mí, la miro, iluminada por el suave resplandor de la Luna que entra por la ventana y, en un susurro, le digo:

—Soy todo tuyo, mi luciérnaga.

Las palabras flotan en el aire suaves como una promesa, mientras ella duerme tranquila envuelta en mi abrazo. No sé si me ha oído o si esas palabras se quedarán perdidas en la quietud de la noche, pero no me importa. Es mi verdad, una verdad que no necesita ser pronunciada en voz alta para ser sentida. Con ella todo es claro, y entiendo lo que significa pertenecer a alguien de una manera profunda y pura.

Capítulo 47



Lena

Hacía mucho tiempo que no sentía la tranquilidad que ahora emana de mi cuerpo. Llevamos días rodeados de naturaleza, aunque hoy no hemos salido debido a la lluvia que lleva cayendo desde esta mañana. Noah y yo no pensamos en que dentro de unas horas se supone que debemos comer uvas mientras dan las campanadas de Año Nuevo. Pero visto lo visto ninguno de los dos tiene intención de bajar a por ellas a la tienda.

Nunca he sentido que encajo con las celebraciones tradicionales, porque Leo y yo solo celebramos la Navidad el veinticinco de diciembre cuando éramos muy pequeños, en casa de nuestros abuelos maternos. Prácticamente no tengo mucho recuerdo de ello y tal vez por eso no me siento unida a estas fechas en las que se supone que pasas tiempo con la familia. Con los años dejé de darle importancia, o eso me digo a mí misma mientras observo la lluvia caer al otro lado de la cristalera que descansa frente a mí. El sonido

de las gotas caer me hipnotiza por completo, ese es el motivo principal por el que los días de lluvia son mis favoritos.

Noah sigue encerrado en la cocina preparando una cena especial, según él, y pienso que lo verdaderamente especial es que nos hayamos escapado a la montaña, cerca del bosque para poder pasar tiempo juntos sin la rutina del día a día. Solamente nosotros.

Me alegra que Noah haya decidido pasar sus vacaciones conmigo. Ha tenido que hacer malabares con sus entrenos para poder despejar un par de semanas. Al ver que íbamos a estar aquí, no dudé en insistir en correr con los gastos a medias, porque no quiero que Noah gaste sus ahorros en esto, sabiendo la situación de su padre. Me contó que no debía preocuparme por ello porque había recibido la paga extra del trabajo y hacía pocas semanas que había recibido el dinero de la beca, y me repitió que el único regalo que deseaba por Navidad era pasar los días conmigo.

El mío también.

—¿Seguro que no necesitas ayuda, Noah? —pregunto cuando oigo sus pasos cerca de mí—. Puedo preparar la mesa... —ofrezco.

—Eso sería estupendo si no lo tuviese todo controlado, Luci. —Me dedica una sonrisa burlona mientras deja algunos platos sobre la mesa.

Río y decido no insistir más en ello, a Noah le encanta cocinar y pasar la Nochevieja juntos es una buena oportunidad para deleitarme con su menú estrella, como él lo llama. Me gusta que se lo esté tomando en serio, aunque yo estaría feliz incluso si cocinara una pizza.

Vuelvo la vista al libro de mi regazo y me acomodo mejor en el puf que he movido desde la otra punta del salón solo para estar más cerca de la lluvia y de la puerta de la cocina para ver a Noah concentrado en las sartenes sobre el fuego.

Mis ojos se desvían nuevamente hacia él, apenas unos metros nos separan. Me fijo en los mechones de su cabello ondulado que caen sobre su frente, y, de vez en cuando, sus dedos los apartan suavemente, peinándolos hacia atrás. Observo con detenimiento cada detalle de su cuerpo sereno, que se mueve de un lado a otro, llenando platos con una calma que parece envolverlo todo.

Mis mejillas se acaloran y muerdo mi labio inferior al recordar lo que pasó la otra noche, cuando lo repetimos la mañana siguiente y la de después. No pensé que ambos cabríamos en la ducha hasta que me dio por interrumpir su baño y lo pillé completamente desprevenido. Duermo mejor desde que lo hago abrazada a su pecho, no me muevo tanto y me levanto con más energía. Aparto los ojos de su cuerpo, avergonzada al recordar cómo esta mañana he decidido despertar a Noah o cómo él no ha dejado que durmiera la siesta hace tan solo un par de horas.

Noah Sanders..., ¿qué me haces?

Ya no se trata solo de nuestras conversaciones a la una de la madrugada, debatiendo filosofías entre sueños mientras nos abrazamos. Ahora son sus besos en mis labios como saludo de buenos días, nuestras caminatas por el bosque en busca de senderos secretos, o lo enganchada que estoy al libro que Noah me regaló por Navidad. Y son tantos más los detalles que, si los enumero todos, nunca acabaríamos de contar esta historia.

Es él, todo él.

Pienso en todo el tiempo que estuve molesta porque se marchó, porque dejó de contestar a mis mensajes y mis llamadas. Entiendo que necesitara parar un momento porque su mundo se venía abajo con mucha prisa. Hace tiempo que Noah me contó el porqué de todo aquello e hizo que el enfado volara por los aires. Todo aquel tiempo que trataba de evitarlo solo hacía que me molestase conmigo misma

por negarme a buscarlo y, tal vez, si yo le hubiera tendido la mano una vez más, podría haberlo ayudado, pero no lo hice porque yo también estaba dolida porque desapareció.

Ahora comprendo que ambos necesitábamos un tiempo separados, no porque no nos quisiéramos lo suficiente como para abordar los problemas, sino porque cuando se trata de cuidarnos o salvar al otro, incluso aunque sea la persona que más amamos, debemos elegirnos a nosotros mismos.

Es un laberinto sin salida perdernos por alguien que no se perdería por nosotros. Antes que a otros debemos ponernos a nosotros porque, si no nos elegimos, ¿qué es lo que ofrecemos al mundo?

Estoy aprendiendo a ponerme como prioridad, no podía seguir ayudando a los demás con sus vidas mientras dejaba a un lado la mía. Con su marcha dejé de ser complaciente porque no tenía ni idea de qué era lo que me gustaba y lo que no, aquel tiempo separada de Noah descubrí partes de mí que habían quedado en el olvido.

Sé que no es algo de dos días y que tal vez tarde toda una vida en arreglarme, pero hay algo dentro de mí que me indica que sea lo que sea es con Noah, porque ahora que entiendo y he perdonado su marcha no me queda espacio para pensar que en algún momento me dejó de gustar.

Porque no lo hizo. Noah me ha gustado siempre, incluso cuando no sabía lo que eso significaba. Hemos vuelto a tener el mismo tipo de conversaciones que cuando tenía trece años, solo que ahora Noah me coge de las mejillas y me atrae hacia él para besarme y ya no tengo que preguntarme a qué sabrán sus besos, porque sé que saben a hogar seguro.

Tal vez lleve toda la vida enamorada de Noah y es ahora, viendo lo concentrado que está mientras coloca los cubiertos sobre la mesa, cuando me doy cuenta de que ese «tal vez» es en realiad un «siempre me he sentido de una manera especial cuando se trataba de él».

Quizás me estoy volviendo a enamorar del hombre que sale corriendo a la cocina porque se ha olvidado de colocar algo en la mesa. Pero si no lo aceptara mentiría.

Desde que tengo uso de razón, el corazón sabe que estoy enamorada de Noah Sanders, el chico que siempre me ha llamado luciérnaga porque él puede ver el brillo que los demás no ven.

—A saber qué cosas me haces en tu mente, Luci. —Su voz suena risueña, y me dedica su sonrisa perfecta mientras se apoya en una de las sillas del salón.

—¿Acaso quieres saberlas? —digo juguetona.

—Sea lo que sea, lo haremos. —Me señala con su dedo índice.

—Vale, iremos a bañarnos entre tiburones. —Me levanto llena de curiosidad por ver que ha cocinado.

—¿Qué te parece si cenamos tranquilamente y luego jugamos a los tiburones? —pregunta con esa sonrisilla traviesa mientras retira una de las sillas para ofrecerme asiento.

Cenamos entre risas, el tiempo pasa volando y sin darnos cuenta tenemos el reloj puesto en mi iPad. Noah y yo hemos solucionado el no tener uvas. Hemos cortado en trocitos una tableta de chocolate que teníamos sin abrir. A mí me ha parecido una idea muy dulce, pero he tenido que convencerle de que era nuestra única solución, porque no le parecía muy *fitness*.

Noah se encuentra en la punta de la mesa preparado con su pequeño plato lleno de trocitos de chocolate que juraría que estaba más lleno cuando nos hemos sentado. Río para mis adentros al verlo

concentrado en la pantalla mientras observa cómo poco a poco los minutos pasan y nos acercamos al final de este año tan movido para ambos.

Alargo mi brazo hasta entrelazar mi mano con la suya, capto su atención y le doy un suave apretón indicándole que estoy aquí, estamos juntos. No puedo imaginar lo que debe de sentir Noah en estas fechas, es el primer año que no tomará las uvas con su padre en mi casa. Siento que no haya podido hablar con él para desearle un feliz Año Nuevo o para preguntarle cómo estará. Imagino que debe de ser duro pasar meses sin hablar con él hasta que los médicos y psicólogos lo consideren oportuno.

—Es nuestro primer fin de año juntos. —Sus ojos sinceros me acarician lo más profundo del alma.

Nuestro primer fin de año juntos.

—Llevas años viniendo a comer las uvas en mi casa. —Alzo una ceja con ganas de debatir.

—Es el primer año en el que no tenemos que escondernos detrás de la máscara de ser solamente amigos —me detalla sonriente negando con la cabeza.

—Noah...

—Dime, Luciérnaga.

—Atento al reloj. —Le señalo la manecilla del reloj que poco a poco se acerca a marcar los últimos segundos del año.

Quince segundos para Año Nuevo.

—Tienes que pedir un deseo, Luci —balbucea sonriente.

—Se ha cumplido sin ni siquiera percatarme de que lo deseaba con todas mis fuerzas. —«Nosotros».

Doce segundos.

—Noah, te falta chocolate. —Mis ojos le señalan su plato al ver que solo tiene ocho trocitos de chocolate.

Once segundos.

—Tienes toda la razón, Luci —sus dedos se cuelan en mi plato y me roban una onza, y frunzo el ceño juguetona.

10 segundos.

—Eso era mío —protesto mientras me llevo a la boca dos onzas porque ya voy retrasada con los tiempos.

9 segundos.

—Yo soy todo tuyo, Luciérnaga. —Mis mejillas enrojecen y sus ojos siguen sobre los míos, ya no prestamos atención a la pantalla.

8 segundos.

—Entonces te ordeno que me devuelvas mi chocolate —bromeo.

7 segundos.

—Tendrás que comerme para recuperarlo. —Casi me atraganto al oírlo, Noah desata su risa al ver mi reacción.

6 segundos.

—No te preocupes. —Ahora soy yo la que estiro mis dedos robándole una onza.

5 segundos.

—Así que quieres que te coma yo a ti, ¿eh? —dice Noah con una sonrisa maliciosa.

4 segundos.

—Si te portas bien, podemos negociarlo —digo con una sonrisa al ver que ya no tiene más chocolate que comer—. Eh, no, no, esto es mío —digo mientras aparto mi plato de su alcance.

3 segundos.

—¡Feliz Año Nuevo, Luci! —grita Noah alzando los brazos.

2 segundos.

—Aún no, tonto. —Le doy un manotazo en el hombro lo más rápido que puedo.

1 segundo.

—Es verdad, Luci. —Se levanta de su asiento rápido.

Noah se mueve hasta llegar a mí, sus manos encuentran mis mejillas y me atrae hacia él.

Feliz Año Nuevo.

El chocolate que no logré comer a tiempo se desvanece en el olvido cuando los labios de Noah me besan suavemente, un beso dulce y lleno de promesas. Sus brazos rodean mi cintura, levantándome sin apartarse de mi boca. Estiro los dedos, enredándolos en su nuca, mientras mis piernas se abrazan a su cintura. Noah avanza por el pasillo, guiándome hacia nuestra habitación, sin dejar de besarme. Mis mejillas arden cuando me doy cuenta de que lo de jugar a los tiburones iba en serio, solo que Noah está hambriento de deseo y yo... yo solo lo quiero a él.

* * *

Aún con la respiración agitada, cierro los ojos, envuelta en el silencio entre la lluvia, mi aliento y el suave murmullo del agua en la ducha.

Parezco una estrella de mar, tendida sobre el colchón de sábanas azul marino, completamente desnuda, en la misma posición en la que Noah me dejó, después de plantar un beso suave en mi mejilla antes de ir a ducharse.

Un nuevo año.

Un nuevo año que comenzó en su boca y siguió sobre su piel, salpicada de lunares dispersos, como pequeñas constelaciones que solo él y yo conocemos.

Sigo con la mirada clavada en el techo cuando el tono predeterminado de mi móvil suena en la mesita de noche. Por inercia, estiro uno de mis brazos hasta llegar a cogerlo, miro la pantalla y me encuentro con que es Leo el que está llamando.

Deslizo mi dedo aceptando la llamada y pego el teléfono en mi oreja.

—¡Feliz año! —grita mi hermano entre música, ha debido de salir de fiesta.

—Feliz Año Nuevo, hermanito —digo feliz, llena de ilusión.

—¿Lena?

—¿Quién voy a ser si no? —pregunto divertida, debe de estar algo borracho.

—Lena... ¿por qué coges el teléfono de Noah? —Mis ojos se abren como platos, giro mi rostro a la otra mesita y veo mi móvil.

Joder.

—¿Lena? ¿Me oyes? —La voz de Leo suena más seria.

—Te oigo —respondo llenándome de pensamientos intrusivos.

¿Y si a mi hermano no le parece bien esto?

¿Y si espanta a Noah?

¿Y si su amistad se rompe porque Noah y yo estamos juntos?

¿Estamos juntos?

—¿Está Noah ahí? —me pregunta algo más suave.

—Sí...

—¿Me puedes explicar qué coño haces con Noah? ¿No se suponía que ibas a irte con tus amigas? Que yo sepa juraste no volver a confiar en Noah Sanders. —Sus palabras me cortan el alma a pedacitos, y me recuerdan que yo he repetido lo mismo durante años.

Leo está enfadado.

Me quedo callada reproduciendo la voz de mi hermano en bucle. La puerta del baño se abre y por el rabillo del ojo puedo ver a Noah, que sale envuelto en una toalla. No tarda en verme al teléfono y sus ojos al igual que los míos se abren llenos de pánico.

—Ey, tío, ¿qué pasa? —Los dedos de Noah se han colado entre los míos y han cogido su móvil.

—Hombreee, eso quiero saber yo. —La voz elevada de mi hermano se oye sin necesidad de poner el altavoz.

—Pues estamos aquí —responde Noah tratando de mantener la calma.

—¿Aquí dónde? —inquiere.

—¿Pues dónde vamos a estar, Leo? —trata de confundirlo.

—No lo sé, Noah, dímelo tú —ruge.

—No, tú. —Los nervios se forman en mi interior y puedo ver en los ojos de Noah que siente lo mismo.

—Noah..., te lo voy a preguntar una sola vez: ¿qué coño haces con mi hermana? —Leo gruñe molesto.

—Pasar las navidades con ella. —Noah se deshincha y opta por decir la verdad.

—¡¿Solos?!

—Sí... Oye, tío, feliz año, ¿eh? Un beso para tus padres... Yo la cuido, no te preocupes... Es solo que en la montaña no hay mucha cobertura... —Noah cuelga la llamada con una mirada inquieta. Sus dedos presionan su frente y se frota el rostro como si pudiera borrar lo que acaba de escuchar.

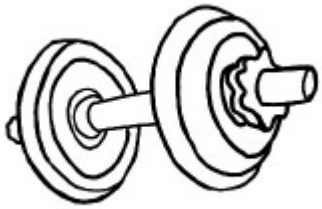
Yo, por otro lado, me quedo allí, con la mirada perdida, tratando de procesar lo que acaba de suceder. Siento cómo mi respiración se hace cada vez más irregular, como si me faltara el aire. Los sudores fríos empiezan a aparecer, y todo a mi alrededor parece girar fuera de control, un torbellino que no puedo detener. Me pregunto, con una angustia creciente, si estamos haciendo algo mal.

¿Estamos tomando decisiones equivocadas?

¿Estamos cruzando una línea que no podemos volver a deshacer?

La duda me consume y tengo un peso sobre el pecho que no puedo sacudir. Todo lo que siento ahora es una incertidumbre aplastante, como si todo lo que hemos construido estuviera a punto de desmoronarse.

Capítulo 48



Noah

El silencio ha inundado cada rincón de la cabaña y la culpabilidad es visible en nuestra mirada. Llevamos horas bajo las sábanas, dando vueltas con la excusa de buscar una mejor postura para descansar, pero es el segundo vaso de leche que Lena va a buscar a la cocina. Sus pasos se aproximan hasta la puerta, pasa con cautela para no despertarme, aunque yo sigo con los ojos como platos.

Leo sabe que estamos pasando las navidades juntos.

Leo parecía confuso.

Leo está molesto con Lena y conmigo.

Lena se sienta sobre el colchón dejando la taza de leche en la mesita donde descansa su móvil, enciende la pantalla y, de nuevo, vuelve a mirar todos los mensajes y llamadas perdidas de su hermano. Hace unas horas llamó su padre para felicitar el Año Nuevo, primero a ella y, un rato después, Carlota me llamó a mí.

Después de eso ninguno de los dos hemos sido capaces de coger el teléfono y contestar. A pesar de llevar días aquí las preguntas siguen volando en el aire.

¿Qué se supone que debemos hacer?

¿Estamos juntos?

¿Es mejor no estarlo por si Leo se molesta?

Esa pregunta ya no tiene sentido porque Leo, a estas alturas, debe de estar echando humo por las orejas.

Es completamente normal que lo haga, porque mentimos sobre nuestros planes y yo llevo mintiendo años: no veo a Lena como una hermana pequeña, sino como la mujer que me robó el corazón incluso antes de ser adolescente.

Me siento completamente impotente ahora mismo. La distancia que se ha vuelto a interponer entre nosotros me está desgarrando, y no puedo quedarme callado ni fingir que todo está bien. Cuando volvamos al piso, tendremos que hablar con Leo, nos guste o no, pero ahora mismo acabamos de comenzar un nuevo año y no voy a permitir que todo se derrumbe en tan poco tiempo.

Ha costado años que Luci y yo demos el paso de volver a ser amigos, y ahora somos algo mucho más profundo que una amistad de hace tiempo, somos la magia de las luciérnagas que vimos el otro día, atentas a todo lo que nos decíamos. Lena y yo estamos hechos de hilos inconexos que, de alguna manera, se enlazan cuando nuestras miradas se cruzan. Juntos, todo cobra sentido; lo que parece no tenerlo cuando estamos separados, lo consigue gracias al otro.

Y no quiero que esto se quede solo en un intento de ser lo que el corazón nos pide por miedo a lo que dirán, por temor a cómo se lo tomará su hermano o por la incertidumbre de si estamos haciendo lo

correcto. No quiero quedarme con la duda de no haber luchado por lo que sentimos.

Giro mi cuerpo sobre el colchón para verla de espaldas a mí. Lena deja el teléfono sobre la mesita y suspira cansada, sus manos nerviosas tratan de peinar su larga melena detrás de sus orejas. Me acerco hasta ella hasta quedar detrás de su bonita espalda tapada por una de mis sudaderas que le llega prácticamente hasta la rodilla y que deja sus largas piernas desnudas aprovechando el calor de la calefacción de la cabaña.

—Luci... —Estiro mi brazo hasta ella y atrapo un mechón de su larga melena entre mis dedos, mis manos viajan a su cintura y con un suave gesto ella cae sobre mi pecho—. No podemos estar así... —suspiro apenado.

—¿Cómo quieres que estemos, Noah? Le hemos mentido a mi hermano... —susurra acomodándose sobre mí.

—Lo entiendo, Lena, yo también me siento horrible al respecto, pero no podemos estar como almas en pena los días que nos quedan aquí. Cuando volvamos, ya pensaremos cómo hacerlo...

—¿Quieres que volvamos caminando? —Su intento de bromear no surte efecto porque ninguno de los dos parece tener ánimo para ello.

—Luci, me refiero a lo de tu hermano...

—Por eso, volver caminando retrasa lo inminente —espeta seca. No, no, no puede apagar su brillo.

Su tono se vuelve frío ante el pánico que debe de estar sintiendo, Lena siempre ha sido muy autoexigente y yo la he empujado a equivocarse con su hermano. ¿Soy una mala persona? Pues claro que lo soy, todo lo que estábamos viviendo era demasiado bonito, en algún momento tenía que fastidiarlo. Siempre lo hago. No puedo permitirme volver a perderla. Antes no sabía qué se sentía al dormir

a su lado, ni cómo sabe su boca, ni las curvas que la forman..., pero ahora sí y pensar en tener que alejarme de nuevo sería como caer por un precipicio que nunca tuviera fin.

Sé que a Leo no le hará gracia.

Siempre lo he sabido.

Y eso me machaca por dentro.

—¿Te preocupa? —pregunto sincero.

—Me preocupa que mi hermano se enfade contigo... o conmigo... o con ambos. —Su mirada es triste y me parte el alma verla así.

Es tarde para preocuparse por ello, no teníamos intención de hacer sentir mal a nadie con nuestra salida porque necesitábamos un tiempo juntos sin la rutina del día a día. Y ahora ninguno de los dos parece sentirse bien al respecto.

—A mí me preocupa que tú lo hagas antes de tiempo, tal vez no se lo tome mal —digo intentando autoconvencernos a ambos de la minúscula posibilidad de que todo vaya bien.

—Si se lo hubiéramos contado, tal vez no se lo habría tomado mal, pero, Noah... Leo confía en nosotros y de alguna manera no haberle dicho que nosotros... —duda.

No me importa que la piscina se encuentre vacía o haya poca agua, es hora de saltar.

—Nosotros estamos juntos —afirmo estrechándola suavemente contra mí.

Luci y yo estamos juntos..., aunque no sé bien cómo etiquetar lo que estamos viviendo. Las últimas semanas han sido intensas, cargadas de momentos y sentimientos que no corresponden a lo que se espera entre dos amigos. Lo que compartimos es algo más profundo, algo que va más allá de una simple amistad. Somos algo mucho más grande que eso, algo que no se puede encasillar en palabras fáciles ni en etiquetas predeterminadas. Lo que hemos

vivido es único, y aunque el mundo aún no entienda qué somos exactamente, nosotros sabemos que lo que vivimos es real, y es mucho más de lo que jamás imaginé.

—No quiero que piense que le ocultamos las cosas, ¿sabes? No es algo agradable, Noah... Sabes bien que mi hermano no soporta las mentiras. —Su voz se vuelve chiquitita, al igual que ella.

—No lo va a pensar, Luci, nos conoce bien... —trato de tranquilizarla.

—Podemos decirle que mis planes se fastidiaron y nos quedamos en casa —dice pensativa, frunzo el ceño molesto al oírla.

—¿Quieres mentirle sobre lo nuestro? —pregunto decepcionado.

—No es mentirle, es omitir una parte —se justifica.

—Luci, me estás dejando helado con lo que me estás diciendo, ¿de veras no quieres decirle a tu hermano que entre tú y yo hay algo especial? —Mi mirada se tiñe de vacío ahora mismo.

Lena me mira apenada, igual que yo a ella; duele que no esté decidida a gritarle a los cuatro vientos que nos queremos.

¿Qué sentido tiene esto si no es así?

—No es eso, Noah... —susurra con angustia.

—Entonces explícamelo, porque no quiero sentir que todo esto no tendría que haber pasado —rujo molesto.

—Noah... No quiero que mi hermano la tome contigo, ¿vale? No quiero fastidiar vuestra relación —me explica con un suspiro cansado.

—Lena, ¿qué pasa? Porque esto no es propio de ti —espeto molesto.

Sus ojos se elevan hasta chocar con los míos y siento un pinchazo en el pecho al ver el vacío en su mirada. Me siento realmente impotente por estar aquí intentando defender todo lo que hemos

creado en estos meses y ella... No estoy seguro de que quiera defenderlo y eso me quema por dentro.

—¿Tienes miedo? —le pregunto al ver que no obtengo respuesta y ella asiente bajando la mirada.

Estamos juntos en esto.

—¿De qué tienes miedo, Luci? —susurro acunándola sobre mí.

—¿Y si no sale bien, Noah? Mi hermano y tú no volveréis a ser los mismos. Un nosotros dejaría de existir de cualquiera de las formas...

—Eh, eh, eh —la paro en seco posando mis manos sobre sus muslos, entendiendo la realidad de lo que ocurre en su mente—. Luciérnaga, estamos juntos en esto... No sabemos lo que nos va a deparar el futuro, pero hay algo que sí sé: lo que sentimos no es casualidad, ambos sabemos que no es algo de dos días y mucho menos nos olvidaremos de ello fácilmente. Quiero a tu hermano como si fuera el mío también y a ti, Lena..., te quiero de la forma más sincera posible. ¿Sabes por qué? Porque supe que te quería cuando no sabía lo que era. Cuando te vi los primeros días en el piso me prometí a mí mismo no volver a dejarte ir, Luci... Hablaré con Leo y haremos todo lo posible por que las cosas salgan bien, pero por favor —mis manos atrapan las suyas—, no te rindas pensando en todo lo que puede salir mal, imagina todo lo que puede salir bien si lo hacemos juntos —rezo para que suceda lo segundo.

Puedo ver en su mirada cómo su cabeza va a mil por hora, la mía también, pero me agarro con uñas y dientes a estar presente porque ella me necesita y yo a ella. No podemos romper todo lo que hemos construido por miedo a que nuestro entorno no logre comprenderlo.

El silencio se hace presente de nuevo, se me encoge el pecho a cada segundo y Lena exhala un suspiro.

—Si sale bien..., ya te has ganado al cuñado. —Su voz tiembla, pero su intención es clara, y sonrío apaciguando el malestar que se

había generado en mi interior.

—¿Ves? Si tengo al cuñado en mi bolsillo, lo tenemos todo para que esto salga bien. —Beso su frente una y otra vez.

Esto no es una conversación banal para gestionar una situación, siento que Lena y yo estamos tomando la decisión de apostar por nosotros venga lo que venga y no puedo evitar sentirme agradecido por el rayo de luz que emana de ella entre tanta oscuridad.

—Siento mucho haber pensado en ocultar lo nuestro... —Su voz se rompe con cada palabra.

—No pasa nada, Luci, entiendo por qué lo estabas diciendo, lo hemos arreglado... —Acaricio su rostro suavemente—. Igual que arreglaremos lo de tu hermano y lo de que no te hayas traído ningún conjunto de ropa de deporte a nuestras vacaciones. —Suspiro haciéndome el indignado—. Con las tremendas curvas que te hace. —Su puño choca contra mi hombro y ambos reímos.

—¿Eso también se lo vas a decir a mi hermano? —me pregunta Luci alzando una ceja divertida, y me río ante su ocurrencia.

—Claro, Luciérnaga, es un dato importante —digo a escasos centímetros de su boca.

Ambos estamos presos del pánico por lo que pueda pasar.

La diferencia es que esta vez no estamos solos, nos tenemos el uno al otro y pase lo que pase no dejaremos de ser nosotros.

Capítulo 49



Lena

En menos de veinticuatro horas volveremos a Barcelona. En los últimos días mi hermano ha enviado muchísimos mensajes, pero no he sido capaz de leerlos todos, así que decidí responderle que me encontraba bien y que a la vuelta hablábamos. No recibí respuesta por su parte porque es evidente que sigue molesto. No lo culpo, tanto Noah como yo le hemos dado la misma respuesta y a la vez, estamos aprovechando cada hora que podemos pasar aquí, con vistas al mar y a la montaña antes de volver a casa.

He preparado la maleta para poder descansar bien esta noche y salir mañana por la mañana de vuelta a la rutina.

Aún nos quedan algunos días antes de volver a las clases y temo que la convivencia en el piso se arruine por esto.

Es la quinta vez que trato de leer la página de un libro que pude conseguir en la tienda de la zona y mentiría si dijera que me estoy

enterando de la trama, porque no puedo parar de pensar en mi hermano y en cómo irán las cosas a partir de ahora.

Noah sigue apoyado sobre la barandilla de la terraza, ambos estamos disfrutando del cálido sol del mediodía. Yo aprovecho para leer mientras él sigue con la mirada perdida en el horizonte mientras fuma.

Sabía que Noah fumaba, no a menudo, pero había visto algunos mecheros sobre el mueble del recibidor, aunque nunca lo había hecho delante de mí como vía de escape de todo lo que debe de sentir en su interior.

Un nuevo año que no ha podido pasar con su padre ni con su madre.

Después de este viaje puede que su relación con su mejor amigo cambie para siempre, el trabajo, la vuelta a la rutina...

Me volvería a levantar y acercarme a él para rodearle por la cintura mientras apoyo la mejilla sobre su espalda, pero necesita espacio... Está sumido en su propia mente y me preocupa que no sepa salir, por eso no me despego de su lado.

La música de mi teléfono nos sobresalta a ambos.

Desvió la mirada hasta la mesa. Una llamada entrante: Marina.

Noah se gira para mirarme y con un suave gesto le digo que no se preocupe.

Cojo el móvil y deslizo el dedo aceptando la llamada.

—Hola —saludo en cuanto coloco el móvil cerca de mi oído.

—¿Cómo estás? —me pregunta con calma, como si supiera que lo necesito.

—Bien, estamos bien... El sitio es precioso —sonrío con tristeza.

—Te preguntaría si tu hermano se ha enterado de vuestros planes secretos, pero hace media hora que se ha plantado en la puerta de mi casa desesperado. —Frunzo los labios sintiendo la culpa—. No he

tenido más remedio que decirle que estabas en unas cabañas con Noah, me lo ha preguntado doscientas veces en menos de tres minutos y no he podido decirle que no... Está preocupado por ti, porque no entiende qué haces a solas con tu noviecito secreto... —expone tranquila.

Siento cómo las lágrimas se acumulan en mis ojos y me nublan la vista, ahora todo es borroso y gris. El pecho me pesa y trato de controlar mi respiración entrecortada, Noah apaga el cigarrillo en el cenicero en cuanto ve que algo no anda bien.

—No tendría que haberle mentido... —murmuro llena de culpabilidad.

—Si no lo hubieras hecho es probable que no estuvierais pasando unos días solos en la montaña —suspira Marina al otro lado de la línea—. Espero que estas dos semanas os hayan ayudado a aclararos y a saber qué hacer en adelante, porque tu hermano necesita respuestas.

—Mañana volvemos al piso..., hablaremos con él y le explicaremos lo que está pasando entre nosotros... Me da miedo que...

—Que se fastidie todo, ¿no? —termina Marina por mí—. No hay nada que no se pueda arreglar, necesitabais esto y lo hicisteis de la mejor manera que supisteis para manejar la situación... Comprendo que antes de iros no tuvierais las cosas claras, Lena, pero todo esto debes explicárselo a Leo.

Noah toma asiento a mi lado, con la palma de su mano acaricia mi espalda destensando el nudo que lleva días formándose. Ambos sabemos que la hemos fastidiado.

—¿Puedes decirle que mañana volvemos? —susurro.

—Claro que puedo decírselo, amiga, pero estaría bien que tanto tú como Noah se lo dijerais, aunque sea un mensaje corto... Se lo

diré cuando termine de beberse la tila que mi madre le ha hecho. —Abro los ojos como platos al oírla.

Mi hermano está destrozado en casa de mi mejor amiga y mi terapeuta.

No me gusta equivocarme o meter la pata porque me siento muy impotente. No busco ser perfecta, pero sí trato de evitar a toda costa lo que he hecho: dañar a mi entorno.

—Le mando un mensaje ahora mismo —dice Noah con la mirada fija en su teléfono.

—Lena —me llama mi amiga—, errar es humano, ¿vale? Todo esto se arreglará, pero debéis ser sinceros. Tu hermano te adora, si no, no estaría en mi salón haciendo terapia exprés con mi madre. Por cierto..., cuando vuelvas al piso quiere hablar contigo.

—Gracias, Marina...

—No hay de qué, amiga, para eso estamos, para ayudarnos a cometer locuras y a mejorar. Descansa hoy, os mando ánimos a ambos, un beso, tía —Marina cuelga la llamada.

Tanto Noah como yo nos quedamos en el mismo lugar, en silencio, porque la vuelta a casa es inminente y a ambos nos aterra todo lo que podríamos llegar a perder.

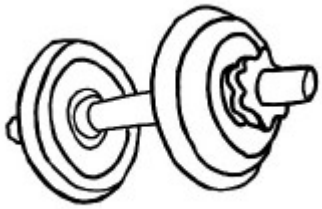
—Lo haremos juntos... —susurra Noah con los ojos vidriosos.

—Lo haremos juntos... —repito llevando mis manos a sus mejillas.

Acaricio su rostro con suavidad, observando cómo una pequeña sonrisa, apagada y cargada de tristeza, se asoma en sus labios. Mi corazón se encoge al ver esa expresión, tan distante y llena de miedo, y me acerco lentamente, buscando sus ojos, pero lo que encuentro es un vacío compartido entre los dos. Con delicadeza dejo un beso sobre sus labios, breve, como un instante detenido. Un beso en el que nos recordamos mutuamente que estamos juntos pase lo

que pase. Después de tantos años sin encontrar respuestas, él es una de las pocas cosas que sé con certeza.

Capítulo 50



Noah

Cuando Lena y yo volvimos esta mañana de Prades, lo último que esperábamos era encontrar a Leo esperándonos, serio como un juez y con los brazos cruzados. Estaba cabreado. Sin pensarlo demasiado, Lena y yo nos refugiamos rápidamente en nuestras habitaciones, dejando las maletas y el resto de nuestras cosas a un lado, con la esperanza de retrasar un poco más la inevitable conversación con Leo.

Nada estaba bien.

Sé que tengo que ser yo quien hable con mi mejor amigo, fui yo quien invitó a Lena a pasar las vacaciones juntos...

Llevo un rato tirado en la cama, con la mirada perdida en el techo, tratando de concentrarme en cualquier cosa que me permita escapar de los pensamientos que se repiten en mi cabeza. Cada vez que imagino lo que podría suceder a partir de ahora, mi respiración se acelera y una sensación de ansiedad me invade, como si mil

versiones desastrosas de lo que está por venir pudieran hacerse realidad en cualquier momento.

Trago saliva con dificultad, no puedo quedarme aquí a observar todos los escenarios horribles que mi mente me enseña. Siento que me ahogan por completo.

No quiero pensar en que he perdido a mi mejor amigo, a Lena y la posibilidad de seguir aquí. No puedo volver a mi casa vacía, porque me vengo abajo.

Me muevo rápido y me pongo en pie, dispuesto a salir de la habitación repleta de pensamientos intrusivos. Llevaba semanas sin sentirme de esta manera, pero ver a Luci presa del pánico por lo que pueda pasar me ha contagiado y ahora ambos estamos agobiados por lo que pueda suceder.

Camino con cautela hasta llegar al salón, donde me encuentro a Leo tumbado en el sofá tecleando en su móvil. Siento cómo el corazón se me atraganta y las dudas aparecen a mi alrededor. Mi mejor amigo levanta la vista de la pantalla y me observa con detenimiento. No revela emoción alguna y creo que eso me da más miedo que verlo cabreado.

—¿Qué tal el viaje? —Su pregunta es tan afilada como su mirada.

—Bien... —Es lo único que consigo responder mientras estoy plantado frente a él.

—¿Eso es lo único que me vais a decir? —Enarca una ceja molesto y tira su móvil sobre el sofá, apartando su mirada de mí por unos segundos mientras suspira conteniéndose—. Por lo menos me habéis traído un *souvenir* de... ¿de dónde, Noah? Ah, es verdad que no sé dónde ha estado mi hermana durante todas las navidades porque alguien, o mejor dicho, vosotros dos, no respondíais mis llamadas. —Se frota el rostro nervioso—. Creía que había ocurrido algo feo, Noah... —Sus ojos oscuros y decepcionados vuelven a mí.

El tiempo se rompe en ese instante, me hundo en el pozo sin fondo al darme cuenta de que Leo se siente decepcionado conmigo. Ahora mismo me mira apenado sin bromas ni vaciladas, solo la verdad de su malestar, lo que significa que la he cagado y esta vez a lo grande.

—Prades —respondo con miedo.

—¿Qué? —Leo me mira confuso.

—Estuvimos en Prades, en una cabaña en lo alto de varios árboles —detallo.

—Ah, ¿y yo no estaba invitado? —pregunta con un hilo de voz.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotros y siento cómo el estómago se me cierra de golpe, enredando todos mis órganos en un nudo que me quema por dentro.

Tengo que decirlo. Tengo que decírselo, no puedo seguir negando lo innegable. Ocultar la verdad de todo lo que ha ocurrido solo hará que los tres nos alejemos, y ahora que parece que las piezas del puzle encajan no puedo perderlos. Son parte de mí, parte de mi familia.

—Noah..., me estás poniendo muy nervioso, ¿entiendes? Necesito respuestas y las necesito ya —exige de mal humor.

—Leo...

—Porque no me parece adecuado que os vayáis los dos.

—Leo —trato de cortarle de nuevo.

—Solos en la montaña, ¿qué tengo que pensar yo de eso, Noah?

—Leo.

—Porque no quiero pensar lo que parece toda la situación, ¿sabes? Sería muy raro...

—Estoy enamorado de Lena —suelto de golpe sin control alguno.

Leo se queda callado, su cuerpo se tensa y se paraliza como si, de repente, el aire alrededor se hubiera vuelto denso e impenetrable.

En un movimiento lento y calculado, gira su rostro hacia mí y, en ese preciso instante, siento que su mirada me atraviesa con la intensidad de un rayo. Es como si sus ojos pudieran destrozarme por dentro, haciéndome sentir pequeño, insignificante a su lado, como si todo lo que soy se redujera a una simple mota de polvo en su presencia.

El pánico comienza a recorrerme las venas con fuerza, como una corriente eléctrica que sube desde mis pies hasta mi pecho. Mi corazón late desbocado, pero algo dentro de mí se niega a arrepentirse de lo que acabo de decir. Estoy completamente enamorado de Helena Luna, de mi brillante Luci, y aunque cada fibra de mi ser se estremezca ante la furia silenciosa de su hermano, sé que mis palabras son la verdad. La verdad que me quema por dentro y que, aunque me aterre enfrontarlo, no cambiaría por nada.

—¿Qué... Qué has... dicho, Noah? —tartamudea confuso.

—Leo, sé que debería haberlo... —trato de justificar lo ocurrido.

—Noah, ¿qué es lo que has dicho? —pregunta de nuevo, como si lo que acabo de decir le retumbara en la cabeza.

—Sé que debería habértelo contado antes de proponerle a Lena pasar las vacaciones de Navidad juntos... —Se me acelera el pulso y con ello mi voz.

—¿Se puede saber por qué diablos le propones eso a mi hermana? —pregunta malhumorado.

—Leo...

—No me digas que estás enamorado de ella, Noah... No puedes... —Su hilo de voz se rompe cuando agacha la mirada al suelo—. No puedes hacerle esto, Noah —dice finalmente después de varios segundos en silencio.

Sus palabras me destrozan por completo, su mirada apenada es como un bofetón en la cara. Uno detrás de otro.

«No puedes hacerle esto».

Me estremezco cuando mi interior repite sus palabras.

—Lena no se merece ser un peón en mitad de una partida que ni siquiera está jugando, Noah. —Sus palabras afiladas cortan mis esperanzas de cuajo.

—¿De qué hablas, Leo? —pregunto confuso y alterado.

—¿Cómo que de qué hablo? Mira, tío, es muy sencillo, esto no puede ser... No quiero ver a mi hermana sufrir por alguien que no sabe poner límites y mucho menos después de lo que ha pasado con Sandy ¿o se te había olvidado? —Leo se pone en pie con intención de marcharse.

—¿Por qué, Leo? Dímelo, porque tratando de evitar esta conversación no vamos a ir a ninguna parte... La he cagado, lo sé... Tendría que habértelo dicho...

—¿Te refieres a decirme que tú y mi hermana os habéis ido de vacaciones solos en mitad de la montaña o a hablarme acerca de tus repentinos sentimientos por ella? —Leo se gira, acercándose a mí con cara de pocos amigos.

—Ambas, Leo, yo... —Trago intentando deshacer el nudo en mi garganta—. Solo quería pasar un tiempo con ella a solas sin sentir que de alguna forma te traiciono, llevo demasiado tiempo eligiendo lealtad antes de lo que quiero y no puedo más, me niego a seguir viviendo una vida que no es mía. —Alzo la voz, molesto por sentir que debo reprimir lo que deseo para que los demás vivan en paz.

—No es a mí a quien tienes que dejarle claro lo que quieres. —Si las miradas enterrasen, yo estaría a kilómetros bajo tierra—. Sabes que añadir a mi hermana en toda esta situación la va a poner en el punto de mira, y no estoy dispuesto a verla pasarlo mal porque tú no sabes comportarte como debes.

La tensión entre los dos se podría cortar con un cuchillo. Leo me sostiene la mirada con fuerza, como cuando defiende a su hermana

de cualquier cosa, la diferencia es que ahora la está defendiendo de mí y eso me está arrasando el alma.

¿No soy bueno para ella?

Agito la cabeza tratando de quitarme esa indecisión de la mente.

—¿Comportarme como debo? Eres tú el que organizó una fiesta en casa sin preguntarle a Lena si estaba de acuerdo con ello, metiste a Vania en casa sin pararte a pensar que tal vez la situación salpicaba a personas inocentes...

—No sigas por ahí, Noah, de verdad que no, porque lo que odio de toda esta situación es tener que discutir contigo porque no ves la gravedad de lo que ocurre. —Siento cómo Leo saca balones fuera y frunzo el ceño confuso, sin entender por qué dice lo que dice.

—Quiero a Lena desde mucho antes de saber lo que significaba querer a alguien —me sincero firme. Leo esboza una pequeña sonrisa y niega con la cabeza.

—Eso ya lo sé, Noah, tengo memoria y ojos en la cara..., ¿pero no crees que quizás es un poco tarde para decirlo? Tal vez el momento pasó. —Leo se cruza de brazos—. No quiero sonar borde, no contigo, pero mi hermana...

—Tengo voz y voto en lo que quiero en mi vida.

Leo calla al instante.

Ambos nos giramos hasta el pasillo y nos encontramos su ceño fruncido, sus brazos cruzados y los nervios recorriendo cada parte de su ser. Lena enarca una ceja, malhumorada, mientras avanza hasta nosotros con paso firme.

—Luci... —Mi voz sale de mí como una súplica.

—No entiendo esta conversación, de verdad que no. Se supone que soy lo bastante mayorcita como para decidir lo que quiero y lo que no en mi vida. —Sus ojos se tornan rasgados—. Leo, siento mucho no haber respondido a tus llamadas... pero no sabía cómo

abordar esta situación. Noah no tiene la culpa de sus sentimientos, al igual que yo tampoco tengo culpa por... —Sus ojos buscan los míos y consiguen que la chispa se encienda entre nosotros—. Por quererlo más de lo que soy consciente. —Sus ojos se vuelven a su hermano, que mira atónito la escena—. Es hora de que yo decida qué es lo que quiero en mi vida.

Me quiere.

Luci me quiere.

¿Me está eligiendo a mí? ¿Nos está eligiendo?

Alargo mi brazo sobre sus hombros y la atraigo hacia mí, la necesito como el aire para respirar. Lena apoya su mejilla sobre mi pecho, sus manos me rodean la cintura y ahora me siento con fuerza, es ella la que aviva mi interior para salir ahí e ir a por todo lo que deseo.

—Noah no tiene la culpa. —La voz de Luci defendiéndome me toca el alma.

—¿Entonces la tiene el recepcionista que os atendió? Venga, Lena, sabes bien que os habéis pasado tres pueblos. —Leo camina nervioso de un lado a otro mientras sus manos peinan y repeinan su cabello dorado—. No podéis hacer como si no hubiera pasado nada, porque estoy seguro de que a cualquiera de vosotros en mi posición le habría dado más de un ataque de ansiedad. Joder..., pensaba que te había pasado algo malo, Lena, y por eso tus amigas te habían dejado plantada o que al final no te habías animado a ir. Me sentí un mal hermano por no estar a tu lado, pero me encuentro que mi mejor amigo y mi hermana están de vacaciones juntos, solos, y a mí no me han mencionado nada acerca de ello, ¿cómo creéis que me siento? —Leo nos mira intimidante, y ella se aferra a mi pecho como si aquello pudiera salvarnos.

—Tío...

—Ni tío ni hostias, ¿qué narices quieres que piense de todo esto? La cuestión era que arreglarais vuestras diferencias y ser amigos, pero me encuentro que la cosa ha ido demasiado lejos —nos reprocha alterado encarándose a mí.

—Leo, ya vale —le pide Lena.

—¿Ya vale? —Sus ojos se vuelven más oscuros al posarse sobre Luci—. ¿Has hablado con tus amigas? Porque al parecer ellas tampoco sabían nada sobre vuestras vacaciones conjuntas, la única que sabía dónde estabas era Marina. ¿Tú sabes la vergüenza que pasé ayer al presentarme en su casa desesperado por saber dónde te habías metido? Pensé que se te había ido la pinza y te habías ido... —Lena agacha la cabeza presa de la vergüenza y el miedo.

—Apagué el móvil...

—Creo que eso nos quedó muy claro a todos cuando estuvimos tratando de localizarte, pero parece que tenías planes mejores que responder a mis mensajes, ¿no es así? —El malhumor de Leo crece por momentos y cuando esta así es mejor asentir y callar.

Lena ahoga un sollozo y aprieto su cuerpo contra el mío.

Fui yo el que le propuso pasar las vacaciones juntos y fuimos ambos los que decidimos no decirle nada a Leo.

—No la tomes con ella, fue culpa mía... Yo le propuse pasar las navidades juntos —tartamudeo nervioso.

—Ah, entonces me quedo más tranquilo. Mi mejor amigo le propone una escapada, al parecer romántica, a mi hermana pequeña, que debería ser como la tuya. —Su dedo índice choca violentamente contra mi pecho y trato de controlar las ganas de abofetearle la cara—. ¿Tú que pensarías? ¿Que vamos a beber chocolate caliente y hacernos trencitas en el pelo? Porque eso es lo que ha ocurrido, ¿no es cierto? —Mis ojos se abren como platos al oírlo.

La rabia se expande por mi cuerpo como una plaga. Leo es mi amigo, pero de quien estamos hablando es de su hermana. Comprendo que no hemos actuado de la mejor manera, pero no es el momento y nunca debería avergonzarla así.

—De quien estamos hablando es de tu hermana, Leo, córtate un poco... —Observo cómo Luci se esconde por completo en mí, buscando refugio en mi pecho y dándole la espalda a su hermano.

—¿Acaso tú te has cortado un pelo? —ruge furioso.

—Eso no es asunto tuyo —digo entre dientes.

—Es mi hermana, claro que es asunto mío —alega indignado.

—¡Ya vale! —chilla Lena y su grito ahogado contra mi pecho me rompe en pedazos. Sale del refugio con lágrimas en los ojos y se gira hasta quedar frente a su hermano—. ¡Es mi vida, Leo! Es mi decisión si quiero estar con alguien, ¿acaso tú me preguntaste si estaba conforme con que Vania se encamara contigo? No lo hiciste. —Lena solloza, las lágrimas resbalan por sus mejillas—. Deberíamos haber avisado, tendríamos que haberte dicho dónde estábamos..., pero ninguno de los dos supo cómo abordar esta situación porque no sabíamos qué estábamos sintiendo, necesitábamos salir de la rutina, del piso y encontrar respuestas... No quiero que te enfades con Noah porque yo haya decidido darle otra oportunidad.

—Te rompió el corazón, Lena —sentencia.

Sus palabras son como una patada en el estómago. ¿Le gustaba? ¿Ella me quería? Y yo tratando de olvidar lo mucho que me gustaba verla con un par de trenzas y su sonrisa reluciente. Me fui y le rompí el corazón, nos rompí el corazón antes de apostar por él.

—La gente rota rompe a otras personas, no por placer, sino porque no saben lo profundas que son sus grietas. —Lena avanza hasta acabar con la distancia entre ella y su hermano, que también ha cedido a las lágrimas—. Pero la decisión de volver a confiar en

Noah es mía. Tal vez no sea una persona perfecta, pero yo he crecido embobada por la manera en que me mira y no lo puedo cambiar. —Su voz dulce entre sollozos cala dentro de mí como un cubo de agua fría y consigue apagar mi cabreo.

—No puedo volver a ver cómo te parte el corazón. —Leo se deshincha por completo.

—No lo haré, porque no rompería solo el de Luci, haría añicos todo lo que nos une. —Soy el último en sucumbir a las lágrimas.

Estamos hechos de pedazos de otros, fragmentos que se van uniendo a lo largo del tiempo, y cuando nos rompemos es imposible no arrastrar a los demás en la caída, como si un simple soplido pudiera destrozar todo lo que tocamos. Durante mucho tiempo, no supe dónde había dejado mi corazón, si se había quedado atrapado en un pasado plagado de culpas que me devoraban o si lo había perdido en un futuro incierto, lleno de miedo por lo que vendría. Pero, al final, lo encontré en el único lugar donde realmente importa: en el presente, en sus ojos verde esmeralda que brillan como un faro en la oscuridad, y en su cabello, que resplandece con la suavidad de la luz dorada al amanecer.

En ese instante, todo cobra sentido. La vida, que antes parecía haberse detenido, comienza a vibrar de nuevo, como si una magia invisible la hubiera puesto en movimiento. Mi luciérnaga tiene esa chispa de luz que había creído perdida, vuelve a brillar con más fuerza que nunca, iluminando cada rincón de mi ser, y con ella todo lo que creía roto o perdido se acomoda en su lugar. Su presencia me devuelve al ahora, y, por primera vez en mucho tiempo, me siento completo.

Capítulo 51



Lena

Necesitaba salir del salón, las paredes se habían vuelto demasiado opacas, tanto que sentía cómo el poco aire que entraba en mi cuerpo no era suficiente. No sé de dónde he sacado la fuerza para mantener a raya lo que mi mente quería que viera, me he concentrado con todas mis fuerzas en defender aquello en lo que creo.

Creo en Noah.

Creo en mí.

Creo en nosotros.

Me remuevo algo incómoda sobre su pecho, sin prestar demasiada atención a la película que hemos puesto mientras estamos tumbados en mi cama. Por un momento he dudado en rechazar su oferta o no: me preocupaba que Leo se lo tomase mal, y también que Noah pensara que algo va mal entre nosotros, pero supongo que no puedo contentar a todos.

Siento la cabeza pesada y enmarañada en tantas cosas que tengo la sensación de que mi mente piensa por más personas aparte de mí. Los dedos cálidos de Noah me acarician la cabeza como si trataran de calmarme, pero no acaba de funcionar del todo.

Mi hermano se ha ido a su habitación después de todo lo sucedido. No he sabido ver si estaba decepcionado o enfadado conmigo o con Sanders, aunque lo más seguro es que sea con ambos. Es evidente que no le ha sentado nada bien y solo está tratando de controlar su malestar. No he querido molestarle ni tampoco dar más explicaciones de las necesarias. He enviado unos cuantos mensajes al grupo de mis amigos para disculparme por desaparecer estas vacaciones y les he dicho que estoy bien y que solo necesitaba que el mundo parase un poco.

Miro la pantalla del portátil que Noah ha traído con la película puesta, no recuerdo el nombre. Solo con ver cómo ha entrado a mi habitación nervioso, derrotado..., no he podido resistirme a hacerle pasar y calmarlo hasta que se sienta mejor.

Ambos nos encontramos entrelazados, mi mejilla sobre su pecho, su brazo por mi espalda con sus dedos masajeando mis sienes, yo abrazada a su torso con una de mis piernas sobre las suyas.

Nuestros cuerpos encajan como un puzle perfecto. En muchas ocasiones Noah y yo hemos estado de esta forma, pero ninguna de ellas imaginé que nuestra conexión era especial de verdad, que no era una tontería de críos, sino algo enorme que nos une de una forma inexplicable. Ahora, abrazada a él, sé que todas esas veces lo sentía en el corazón.

La tensión en mis hombros se vuelve demasiado cargante. Debo de llevar todo el día tiesa como un palo, alerta por si algo salía mal, y es lo que inevitablemente ha ocurrido. Estoy pasando un rato con

Noah antes de cenar y se supone que debería disfrutar del momento, pero sé que nada está bien.

Noah se ve increíblemente tierno mientras está completamente absorto en lo que ocurre en la pantalla frente a nosotros. Su concentración es tan intensa que todo se desvanece, y lo único que existe es esa pantalla que nos distrae de la discusión que hemos vivido hace poco más de media hora. Yo lo observo desde mi lugar, cautivada por cada detalle: las líneas bien definidas de su mandíbula, tan marcadas que parecen esculpidas; la forma en que sus pupilas se dilatan, absorbidas por lo que está viendo, como si no pudiera apartar la vista de lo que le tiene tan atrapado. A veces siento que a mí también me mira de esa forma.

Mis ojos recorren su rostro, cada rasgo, cada movimiento, esos pequeños gestos que no hace a propósito, pero que me parecen tan adorables. Las caricias incesantes de sus dedos sobre mi sien parecen una forma de calmar la tensión.

—¿Qué ves, Luciérnaga? —Su pregunta me pilla desprevenida y enseguida mis mejillas se sonrojan al ver que me ha pillado embobada con él.

—A un chico muy guapo —bromeo sin mucho ánimo.

—¿Ah, sí? —pregunta bajando la mirada hasta mí—. ¿Y dónde está? Que yo sepa estamos tú y yo solos. —La sonrisa traviesa se instala en las comisuras de sus labios.

Por unos segundos me quedo colgada de todo él, no me sobresalto al sentir sus dedos sobre mi espalda. Respiro intentando relajar cada músculo de mi cuerpo y me dejo llevar por la calidez de su piel.

Tres toques en la puerta nos hacen desviar la mirada hasta ella. Los dedos de Noah paran su tarea y se retiran poco a poco. Levanto

mi torso, me apoyo sobre la pared y me quedo al lado del hombre que me llama luciérnaga.

Los mechones rubios de mi hermano se asoman por el hueco de la puerta, su expresión es apenada y de inmediato me siento culpable de haberlo dejado a su aire, pero hago lo que puedo con lo que tengo y siento.

—¿Qué hacéis? —Leo eleva una ceja observando y analizando cada detalle que tenga que ver con Noah o conmigo.

—Ver una serie —responde Noah sereno.

—¿Es una serie? —frunzo el ceño confusa, yo hubiera jurado que era una película.

—Te lo he dicho hace un rato, Luci —me dice suavemente.

—¿Cuando has entrado con el pijama de Spiderman dices? —le vacilo.

—No te metas con mi superpijama o te las verás conmigo. —Su mirada se torna desafiante.

—Haré como que no he escuchado nada. —Pongo los ojos en blanco y vuelvo a mi hermano—. ¿Estás bien, Leo? —La preocupación se cuela en mi interior.

—Tenemos que hablar, Lena —anuncia con autoridad—. A solas —recalca de mal humor mientras observa a Noah con cara de pocos amigos—. ¿O estáis muy ocupados?

El pecho de Noah se contrae, las palabras de mi hermano son como una bofetada.

—Tío...

—Noah, ¿puedes dejarnos solos a mi hermana y a mí? ¿Te acuerdas de que es mi hermana? Creo que se te ha olvidado —dice muy molesto.

Trago saliva nerviosa, incapaz de contestarle a Leo. Noah me mira con expresión angustiada y asiento levemente indicando que salga

de la habitación. Me duele verlos de esta manera, tan distantes. Él se pone en pie y rodea la cama hasta la puerta, donde mi hermano le bloquea el paso.

—¿En serio, Leo? —replica indignado al ver que no se aparta.

—No sé, Noah, tú dirás si es en serio o no.

Veo cómo Noah tensa su mandíbula y me dedica una mirada fugaz antes de salir al pasillo, esquivando a mi hermano con paso firme y expresando su impotencia por todos los poros de su piel.

El silencio incómodo llena la habitación. Leo se asegura de que Noah se va a su habitación, al salón o fuera del piso, y entonces cierra detrás de él antes de clavar la mirada decepcionada sobre mí haciéndome saber que la he cagado.

—¿Me puedes explicar qué tipo de broma es esta? Hace años que tratas de alejarte de Sanders, ¿se puede saber por qué demonios te vas a solas con él durante las vacaciones? —ruge furioso con los ojos como platos y la mirada intensa.

—No es una broma... —digo con un hilo de voz.

—¿Entonces qué es, Lena? Yo te diré lo que es: una tremenda mala idea. ¿En qué estabas pensando? Es mi mejor amigo, debería ser como otro hermano mayor para ti, no quiero ni pensar en qué cosas habéis hecho porque me pongo malo. —Se aprieta el puente de la nariz tratando de contenerse.

La culpa me corroe a través de las venas. Ver a mi hermano tan cabreado y decepcionado me duele en el alma, porque sé que es culpa mía, siempre lo es. Debería haberme mantenido al margen, no debería haber ido con él de paseo, no debería haberle escuchado..., pero la realidad es que sí debía escucharlo, debía saber que todo este tiempo he estado equivocada.

—Lo siento, solo sucedió...

—Lena, es hora de poner los pies sobre la tierra, piensa antes de actuar, joder. Después de lo que pasó con Sandy en tu habitación y en tu cumpleaños, ¿te crees que no se ven? —Enarca una ceja mientras se cruza de brazos frente a mí.

Todas mis alarmas saltan por los aires. Sé que ellos se ven en clases, pero desde mi cumpleaños no me he planteado de nuevo saber qué ocurre entre ellos dos, simplemente me he dejado llevar por lo que el corazón me decía. En las últimas semanas han pasado tantas cosas con Noah que me parecen irreales, ¿y si todo ha sido producto de mi mente? ¿Y si Leo tiene razón y esto es una mala idea? La inseguridad toca a la puerta dispuesta a quedarse, siento el calor subirme por las mejillas y, en pocos segundos, los escalofríos me recorren el torso.

Cierro los ojos con fuerza tratando de que el huracán de mi mente pare. Tomo aire y levanto los párpados lentamente sintiendo el peso en mi interior. Es hora de hacerle frente a todo aquello que venga, estoy harta de huir.

—No habías pensado en ello, ¿verdad? Te expliqué que ellos dos tienen una relación bastante complicada y no quiero que estés en medio...

¿Me lo está diciendo de verdad? ¿O solo porque no ve viable que Noah y yo estemos juntos?

—Leo, entiendo que deberíamos haberte dicho que nos íbamos juntos durante estas semanas, pero ninguno de los dos sabía ni qué estaba ocurriendo entre nosotros y mucho menos sabíamos qué decir. Para nosotros también ha sido extraño empezar a sentirnos atraídos como más que amigos —me sincero.

Leo me observa a pocos metros de mí y no sé descifrar qué se le puede pasar por la cabeza ahora mismo. Sigue cruzado de brazos y con el ceño fruncido.

—¿Te ha hecho algo? —pregunta.

—Dios, no, Leo, estamos hablando de Noah, ¿cómo puedes pensar así? Es una buena persona...

—Eres tú la que se ha pasado los últimos años huyendo de su presencia alegando que no querías saber nada de él, ¿qué es lo que ha pasado para que casi os pille haciendo...? —dice alterado.

—Ya basta, Leo—le pido de malhumor.

Entiendo que esté cabreado, pero no puede plantarse aquí y hacerme sentir culpable por querer a Noah. Las cosas se han dado de esta forma y no podemos cambiarlas.

—No, Lena, os habéis pasado tres pueblos, ¿sabes la de veces que he llamado a Marina por si sabía dónde estabas? —suspira derrotado—. Me lo podías haber contado, Lena, somos hermanos...

—¿Y qué hubieras hecho, Leo? ¿Prohibirme ir? —inquiero agotada de discutir.

—Podría haber ido con vosotros.

—¿A vigilarnos? Igual que hacías cuando salía con Oscar. No, gracias —niego molesta.

Sacudo la cabeza debatiéndome entre mantener el control o pegar cuatro gritos. Entiendo que deberíamos haber avisado, pero el hecho de que Noah y yo estemos juntos no es decisión de nadie más que nuestra. No era mi intención enamorarme de Sanders, pero creo que eso no es lo que he hecho este año. Aceptar que siempre he querido a Noah de una manera especial, eso es lo que he hecho, y si se trata de Noah, no me da miedo arriesgarme.

—¿Vas a decirme algo más que no sea que salir con Noah es una mala idea, que la he cagado con no decir a dónde íbamos o que estaba mal que estuviéramos viendo una serie? —inquiero con retintín.

—Lena, sabes que tengo razón. Deseo que seas feliz, pero no quiero ver cómo te vuelves a perder por la misma persona por la que lo hiciste años atrás. —Sus palabras son un golpe bajo.

Lo comprendo, pero sigue siendo mi decisión.

—Dime una cosa, Leo, ¿tú sabías que Noah se fue a Estados Unidos a buscar a su familia materna? —pregunto deseando que la respuesta sea no.

Los brazos de mi hermano se descruzan y camina varios pasos hasta llegar a mí. Se agacha en cuclillas y me mira apenado, sus manos toman las mías con suavidad y me acaricia la piel.

—Sabía dónde estaba...

Tres palabras bastan para que mi mundo se derrumbe una vez más. Mi hermano lo sabía, podría habérmelo dicho y no me hubiera enfadado todos estos años por no entender por qué Noah desapareció.

—Tú también deberías haberlo dicho —concluyo con los ojos cargados de lágrimas que saldrán disparadas en cualquier momento.

—Lena, estabas en el hospital con una migraña que te duró semanas... No quería que te pusieras peor —se excusa.

—¿Ves, Leo? No somos perfectos, entiendo que quisiste hacer lo mejor por mí y te lo agradezco... Arreglé las cosas con Sanders tal y como me aconsejaste, ninguno de los dos pudimos controlar que esta vez todo fuese diferente... Nos vimos de una manera especial —zanjo el tema con un suspiro.

Ladeo la cabeza hasta que cae sobre el hombro de mi hermano, que se ha quedado mudo, y en el fondo agradezco que no siga intentando discutir. Todos nos equivocamos, somos humanos; a veces actuamos con la mejor intención o porque no sabemos hacerlo de otra forma. Las cosas no se arreglan machacándolas hasta la saciedad, se vuelven a reconstruir con tiempo, paciencia y amor.

* * *

Ya no sé cántos minutos llevamos en silencio Carmen y yo. Estoy avergonzada de que se haya enterado de todo este lío porque mi hermano se presentó destrozado en su casa. Me está dando mi tiempo para que busque las palabras adecuadas y pueda pronunciarlas para poder avanzar con mi terapia.

—¿Qué tal las vacaciones? —pregunta sin ningún tipo de doble intención.

Alzo la vista hasta la mujer pelirroja que me dedica una sonrisa sincera, trago saliva con dificultad. Decidí ir a terapia para aprender a estar mejor conmigo misma y con mi entorno, no puedo desperdiciar una sesión por vergüenza.

—Me gustó salir de la rutina —contesto algo dudosa.

—¿Estuviste bien?

—Sí, de hecho, no me había sentido tan en paz desde hace años... Siento mucho que mi hermano se enterara de la peor manera posible —balbuceo triste—. No quería que se sintiera mal o que pudiera causar una discusión entre Noah y él...

—Imagino que es lo que ha ocurrido, ¿verdad? —pregunta con suavidad y asiento cabizbaja.

—Siento mucho que mi hermano se presentara en vuestra casa... Yo solo necesitaba ver a dónde iban las cosas con Noah, si era solo cosa de la rutina y el cariño que siempre nos hemos tenido o si había algo más... Ninguno de los dos supimos cómo sobrellevar la situación, teníamos miedo de decirlo en voz alta hasta que no tuviéramos las cosas claras —expongo desinflándome por completo.

Las lágrimas comienzan a caerme por las mejillas, el pecho se contrae por el dolor y no dejo de pensar que todo esto es un

tremendo error.

—Tu hermano estaba preocupado por ti, es normal dada la situación... Es cierto que podríais haber avisado, así ninguno de nosotros nos hubiéramos llevado un susto al ver que nadie salvo mi hija sabía dónde os encontrabais. Entiendo que necesitarais unos días a solas, es natural... ¿Se lo has explicado a Leo?

—Sí... No quiere que estemos juntos —digo con la voz rota.

—Oh, Lena, deja que pasen unos días, incluso semanas, para que todo se calme y podáis volver a hablarlo desde otra perspectiva y con más calma. Es evidente que tu hermano está molesto... ¿Qué motivos tiene para oponerse a vuestra reciente relación?

—No quiere que Noah vuelva a hacerme daño, dice que él aún mantiene relación con su anterior pareja, lo que no me parece extraño dado que comparten muchas clases en la universidad... Lo dice como si Noah no fuera bueno para mí. —Se me quiebra el alma.

—¿Y tú crees que es bueno para ti?

—Noah Sanders pone siempre por delante a su entorno antes que a sí mismo, es la persona menos egoísta que conozco, es como si estuviera hecho para mí... Mueve cielo y tierra cada vez que ve algo que no anda bien. Tiene un corazón enorme, Carmen, y yo me siento agradecida de que me lleve en su interior. —Por inercia, me llevo una mano al pecho, y el cosquilleo me recorre el cuerpo cuando pienso en él.

Esbozo una pequeña sonrisa de verdad, sintiendo la ilusión, la esperanza y, sobre todo, el calor familiar que siento cuando él está cerca. Noah tiene una mirada tan especial que es imposible que no me embobe, su forma tan sincera y natural de cuidarme, de estar atento a todo lo que me rodea...

—¿Esperas que tu hermano lo apruebe?

—No, no porque no crea que lo vaya a hacer, sino porque la decisión de estar con Noah es mía, la que debe determinar si es bueno para mí soy yo. Comprendo que mi hermano no quiere verme mal, pero esto que siento por Sanders, lo siento aquí. —Señalo mi pecho—. Lo siento yo, y solo yo puedo decidir sobre ello.

—Tienes razón, Lena, y me alegro mucho de que estas palabras hayan salido de ti. Estás avanzando a pasos agigantados, aunque no lo parezca. Trata de darle espacio a Leo para que se amolde a la nueva situación, ¿vale?

Asiento con una pequeña sonrisa. Carmen apunta algo en su cuaderno mientras me permito respirar hondo y dejar ir la carga que tenía sobre mis hombros. La sesión es breve y acaba poco después, ya que Carmen ha conseguido hacerme un pequeño hueco en su apretada agenda, cosa que le agradezco enormemente.

* * *

No sé cómo he acabado cenando un ColaCao entre Noah y Leo, en la cocina, rodeada de una tensión tan densa que parece que podría cortarse con un cuchillo. Después de un par de días desde nuestra vuelta, he intentado romper el silencio e iniciar alguna conversación trivial, pero solo he recibido respuestas cortas de Leo, como si sus palabras estuvieran tan distantes como su mirada.

Estoy en los últimos cuatro meses de mi carrera universitaria y no sé cómo sentirme al respecto. La verdad es que me asusta no haber encontrado aún el camino que quiero seguir, un rumbo claro que me haga sentir que todo esto tiene un propósito. Sigo sin saber qué haré el próximo año, y el aviso de la aplicación de la universidad sobre las preinscripciones para posgrados y másteres solo aumenta mi ansiedad. Todo parece sobrepasarme: el viaje de vuelta a casa

con Noah, su sonrisa perfecta que ilumina todo a su alrededor, la discusión con mi hermano... A veces creo que no estoy completamente presente, que no soy capaz de disfrutar de lo que tengo frente a mí, como si estuviera atrapada en una niebla que me impide ver con claridad.

Es una mezcla extraña de incertidumbre y desconcierto. Siento que me falta algo, como si estuviera esperando que todo encaje de alguna manera, pero la ansiedad y la confusión se sienten más intensas que nunca.

—Lena. —La mano de Leo se agita justo delante de mí y me saca del trance en el que estaba—. ¿Solo vas a cenar eso? —Asiento algo confusa—. No, Lena, eso si quieres es el postre, pero no puedes seguir yendo a la cama sin apenas cenar. —Los dedos de mi hermano me roban la taza de las manos para dejarla sobre el mármol.

—Estoy de acuerdo con eso —añade Noah.

—¿Ahora me haces la pelota? —le señala Leo a Noah, serio.

—Estoy preocupado por tu hermana —contesta con un suspiro.

Desde que llegamos Leo no hace más que contestarnos de manera escueta y borde. «Solo necesitamos tiempo», me digo a mí misma.

—¿Y si yo quiero un ColaCao? —increpo.

—Está muy bien que quieras un ColaCao, Luci. La cuestión es qué más quieres aparte del ColaCao.

—Tío, que estoy delante, córtate un poco, ¿no? —Leo hace una mueca de desagrado.

—Pero si no he dicho nada malo —responde Noah indignado.

—No tengo mucha hambre, prefiero algo fresquito —digo recuperando mi taza.

—Luci... —Noah alza una ceja analizando cada parte de mí.

Miro al otro lado, donde se encuentra Leo con un sándwich entre las manos observando cada detalle, y suspiro frustrada y agotada mentalmente. Estoy abrumada con tantos cambios, tal vez una de las razones por las que no quería volver tan rápido era evitar hacer frente a todo lo que se viene encima ahora mismo.

Siento cómo mi respiración se vuelve más pesada y clavo los ojos en el suelo evitando sus ojos, que buscan cada detalle erróneo en mí.

—Puedes contar con nosotros si pasa algo. —La voz suave de Leo me arranca una pequeña sonrisa de lado.

—Estoy algo abrumada..., es solo eso —me sincero sabiendo que no sirve de nada guardar lo que ocurre dentro de mí—. Estoy aquí y a la vez siento que no, ¿sabéis? Es frustrante porque no sé cómo arreglarlo, al igual que tampoco sé qué haré dentro de unos meses cuando termine la carrera. No sé si me apetece volver a casa, no sé nada, y eso empieza a preocuparme... Por eso quiero un ColaCao fresquito mientras hablo conmigo misma —digo dándole un sorbo a mi taza.

—Está bien no saber hacia dónde vamos, Luci. Solo porque la sociedad determine que a los veintidós años ya debes haber acabado la carrera y saber exactamente lo que quieres para tu futuro, no tienes por qué sentirte presionada si aún no lo sabes. —La dulce voz de Noah, acompañada de sus suaves caricias sobre mi hombro, no me relaja del todo.

—Puedes tomarte un año sabático si es lo que necesitas, hermanita. —El brazo de Leo me rodea por la espalda y me atrae hacia él con suavidad.

«Hermanita».

Es la primera vez que Leo me llama de esta forma desde que llegamos de Prades.

—Quizás... —respondo dubitativa.

—¿Has hablado de ello con alguien? —Noah toma asiento en una de las sillas de la pequeña mesa de la cocina. Niego con la cabeza.

—Con Carmen lo hablo a menudo, siempre es el tema estrella en las sesiones —suspiro apenada—. Hace tiempo que se me ocurrió una idea algo descabellada... —sonrío al pensar en ello—, pero no tiene importancia, porque no lo haré —sentencio finalmente.

Sé que sería un fracaso.

—Noah y yo te agradecemos que nos cuentes cómo te sientes... y si de alguna forma podemos ayudarte, no dudes en decirlo. —Mi hermano me estrecha entre sus brazos.

Me alivia oírle hablar en plural. Saber que sigue contando con Noah es importante, no quiero que su amistad se rompa porque nosotros seamos más que amigos. A pesar de estar molesto como una mona, mi hermano sabe apartar todo eso y prestar atención a lo verdaderamente importante.

—Y sobre esa idea que dices que descartas —Noah niega con la cabeza—, desde que eras pequeña siempre has tenido ideas geniales y creativas, así que no la descartes —me anima esbozando una sonrisa que provoca la mía.

Me separo de mi hermano con cuidado de no derramar el vaso y miro a uno y otro agradeciendo sentirme tan acogida después de mucho tiempo. Las palabras de Noah me han dejado pensativa: me apoya sin saber qué ideas se cuecen en mi cabeza y no necesita saberlo para confiar en mí y en mi creatividad. Se me eriza la piel y mis mejillas se vuelven algo vergonzosas cuando pienso en mí misma llevando a cabo lo que imagino. Pero quizás no es tan descabellado como había pensado, tal vez Noah tenga razón y sea una buena idea.

—Lo pensaré —le aseguro algo más relajada.

El móvil de Leo suena desde el salón y mi hermano sale en su busca como una flecha. Noah y yo nos quedamos solos, el recuerdo de todo lo que hemos vivido estos días lo llevo aún a flor de piel. Los besos de buenas noches, los de buenos días, los desayunos, las caricias apaciguadas, las luciérnagas, el bosque, la naturaleza, su respiración...

—Estoy deseando ver esa idea. —Sus brazos me rodean la cintura atrayéndome más a él.

Acomodo mi rostro en su pecho y me dejo mecer por la tranquilidad que emana de él.

—Creo que te estás confundiendo de ideas —me río.

—¿Ah sí? —Noah alza una ceja, divertido—. Quizás quiero saber todas las ideas que te pasan por la cabeza. —Sus dedos se deslizan por mi rostro y colocan un mechón de pelo detrás de mi oreja, y me ruborizo al instante.

—Ya lo verás... Tal vez..., necesitarás el móvil para verlo. —Le doy una palmadita mientras tomo el ultimo sorbo de mi taza. Noah me la quita de las manos con delicadeza y clava sus ojos en mí, su sonrisa traviesa sale al ruedo.

—Estaré atento a ti y a todo lo que tenga que ver contigo, Luci —me asegura juguetón.

—¿Cuándo duermo también? —Enarco una ceja, sonriendo.

—Odio que hoy tampoco eso vaya a ser posible —murmura a regañadientes.

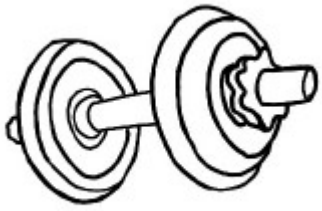
Después de tantos días compartiendo colchón en vacaciones, yo también me siento rara al pensar que hoy tampoco sentiré el calor que desprende su cuerpo. La noche anterior me costó horrores pillar el sueño y pensar en que hoy me espera el mismo camino no me anima.

—¿Por qué? —pregunto en un susurro.

—Porque me voy a asegurar de que cada uno vayáis a dormir a vuestra habitación. —La voz dura de Leo nos sobresalta—. Me voy dos segundos y ya estáis... Estáis... así. —Nos señala nervioso.

Noah y yo nos despegamos lentamente a regañadientes. El ambiente está demasiado caldeado como para echarle más leña al fuego por estar acaramelados delante de mi hermano. Ninguno de los dos quiere faltarle al respeto y mucho menos hacer que se sienta desplazado.

Capítulo 52



Noah

Tan solo han pasado tres días desde que volvimos a la rutina y ya estoy agotado, ¿cómo puede ser? Creo que he pasado más horas en el gimnasio que en el piso y ahora mismo prefiero que sea así, porque teniendo esta rara situación con Leo, Lena y yo estamos más cortados que antes de darnos el primer beso. No es que nos dé vergüenza estar juntos, es el hecho de que ninguno de los dos va a acercarse demasiado si sabemos que Leo anda cerca.

La echo de menos por las noches, y por las mañanas, a la hora de comer, en una merienda entre risas.

Echo de menos sentirme libre a su lado.

Sigo girando el bolígrafo entre mis dedos mientras la profesora Díaz sigue pasando las diapositivas de la presentación que hoy ha traído con ilusión. Al entrar a clase las dudas me han acribillado en cuanto he visto a Leo junto a Fede. No he sabido si estaría bien sentarme a su lado o no, así que ganándome las miradas de unos

cuantos he decidido sentarme solo en la última fila de la enorme sala en la cual la mayoría no prestamos atención a algo que podemos hacer perfectamente en casa.

Mi mejor amigo se encuentra unas filas por delante de mí. Su torso se gira hacia mí para dedicarme un fruncir de labios como saludo al que respondo de la misma forma.

La clase avanza y mi aburrimiento cada vez es mayor. Le he enviado un par de mensajes a Lena para desearle un buen día, y me ha contestado muy alegre.

Enviarnos mensajes a cada momento está siendo el modo de sobrellevar la situación ahora mismo, ya que nuestro chat es el único lugar donde Leo no puede husmear, donde tenemos la libertad de poder decir lo que sintamos.

Es evidente que ninguno de los dos tenemos el mejor ánimo del mundo, pero hacemos lo que podemos con lo que tenemos, igual que dice su terapeuta.

Tengo la mirada tan perdida en la pantalla de la pizarra que no me percato de que alguien ocupa el asiento contiguo al mío. Ladeo la cabeza hacia mi derecha y me encuentro a una Sandy perfectamente peinada, quien me mira con una sonrisa maliciosa de oreja a oreja.

Es como si oliera los problemas.

—¿Qué te ocurre? —susurra sentándose de lado para quedar totalmente de cara a mí.

Vuelvo la mirada a la pizarra mientras mi cuerpo se pone rígido.

—Vamos, Noah, no te estoy pidiendo que volvamos... Solo te estoy preguntando si estás bien —pronuncia en un tono suave.

—Solo estoy cansado —respondo seco.

—¿Cómo es que no estás con tu amigo del alma? —Desvío la mirada de nuevo hasta Leo, quien nos observa alzando una ceja.

—Lo mismo podría preguntar yo, pero la verdad, Sandy, no me importa.

—Algo muy malo ha debido de pasar si estás de tan mal humor... —La palma de su mano aterriza sobre mi hombro.

Giro para mirarla con el ceño fruncido.

—No es el momento, Sandy —insisto con tono serio.

—Yo podría ayudarte a estar más relajado... —susurra mientras su mano acaricia mi espalda.

Me muevo inquieto sobre la silla y retiro su tacto de mi piel. No lo quiero, no lo deseo, toda ella es un recordatorio de todo lo que no quiero ser en esta vida. Su mirada cambia a la velocidad de la luz.

—Deberías ser más agradecido con las personas que te tienden una mano —gruñe molesta—. Tendré que decírselo a mamá, lo más seguro es que no vea bien que vuelvas a mi casa.

—Entonces, díselo —respondo poniéndome en pie.

Me echo la mochila a un hombro y con la otra mano recojo el cuaderno y el bolígrafo que descansaban sobre la mesa. Rodeo el que era mi asiento y, sin dejar que siga hablando, bajo por las escaleras del aula hasta llegar a la puerta.

La señorita Díaz me fulmina con la mirada y me acerco a ella mientras el vídeo de la pantalla sigue su curso. Pongo mi mejor careta y actúo.

—Disculpe por salir de clase a estas horas, tengo una emergencia familiar que debo atender —digo con la voz rota.

—Está bien, no se preocupe por la clase... La presentación estará en la plataforma para que pueda leerla. Espero que no sea nada —asiente la profesora.

Salgo por la puerta en busca de aire fresco para mis pulmones.

Avanzo unos pasos cuando la puerta del aula se vuelve a abrir, pero no presto atención a otra cosa que encontrar un lugar en el

que pueda estar tranquilo sin tener que pensar en el trabajo y las clases, en sentir que está mal estar enamorado de Lena, en ver cómo he fastidiado la relación con mi mejor amigo. Por otro lado, mi padre ha pasado a la siguiente fase del tratamiento y eso significa que queda menos para recibir una llamada en la que me comuniquen que puedo verlo.

Todo me viene grande.

—¿Te vas? —pregunta mi amigo cerrando la puerta detrás de él —. ¿Ha pasado algo? ¿Mi hermana está bien?

Me giro, enfadado con él, conmigo y con el mundo entero. ¿Cuándo va a llegar el momento de vivir tranquilo?

—Tu hermana está en clase, molesta porque ha llegado la primera para montar su trabajo de Dibujo Contemporáneo y su profesora ha decidido empezar por la otra punta a presentar, así que imagino que seguirá nerviosa —contesto tratando de mantener la calma.

—No lo sabía... ¿Por eso se ha ido sin desayunar? —pregunta mostrándome una pizca de su vulnerabilidad mientras se acerca hasta mí.

—Se ha quedado dormida está mañana, ayer se quedó hasta tarde trabajando en el salón —le detallo viendo cómo las piezas parecen encajarle.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Si tú estás bien. —La preocupación es visible en su tono.

—No tengo tiempo para saberlo, Leo, tengo que irme —me excuso mientras me doy la vuelta, dándole la espalda con intención de irme.

—¿Has quedado con ella? —me pregunta.

¿Qué?

¿Eso es lo que le importa?

—¿En serio me estás preguntando si me estoy escapando de clase para ver a tu hermana a escondidas? —Desando mis pasos y me quedo cara a cara con él.

—No, te estoy preguntando si has quedado con la rubia que te busca hasta en la sopa —me encara serio.

—No te preocupes por eso, Leo, le acabo de dar una mala contestación que no le ha gustado ni un pelo y acto seguido ha tratado de meterme miedo..., así que no, no he quedado con ella —contesto molesto con intención de zanjar el tema.

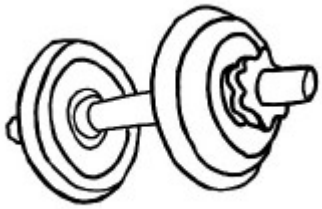
Siento tantas cosas en mi interior que sé que voy a pagarlo con cualquiera que me moleste más de lo normal, y esta conversación me molesta.

Me molesta estar a malas con mi mejor amigo porque cree que no soy suficientemente bueno como para estar al lado de su hermana pequeña.

No me despido, solo giro sobre mí una vez más y esta vez sí que avanzo por el pasillo hasta llegar a la puerta de la terraza, donde pienso quedarme hasta recibir un mensaje de Lena que anuncie que su presentación ha ido excelente. Luego me presentaré en su clase, le ayudaré a recoger, y pasaré por el supermercado a por algo rico que poder cocinar esta noche y estar con ella.

Solo necesito estar cerca de ella, a su lado los problemas se vuelven diminutos en comparación con su luz.

Capítulo 53



Noah

Dos puñeteras semanas.

Odio llevar semanas sin parar de hacer incontables trabajos de las nuevas asignaturas de este cuatrimestre, no me dejan tiempo libre para nada. Lena y yo no hemos pasado tanto tiempo juntos como me hubiera gustado porque, aparte de hacer malabares con mis entrenos programados, sacrificando algunas horas libres que tengo durante la semana para poder reunir todo el dinero necesario para el siguiente pago del tratamiento de mi padre, Leo ha decidido seguir vigilándonos con lupa. Al menos, estos últimos días parece estar de mejor humor, sus respuestas no son tan escuetas y trata de estar más tiempo con su hermana.

Cada vez que he intentado preparar el desayuno para ella, mi amigo aparecía en medio de los dos y cargaba el aire con la tensión e incomodidad que se generaba. Lena me ha preparado la cena y la comida los días en los que solo llegaba al piso para comer algo

rápido y cambiarme para bajar al gimnasio, además de cuando llegaba después de las diez de la noche, reventado y con dolor de cabeza, pero su hermano estaba allí cortando cualquier oportunidad de estar a solas con ella. Ahora entiendo lo que debió de sentir Óscar cuando Leo aparecía allí donde fueran, era el mismo instinto protector que le sale cuando ve que Lena y yo estamos en la misma estancia. Los primeros días era entendible que quisiera asegurarse de que su hermana estaba bien, pero ¿ahora? Es pasar un límite.

Estoy cansado de toda esta situación de niños pequeños que no saben compartir; quiero a Leo como a un hermano, pero estas semanas está siendo el mayor capullo de la historia. Por eso el otro día, que estaba solo en casa, aproveché para dejar una nota en la habitación de Lena, donde le proponía escaparnos un rato de clases y estar juntos en San Valentín. Dos días después aprovechó que su hermano estaba en la ducha para venir al salón con una sonrisa de oreja a oreja y susurrarme que le encantó la idea. Nos besamos con desespero hasta que dejamos de oír el agua de la ducha y, con pena, cada uno volvió a sus proyectos como si no hubiéramos organizado una revolución por amor.

Estoy en la entrada del edificio principal de Bellas Artes con un pequeño ramo de margaritas blancas, moradas, rosadas y de todos los colores que el hombre de la floristería tenía, preguntándome si está bien estar aquí. Me sorprende haber llegado pronto a nuestra cita, sobre todo porque he ido a contrarreloj toda la mañana. Ni siquiera he podido asistir a la clase de hoy porque uno de mis clientes no tenía más horas libres. No puedo decir que me haya dolido, pero sí sé que eso no puede repetirse, y mucho menos si quiero aprobar el curso.

Me aliso el pelo hacía un lado y espero pacientemente en uno de los escalones a que Luci salga pronto, porque como salga otro grupo

de chicas observando entre cuchicheos... Vale, no me iría si así fuera, pero agradecería que no me pusieran más nervioso de lo que ya estoy.

Una de las tres puertas de la entrada se abre y me deja ver la hermosa sonrisa de la chica de la que llevo media vida colgado. Sus mejillas se sonrojan en cuanto me ve y posa sus ojos sobre lo que tengo entre las manos. A su lado, su amiga Marina parece haberse quedado con la palabra en la boca, pero rueda los ojos y sonríe acercándose a nosotros.

—¿Eso es para mí? —Si la ilusión tuviera voz, sin duda alguna sería la de Lena.

Asiento algo nervioso, sin saber bien qué se supone que debería hacer. Su tacto choca contra mi piel y acelera todos los engranajes de mi interior, haciendo que las personas que nos miran dejen de importar, incluso la estatua de piedra de un hombre semidesnudo también desaparece. Solo somos nosotros.

—Flores para una bonita flor —digo después de tragarme los nervios. Hasta en pleno invierno ella sigue llevando vestidos florales.

Mientras Marina contiene la risa negando con la cabeza, observo las mejillas de Lena enrojecerse y al instante las mías se unen, al ver que se sonroja por mí. Sus hoyuelos aparecen para remarcar su preciosa sonrisa. Hoy lleva los labios de un color rojizo intenso que le harían replantearse su existencia a cualquiera.

A Luci le queda como un guante su vestido de flores rosadas con medias oscuras y botas altas. Sigo siendo más alto que ella, a pesar de que su melena está recogida en un moño medio deshecho que imagino que se ha hecho en clase para que su largo pelo no le moleste.

—Que disfrutéis la tarde —exclama Marina con una sonrisa.

—Marina..., gracias —le digo con una sonrisa.

Las dos amigas se funden en un abrazo antes de despedirse. En cuanto Marina baja los escalones de la entrada, Lena acerca el ramo de flores a su rostro y se sumerge en el olor de las margaritas de colores. Da un paso hacia mí y yo acabo con la distancia que nos separa. Entre mis manos le sostengo el rostro como si fuera el mayor de los tesoros y dejo un suave beso sobre sus labios pintados del color del fuego. No he podido evitar rozarlos despacio sin preocuparme por si me quemaría: por ella haría arder el mundo entero, si fuese necesario. Son tantos días sin acariciar sus labios, sin susurrarle buenas noches en su pelo, que tengo la sensación de que me voy a volver loco en cualquier momento.

—Son perfectas, Noah. ¿Te acuerdas de que son mis favoritas? —Su voz tímida se mezcla con su pequeña risa nerviosa llena de luz.

—Feliz San Valentín. —Apoyo mi frente sobre la suya.

—Puedes traerme flores siempre que quieras, Noah, no hace falta que sea San Valentín. Aunque puede que yo... también tenga algo para ti. —Lena hace una mueca haciéndose la interesante.

—Uy, Luci. —Alzo una ceja, divertido—. ¿Me vas a decir qué es? —pregunto lleno de curiosidad. Lena niega con la cabeza tratando de aguantar la risa—. ¿Cómo que no? Pues te quedas sin regalo —digo tratando de estar serio.

—¿Otro regalo? —Abre los ojos sorprendida.

—Claro, Luci, yo soy tu regalo —alardeo.

—Eres tonto —dice poniendo los ojos en blanco.

—Tú me pones tonto —respondo juguetón.

—¿Desde cuándo? —pregunta curiosa.

—Desde que nos cruzamos en el camino, Luciérnaga. —Mis dedos siguen acariciando la piel suave de sus mejillas.

Siento como si no pudiera apartarme de ella, quiero acariciarla día y noche, sentir su cuerpo contra el mío, escuchar sus respiraciones

tranquilas en mi pecho mientras acaricio su pelo. Estoy descubriendo muchas cosas de mí que solo tienen sentido con ella, porque Lena saca lo mejor de mí, mi cariño; a pesar de lo que me cuesta ser cariñoso y cercano con alguien, ella lo consigue sin pedirlo. Ella tiene magia y consigue que el reloj nos regale más minutos para disfrutar juntos cuando su hermano no anda cerca y, sinceramente, cada vez que tengo la oportunidad la busco para tomar un café, para enviarle un par de mensajes tontos o cualquier cosa que se me ocurra con tal de pasar unos minutos a su lado.

Su amplia sonrisa podría deslumbrar el mundo entero. Me devuelve el ramo de flores mientras busca algo en su enorme bolso, y al final saca algo envuelto en papel de periódico con mucho cuidado. La intriga por saber qué se esconde debajo de ese papel me corroe. Me lo tiende y lo cojo con mi mano libre mientras ella recoge las flores de nuevo, un intercambio de detalles que nos hacemos el catorce de febrero, el día de los enamorados, porque no hace falta decirlo en alto para que ambos lo sintamos.

Echo un vistazo rápido a Luci antes de empezar a rasgar el papel como un loco. Me gustan las sorpresas, sí, pero no aguanto mucho rato sin saber de qué se trata. El papel cae al suelo y mi corazón da brincos mientras mis dedos recorren el cristal del marco que tengo entre las manos: un dibujo a lápiz que perfectamente podría parecer una fotografía en donde salimos ella y yo en la playa mirando una caracola. Fue una fotografía que hizo mi madre en uno de los muchos días que nos llevaba a los tres a la playa, tanto Lena como yo salimos curiosos, concentrados en cada una de las formas de la figura de mar.

—¿Te gusta? —pregunta dudosa al ver que estoy algo en *shock*.

Mis ojos vuelan hasta los suyos y tengo que hacer un enorme esfuerzo por tratar de controlar las lágrimas que amenazan con salir.

La palma de su mano se posa suavemente sobre mi mejilla y yo me dejo caer sobre ella, permito que me acaricie, me dejo cuidar por ella.

—¿Cómo puedes dibujar tan jodidamente bien? —Las palabras brotan de mis labios aún sorprendido por lo que tengo entre mis manos.

—Venga ya, Noah, no exageres, es un detallito —dice intentando quitarse mérito.

—Luci, es mi foto favorita... de cuando éramos unos críos y la has... La has dibujado a la perfección, eres una gran artista. —Sonrío de oreja a oreja provocando que su sonrisa también salga.

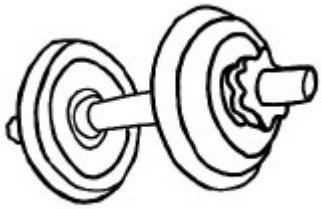
—Me alegro de que te guste. —No me da tiempo a responder porque sus labios chocan con los míos de nuevo, dejándome sin palabras otra vez.

Su mirada cambia por completo al desviarse a su izquierda, y sé perfectamente lo que ocurre porque reconozco la culpa que tiñe el verde de sus ojos.

—Pero mira qué par de tortolitos. —Mi amigo aparece de la nada y nos deja atónitos y avergonzados.

¿Cómo se ha enterado?

Capítulo 54



Noah

Ha pasado un rato largo desde que he guardado en mi mochila con máximo cuidado el regalo que me ha hecho Lena. Sigo fascinado por la soltura que tiene para dibujar, sin duda es una gran artista y me sorprende que a veces se abrume tanto por no saber lo que vendrá en el futuro, porque lo tiene todo para dedicarse a lo que desee: es tenaz con todo aquello que le gusta, creativa a rabiar y siempre tiene soluciones para los imprevistos que puedan suceder.

Hace bastante frío en pleno febrero, pero, por suerte, el tranvía pasa cada pocos minutos. No nos ha quedado más remedio que aceptar que Leo se haya sumado a nuestra cita. Lena nos ha dejado solos unos minutos, mientras saluda a algunos de sus amigos en la acera de enfrente. Está claro que necesitaba un respiro.

—Voy a darle un minuto para que coja todos los libros que quiera —digo con la mirada fija en el vaivén de los trenes verde agua que se paran cada pocos minutos.

—Anda que avisas —increpa.

—Llevas semanas vigilando cada uno de nuestros movimientos, respondes de un cortante que no dan ganas de decirte nada más... ¿Qué te hace pensar que iba a avisarte de que tenía planeada una sorpresa para tu hermana? —Enarco una ceja, observando cómo le cuesta devolverme la mirada.

—Es mi hermana, Noah ¿qué quieres que haga? —pregunta indignado.

—Darle su espacio y respetar sus decisiones estaría bien —resoplo volviendo la vista al frente.

—Para ti es fácil decirlo, Noah, pero fui yo quien la vio apagarse cuando decidiste hacerle más caso al mundo que a ella —espeta con calma.

Traté de alejarme para evitar seguir mirando a Lena de una forma especial, por respeto a mi mejor amigo y porque no deseaba hacerle ningún daño cuando ella se diera cuenta de que estoy hecho jirones... y tal vez eso no es suficiente para ella.

—Me equivoqué —suspiro con dolor.

Aquella decisión me perseguirá hasta el final de mis días. Todavía sigo sin perdonarme lo cobarde que fui, y después de aquello todo fue a peor.

—Yo también, Noah. Debí decirle a mi hermana por lo que estabas pasando en vez de dejar que creyera que no te importaba —dice apenado.

No desde el minuto cero, pero Leo sí sabía dónde me encontraba. Sabía que había cruzado el charco huyendo como un miedica buscando refugio en los pocos recuerdos que me quedaban de mi madre. Necesitaba encontrar a la abuela, a mis tíos... Por aquel entonces, mi padre ya había empezado a beber y yo solo buscaba ayuda.

No sé si hice bien, porque cuando volví todo había cambiado.

—Eso ya no importa, Leo. Lo que de verdad importa es lo que hagamos hoy, tú siempre me das este consejo. ¿Cómo puede ser que no lo apliques en tu vida?

—Consejos vendo que para mí no tengo. —Sonríe de medio lado, tratando de evitar el malestar que siente.

—Ven con nosotros —digo minutos después.

—No pensaba dejaros solos.

—De acuerdo, Leo, ¿puedes dejar de ser tan capullo durante unos segundos? —Alzo la voz. Me reacomodo en el banco metálico de la parada del tranvía y suspiro cansado mientras me pellizco el puente de la nariz tratando de ordenar mis ideas—. Lo que trato de decirte es que vengas con nosotros, que dejes tu lado sobreprotector y nos acompañes. Quiero que nos veas como somos, como hemos sido siempre, y como creo que seremos el resto de la vida. Estar con tu hermana nunca se ha tratado de un juego o de algo que solo dura unos pocos minutos. Con ella todo va a mejor y sé que lo ves, nos has visto estos últimos meses, nos hacemos bien. Leo..., te quiero como a un hermano y siento mucho que te siente mal que lleve toda la vida enamorado de tu hermana —suelto tan rápido como puedo antes de poder morderme la lengua.

—Noah...

—¿Qué, Leo? Solo trato de hacer lo correcto —insisto calmado.

—Iré con vosotros —suspira mientras yo sonrío victorioso—. No hacía falta que me juraras que estás enamorado de mi hermana, ya lo sabía, no hay más que veros. Siempre lo he sabido, pero no quiero pensar en qué pasaría si acabáis mal.

¿Siempre lo ha sabido?

Siempre he sentido algo especial por ella, una conexión que iba más allá de lo normal, pero lo que nunca imaginé fue que, desde

fuera, se percibiera de manera tan evidente. Nos tratábamos de una forma tan única, siempre cerca, y cualquier momento era bueno para peinarle los mechones detrás de las orejas o para dejar que me abrazara hasta acomodarse sobre mi pecho. Lo que vivimos ahora no es tan distinto a lo que ya solíamos hacer, la diferencia es que esta vez cada pequeño detalle adquiere una intensidad que antes no tenía. Buscamos cualquier excusa para pasar más tiempo juntos, como si cada momento compartido fuera una oportunidad de acercarnos más, de descubrir más el uno del otro. Con ella todo se vuelve más cercano, más auténtico, como si el mundo se detuviera y solo existiéramos nosotros.

¿Por qué no lo dijo antes?

—No lo pienses, Leo, concéntrate en que Lena disfrute con la sorpresa que, a partir de ahora, ambos le damos el día de hoy. —Nos señalo a ambos.

Leo sonríe de medio lado y asiente. Su brazo se alarga y me ofrece la mano para estrecharla con la mía.

* * *

Lena no se imagina cuál será su sorpresa. Está ilusionada por que le demos alguna pista y, a la vez, que no se la demos por si descubre lo que es. Tenemos suerte de tener la parada al otro lado de la calle de ambas universidades, y en pocos minutos los tres subimos al tren.

Leo casi se emociona cuando su hermana se ha abalanzado sobre él en cuanto he revelado que ambos teníamos una sorpresa para ella. La mirada de agradecimiento que mi amigo me ha dedicado me ha hecho sonreír de verdad. Y es que las cosas no funcionan si no remamos todos en la misma dirección.

—¿Has hablado con tu tutor? —le pregunta Leo captando la atención de Lena.

Cuando llegas al final de la carrera universitaria debes cursar una asignatura dedicada a la creación y desarrollo de un proyecto que tenga que ver con lo que llevas años estudiando. Lena está en los últimos meses de la carrera de Bellas Artes, es el momento de que cree algo grande y fascinante.

—He hablado con mi tutor —confirma— y le parece una buena idea que el objetivo del trabajo sea ver qué genera en el público —explica mientras yo trato de pensar de qué está hablando—, así que, Noah —gira su rostro para mirarme con una expresión tímida—, ¿te acuerdas de que me dijiste que querías ver mi idea? —Abro los ojos como platos y asiento—. Abre Instagram —me pide con una sonrisa.

No tardo ni dos segundos en hacer lo mismo que mi amigo. Cojo mi móvil y entro a Instagram a la velocidad de la luz. Abro la boca algo impactado al ver que me aparece una publicación de Lena. Se trata de un vídeo corto donde sale ella vestida con una de mis sudaderas hablando a la cámara. Clico en el vídeo y subo el volumen para poder oír lo que dice.

«Hola, sé que es raro ver una publicación mía, no es mi punto fuerte. Gracias a mi trabajo final de carrera podréis verme mucho más por aquí, y os preguntaréis: ¿para qué? Y yo os diré que no lo sé, al igual que no sé qué hacer este próximo curso, no sé a qué quiero dedicarme o muchas veces no sé reaccionar a lo que pasa a mi alrededor o no sé qué inventarme para que la cabeza deje de hablar... En resumen, hay muchos nosés que voy aprendiendo a lo largo de los días. Tal vez tú, al igual que yo, tampoco tengas ni idea de muchas cosas, ¿qué tal si esto es solo el principio de los nosés de Lena Luna? ¿Qué dices? ¿Te quedas a ver qué descubrimos?».

Apenas son treinta segundos de vídeo y me ha quedado claro que esta chica es increíble: acaba de lanzarse al mundo de las redes sociales enseñando y normalizando algo que lleva tiempo atormentándola.

Los nosés de Lena Luna.

Acaba de convertir una debilidad en un punto fuerte y a mí me ha dejado sin palabras.

—Sed sinceros, es una....

—Una puñetera maravilla, Luci —la corto antes de que siga hablando.

—Lo vas a petar, hermanita. —Leo repite mi acción.

Ninguno de los dos dejamos que Lena termine la frase que siempre suele decir cuando no está segura de lo que acaba de hacer, y ni yo ni Leo vamos a permitir que tire por tierra lo que parece ser el nuevo proyecto con el que finalizará la carrera.

—No sé, me siento algo... expuesta. —Lena se encoge de hombros.

—Es normal, Lena, acabas de abrirte al mundo de las redes sociales y eso significa exponerse —trata de tranquilizarla Leo.

Estoy de acuerdo, pero sigo demasiado sumergido en el vídeo. No puedo parar de verla reír tan tiernamente mientras le muestra al mundo lo creativa que es. Observo con detenimiento la pantalla hasta dar con la cifra de reproducciones que lleva. La hostia...

—Has publicado el vídeo apenas hace dos horas y más de cincuenta mil personas lo han visto, es normal que te sientas expuesta, Luci, es la clave del funcionamiento de las redes. Ahora bien, creo que es una idea increíble: mostrarte tal cual eres y hablar sinceramente de cosas que las redes sociales esconden. De veras

estoy impresionado porque hayas dado este paso tan creativo y a la vez tan actual.

—Estoy con Noah, hermanita, y seguro que tu tutor ha aprobado la idea porque es buena. Yo... estoy orgulloso de ti, Lena, de verdad. Creo que hablando de tus muchos nosés puedes ayudar a muchas personas a resolver los suyos.

—¿Sí? Pues no sé a dónde vamos... ¿Creéis que me podéis resolver esa duda que tengo? —pregunta ella intentando descubrir su sorpresa.

—Nos bajamos en la siguiente parada, vamos al centro comercial L'Illa —respondo a su pregunta sin dar detalles de a qué venimos.

—¿Vamos a comer? —pregunta ella inocente.

—Tal vez hagamos una parada antes de comer —responde Leo haciéndose el interesante.

Es muy gracioso ver cómo Lena trata de descifrar nuestros planes, pero sé que no lo hará, es la sorpresa perfecta para alguien que devora los libros en cuanto los tiene en sus manos.

Poco después bajamos del tranvía, que nos deja a unos metros de una de las entradas del centro comercial que se encuentra a varias calles de nuestra universidad. Nuestra escasa información parece haber llenado de curiosidad a Lena y sus pasos son rápidos, para llegar lo antes posible. Detrás de ella, Leo y yo nos aguantamos la risa, porque se ha chocado con varias personas antes de conseguir llegar al interior del edificio.

—Ya podéis desembuchar vuestra sorpresa. —Nos apunta con el dedo índice.

—Tenemos que ir allí, al fondo. —Señalo el largo pasillo lleno de tiendas.

Lena no se lo piensa dos veces y reanuda la marcha a paso rápido, atravesando el pasillo a toda prisa, hasta que para en seco al

ver lo que le gusta. Eleva la cabeza hasta leer delante de qué tienda hemos parado y se gira para mirarnos como si, en realidad, nos estuviera pidiendo permiso para entrar.

Leo y yo cruzamos una mirada y saco mi móvil del bolsillo de la chaqueta. Tecleo la pantalla en busca del cronómetro y alzo la vista hasta ella.

—Luci, ¿qué tal el cardio últimamente? —pregunto con una sonrisa maliciosa. Me gano un manotazo de Leo, que le ha sacado un doble sentido a mis palabras. Lena me mira confusa—. Tienes dos minutos para coger todos los libros que quieras llevarte a casa. ¡Eh! —la paro antes de que salga corriendo—, dame la chaqueta. Leo, cógele el bolso.

—Eh, eh, eh, ¿por qué tengo que coger yo el bolso?

—Leo —le llamo la atención.

Lena le entrega sus pertenencias a Leo como un rayo y los tres entramos dentro de la librería. Nos mira con una sonrisa nerviosa de oreja a oreja, efectivamente la hemos dejado completamente muda con nuestra sorpresa. Nos colocamos en el centro de la tienda y le hago un gesto a Luci para que se prepare.

—Tres, dos, uno... —Leo y yo alucinamos al ver que, en menos de cinco segundos, Luci ya tiene dos libros entre sus manos.

Sigo con la mirada cómo recorre las estanterías una a una pasando sus dedos por los lomos de los libros hasta encontrar alguno que llame su atención y sonrío emocionado al verla tan contenta con el juego que le hemos propuesto. Leo nos observa con detenimiento y le agradezco que nos dé nuestro espacio para ser lo que queramos ser. Aun así, no olvido que Leo forma parte de nosotros, de nuestro día a día, y no voy a parar hasta que vea que Lena y yo nos hacemos bien.

Queda poco menos de un minuto y los brazos de Lena están llenos. Sigo sus pasos y le ofrezco los míos para que pueda seguir mirando libros a su antojo. Me lo agradece con una sonrisa.

Ella sonríe y el mundo vuelve a girar.

Aún le quedan varios segundos para seguir mirando, pero ha decidido que son libros suficientes por hoy. Leo se acerca a nosotros y observa las pilas de libros que llevamos encima.

—¿Puedes hacerme un favor, Leo? —pregunta ella emocionada.

—Claro, hermanita —responde contento.

—¿Puedes grabarme? —pregunta algo tímida.

Leo no contesta porque ya ha encendido la cámara de su móvil. Yo me quedo prendado de cómo Lena explica con tanta emoción lo que acabamos de proponer y muestra algunos libros que ha cogido porque le han llamado la atención. La escucho hablar, embobado por la naturalidad con la que lo hace, mientras sigo a su lado aguantando libros en mis manos.

Lena habla de que no sabía qué libros llevar a casa cuando le hemos propuesto el plan.

Se la ve feliz.

Si ella es feliz, Leo está feliz.

Y si mis hermanos favoritos están felices, yo estoy feliz.

Esta es la primera vez que salgo en uno de sus vídeos.

* * *

Llamada entrante: número desconocido.

Frunzo el ceño, medio dormido, y ruedo sobre el colchón en busca de mi teléfono. Palpo la mesita de noche y siento el frío del metal que me anuncia que lo he encontrado. El número que aparece en pantalla no aparece registrado, lo que solo puede ser una cosa...

—¿Diga? —pronuncio mientras froto mis ojos tratando de despertarme.

—¿Hablo con Noah Sanders? Mi nombre es Marga, le llamo de la clínica Volver en ti —se presenta una voz femenina al otro lado de la línea.

Abro los ojos como platos al percatarme de la importancia de esta llamada. Mi padre, se trata de mi padre. El miedo se me arremolina en el pecho por si están contactando conmigo porque mi padre ha tenido una recaída, no mejora o cualquier cosa negativa...

—Soy yo. ¿Mi padre se encuentra bien? —Es lo primero que logro pronunciar.

—De eso mismo me gustaría hablar con usted. Después de varias pruebas, su psicóloga ha determinado que Matthew Sanders puede recibir llamadas y visitas presenciales en la residencia de la clínica. Para ello, tendrán que pedir cita previa y nosotros nos encargamos de ajustarla a su horario.

Me llevo una mano al pecho, esbozando la mayor de mis sonrisas mientras las lágrimas se preparan para salir rodando en cualquier momento.

Mi padre está bien.

Puedo hablar con mi padre.

—¿Cuándo sería posible concertar una visita? —pregunto con impaciencia.

—A partir de la semana que viene, le enviaremos un correo electrónico con toda la información y los diferentes horarios de visita. Usted solo tendrá que responder con el día y hora en la que asistirá a la clínica y del resto nos encargamos nosotros —expone con voz automática.

—Perfecto, muchas gracias, ¿podría hablar con él? —digo desesperado.

—Después de la primera visita presencial podrá reanudar las reuniones telemáticas y las llamadas personales con el señor Sanders.

Tenso mi mandíbula al sentir la impotencia acumulándose en mi pecho y me repito que solo serán unos días más hasta que pueda bajar a visitarle. Tomo aire para tratar de mantener la calma y respondo.

—Comprendo...

—¿Puede comprobar su correo electrónico? Le acabamos de enviar toda la información acerca de los avances del tratamiento de su padre y sobre las visitas presenciales. —Clico sobre el botón para activar el altavoz y deslizo el dedo por la pantalla viendo cómo el correo electrónico de la clínica acaba de aparecer en la barra de notificaciones.

—Recibido —confirmo.

—Perfecto. Si tiene dudas, puede dirigirse a este mismo número de teléfono y estaremos encantados de atenderle. Una vez más, gracias por confiar en la clínica Volver en ti.

La llamada se corta. Tengo la mirada fija en la mesa del pequeño escritorio de mi habitación y una oleada de sensaciones me inunda por completo. Tal vez sea porque sigo adormilado, pero no me importa.

Mi padre está bien y puedo visitarle.

No pierdo el tiempo y clico sobre el correo electrónico, que se abre para mostrar un mensaje interminable que comienzo a leer con ansias de saber el estado real y exacto de mi padre.

Respiro.

Tomo aire y lo expulso mientras leo cada párrafo y voy sintiendo cómo gran parte del peso sobre mis hombros desaparece poco a poco.

Capítulo 55



Lena

Pensé que aquel día en la librería habíamos enterrado el hacha de guerra en casa. De alguna forma lo hicimos, pero Leo sigue observándonos, y supongo que seguirá siendo así hasta que se acostumbre. En estas semanas no ha sido tan insistente en cortarnos el rollo o buscar cualquier excusa para separarnos. Nos ha dado espacio para poder ser nosotros, siempre y cuando no nos pasáramos de la raya. Es agradable ver que nos está dando una oportunidad.

Tal vez vea que Noah y yo somos otro mundo cuando todo va bien entre nosotros.

Ojalá lo vea.

Es increíble lo rápido que pasa el tiempo cuando estás a punto de terminar una etapa. Estoy nerviosa, pero después de semanas trabajando en crear contenido para mostrar esos grandes efectos secundarios de tener ansiedad llamándolos nosés estoy más

tranquila, como si me estuviera quitando un gran peso de encima. Ese es el objetivo principal del proyecto: darle visibilidad a la parte que solemos olvidar cuando una persona sufre un trastorno de salud mental. Todo el proceso suele centrarse en curar o detener momentáneamente el problema en vez de aprender de dónde viene y qué lo provoca. Quiero poner el foco en el proceso de ser una persona que lleva años sufriendo ataques de pánico y ansiedad severa y, ahora que me encuentro mejor, siento que necesito hablar de ello, resolver todos los espacios en blanco que estos trastornos han dejado en mí.

El proyecto los nosés de Lena crece como la espuma y lo sé porque mi hermano está al día de todo lo que voy publicando. La verdad es que poco a poco me está picando el gusanillo de este nuevo mundo de las redes sociales. Ha sido toda una sorpresa recibir varias propuestas de campañas de publicidad sobre salud mental, incluso me han invitado a asistir a un pódcast muy interesante sobre lo que sentimos los humanos, a pesar de lo poco que llevo utilizando las plataformas.

Mi tutor no para de repetirme que es increíble que el proyecto empiece a dar sus frutos en tan pocas semanas desde su creación, y yo también estoy impresionada con la buena acogida de la gente a mis pensamientos personales. Lo mejor de todo es que una gran cantidad de personas me escriben a diario diciendo lo identificadas que se sienten con mis palabras. Gracias a compartir lo que me sucede, me encuentro con que no soy ningún bicho raro como yo creía y que lo que me ocurre a mí le ocurre a gran parte de la población, por ello veo importante buscar juntos las respuestas que han quedado en blanco.

Le comenté a Carmen el proyecto que estaba comenzando y prometo que casi se le saltan las lágrimas cuando entendió que la

base del proyecto es que necesito expresar mis sentimientos. Hacía tiempo que la necesidad de comunicar algo en lo que estuviera involucrada de verdad no tocaba a mi puerta, por ello mis trabajos de clase se habían vuelto algo monótonos y con poca vida. Pero ahora que necesito hablar de todo aquello que siento y pienso, estoy volcada en crear más y más cosas alrededor de la idea principal del proyecto. Carmen se ofreció a darme cualquier tipo de información en caso de que necesitase hablar con algún profesional y se lo agradecí enormemente antes de seguir con la sesión.

Hace unos días publiqué un vídeo acerca de cómo reacciona mi cuerpo cuando valida la voz de mi cabeza en lugar de la mía dando por sentado que ocurrirán escenarios catastróficos. Noah entró en mi habitación mientras creaba más contenido, abrió la puerta de par en par y me dejó anonadada por completo. Se acercó a mi mientras mi móvil seguía grabando y me estrechó con fuerza entre sus brazos, le correspondí el abrazo, nos quedamos un minuto y cincuenta y cuatro segundos así, lo sé porque no paro de ver el vídeo una y otra vez: la forma en la que Noah me atrae hacia él y me acaricia la espalda, el cabello y deja suaves besos sobre mi sien. Después de casi dos minutos así, su cuerpo se despegó del mío con delicadeza, me miró con los ojos vidriosos y me dijo:

—Joder, Luci..., pensaba que estaba loco y era el único al que se le aceleraba el pecho cada vez que la cabeza hablaba. Gracias por enseñarme que no estoy solo. —Y volvió a estrecharme contra él.

No pude contestar con palabras porque me había pillado desprevenida, así que lo hice con acciones. Cogí sus mofletes y lo acerqué a mí hasta que nuestros labios se unieron de nuevo, con algunas lágrimas que corrían por las mejillas de Noah.

Supe que no estaba sola y que nunca más volvería a estarlo.

Días más tarde y con su permiso, edité el vídeo y lo colgué añadiendo al silencio mi voz: «*En ese momento no pude responderte que tú me habías hecho el mejor regalo del mundo al enseñarme que yo tampoco estoy sola. Apoyarse en los más cercanos nos ayuda a bajar de la nube todo aquello que nos atormenta, y gracias a ti vivo anclada en el presente, disfrutando de ti y de la nueva yo que descubro cuando estás conmigo».*

El vídeo se viralizó en cuestión de pocas horas.

Mamá me llamó para decirme que durante el descanso en el hospital una de sus compañeras había visto el vídeo y me había reconocido. También me dijo que estaba contenta de que Noah y yo fuésemos algo más que amigos y gritó emocionada que esa noche se lo iba a enseñar a papá.

Esa misma tarde bajé a entrenar al gimnasio con Noah. Varias mujeres adultas nos reconocieron y nos pidieron una fotografía, y el jefe de Noah le propuso hacer una campaña de publicidad del gimnasio. Mario me felicitó por el trabajo que estaba consiguiendo y su prima Sandy, que entrenaba con él, tenía cara de pocos amigos y solo me dedicó una mirada fulminante. El vídeo deja bastante claro qué tipo de relación tengo con Noah y espero y deseo que Sandy lo entienda y lo acepte; al igual que él, no me gustaría que ella se sintiera mal..., pero trató de destrozar mi cumpleaños y mi tiempo con Noah, así que no tengo nada más que decir sobre este tema salvo que me alegro de que las actitudes dependientes hayan cesado.

Espero.

Leo se volvió loco al ver cuánto había subido la cantidad de seguidores en tan poco tiempo, y cada día trata de convencerme para que lo convierta en mi mánager.

* * *

Leo nos ha dejado atónitos cuando nos ha propuesto que vayamos a dar un paseo los dos solos. No sé si lo ha dicho por mí, por Noah o porque por fin acepta la situación, pero lo agradezco. Desde hace unos días me siento la cabeza mucho más cargada, a veces la vista se me emborrona y es la señal para dejar lo que estaba haciendo e irme a dormir.

Ahora trato de alejarme de todos esos pensamientos durante un rato, dejo ir los leves pinchazos en mis sienes y me concentro en la línea entre el cielo y el mar. Sigue haciendo frío, pero se nota que ya no es necesario llevar el chaquetón. Hoy, con mis mallas oscuras y la sudadera de Noah, estoy sentada sobre la toalla junto al chico de ojos verdes que desde hace días tiene la mirada algo perdida.

Tal vez Noah se sienta mal porque estoy invirtiendo bastante tiempo en el proyecto y las demás asignaturas en vez de tratar de pasarlo con él. Es cierto que no quiero ponernos en una situación tensa con mi hermano, aunque parece que eso acabó con el cambio de actitud de mi hermano. Por eso hoy he decidido tomármelo de descanso y estar con Noah, me preocupa que esté tan callado y no sé si hago bien hablando o no. He tenido un ojo puesto en él desde que noté que algo no andaba bien, he tratado de hacerle bromas, sándwiches de pollo deliciosos e incluso nuestras famosas tortitas de avena, aunque no le apetecían.

Me muevo sobre la toalla suavemente hasta colocarme entre sus piernas y me siento entre ellas apoyando mi torso en su pecho. Sus brazos me rodean la cintura y sonrío al sentir su labios besar con delicadeza mi coronilla.

—Noah... —susurro indecisa.

—Mmm.

—¿Qué tal la mañana? ¿Cómo llevas lo de ser famoso? —pregunto buscando hacerle reír, pero solo consigo una pequeña sonrisa de lado.

¿Y si está molesto por eso?

No debería haber publicado el vídeo, pero no pude resistirme a darle la contestación que en su momento no pude darle porque estaba algo aturdida.

—Mi jefe me ha dicho que tengo tres clientes más en espera, tener cinco horas seguidas de entrenos me tiene agotado... —Por fin baja sus ojos para encontrarse con los míos.

Es cierto que le veo más cansado de lo habitual y hasta su sonrisa se ha hecho más pequeña. Por una parte, me alegro de saber que no le falta el trabajo, pero por otra no puedo evitar pensar en que apenas tiene tiempo para dedicarle a las clases. No quiero que se retrase con sus tareas, pero sé que lo hace porque quiere asegurarse de poder pagar al completo el tratamiento de su padre.

Noah daría la vida por la familia, si fuera necesario.

—Oh, ¿quieres ir a casa a descansar? —pregunto al ver que tal vez está demasiado cansado para pasar la tarde fuera.

—Quiero estar contigo, Luci, solo que hoy tal vez...

—Estás cansado, Noah, y yo quiero que hagas y digas lo que te apetezca, ¿vale? Como si nos quedamos la tarde aquí en silencio. No quiero que te sientas obligado a estar al cien por cien cuando es evidente que no lo estás —le aseguro, y su sonrisa se ensancha lentamente.

—Creo que con eso podemos protagonizar otro vídeo viral, ¿no te parece? —me pregunta algo más animado.

—No todo debe subirse a las redes —afirmo convencida.

—¿Por qué tu móvil nos graba entonces? —pregunta curioso.

—Porque quiero una carpeta repleta de vídeos y fotos nuestras para poder mirarlas antes de dormir —confieso tímida.

Claro que me encanta haber compartido con el mundo que existe algo especial entre Noah y yo, pero también sé que lo que sea que pase es entre nosotros dos. También hay que cuidar la privacidad de una pareja, como bien me aconsejaron Carmen y Marina. Hoy estoy aquí para hacer que él sonría y se despeje.

Guardaré las palabras que le acabo de dedicar en mi libreta de temas de los nosés de Helena Luna.

—A mi madre le encantaría vernos así de juntos... —Su voz apenada me atraviesa el alma.

El silencio inunda la inmensidad del mar y ambos navegamos por el recuerdo de la mujer de pelo castaño y ojos grises que tanto añoramos. Nadie hace los bizcochos de limón como ella.

—Ella nos ve... —respondo en un susurro casi inaudible minutos después.

—¿Tú crees? —susurra.

—Los que no están siempre nos acompañan de una forma u otra, ¿sabes? —le digo mientras acaricio los brazos que me rodean. No escucho respuesta—. Las plumas en el suelo, la gente que casualmente te recuerda a esa persona, que te digan algo que esa persona solía decir...

—¿Las plumas?

—Las plumas nos indican el camino —explico vergonzosa.

—¿Y desde cuándo sabes tú todo esto? —pregunta con calma, como si no pensara que tal vez estoy algo loca.

—Desde que buscaba cualquier señal para corroborar lo que mi cabeza decía que era mentira —me abro a él.

Jamás había admitido tal cosa ni a mí misma, sentía que todo eran formas en las que la vida nos guiaba por el camino correcto.

Ahora que me encuentro más tranquila no las busco con desesperación, a pesar de seguir viéndolas. Ya no tengo miedo de no ver alguna señal que me indique el camino, porque creo que empiezo a saber por dónde debo pasar.

—Entiendo...

—Sé que es algo tonto, pero...

—No, Luci, no es algo tonto —me corta—. Yo miraba las horas espejo y las matrículas de los coches, si los números se triplicaban eran señales. —Lo observo mientras me detalla aún más esas señales que solían darle mensajes y me quedo atónita de no ser la única.

¿Sintió lo mismo que yo?

Me obsesioné con las plumas, las horas espejo, las matrículas de los coches, las flores, los emojis, cualquier cosa que pudiera darme una sensación de control o de significado, cualquier pequeño detalle que me apartara de mi propia realidad, porque en ese momento, todo eso parecía tener más valor que yo misma.

Todo esto ocurrió porque dejé que mi vida dependiera de lo que me rodeaba, en lugar de tomar yo misma las riendas de mi destino. Estaba tan asustada que cualquier cosa externa se volvía más importante que mis propios pensamientos y deseos. Todo aquello quedó en un segundo o incluso tercer plano, porque estaba demasiado atrapada en el miedo, temerosa de lo que pudiera suceder. Pasaba las horas tratando de controlar el futuro, pero me di cuenta de que eso solo me arrastraba a una espiral de angustia interminable. No puedo controlar lo que está por venir, solo puedo abrazar la incertidumbre y hacer las paces con el miedo, para así poder volver a enfocarme en el presente, en mi día a día.

Todo parecía estar bien hasta que un coche con matrícula terminada en 666 se cruzó en mi camino. Aquel día, sentí que los

demonios venían a por mí, literalmente.

No pasó.

Creo que me vieron demasiado dramática y optaron por vivir tranquilos sin mi presencia.

—¿Qué señal necesitas, Noah? —Tengo la sensación de que esta conversación no sale porque sí, creo que necesita respuestas.

Los minutos pasan entre el sonido de las olas y la brisa que nos envuelve. Noah sigue acariciando mi cintura, y no lo presiono para que me dé una respuesta, porque yo también sé que a veces tienes la respuesta en la punta de la lengua, pero todo tu cuerpo parece no estar de acuerdo con que la digas.

—Si ella... Si ella sigue a mi lado. —El pecho se me contrae al escuchar su voz tan rota.

Me reacomodo de medio lado y apoyo la mejilla en su pecho. Observo su mirada perdida, no tiene el ceño fruncido, pero sé que duele, las palabras que acaban de salir de sus labios duelen.

—Tu madre te adoraba, Noah, y lo sigue haciendo allá donde esté. —De corazón creo que es verdad.

Bárbara no se separaba jamás de su hijo, siempre atenta a todo lo que necesitaba Noah o, si Leo y yo andábamos cerca, cualquier cosa que necesitáramos alguno de los tres. Noah y su madre solían venir a casa cuando mamá y papá trabajaban hasta tarde. Ella nos cuidaba, nos preparaba bizcocho de limón, nos horneaba galletas, nos dejaba salir a jugar al jardín y no sé cómo lo hacía, pero conseguía acostarnos a los tres antes de las diez de la noche.

Me alegro de que Noah se abra sobre ello, en todos estos meses prácticamente no ha hablado de su madre ni del estado de su padre, y no puedo imaginarme lo duro que debe de ser todo para él.

—En pocos días hará una década que se fue... —susurra como si el viento pudiera llevarse la verdad de ello—. ¿Puedo pedirte algo,

Luci? —Asiento bajo su mirada apenada—. Me gustaría... ir a ver a mi madre, hace tiempo que no la visito porque siento que no puedo afrontar que ya no está. Necesito verla y me gustaría ir contigo... —Se me rompe el corazón al entender que no me lo pide porque ahora estemos juntos, me lo está pidiendo porque no quiere ir solo.

Que yo sepa, hace años que Noah no visita la tumba de su madre, supongo que debe de ser todo un mundo complejo hacerlo. Cuando la cabeza parlotea demasiado, las cosas que duelen nos arrasan una y otra vez, porque ese es el pasatiempo favorito de la mente, repetir lo mismo en bucle hasta desesperarnos por completo.

En medio de toda esta situación algo dentro de mí resurge al ver cómo Noah me está pidiendo ayuda de verdad, no se aísla ni encubre la situación hasta que desaparezca o pierda importancia. Me alegro de que esté dando este paso y me siento afortunada de que lo comparta conmigo.

Iré con él.

—Claro, Noah, yo te acompaño a dónde haga falta —respondo y consigo que su sonrisa aparezca de nuevo en su rostro.

—Qué romántica...

—¿Has visto? Si es que no puedes resistirte a mis encantos —alardeo bromista.

—Cuando algo brilla demasiado es imposible no quedarte embobado con ello. —Sus dedos encuentran los míos y se entrelazan con ellos mientras la calidez de su cercanía me invade por completo.

El silencio vuelve a inundarnos. Me encanta hablar con Noah, pero también disfruto del sonido de la calma con él. Es algo que necesito a menudo, tanto dentro como fuera de mí, y parece que no soy la única que lo necesita.

—Podré ver a mi padre. —Eso sí que me pilla por sorpresa.

Es una muy buena noticia, si Matt puede recibir visitas significa que ha hecho grandes progresos en su tratamiento. Eso espero, porque Noah no suele hablar de ello y en parte es porque no recibiría mucha más información del estado de su padre hasta que no mejorara.

—Es muy buena noticia, Noah —contesto con una sonrisa.

Las cosas necesitan tiempo para asentarse en su lugar.

—Lo es, es solo que... quiero que mi padre mejore. —Sonríe de medio lado y yo asiento.

Ninguno de los dos tiene ganas de intercambiar muchas palabras en el día de hoy y a su lado estoy comprendiendo que es algo normal: no significa que me quieran menos, se trata de que todos tenemos días azules y días grises. Es en estos últimos cuando importa la compañía de la que nos rodeamos.

Con la melodía del mar fijamos la mirada en el vaivén de las olas y dejamos que calme el parloteo constante que reside en nuestras cabezas. Pero parece que tanto Noah como yo estamos consiguiendo ver más allá de esas voces. De alguna forma el pasar tiempo juntos y repetirnos una y otra vez que estamos el uno para el otro nos está ayudando a volver a salir del cascarón en el que nos refugiamos cuando tenemos miedo.

—Lo hará, Noah, porque te tiene a ti y cuando tú apareces en la vida de alguien es imposible que no vaya a mejor —digo sinceramente.

—No todos dirían lo mismo, Luci, ni siquiera yo...

—Es verdad, Sandy no parece muy contenta después de vernos juntos-juntos —le corto antes de que pueda decir algo negativo de su persona.

Me niego a que no vea lo increíble que es.

—¿Qué significa juntos-juntos? —Me zarandea juguetón.

Madre mía, este hombre es una montaña rusa, igual está triste que al rato puede estar jugando que luego puede estar serio. Y creo que es una de mis cosas favoritas de Noah, es impredecible y no hay nada que me atraiga más que no saber qué pasará. Cada día es una aventura, quizás hoy es rojo, mañana azul y pasado negro.

Puede que a Noah se le note demasiado que es géminis, o a mí me ha vuelto a interesar la astrología y los estragos que causa.

—Pues significa que cuando levanto las pesas me desconcentras mirándome... —Mis mejillas se sonrojan al mismo tiempo que me acerco al filo de su boca.

—¿Cómo te miro, Luci? —Siento su mirada sobre mis labios, su sonrisa se carga de deseo cuando se relame los labios.

—¿Cómo me miras, Noah Sanders? —le repito la pregunta en un susurro casi sobre su boca.

—Cómo te he dicho..., me embobo con lo que brilla y tú nunca dejas de brillar, Luciérnaga. —Me estremezco al escuchar sus palabras—. Y cuando levantas pesas no puedo evitar mirar lo bien que te quedan tus conjuntos deportivos, el verde te sienta demasiado sexi como para no embobarse con cada una de tus curvas. —Siento el calor en mi interior y me muerdo el labio inferior aguantando las ganas con las que acaba de inundarme—. Luci, si te muerdes el labio... Cambiemos de tema antes de que consigas que me dé un paro cardíaco. —Ambos reímos tranquilos.

—No creo que mi hermano esté preparado para lo que ibas a decir —digo juguetona.

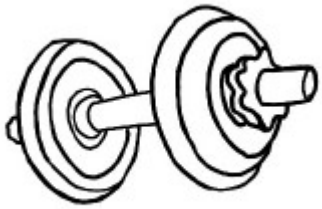
—Ciertamente... Pero lo está intentando, Luci. —Sus ojos caen sobre los míos.

—¿Mi hermano está intentando que tú y yo volvamos a acostarnos? —Noah ensancha su sonrisa y yo me reacomodo en su pecho escuchando el vaivén del mar, pero antes le robo un beso que

lo deja descolocado, y sonrío dejando que la ilusión me acaricie el corazón.

No necesito nada más.

Capítulo 56



Noah

A cada paso, siento el peso que recae sobre mí. El cementerio siempre ha sido un lugar que me genera incomodidad, tal vez porque en él se encuentran las dos caras de la existencia: por un lado, aquellos que ya no están, pero que, de alguna forma, siguen ocupando su lugar; y por otro, los que permanecemos aquí, conscientes de su ausencia y de nuestra propia finitud, recordando cada día que, aunque sigamos adelante, la muerte nunca deja de acompañarnos.

Creo que la última vez que vine a visitar a mamá tenía diecinueve años recién cumplidos y la cabeza ya me volaba a su antojo. No pude aguantar la presión y me vi obligado a irme, intentando ahogar todo aquello que se cocía en mi interior. A diferencia de hoy, aquel día vine solo. Con la mirada sigo las líneas de mi brazo hasta ver de nuevo nuestras manos entrelazadas. Lena no me ha soltado en todo el trayecto hasta aquí, la hora en coche se me ha hecho eterna.

Agradecí haber aparcado cerca de casa a la vuelta de las vacaciones de Navidad. Leo se ofreció a conducir mientras su hermana pequeña me acompañaba en los asientos de atrás.

No he hablado en todo el camino. Mi mejor amigo cada vez lleva mejor el hecho de que Lena y yo estamos creando algo especial, ya no está tan encima de nosotros, su humor ha mejorado considerablemente y sus contestaciones ya no son bordes y ariscas.

Me alegro de que todos podamos volver a respirar tranquilos en el piso.

Ahora mismo siento que si hablo de alguna forma me romperé y no quiero visitar a mamá de esa forma, así que trato de mantener la espalda recta y las emociones a raya.

Los caminos de tierra del cementerio de Tarragona son largos y pesados. Pero todo se torna más denso en cuanto veo el nicho, en una de las estructuras que dan a la parte trasera del jardín.

Los nichos tienen un aspecto frío, algunos tienen flores frescas, otros las tienen secas, hay nichos blancos, negros, y de mármol.

La foto de mamá contrasta con la blancura del mármol.

Me paro en seco frente a la pequeña ventana que separa dos mundos y que conecta vidas de una forma que no se puede describir con exactitud.

Luci me da un apretón suave antes de soltarme.

Es el momento.

Oigo sus pasos alejarse un poco, no mucho, solo lo suficiente como para darme mi espacio con mamá.

—Hola, mamá —le hablo a una fotografía sonriente de ella—. Siento mucho no haber venido antes, sé que ha sido mucho tiempo, pero no podía con la presión. Me superó la realidad al ver que no estabas ahí para ayudarme a calmarme... No he venido solo, mamá, los hermanos Luna me han acompañado a verte hoy, y lo agradezco,

porque creo que sin ellos no sería capaz de volver a visitarte sin sentir que mi mundo se viene abajo. —Doy un paso hacia delante acercándome todo lo que puedo al nicho—. Ahora vivimos juntos en Barcelona... Lena se gradúa en pocos meses y a Leo, al igual que a mí, nos queda poco más de un año de carrera, y no sé qué hacer, mamá... Sé que aún tengo tiempo para descubrirlo, pero siento que de alguna forma se me acaba. Ver a Luci prepararse para terminar una etapa me hace pensar qué quiero yo en mi vida. —Mis dedos impactan con el frío mármol que nos separa—. Estoy cansado de preocuparme más por los demás que por mí. Recuerdo lo que me decías sobre ello: «No todos tienen el corazón dispuesto a ponerse en la piel de los demás», ahora lo entiendo...

»Lena me ayuda a comprender que está bien pensar en los demás, pero también valorarme, ¿sabes? Ella no intenta cambiarme si no tengo un buen día, es capaz de sentarse a mi lado en silencio y nada más... Tal vez tenga razón y tú eso ya lo sepas porque nos ves allá donde estés. Ojalá te encante tanto como a mí que haya tenido el valor de apostar por mí y por lo que siento por ella. Tú siempre me animabas a hacerlo y no entendía a qué te referías cada vez que insistías en que debía hablar con ella más seriamente... Lo hice, mamá. Bueno más bien no aguanté las ganas de besarla. —Río apenado al recordarlo, me sorbo la nariz y con el puño de la chaqueta retiro las lágrimas que ruedan por mis mejillas—. No sé qué haré el día de mañana y eso me da miedo, pero sé que el camino será a su lado, y al de Leo..., que por cierto, ahora que no nos escucha, mamá —echo un vistazo rápido hasta ellos, ambos de espaldas a nosotros, y sonrío malicioso y triste—, Leo sigue robando la Nocilla de casa. Ahora es peor, salimos a hacer la compra y guardamos todo en la cocina, pero misteriosamente el bote de chocolate desaparece. —Sonrío—. Se cree que no me doy cuenta de

que se lo lleva a hurtadillas. No debimos dejarle probarla cuando éramos niños, hemos creado un monstruo... —bromeo con la mirada fija en la lápida de mi madre—. No sé qué haría sin él, se me vino el mundo encima cuando vi que no quería que Lena y yo estuviéramos juntos, y no paré de insistir en que viera que nos hacemos bien.

»Mamá, no sabes lo feliz que me hace sentir que me apoya en esto, nos apoya a ambos. Ojalá estuvieras aquí, me haces falta cada día. Hazme un favor, si de verdad nos ves desde donde te encuentres, ayuda a papá, tiene que ponerse bien... No puedo perderos a los dos tan pronto..., cuídanos a todos. Tal vez esto suene loco, pero ¿puedo pedirte algo más? Dime algo, mamá, mándame una señal que me indique dónde te puedo encontrar... — El pecho se me contrae y me rompo sintiendo cómo el alma se hace pedacitos una vez más.

No me sobresalto cuando siento a Lena abrazándome con fuerza. Leo extiende el brazo y nos estrecha a ambos contra él, y en ese instante, la sensación de estar rodeado por su apoyo me llena de una mezcla de consuelo y desesperación. De repente, mi cuerpo parece volverse más pesado, mis piernas tiemblan incontrolablemente y, sin previo aviso, me dejo caer sobre ellos. Las lágrimas brotan sin cesar, como un torrente que no sabe detenerse. Mi respiración se vuelve errática, sube y baja sin ritmo, como si mi cuerpo tratara de liberar algo que las palabras no alcanzan a expresar.

Ellos no dejan de abrazarme, firmes, como un refugio al que me aferro sin pensarlo. En su calor encuentro algo de paz, aunque la tristeza se sigue derramando en cada rincón de mi ser. En medio de esa tormenta emocional, algo se me escapa en susurros, casi un suspiro: «No estoy solo, mamá. Tú me ayudaste a crear el equipo que somos ahora los tres. Tú, con tu manera única de cuidar, de

hacer que todo fuera mejor, desde llevar tus bizcochos de limón a los nuevos vecinos, hasta enseñarnos a valorar lo que realmente importa. Ahora, aquí estamos, abrazados, con el corazón destrozado porque tú y tus bizcochos de limón ya no estáis. Pero, al mismo tiempo, llenos de una gratitud profunda, porque gracias a ti somos lo que somos hoy. Todo lo que aprendimos de ti vive en nosotros».

La emoción se convierte en palabras entrecortadas, pero son palabras sinceras.

—Gracias, mamá. Te quiero.

Capítulo 57



Lena

Sigo con el corazón encogido desde el momento en el que Noah se ha derrumbado frente al nicho de Bárbara, horas antes. Jamás lo había visto de esta manera, incluso creía que lo llevaba bien, pero parece ser que no es así, sino que lleva años reprimiendo y acumulando el dolor, por eso huye cada vez que la situación se tuerce. Instintivamente pienso en nosotros después de navidades: ha sido duro convivir con tensión, con miedo a pasarnos de la raya... Aún sigo sintiéndome de esta forma en algunos momentos, pero él se ha mantenido firme, ha defendido con uñas y dientes todo lo que nos une las veces que ha hecho falta hasta que mi hermano ha empezado a creerlo, comprenderlo y aceptarlo.

Después del día de hoy comprendo un poco más a Noah y su forma de esquivar los problemas hasta que estos te explotan en la cara.

Este fin de semana será diferente a lo que solemos estar acostumbrados, porque no estamos en la gran ciudad y no tenemos previsto volver hasta mañana por la tarde. Esta noche nos quedaremos en casa de mis padres.

No ha sido difícil persuadir a Noah para acompañarlo al piso terapéutico donde está su padre. Según me ha comentado, esa sería la fase tres del tratamiento que debe seguir. Al llegar al centro tuvo varias visitas con médicos y psicólogos que evaluaron su estado y determinaron cómo se iba a llevar a cabo la cura de su adicción; más tarde ingresó en el centro, un espacio supervisado las veinticuatro horas por especialistas donde el paciente aprende nuevos hábitos saludables que sustituyen a los síntomas de abstinencia. Matt ahora mismo se encuentra en uno de los pisos terapéuticos donde convive con otros pacientes, es similar a lo que vendría a ser un piso alquilado, con la diferencia de que los especialistas siguen acompañando a los pacientes en todo momento. Es aquí donde empiezan a tener pequeñas responsabilidades, como el mantenimiento del piso o el desarrollo de otras habilidades. Noah me ha dejado de piedra cuando me ha comentado que le notificaron que su padre había decidido estudiar Empresariales durante su recuperación. Es una muy buena noticia.

Observo cómo se mueve de un lado a otro mientras los nervios lo invaden por completo. Yo también estoy nerviosa por la reacción que pueda tener, me aterra que se venga abajo después de esta visita.

Durante unos instantes, cierro los ojos con fuerza y trato de disminuir el malestar en mi cabeza... No sé cuántos días han pasado desde que el dolor apareció, no es algo demasiado fuerte, así que trato de tomar antiinflamatorios por la mañana y por la noche que me ayudan a relajar la molestia por un par de horas, aunque en los últimos días parecen no hacer efecto.

Me repito una y otra vez que no es nada grave, solo es estrés, cansancio y demasiadas emociones acumuladas.

No quiero volver a pasar por esto otra vez.

La psicóloga ha hablado con Noah acerca del estado de su padre, y ahora debe esperar unos minutos para poder entrar al salón del piso. Apoyo mi espalda sobre la blanca pared lisa sin dejar de observar cómo él se inquieta más a cada momento. Lleva días tan absorto en la idea de ver a su padre que no se ha percatado de que el cansancio se apodera de mí. Me acercaría a él para tratar de tranquilizarlo, pero después de estos meses volviendo a conocernos, sé que es una pésima idea, porque lo más probable es que lo ponga más histérico aún. Es mejor acompañarlo dándole su espacio, así estoy para él y es él quien marca de qué modo necesita mi apoyo. Es algo que estoy poniendo en práctica desde que lo hablé con Carmen, apoyar desde la distancia que la persona necesite. Cada uno tenemos nuestra cueva, un lugar seguro cuando no sabemos qué ocurre; hay personas que dejan entrar a todos y hay otras que necesitan unos minutos de soledad antes de pedir ayuda.

La puerta se abre y sale una mujer con el pelo rojizo recogido en un moño alto, vestida de blanco y con una carpeta en la mano en la que comprueba datos. Cruza miradas con Noah y este la mira con desesperación.

—Matt Sanders los espera en el salón, disponen de algo para tomar sobre la mesa. La visita durará entre hora y hora y media, sin presiones. No se alarmen si surge algún problema, intervendremos de inmediato. Disfruten de la visita y muchas gracias por confiar en nosotros para el tratamiento de su padre. —La mujer nos dedica una sonrisa educada y le ofrece a Noah entrar.

Este se gira y me hace un gesto para que me acerque a él. Frunzo el ceño confusa, sin tener claro lo que quiere. Tengo intención de

esperar aquí para que pueda tener su momento en privado con su padre.

—¿Me acompañas, Luci? —me pide con la mirada inquieta.

—Noah, es tu padre, te esperaré aquí...

—Luci. —Noah echa un vistazo rápido hacia la enfermera, que espera pacientemente—. No quiero entrar solo, no sé qué me encontraré y me da terror no saber controlarme después de lo de esta mañana. Yo... te necesito, Lena. —Me ofrece su mano mientras sus palabras me acarician el corazón.

Asiento con una pequeña sonrisa. Noah no necesita que discutamos qué es mejor o qué es lo que se supone que debemos hacer, lo que necesita es apoyo... Me necesita a mí.

Noah me necesita y creo que no sabe lo mucho que yo lo necesito a él. Y no hablamos de un «te necesito porque sin ti no puedo vivir», hablamos de un «te necesito a mi lado porque contigo me siento más fuerte».

Nuestras manos se entrelazan de nuevo y paso tras él por la puerta. Recorremos un pequeño pasillo que rápidamente nos lleva al salón y choco con Noah en cuanto ve a su padre, porque su cuerpo se petrifica al instante. Froto su torso por encima de la camisa para tratar que la angustia y el terror se disipen de su cuerpo, y parece que funciona, porque sus piernas se mueven y echa a caminar hasta su padre, con quien se funde en un abrazo.

Me apoyo en el marco de la puerta viendo el reencuentro entre padre e hijo. Matt viste una camisa similar a la de Noah, luce impecable, aunque en su rostro son visibles los signos de la edad y el alcohol. Me emociono al verlos juntos de nuevo. No se sueltan y tampoco dejan de sonreír entre lágrimas.

Hacía años que no veía a Noah tan sentimental, tan natural, tan él. Durante todo ese tiempo me pregunté dónde se había quedado

aquel chico dulce que me traía caracoles para que yo los cuidara. Ahora sé la respuesta: aquel chico, al igual que yo, nos quedamos atrapados en el tiempo sin saber quiénes éramos ni que queríamos, y de formas totalmente diferentes llegamos a vivir experiencias muy similares. Y míranos ahora, desafiando a mi hermano cada vez que cerramos la puerta de la habitación.

—Te veo bien, papá. —Noah sonríe a su padre—. ¿Cómo te sientes? —pregunta con un atisbo de preocupación.

—Mucho mejor, hijo, de veras que sí... —Matt gira su rostro hacía mí con una expresión de sorpresa—. Pero ya veo que tú estás mejor que yo. —Le da una palmada en el hombro a su hijo—. Helena, pasa, pasa, no te quedes ahí, me alegro mucho de verte. —Sonrío emocionada por el comentario.

Ha pasado algo más de un año desde la última vez que vi al señor Sanders. Fue una de las muchas veces que vino a cenar a casa con su hijo y se pasó con el vino, o eso me dijo mi hermano, porque yo me hice la enferma para no bajar a cenar.

Camino con pequeños saltitos hasta llegar a él, mi intención era darle dos besos, pero Matt me atrapa y me estrecha contra él. La familia de Noah siempre ha sido muy cariñosa.

Las lágrimas vuelven a rodar por mis mejillas a causa de la emoción. Matt siempre ha sido un hombre muy atento tanto con su hijo como con Leo y conmigo, al igual que Bárbara. Mamá y papá son algo diferentes a ellos, siempre quise que mis padres pudieran ser igual de cariñosos que los Sanders.

—Me alegro de veros juntos, tu madre estaría muy orgullosa de ti, hijo, ya se lo dije cuando erais pequeños. —Me enternecen las palabras de Matt hacia su hijo, que no puede parar de sonreír.

No sé en qué momento nuestras manos vuelven a entrelazarse. Tal vez Noah tenía la intención de contarle a su padre que entre

nosotros se está creando algo, pero tengo la sensación de que Matt ya lo sabe.

—¿Le dijiste...? —pregunta Noah algo confuso tratando de descifrar lo que acaba de decir su padre.

—Tanto tu madre como yo sabíamos que en algún momento vosotros dos os veríais entre millones de personas. Bárbara decía que de alguna forma ya lo habíais hecho desde pequeños y yo le dije que con el tiempo, cuando fuerais algo más mayores, os daríais cuenta. Me hace muy feliz ver que mi mujer y yo teníamos razón. —Me quedo helada al escucharlo. Noah me mira con una sonrisa tímida y yo río nerviosa.

—Nos han pillado, Luci —dice con las mejillas sonrojadas.

—La cosa es quién no nos ha pillado, Noah. —Sonrío avergonzada.

Los tres reímos ante la situación, y de alguna forma siento que Bárbara está aquí, junto a Matt y Noah guiándolos en el camino, pero lo que no esperaba encontrarme es que de alguna forma ellos ya sabían que nosotros dos nos mirábamos de una manera especial.

Bárbara, si desde allí donde estés has hecho que mi camino y el de tu hijo se cruzaran de nuevo, gracias, de verdad. Gracias por salvarnos.

—Eso es algo complicado, hija, después de ver un precioso vídeo de vosotros dos en las noticias creo que es complicado. —Miro extrañada a Matt.

¿Cómo sabe de la existencia del vídeo? Miro a Noah, que también parece confuso. Matt no tiene acceso a un móvil, por lo que dudo que haya sido de esa forma, pero... Espera, espera, ha dicho que vio el vídeo en las noticias.

¿Cómo?

—¿El vídeo ha salido en las noticias? —pregunto abriendo los ojos como platos presa de la locura.

—Durante el almuerzo ponen las noticias en el salón y, al principio, no presté mucha atención, pero esa voz me sonaba de haberla escuchado en alguna parte y fue cuando alcé la vista hacia la pantalla y vi a mi hijo besando a la chica de la que lleva enamorado toda la vida. —Ahora mismo me muero de vergüenza y mis mejillas arden, al igual que las de Noah—. Por cierto, Lena, gracias por cuidar tan bien a mi hijo, me alegro tanto de que esto esté pasando.

Matt no deja de sonreír y yo tampoco.

¿Qué? ¿Noah siempre me ha visto de esta manera? No es la primera vez que el dato sale a relucir, pero lo que no hubiera imaginado jamás es que sus padres también lo supieran. Siento el calor subir por mis mejillas hasta sonrojarlas, me sudan las manos y el corazón me bombea con fuerza.

El vídeo ha llegado a la televisión nacional.

El vídeo donde Noah me besa se ha visto en la televisión.

El vídeo donde le agradezco que la vida lo haya traído de vuelta parece que ha dado la vuelta al mundo.

Pasamos el rato en el salón mientras tomamos té con galletas. Noah pone al día a su padre mientras yo me conformo con estar feliz por ellos. Me alegro de ver a Matt en tan buen estado, sin duda su hijo necesitaba buenas noticias, porque llevaba semanas algo apagado e inquieto y no quería que esa angustia le rondara más de la cuenta.

Tocan a la puerta y tanto Noah como yo nos giramos para ver a la mujer pelirroja entrar, y asentimos al entender que es hora de despedirnos. Aunque no para siempre, porque a partir de hoy Matt

puede recibir visitas cada quince días y no dudo en que Noah vendrá a verlo puntual como un reloj.

Nos despedimos con un gran abrazo lleno de emoción, hoy no doy abasto con el paquete de pañuelos.

—Nos vemos pronto, hijo. —Lo abraza a él para después dirigirse a mí—. Lena, siempre has sido una hija para mí, cuida de Noah tan bien como sabes y, por favor, la próxima vez quiero ver al equipo completo. —Me río cuando me guiña un ojo.

—La próxima vez vendremos con el equipo preparado —respondo consiguiendo que todos sonriamos.

La enfermera nos acompaña hasta la salida del piso, le agradecemos los minutos extra que nos ha dado y nos dedica una sonrisa amable.

La suave brisa choca con nosotros al salir del edificio. Caminamos hacia el coche en silencio, escuchando cómo esta vez nuestras mentes parecen reproducir los bonitos momentos de la visita a Matt.

—Tenías razón, Luci... —susurra suavemente Noah detrás de mí.

Sus manos viajan a mi cabello suelto, sus dedos se entrelazan con algunos mechones que acaricia con suavidad, dejándolos detrás de mi oreja.

—¿En qué? —Frunzo el ceño confusa e inmersa en la calidez de su piel.

—Mi madre nos ve desde donde esté. —Se me enternece el alma al saber que se ha topado con una señal.

Llegamos al coche en pocos pasos y me acerco a él atrapándolo entre el vehículo y yo. Apoyo mis caderas sobre él y, aunque lo pillo por sorpresa, no tarda en reaccionar y enredar sus brazos sobre mi cintura.

—¿Has visto una señal? —le pregunto curiosa mientras esbozo una sonrisa algo forzada, tratando de ocultar que me siento

agotada.

—Tú eres la señal de que todo está bien, Luciérnaga. —Se me para el corazón por unos instantes.

No me deja contestar porque deposita un suave beso sobre mis labios con delicadeza.

Yo soy la señal de que todo está bien.

No lo sería si Noah no fuera la mía.

Capítulo 58



Lena

Mamá y papá han insistido en que cenemos en casa para descansar bien antes del viaje de vuelta a casa, y vamos a estar todos juntos aprovechando que papá acabará su turno hacia las nueve. Haber hablado con mamá sobre la enorme ilusión que nos hace vernos ha hecho que me replantee muchas cosas, ¿y si yo estaba equivocada? Tal vez Noah tuviera razón: mis padres no disponen de mucho tiempo libre, pero con el que tienen hacen lo posible para pasarlo en familia.

La distancia que he tratado de poner entre mi familia y yo me explota en el rostro cuando sigo los pasos de Noah por la entrada de mi propia casa. Estoy nerviosa por cómo reaccionaré si mamá o papá me reprochan no haber venido hasta ahora. No sé si son conscientes de dónde pasé los días de Navidad y por unos instantes temo que la insistencia de mi madre para venir haya sido para pedirme explicaciones.

Leo parece habernos escuchado porque nos abre la puerta antes de que pueda introducir las llaves en la cerradura. Él ha estado por aquí y por allá toda la tarde y ha salido a tomar algo con sus amigos del pueblo mientras nosotros visitábamos a Matt.

Cuelgo mi chaqueta en el ropero de la entrada para seguidamente guardar la de Noah. Me desato las botas militares que llevo y las coloco correctamente en la estantería de zapatos mientras busco mis zapatillas; tardo unos pocos segundos en ver que se encuentran en la balda de abajo, justo al lado de las de Noah. Observo la pared llena de mis pinturas: el pelícano, los gatitos, el paisaje del mar...

En casa solemos utilizar zapatillas para poder mantener los pies calentitos, ya que al tener el suelo de baldosas muchas veces es un tanto frío y aun así yo caminaba descalza a diario.

Una vez calzados caminamos hasta la cocina, donde escucho la voz de mi madre, y se me hace un nudo en la garganta en cuanto la oigo preguntarle a Leo sobre las clases. Con la cabeza gacha me asomo por la puerta junto con Noah, quien me sostiene por la cintura dándome fuerza, acompañándome sin presionar.

—Noah, cariño, ¿cómo te encuentras? —Mi madre se acerca a él y le da un cálido abrazo. Siento un pinchazo de celos en mi interior.

—Bien acompañado estoy. —Noah estira su brazo para estrecharme contra él y hace que los pinchazos desaparezcan.

Mi hermano nos observa apoyado en la encimera de la cocina, con los primeros botones de su camisa azul abiertos. Deseo que este fin de semana nos apoye, porque si no sé que no funcionará nada que Noah y yo intentemos.

—Mi hija es una excelente compañía, no lo dudes, muchacho. —Mamá sonríe—. ¿No le vas a dar un abrazo a tu madre? Anda, ven aquí, deja que te abrace, que hace mucho que no lo hago. —Las

palabras de mi madre me pillan por sorpresa y justo después me atrapa entre sus brazos.

Mamá huele a su perfume favorito de lavanda. Me atrae hacia ella consiguiendo que dé un paso hacia delante para abrazarme mejor, y me permito cerrar los ojos y aspirar cada milésima de segundo de este momento. Estoy acostumbrada a pillar a mis padres a punto de salir de casa para ir a trabajar y a que durante los pocos días de fiesta alguna llamada de trabajo interrumpa todo y alguno tenga que salir corriendo por una urgencia en el hospital. Había días enteros en los que no veía a papá: se iba antes de que yo abriera los ojos y volvía cuando ya estaba dormida. Siempre he sentido que me faltaba una parte de ellos. Eso no significa que me quieran menos, pero estoy comprendiendo que soy distinta a ellos, que necesito más abrazos, más llamadas, más ellos, y está bien.

—Mamá, el horno... —Y a la velocidad de la luz, mi madre sale pitando presa del miedo de que lo que sea que se esté horneando se chamusque.

—Están bien, están doraditos, como a papá le gustan —suspira aliviada entre el vapor que sale al abrir el horno—. Menos mal, si no tendríamos que pedir pizza. —A mi hermano se le ilumina la cara—. Ni se te ocurra, Leonardo. —mamá le advierte quitándole la idea de la cabeza.

—¿Ayudamos en algo, Carlota? —pregunta Noah.

—Podéis preparar la mesa mientras llega Jaco —propone con una sonrisa sincera.

Los dos asentimos, salimos de la cocina y entramos al salón, y me quedo algo extrañada al ver los muebles en una posición distinta a lo habitual. Noah ríe con mis muecas algo extrañas y me pellizca suavemente para pincharme. Madre mía, el salón parece un museo. Abro los ojos como platos mientras observo cómo mis padres se las

han ingeniado para aprovechar toda la pared, de arriba abajo, para que cupieran más de mis pinturas y dibujos.

Mis manos colocan cada cosa en su lugar en la mesa de forma automática, y pienso en la reacción que acaba de tener mamá conmigo. Ha sido algo bonito que agradezco, y a la vez me ha dejado descolocada, porque mi madre suele ser de besos fugaces porque tiene prisa por ir a trabajar, pero hoy no ha sido así. Ojalá lo de hoy se repita más a menudo.

Pasaremos la noche aquí y mañana volveremos al piso a contrarreloj para terminar algunos proyectos que tenemos que entregar esta semana. Ando algo desbordada y con la cabeza demasiado pesada, pero he tratado de avanzar todo lo posible para poder dedicar el fin de semana a apoyar a Noah en todo lo que necesite. Insistí a Leo en que estos días apartara su faceta de hermano sobreprotector y se dedicara a apoyar a su mejor amigo, porque eso es lo único que Noah necesita ahora mismo: apoyo.

Él ha querido que lo acompañara a visitar a su padre.

Aprovechando que no estamos en el piso, quiero dormir a su lado. Ya son muchas noches en las que vuelvo a tener insomnio de madrugada, algunas de ellas me he parado frente a la puerta de su habitación decidida a entrar y hacerme un hueco a su lado, pero no lo he hecho por si mi hermano se lo tomaba a mal.

Por eso, hoy dormiremos en mi habitación, la que ha sido confidente de muchas de nuestras conversaciones a altas horas de la noche. Suspiro cansada porque mi batería para el día de hoy lleva horas agotada, pero aun así sigo en pie y trato de sonreír para que nadie pueda notarlo.

No quiero preocuparlos.

Noah no necesita cargar con más preocupaciones.

Mi hermano se pondría histérico y aún mucho más protector si supiera que llevo días con dolor de cabeza. Me pellizco el puente de la nariz con suavidad mientras aprovecho que Noah está de espaldas a mí cargando con la pila de platos que acaba de coger de la vitrina.

Duele.

Trago saliva con dificultad.

«Voy a aguantar», me digo a mí misma.

El sonido de una campanita me despierta de mi trance y caigo en la cuenta de que ha sido el móvil de Noah al ver que lo saca de su bolsillo. Me dedica una sonrisa tierna que también le devuelvo.

Los nosés de Lena.

Mierda, agarro el móvil del bolsillo trasero del pantalón y echo un vistazo rápido tanto a Instagram como a TikTok para comprobar que el vídeo programado se ha subido correctamente. Noah se acerca a mí con la publicación abierta y sube el volumen de su teléfono. Paso un brazo por su cintura y apoyo la mejilla sobre su pecho mientras él me abraza por detrás.

Ambos miramos la pantalla.

El vídeo se abre y se me escucha decir: «No sé si se me da bien cantar, es algo que tanto tú como yo vamos a descubrir en este vídeo».

Vemos cómo coloco los dedos sobre el teclado de la sala de música de la universidad. La Lena del vídeo suspira mientras presiona las teclas que poco a poco forman la melodía.

«No hace falta que te diga que esto es por y para ti».

Se me encoge el corazón al verme a mí misma mostrarme de tal manera delante de una cámara y, a estas alturas, delante de miles de personas, pero las redes se han convertido en un diario personal en el que me animo a mí misma a salir de mi zona de confort y a ponerle palabras a aquello que sucede en mi interior.

Es mi voz la que empieza a resonar por el salón, y sonrío al verme a mí misma descubriendo cosas que no sabía que me gustaran. Solo yo soy capaz de cantarle una de mis canciones favoritas de *High School Musical* al chico del que llevo meses enamorándome aún más de lo que ya lo estaba.

Levanto la vista hacia Noah, que mira el teléfono embobado. Sonrío feliz al ver cómo los pequeños detalles se pueden convertir en grandes momentos alegres.

Como el que estamos viviendo ahora mismo.

«¿Qué me dices? ¿Se me da bien cantar o voy a tener que seguir haciéndolo solo en la ducha?»

Salgo tan natural en el vídeo, tan yo, con mi pelo recogido en dos moños y mi vestido rojo favorito, tocando acordes básicos en un teclado que no es mío, en una sala abierta en la que los alumnos pueden entrar y usar los instrumentos.

¿Quién me iba a decir que en pocos meses me iba a convertir en *influencer*? Y, sobre todo, ¿quién me iba a decir que me descubriría a mí misma hasta el punto de ser capaz de vivir el ahora, gracias a las recomendaciones de Carmen acerca de concentrarme al máximo en todo aquello que me rodea? Estoy compartiendo en redes algunos ejercicios que me han ayudado a reflexionar y a sentir que avanzo de manera correcta por mi camino.

—Luci, ¿cómo es posible que seas tan bonita? —Son sus dedos los que aterrizan sobre los míos y con un suave gesto me hace girar sobre mí misma, y no puedo evitar reír.

—No lo sé —respondo juguetona.

—Tal vez deba grabar un vídeo explicándolo, ¿no crees? —me pregunta a escasos centímetros de mi boca.

—Mejor me lo cuentas esta noche —ofrezco seductora.

—¿Esta noche? —sonríe malicioso.

—Mmm, en mi habitación —respondo en un susurro cerca de su oído.

—Así que quieres que hagamos cosas indecentes en tu habitación, entiendo. —Abro los ojos como platos, y me giro para ver si Leo, mi madre o quien sea nos ha escuchado.

Por suerte estamos solos.

Mamá parece tener una buena charla con Leo en la cocina.

—Tengo una fantasía que cumplir. —Su expresión de sorpresa me provoca una risita nerviosa

Los labios de Noah se abren para responder, pero el sonido de la puerta nos interrumpe por completo. Debe de ser mi padre, que ya ha llegado de trabajar.

—Tendrás que contármelo más tarde, princesa —me susurra al oído provocando un enorme cosquilleo en mi interior.

—¿Dónde está mi chiquitina? —pregunta mi padre alzando la voz desde el recibidor.

Sonrío como cuando tenía seis años y salía corriendo en su busca cada vez que llegaba a casa.

* * *

Prácticamente hemos acabado con toda la comida que había sobre la mesa. Papá está muy contento de tenernos a todos en casa, lo primero que ha hecho al llegar ha sido venir a darme un achuchón como los que me daba cuando era una niña, y casi me convierto en un mar de lágrimas. Empiezo a sospechar que Leo ha tenido algo que ver en todo este cambio de actitud de mamá y papá.

Y si lo ha sido, se lo agradezco. Tal vez yo aún no sea capaz de expresar todo lo que soy y lo que necesito con mis padres, y está bien ir a un ritmo más lento, no es menos válido.

Los chicos han hablado sobre sus clases, papá se ha quejado de las innumerables guardias que cubre durante la semana y mamá ha anunciado que coge vacaciones durante unas semanas para poder descansar y nos han invitado a los tres a bajar para inaugurar la piscina.

—¿Qué tal las clases, Lena? —pregunta mi padre pillándome por sorpresa.

—Bien, bastante bien... Demasiado trabajo en tan poco tiempo —respondo sincera.

—¿Ya tienes alguna idea de qué harás cuando te gradúes? —Esta vez es mi madre la que pregunta curiosa.

Me doy unos segundos para pensar en la respuesta. Tal vez no he encontrado lo que esperaba en la carrera, pero sí estoy encontrando algo que me gusta en mi proyecto.

—Tengo alguna idea —sonrío.

—Ya sabes que tu madre y yo estamos algo perdidos en este campo, tal vez no es tarde para estudiar alguna otra cosa con la que sea más sencillo labrarte un futuro.

—Estoy de acuerdo con tu padre, Lena... No queremos que te sea complicado encontrar trabajo.

Ahora entiendo por qué estaban tan amables y por un momento me siento realmente estúpida por estar aquí, solo tengo ganas de levantarme e irme a dónde sea, pero lejos de aquí. La mano cálida de Noah se posa sobre mi muslo captando toda mi atención y busco sus ojos, que me miran con intención de transmitirme toda la calma posible.

—Ellos no saben, Luci —me susurra haciendo referencia a mis nosés. Asiento con una sonrisa de medio lado.

Inspiro profundamente para llenarme de valentía. Amo lo que hago cada día y quiero seguir haciéndolo el resto de mi vida. Es hora

de defender lo que quiero con uñas y dientes.

—Mamá, papá, estudio artes, tal vez penséis que no tiene salidas laborales, pero las hay y a patadas, desde tasadora de arte a guía turística... ¿Sabéis lo bueno de mi carrera? Que si no hay trabajo te lo inventas, y estoy muy feliz de llevar cuatro años pintando y coloreando porque es lo que de verdad me apasiona. Tal vez dibujando retratos no me dé para el alquiler de un piso, pero si es necesario no dormiré y dibujaré toda la noche si de ese modo consigo vivir plenamente de lo que adoro hacer.

»Tenéis razón y, en realidad, no sé qué haré el año que viene y eso me aterra. Me da pánico que os enfadéis porque mi carrera no me haya servido si no encuentro trabajo o algo productivo que hacer. Hace meses que siento una presión muy grande sobre mí y no debería ser así. Quizás no me convierto en la hija que esperabais, pero no puedo encajar en puzles que no son míos... —Suspiro y libero toda la tensión acumulada desde hace mucho tiempo.

—Lena, cariño, siento mucho que te sientas de esta forma. Tu padre y yo no pretendíamos presionarte, supongo que actuamos bajo la ignorancia porque no sabemos mucho acerca de este campo —responde mi madre, con una mano en el pecho.

—Hagas lo que hagas estaremos orgullosos de ti, Lena. Nosotros te queremos tal como eres y eso te convierte en la hija perfecta, aunque a veces nos tengas que explicar tus inquietudes y deseos varias veces hasta que los entendamos. —Papá acerca su mano a la mía y le da un suave apretón cariñoso—. Todos los presentes estamos orgullosos de todo lo que estás haciendo en redes sociales, me parece una idea increíble que te abras de esta forma al mundo, eres muy valiente, chiquitina. —Me sonríe—. Además, no cualquiera puede presumir de que su casa parezca un museo gracias a que su hija es una gran artista.

—No dudamos de que vas a llegar muy lejos, Lena —Las palabras de mamá consiguen que una lágrima resbale por mi mejilla—, con lo que sea que te propongas.

—Eres una artista, hermanita, y sea lo que sea que hagas lo harás bien —asegura Leo.

—Solo tú decides en quién te quieres convertir, Luci, y está bien no saberlo aún, puedes descubrirlo poco a poco —añade Noah.

—Me habéis traído para hacerme llorar. —Señalo a todos con mi dedo índice acusándolos.

Todos explotamos en risas.

—Bárbara tenía razón cuando decía que haríais una gran pareja —dice mamá emocionada.

Mi mano desciende hasta atrapar la de Noah, que sigue posada sobre mi muslo.

—Nosotros tampoco lo dudamos en ningún momento, cariño —le dice papá a mamá.

¿Ellos lo sabían?

Parece que el destino habló mucho antes de que nos diésemos cuenta.

Leo lo sabía.

Bárbara lo vio.

Matt lo sabía.

Mamá lo vio.

Papá lo sabía.

—Nos tienen fichados. —Noah ríe nervioso.

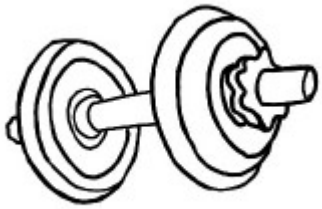
—Parece que nunca dejamos de ser nosotros —respondo con una sonrisa vergonzosa.

—Siempre hemos sido nosotros —concuerda Noah tierno.

La vida nos da lo que necesitamos en cada momento, nos junta y nos separa para aprender a valorar nuestro entorno y a vivir sin

dejar nuestra esencia en manos de los demás. Somos dueños de nosotros, de nuestra vida y de lo que queremos en ella, y debemos aceptar lo que no fue para darle paso a lo que puede llegar a ser.

Capítulo 59



Noah

He comido mucho durante la cena, puede que sea porque este mediodía no he podido probar bocado de lo nervioso que estaba por reencontrarme con mi padre después de siete u ocho meses que me han parecido una eternidad. Llevo días angustiado, porque sé que deben de haber informado de ello al señor López, el padre de Sandy. Estaba aterrado por si su hija decía o intentaba convencer a su padre de retirarme su favor. Aunque eso hubiera ocurrido quiero creer que mi padre hubiera estado bien aquí, pero no he querido arriesgarme a ello, así que ahora me dedico a esquivar a la chica rubia con la que comparto clases.

La última vez que se molestó tanto conmigo fue la misma vez que sentí que parte de los hilos de mi vida los controlaba ella a su antojo. Recuerdo que tuvimos una discusión durante el verano porque no disponía de mucho tiempo para pasarlo con ella, de ahí que sus padres se ofrecieran a pagar las tasas médicas de mi padre.

No accedí.

Sandy se encargó de explicarle a su padre que habíamos tenido una bronca monumental y que ya no hacía falta que llamara a su conocido para que pudieran hacerle un hueco a mi padre en la clínica.

Se me cayó el mundo encima cuando vi que no aceptaban el primer pago y el ingreso inmediato de mi padre.

Sandy apareció por el chiringuito con una sonrisa maliciosa y un bikini diminuto para pasar la noche en la barra viendo cómo organizaba las comandas, y me sentí en la obligación de pedirle disculpas y quedarme hasta las tantas despierto.

Me aterraba que se volviera a repetir.

Por ello no he querido leer ni abrir ninguno de sus muchos mensajes.

Me muevo sobre el colchón buscando a Lena a mi lado, pero no encuentro nada más que sábanas enredadas.

Abro los ojos y solo veo una gran oscuridad por todas partes, menos un rincón de la habitación por donde se cuela la luz de la Luna.

La ventana corredera que da al balcón está levemente abierta y hace que el fresco de la noche entre y mueva las cortinas con suavidad. Me pongo en pie lentamente, ajustando el pijama que mi mejor amigo me ha prestado esta noche sin poner ninguna pega al hecho de que durmiese con Lena. Nadie en esta casa nos lo ha reprochado, incluso me atrevería a decir que nadie ha reparado en ello, porque he sentido como si ya lo hubieran dado por hecho.

Mis pasos son lentos y pesados. Me asomo por el hueco de la ventana que está abierto y me encuentro con su figura estática sobre un sillón enorme a poco menos de un metro de mí.

Sigue siendo plena noche y me pregunto si ella ha podido pegar ojo en algún momento, debe de estar cansada de la semana y aun así no ha dudado en acompañarme durante el día de hoy.

Toco suavemente el cristal de la puerta para llamar su atención. Su larga melena se mueve hacia un lado, sus ojos chocan con los míos y su cuerpo se pone en pie con intención de venir hacia mí, pero mis pasos son más rápidos. Atrapo su cintura con suavidad, me quedo cara a cara ante ella y trato de analizar su expresión en busca de cualquier detalle que pueda indicarme si algo va mal. Tomo asiento y con delicadeza tiro de ella hasta que queda sobre mí, y se recuesta sobre mi pecho enterrando su cabeza en el hueco de mi cuello.

—¿No puedes dormir? ¿En qué piensas? —susurro dejando un suave beso sobre su cabello.

—Solo quería ver la Luna... —murmura cerrando los párpados.

—Podemos verla desde la cama y así descansas, que lo necesitas —propongo preocupado por verla sin energía alguna.

—¿Me llevas? —sonríe débilmente.

—Te llevo a ver las estrellas si hace falta, Lena.

Su sonrisa no se desvanece, pero no abre los ojos. Rodeo su cuerpo con más fuerza, me pongo en pie y atravieso la ventana. Camino despacio para no hacer ruido y despertar a alguien. Dejo su cuerpo sobre el colchón con cautela, tiro de las mantas para arroparla y ella se mueve con lentitud y estira el brazo hacia mi lugar en la cama.

Me está buscando.

Lena está completamente dormida.

Antes de que su búsqueda cese me meto bajo las mantas. Nuestras pieles se rozan y automáticamente ambos nos

acomodamos sobre el colchón. Lena busca mi pecho mientras yo la rodeo con el brazo.

En ese preciso instante la luz de la pantalla de mi móvil ilumina la estancia. Giro la cabeza hacia la mesita de noche, lo atrapo entre las manos y veo que una llamada entrante de Sandy es la causa de que se iluminara.

Son las tres de la madrugada.

—¿Por qué te llama...? —masculla Lena con los ojos fijos en la pantalla.

Trago saliva con dificultad. Cuelgo la llamada y vuelvo a dejar el teléfono sobre la mesita, esta vez boca abajo para evitar que esto vuelva a suceder. Lena apoya las manos sobre el colchón y se queda medio sentada a mi lado observándome y esperando respuestas.

—Porque sabe que he visitado a mi padre hoy... Supongo que creerá que necesito compañía esta noche —suspiro derrotado mientras vuelven a mí las imágenes de incontables noches en las que eso sucedía.

—¿Y la necesitas...? —pregunta con seriedad.

Me giro para ver cómo su mirada se llena de inseguridad y confusión, como si estuviera a punto de romperse en cualquier momento.

—Todo lo que necesito lo tengo aquí... —susurro buscando su cuerpo entre la oscuridad—. La única compañía que necesito es la tuya, Luciérnaga... Ven. —Tiro de ella suavemente hasta que vuelvo a sentirla sobre mí—. No me dormiré hasta que tú lo hagas...

No intercambiamos más palabras esa noche. El cansancio acumulado de días nos pasa factura, su cuerpo se destensa poco a poco y su respiración se calma anunciando que el sueño le ha ganado la batalla. Es el turno de que el mío también lo haga.

Pero no puedo dejar de pensar en por qué Sandy me llama a las tantas de la madrugada, sabiendo que ya no necesito su compañía porque ahora estoy aprendiendo a querer y a ser querido de buena manera, gracias a Lena.

No dejo de darle vueltas durante toda la noche.

Capítulo 60



Lena

Salimos más tarde de la hora prevista para volver al piso, es posible que tenga que quedarme despierta de madrugada para conseguir acabar una serie de retratos en blanco y negro que he ideado para mi proyecto. No son retratos de personas, sino de objetos y lugares que son parte de mí. La serie en conjunto es un autorretrato personal que está a medio hacer porque me faltan horas en el día para poder llegar a todo.

He dormido tranquila sobre el pecho de Noah, caí rendida al cansancio acumulado de toda la semana. Pero ahora he recargado las pilas y eso me ha hecho preguntarme a qué se debió la llamada de Sandy a las tantas de la noche, incluso antes de que pudiera abrir los ojos. Estaba despierta cuando Noah se levantó con delicadeza de la cama, y también lo estaba horas más tarde, cuando mi hermano y Sanders hablaban en el pasillo acerca de dejarme descansar, porque lo necesitaba.

Tenían razón.

Necesitaba descansar.

Ahora que tengo más energía mi cabeza está más despierta que yo.

¿Por qué le llama?

¿Siguen teniendo relación?

¿Hablan?

¿Cómo debería sentirme al respecto?

¿Es a estas cosas a lo que se refería mi hermano cuando me decía que no quería que saliera dañada de esta situación?

¿Sigue habiendo algo entre Sandy y Noah?

¿Noah la mira como me mira a mí?

¿Si yo no hubiera estado a su lado la noche anterior se hubiera ido con ella?

Suelto el lápiz de mala gana sobre los papeles que componen mi proyecto.

No sé qué hora es, llevo encerrada lo que parece ser una eternidad. De camino a casa he estado callada, he cerrado los ojos y me he hecho la dormida mientras Noah acariciaba mis manos con suavidad.

No he querido abrir los ojos.

Solo podía ver la imagen de Sandy sonriéndome maliciosamente.

Suspiro impotente, con la mirada fija en el dibujo del peluche con el que dormía de pequeña. No estoy inspirada para dibujar, no me apetece darle sombras al dibujo... Solo tengo cuarenta y ocho horas para terminar la serie y llevo dos dibujos de seis.

«No me da tiempo», me repito una y otra vez.

Tres toques en la puerta me hacen desviar la mirada para ver quién abre con cautela. La cabecita rubia de Leo se asoma por el hueco.

—¿Sigues trabajando? Deberías descansar, Lena... —me dice con tono preocupado.

—No he acabado el trabajo, Leo, solo tengo dos días para terminarlo, tengo que seguir —suspiro agotada.

La energía que he conseguido acumular la noche anterior ha tardado dos suspiros en desaparecer. Por lo menos el dolor de cabeza parece haber disminuido, sigue estando presente, pero muy levemente, como si fuera el ruido blanco de una televisión.

—Puedo llamar a Noah si es lo que necesitas... —añade dubitativo.

No estoy segura de qué contestar a sus palabras. Me encanta pasar tiempo con Noah, pero por otra parte tengo la mosca detrás de la oreja con lo de Sandy y sentir que no tengo ánimos ni energía no ayuda. No quiero ser una carga ni para él ni para mi hermano, por ello esbozo una sonrisa con todas mis fuerzas.

—Te lo agradezco, Leo, de veras. No estoy de humor y no quiero pagarla con vosotros..., solo quiero terminar el trabajo y olvidarme —me explico sin moverme de mi asiento.

Mi hermano entrecierra los ojos buscando fallos en lo que acabo de decirle y me mira pensativo, como si no acabara de creer mis palabras.

—¿Ha pasado algo?

Podría responder que Sandy.

Pero no lo haré, porque sé que mi hermano diría eso de «ya te avisé» y solo sería un motivo más para volver a tensar la convivencia o generar cualquier discusión entre ellos.

No me da el cuerpo para más.

—¿Qué va a pasar? —pregunto intentando quitarle hierro al asunto.

—Nada, nada, serán cosas mías... No te preocupes. —Se rasca la nuca algo nervioso—. Estamos en el salón por si nos necesitas, ¿vale? Podemos ayudarte con el proyecto.

Se lo agradezco y tal vez en otra ocasión le hubiera dicho que sí, pero no hoy.

—Gracias, Leo, iré a dormir y mañana por la mañana seguiré. Buenas noches —digo con intención de dar por terminada la conversación.

Cuando estoy agotada me pongo de muy mal humor.

Cuando tengo cosas que hacer y no tengo tiempo me causa ansiedad e impotencia.

Cuando me siento impotente solo quiero estar sola.

—Está bien... Buenas noches, hermanita, descansa —dice no muy seguro.

Me dedica una sonrisa algo apagada, le devuelvo el gesto y sus mechones rubios desaparecen cuando vuelve a cerrar la puerta con suavidad.

Ahogo un suspiro.

¿Qué siento?

Me lo pregunto a cada instante.

Tengo miedo y estoy luchando con todas mis fuerzas para no ser su presa.

* * *

Dos días después sigo en el mismo lugar con el mismo proyecto entre manos, con la diferencia de que esta vez le he pedido a Carmen si podía seguir avanzando durante la sesión. Me quedan horas para entregarlo y apenas he comenzado con el cuarto dibujo. Esto de que el profesorado diga que cuanto más grande sea la obra,

mejor es una mierda. Sinceramente, no son fáciles de transportar y mucho menos de elaborar. Tengo que estar haciendo malabares con el papel sobre la mesa para poder seguir sombreando las zonas más oscuras de una casa en la montaña.

—¿Te dará tiempo? —pregunta Carmen al otro lado de la pantalla.

Ese es el gran obstáculo, poder acabar los proyectos a tiempo.

Suspiro impotente y alzo la vista hasta la cámara.

—Solo tengo esta noche para hacer la mitad del proyecto... No creo que pueda entregarlo terminado —admito después de días ansiosa.

—¿Por qué no descansas mientras hablamos? Si no vas a poder acabarlo, no hay motivo para que sigas pasando todas las horas posibles con la vista puesta sobre el papel.

—¿Y qué entrego?

—Lo que tengas, Lena. Es solo un ejercicio de clase, no se trata de vida o muerte, es bueno que le des importancia a todo lo que hagas por pequeño que sea, pero como tu terapeuta me veo en la obligación de recomendarte frenar, porque ha llegado a mis oídos que llevas prácticamente dos días encerrada en tu habitación. —Frunzo el ceño sin entender cómo Carmen es capaz de saberlo si no hemos hablado.

—Lo sé, Carmen, pero no quiero fracasar ahora que estoy llegando a la meta —admito haciendo un mohín. Suelto el lápiz y con un suspiro cansado apoyo la espalda sobre el respaldo de la silla.

—Esto no es fracasar, Lena, es aprender dónde tienes que invertir tu tiempo, de qué manera y con qué límites. ¿Cuántas horas aproximadamente llevas con el proyecto?

Me doy unos segundos para pensar y calcular los días que llevo sentada o pegada a la pared donde he colgado varios dibujos para

poder sombrearlos mejor.

—Unas treinta y dos.

—Son muchas horas para un solo ejercicio de clase, ¿no crees? —Asiento—. ¿Qué cosas has dejado de lado por estar con este proyecto?

—Noah... —pronuncio su nombre antes de poder buscar respuestas—, mi hermano, el gimnasio, dormir, mis amigos, salir de casa para algo más que no sea ir a la universidad...

—Estás sacrificando demasiadas cosas. Hay veces en las que es necesario sacrificar algunas para poder tener otras, pero en este caso, Lena, necesitas descansar, solo hay que verte...

—¿Entonces lo dejo como está?

—Eso dependerá de ti. Primero tómate un tiempo de descanso. Puedes pedirle a Noah ir a algún sitio durante un rato, conversar con tu hermano, darte una buena ducha... y después vuelve al papel siendo consciente de que puede que no llegues a la entrega establecida y no se va a acabar el mundo. Lo que trato de hacerte entender es que hay muchas otras cosas vitales que van por delante de las tareas estudiantiles. No olvides tus prioridades, Lena. No es bueno acumular estrés durante tantos días, si sigues así, de una forma u otra lo notarás físicamente.

—Hace semanas que... me duele la cabeza —susurro. Carmen levanta la cabeza de su cuaderno y me observa en su pantalla con preocupación—. Es muy leve —me apresuro a detallarle para que su preocupación no vaya a más.

—Vamos a hacer una cosa, Lena, ¿mañana tienes la entrega del proyecto?

—Mañana por la tarde.

—Bien, ahora cuando acabemos la sesión vas a ir a darte una buena ducha, vas a cenar algo rico y vas a dormir tranquila mientras

yo te preparo un justificante médico que indique que debes quedarte en casa descansando el resto de la semana —dice seria—, ¿entendido?

—Sí...

—De esta manera puedes acabar el proyecto con calma sin forzar tu cuerpo si lo sientes cansado, porque es evidente que lo estás, Lena. Siento ser tan autoritaria hoy, pero como tu terapeuta no puedo hacer como si solo fuera algo puntual, porque no lo es. Cada vez que se acumulan los proyectos, no descansas bien y te pones nerviosa, y apuesto a que no es la primera vez que te duele la cabeza tantos días. —Ladea su cabeza sin dejar de mirarme.

—No —admito cabizbaja.

—No pasa nada por no encontrarse bien, Lena, pero ahora que sabemos que hay un problema, vamos a darle una solución. Lo dejamos aquí por hoy, deja el lápiz quieto y sal de la cueva, descansa. Voy a redactar el justificante para que puedas enviárselo a tus profesores. —Esboza una pequeña sonrisa dulce y protectora.

—Gracias, Carmen, descansaré.

—Eso es lo que quería oír. Nos vemos, cielo. —Se despide con un gesto que yo repito.

Miro la puerta de mi habitación, ¿cómo puede ser que me sienta tan cansada como para llegar hasta ella?

Cierro los párpados con fuerza mientras suspiro.

Cojo mi móvil, mis dedos teclean la pantalla con lentitud. Enviar.

Noah Sanders, ¿te apetece que nos tumbemos juntos a descansar?

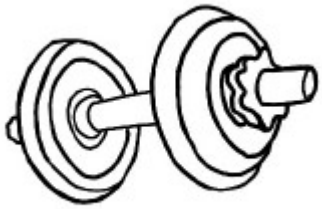
Dos segundos después la puerta de mi habitación se abre. Entra Noah, con su pijama puesto, móvil en mano, y su mirada se fija en mí en un instante. Sabe que algo no anda bien y yo sé que se arreglará si estoy con él.

—Luciérnaga, ¿me estás invitando a dormir contigo? —Sí, sí y sí.

Esta noche duermo sobre su pecho. Me muerdo la lengua para evitar preguntarle si Sandy le ha vuelto a llamar. Me concentro en el vaivén de su respiración y en el cosquilleo que me genera que sus dedos se enreden y peinen mi cabello.

Puedo descansar.

Capítulo 61



Noah

Lena estuvo en casa durante una semana entera, no salió ningún día y prácticamente se pasaba las tardes durmiendo mientras yo bajaba al gimnasio a atender los entrenos de los clientes. Eché de menos pasar tiempo con ella en mis horas libres. Y también durante el resto del día, por eso siempre que podía me presentaba en su habitación a arroparla mejor o cocinaba algo rico para que cenáramos todos juntos. Tanto Leo como yo hemos estado atentos por si Lena se encontraba peor, aunque por suerte no ha sido así y poco a poco ha ido recuperando la energía y la sonrisa tan bonita que enmarca su rostro.

A pesar de que necesitaba descansar, tampoco se despegó demasiado del lápiz y los papeles enormes. No quiso dejar inacabado su proyecto, decía que no solo era un ejercicio de clase, sino que también se trataba de las piezas que son parte de ella.

Pudo entregarlo con calma una semana después gracias a que Carmen le mandara reposo inmediato.

Después de eso las semanas han pasado volando entre entrenos con clientes, proyectos y exámenes de la universidad en los que milagrosamente consigo un aprobado. No me lo explico, la verdad. Cada vez le dedico menos tiempo a todo lo que tenga que ver con la carrera, no por falta de motivación, sino porque el día tiene veinticuatro horas y si con suerte duermo seis ya me doy por satisfecho.

Es cierto que estamos en la recta final del curso, el calorcito de la primavera ya ha llegado a la ciudad y abril ha empezado con buen pie porque he visto que Lena se encontraba mejor y volvía a ponerse sus vestidos de colores que tan bonita la hacen. Siempre me ha resultado curioso el estilo de vestir de Lena, porque no es algo que se aleje de la ropa que llevan las chicas de hoy en día y, a la vez, es totalmente distinto. No la verás vistiendo unos *shorts* y un top en mitad del verano, pero sí con sus sandalias altas luciendo preciosa con sus típicos trajes azulados veraniegos.

Dependiendo de la época del año, viste de un color distinto y lo mejor de todo es que creo que lo hace de manera inconsciente. En invierno de rosa, en otoño de granate, en verano de azul y en primavera todos los colores con los que no se viste durante el resto del año.

Después de aquellos días en los que tanto mi amigo como yo estuvimos atentos a su hermana algo cambió. Leo se apoyó en mí para afrontar la impotencia que sentía por el estado de su hermana y yo pude apoyarme en él, liberar toda la presión acerca de mi padre que había estado sintiendo meses atrás.

Lena y yo estamos juntos.

No sabría decir en qué fase estamos exactamente porque yo no le he pedido salir y ella a mí tampoco, pero creo que hay veces en las que las palabras sobran porque los actos hablan por sí solos. Nunca he sido de novias, y mucho menos duraderas. Siempre había algo que no acababa de encajar del todo y ahora comprendo exactamente el qué: no eran ella, y yo no tenía las suficientes pelotas como para admitirlo en voz alta. Por eso desaparecía sin más y con ello daba a entender que las cosas habían acabado.

Y ahora estamos disfrutando de pasar el día juntos mientras paseamos por las calles de Barcelona viendo los libros de cada puesto. A Luci se le salen los ojos cada vez que ve algún libro que le gusta y yo aún estoy tratando de asimilar que ya se ha leído los libros que le regalamos Leo y yo por San Valentín. Al principio pensaba que estaba bromeando, porque yo soy incapaz de leer ocho libros en menos de dos meses, pero ella... Ella es capaz de hacer posible lo imposible. Ahora corretea de un lado a otro presa de la ilusión porque hoy se celebra su festividad favorita, Sant Jordi, el día en que se regalan rosas y libros en Cataluña. Sonrío al ver cómo me llama para que me acerque a ver lo que señala en uno de los puestos de Paseo de Gracia.

Es cierto que Luci me ha dejado sordo antes de salir de casa cuando le he propuesto que aprovechemos que no tenemos clases para ir a pasear y ver qué libros encontramos. Ha pegado un grito de alegría y en menos de dos minutos ya estaba en la puerta, perfectamente preparada para la misión.

—¿Vienes? —le pregunté a mi amigo.

—No, no me apetece ser sujetavelas hoy. —Esbozó una sonrisa divertida—. Anda, pasadlo bien, cuida de mi hermana.

—Siempre lo hago —respondí convencido.

—Lo sé, Sanders, el mundo entero lo sabe. —Negó con la cabeza aún con una sonrisa en los labios y volvió la vista a su teléfono.

Lena me devuelve a la realidad cuando señala con emoción un libro de tapa dura.

—Mira, mira. Es mi libro favorito, Noah. —Su sonrisa se amplía de la forma más bonita.

—Pensaba que tu libro favorito era yo —bromeo haciéndome el ofendido y ambos reímos.

—A ti me gusta leerte de otra forma, Noah. —Se me enternece el alma cada vez que trata de decirme algo subido de tono mientras la vergüenza la invade.

—Esa escena podemos escribirla más tarde —río observando cómo se sonroja su rostro—. ¿Por qué es tu libro favorito? —le pregunto curioso volviendo al libro.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Claro, Luci, quiero saber qué es lo que te hace sentir cada libro y ahora me has dejado con la intriga. —Vuelvo la mirada al libro y observo la portada oscura de un cielo en mitad de la noche—. *¿Nosotros en la Luna?* —Leo el título—. Cuéntame, Luciérnaga —le pido impaciente por saber

—Con este libro comprendí lo que es sentir las estrellas cuando estás con la persona indicada. —Su mirada se alza hasta que encaja a la perfección con la mía—. Tú no eres cantante, ni nos escribimos correos para conocernos más, pero la esencia de su conexión tan especial me recuerda a nosotros. —El corazón me da un vuelco al escucharla.

Su libro favorito le recuerda a nosotros.

—¿Puedo preguntar por qué? ¿Es que el protagonista es tan guapo como yo? —Esbozo una sonrisa al ver cómo la timidez se refleja en sus mejillas.

—Ese libro me recuerda a nosotros porque entendí que las distancias no separan a las personas si están unidas de una forma inexplicable, como nosotros... No importa las vueltas que demos, siempre encontraremos la manera de volver al otro. —Cuando creo que es imposible amar más a esta chica, va ella y me sorprende aún más.

Sin duda nos llevamos este libro.

—Como si estuviéramos unidos por un hilo rojo que nos devuelve al otro siempre que sea necesario —expongo mientras observo su rostro enmarcado por sus inconexos lunares.

Me giro con una sonrisa de oreja a oreja, sintiendo cómo el pecho me late con fuerza haciendo que la angustia por ver tanta gente junta desaparezca. Todo a nuestro alrededor desaparece. Le hago una señal a uno de los chicos de la carpa y le indico que nos llevamos el libro. Pocos segundos más tarde me tiende la bolsa y nos agradece la compra con una sonrisa amable.

Me doy la vuelta y, con una sonrisa de felicidad, le ofrezco la bolsa a Lena, que la coge con ilusión. Hacerla feliz es tan fácil porque la conozco a la perfección y porque ya no hay muros que nos aíslen, ahora somos nosotros descubriendo que nunca dejamos de serlo.

—En realidad, Noah..., tú eres el protagonista de todas las novelas románticas que leo —confiesa vergonzosa.

—¿Por eso te gusta leerlas? —le guiño un ojo, ambos reímos suavemente.

—En todas y cada una de ellas nos veo a nosotros. —Sus dedos acarician mi mejilla.

Me apoyo en ella sintiendo la calidez de su piel sobre la mía, viendo sus mejillas más rosadas y su sonrisa feliz de verdad mientras la gente a nuestro alrededor camina y parlotea.

Perfectamente podríamos estar en una de las escenas más bonitas de nuestra historia.

Lena se pone de puntillas unos segundos y su boca visita la mía con suavidad. Siento el calor de un hogar y mi cuerpo se estremece por completo con sus labios. Entonces comprendo que estoy equivocado: esto no es solo una escena, nosotros somos el libro al completo, uno que seguimos escribiendo día a día y que releería una y otra vez para no olvidarme del sonido de su risa ni del olor a flores que desprende su cabello ni de sus abrazos en mitad de la noche, los paseos cerca del mar y sus libros favoritos.

—Te falta una rosa, Luci —le recuerdo.

—Te falta un libro, Sanders —puntualiza.

—Te equivocas, ya lo tengo—digo sereno.

—¿Cuál es? —La curiosidad la invade.

—El nuestro —afirmo sintiendo cómo toda ella vive tan dentro de mí.

Las sonrisas tímidas aparecen en nuestro rostro. Emprendemos de nuevo el paseo en busca de la rosa más bonita que pueda encontrar. Siento que de alguna forma yo siempre he sido suyo.

Capítulo 62



Lena

Me duele la cara de tanto sonreír y las bolsas de libros me pesan. Admito que tal vez me he vuelto un poco loca comprando demasiadas novedades, pero son dos *hobbies* distintos: por una parte, está ser lectora y, por otra parte, me gusta comprar libros. Llevo meses tratando de recortar este último vicio para comprarme un vestido bonito para mi graduación, pero que Noah me haya propuesto salir a ver los puestos de libros ha hecho que cayera en la tentación demasiadas veces.

No bebo, no fumo, no salgo de fiesta, no suelo gastar mucho en salir a comer, trabajé todo el verano anterior y sigo haciéndolo, aunque *online*. Aprovechando que mis redes están que arden con el contenido que voy subiendo, he decidido dejar caer que puedo hacer encargos de ilustraciones y pinturas.

¿Quién me mandaría hacerlo?

Ahora tengo lista de espera de dos meses para realizar encargos. Madre mía, si sigo de esta manera cada vez veo más factible poder vivir de lo que me gusta. Hago retratos tanto en digital como en tradicional, pinto lienzos pequeños para que los envíos sean más sencillos, e incluso estoy diseñando las cubiertas de una línea de cuadernos para una marca de papelería.

Y todo esto lo he conseguido en pocos meses. Mi tutor no para de alardear de todos los avances de mi proyecto, que resulta que ha desembocado en muchas vertientes y todas ellas están relacionadas conmigo. Lo que parecía ser una prueba para ver cómo respondía la gente a mis pensamientos ha resultado ser una búsqueda de quién soy y qué quiero en mi vida.

Escribo poemas, grabo vídeos de todo tipo: explicando cosas, enseñando los lugares que visito, notas de voz para Noah, cosas que no sé, dibujos, blogs de mi día a día, hablo sobre cómo crear proyectos, grabo campañas de publicidad con marcas nacionales... y todo ello me está gustando demasiado.

Lo que no esperaba para nada era empezar a cobrar por hacer lo que me gusta, pero de eso se trata mi objetivo, ¿no? Sin darme cuenta estoy cumpliendo lo que siempre he querido: vivir de ser yo sin necesidad de matarme en trabajos que no me hacen feliz.

Si sigo así podré invertir mucho más tiempo en todo ello en vez de perder un verano más como camarera en un chiringuito de playa a pleno sol.

Entro a toda prisa en el piso buscando a mi hermano y no tardo en encontrarlo tumbado en el sofá con los ojos puestos en la pantalla del móvil deslizando fotos. Tuerzo la cabeza tratando de ver mejor lo que hace. Segundos más tarde Noah se encuentra a mi lado tratando de averiguarlo también.

—Leooooo —intento llamar su atención.

Mi hermano se gira para mirarnos, no le sorprende que tanto Noah como yo estemos cargados de bolsas con libros. Dejo el ramo de flores sobre la mesa con cuidado. En cuanto deje las bolsas pondré las flores rojizas en un jarrón con agua.

—Ohh, qué romántico, ¿no? —pregunta señalando las flores.

—Estoy hecho todo un caballero —responde Noah alardeando de sí mismo mientras deja las bolsas sobre la mesa. Hago lo mismo, agradeciendo haber soltado el peso. Agarro una de las bolsas sabiendo perfectamente qué libro hay en su interior y me acerco a mi hermano dando saltitos de alegría. Le tiendo la bolsa y él me mira extrañado.

—Más te vale serlo, Sanders... ¿Y esto? —pregunta confuso cogiéndolo con ambas manos.

—Es un regalo para ti —sonrío de oreja a oreja.

Leo alza una ceja curioso, mete la mano buscando lo que hay en el interior de la bolsa y lo saca lentamente, observando cada detalle del enorme libro que le hemos traído.

—S*i te gusta la oscuridad* de Stephen King... Interesante. —Leo lo mira con ilusión.

—¿Te gusta?

—Lo tenía en mi carrito de compra de la Casa del Libro. —Sonríe con ilusión.

—Me lo tomaré como un «sí, Lena, me ha encantado, has dado en el clavo, eres la mejor hermana del mundo» —digo tratando de imitar su voz.

Los tres nos partimos de la risa. Leo no lo niega y sé que soy la mejor hermana del mundo porque él es el mejor hermano que se puede tener.

—Ahora que ya tienes tu regalo, ¿puedes explicarnos qué hacías husmeando en Tinder? —le pregunta Noah haciendo que mi

hermano se ponga tenso de golpe.

—Cosas de adultos —responde escueto.

Noah y yo intercambiamos una mirada rápida y los tres volvemos a explotar de la risa. Mi hermano en Tinder, madre mía, que se preparen las que hagan *match* con él.

¿Qué le ha dado a la gente con abrirse un perfil en esa app?

Sería toda una sorpresa si de eso pudiera salir algo bueno y duradero.

Ojalá Leo también disfrute de lo que Noah y yo estamos viviendo.

Capítulo 63



Lena

Jueves por la tarde y todos nos encontramos en clase, recortando y pegando imágenes sobre otras para crear nuevos diálogos y significados. Llevamos un par de horas mirando multitud de libros, arrancando las hojas que nos interesan para seguir con el proyecto personal de cada uno. El mío tiene que ver con todo el trabajo en redes sociales y con dar visibilidad a los efectos secundarios de padecer ansiedad y episodios de pánico. Quiero construir una gran instalación con multitud de papeles de diversos colores y tamaños en los que se registre la mancha del rastro que dejan estos trastornos de salud mental. En las horas de trabajo de clase, aprovecho para grabar contenido sobre mis investigaciones y de qué manera las expreso artísticamente.

—Vamos a hacer un descansito, ¿verdad? —pregunta María con una gran sonrisa tratando de convencernos.

—¿Invitas tú? —la intenta picar Guillem.

—Hoy tocan *muffins* de chocolate para merendar —nos recuerda Clara, señalándonos con su dedo índice.

No estoy muy atenta a la conversación debido a que estoy concentrada en lo bien que encajan las imágenes de las obras Pollock con la idea de mi proyecto. Tampoco me apetece mucho contestar, estoy algo cansada y siento la cabeza muy pesada. No importa cuál sea mi intervención, sé que acabaremos bajando a la cafetería a por los *muffins* de chocolate.

No sé si es la luz de los fluorescentes la que provoca que me sienta algo ida, también puede que sea un leve mareo por haber comido tan pronto y tan rápido.

Trato de centrarme en las imágenes que superposiciono sobre otras en la pared. Soy la única que cuelga el trabajo sobre la blanca pared, los demás trabajan sobre los tablones de madera colocados sobre caballetes que hacen las veces de mesas. Esto ayuda a despejar el mobiliario cuando tenemos días de presentación y necesitamos espacio para exponer nuestras obras.

El dolor de cabeza ha aparecido de nuevo y no parece dispuesto a irse.

Cierro los ojos con fuerza buscando aliviar el martilleo en mi sien.

No puedo abrirlos.

Siento cómo mi cuerpo se vacía de golpe.

Siento el mármol frío bajo mi cuerpo.

No comprendo qué ocurre.

No puedo moverme, no puedo abrir los ojos, no puedo hablar.

El pánico me bloquea por completo.

Mi mente viaja al otro instante en que me ocurrió lo mismo, Hace cuatro años caí desmayada en mitad de una clase de Educación Física, y horas más tarde me desperté conectada al suero que colgaba a mi lado en una habitación privada de hospital.

Algo bueno debía tener que mis padres trabajaran allí.

Oigo voces a mi alrededor, siento cómo me zarandean con cautela, pronuncian mi nombre.

—Lena, ¿nos oyes? —pregunta una voz familiar.

—Lena, despierta —pide otra voz algo más grave.

—Lena... —susurra.

Siento algo húmedo y frío bajo la nuca.

Pero aún no puedo abrir los ojos.

—Vamos a levantarte, Lena... —dice otra de las voces.

Siento cómo mi torso se levanta poco a poco.

No hago fuerza.

Me dejo llevar.

No sé el tiempo que pasa hasta que consigo volver a tener el control de mis ojos. Los entreabro lentamente hasta abrirlos por completo y clavo la mirada en el blanco frente a mí.

—Lena..., ¿estás bien? —dice Adelf agachándose a mi altura.

—No la pongáis más nerviosa —aconseja Guillem en un tono suave.

—No la estamos poniendo nerviosa, ella nos acaba de dar un susto terrible —apunta María.

Siento los párpados pesados cuando el rostro de la profesora aparece delante de mí. No sé qué me pregunta, pero yo logro asentir con la cabeza débilmente. Por su expresión no parece muy conforme. Guillem y María dicen algo que no oigo con exactitud, Clara no me suelta la mano y Adelf sostiene un paño húmedo que pasa sobre mi frente.

Sus miradas están fijas sobre mí y me siento mal por hacer que se descuelguen de sus proyectos para prestarme atención. Los demás compañeros miran la escena desde la distancia, como si la cosa no fuera con ellos. Lo agradezco, porque no sé cómo

reaccionaría al abrir los ojos y ver una gran masa de personas observando.

—*Muffin* de cho... chocolate... —susurro aún algo ida.

Puedo ver cómo la sonrisa de María se ensancha mientras asiente sin quitarme ojo de encima.

—Lena, ¿necesitas que llamemos a tu hermano? ¿O a Noah? —pregunta Guillem a mi izquierda.

Con movimientos lentos, me giro para mirarlo.

—Estoy bien —miento—. Solo necesito unos minutos...

—La que lías para elegir la merienda de hoy —bromea María, a lo que todos ríen.

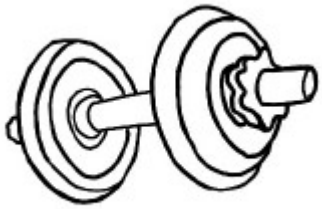
Sonrío débilmente y siento cómo, poco a poco, la energía comienza a regresar a mi cuerpo. Aunque la sensación es suave, sé que aún no estoy completamente bien. Mis amigos no me dejan sola en ningún momento, se quedan cerca, como si temieran que la pesadilla pudiera repetirse. Algunos me acompañan hasta la puerta del piso, insistiendo en que no me quede sola. Me dicen que, si pasa cualquier cosa, solo tengo que llamarlos, que no me preocupe.

Les aseguro que estaré bien en casa, que solo necesito descansar, y que no estaré sola. Pero, una vez más, miento. Miento porque la verdad es mucho más difícil de aceptar: en este momento, no sé si voy a estar bien, ni si mi cuerpo va a ser capaz de soportar más. El dolor de cabeza, que hasta ahora había sido una molestia leve, se vuelve cada vez más intenso, más agudo, como si mi mente estuviera a punto de estallar.

Leo tiene clase hasta tarde, y Noah trabaja hasta las diez y media de la noche. Siento cómo el tiempo pasa, pero no me importa. El silencio en la casa me rodea como una manta fría. No soy capaz de hacer la cena para todos, como había planeado. Me encierro en mi habitación, buscando refugio en la oscuridad. Me descalzo y me

arrastro bajo las sábanas de mi cama, como si de alguna manera eso pudiera protegerme. Las lágrimas comienzan a caer, silenciosas, sin que nadie las vea. Me siento pequeña y vulnerable, pero al mismo tiempo, importante. ¿Por qué tiene que volver el dolor? ¿Por qué no puedo simplemente descansar, olvidarme de todo por un momento?

Capítulo 64



Noah

Menuda mierda de examen de Edificación acabo de entregarle al profesor. Con tantos entrenos a clientes no he conseguido reunir las horas suficientes para estudiar para la prueba de hoy.

Salgo de clase justo detrás de mi mejor amigo y con solo una mirada rápida entendemos perfectamente dónde queremos esperar hasta que empiece la siguiente asignatura.

Es por la tarde, así que el patio trasero de la facultad es una buena decisión. Se encuentra entre los tres edificios que componen la universidad, es un recinto de piedras donde hay bancos y mesas al aire libre.

Leo deja su bolsa sobre una de las mesas de madera mientras toma asiento en el banco, y yo repito su acción justo delante de él. Ambos estamos un poco faltos de palabras últimamente, así que hoy es el primer rato en días en el que puedo hablar largo y tendido con mi mejor amigo.

—¿Qué tal? —pregunto sobre el examen.

—Entregado está —responde con un suspiro.

En la carrera de Arquitectura nunca sabes qué estudiar, porque cada profesor parece ser más tiquismiquis que el anterior. Pero ya hemos salido de clase, así que ahora toca olvidarse del posible suspenso que supondría verme obligado a repetir la asignatura el año que viene.

Deslizo la cremallera del bolsillo delantero de mi mochila y alargo los dedos en busca de la cajetilla de cigarros que aliviará algo de mi estrés diario. Saco el mechero del bolsillo izquierdo de mi pantalón y enciendo uno de los cigarros.

—No lo dejas, eh... Voy a tener que pedirle a mi hermana que te convenza —dice Leo mientras niega con la cabeza.

Alzo una ceja en su dirección. Mis labios se mueven levemente y crean una pequeña sonrisa llena de familiaridad.

¿Lo dejaría si Lena me lo pidiera?

Creo que no hay nada de lo que no pueda convencerme.

—Puedes probar —respondo sin dudarlo.

No dependo de la cajetilla de tabaco que llevo siempre encima, no me importa fumar un cigarro, dos o ninguno..., pero sé que si ella me pidiera que dejase de tratar de aliviar mi ansiedad encendiendo un palito blanco y anaranjado, lo haría. Sé que debería aprovechar que ya no fumo tanto como antes y dejarlo definitivamente.

Mi mejor amigo niega con la cabeza antes de volver a la pantalla del móvil, en la cual se pasa la mayor parte del tiempo.

Algo bueno le está ocurriendo y no me lo cuenta.

Nos quedamos en silencio escuchando los coches pasar, el sonido de fondo del tranvía, los estudiantes que pasan cerca de nosotros. El sonido de unas botas altas me hace alzar la vista hasta Leo, y abro

los ojos como platos sabiendo que cualquier cosa puede ocurrir ahora mismo.

—Habéis salido de clase como dos rayos —dice con tono calmado cuando llega frente a la mesa.

Su mirada se desvía entre mi amigo y yo. Hoy aparece sola, como las últimas veces; Vania ya no la acompaña tanto como antes y eso me hace preguntarme si también intenta controlarla. La rubia nos mira con un pequeña sonrisa enmarcada por sus labios más grandes de lo habitual teñidos de granate. Su melena, algo más corta que la última vez que nos vimos, ahora le cae un poco por debajo de los hombros.

—Anda, hazme un hueco —dice en mi dirección haciendo el amago de mover mis pertenencias— ¿Tienes fuego? —pregunta señalando el mechero sobre la mesa—. Siempre tienes todo lo que necesito, Noah...

Y ahí está el problema de que ella se encuentre cerca.

—¿Vas a hacer eso cada vez que puedas? —se adelanta a responder mi amigo, que la fulmina con la mirada.

—No sé a qué te refieres, *Lion* —responde mientras coge mi mechero y se enciende el cigarro que tiene entre los labios.

Automáticamente siento un regusto extraño en la boca del estómago. Retiro el cigarro de mi boca y lo tiro al suelo, apagando cualquier semejanza entre la mujer que me mira maliciosa y yo.

—Es Leo —rujo molesto—. ¿Qué quieres, Sandy? —pregunto molesto.

Sus ojos enmarcados en un difuminado oscuro resaltan el azulado del mar, pero a mí ya no me producen ganas de querer saber de ellos.

—Venía a darte la enhorabuena, pero ya veo que no estás de humor. —Rueda los ojos. Tanto Leo como yo la observamos

expectantes—. No creía que tu padre se recuperaría tan pronto —dice con malicia.

¿Qué?

¿Qué sabe ella?

Mi padre lleva meses recuperándose.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto antes de poder procesarlo.

—Mi padre es íntimo del dueño de la clínica, ¿recuerdas? Podríamos ir a un sitio mucho más privado para que te cuente los detalles. —Sus dedos trepan sobre mi brazo.

Me deshago de su contacto sintiendo cómo la cabeza se me llena de preguntas.

Preguntas que necesitan respuesta.

—Es deprimente —se carcajea mi amigo al otro lado de la mesa —. Me refiero a tus intentos de controlarlo todo, Sandy. Deberías cambiar de táctica para seducir a un hombre.

—Por lo menos yo tengo todo lo que Noah Sanders necesita —dice de mala gana desviando la mirada hacia Leo—. Sé exactamente cuándo le dan el alta a su padre, sé cuánto dinero necesitará para pagar el tratamiento después de salir de la clínica. Y no necesita trabajar, porque mis padres pueden hacerse cargo ahora mismo. —Se gira hacía mí, destensa su mandíbula y trata de acercar sus manos a las mías—. Ven a casa, Noah, déjate ayudar... —susurra.

Su voz resuena en mi interior, profunda y persistente, como un eco que no puedo apagar. Cada palabra parece calar más hondo, clavándose en mi pecho.

Ella sabe con certeza cuándo saldrá mi padre de la clínica.

¿Le darán el alta pronto?

¿Será suficiente el tratamiento que ha recibido?

¿O necesitará más tiempo? ¿Más atención?

Las preguntas se amontonan en mi mente, pero ninguna tiene respuesta. Todo está en el aire, suspendido en una incertidumbre que me consume lentamente.

Reviso mi cuenta bancaria una vez más. Aún tengo lo suficiente para tres meses más en la clínica, además de los pagos adelantados que hice con la esperanza de garantizar que mi padre no se quedara a medias en su tratamiento, si Sandy decidía complicar demasiado la situación. Lo había hecho por seguridad, por tener la certeza de que mi padre recibiría todo lo necesario, sin interrupciones. Pero ahora me pregunto si fue suficiente, si tomé las decisiones correctas o si estoy perdiendo el control.

«Déjate ayudar...». Las palabras resuenan en mi cabeza, como un mantra insistente, pero vacías de consuelo.

Mi móvil suena interrumpiendo cualquier contestación. Lo atrapo con rapidez al ver que es un número que no tengo registrado. El mundo se tambalea por el miedo de que sea algo relacionado con mi padre. Deslizo el dedo antes de que Sandy siga torciendo su torso para ver quién llama.

—¿Sí?

—¿Noah? —No consigo identificar quién me está llamando—. Soy Guillem, el amigo de Lena. Ahora está bien, la hemos acompañado hasta casa y parecía estar mejor ya, pero hace un rato... se ha... Se ha desplomado en medio de clase. —Ahora sí que el mundo se me cae por completo.

Abro los ojos como platos.

No, ella no puede seguir encontrándose mal.

¿Se ha desplomado?

—¿Estáis con ella? —pregunto como un autómata.

Tanto mi amigo como la rubia observan cómo el pánico me engulle poco a poco. El dolor me oprime el pecho.

—Ha decidido acostarse a dormir, parecía mareada. Ha comentado algo de un dolor en la sien...

—¿Es grave? —El miedo se adelanta a preguntar.

—Creemos que no..., que solo está cansada.

—Voy enseguida —digo antes de colgar la llamada.

—Puedo acompañarte, Noah. Sabes que soy un buen apoyo —dice Sandy aprovechando que ahora mismo soy incapaz de articular palabra.

Me levanto del banco con la mirada tan perdida que no hace falta decirle a mi mejor amigo que algo va mal. Él se levanta detrás de mí y ambos nos movemos rápido por el pequeño camino que lleva hasta la Diagonal, a pocos metros del paso de peatones del metro de la zona universitaria.

Qué esté bien, por favor, me repito una y otra vez.

Capítulo 65



Lena

Buenos días, señorita Helena Luna:

Nos ponemos en contacto con usted desde la empresa Choice your voice, dedicada a dar visibilidad y respaldo a proyectos relacionados con la salud mental. Hemos visto su contenido en redes sociales durante un tiempo y nos gusta la manera tan libre que tiene de abrirse al mundo. Nos gustaría que usted formase parte de nuestro equipo de influencers y se uniese al departamento de diseño y marketing de las campañas que organizamos.

Si está interesada, querríamos hacer una videoconferencia con usted en los próximos días, para poder hablar más detalladamente acerca de nuestra empresa y la propuesta laboral que queremos ofrecerle.

Responda a este correo electrónico para concertar día y hora para realizar dicha videoconferencia.

Muchas gracias.

Estoy en *shock* ahora mismo, no por el mareo que me dio hace unos días, sino por el último correo electrónico de mi bandeja de entrada. Lo he leído siete veces en los últimos diez minutos. Y a la octava me armo de valor y respondo al correo para decir que estoy interesada en saber más acerca de la propuesta.

He estado buscando Choice your voice en internet y me he quedado de piedra al ver que es una de las empresas más grandes en el sector de la salud mental y activismo. Junto con diversas organizaciones, se dedica a concienciar a la población de los diferentes trastornos y sirve de plataforma para pedir ayuda. La entidad se apoya en el arte como medio de expresión y sanación, es justo lo que Carmen siempre me dice acerca de necesitar abordar los proyectos artísticos con todo lo que tengo de mí misma.

Crear me ayuda a curarme.

Sin duda alguna, esto se lo comentaré a mi tutor del proyecto final de carrera, es increíble haber llegado hasta aquí para recibir una propuesta como esta. Es cierto que el objetivo del proyecto va muy en la línea con Choice your voice: concienciar, hablar, arte... y todo tiene que ver conmigo. Cuesta creer la cantidad de seguidores que he ganado en las últimas semanas con los videopoemas que me estoy animando a publicar, no paran de preguntarse si me veo capaz de crear un poemario recopilando todos esos escritos que llevan como título oculto el nombre de Noah Sanders.

No se ha despegado de mi lado por si me volvía a encontrar mal.

Tanto él como mi hermano me han sugerido que debo bajar el ritmo del día a día, porque llegar a todo me está pasando factura, y tienen razón. Mamá y papá llamaron preocupados en cuanto se enteraron de lo que me había ocurrido en clase e insistieron en que debía dormir más. Me sentí mal al ver a mis amigos, a mi familia y a

Noah parando sus vidas por mí, no quiero ser ninguna molestia..., pero agradezco que estén.

No sé qué haría si no los tuviera.

Todos están pendientes de que descanse lo suficiente.

Por ello, desde hace unos días, el contenido que subo a redes sociales es en pijama y me dedico a hablar acerca de lo mal que nos hace sentir no poder llegar a todo y de la presión de tener que estar listos para cualquier cosa que pueda suceder. Me molesta que nos enseñen a estar disponibles para todo antes que para nosotros mismos. Se trata de organizar las prioridades, no de tomar pastillas para dormir más.

Actualizo mi lista:

Lista de prioridades de Lena Luna:

- Descansar, poner horarios con las tareas de clase y con las redes sociales para tener tiempo para mí misma.
- Encontrar qué camino deseo seguir después de acabar la carrera.

Miro una vez más mi cuaderno antes de volver a la pantalla, donde Carmen acaba de conectarse a nuestra sesión.

—¿Cómo te encuentras, señorita? —pregunta con una sonrisa tierna.

—Mejor. Son muchas cosas a la vez y no puedo llegar a todo —respondo sincera.

—Veo que lo estás aprendiendo a la fuerza... Aprovecha para descansar y coger la energía que necesitas para terminar esta etapa en tu vida, ¿estás preparada para ello? Tal vez encontrarte mal a estas alturas de la carrera no es casualidad y solo es un mecanismo

de defensa de tu cuerpo por temor a lo que pueda ocurrir —explica la mujer de rizos rojizos.

Me doy unos segundos para procesar la información.

¿Me da miedo lo que haré?

No es ningún secreto que me siento agobiada por lo siguiente que debo hacer. En menos de dos meses estaré graduada y todavía no he decidido qué quiero hacer, si volver a casa o quedarme en la gran ciudad. Es cierto que echo mucho de menos a mis padres y el pueblo, pero sé que lo que yo deseo hacer en la vida no se encuentra allí.

¿Dónde está, entonces?

No tengo ni idea.

—Me ha llegado una propuesta de trabajo —suelto con rapidez.

Los labios de Carmen se fruncen de tal manera que acaban formando una sonrisa de orgullo. Deja el bolígrafo sobre su cuaderno y me observa en la pantalla invitándome a que le dé más detalles.

—Me quieren contratar como *influencer* y para el equipo de diseño gráfico de una gran empresa —digo algo nerviosa, porque todas mis búsquedas han acabado en un mismo dato acerca de esta propuesta.

—¡Eso es maravilloso, Lena! Son muy pero que muy buenas noticias, ¿no crees? —exclama alegremente.

¿Lo son?

Sin duda es una posible salida después de acabar la carrera universitaria.

Pero...

Hay algo que no veo tan claro y mucho menos después de llevar una temporada encontrándome mal.

—¿Qué pasa, Lena? ¿Qué tiene que no te convence? —indaga Carmen.

—Tengo una reunión la semana que viene para que me expliquen más detalles del trabajo. Solo que... no es una empresa española. —En el mismo instante en el que pronuncio esas palabras en alto, tanto Carmen como yo nos quedamos de piedra.

Todas las veces que he investigado sobre la empresa me ha acabado redirigiendo a su página principal, donde aparecen otros escritores, cantantes y demás que de alguna manera tienen que ver con la salud mental. Ahí puedo ver información variada sobre las últimas campañas de publicidad y los proyectos artísticos que llevan a cabo. Todo tiene una temática social, justo lo que a mí me motiva e inspira a crear.

—Se puede trabajar *online*, Lena. Deja que pasen los días y te darán toda la información necesaria en la reunión, ¿sí?

Asiento no muy convencida.

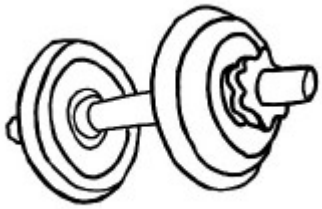
Seguimos la sesión cuarenta y cinco minutos más en los que nos dedicamos a hablar sobre cómo me organizo con mi día a día. Siguiendo mi lista de prioridades, Carmen también cree que es una buena idea ponerme un horario que me permita conectar y desconectar cuando lo necesite.

Ahora tengo un nuevo horario que espero que me haga sentir más tranquila con mi día a día. Se lo digo a Noah cuando llega a casa una hora más tarde, y a él también le parece una buena idea para aliviar el estrés diario que no me percato que acumulo.

Está preocupado por mí, al igual que mi hermano. Por ello se turnan para venir a mi habitación por si necesito algo o si quiero compañía.

Agradezco que no me dejen sola cuando me siento así.

Capítulo 66



Noah

Parece que Lena vuelve a encontrarse mejor después de descansar varios días, pero aun así no puedo evitar estar preocupado por ella, porque es evidente que el final de la carrera la está machacando. Es cierto que en Bellas Artes no hay tantos exámenes, pero deben pasarse horas organizando y creando proyectos de la nada. Cada semana veo a Lena entrar a casa con materiales más grandes que ella.

No quiero ni imaginar lo que debe de haber invertido en material en los últimos años. Una de las últimas noches, me contó lo caros que podían salir ciertos materiales de arte, por eso ella siempre utiliza papel y goma.

—¿En qué piensas? —susurra Lena girando su cuerpo hacia mí.

—En lo bonita que eres —respondo esbozando una sonrisa.

Hace rato que estamos sentados sobre nuestras chaquetas en el césped de la parte trasera de la facultad de Arquitectura, justo al

lado del caminito para llegar hasta la facultad de Lena. Sus mejillas se tiñen de ese rojo que tanto me gusta, su nariz respingona y su mirada llena de vida me miran.

—No sabía que fueras tan romántico.

—Si no hay un motivo de peso es imposible serlo —digo mientras mi dedo índice da un suave toque sobre su nariz—. ¿Qué tal la clase de hoy?

—Estamos con los proyectos personales y he podido hablar con el profesor antes de venir, así que perfecto, puedo quedarme en clase hasta que tú y mi hermano acabéis —explica con calma.

Me alegro de que Lena haya decidido organizar de mejor manera su tiempo para llegar a hacer todo lo que desea. Me hace feliz estar en esa lista. Desde que usa este nuevo sistema, se está tomando con mucha más calma las clases y, sobre todo, las redes sociales. No ha dejado de publicar contenido con el que consigue que se me caiga la baba mientras admiro lo increíble que es. Sin embargo, ahora deja programado el contenido y se olvida de ello hasta que llega a casa y destina un rato para ponerse al día con las diferentes plataformas.

—¿Has podido hablar con tu padre? —Ladea la cabeza para mirarme.

Mi padre.

He podido hablar con él.

Me he asegurado de que su tratamiento sigue por buen camino.

He pedido información acerca de qué deberíamos hacer una vez que salga del centro.

Solo quería asegurarme de que Sandy no había hecho nada.

Pero hay algo que no me huele bien.

Es como una espinita que no sale.

—Sí, está bien, le noto mucho más animado y me alegro de que por fin disfrute del día a día. Mi madre lo hubiera querido así, llevaba demasiados años llorando su pérdida. —Trago saliva sintiéndome mal por mis palabras.

Echo de menos a mamá.

Pero es hora de aprender que ella está en un lugar mejor, velando por todos nosotros.

—¿Y tú? ¿Cómo te encuentras, Noah Sanders? —La yema de sus dedos se posa sobre mis manos, y rápidamente la atrapo entre ellas.

—Estoy bien, Lena, bastante cansado por todo, pero merece la pena por verte sonreír. —No miento, Lena se está convirtiendo en la razón principal por la cual me levanto.

—No seas exagerado —rechista con una sonrisa.

—No lo soy, Luciérnaga. Ahora que veo que te encuentras mucho mejor estoy más tranquilo —me sincero pasando un brazo sobre sus hombros y atrayéndola hacia mí.

—¿Tan bien como para una supercita por tu cumpleaños? —Sonríe de oreja a oreja, sus ojos parecen hacerse mucho más grandes de lo que son.

—¿Ya es casi veinticuatro de mayo? Sí que pasa el tiempo... —Río por lo bajo—. Estaré encantado de ir a una supercita, si es en tu compañía —respondo depositando un suave beso sobre su sien.

Me gusta que estemos pasando juntos el descanso entre clases hoy, disfrutando de que el sol cada vez calienta más. Cierro los ojos y siento la calma que emana del momento. No necesito nada más.

Los minutos pasan y solo abro los ojos cuando creo que una nube ha tapado el sol.

Pero solo es Sandy, que se planta frente a nosotros con la expresión descompuesta.

—Esto no es propio de ti, Noah... Me hace daño que estés actuando por despecho —dice dramática.

Lena se incorpora rápido, sobresaltada, y observa cómo la rubia se echa a llorar frente a nosotros. Aprieto suavemente la mano de Lena y con una mirada le aseguro que yo me encargo de esto.

—Nadie está actuando por despecho, Sandy. Estoy pasando tiempo con mi novia —digo serio y ya cansado de la misma historia.

—Te dije que no era una buena idea que vivieras con una mujer. Lo sabía, todos sois iguales, has estado jugando conmigo todo este tiempo. Ahora podríamos estar viviendo juntos, Noah —solloza—. Aún podemos hacerlo...

Lena alterna su mirada atónita entre ella y yo, y puedo notar su desconcierto.

—¿Te recuerdo quién se acostó con otros mientras salíamos? —rujo molesto. Lena se suelta de mi agarre y retrocede unos centímetros.

Odio estos dramas innecesarios.

No le he hecho nada malo a Sandy como para que me trate de esta manera.

Solo quiero estar en paz conmigo mismo y con Lena.

—Porque eres un cobarde, Noah, siempre huyes cuando hay problemas, ¿verdad, Lena? Por eso tu novio no quiere cortar conmigo, porque me sigue queriendo. Y tú... Tú solo eres cosa de un momento —dice con odio.

Lena se pone en pie y ahoga las lágrimas que se acumulan en sus ojos. Me levanto tras ella para intentar atraerla a mí, pero se resiste a mi contacto.

No, no, no, no, no.

—Déjalo ya, Sandy... Rompiste conmigo hace meses, déjanos en paz —le pido desesperado.

—¡Me prometiste no romperme el corazón, Noah! —grita dando un paso hacia mí.

—Yo... me voy. —La voz rota de Lena hace que desvíe los ojos hasta ella, que retrocede sobre sus pasos con la mirada perdida.

Mierda.

—Lena, estoy contigo, no te creas ni una palabra. —Trato de entrelazar nuestros dedos, pero sus manos se me escapan en el aire, y siento cómo si algo dentro de mí se abriera en carne viva—. Sandy..., si tuvieras corazón no me estarías haciendo esto —rujo con la mirada fija en la silueta de Lena, que cruza la calle para meterse en el edificio principal de su facultad.

—Si huye, no debe de quererte tanto. Yo, en cambio, sigo aquí, Noah... Estoy dispuesta a ayudarte, podemos empezar de cero. —La palma de su mano choca contra mi pecho en el mismo instante que Lena se vuelve para mirarme.

Puedo oír cómo algo entre ambos se resquebraja con la misma velocidad con la que retiro la mano de Sandy con suavidad. Lena cruza las puertas al interior del edificio.

—Ya no estoy ni voy a estar más por ti, Sandy, estoy harto de esto —digo de malhumor mientras retrocedo.

—Se lo diré a mi padre. Quizás el tuyo deba terminar su tratamiento en casa. —Sus palabras consiguen ponerme el estómago del revés.

No contesto por miedo a que su amenaza se cumpla.

Niego con la cabeza y me guardo las palabras. Cojo mi mochila del césped y camino fuera del recinto universitario, sin importar lo que ella esté chillando a pleno pulmón.

Solo puedo pensar en Lena y en cómo el brillo de sus ojos se ha apagado en pocos segundos.

Me siento impotente, estoy enfadado. Cojo el móvil del bolsillo de mis pantalones y la llamo.

«El número al que llama está fuera de cobertura. Por favor, inténtelo de nuevo más tarde».

Estoy harto de que las cosas se tuerzan.

¿Esto también es una señal?

Capítulo 67



Lena

Me sudan las manos.

El corazón me bombea con fuerza.

No puedo evitar sentirme asustada.

Esta puede ser una gran oportunidad para mi futuro.

No desvío los ojos de la pantalla del iPad frente a mí. Es la quinta vez que me giro para ver si todo está en orden, porque tengo la extraña sensación de que estoy obligada a dar la mejor imagen. Faltan tan solo unos minutos para que la videoconferencia se active.

Es la cuarta vez que recojo los mechones de pelo detrás de mis orejas y lo dejo caer hasta la cintura. Es increíble lo rápido que crece, lo tengo larguísimo y sano, a pesar de que el estrés causa estragos y hace que se me caiga demasiado.

La pantalla inicia su curso para cargar la videollamada que ya ha sido activada.

Trago saliva con dificultad, entrecruzo los dedos de ambas manos como si fuera lo único a lo que pudiera aferrarme.

En la pantalla aparece un hombre de mediana edad que parece no percatarse de que la llamada está activa y de que yo puedo verle. Va trajeado y su cabello está perfectamente peinado hacía atrás, y revisa el papeleo entre sus dedos. En ese mismo instante se abre una nueva ventana con la imagen de una chica joven con el pelo de colores y con una sonrisa de oreja a oreja.

—Señor Anders —dice la chica llamando la atención del hombre —. Cuando usted quiera podemos empezar.

—Gracias, Fallon. Deme un segundo, que compruebo unos documentos, ¿te importaría empezar? —pide el hombre desviando la mirada hacia la cámara antes de volver a sus papeles.

—Por supuesto, jefe. Es un placer poder conectar contigo, señorita Luna, mi nombre es Fallon y trabajo en la empresa Choice your voice desde hace cinco años. Dirijo el departamento de diseño gráfico y *marketing* de la entidad. Antes de nada queremos agradecerte que nos hayas proporcionado una respuesta tan rápida y positiva —explica la mujer como si se supiera el texto de memoria.

—Gracias, Fallon. Disculpa, señorita Luna, debía revisar unos documentos importantes. Como indicaba en el correo electrónico, esta sesión será puramente informativa acerca de la propuesta de trabajo que se ofrece desde nuestra empresa. —El hombre por fin se dirige a la cámara con tono serio, pero amable.

—Encantada de conocerlos y poder saber más acerca de su proyecto —balbuceo con pánico a que la conversación se estanque.

—Me presento. Soy Joseph Anders, el director de Choice your voice, donde nos dedicamos a dar visibilidad a todo lo que tenga que ver con salud mental. Nos alegra mucho encontrar a personas con una voz tan especial como la tuya, durante varios meses Fallon ha

seguido activamente tu trabajo en redes sociales. Nos interesa mucho visibilizar el punto de partida que tratas: los efectos secundarios de padecer ansiedad. Nos fascinó encontrar tu perfil y ver cómo das voz a aquellas cosas que te ocurren. ¿Podrías comentarnos más acerca de cómo surgió la idea? —expone el señor Anders.

—Sí, claro. Es mi proyecto de final de carrera, la propuesta era ver de qué manera respondía el público ante mis mensajes. A la vez, es una forma de salir de mi zona de confort y compartir esas inquietudes, pensamientos y sentimientos que yo misma a veces no soy capaz de expresar con lógica. Me muevo dentro del mundo artístico y no puedo decantarme por una sola vertiente, sino que necesito hacer un poco de todo, no me gusta encasillar mi trabajo —explico. Con cada palabra que digo se me seca la boca.

—En Choice your voice queremos darte el espacio que necesites para crear, somos una entidad muy polifacética y muy conectada al mundo artístico. Pensamos que podrías ser una parte importante en el equipo, tanto por el lado de creadora de contenido como por el de diseño gráfico y *marketing* en redes sociales. Si has podido investigar un poco más sobre nosotros, sabrás que nuestra sede se encuentra en Atlanta, Georgia. Es cierto que ahora mismo el trabajo telemático es de gran ayuda y podríamos empezar por ahí. Pero la propuesta de trabajo que te ofrecemos es presencial, y, como entendemos que el cambio de residencia puede generar complicaciones, la empresa correría con todos los gastos.

»Entendemos que no es una decisión fácil. Deseamos que formes parte de la entidad, pero entenderíamos perfectamente que la respuesta fuese negativa. Te explico un poco más en qué consistiría tu trabajo: en primer lugar, tus horas de trabajo serían por la mañana, que es cuando necesitamos a todo el equipo generando

ideas, contenido y propuestas de proyectos. Ahora bien, la entidad participa en diferentes actividades con la comunidad, presentaciones, exposiciones, charlas y eventos con otros creadores de contenido. Son días puntuales, porque entendemos que la empresa no debe absorber tu vida privada y tu tiempo libre, y por ello a cada compañero se le asignan ciertos proyectos, para evitar que todo el equipo tenga que asistir, organizar y demás... Tu trabajo se realizaría en una de las salas de la oficina, perfectamente equipada y preparada para grabar nuevos contenidos tanto personales como de la empresa. No queremos adueñarnos de tu idea, sino que deseamos hacerla lo más grande posible juntos... ¿Qué más? Oh sí, te unirías al equipo de diseño gráfico liderado por Fallon, donde el objetivo es la creación de todo aquello que sea necesario para llevar a cabo nuestras propuestas, la edición de contenido y el diseño de *merchandising*.

»Por último, el tema económico suele ser la primera pregunta que nos hacen. Si estás conforme con todo lo explicado, el departamento de contabilidad te hará llegar el documento con las cifras exactas de lo que sería tu sueldo, horas extras, el cambio de residencia... Una vez que lo tengas, no estás obligada a decir que sí al puesto. Nuestra intención es hacerte llegar toda la información de manera organizada para que puedas valorar la propuesta con calma. —La sonrisa del hombre se ensancha.

Asiento con la cabeza, porque ahora mismo no encuentro las palabras exactas para responder.

—Nos encantaría tenerte en nuestro equipo, Helena —concluye Fallon.

Mis labios se fruncen hasta esbozar una pequeña sonrisa tímida al darme cuenta de lo que esto significa para mí. Es una gran oportunidad.

Pero no es una gran oportunidad cerca de casa.

—Muchas gracias por la información —La duda me invade por unos segundos, pero me tiro a la piscina sin comprobar si está llena —: Me gustaría saber más, porque todo lo hablado hasta ahora encaja perfectamente con el trabajo que estoy llevando a cabo. Ahora mismo estoy acabando la carrera, me quedan apenas unas semanas para graduarme, así que... en el caso de que fuera que sí, no podría ser inmediato —digo buscando un no que no lo sea del todo, un sí que en realidad sea un tal vez.

—Lo entendemos perfectamente, no sería ningún problema. Nos alegra que nuestras ideas sean compatibles. Ahora mismo aviso a contabilidad para que te hagan llegar toda la información y a su vez Fallon te enviará una información más detallada de todo lo que hemos comentado, por si acaso se nos escapa algún detalle —dice el hombre con voz calmada—. Sentimos mucho que la videoconferencia no dure más de media hora, tenemos otros asuntos que atender. En cualquier caso, tienes nuestro correo electrónico para cualquier duda que necesites resolver. Estamos encantados de conocerte, señorita Luna, y esperamos tu respuesta pronto.

La videoconferencia solo dura un par de minutos más para las despedidas.

Una oportunidad.

Una oportunidad que encaja con todo lo que busco desde que estudio artes, pero a su vez me va a alejar de todo lo que deseo.

Llevo meses viviendo fuera de casa, ¿cómo voy a decirles a mis padres que me voy aún más lejos?

¿Y mi hermano? No quiero separarme de él, siempre está cuando mi mundo se viene abajo. ¿Qué haría sin él? Me aprieto las manos cuando pienso en que toda mi vida está aquí, mi familia, Noah, mis

amigos. Me repito una y otra vez que una oportunidad así puedo encontrarla en Barcelona, a solo una hora y media de casa.

No es necesario irse al otro lado del mundo.

¿O sí?

¿Qué es lo que yo quiero hacer?

¿Y si yo no quiero irme?

Todo lo que he construido con Noah, ¿dónde quedaría?

A pesar de que llevamos unos días algo extraños por lo que ocurrió la otra tarde con Sandy, no quiero irme de su lado. Me asusté. Por unos instantes creí que la que sobraba en aquella conversación era yo, que de alguna forma ellos...

No.

No es así.

Me lo repito las veces que sean necesarias.

Pero el temor se me ha colado bajo la piel y por mucho que rasque no sale.

No me gusta discutir, no me gusta estar mal, no me gusta que hayamos hablado tan poco en los últimos días.

Noah ha tratado de explicármelo cien veces.

Pero no hace falta.

Le creo.

Todo mi ser le cree.

Pero creerle no alivia el temor que nace en mi interior.

No puedo evitar sentirme culpable por haber pensado en qué pasaría si me fuera... ¿Es que no quiero estar aquí?

No lo sé.

Lo único que sé es que no quiero alejarme de los míos, y mucho menos de Noah.

Todo lo que hemos vivido, las promesas de estar juntos... Este es nuestro momento, no puedo estropearlo.

La distancia nos rompió una vez, ¿cómo voy a obligarnos a vivirlo de nuevo?

No puedo irme.

Salgo de mi habitación con paso firme hasta el salón, donde se encuentra Noah con sus gafas puestas, prácticamente dentro de la pantalla del portátil. Alza la vista durante unos segundos, su mirada se cubre de añoranza y yo no puedo evitar acercarme hasta él, tomar asiento sobre sus muslos y rodearle con mis brazos enterrando la cabeza en su cuello y oler la vainilla que tanto le caracteriza.

Nos quedamos así el resto de la tarde. Mientras él trabaja en proyectos de la universidad, yo me quedo abrazada a él, pensando en toda la nueva información que tengo.

En pocos días será su cumpleaños y tengo una sorpresa preparada para él.

¿Debo decirle que me habían ofrecido un puesto de trabajo en la otra punta del mundo?

¿Tengo claro que voy a decir que no a la propuesta a pesar de haber dicho que me interesaba?

¿Está mal?

Capítulo 68



Lena

Todo el grupo ha salido pitando de clase, ninguno de nosotros podíamos más. A veces, el profesorado no se implica en sus clases y nos encontramos leyendo otra presentación digital que podríamos ver perfectamente en casa. No ha hecho falta mucho para convencernos de que saliéramos; María ha dicho que saldría antes y los demás, por puro compañerismo, hemos decidido acompañarla hacia la salida de clase para que no se perdiera por el camino. Lo que, al parecer, a la profesora no le ha hecho mucha gracia, porque nos ha fulminado con la mirada. Necesitaba salir de clase e ir a por un poco de aire fresco. La pesadez en mi sien no me abandona, los dolores de cabeza van y vienen. Hoy me he despertado por el dolor antes de que sonara la alarma.

Las clases de Dibujo son en la segunda planta del edificio principal. Justo al salir del aula se encuentra el ascensor y, después de la charla de dos horas que nos han pegado, ninguno debate si

bajar en ascensor o por las escaleras. Inconscientemente ya sabemos a dónde vamos: la cafetería de la universidad se está convirtiendo en nuestro centro de operaciones, donde merendamos y hablamos más de nosotros. Con algo de miedo aún estoy conociendo a mis amigos, y compartimos nuestras opiniones acerca de los proyectos que nos proponen. Siempre tratamos de ayudarnos en lo que podemos, como un buen equipo.

—¿Vamos al bar? —pregunta Guillem con una sonrisa al salir del ascensor. No hay día que no nos convenza de bajar a la cafetería a merendar todos juntos.

Detengo mis pasos antes de seguir atravesando el vestíbulo principal y salir hacia las escaleras exteriores que dan al patio de la cafetería de la facultad, donde siempre te encuentras gente con botellines de cerveza en la mano.

—Hoy no puedo, es el cumpleaños de Noah —respondo nerviosa, porque siento no poder quedarme hoy con ellos.

A pesar del altercado de la semana pasada con Sandy, he decidido que sería buena idea seguir con el plan establecido para hoy. Tal vez nos ayude a volver a conectar y a sentarnos a hablar con tranquilidad del tema que he intentado evitar a toda costa durante estos días. Ver a Noah sumido en una ansiedad constante me ha hecho ver que alejándome no voy a conseguir hacer que los problemas sean más pequeños.

Me concentro en la sorpresa que tengo preparada para él y estoy impaciente por ir a buscarlo a la entrada de su universidad en un rato. Me encantaría quedarme con ellos, pero hoy lo tengo reservado para el chico curioso que lleva días detrás de mí dándome mil y una explicaciones acerca de él y de Sandy. No es que no le crea, es que la situación me resulta muy violenta y eso hace que me sienta muy insegura.

—Ohhh —dicen todos al unísono como si fueran un coro poniendo muecas graciosas.

—¿Has podido acabar lo que estabas preparando? —me pregunta Guillem.

Es el único de ellos que sabe los detalles de lo que le estoy preparando a Noah, básicamente porque le pedí consejo acerca de qué era mejor, algo material o una experiencia. Ambos estuvimos de acuerdo que regalar experiencias es lo mejor del mundo.

Por eso, le voy a llevar a las nubes. Tengo entradas para el mirador de la Torre Glòries, que se encuentra en uno de los edificios más altos, modernos e importantes del centro de Barcelona. No es un mirador cualquiera, es algo más interactivo, podríamos decir: una de las plantas más altas del edificio cuenta con una infraestructura circular suspendida por cables metálicos que aguantan su peso. O eso espero y deseo, la verdad. Las alturas no son mi punto fuerte, pero cuando vi las imágenes del lugar y sus vistas y me enteré de que podemos hacer diversos recorridos dentro de la infraestructura, uno más bajo y otro que se eleva cinco metros más que el anterior, no pude resistirme a pensar en que sería una experiencia graciosa que vivir juntos.

—Sí, espero haber acertado con el lugar... Es algo original que creo que le va a gustar —balbuceo nerviosa—. Bueno, chicos, pasadlo bien. Si chismeáis me lo grabáis, eh, que no me quiero perder nada de nada, mantenedme informada —les pido divertida ganándome las risas de todos.

He pasado de tratar de poner distancia a disfrutar de cada momento con ellos, me entiendo bien con cada uno y eso es muy bueno para mí. ¿Por qué privarme de ello? ¿Por miedo? No, gracias, vivir con pánico ya me ha arrebatado demasiadas cosas.

Me despido de ellos con un achuchón a cada uno y salgo por la puerta principal de la universidad de Bellas Artes. Con cuidado de que no pasen coches, cruzo la calle hasta llegar a la otra acera, atravieso inquieta el camino hasta la entrada a la biblioteca de la facultad de Arquitectura y me giro un poco hasta ver las escaleras que llevan a la salida de la izquierda, la que conecta con la calle.

Hoy se trata de Noah, no de la oferta de trabajo que descansa en la bandeja de entrada de mi correo electrónico. No quiero pensar en Sandy, en proyectos finales, en si el vídeo de hoy se ha publicado correctamente en Instagram.

Solo quiero que seamos nosotros durante el día de hoy, nada más.

Sonrío al imaginar la cara de sorpresa que pondrá Noah al descubrir su regalo, es algo bastante original y la verdad es que lo vi y no dudé en que sería la oportunidad perfecta para tener una cita. Bueno, una cita más de todas las que hemos tenido durante todos estos meses, pero en las alturas. Llego a la Diagonal, donde se encuentra la Universidad Politécnica de Cataluña; se podría decir que la mayor parte de los días los tres estamos cerca, y es un alivio. En más de una ocasión he tenido que llamar a mi hermano porque me estaba engullendo la ansiedad, pero este año no ha sido el caso.

Un cosquilleo me agita el estómago y mis mejillas están algo sonrojadas. Es la primera vez que vengo aquí a buscar a Noah, me hace una tremenda ilusión estar con él y, sobre todo, que compartamos el plan que tengo preparado para hoy. Son casi las dos del mediodía, debe de estar a punto de salir; según Leo sus clases son mucho más aburridas que las mías, pero no tiene tanta facilidad para salir de clase como yo. Asomo mi cabeza a un lado y otro, y observo con detenimiento las personas que están en la entrada del edificio: grupos de gente hablando animadamente con sus mochilas

al hombro, otros fumando con música de fondo y otros entran y salen del edificio pasando por mi lado. No encuentro la melena rubia de mi hermano, imagino que seguirán en clase.

Hace mucho que no sentía la felicidad que hoy hace que brote mi sonrisa, y es que cuando te acostumbras al agujero negro es algo complicado imaginarte saliendo de él, hasta que lo haces y vuelves a reír de verdad. Solo entonces entiendes que lo que ha ocurrido te ha hecho más fuerte, aunque hayas perdido partes de ti por el camino.

Tal vez esté un poco loca por pensar de esta manera, pero sé que no estoy sola, y no me refiero a los miles y miles de seguidores que están pendientes de cada una de mis publicaciones, sino que hablo de Noah. Siempre hablo de él, no puedo evitarlo.

A pesar del malestar en la sien, escucho los latidos del corazón bombear con fuerza, como si en algún momento se saliera de su lugar. En el momento en que lo veo caminar hacia una de las puertas abiertas del edificio, con su polo blanco y sus tejanos oscuros, sonrío con ganas.

Agito la mano para captar su atención y que sepa que estoy aquí, y Leo abre los ojos sorprendido al verme. Enseguida cruza la entrada y prácticamente salta todos los escalones, y llega a mi lado con unas pocas zancadas. Frunzo el ceño cuando no encuentro a Noah detrás de él, pero sonrío de medio lado cuando siento los dedos de mi hermano posarse sobre mi cabeza y cierro los ojos, sabiendo cómo acaba esto. Leo agita la mano rápidamente y manda a la mierda el par de horas que he estado esta mañana planchándome el pelo. Me quedo quieta cuando retira su tacto y abro los ojos, aunque no consigo ver mucho porque tengo media melena tapándome la visión.

—¿Te parece gracioso? —gruño.

—Pareces la niña de la curva, hermanita —señala justo antes de explotar a reír.

Niego con la cabeza mientras trato de recolocar los mechones de pelo en su sitio con la banda sonora de la risa de Leo, creo que está llorando de la risa.

Le doy un manotazo en el brazo con intención de que pare. La gente nos observa, no deben de entender por qué mi hermano parece desternillarse tanto de la nada.

—La gente nos mira, Leo —comento mientras miro a los lados, topándome con las miradas extrañadas de los universitarios que se encuentran en la entrada.

—Eso es porque soy irresistible, Lena, ya deberías saberlo.

—Lo que eres es idiota, Leo, no te confundas —espeto volviendo la vista a la entrada del edificio con la esperanza de que Noah aparezca—. ¿Dónde está Noah? —pregunto inquieta.

Mi hermano me observa con detenimiento. Ladeo la cabeza de un lado a otro tratando de buscarlo entre los grupos que se apelotonan frente a nosotros, pero ni rastro de su pelo oscuro. No puedo evitar sentirme apenada porque de algún modo siento que mi plan de sorprenderlo ha fracasado, aunque trato de no hundirme en esos pensamientos y mantenerme positiva. Tal vez esté saliendo ahora de clases.

—No tardará en salir —asegura Leo y yo asiento no muy convencida de ello—. Estaba hablando con el profesor García y a ese hombre le encanta alargar el tiempo más de su hora —me detalla desviando los ojos a un grupo de chicos a los que saluda con un leve gesto.

—¿Debería esperarlo? —balbuceo indecisa.

—Claro, Lena, serán unos minutos... Me quedo contigo, si es que te da miedo caminar tú sola por la Diagonal —se burla provocando que mis labios dibujen una pequeña sonrisa de lado.

—Gracias, Leo.

Mi hermano señala un hueco libre en uno de los muros que rodean las escaleras principales, sigo sus pasos hasta llegar allí y ambos tomamos asiento sobre la piedra. Por suerte, le da la sombra. Estamos a finales de mayo y el calor es terrorífico.

Los minutos pasan y el cosquilleo nervioso se hace cada vez más intenso en mi interior, y no ayuda observar a cada persona que entra o sale para ver si es Noah.

Enciendo la pantalla del móvil cuando siento el rugir de mis tripas. Son prácticamente las dos y media de la tarde, hace rato que habíamos quedado en la boca del metro, pero he querido salir antes para sorprenderlo aquí.

Miro el móvil lleno de notificaciones de redes sociales y correos a los que no les presto atención hasta que llego a casa y puedo dedicarme plenamente a ello. Llevo haciéndolo así desde hace algunas semanas, cuando me di cuenta de que no puedo estar pendiente del móvil o el iPad en todo momento. Puse horarios, y aproveché lo aprendido para grabar algunos vídeos interesantes, así que no voy a abrir ninguna notificación hasta prácticamente la noche, ya que voy a pasar la tarde con Noah.

Si sale, claro.

Miro a mi hermano, quien parece embobado en el teléfono, y suspiro algo frustrada por haber salido corriendo para nada. «¿Y si le ha pasado algo?», pregunta mi mente, lo que me provoca un escalofrío. Cada pocos segundos miro el móvil por si he recibido un mensaje suyo, pero nada.

Ni un mensaje de Noah y el tiempo no para.

Voy a tener que llamar al restaurante donde había reservado mesa para avisar de que llegaremos tarde. Mi hermano tenía razón: sí que le gusta enrollarse a su profesor.

—Leo. —No obtengo respuesta—. Leo. —Lo zarandeo un poco y consigo que reaccione y clave los ojos en mí—. ¿Crees que saldrá pronto? Porque había reservado mesa para comer, pero creo que no llegamos a tiempo.

Leo tensa la mandíbula, parece molesto. Mientras ahoga un gruñido, mira la puerta de la que prácticamente ya no sale nadie, y me quedo algo descolocada al ver cómo a mi hermano le cambia la mirada en pocos segundos. Tiene el ceño fruncido, como si estuviera molesto. Entiendo que Noah es su amigo y que no le hace gracia que me haga esperar, pero tampoco es para tanto.

—No lo sé, Lena, dependerá de él... —dice serio y de un salto se pone en pie y sacude su ropa por si el muro estaba sucio.

Cierro los párpados con fuerza intentando ahogar el martilleo en la sien.

Me duele la cabeza hasta tal punto que cualquier sonido me martiriza.

Me quedo pensativa con su respuesta, ¿dependerá de él? No lo comprendo, en todo caso dependerá del profesor, si se enrolla demasiado o no. La verdad es que estoy harta de esperar, son casi las tres de la tarde y tengo un hambre voraz. Abro mi móvil y busco el chat con Noah:

Dime algo para saber si te espero
o si sigues liado

Le doy a enviar molesta conmigo misma por no haberlo hecho antes. Deseo que pueda mirar unos segundos el móvil para darme alguna respuesta, pero nada. Es como si se lo hubiera tragado la tierra o, más bien, el señor García.

Por un momento recuerdo la escena de la semana pasada en el patio trasero... ¿Es posible que Sandy esté teniendo algo que ver

con su retraso? Me llevo la mano a la sien buscando calma donde no parece haberla.

Siento cómo la pesadez es cada vez mayor. Estar sentada bajo la luz del sol no ayuda.

Los ruidos me molestan.

La luz me molesta.

No tener respuestas me irrita.

—¿Lena? —pregunta mi hermano acercándose a mi—. Lena, no tienes buena cara, ¿te encuentras bien? —La impotencia corre por mis venas como la espuma.

Alzo la vista lentamente hasta encontrarme con el ceño fruncido y preocupado de Leo. Siento cómo la energía de mi cuerpo me abandona poco a poco, en cualquier momento caeré al suelo.

¿Pero qué me pasa?

¿Esto también lo provoca la ansiedad?

Me duele... demasiado.

Me llevo las palmas de las manos a los oídos para taparlos y cierro con los ojos buscando la forma de apagar el dolor. Mi hermano me rodea con sus brazos fuertes.

—¿Te duele mucho? —susurra cerca de mi oído.

No respondo.

Las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas.

Todo mi cuerpo cae sobre su pecho y Leo me sostiene mientras siento que todo me da vueltas.

—Lena, agárrate... Vamos al hospital. —Son las palabras que oigo pronunciar a mi hermano antes de que eche a andar.

Mi móvil suena y automáticamente pienso en él.

—Noah... —susurro débilmente.

—No, Lena, olvídate de Noah —ruge con fuerza.

¿En qué momento la ira se ha apoderado de él?

No entiendo nada.

El dolor no me deja hacer otra cosa que enterrar mi rostro entre la oscuridad de mis brazos.

Hoy es la primera vez que cogemos un taxi en la gran ciudad.

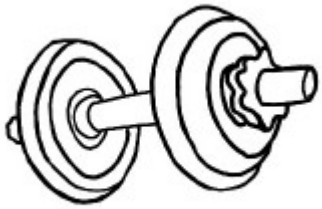
No tardamos más de diez minutos en llegar al hospital San Juan de Dios, donde solo soy consciente de la preocupación en la mirada de Leo cuando me llevan en una camilla a algún lugar.

Solo pienso en si ya habrá salido Noah de clase.

Siempre pienso en él.

«Es automático», pienso antes de caer en un sueño profundo.

Capítulo 69



Noah

Las clases de hoy no me pesan tanto y he conseguido no tener ningún entreno esta tarde. Lena lleva semanas preparando algo para el día de hoy, por mi cumpleaños. Nos hace falta pasar tiempo juntos, últimamente todo se ha vuelto demasiado incómodo y tenso. No he dejado pasar ninguna oportunidad de hablar con Lena y disculparme por el numerito de Sandy de la semana pasada, hasta que nos pasamos una tarde entera abrazados y entendí que solo nos necesitábamos el uno al otro para que todo estuviera bien. A los dos nos vendrá bien distraernos del día a día y relajarnos pasando un rato tranquilos dondequiera que haya planeado ir.

Han sido días con los nervios a flor de piel porque Lena lleva una temporada difícil en cuanto a su salud. No tengo ninguna duda de que gran parte de lo que sucede es debido al estrés acumulado y al poco tiempo de descanso.

Hoy será un día tranquilo, no necesito nada más que a ella.

Llevo toda la mañana yendo de clase en clase con una sonrisa de idiota que no me cabe en la cara. Llevo días intrigado por lo que Luci está preparando para hoy; no me ha dado ninguna pista de lo que se supone que vamos a hacer, pero ha llegado un punto en el que es más divertido chincharla con sonsacarle información que tratar de averiguar lo que planea. Sea lo que sea, si viene de ella será increíble, como todo lo que hace.

No paro de mirar al reloj de la pared que está encima de donde el profesor lleva plantado más de una hora pasando diapositivas acerca de los materiales que debemos tener claros a la hora de diseñar un edificio sostenible y duradero.

Mientras la clase avanzaba he visto cómo Leo ha estado chateando con alguien, lo cual me ha dado mucha curiosidad. Cuando le he preguntado en susurros, para no llamar la atención, con quién hablaba tan animadamente, no ha querido decírmelo, aunque debe de ser algo muy bueno, porque he visto a mi mejor amigo reír más en hora y media de pantalla que en muchas fiestas.

Decido no darle mucha más importancia al asunto. Sea lo que sea, si le hace bien y le pone de buen humor, yo me alegro por ello.

La pantalla de mi teléfono parpadea en silencio indicando que acabo de recibir un mensaje, imagino que será alguna persona felicitándome por mi cumpleaños. Lo cojo cuando veo que siguen llegando notificaciones sin parar y me atraganto al ver de quién provienen esos mensajes.

Sandy.

Feliz cumpleaños, mi amor
Tengo una sorpresa para ti

Frunzo el ceño sin entender. La busco en la sala y me topo con su enorme sonrisa juguetona saludándome de manera muy seductora. Niego con la cabeza advirtiéndola de que, sea lo que sea lo que

tenga en mente, no lo haga. No entiendo a que está jugando, ¿no le bastó con lo de la semana pasada?

Bloqueo la pantalla del móvil con intención de no responder de ninguna forma a los mensajes que acabo de recibir, a ver si de este modo entiende que me da igual. No sé cómo sigue teniendo la cara de hablarme de este modo, después de todo.

¿No ha entendido que estoy saliendo con Lena?

Prácticamente toda la facultad sabe que Lena es mucho más que una amiga para mí, gracias a los mensajes tan bonitos que me dedica en redes y que han llegado a comentarse varias veces en las noticias del país.

Está arrasando con cada publicación que hace, lo único malo de todo esto es que de vez en cuando veo que se inquieta pensando que tal vez su próximo vídeo no guste a sus seguidores o reciba malos comentarios en la red... Pero, aun así, saca la fuerza que lleva dentro y lo publica.

Creo que es muy positivo que se concentre en aquello que le gusta, porque eso ayuda a mantenernos arraigados en el presente, según me explicó ella después de una sesión *online* con su psicóloga.

Frunzo el ceño disgustado por lo incómodo que me ha hecho sentir recibir esos mensajes, ¿no podría haber sido una felicitación normal?

Después de todo ella es la chica con la que más tiempo he durado, a pesar de los múltiples engaños, y de alguna forma mantenemos esa amistad algo insostenible, porque lamento terminar de mala manera con ella después de todo lo que ella y su familia han hecho por mí.

En cuanto veo que mis compañeros empiezan a salir por la puerta, no me lo pienso dos veces y guardo en mi mochila mi

cuaderno de apuntes junto con mi pequeño estuche, en el que apenas caben tres bolígrafos. Veo a mi amigo aún medio empanado entre mensajitos y una vez que estoy listo le hago un gesto para indicarle que voy tirando.

Bajo los escalones de la clase, ya que esta aula está distribuida en forma de anfiteatro, aunque mucho más pequeño, para unos doscientos alumnos como máximo. Esquivo a la gente que obstaculiza el paso porque se queda parloteando en mitad del camino de salida del aula. Con mis pasos rápidos no tardo en llegar a la puerta y no me detengo a esperar a mi amigo, que parece demasiado entretenido con lo que sea que le ocurra.

Hoy tengo planes con Lena y no quiero hacerla esperar.

Tenemos una cita.

A ella le ha hecho mucha ilusión llamarlo cita.

Llevo días tratando de sonsacarle a dónde iremos esta tarde, pero no he conseguido sacarle ni media palabra, ni siquiera cuando la chantajeé con robarle el ColaCao de la despensa.

—Eh, tío. —La voz de mi mejor amigo hace que todo el pasillo se vuelva hacia él, que me mira con una amplia sonrisa y los brazos abiertos—. Feliz cumpleaños. —Se abalanza sobre mí de nuevo.

—Es la quinta vez que haces esto hoy —le contesto negando con la cabeza.

—¿A que es divertido?

—¿Verte hacer el indio? Mucho.

—Muy gracioso. Por cierto..., sé que te vas con mi hermana, ¿qué te iba a decir? Sí, mmm... Nada de hacer cosas indecentes con ella, ¿entendido? —Mi amigo trata de ser majo, pero no le sale demasiado bien.

—Oh, eso díselo a ella, es la que ha planeado la tarde —respondo picándole.

—Noaah, espera. —Esa voz chillona nos atraviesa a ambos.

Leo y yo nos quedamos parados en mitad de pasillo entre los alumnos que caminan en dirección a la cafetería o a la salida, porque el horario de clases de la mañana termina a las dos. Observo cómo Sandy da los últimos pasos hasta llegar a mí, y pongo los ojos en blanco mientras sus botas altas repiquetean contra el suelo de mármol como si fuera el sonido del reloj. Espero con algo de condescendencia lo que vaya a decirme. No tengo mucho tiempo antes de que Lena salga de clase y no quiero perderlo en conversaciones con Sandy que no van a ninguna parte.

—¿Ya te vas? ¿No me dejas felicitarte por tu cumpleaños? —Sandy se acerca mucho más a mí y hace que mi cuerpo se ponga completamente rígido y alerta.

—Creo que ya lo has hecho —le recuerdo escueto.

—Está bien, está bien. Hola, Leo —le saluda y este le dedica una sonrisa de lo más asqueada—. Esto, Noah, ¿podrías ayudarme con los proyectos de clase? Estoy un poco perdida con lo que hay que hacer...

Siento la mirada penetrante de mi amigo sobre mí y suspiro agotado. ¿Tiene que pedírmelo ahora? ¿En serio? Miro el reloj y veo que todavía no son las dos, con suerte tengo unos minutos de sobra antes de que Luci salga de clase.

—Me voy, que tengo un hambre de mil demonios. Noah, acuérdate de lo de esta tarde. —Recibo un par de palmadas en mi hombro por parte de Leo antes de que eche a andar hacia la salida del edificio, no sin antes fulminarme con la mirada.

Sandy sigue frente a mí con una sonrisa pícara a juego con su vestido ajustado de color rosa chicle. Ruedo los ojos, cansado de lo mismo de siempre. No me gusta sentirme de esta forma cada vez

que ella se acerca, porque me sigo sintiendo en deuda con ella de alguna manera.

—¿Qué es lo que no entiendes? —le pregunto escueto.

—Pues verás, no sé qué tenemos que hacer, me salté la clase por una urgencia estética y ahora no sé si es en grupo, parejas o individual —explica preocupada.

—Es en grupo, hay que diseñar tres edificios con diferentes funciones para mejorar una zona, se entrega dentro de tres semanas. ¿Algo más? —Alzo una ceja, esperando su respuesta.

—¿Puedes echarme un cable con lo digital por favor? —Sandy junta sus manos y hace una mueca como la de los cachorritos antes de torcer su expresión—. ¿Recuerdas quién te ayudó a buscar una buena clínica para tu padre? ¿Quién te regaló el último iPhone cuando tu móvil murió? Sería una pena que le dijera a mi padre que ya no eres bueno conmigo, tal vez llame a su amigo jefe de cierta clínica de desintoxicación. ¿Quién sabe? —Se cruza de brazos y saca a relucir su sonrisa maquiavélica.

¿Cómo se atreve?

Lo peor de todo es que la veo capaz de hacerlo, no sería la primera vez que trata de manipular a alguien para beneficiarse. Han sido demasiadas veces las que hemos vuelto a estar juntos porque ella se ha empeñado en arreglar a su manera un problema de mi vida. Así fue cuando me quedé sin teléfono a mitad del curso pasado y no podía malgastar el dinero en comprarme uno nuevo. Ella apareció con una bolsa de Apple entre las manos y una disculpa por haberse acostado con un tío al que conoció en la discoteca. Volvimos. Pasó lo mismo cuando a mi padre lo encontraron borracho en mitad de la noche, sentado en un banco con la mirada fija en el mar; ahí supe que yo no era suficiente para que mi padre se pusiera bien. Sandy me aseguró que su familia me podía ayudar a encontrar

una buena solución e hicimos las paces después de una gran bronca. Al ver el coste de dicha solución, ella convenció a sus padres de que yo era el amor de su vida para que ellos corriesen con los gastos y yo la perdonara por lo mal que se había portado conmigo.

Siempre encontraba la forma de mantenerme atado a ella, y de alguna forma sigue haciéndolo.

Suspiro y vuelvo la mirada a la chica que me ruega con sus ojos oscuros.

—Cinco minutos. —Mi respuesta hace que ella se abalance sobre mí con los brazos abiertos de par en par.

No he empezado a ayudarla y ya me estoy arrepintiendo de ello.

—Será un momento, Noah. Tengo las cosas en la sala de estudio —balbucea antes de dirigirse hacia allí.

Camino detrás de ella sintiendo mis pasos pesados y sin ganas. Solo serán cinco minutos.

* * *

Casi una hora después estoy nervioso porque sé que esto me está llevando más de cinco minutos, pero también sé que estaría feo irme cuando he dicho que la ayudaría y que eso la haría enfadar. Me ha amenazado de la forma más evidente posible. Ya tardaba en salir esta faceta tan suya: cuando alguien le dice que no, ella mueve todos los hilos necesarios para que acabe siendo un sí. Supongo que haber tenido de todo desde pequeña te enseña a no aceptar un no por respuesta. Hace rato que había quedado con Lena en el andén y estoy concentrado en pasar la idea de Sandy de un edificio a digital lo más rápido que puedo, porque los minutos vuelan mientras yo tecleo en mi portátil. Lena me ha enviado un mensaje escueto haciéndome saber que me estaba esperando, pero lo he visto

prácticamente veinte minutos después de recibirlo y lo primero que he pensado es que ya se habría marchado. Le he explicado que tardaré un poco más de lo previsto, pero que estaré listo para nuestra cita más tarde. Sé que tiene entradas para ir a algún sitio a las cinco y media, para entonces estaré allí. Espero estarlo.

Sandy mira el papeleo con el que ha inundado la mesa y hace pequeñas anotaciones. De vez en cuando su mirada se posa suavemente sobre mí y me sonríe.

—Oye, Noah, me hace ilusión que pases tu cumpleaños conmigo. Quizás a esa novia nueva que tienes no la quieres tanto como a mí, pero tranquilo, te perdono...

¿A qué coño viene eso?

Una sonrisa maliciosa aparece en su rostro y se me revuelven las tripas al recordar que esa solía ser su expresión la mayoría del tiempo. Como todas las veces anteriores, yo trato de ser un buen amigo, como solíamos serlo antes de ser más que eso, y ella no parece salir del bucle de intentarlo e intentarlo. Llevo meses esperando a que mejore y pase página, pero parece no hacerlo. El año anterior estuve pendiente de sus altibajos emocionales hasta que me vi envuelto en su cama más veces de las que me gustaría recordar. Pero este año ese tiempo lo he invertido en mí y en Lena, en nosotros, y gracias a ello tengo la suficiente motivación y buen humor para abarcar todos los ámbitos de mi vida.

Lo siento, papá, pero no puedo seguir aguantando que dirija mi vida a su antojo por miedo a lo que pueda pasar.

A la mierda su maldito chantaje emocional.

Estoy harto de que me ningunee y se ría de mí en mi puñetera cara. Ella no me quiere, si lo hiciera, su ayuda sería desinteresada y no una forma más de sacar provecho cada vez que le venga en gana.

Los ojos grandes de Sandy me miran expectantes. La gente a nuestro alrededor nos observa, demasiado interesados en lo que ocurra entre ella y yo. Aprieto la mandíbula con rabia. Su cabeza se ladea y hace el amago de estirar los dedos para tocar mi rostro.

Pero no lo hace.

—Lena es lo mejor que me ha pasado en esta vida —rujo poniéndome en pie y haciendo el amago de irme.

—Y en cambio, estás aquí, haciéndome el trabajo porque en el fondo sabes que lo correcto es estar conmigo. Yo puedo darte todo lo que necesites, Noah..., ¿es que no lo ves? —dice en un tono de superioridad.

—No, Sandy, no te equivoques. Ella no debe mendigar mi atención para que yo la quiera más que a mi vida y tampoco es necesario que me preocupe por si decide hacerme daño cada vez que peleamos. Su familia me adora porque me he ganado su cariño día a día, no me miran con pena. Lena no necesita echarme el lazo cada dos por tres porque yo cruzo el mundo entero por ella si es necesario. No necesito móviles caros, ni pisos de regalo, ni estar día y noche bajo las sábanas porque no exista otra forma de comunicarnos. Hay una cuestión que parece que no estás valorando, Sandra. —Su expresión se vuelve tensa en cuanto pronuncio su nombre real—. Me enamoré de Lena en el mismo instante en que nuestras miradas se cruzaron por primera vez, cuando ni siquiera entendíamos por qué éramos inseparables. —A cada palabra siento cómo el corazón me bombea con más fuerza.

—Eso no es cierto, lo dices para...

—Para que entiendas de una vez que ya no me importa lo que hagas, Sandra. —Me cuelgo la mochila al hombro.

—Te arrepentirás de esto —ruge enervada.

—¿De estar aquí ahora mismo? Llevo tiempo arrepentido... Sandra, lo nuestro se acabó hace tiempo —le digo serio alzando el tono de voz para que todos en la sala puedan oírme.

Que la gente sepa que su vida no es perfecta es lo que más odia.

Que la gente crea que mi vida no es perfecta es lo que más odia.

Me giro y emprendo el paso hacía donde tendría que estar ahora mismo, con Lena.

Los remordimientos de haber aplazado verla me comen vivo, ¿cómo puedo ser tan estúpido? Me da rabia cada vez que me pasan estas cosas, me cuesta encontrar dónde están los límites y parece que siempre quedo malparado por ello.

Camino a paso rápido mientras salgo de la sala de estudio. Me siento idiota y sucio. Esquivo a algunos alumnos tratando de hacer todo lo posible para que el sonido de sus botas y su voz desaparezca detrás de mí. Llego a la entrada principal y sin pensarlo dos veces bajo los primeros escalones con la intención de ir a buscar a Lena y olvidarme de lo que acaba de ocurrir. Porque ahora mismo no sé cómo reaccionar a lo que acaba de pasar. No tiene importancia ¿o sí la tiene?

Un pinchazo en el pecho me recuerda que ella no debe de estar en la uni, y es ahora cuando un sinfín de detalles abordan mi mente.

Ella tenía preparado un itinerario para hoy, ¿y si he jodido algo?

«Noah, ¿cuándo no fastidias algo?», me repito una y otra vez.

¿Por qué siento que no tengo el control de mi vida?

Nervioso, salgo de la universidad mientras le mando un mensaje a Lena para que me diga el lugar al que ir ahora mismo. No pienso perder ni un segundo más sin estar donde quiero estar.

Mi móvil suena antes de llegar al paso de peatones. Deslizo el dedo sabiendo que he vuelto a cagarla.

—No me jodas que sigues ahí, Noah —ruge Leo al otro lado de la línea.

Está furioso, y a mí la culpa me come cada vez más rápido.

—No —respondo culpable.

—No me jodas, Sanders, ¿me puedes decir dónde narices estás? Mi hermana te necesita... Estamos en el hospital, sus dolores de cabeza están empeorando —me recrimina.

Ha sido por mi culpa.

Me dice la voz dentro de mi cabeza.

Me avergüenzo al instante cuando me percato de que, una vez más, he sido un estúpido cobarde al caer en las garras de Sandy en lugar de haberme parado a pensar en si de verdad ella tiene poder sobre mí o no.

Sandra sabe que no estoy bien y lo utiliza para manipularme a su antojo, pero esta ha sido la última vez.

—Voy de camino —respondo mientras cruzo la calle.

Lena está en el hospital.

Sus dolores de cabeza han empeorado y yo no estoy a su lado para acompañarla.

¿Estaba sola?

¿Le ha pasado en la calle?

—Noah, no puedes seguir así, y mucho menos ahora. Estás saliendo con mi hermana, ¿puedes hacer el favor de poner los pies en la tierra? —Eleva la voz—. Lena no se merece que no des el cien por cien con ella. Le han dado calmantes para el dolor, ¿sabes qué es lo único que no deja de pronunciar? Tu nombre —espeta de malhumor.

Su voz retumba en mi cabeza cuando la llamada se corta. Un mensaje de Leo con la ubicación es la única respuesta que tengo. No pierdo el tiempo en coger un taxi, ya que hay mucho tráfico, y me

encamino lo más rápido que puedo hasta el hospital, que, por suerte, se encuentra a pocos minutos.

Me niego a tardar en llegar.

Capítulo 70



Lena

Abro los ojos con dificultad al oír murmullo a mi alrededor. Me siento bastante ida, pero el dolor de cabeza ha disminuido bastante, tiene que haber sido por alguna de las bolsitas que cuelgan al lado de la camilla de la pequeña sala. Estoy en una habitación de hospital, una muy pequeña donde apenas hay espacio para una cama incómoda y un sillón al lado.

—¿Cómo te encuentras, hermanita? —susurra Leo acercándose a mí al percatarse de que estoy despierta.

¿Cómo he llegado aquí?

Lo último que recuerdo es estar esperando a Noah en la puerta de la facultad.

¿Habrá salido ya?

—Noah...

Es lo único que logro decir, como si todo mi vocabulario se hubiera reducido a su nombre. Mi hermano frunce el ceño, acerca el

sillón hasta la cama y me toma las manos con suavidad.

—¿Cómo es posible que su nombre sea lo único que has pronunciado en las últimas horas? —pregunta molesto.

—Lo... Lo siento —susurro bajando la mirada

—Él es quien tiene que sentirlo, Lena —balbucea.

Una ráfaga viene a mí y recuerdo que Leo ya parecía molesto cuando esperábamos a su mejor amigo, como si él supiera algo que yo no. Siento un terrible escalofrío y el miedo cala en mis huesos cuando la mirada se me clava en los azulejos blancos de la pared de la pequeña sala.

Mi hermano aprieta suavemente mi mano para llamar mi atención.

—Tú concéntrate en encontrarte mejor, ¿vale? Voy a salir a avisar de que estás despierta —anuncia con una sonrisa protectora antes de ponerse en pie con suavidad y salir por la puerta.

Miro a un lado y a otro y me fijo en la cantidad de cables que han conectado a mi cuerpo.

«¿Tan mal estoy? ¿Me he vuelto a desmayar?», me pregunto a cada instante mientras voy siendo cada vez más consciente de lo que ha podido pasar. Hoy debía aguantar, tenía que estar bien para poder pasar el cumpleaños de Noah con él. Íbamos a ir a un mirador chulísimo en las alturas y ahora... me lo he cargado.

Por mi culpa, Noah no va a poder disfrutar de un día diferente, porque en cuanto se entere de dónde estoy no se va a separar de mi lado en ningún momento.

Así es él.

Cierro los ojos unos segundos.

El ruido que me martilleaba la sien ya no está, y me permito disfrutar de la tranquilidad que hace semanas que no respiro, aunque todo ello se ve truncado cuando distingo su voz entre la

multitud. Elevo los párpados preparada para ver su figura entrar por la puerta rojiza.

No ocurre.

La voz de mi hermano se eleva furiosa.

Todo mi cuerpo se pone en alerta.

¿Qué pasa?

Sus voces callan de golpe al otro lado.

Me siento desorientada y con una sensación extraña en la boca del estómago que no ayuda a calmarme.

«Él es quien tiene que sentirlo».

¿Noah?

¿Sentirlo por qué?

¿Ha ocurrido algo?

El pecho me arde en cuanto mi mente llega a una hipótesis que no me gusta en absoluto, pero que encaja con todos los detalles.

No, por favor.

Esta vez la puerta se abre y deja paso a su figura inquieta. Sus ojos verdes proyectan culpabilidad y su expresión se tuerce al verme, como si le diera pena. Entre mis manos sostengo las sábanas que me tapan hasta poco más arriba del pecho, las aprieto con fuerza, aferrándome a ellas mientras sus pasos se acercan hasta mí.

—Siento mucho no haber salido antes, Lena... —susurra apenas sin voz cuando llega a la camilla.

Por inercia busco su mano con las mías y la acaricio con suavidad. «Todo estará bien», le digo con la mirada, pero no reacciona, como si un muro de ladrillos se encontrara entre nosotros, a pesar de tener los dedos entrelazados.

—Ahora estás aquí, Noah... ¿Por qué no me cuentas el tostón que te ha debido de dar el señor García? —pregunto buscando calma en él.

Nuestras miradas se encuentran y una expresión confusa aparece en su rostro, como si no entendiera lo que acabo de decir. Debe de estar cansado de tanto ir de aquí para allá.

—Por suerte hoy no le he visto el pelo, la clase de Urbanismo ha sido agotadora —balbucea sin ánimo.

Me quedo bloqueada automáticamente al escucharle.

¿Cómo que no hablaba con el profesor García?

Leo me había dicho eso..., ¿no?

¿Estaré equivocada?

Frunzo el ceño, confusa por el choque de informaciones.

Algo no está bien.

¿Por qué Leo me diría eso si Noah...?

Abro los ojos como platos al percatarme de algo que podría haberle hecho quedarse en la universidad más tiempo del que desearía.

Algo con voz chillona.

Toso al no lograr tragar saliva con facilidad.

Me aparto todo lo que puedo de Noah Sanders en el mismo instante en que mi hermano entra por la puerta de mal humor y todas las piezas empiezan a encajar.

—¿Qué pasa? —pregunto desorientada mientras los miro.

—Os dije que no era una buena idea que estuvierais juntos. —Leo se acerca a la cama y obliga a Noah a retroceder.

¿Cómo?

No estoy entendiendo nada.

—Leo, no es el momento —dice Sanders tratando de mantener la calma.

¿Qué les pasa?

¿Se han peleado?

¿Se han peleado por mi culpa?

—¿Y cuándo va a serlo? ¿Cuando sea demasiado tarde para arreglarlo? —ruge con fuerza.

—Ya está arreglado —responde el otro de mala gana.

Jamás los había visto así de enfadados el uno con el otro y no puedo evitar sentir que la culpa de todo esto es mía.

—¿De verdad, Noah? Eso mismo dijiste hace meses y mira dónde estabas —espeta mi hermano con malicia.

Sus palabras me clavan una estaca en el pecho cuando caigo en la cuenta de a qué se refiere.

¿Qué?

¿Estaba con ella?

¿Estaba con ella sabiendo que lo estaba esperando?

¿Quería estar con ella?

¿Sigue queriéndola?

Abro los ojos desorbitados y ladeo la cabeza hasta verle la cara de culpabilidad. Hace el amago de acercarse y me preparo para apartarlo, pero mi hermano se interpone entre ambos, protegiéndome.

—Leo, no seas crío, solo quiero explicarle la situación con calma... —pide Noah con la voz rota.

Cierro los párpados con fuerza para ahogar sus voces en la nada y busco en mi interior qué siento, pero no logro descubrirlo, es un cúmulo de cosas que no puedo procesar con facilidad.

Estoy en blanco.

No sé.

—Lena... ¿Lena, estás bien? —pregunta Noah Sanders sorteando a mi hermano y acercándose a mí.

Ladeo la cabeza hasta que nuestras miradas chocan. La suya está cargada de miedo y la mía... La mía acaba de romperse de nuevo.

—Me voy —anuncio seria. Ambos me miran confusos y preocupados por si estuviera teniendo alucinaciones, pero no, solo quiero huir, salir de la jaula que me aprieta el pecho—. Me han ofrecido un trabajo lejos de aquí... y voy a aceptarlo —digo con rabia.

Con tristeza.

Con cansancio.

Desorientada.

Con malicia.

Con rencor.

Destrozada.

Vacía.

En blanco.

O quizás en negro.

No lo sé.

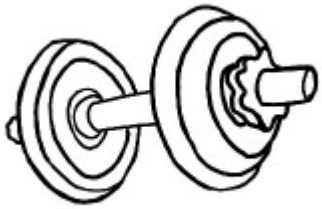
Sus expresiones se quedan mudas y agacho la cabeza para refugiarme de sus miradas.

La puerta se abre y aparece una de las enfermeras, que pide permiso para entrar y, acto seguido, desaloja la sala para poder hablar conmigo tranquilamente.

Pero yo no estoy tranquila.

Soy una bomba que estallará en cualquier momento y me arrasará de nuevo.

Capítulo 71



Noah

Me siento tan ido desde que su mirada completamente vacía me atravesó por completo.

Me he quedado mudo.

Mi día a día ha perdido el sentido.

Es culpa mía que las cosas se hayan salido tanto de control. La situación debía haberse zanjado hace tiempo.

Creí haberlo hecho.

Entendí que ya no necesitaba repetirle más veces a Sandy que lo nuestro había terminado. Lo que realmente debía haber hecho era quitarle todo el poder que creía tener sobre mí, ese poder que me hacía sentir como si siempre estuviera a su merced, atrapado en su influencia. Pero el problema no era Sandy. El verdadero problema era yo. «Jamás volverá a tener una pizca de mí», me prometí, pero las palabras eran tan vacías como las promesas rotas que había hecho a Lena. Me perdí, lo supe en el instante en que cayó la

bomba, cuando Lena dijo, con el tono más frío y serio que jamás había escuchado, que se iba.

Y yo, un cobarde, no supe cómo detenerla, cómo defender lo que teníamos. No supe poner límites. No supe protegerla. Fue entonces, con su voz helada cortando el aire, cuando entendí que todo lo que había hecho había destruido lo que más amaba. Lo peor es que no puedo culpar a nadie más que a mí mismo.

Sigo doblando la ropa como puedo, metiéndola en la maleta. Cada prenda que cae dentro es una acumulación de todo lo que he perdido, de todo lo que he dejado escapar por no ser capaz de enfrentarme a mis propios miedos. Me asfixio entre estas cuatro paredes, como si la presión de mis propios errores me aplastara por completo. Me siento como si estuviera ahogándome. No hay aire, no hay escape.

La he cagado. Pero no ahora. Llevo tiempo dejando que esto ocurriera, permitiendo que las cosas se desmoronaran mientras hacía la vista gorda, demasiado preocupado por mi propio ego y miedo a enfrentarme a la verdad. Y ahora, aquí estoy, preguntándome qué pensará Lena de mí.

¿Que soy un capullo? No podría culparla si lo piensa, porque lo soy. La hice esperar, sabiendo que ella tenía una sorpresa para mí, sabiendo lo mucho que significaba para ella, y no estuve ahí cuando más me necesitó. Una vez más, me fallé a mí mismo, le fallé a ella.

El dolor en mi pecho es insoportable. Cada vez que me doy cuenta de lo que he hecho, siento que me quema por dentro. Todo lo que toco acaba rompiéndose, y lo peor es que ahora soy consciente de que yo soy el que lo ha roto todo. Leo, siempre distante, siempre con respuestas cortantes y secas, parece un reflejo de mi propia incapacidad para conectar con lo que realmente importa. Y Lena... Lena ya no está aquí. O al menos, no está aquí

conmigo. Siempre está aislada en su habitación, con la puerta cerrada, como si quisiera que todo lo que compartíamos quedara atrás, como si ya no hubiera espacio para mí en su vida.

En los últimos días, creo que he visto más esa puerta cerrada que cualquier otra cosa. He pasado horas mirándola, sintiendo cómo la distancia entre nosotros crecía, como un muro invisible que yo mismo he construido. No me he atrevido a llamar ni una sola vez. No porque no quiera, sino porque sé, en lo más profundo de mi ser, que lo que construimos se está cayendo a pedazos. Lena ya no quiere verme. Y tengo miedo de que, al final, sea yo quien se haya convertido en un desconocido para ella.

Y aquí estoy, metiendo mis cosas en la maleta con las manos temblorosas, como si con cada prenda que guardo pudiera borrar todo lo que he hecho mal. No sé si lo que estoy haciendo tiene algún sentido, pero en este momento, me parece lo único lógico. Lo único que puedo hacer para no empeorar aún más las cosas. Si me quedo aquí, si sigo al lado de Lena, solo estaré alimentando el dolor y el rencor que sé que está creciendo entre nosotros.

Creo que, si me voy, tal vez ella pueda respirar y las cosas puedan calmarse. Tal vez, solo tal vez, esto le dé el espacio que necesita para pensar, para no odiarme más de lo que ya lo hace. No quiero ser el peso que la atrape, no quiero ser el recordatorio constante de mis errores. Si me voy, tal vez ella pueda seguir adelante sin mí. Es lo que merecemos, ¿no? Un poco de distancia, un respiro, porque ahora todo lo que hay entre nosotros es un campo minado de resentimientos y promesas rotas.

Lo sé, no soy el tipo de hombre que sabe cómo arreglar las cosas. Nunca lo he sido. En lugar de luchar por lo que amo, me rindo y me escondo detrás de mi cobardía, dejándola esperar mientras yo me pierdo en mis propios miedos. No sé cómo salvarnos, cómo salvar lo

que aún podría quedar de nosotros. Pero quizás, si me alejo, ella podrá sanar. O tal vez nunca lo haga, y este será el final definitivo. A veces pienso que la decisión está tomada, que ella ya se ha ido por completo, solo que aún no me ha dicho la verdad en voz alta.

Pero no sé qué otra opción tengo. Si me quedo, la dañaría más y no puedo soportarlo. Soy un desastre. Un completo desastre. Y aunque me duela el alma, sigo metiendo ropa, vaciando los cajones, cerrando puertas que jamás pensé que tendría que cerrar. Porque, en mi mente, irme es lo único que puedo hacer para no arruinarlo todo aún más.

Media hora más tarde pongo la maleta en pie y con temor abro la puerta. Llevo ambos bultos hasta el recibidor y esquivo la mirada fija de Leo, puesta en mí.

Tenía razón.

Debí estar callado, debí reprimirme una vez más, nada de esto hubiera pasado.

—¿A dónde te crees que vas? —pregunta con voz grave.

Me giro y veo cómo mi mejor amigo mira mis maletas con expresión seria y confusa.

—A casa... —balbuceo.

Volveré a mi casa vacía y triste.

Esperaré a que mi padre salga de la clínica y fingiré que nada ocurre cuando me cruce con Jacobo y Carlota por la calle. No quiero herir a nadie, no quiero destrozar nada, solo quiero que esta espiral de dolor y de no saber qué necesito cese de una vez por todas.

—Noah..., estás en casa. —Las palabras de mi amigo me obligan a alzar la vista hasta él—. Aunque las cosas no estén bien, quiero que te quedes.

—Te lo agradezco, Leo, pero... es lo mejor —digo convencido de mi marcha.

—¿Ser un cobarde e irte sin avisar de nuevo es lo mejor? ¿Para quién? Porque para mí no lo es y para mi hermana mucho menos. Que sea la solución fácil no significa que sea la acertada. Siento haber sido un capullo contigo, pero te dije que no quería ver mal a Lena por cualquier jueguecito de Sandra. Solo quiero saber si este tema acabó o vas a seguir con el rabo entre las piernas cada vez que ella se proponga conseguir algo de ti.

Leo deja caer su cuerpo a un lado, sobre el quicio de la puerta, y sus brazos se cruzan mientras me observa esperando respuestas.

¿Ha acabado?

Frunzo los labios, con la respuesta en la punta de la lengua. El miedo la detiene, pero estoy harto de tener miedo, estoy agotado de no vivir mi vida. Solo quiero sentir que vuelvo a ser yo.

—Ha acabado. Si quiere joderme que lo haga. No sé cómo, pero saldré de ello —digo sintiendo cada una de mis palabras.

Mi amigo se toma unos segundos para analizar mi respuesta con los ojos entrecerrados.

—¿Y mi hermana? —pregunta con suavidad.

Lena.

Agacho la mirada e intento ahogar el escozor en el pecho.

Lena se irá lejos de aquí.

¿Qué más da lo que yo haga?

La vida nos vuelve a separar.

—Se irá... —Es lo único que logro murmurar.

—¿Y si no lo hace, Noah? Lo dijo porque estaba cabreada, es solo una oferta de trabajo... Puede encontrar otras cerca de casa. —El temor en su tono de voz se hace presente.

Ninguno de los dos queremos que se vaya, pero sabemos que no podemos pedirle que se quede.

—No quiero que sufra más.

—Si te vas es lo único que hará el resto de su vida y lo sabes. Después de estos meses viendo cómo compartíais hasta el más mínimo detalle, he podido comprobar que lo vuestro está escrito. Aunque te marches por esa puerta os volveréis a cruzar y volveréis a sentir que el corazón os late con fuerza. No le rompas el corazón de nuevo, Noah. Siempre habéis sido vosotros y nunca dejareis de serlo si no dejáis que el miedo pueda con vosotros.

¿En qué momento mi mejor amigo se ha vuelto tan romántico?

¿De verdad lo piensa?

—¿Eso crees?

—Lo he visto desde niño, Noah —responde sin pensarlo.

Tuerce los labios y forma una sonrisa apagada que le devuelvo con una pizca de esperanza bajo la piel. Pero ¿de qué sirve que nosotros seamos nosotros si la vida nos vuelve a separar?

—Es tarde, Leo.

Lo dejé pasar demasiadas veces, permití que el tiempo corriera tan rápido como se le antojara y ahora lo único que puedo hacer es irme sin hacer ruido.

—Fue una cagada monumental, no voy a mentirte. Sigo molesto por ello y seguramente Lena también, pero eso es buena señal.

—¿Cómo va a ser una buena señal eso?

—Mientras mi hermana siga molesta contigo, le seguirás importando. No puedes irte y dejar las cosas como están porque te pueda el miedo. Prometiste estar, Noah, y ella te necesita más que nunca. Tienes la oportunidad de demostrarle que las cosas han cambiado.

Asiento no muy convencido.

Me quedo mudo, con la mirada fija en mi amigo hasta que algo en movimiento capta mi atención. Puedo ver algunos mechones de pelo castaño caer al otro lado del quicio.

Está ahí.

Lena está escuchando.

No puedo irme a ninguna parte.

—No me voy a ir a ninguna parte sin intentarlo —digo convencido, con los ojos puestos en el cabello que baila en el aire—. Lo que quiero es quedarme con vosotros, arreglar todas las grietas y seguir construyendo la vida que quiero. Así que voy a preparar una buena cena para los tres. —Le hago un gesto con la mirada a mi amigo para que se percate de que Lena nos oye.

Leo no se sorprende.

Como si supiera que ella estaría ahí.

—Eso sería estupendo, ¿te apetecen huevos revueltos, Lena? —Vuelve la cabeza hacia ella.

La melena se mueve lentamente.

Avanza unos pasos, nuestras miradas se encuentran y sus ojos ya no están tan vacíos, queda algo de esperanza en ellos.

Mientras la haya no voy a huir.

No me voy a rendir.

Capítulo 72



Lena

Por increíble que parezca, desde que me he sentado frente a la pantalla con Carmen no he mencionado a Noah en absoluto. Hemos hablado sobre la propuesta de trabajo y toda la información que recibí hace pocos días, como que empezaría a trabajar de manera *online* hasta acabar mis estudios aquí y que pudiera prepararlo todo para irme.

Eso me da un margen de un mes.

En un mes mi vida puede dar un giro radical.

Estuve hablando con Marina hace un par de días, cuando me llamó para ver cómo me estaba recuperando en casa. Odio que estemos tan hasta arriba de trabajo que no podamos tener tiempo de hablar durante horas, porque sé que tiene preguntas acerca de Noah y de mí. No sé cómo, pero se ha enterado de la situación.

Todos a mi alrededor están pendientes de que me encuentre mejor.

Mis padres llaman constantemente para saber cómo estoy, si necesito volver al médico o si las pastillas que me recetaron para la migraña funcionan.

Llevo días aliviada por no sentir tensión en la sien.

Funcionan.

—¿Cómo llevas la presentación del proyecto? —pregunta mi terapeuta.

—He hecho varios vídeos para la presentación y he acabado los documentos que tengo que entregar —respondo tranquila.

—¿Cómo te sientes al tenerlo hecho una semana antes de la entrega? —pregunta Carmen.

Respiro hondo.

—Tranquila. —Esbozo una pequeña sonrisa.

—¿Podemos decir que la nueva organización del tiempo funciona bien? —pregunta, aunque sabe mi respuesta.

—Sí —balbuceo.

—¿Has tomado una decisión sobre el trabajo?

—Sí —respondo rápido.

—¿Crees que será bueno para ti? —Mueve su bolígrafo sobre su cuaderno.

—No lo sé —me sincero.

Le he dado tantas vueltas a todo lo que podría pasar si dijera sí y si dijera no, que ya no sé qué es lo que de verdad siento en el corazón que debo hacer.

—¿Y estás dispuesta a averiguarlo?

¿Lo estoy?

Trago saliva con dificultad volviendo la vista a la pantalla.

—Sí —respondo convencida.

La sesión es algo distinta a lo normal, ya que hoy no tengo ganas de dar demasiadas explicaciones. No quiero hablar de lo que ha

ocurrido con Noah porque no puedo pensar en ello, me arde el pecho y la rabia se me acumula bajo la piel. Y, si lo hablo, tendré que pensar en si él está haciendo algo por arreglar la situación y yo me sentiré mal al ver que no se toma ni un minuto de descanso por volver a levantar todo lo que nos une.

Creo que de alguna forma le estoy traicionando cuando le agradezco que me traiga la cena a mi habitación, sabiendo que la decisión de irme está tomada.

Las cosas no cambian si siempre hacemos lo mismo.

El corazón se me rompe cada vez que nos miramos y me sonríe, buscando conectar de nuevo conmigo, cuando toda yo estaba preparada para verle marchar de nuevo, y no lo hizo.

Se quedó por mí.

Y ahora, soy yo la que necesito irme porque esto es demasiado grande para mí.

No estoy hecha para soportar los vaivenes de antiguas parejas, me aterra discutir por miedo a perder a la otra persona.

Sé que le acabaré rompiendo el corazón.

Porque la vida siempre busca equilibrio y esta vez no es a mí a quien le toca perderlo.

No respondo cuando él pregunta.

No me levanto cuando me ofrece salir.

No abro su conversación cuando me desea un buen día.

Tengo miedo.

Y el miedo no me deja abrir la boca, me tiene secuestrada en lo más hondo de mi ser.

Me iré.

No puedo obligarnos a vivir en la irritante distancia después de lo que ha ocurrido.

No confío ni en mí misma.

No tendría que haber ido a ver si él se encontraba bien meses atrás, no debí pasar tiempo a solas con él, no tendría que haberme enamorado de cada parte de él ni haberme acercado tanto.

Si no lo hubiera hecho, ninguno de los dos sentiría que todo se rompe a nuestro alrededor.

Ojalá el miedo no nos obligara a rompernos más de lo que estamos.

* * *

Camino hasta el salón con la mirada fija en los sobres rojizos que sostengo entre mis dedos. Siento el aire fresco abrazarme las piernas desnudas bajo el vestido rosado que he decidido ponerme hoy.

Es un día importante.

Leo alza la cabeza para mirarme, mientras sus dedos siguen tecleando en la pantalla.

¿Con quién hablará tanto?

—Pero mira a quién tenemos por aquí, si es mi hermanita favorita. —Sonríe bromista—. ¿Qué traes entre las manos?

—Una invitación —respondo con una pequeña sonrisa.

—Oh, déjame ver. —Con un gesto me anima a sentarme a su lado en el sofá.

Le tiendo el sobre rojo y Leo lo rasga con cuidado hasta que consigue abrirlo. De su interior saca un pequeño papel de color negro con las letras plateadas perfectamente serigrafiadas con tinta en el taller de grabado.

Mi hermano deja la invitación sobre la pequeña mesa de madera frente al sofá y me mira unos segundos mientras su sonrisa maliciosa aparece en su rostro. Oh, oh, trato de levantarme lo más

rápido posible, pero Leo es más rápido que yo y me atrapa por la cintura estrechándome contra su pecho. Cierro los ojos porque sé que en cualquier momento la palma de su mano se posará sobre mi cabeza para, acto seguido, despeinarme por completo mientras él ríe.

Dicho y hecho.

—Leo, para, que te emocionas —le reprocho con una sonrisa en los labios.

—Mi hermana acaba la carrera antes que yo —responde achuchándome con suavidad.

—Ese es tu problema, haber buscado una carrera de cuatro años —espeto con chulería.

—No es algo grave, el año que viene seré yo quien se gradúe, ¿vendrás a ver a tu hermano favorito? —Su tono adquiere profundidad cuando me percato de que no es una broma.

Lo dice en serio.

Me acomodo sobre él y lo rodeo con mis brazos.

Por muy lejos que esté no dejaremos de ser hermanos.

Me tendrá a su lado siempre que lo necesite, igual que yo a él.

—Pues claro, Leo, tendré que llevar los pompones para celebrarlo —digo para hacerle reír.

—Eso sería digno de otro vídeo viral. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás preparada para la presentación?

Tengo la entrega del proyecto más importante de toda la carrera en unas tres horas y media. No tardaré en salir de casa porque he quedado para comer con mis amigos y de ese modo darnos apoyo moral.

—Lo tengo todo preparado —afirmo sonriente.

—¿Necesitas que Noah y yo te ayudemos a llevar algo a la uni? —Mi sonrisa se desdibuja levemente al oír su nombre.

Me recuerda lo mucho que echo en falta sentirle cerca y me pregunto si Sandy lo habrá vuelto a engatusar para hacer lo que ella desea, si está preparado para recibir en casa a su padre en unas semanas, si él me extraña tanto como yo a él.

No puede ser.

Nos romperemos el corazón de nuevo.

Y no sé si soportaré sentir que lo pierdo todo al alejarnos otra vez.

—Lo tengo todo allí, gracias —respondo haciendo como si nada me doliera.

—¿Y la otra?

—¿Qué?

—La otra invitación... es para Noah, ¿verdad? —pregunta con suavidad.

Los ojos azules de mi hermano investigan mi expresión en busca de respuestas a su pregunta.

¿Es para Noah?

A cada alumno nos dan cuatro invitaciones para asistir como público a la graduación: una para mamá, otra para papá, Leo y... Noah Sanders.

Claro que la última invitación que me queda es para Noah.

—No sé si dársela —digo apenada.

—¿Quieres que esté a tu lado el día de tu graduación?

¿Quiero?

Desde que empezamos a estar juntos no he pensado en otra cosa que verlo a mi lado en todos los días importantes.

Y ahora no me atrevo a tocar en su puerta y darle una invitación como si nada hubiera pasado, como si yo no me sintiera insuficiente para él y como si el tiempo juntos no se acabara nunca.

—La cogí pensando en él. —Señalo el sobre rojo sobre las manos.

—Puedes aprovechar que está en la ducha para dejársela en su habitación... Sé que no es vuestro mejor momento, pero lo arreglaréis, Lena, porque si no lo hacéis os volveréis a cruzar las veces que sean necesarias para que ambos os enfrentéis a los problemas.

—Me iré, Leo... ¿Qué puede cambiar? —balbuceo desorientada.

—Todo, Lena, todo puede cambiar. Ahora hazme el favor y llévale la invitación, porque si no yo tendré que robarte la que sobra para prestarle la mía a mi mejor amigo y que no vague como un alma en pena por la casa. —Mi hermano siempre consigue sacarme una sonrisa, aunque sea una triste.

Asiento levemente con la cabeza y me levanto de su regazo para encaminarme de nuevo por el pasillo.

Segunda puerta a la derecha.

La habitación de Noah Sanders.

Cuando estoy frente a la madera clara, acerco una de mis manos hasta el pomo de la puerta y lo hago girar para abrirla poco a poco.

Se me hiela la sangre.

A Noah se le iluminan los ojos cuando se percata de que acabo de abrir su puerta.

Maldito Leo.

Pero ¿Noah Sanders no se estaba duchando?

—Perdón... —es lo único que logro pronunciar al darme cuenta de que debía de estar estudiando y acabo de interrumpirle.

Retrocedo unos pasos con la intención de cerrar la puerta de nuevo, pero eso no es posible porque Noah se pone en pie y por la intensidad de su mirada sé que no va a permitir que me marche, ahora que estoy aquí por mi propio pie.

—Has abierto mi puerta... No puedes irte sin decirme por qué —dice con suavidad sosteniéndome la mirada.

Trago saliva tratando de calmar el intenso bombeo de mi corazón.

En cualquier momento, saldrá disparado.

—¿Qué es esto? —pregunta señalando el sobre rojo que sostengo.

Bajo la mirada hasta mis manos ocupadas y en constante movimiento por los nervios de volver a sentirme cerca del precipicio.

—Es para... Para ti —respondo tartamudeando mientras poso la mirada en cualquier sitio que no sea en él.

Porque si lo miro sé que lo único que haré es quedarme a su lado.

Le tiendo el sobre y sus dedos rozan mi piel tan solo un instante, pero consiguen erizarme por completo. Suelto el papel rojizo y mis pasos retroceden hasta volver al pasillo bajo la atenta mirada de Noah Sanders.

—Lena..., siento mucho... —Alzo la cabeza para mirarlo y se queda mudo.

—No es necesario, Noah. Está bien. —Es lo único que consigo decir.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos y mi cuerpo se pone en marcha hacia la cueva donde me he refugiado los últimos meses. Cojo mi bolso, aliso mi vestido frente al espejo y fuerzo una sonrisa, aunque mi rostro está a punto de romperse.

Por unos segundos finjo ser feliz antes de salir de casa. Noah se ha quedado clavado en su puerta, que sigue abierta, y lee atento el interior del sobre mientras yo trato de cruzar el piso lo antes posible.

—Lena. —Por eso quería hacerlo rápido, porque es oír su voz y el mundo se detiene. Me giro hasta quedar de frente a él—. ¿Tienes vestido? —Señala el sobre con miedo, y asiento frunciendo los labios —. ¿De qué color?

Su pregunta me desconcierta por completo.

Pestañeo varias veces buscando la información en mi interior.

—Ro... rojo —pronuncio.

Noah asiente y esboza una pequeña sonrisa de esperanza. Le devuelvo el gesto antes de encaminarme hacia la puerta del piso y salir de allí.

Noah Sanders me mira con esperanza, pero yo sé que acabaré con ella cuando me vaya.

Capítulo 73



Lena

—... El objetivo del proyecto era ver la reacción del público, pero se convirtió poco a poco en una búsqueda de mí misma y del camino que quiero seguir una vez que mi etapa en la facultad termine, a través de mi arte y de mis pensamientos más escondidos. Hasta aquí mi presentación, pero no mi proyecto. Gracias —termino el largo discurso que llevo días preparando.

Los profesores que conforman el tribunal que dará la nota final a mi proyecto aplauden con una sonrisa en el rostro, y mis amigos detrás de ellos siguen con las ovaciones. No puedo evitar que mis mejillas se enciendan levemente y con una sonrisa agradezco el aplauso. Es momento de recoger mis cosas y dejar las obras pictóricas tal como están mientras el profesorado discute sobre ello. Mis amigos me acompañan fuera de clase y ahogo un suspiro dejando ir toda la tensión acumulada en mi cuerpo.

Ya está.

La última tarea de Bellas Artes ha sido entregada.

—Has estado increíble —dice Clara abrazándome.

—Gracias por venir, chicos, habéis sido una parte importante del proyecto. —Esbozo una sonrisa mirando a cada uno de ellos.

Marina, con su vestido azulado, no me suelta de la mano. Últimamente se la ve mucho más feliz, supongo que pensar en que no tendrá que coger el tren todos los días hasta aquí ayuda.

María no para de repetir lo bien que hemos comido. Todos hemos accedido a dejarle elegir el lugar, aunque me ha resultado imposible comerme una enorme hamburguesa con los nervios que tenía.

Adelf ríe a cada tontería que cualquiera de nosotros suelta por la boca mientras Guillem trata de bromear picándonos los unos con los otros. Siempre acabamos riéndonos de nosotros mismos por las ridiculeces que decimos. Clara, por su lado, siempre está para abrazarte cuando lo necesitas.

Son los mejores amigos que he podido encontrar en este camino.

—¿Qué tal con Noah? —me pregunta Marina por lo bajo.

Hace pocos minutos que nos hemos sentado en una de las mesas de la terraza y he clavado la vista en ella en cuanto me he percatado de que fue aquí donde Noah Sanders me invitó a pasar las navidades con él.

—No lo sé... —susurro apenada

—¿Cómo que no lo sabes, Lena? ¿Has hablado con él? —pregunta mientras le da un trago a su Cacaolat.

—No... Me voy a ir, Marina, no servirá de nada arreglar las cosas si en unas semanas ya no tendremos la oportunidad de estar juntos —explico sintiendo cómo crecen las ganas de llorar.

—Entiendo que la situación dé miedo, Lena, pero con el miedo no hacemos nada... Podéis arreglar las cosas antes de que te vayas,

puedes evitar romperos el corazón —dice dándome un leve apretón de manos.

—No sé si estoy hablando con mi amiga o con mi terapeuta —respondo con una pequeña sonrisa.

Me da miedo cómo puedan ir las cosas.

Tal vez sí pueda hablar con Noah.

Quizás existe la posibilidad de no hacernos tanto daño cuando me marche.

—Toda la vida aprendiendo da para muchas lecciones, pero en serio, Lena... Ese chico se desvive por ti, lo he visto yo y lo hemos visto todos los presentes. No le des la espalda por miedo a lo que pueda ocurrir. ¿No fue precisamente eso lo que te molestó de él hace años?

Asiento, culpable.

Estoy siendo injusta.

Me enfadé durante años con él por huir y ahora soy yo la que pretendo hacer lo mismo para intentar protegerlo.

—Hablaré con él...

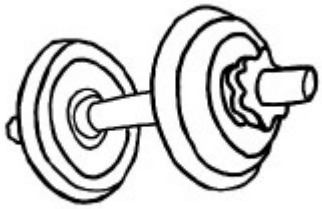
—Así me gusta. Puedes explicarle con detalle lo que sientes, estoy segura de que lo entenderá. Estaréis bien, Lena, juntos o a kilómetros de distancia, pero lo estaréis —me asegura Marina—. Ahora cambia esa cara de seta y estate presente en el ahora, estamos en la terraza de la universidad celebrando que nuestros días y tareas aquí han acabado.

Sonrío al ver a mi amiga alzar el botellín de batido.

No puedo evitar reír cuando todos nos vemos en la obligación de alzar nuestras bebidas en el aire justo antes de romper a reír y pasar la última tarde en la cafetería de Bellas Artes.

Somos libres.

Capítulo 74



Noah

¿Cómo pueden haber pasado tan rápidos los días?

Hace una semana, Lena entregó su trabajo final y yo inicié mi semana de exámenes en la que prácticamente solo he estado en la universidad y en el gimnasio. En estos días, Leo ha hecho de las suyas tratando de que su hermana y yo nos acerquemos más y podamos hablar. Me insiste en que le dé tiempo. Eso hago, aunque no puedo evitar preguntarme cuándo se marchará, a donde irá, qué trabajo es. Esto último en verdad sí lo sé, Leo no es muy bueno guardando secretos.

Siento que el tiempo se acaba y nosotros hemos vuelto al punto de partida, como meses atrás.

Estoy agotado de tantas cosas a la vez.

Mi padre, el gimnasio, las clases, Lena, Leo, Sandra...

Han sido demasiadas cosas en muy poco tiempo.

Volveré a casa en unos días, y mi padre lo hará en unas semanas.

Después de la graduación de Lena, en la que iba preciosa con su vestido largo rojo carmín, me sentí bien por haber decidido ponerme una corbata del mismo color para la ocasión. De alguna forma estábamos unidos.

Carlota y Jacobo nos acompañaron durante la velada y consiguieron que su hijo mayor volviera antes de lo previsto a casa.

Pero ahora creo que Leo aprovechó la oportunidad para dejarnos a solas a Lena y a mí.

Llevo todo el día guardando mis cosas, recogiendo el papeleo desperdigado y limpiando cada rincón del piso mientras Lena hace lo mismo. No evitamos la presencia uno del otro, pero ninguno de los dos sabe cómo iniciar la conversación que tenemos pendiente.

—Parece que ya está —digo dejándome caer sobre el sillón.

El piso está reluciente, las maletas preparadas en la entrada y nosotros no estamos bien.

Es el momento.

El cuerpo de Lena se deja caer suavemente sobre el sofá. Sus largas piernas me hacen perder la razón cada vez que observo lo bien que le sientan los pantalones cortos de pijama, su camiseta de pintar y su nido de pájaros en la cabeza.

Es preciosa.

—Menos mal, ya no puedo más... —dice.

—Solo queda una cosa por hacer, Lena —digo amable, su mirada encuentra la mía.

—Me iré, Noah. —Sus palabras me abofetean la cara.

—No te pediré que te quedes si no quieres hacerlo... —No hablo de mí y de nosotros, hablo de ella y de su camino.

Gracias a mi mejor amigo he comprendido que esta situación trata de nuestro camino en la vida, de las cosas a las que estamos

destinados. Si ella siente que debe marcharse, no seré yo quien le impida hacerlo, aunque la extrañaré cada día que no la tenga cerca.

—¿Entonces qué hacemos, Noah? —balbucea desorientada.

—Nosotros, Lena, no podemos dejar las cosas así de enredadas cuando tenemos la oportunidad de convertirlas en algo más fácil. Me equivoqué al sucumbir al miedo en lugar de elegir la esperanza. Siento mucho haber fastidiado la sorpresa que preparaste para mi cumpleaños, siento mucho si te has sentido mal por lo que pasó. Yo solo... tenía miedo de que pudiera hacer algo que pusiera en peligro a mi padre, pero no me di cuenta de que tratando de evitar un peligro arriesgué todo lo que teníamos juntos. No importa lo que Sandra se atreva a decir o hacer, sea como sea saldré de ello, pero no sin ti, Lena...

—Me sentí mal. Entiendo que el miedo te nubló la razón, pero siento que esto me viene muy grande, como si todo lo que tuviera que ver contigo fuera enorme... No quiero volver a sentir miedo porque una chica se te acerque, no está bien, Noah, no debería ser así. —Su mirada se humedece y retira con las manos las lágrimas que derrama.

No puedo verla así.

Me niego.

Me levanto del sillón y en un par de pasos dejo caer mi cuerpo junto al suyo, y rodeo su figura atrayéndola a mi pecho. Lena se resguarda a la vez que descorcha el tapón de todo lo que lleva en su interior.

Llora.

Llora durante largos minutos.

—Lo siento mucho, Lena. Haré todo lo que esté en mi mano para demostrarte que esto no volverá a suceder —prometo besando su sien.

Apoyo mi mejilla sobre su pelo y nos quedamos enredados durante unos minutos. La echaba tantísimo de menos que parece que el corazón me vuelve a latir al sentirla cerca de mí: su olor a flores, su pelo largo y su piel suave llena de lunares inconexos que parecen una constelación entera.

—No tenemos tiempo, Noah —solloza.

—Haremos que el poco tiempo que tengamos merezca la pena —afirmo acunando su rostro entre las palmas de mis manos.

—Soy una idiota... Podríamos haber estado bien todas estas semanas...

Me parte el alma oírla.

—Lena, prefiero que hayamos estado así antes que haber hecho como si nada hubiese sucedido. A veces las cosas se tuercen porque necesitan moldearse a lo próximo que vendrá... yo no hubiera querido que estuvieras al cien por cien conmigo si no lo sentías así, Luciérnaga —repito los aprendizajes que ella ha marcado en mí sin ni siquiera percatarse.

—No me gusta estar mal contigo.

—Pues no lo estés, Lena. Vamos a arreglarlo, ¿sí? —No espero respuesta porque nuestros labios se funden en un beso dulce cargado de te echo de menos y promesas que no quedarán en el aire.

Es un beso suave en el que me concentro en cada uno de los detalles de su boca, de sus movimientos sobre la mía. No quiero olvidarme de ninguno de los pequeños rincones que nos forman.

—Me siento mal por irme —susurra casi en mis labios.

—¿Por qué, Lena? —susurro.

—Porque no quiero que la historia se repita, no quiero que la distancia vuelva a romper todo aquello que nos une. Me daba miedo hablar contigo porque me marcharé y nos romperé el corazón. —

Deslizo los pulgares sobre sus mejillas y retiro las lágrimas que ruedan por su hermoso rostro.

—Esta vez es diferente, Lena —sonrió triste—, porque ambos sabemos que juntos somos mejores. Me niego a no llamarte a diario, a no enviarte mensajes, cartas, flores, lo que haga falta para que no se te olvide que seguir tu camino no significa renunciar a todo lo que amas —digo hablando de mí.

He decidido tomarme un año sabático en la carrera.

Alejarme por completo de Sandra.

Recibir a mi padre con los brazos abiertos y ayudarlo a volver a la vida real.

Pelear por Lena lo que sea necesario.

—¿Me enviarías flores a Atlanta? —balbucea triste.

¿Atlanta?

¿Se va a Estados Unidos?

La vida se está riendo de nosotros y no sabe cómo decirlo.

Lena se va a trabajar a mi ciudad natal, de donde era mi madre, donde viven mis tíos con mi abuela.

—Todos los días si hace falta. ¿Es allí donde trabajarás?

—Sí, me han encontrado un ático a dos calles de la oficina —expone sin ánimo.

Se va.

Ya tiene piso allí.

—¿Estás segura de que estarás bien, Lena? Como te dé un desmayo, a tu hermano y a mí nos falta tiempo para plantarnos allí —bromeo, pero no es ninguna broma.

Lena esboza una pequeña sonrisa y agacha la mirada hasta nuestras manos perfectamente entrelazadas, como si estuvieran hechas a medida.

Lo están.

—Me encuentro mejor, Noah, no me iría si no fuera así —susurra convencida—. Tienes que recibir a tu padre como se merece. Además, el chiringuito de la playa no sobrevivirá si el chico de ojos verdes no está allí, tienes que cuidar de mi hermano y... enviarme flores cada martes.

Nuestra risa se cuela en el aire.

Un aire de despedida.

De aprovechar el tiempo que tengamos antes de marcharnos.

—¿Cada martes? —pregunto curioso.

—Fue el día que casi fundes el timbre de mi casa, cuando vinisteis a presentaros como los nuevos vecinos. Os quedasteis a cenar el pollo con patatas de mi madre, y desde entonces mamá siempre preparaba el mismo plato los martes. —Mi sonrisa se ensancha poco a poco al comprender que Lena no necesita grandes gestos, ella se enamora de los pequeños detalles.

—¿Cómo lo haces, Luciérnaga? Consigues enamorarme aún más, con cada detalle. El primero de todos fue abrirme la puerta de tu casa con una sonrisa enorme, ahí supe que no iba a separarme de ti jamás. Por muchos kilómetros que se interpongan, siempre me vas a tener aquí. —Señalo su corazón.

—Por muchos kilómetros que haya entre nosotros voy a seguir enamorada del mismo chico que sostenía el bizcocho de limón aquella tarde, al que le brillaron los ojos cuando yo sonreí. Siempre has sido tú, Noah, incluso cuando no sabía que era de esta forma. Siento mucho marcharme a perseguir los sueños de vivir de mi arte, siento que eso haga que nuestros caminos se separen, pero no pienso dejar que te olvides de lo feliz que me haces, Noah Sanders. Siempre te he querido de una forma especial. —Hace una pausa, sus ojos intensifican su brillo—. Con todo lo que hemos vivido, he comprendido que te amo y que lo voy a hacer el resto de mi vida,

esté donde esté. Tal vez nos encontremos dentro de unos años y podamos volver a ser nosotros sin temor a lo que pueda venir. — Apoyo la mejilla sobre la palma de su mano, que me acaricia con suavidad.

—Nunca dejaremos de ser nosotros —susurro uniendo nuestras frentes.

El tiempo pasa y aquella tarde no nos despegamos el uno del otro. Cocinamos juntos entre risas, vemos una película mala y trasnochamos entre conversaciones filosóficas como solíamos hacer cuando teníamos trece años.

Amo a Lena por encima de todo.

Quiero que consiga todo lo que desea de esta vida. Mientras, la esperaré el tiempo que haga falta, porque con solo unos minutos a su lado se compensará el tiempo sin ella.

Capítulo 75



Lena

Llevo días durmiendo a deshoras por el *jet lag*. Agradezco que el señor Anders, mi nuevo jefe haya decidido que me instale tranquilamente durante la semana y que empiece a trabajar la que viene. Se me hace un poco raro ahora que llevo un par de semanas trabajando de manera telemática; no son tareas complicadas, ya que la mayoría de ellas consisten en idear y eso es lo que más me gusta.

Despedirme de todo ha sido complicado. Mis amigos organizaron una quedada para despedirnos y fue gracioso ver a María tratar de convencernos a todos de ir a por una *smash burger*. Los voy a echar de menos. Por ello no voy a permitir que nuestro grupo de WhatsApp quede en el olvido, así que ahora me dedico a compartir cualquier cosa con tal de no perder la relación con ellos. No es por miedo, es porque sé que las cosas no caen del cielo y si quiero seguir manteniendo mi amistad con ellos debo ser la primera dispuesta a hacer lo que sea necesario.

Marina gastó todos los pañuelos que mi hermano le tendía y los fue tirando dramáticamente al suelo después de usarlos. No dudo en que vendrán a hacerme una visita de vez en cuando.

Mis padres estuvieron orgullosos de la oportunidad que había conseguido, pero no escondieron lo mal que iban a pasarlo teniéndome lejos. Ahora envío mensajes al grupo de la familia cada día también, para que sepan que yo también los echo de menos.

Noah...

Me acompañó al aeropuerto después de despedirme de todos en casa y no me soltó la mano hasta que un segurata le prohibió seguir avanzando si no era un pasajero. Creyó que estaba intentando colarse.

Minutos después el segurata se secaba sus propias lágrimas después de ver que Noah y yo no queríamos despedirnos por nada del mundo. ¿Cómo te despides de alguien del que no quieres separarte?

Fácil.

Aquel día no nos despedimos, nos dijimos hasta luego.

Me envía mensajes a todas horas, incluso creó una *playlist* con nuestras canciones para poder escucharla durante el vuelo.

Este verano no trabajará en el chiringuito con Leo y Marina, lo hará en el taller donde ayudaba cuando solo era un chaval. En unos días su padre volverá a casa y ha estado como un loco limpiando la casa y organizando una pequeña bienvenida con mi familia.

Me duele no poder estar ahí.

El ático es impresionante, es grande y luminoso, perfecto para aprovechar el papel, los lienzos y la pintura que he comprado para seguir haciendo lo que más me apasiona. Y porque sigo teniendo lista de espera con los encargos. Es increíble cómo gracias a las redes sociales puedo estar aquí hoy, viviendo una nueva experiencia

de la que quiero exprimir hasta la última gota. Mis seguidores no dejan de subir con cada publicación que posteo.

He creado un pequeño rincón en el piso donde grabar, con un par de buenas estanterías detrás de mí que pienso llenar de libros. En ellas descansan mis cuadernos de notas, mis libretas de poemas y el libro que Noah me regaló hace unos meses, *Nosotros en la Luna*. La primera vez que lo leí tal vez tenía catorce o quince años y todavía me sigue encantando.

Mi móvil vibra.

Deslizo el dedo por la pantalla y veo que me ha llegado un correo electrónico. Clico sobre él.

noahsanderss@gmail.com te ha enviado un correo electrónico:

Buenas tardes, Luciérnaga:

¿Cómo estás? ¿Me echas tanto de menos como yo a ti?

Es imposible mirar a cualquier parte y no acordarse de ti. Ahora cuando tengo insomnio me pongo a revisar el correo electrónico, y he recordado que una vez dijiste que en tu libro favorito se escribían e-mails para conocerse mejor.

Cuéntame de ti, Luci, de tus deseos y de tus inquietudes, que quiero saberlo todo.

Te amo, Lena. Ojalá pudiese ver la sonrisa que se te forma en los labios.

¿Cómo voy a olvidarme de él?

Ni él me deja, ni yo deseo hacerlo.

Dentro de unas horas contestaré a su mensaje. Quiero que descanse, podremos hablar un poco más por la mañana, cuando yo tenga insomnio y me dé por escribirle un mensaje diciéndole lo mucho que extraño oler a vainilla porque me adueño de su ropa.

Ya son muchos los pequeños ramos que se acomodan en el gran jarrón sobre la mesa del salón. Llegan cada martes por la mañana a casa y cada semana son unas flores distintas, de otros colores y olores, porque Noah sabe lo mucho que me gusta no saber cómo serán las siguientes.

Muevo el dedo por la pantalla buscando la cámara, clico sobre el botón y capturo la imagen de la gran sonrisa que Noah consigue que esboce hasta a kilómetros de distancia.

Se la enviaré más tarde, cuando allí sea hora de levantarse.

Dejo el móvil sobre la mesita entre dos sillones frente a la gran cristalera que da al balcón y rasgo el papel del sobre que mi hermano insistió en que abriera cuando estuviera aquí. No es ninguna carta, es algo más pesado que me ha tenido intrigada hasta este momento. Busco en el interior del paquete, mis dedos se deslizan por algo frío y lo agarro con suavidad para tirar de ello.

Un marco de fotos.

Ha salido boca abajo de su envoltorio. Me doy unos segundos para prepararme para lo que pueda ser mientras siento cómo mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Le doy la vuelta con calma y ahogo un grito en cuanto veo la imagen.

Mi octavo cumpleaños. Noah y Leo están a mi lado, con mis padres y los padres de Noah... Todos salimos en la fotografía sonrientes, mirando a cámara, menos Leo, que no dejaba de ponerle ojitos al pastel de chocolate que mamá y Bárbara habían puesto delante de mí.

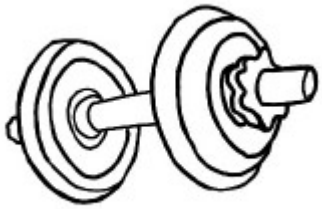
Sonrío triste por sentirme tan lejos de los míos. Me llevo la foto al pecho y la abrazo, los abrazo a todos con fuerza y dejo que las lágrimas recorran su camino a su antojo.

Cuando abro los ojos de nuevo, el sol ha perdido intensidad. Miro de nuevo la foto de mi familia y sonrío apenada. Me levanto del

sillón azulado, camino hasta el salón lleno de muebles sin decoración alguna, paro frente a la estantería que me llega por la cintura y dejo sobre ella el marco de fotos.

El lugar perfecto para ver la imagen cada día, para no olvidarme de ellos en ningún momento.

Capítulo 76



Noah

Hace tan solo tres días que mi padre ha vuelto a casa. Oficialmente está recuperado y no tengo ninguna duda de ello cuando lo veo sonreír por cada pequeño detalle. Mamá estaría orgullosa de él. Disfrutó de la bienvenida en casa de los Luna y no preguntó dónde estaba Lena porque en el viaje de la clínica hasta casa me encargué de que lo supiera. No hemos vuelto a hablar hasta ahora, cuando llevamos horas tirados en los sofás de casa viendo películas del oeste. En ese momento, papá me pregunta si la echo de menos.

Siento que me falta una parte de mí que no consigo llenar con nada que no sea ella.

—Claro que la echo de menos, papá... —digo, con el corazón encogido porque ella no está cerca.

—¿Y cuál es el plan, hijo? —pregunta apagando la televisión.

Frunzo el ceño confuso. «¿Cuál es el plan?». No hay ningún plan.

—La esperaré —admito cabizbajo mientras juego con el borde de mi camiseta oscura.

Mi padre se toma unos segundos para observarme con detenimiento antes de contestar.

—¿A qué vas a esperar, Noah?

—A que vuelva...

Mi padre suelta varias carcajadas suaves antes de volver la mirada a mí.

—¿No has pensado en ir a visitarla? —Alza una ceja.

¿Quiero ir a visitarla? No solo quiero eso, quiero enseñarle cada rincón de la ciudad donde nací y crecí los primeros años de mi vida. Aprovecharía el tiempo para darle todos los besos que no he podido darle antes, y no dormiría para robarle tiempo al tiempo y acariciarle el pelo mientras descansa. Quiero hablarle al oído y hacerla reír.

Añoro su risa, su voz, su aroma, sus caricias, sus abrazos...

Sin ella todo se vuelve gris y monótono.

—¿Y dejarte solo? No, papá.

—¿Cómo que no, hijo? Entiendo que no vengo de un viaje de trabajo, pero no puedes posponer tu felicidad porque creas que debes hacerte cargo de mí. Siento mucho no haberlo visto hasta ahora, Noah, y estoy agradecido de que me hayas salvado del infierno de no verle el fin a las botellas de alcohol. Pero estoy bien, la semana que viene me reincorporo a trabajar y estaré entretenido. No quiero que pierdas más tu vida por tratar de rehacer la mía.

—Ya, papá..., pero ¿qué hago? Voy y me presento allí sin más, de sorpresa... —Niego con la cabeza, sabiendo que eso sería una locura.

—Exactamente eso es lo que tienes que hacer, Noah —responde convencido—. Haz la maleta y ve con ella, no pierdas la oportunidad

de estar a su lado por sentirte responsable de los que estamos a tu alrededor, ya no tienes que velar por mí.

Esta noche me paso horas dándole vueltas a las palabras de mi padre. ¿Es tan sencillo? ¿Basta con plantarme allí, con un par de maletas y nada más, sin saber qué puedo encontrar en el otro lado? Pero ¿y si eso no es lo que Lena quiere? El amor entre nosotros es innegable, nos extrañamos profundamente, pero eso no significa que ella desee que yo forme parte de este capítulo de su vida, de su nueva experiencia.

No puedo evitar el miedo, la duda. Miedo a que mi presencia interrumpa algo importante para ella, a que mi deseo de estar a su lado pese más que su necesidad de vivir esta etapa de forma independiente. Lo que tenemos es real, pero ¿es suficiente para dar el paso sin perderme en inseguridades? Mi cabeza y mi corazón luchan entre sí.

Estoy indeciso. Siento que cualquier decisión podría llevarnos a un lugar que ninguno de los dos espera, pero el pensamiento de no intentarlo me quema por dentro. Si realmente la quiero como creo que la quiero, tal vez no deba quedarme esperando una señal perfecta. Quizás la señal ya esté en mis manos: ser valiente, plantarme allí y enfrontar mis miedos. Pero ¿y si eso no es lo que ella necesita?

Estoy atrapado en un mar de pensamientos contradictorios, preguntándome si estoy siendo egoísta al pensar solo en mis propios sentimientos. ¿Y si Lena está tan centrada en su nueva vida en Atlanta que no me necesita en este momento? ¿Y si al presentarme allí, la presiono de alguna forma y la convierto en el centro de mi mundo cuando lo único que ella necesita es espacio y tiempo para encontrar su lugar? Mi indecisión me consume, la ansiedad me aprieta el pecho.

Pero en medio de esa tormenta interna, una imagen se me cruza con fuerza: la sonrisa de Lena, su risa llena de vida, su mirada sincera. Todos esos momentos que compartimos juntos. ¿Cómo podría no luchar por ella? ¿Cómo podría dejarla ir, sabiendo que mi corazón late por ella, que me está esperando, aunque no me lo haya dicho de forma directa?

Un suspiro se escapa de mis labios mientras miro el reloj. Ya ha pasado más de una hora desde que me senté a pensar. Y en lugar de tener respuestas, sigo atrapado en un remolino de dudas. Decido que esto ya no puede seguir así. ¿Cuánto más voy a esperar, preguntándome qué debo hacer, si lo único que quiero es estar con ella?

El miedo siempre estará allí, acechando, pero la verdad es que no puedo dejar que eso me paralice. Esta vez no quiero quedarme en el «quizás» ni en el «¿y si...?». Es el momento de actuar.

Con un impulso repentino, me levanto, cojo mi teléfono y comienzo a buscar vuelos. Atlanta. Lena. Esos dos destinos, esos dos nombres, son los que me importan ahora. No sé cómo reaccionará ella, no sé cómo encajará este paso, pero lo que sé con certeza es que me voy. Ya no quiero quedarme aquí, esperando el momento perfecto. Ese momento es ahora. Si Lena quiere seguir adelante con su vida sin mí, lo entenderé, pero no quiero arrepentirme de no haber intentado algo más.

Mi pulso se acelera al ver la disponibilidad de un vuelo directo para el día siguiente. No hay más excusas. Me prometí que no dejaría que el miedo me controlara, y ahora es el momento de cumplir esa promesa.

Con un clic, hago la reserva. Me quedo un segundo mirando la pantalla, como si aquello fuera a hacerme dar marcha atrás, pero no

lo hago. Al contrario, algo dentro de mí se aligera, como si finalmente hubiera dejado de cargar con un peso que me aplastaba.

He tomado la decisión.

Ya no hay vuelta atrás.

No es tan tarde para alguien que acaba de salir de trabajar en turno de noche cuando mi móvil vibra notificando una llamada entrante, que acepto sin pensar.

—¿Diga? —respondo.

—Sabes que soy yo —dice ella al otro lado de la línea.

Y tanto, Luciérnaga, que sé que el camino es contigo.

—No, se equivoca, ¿quién es usted?, ¿por quién pregunta? —bromeo tirándome de espaldas sobre el colchón.

—Soy alguien que lleva la tercera taza de leche en lo que va de noche —dice con voz cansada.

Tiene insomnio.

La mayoría de las noches, en el piso, Lena se levantaba a por un vaso de leche porque creía que de esa forma le entraría sueño y podría seguir descansando. Pero ahora, con el *jet lag*, el horario de trabajo y que sabe que a la hora que sea contestaré a su llamada, intenta aguantar hasta el desayuno para después poder dormir del tirón toda la noche.

Echo de menos dormir con ella sobre mi pecho, con nuestras piernas enredadas y nuestra respiración agitada después de besarnos en cada rincón escondido.

—Yo te daría motivos para dormir —susurro juguetón.

—Echo de menos esos motivos, Noah Sanders.

—Yo también nos echo mucho de menos, Luci, es como si me faltara una parte de mí —suspiro sabiendo que eso terminará pronto —. ¿Cuánto queda para que vayas a trabajar?

—Cuatro horas más o menos, ¿por?

—¿Te apetece ver una película? —propongo con una sonrisa.

Me voy a dormir más tarde de lo normal, porque no me despido de ella hasta pocos minutos antes de que entre en la oficina. Todo empieza con una videollamada debatiendo cómo vamos a ver una película si no estamos en el mismo lugar, y al final optamos por ponerla al mismo tiempo mientras seguimos viéndonos a través de una segunda pantalla. No me entero de nada, porque estoy demasiado absorto en ver cómo se peina los mechones castaños hacia atrás.

Sé que he tomado la decisión correcta.

Capítulo 77



Lena

Llevo más de un mes aquí y todavía no me acostumbro a las vistas del rascacielos en el que vivo. Hace unos días mi hermano me obligó a detallarle y enseñarle cada rincón de mi nueva casa, incluso me preguntó si guardaba una llave de repuesto debajo del felpudo.

Mi hermano cada vez está más raro.

Estoy agotada de la jornada de trabajo de hoy.

Solo quiero llegar a casa, tirarme en el sofá y dormir unas cuantas horas, pero si me duermo ahora no seré capaz de conciliar el sueño por la noche y, aunque me encanta hacerlo, no puedo estar llamando a Noah cada vez que no puedo descansar tranquila.

Busco la llave del piso en mi bolsillo y al encontrarla la introduzco en la cerradura de la puerta. La hago girar hasta oír un clic, empujo con suavidad y alzo la vista hacia la foto de familia que descansa en la estantería.

Espera un momento.

Me vuelvo lentamente, apoyándome sobre la puerta y cerrándola con el peso de mi cuerpo. El sonido del cierre resuena en el aire, pero es apenas un eco frente al latido acelerado que retumba en mi pecho. Abro los ojos como platos, mis manos aún pegadas a la madera fría, incapaces de moverse. Mi boca se abre por inercia, sorprendida, sin palabras, solo una respiración entrecortada que lo dice todo. El espacio entre nosotros parece expandirse en un parpadeo, como si el tiempo mismo se hubiera detenido.

Dejo las llaves sobre el pequeño mueble del recibidor, pero apenas noto el gesto porque la urgencia me embarga. El bolso se desliza de mi brazo y cae al suelo sin que me importe. Mi corazón late con fuerza, sigue retumbando en mis oídos, y mis pies me llevan, corriendo, hasta el centro del salón.

Noah Sanders.

Allí está él, tan real, tan inmenso, con la sonrisa que tanto había echado de menos. Sus ojos brillan con esa chispa que siempre me ha vuelto loca, y antes de que mis pensamientos puedan organizarse, ya ha extendido los brazos como si no hubiera pasado ni un solo día desde la última vez que nos vimos. Esa sonrisa suya se ensancha, y se llena de promesas y de deseos no dichos. Y yo, sin dudarlo, me lanzo hacia él, como si el aire fuera el único obstáculo entre nosotros.

Cuando mi cuerpo finalmente lo alcanza, sus brazos me envuelven con una suavidad feroz, como si no quisiera soltarme nunca. Su olor, ese perfume suave y cálido a vainilla, me rodea con la misma familiaridad de siempre. Es él. Es Noah Sanders. Por un momento todo lo demás parece haberse desvanecido dejándonos solos en nuestra burbuja compartida.

Inhalo con suavidad, cerrando los ojos un segundo, como si pudiera quedarme allí, con su aroma, su fuerza, para siempre. Pero

lo que más me sorprende es la fragilidad con la que me aferro a él. No quiero que esto termine. No quiero despertar de este sueño.

Mis dedos se clavan en su camiseta como si temiera que se desvaneciera entre mis manos. Y, justo en ese instante, Noah toma mi rostro entre sus manos y su piel acaricia la mía mientras nuestros ojos se miran con una intensidad inmensa, como si no pudieran despegarse.

Entonces, me besa. No suavemente ni con la duda de quien se pregunta si esto es real. No. Me besa con firmeza, con la seguridad de que por fin estamos juntos después de todo este tiempo. Es un beso que no necesita palabras porque lo dice todo. Y es en ese momento, cuando su boca encuentra la mía, cuando comprendo que esto no es un sueño.

Sé que lo que siento, lo que vivimos, es verdadero.

—¿Qué haces aquí? —pregunto sorprendida con una sonrisa enorme.

—Lo que debería haber hecho desde un principio, Luciérnaga —responde con su voz grave y calmada.

—¿Venir a visitarme? —digo feliz.

Sus ojos buscan los míos y puedo ver cómo la indecisión se cuela en su mirada. Asiento con suavidad para animarle a soltar aquello que le preocupa.

—Solo si tú quieres que sea así. Esto no es solo una visita. —Su mirada se desliza por el espacio.

La mía sigue su recorrido hasta dar con un par de enormes maletas que descansan a escasos metros de nosotros, es demasiado equipaje para una o quizás dos semanas...

«Solo si tú quieres que sea así. Esto no es solo una visita».

Ladeo la cabeza emocionada de que esté insinuando lo que creo que está insinuando.

—¿Y tu padre, Noah? —pregunto preocupada.

No quiero que Noah dejé de lado lo que siente que debe hacer solo por el hecho de que estemos a kilómetros de distancia.

—Ha sido él quien me ha animado a venir. —Esboza una sonrisa tan tierna que provoca que yo también sonría.

Ladeo la cabeza unos segundos mirando hacia el par de maletas para volver a Noah, quien espera mi respuesta paciente e inquieto a la vez. Me hundo de nuevo en su pecho y lo abrazo con fuerza.

—Sí, sí, sí, sí quiero, Noah Sanders —repito una y otra vez sintiendo cómo la felicidad llena mi cuerpo—. Pero creo que vas a necesitar más cosas. —Señalo las maletas detrás de mí.

—Menos mal que he guardado las otras dos en tu habitación —ríe y pienso que su risa se ha vuelto tan pura, tan melódica que me encanta.

—Nuestra...

—¿Mmm?

—Nuestra habitación, Noah Sanders —le digo dejándome atrapar por los recuerdos de nuestras noches en Prades, en el piso... Aquí no tenemos que escondernos.

Entre cuatro paredes, aquí, en este espacio que solo nos pertenece, podemos ser y sentir sin reservas. No hay máscaras que oculten quiénes somos realmente, ni palabras que limiten lo que podemos compartir. Solo existe la conexión pura, esa que fluye entre nuestros gestos, nuestros susurros, nuestras miradas. Aquí, en este refugio que hemos creado, el tiempo parece desvanecerse, y lo único que importa es el latido de nuestros corazones al unísono.

Este podría ser el principio de una gran historia, uno de esos momentos que parecen predestinados, esos que hacen que el alma se agite con la promesa de algo eterno. Pero mentiría si dijera que es solo eso. Este instante no es solo un principio ni un punto de

partida que marca el rumbo de una vida por escribir. No. Este es apenas uno de los muchos capítulos que componen este gran libro que llevo escribiendo desde el momento en que lo encontré. Un libro sin final definido, porque sé que no hay cierre posible para lo que hemos comenzado. Cada palabra que compartimos, cada risa, cada silencio, se graba en las páginas de nuestra historia, en la que aún quedan muchísimas por escribir. Son tantas emociones, tantas experiencias, que jamás terminaré de plasmarlas en un papel.

Porque lo que tenemos es algo que no se puede concluir. Es un relato que nunca deja de evolucionar, que nunca deja de crecer. Y quizás, al final, lo más hermoso de todo esto sea saber que no hay un final que temer. Solo más capítulos, siempre más, porque con él, el libro de nuestra vida sigue escribiéndose, página a página.

—¿Qué tal si me enseñas nuestra habitación? —su voz se vuelve grave y su tono sexi cerca de mi oído activa mi cuerpo.

—¿Pero no habías dicho que ya la has visto? —juego mientras me quedo obnubilada con la forma que Noah tiene de mirar mis labios.

Acabo durmiendo tranquila sobre su pecho desnudo, con el suave ritmo de su respiración marcando el compás de mis pensamientos. Noah acaricia mi larga melena con suavidad, como si no quisiera que el mundo, con sus ruidos y su prisa, nos alcanzara nunca. En este instante, en esta paz que solo se encuentra entre los brazos de quien amas, me siento completa.

Estoy en paz.

Él ha decidido venir conmigo, compartir su vida en este lugar que lo vio nacer, y no hay mayor regalo que ese. Porque Noah Sanders no solo ha dejado atrás su hogar, ha decidido construir uno nuevo junto a mí en este rincón del mundo que no solo tiene su historia, sino la nuestra, tejida con cada decisión, cada mirada, cada gesto. Adoro a Noah Sanders de una forma que jamás creí posible.

Lo que ha hecho, lo que hemos hecho, es digno de cualquier final inesperado de esas novelas románticas que te atrapan el alma. Esas historias que devoras sin poder dejar de leer, en las que te enamoras de los personajes hasta el punto de desear, con cada fibra de tu ser, que las segundas oportunidades como la nuestra, funcionen. Porque lo que tenemos no es solo un reencuentro, es una reconstrucción. Es un renacer de dos almas que se eligen, una vez más, a pesar de todo.

Las segundas oportunidades solo son efectivas si ambas partes están dispuestas a dar el cien por cien, sin reservas, sin miedo. Es cuestión de escuchar, de entender los deseos, las inquietudes, los miedos..., de abrazarlo todo, incluso lo que no siempre se dice en voz alta. Porque amar es abrazar las dos caras de la moneda, la luz y la sombra, los días soleados y los que parecen nublados. Y es elegir quedarse, una y otra vez, y saber que lo que sea que construyamos funcionará durante el tiempo que deba, sin prisas ni expectativas rígidas, solo viviendo lo que hay con la certeza de que nada es más importante que lo que compartimos. Al final, lo que construyamos será lo que sea, pero será nuestro.

Sentada al lado de Noah, le leo lo que he escrito sobre nosotros; siempre escribo sobre ello porque necesito plasmarlo sobre el papel y porque de esa manera, cada vez que alguno de los dos decida leerlo, volveremos a ese preciso instante y sentiremos, una vez más, todo aquello que somos.

A veces creemos que el tiempo es enemigo,
que el error es un peso que no se aligera,
pero olvidamos que el alma, como un río,
se limpia, se renueva, se reinventa, se espera.

Nos hemos caído tantas veces,
como hojas arrastradas por viento errante,
pero cada herida es un faro, una enseñanza
que nos guía, aunque a veces no sea constante.

Porque en el polvo de cada fracaso,
en la sombra que deja lo que se va,
surge una luz, tan leve y callada,
que nos dice: «Aquí, otra vez, empieza ya».

Es más que perdón, es un acto de fe,
un grito interno que rompe el silencio.
No hay cicatrices que no sanen con el tiempo
ni sombras que no den paso a la luz del ser.

Hoy te doy una segunda oportunidad,
no porque el mundo te la haya ofrecido,
sino porque tú, en tu profundo ser,
te mereces levantarte, aunque te sientas perdido.

Permítete reescribir tu historia,
sin miedo al error, sin pesar en la mirada.
A veces lo único que necesitamos
es darnos a nosotros mismos la mirada que no nos fue dada.

Que no haya final, que no haya muro,
solo el renacer, el pulso del corazón,
porque la vida siempre sabe ofrecer
una nueva oportunidad al que se arriesga a vivir su canción.

EPÍLOGO

Noah. Septiembre de 2024

Llevamos unas semanas instalados en el que será nuestro hogar durante los próximos meses, un ático muy luminoso en pleno centro de Atlanta que tanto a Lena como a mí nos facilita ir y venir a donde deseemos. La sede de Choice your voice está a unos quince minutos caminando, tenemos supermercados, lavandería, cafeterías y restaurantes cerca de nosotros. Luci y yo nos hemos dedicado a investigar cada calle que nos rodea hasta dar con la casa que yo buscaba con dieciocho años, la de mis abuelos maternos. Papá me indicó la dirección y consiguió volver a contactar con sus cuñados, los hermanos de mi madre.

Hoy hemos comido todos juntos en casa de la *nana*, mi abuela, quien no me ha soltado ni dos minutos de lo feliz que estaba de volver a verme. Desde el accidente, la familia se distanció, fue difícil para todos. Mi tío Tom casi se echa a llorar cuando les he contado el tratamiento al que ha tenido que someterse mi padre en el último año.

Mi padre ha vuelto a trabajar en la misma empresa de contabilidad que años atrás, y lo han recibido con los brazos abiertos. Está feliz de volver a sentirse útil, no para de repetirlo cada

vez que me llama para ver qué tal estamos. Él también echa de menos esta tierra, a mamá y a mí.

Después de un día familiar intenso, Lena y yo hemos decidido quedarnos en casa esta noche, ver una peli con un gran bol de palomitas y aprovechar los días libres que tenemos a la semana. Ella trabaja de lunes a sábado por la mañana mientras que yo he encontrado un taller de coches en el que necesitaban empleados de manera rápida. Pregunté por el trabajo al señor Shay, el dueño, y salió escopeteado al despacho en busca de un mono para que pudiese empezar en ese preciso instante. No puedo decir que la mecánica sea mi gran pasión, pero me gusta y me hace sentir bien poder trabajar en algo nuevo, porque calma mi sed de conocimiento.

El día a día con Luci se ha convertido en la cosa que más adoro hacer en el mundo. Despertamos en la misma cama, el que se levante antes prepara el desayuno para ambos y después disfrutamos de esos momentos juntos frente a la gran cristalera del salón con vistas a una de las calles principales. Algunos días, Lena trabaja desde casa y otros baja a las oficinas para atender reuniones o grabar ciertos contenidos. Sin duda este trabajo está hecho para ella, que le den la libertad de crear es darle alas para volar.

Yo voy al taller todas las mañanas y si algún día tenemos demasiados coches que arreglar me quedo por la tarde a ayudar al señor Shay en lo que haga falta. Comemos juntos, cenamos juntos incluso alguna que otra vez nos duchamos juntos, porque es importante ahorrar agua... Me encanta haber cambiado de aires completamente, echo de menos a papá y al pesado de mi mejor amigo, pero sé qué está muy entretenido con el último curso de Arquitectura. Ya hace mes y medio que hago terapia con Carmen y me siento bien al poder hablar de todo lo que llevo acumulando durante años, cosas que no me he permitido sentir en su momento y

que debo procesar para poder avanzar. Me siento en paz conmigo mismo. Vivir con Lena en mi ciudad natal no entraba para nada en nuestros planes, pero no pude resistirme a decir que no, no solo por ella y nosotros, sino por mí. Lena me ha dado la oportunidad de encontrar todo lo que necesitaba cuando decidí irme.

Su cuerpo se acomoda sobre el mío mientras oímos cómo la lluvia cae. Acaricio su pelo peinando cada mechón mientras veo que cierra los ojos e inspira profundamente.

Ha sido precioso volver a reencontrarme con mi familia. A mi abuela le ha encantado Lena, era como si ya la conociera de toda la vida, y en parte así era. Mi madre le habló tanto de ella, de Leo y de los Luna que no ha hecho falta presentación.

Mamá sigue hablándome desde allí donde esté, y sé que Lena y yo estamos juntos gracias a ella.

Mi móvil suena y rompe el silencio y la calma que nos había inundado. Lena se mueve y me observa mientras algunos mechones de su moño desaliñado rozan su rostro cálido. Sus labios se curvan hasta formar una sonrisa que me atrapa. Estiro el brazo hasta dar con mi teléfono en la mesita frente a nosotros y clico sobre la notificación viendo por el rabillo del ojo cómo su sonrisa se ensancha a más no poder.

El móvil me redirige a Instagram, donde me aparece la última publicación de Luci, compartida hace apenas unos segundos. Cada domingo por la tarde se pone a organizar qué cosas publicará durante la semana, las programa y se olvida hasta el domingo siguiente. Dice que necesita descansar un poco de tanta red social, pero nunca la veo cansada, solo llena de vida proponiendo planes para que hagamos juntos. Clico sobre el vídeo y veo a mi novia en él:

«En estos últimos días he aprendido una cosa que creo que es muy importante tener en cuenta a la hora de tomar decisiones. Hablemos sobre las segundas oportunidades, y no me refiero a las que le damos a los demás para que vuelvan a ser nuestros amigos o parejas. Hablo de las segundas oportunidades que nos damos a nosotros mismos: la oportunidad de volver a ser, de volver a encontrarnos y volver a perdernos para encontrarnos de nuevo. Soy de esas personas a las que le puedes hacer una putada y te perdonaré porque comprendo que ha sido un error. En cambio, conmigo misma no acostumbro a hacer lo mismo. Me machaco hasta la saciedad por haber errado, tanto que me olvido de que equivocarse es humano. Una vez me perdí en el camino, no supe volver hasta que me di la oportunidad de regresar a los lugares y a las personas que me hacen feliz. Me di tiempo para reconstruirme y volver a conocerme. Todas las oportunidades nacen en nosotros, podemos vivir encerrados en nosotros mismos por miedo a todo o salir y vivir en el presente en el mundo que nos rodea.

Tuve miedo de darle una segunda oportunidad a alguien que siempre ha sido un pilar fundamental en mi vida, porque tenía pánico a que se marchara y, con ello, yo volviera a derrumbarme. Con miedo no se va a ninguna parte, por ello trabajé hasta volver a levantar ese pilar que me acompaña en mi día a día. Aquel día me di la oportunidad de reconstruir lo que a veces necesita derrumbarse para levantarse de nuevo con más fuerza. Las segundas oportunidades no caen del cielo, primero debes dártela a ti: ¿qué deseas? ¿Qué mereces? Responde por ti y para ti, después ya vendrá el resto. Equivocarse y aprender es parte del proceso, aceptar y avanzar es vital, perder y encontrar es parte de nosotros, porque estamos en constante evolución.

¿Qué puede pasar?

Si no arriesgamos y salimos a pelear por lo que deseamos, no pasará. Yo aquel día recuperé mi hogar poco a poco, con esfuerzo y dedicación.

¿Y tú? ¿A qué esperas para darte otra oportunidad?».

Alzo mi vista vidriosa hasta ella, que me mira expectante, bloqueo el teléfono y lo suelto antes de abalanzarme sobre ella con los brazos abiertos dispuesto a llenarla de besos. Su risa inunda la estancia.

—Noah, para, para, no me has dicho qué te parece. —Posa las palmas de sus manos sobre mi pecho y yo no puedo parar de observar lo bonita que es.

—Lena, eres pura magia, brillas más que las estrellas. —Acerco mi boca al filo de la suya con suavidad—. Me di una segunda oportunidad el día en que te encontré sudada subida a una máquina elíptica. —Recibo un manotazo suave en el hombro.

—Hablo de las segundas oportunidades que nos damos a uno mismo, Noah.

—Yo también. Luciérnaga. Aquel día me di la oportunidad de dejar de mover cielo y tierra para no mirarte como siempre lo he hecho, para hacer lo que el corazón me lleva gritando durante años —susurro cerca de su oído.

—¿Y qué gritaba, Noah Sanders? —susurra con los ojos puestos en mis labios.

—Gritaba que cada momento contigo es un regalo, me haces querer ser mejor. —Me atrevo a tomar su mano, sintiendo el calor de su piel—. Gritaba que no podía seguir ignorando lo que siento por ti, Lena.

—Me di la oportunidad de volver a dejarte entrar en mi vida y de aprender del pasado sin reprimir mis deseos en el presente por

temor a lo que pudiera pasar. Acepté nuestras diferencias y confié en nosotros. —Sonríe.

—Y ahora, te hago tortitas de avena cada dos días —río vacilón.

—Deberías hacerlas todos los días, Noah Sanders. —No me deja responder porque sus labios chocan con los míos.

Sus dedos se enredan en mi pelo para atraerme más hacia ella, y yo pierdo la cordura por completo. Mi sonrisa interrumpe nuestro beso.

—Estaba escrito en las estrellas que tú y yo volveríamos a cruzarnos las veces que hiciera falta —susurro antes de acariciar su mejilla con mi nariz.

—Qué romántico te has vuelto, Noah. —Ambos reímos unos segundos antes de que deje caer mi peso suavemente sobre el suyo. Lena patalea tratando de echarme, pero no puede, y sonrío victorioso—. Noah..., quita..., que pesas.

—¿Cuál es la palabra mágica? —pregunto juguetón.

—Achúchame —susurra.

Me muevo rápido, acomodo mi cuerpo a su lado y rodeo su cintura mientras ella pasa un brazo por detrás de mi nuca. Ahora todas las noches están llenas de risas o de largas llamadas de Leo para pedirnos consejo sobre a dónde podría llevar a una chica misteriosa en una cita romántica.

Sin duda la vida nos dio una increíble segunda oportunidad.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a Lena Luna por existir desde que tengo trece años. Este es el momento de contar tu historia y darte vida, de la misma forma que tú lo has hecho conmigo.

Gracias a Leo Luna, porque sin ti no existirían las historias con segunda parte, y porque tú, como hermano mayor, te has ganado mi corazón.

Gracias a Noah Sanders por ser el rayo de luz entre tanta oscuridad, eres la prueba andante de que es humano errar, perdonar y reconstruir.

Gracias a Marina Lopéz por ser una buena amiga cargada de sabiduría. Ha sido un honor que nos acompañaras tanto a mí como a Lena en este último año.

Gracias a Guillem, Adelf, María y Clara por no ser solo unos personajes más en esta historia, sois lo mejor que Lena Luna ha encontrado en la facultad.

Gracias a Carmen por tus lecciones de vida y por no dejarnos solas en este proceso de sanar el pasado para poder avanzar hacia el futuro.

Gracias a Sandy por ser ella. Ojalá puedas llegar a arreglar los vacíos que también habitan en ti y darte una nueva oportunidad.

Gracias a Mario por estar siempre dispuesto a echar una mano cuando es necesario y sobre todo por respetar los tiempos y las

conexiones ajenas.

Gracias a todos por enseñarme que, a pesar de no sentirte bien, tienes derecho a vivir y a sentir cada paso del camino.

Gracias al 2024, hoy este libro puede estar entre tus manos, pero no hubiera sido posible sin ellos:

Gracias a Gabriel por apoyarme en cada paso, por ayudarme cuando las cosas se complican, por ser una gran fuente de inspiración y sobre todo por haber podido aprender a tu lado qué es querer y que te quieran bien.

Gracias a mi madre y a mi padre por acompañarme a donde haga falta para que yo pueda cumplir mis sueños, tengo mucha suerte de ser vuestra hija.

Gracias a mis abuelos Pepe y Francis por siempre velar por mí y por cada paso que doy en la vida.

Gracias a mis tíos José Antonio y Luisa por ser un gran apoyo haga lo que haga. Gracias a Sofía y Gabriel por ser unos pequeños diablillos llenos de energía.

Gracias a mis tíos José y Jess por acompañarme en el camino, y gracias a la pequeña Paula que le alegra el día a cualquiera.

Familia, quiero agradeceros que siempre estéis atentos a todo lo que subo a mis redes sociales, por hacerme preguntas y leerme una y otra vez; soy afortunada por formar parte de esta familia tan grande.

Gracias a Inma e Ignasi por abrirme siempre la puerta de vuestra casa y tratarme como a una más. Que sepáis que parte de esta historia es gracias a vuestro hijo y a la calma que reside en vuestro hogar.

Gracias a mi equipo favorito, las que siempre estamos para escribir, ayudarnos y lo que haga falta. Sin vosotras, esta historia no

hubiera visto la luz. Gracias, Judith (@alljuust) y Carla (@carlamarpeoficial), sois lo mejor que los libros me han podido dar.

Gracias a Mónica García (@monicagarciasaiz), Claudia Pérez (@Claudiapdguez_), Desireé Camacho (@xnnegai), Clara Sáez (@clarasaezr), Érika Becerra (@_.erikabooks._) por ser un apoyo e inspiración pura. Como diría Noah Sanders, brilláis más que las estrellas.

Gracias Joel y Víctor por ser como mis hermanos mayores, esta historia también lleva mucho de vosotros, y estoy feliz por ver cómo pasan los años y nuestra bonita amistad sigue en pie.

Gracias a Guillem, Adelf, María y Clara por existir en la vida real. La universidad no sería lo mismo sin vuestros dramas.

Gracias a la Facultad de Bellas Artes de Barcelona por brindarme el espacio y el tiempo para ser yo.

Gracias a mis editoras Sara Torrico, Ana Lafuente y Noelia García por brindarme la oportunidad de cumplir un sueño. No sabéis lo mucho que agradezco todo el trabajo detrás de esta historia, he aprendido mucho y, sobre todo, lo he disfrutado, porque en todo momento me he sentido acogida y arropada por vosotras. Gracias por creer en mí.

Gracias al sello editorial Martínez Roca, es un honor que mi primera novela sea publicada con vosotros.

Y, por último, y no menos importante, gracias a mí misma, a la Andrea de hace un año, quien necesitaba un abrazo sincero y una buena historia de amor, como la de Noah y Lena, que la ayudara a volver a creer en sí misma.

Gracias a ti, por haber llegado hasta aquí. Nos vemos pronto, te lo prometo.

Nunca dejamos de ser nosotros
Andrea M. Cañaveras (@letrasdepapel_)

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de portada, Planeta Arte & Diseño
Ilustración de portada, © Jacobo Muñiz, 2025
Ilustraciones de interior, Andrea M. Cañaveras (@letrasdepapel_), 2025

© Andrea M. Cañaveras (@letrasdepapel_).

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2025

ISBN: 978-84-270-5388-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta